This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Span 5634.10.10 Bound
NOV 20 1906

Harvard College Library

FROM THE BEQUEST OF

FRANCIS B. HAYES

Class of 1839

This fund is $10,000 and its income is to be used
"For the purchase of books for the Library"

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

3-1-an 5634.10.1

OBRAS
DE
VÍCTOR BALAGUER

De las Academias Española y de la Historia.

NOVELAS

Tomo XXVI de la colección
y primero de esta obra.

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE LUÍS TASSO
ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23
1891

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

NOVELAS

TOMO XXVI DE LA COLECCIÓN Y PRIMERO DE ESTA OBRA.

Digitized by Google

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN Y DE VENTA EN LA PORTERÍA DE LA BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER, DE VILLANUEVA Y GELTRÚ, APLICÁNDOSE EL PRODUCTO AL SOSTÉN Y FOMENTO DE ESTE INSTITUTO.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Últimas poesías*). —Un tomo que forma el I de la colección. .	6 pesetas.
TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Anibal.—Safo.—La sombra de César.—El conde de Foix*, etc.)—Un tomo (II de la colección).	8 »
LOS TROVADORES. (*Su historia política y literaria*).—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección).	30 »
DISCURSOS ACADÉMICOS y MEMORIAS LITERARIAS.—Un tomo (VII de la colección).	7'50 »
EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT. —Un tomo (VIII de la colección).	7'50 »
HISTORIA DE CATALUÑA.—Once tomos. (Del IX al XIX de la colección), á 10 pesetas uno. .	110 »
LAS CALLES DE BARCELONA (complemento de la *Historia de Cataluña*).—Tres tomos (XX, XXI y XXII de la colección)	30 »
EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR. (Memorias y documentos de la última época en que el autor fué ministro).—Dos tomos (XXIII y XXIV de la colección)..	10 »
MIS RECUERDOS DE ITALIA. Un tomo (XXV de la colección).	7'50 »

Digitized by Google

VÍCTOR BALAGUER

De las Reales Academias Española y de la Historia.

NOVELAS

LA GUZLA DEL CEDRO—EL DONCEL DE LA REINA
LA ESPADA DEL MUERTO

Tomo XXVI de la colección
y primero de esta obra.

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE LUIS TASSO
ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23
1891

Digitized by Google

Span. 5634.10.10

HARVARD COLLEGE
MAR 30 1906
LIBRARY.

Hayesgard

Digitized by Google

Al publicar estas novelas en la colección completa de sus obras, el autor se permite sólo recordar á los lectores que todas ellas fueron escritas en la época de sus mocedades, por los años de 1848 *á* 1852, *época en que dominaba aún con gran fuerza la literatura romántica, y en que los gustos del público obedecían por cierto á corrientes muy distintas de las que hoy prevalecen.*

Madrid, enero de 1889.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA GUZLA DEL CEDRO

ó

LOS ALMOGÁVARES EN ORIENTE

Digitized by Google

Digitized by Google

Esta novela fué escrita por el autor, allá por los años de 1849 á 1850.

En una reunión de jóvenes y alegres camaradas, donde la mayor parte de las noches se escribían sonetos con pies forzados, entretenimiento muy usual entonces, el autor se comprometió á escribir una novela con el título que se le diera.

Uno de los concurrentes, el Sr. Orellana, que fué más tarde distinguido novelista, director del periódico *La Nación*, en Madrid, y hoy digno secretario del *Fomento de la Producción nacional*, en Barcelona, dió como título *La guzla del cedro*.

A los tres días aparecía en las páginas de *El Diario de Barcelona*, del que era entonces redactor, el primer capítulo de la novela *La guzla del cedro*.

La segunda edición vió la luz pública el año 1852 en el primer tomo de un libro titulado *Junto al Hogar*, imprenta de Brusi, Barcelona.

Digitized by Google

La tercera edición se publicó por el editor don Salvador Manero, el año 1864, en Barcelona, formando parte de la colección *Cuentos de mi tierra*.

La cuarta edición apareció en el folletín del periódico *La Mañana*, en Madrid, el año 1879.

Esta es la quinta edición.

Digitized by Google

LA GUZLA DEL CEDRO

ó

LOS ALMOGÁVARES EN ORIENTE

I

En que se trata de una rara y famosa casta de pájaros no descrita aún por ningún naturalista.

Amanecia un día claro y hermoso, y el sol empezaba á vestir con su dorado color las copas de los árboles, cuando una partida compuesta de nueve hombres de armas desembocaba en un claro del bosque de Cardener.

Antes de pasar á hablar de esos hombres, que bien por cierto merecen que nos ocupemos de ellos, describamos primero al lector el sitio en que nos hallamos.

El bosque de Cardener era uno de esos viejos y antiguos bosques catalanes, cuyas centenarias encinas acaso recordaban haber visto los profanos misterios de los hijos de Roma antes de servir de tienda á las hordas errantes del griego Paulo, rival de Wamba en el trono. Empezaba este bosque á orillas del Llobregat para ir á concluir, después de dos horas de extensión, en una colina pomposamente decorada, se ignora por qué, con el nombre de montaña.

Digitized by Google

La parte meridional de esta colina, formada de una tierra arcillosa y deleznable, se había hundido á causa de la filtración de las aguas, abriéndose de resultas de aquel desmoronamiento una profunda grieta, una enorme hondanada que no habían tardado mucho en escoger para camino las aguas de un torrente.

Algunas corpulentas encinas, retenidas por sus extensas raíces, habían resistido al desplome, pero, encorvadas desde entonces sobre el barranco, parecían deformes gigantes inclinados para investigar el fondo de aquel abismo donde descansaban pacíficas, bajo un cortinaje de juncos y espadañas, las aguas de una verdosa balsa inamovible siempre que las grandes lluvias y tempestades no iban á trocar su curso apacible por el de una impetuosa corriente.

A orillas de este abismo extendíase por una parte una especie de musgosa plataforma ribeteada por los árboles del vecino bosque, mientras que por la otra se levantaba la colina que, habiendo hundido por aquel lado toda su arcilla en el desplome, había quedado reducida á enormes y desnudas rocas, cuyas puntiagudas cabezas formaban estrechos y caprichosos grupos.

Era, pues, aquel sitio lo que llamamos hoy un claro del bosque, una especie de semicírculo de árboles y matorrales, cerrado en el fondo por una gigantesca peña de cuyos costados partían, orla de la grieta, como las dos negras y desplegadas alas de un monstruo, dilatadas líneas de salvaje vegetación que iban luego á ensancharse en todas direcciones y á enroscarse á los ya velludos pies de las encinas.

Esta vegetación de espinos, matorrales y zarzas, corriéndose de un árbol á otro, entrelazándose y creciendo cada vez más enredada y espesa, cerraba con una especie de amurallado paredón el claro,

Digitized by Google

en cuyo círculo no podía penetrarse más que por un sendero que venía del interior del bosque y que bajaba hasta allí como una rambla lisa, asemejándose por su blanquizco color al disecado lecho de un torrente. Cerraba el claro, según hemos dicho, la enorme peña que se destacaba de las otras y que estaba precisamente colocada en el opuesto borde de la grieta. En el centro de esta peña se abría la oscura y ancha puerta de una misteriosa caverna que,—para terminar la comparación hecha más arriba del monstruo de desplegadas alas, —diremos que no parecía otra cosa sino la abierta boca de este monstruo, pronta siempre á sorberse el agua de la balsa.

Por lo demás, la vegetación era allí robusta y desplegaba todo su salvaje lujo. Toda aquella soledad era de un verde oscuro negruzco y azulado, la tierra estaba tapizada de espesa y florida yerba, y los sombríos abetos que orlaban el claro, dejaban correr la resina de las hendiduras de su corteza como de una herida abierta.

El conjunto de aquel sitio no podía ser más salvaje ni más inculto, no podía ser tampoco más pintoresco, pero la niebla eterna que como un destrozado velo de tul flotaba constantemente sobre la balsa, la boca misteriosa de la caverna, el calor sofocante que allí reinaba, el viento que gemía lúgubremente hundiéndose por entre aquella masa de robusta vegetación, las rocas de la colina que levantaban sus parduscas cabezas como una caravana de fantasmas descansando junto al abismo, la carencia absoluta de cantos de pájaros que huían de aquel lugar impregnado de ponzoñosos vapores, todo contribuía á hacer del claro que hemos procurado describir, más bien que un delicioso sitio para una conversación amorosa, el sombrío teatro de los misterios de un *sábado*.

Tal era el lugar del que no tardaron en acredi-

Digitized by Google

tar que habían tomado posesión los nueve hombres de armas que allí hemos visto introducirse, tendiéndose unos cuán largos eran sobre el césped, mientras que otros desnudaban sus puñales disponiéndose á cortar ramas con que encender una hoguera.

Por lo demás, el traje de estos hombres no podía estar en mejor armonía con lo salvaje del sitio.

Una redecilla de hilo de alambre les cubría la cabeza, y vestían por único ropaje una especie de camisón atado á la cintura por un ancha correa; unos botines y abarcas de cuero resguardaban sus pies y piernas; en su cinto asomaba la cabeza de un puñal; armaba su mano un dardo arrojadizo, y llevaban atada al cuerpo con una cadena otra azcona también arrojadiza. Algunos de ellos mostraban un gran zurrón pendiente del hombro y otros se hacían notar por su cabello negro y ensortijado que abundante y en desorden se desprendía por sus hombros y espaldas.

Cualquiera que esté algún poco familiarizado con nuestras crónicas catalanas, habrá conocido por la simple descripción de este traje que nuestros personajes pertenecían al terrible y famoso cuerpo de almogávares, terror del enemigo y asombro de los reyes.

Era en efecto una partida de ellos, salida un mes hacía del Muradal—sitio donde vivían—para *ir en almogavaría,* que tal llamaban á sus ordinarias correrías, cuyo objeto era las más veces el saqueo y el pillaje.

—Lléveme el diablo, dijo uno dejando caer la azcona que tenía en la mano y tendiéndose á su lado, si la boca de la cueva que veo asomar por entre aquellas peñas, no es la *Caverna de los sumideros.*

—Pues sin necesidad de darte al diablo, camarada, puedes asegurarlo, contestó un almogávar.

Digitized by Google

—¡Toma! y es cierto, replicó el primero que había hablado; tú debes saberlo, *Garra de águila*, pues que eres de estos alrededores.

—¿Y por qué la llaman de *los sumideros?* interpeló un tercer almogávar.

—¿Por qué te llaman á tí *Nariz de buitre?* preguntó *Garra de águila*.

—Porque así me bautizó mi padrino cuando entré en la compañía.

—Pues por lo mismo llaman á la caverna. *Caverna de los sumideros;* porque así la bautizaron.

—Ya, pero yo he oído contar, dijo *La golondrina*, que era el primero que había hablado, que esta cueva es un verdadero laberinto por lo tocante á precipicios. Me dijeron que á cada cincuenta pasos da uno de hocicos con un abismo que es preciso costear, y que se interna de tal manera el camino por entre derrumbaderos que, una vez dentro, difícilmente vuelve nadie á salir. Es preciso un guía para salvar las dificultades, y pocos naturales del país son capaces de servir de guías.

—Exactamente, dijo *Alas de cuervo* mediando en la conversación. Yo he vivido dóce años en este país y sólo se conocían dos hombres lo bastante adiestrados en las revueltas de la caverna para saber hallar su camino entre los sumideros de que está poblada. Uno de ellos era el señor del castillo que está al otro lado de la colina, Gilberto de Rocafort, el mismo que se halla ahora en Grecia con su hermano Berenguer, y el otro... ¡miradle!... el otro era nuestro adalid.

Y *Alas de cuervo* señalaba con el dedo á un hombre vestido casi como ellos, con sola la diferencia de que se envolvía con una piel de oso. Este hombre, que era en efecto su adalid,—tal llamaban las compañías de almogávares á su caudillo, —se paseaba silencioso al borde del abismo, entregado á sus profundas reflexiones. Era ya hombre

Digitized by Google

de algunos años, alto, corpulento, de bellas facciones, aunque cubiertas con la máscara de cobre que debía á los besos del sol. Mucho tiempo hacía ya que este hombre pertenecía á los almogávares, algunos de los cuales le aceptaron por su adalid, gracias á la firmeza de carácter que en él descubrieron y á sus conocimientos prácticos del terreno de Cataluña y Aragón, en cuyas montañas fuera un día famoso cazador. Admitido como adalid, estableció el montañés catalán una extraña costumbre, un singular capricho, si así se quiere llamársele, entre sus hombres. No admitía á nadie en su compañía, como antes no hubiera hecho ciertas pruebas y mudado su nombre verdadero en el de un pájaro ó de una cualidad de pájaro por el cual se le conocía desde aquel punto en adelante. Él mismo dió el ejemplo abandonando su propio nombre y llamándose *Garza real.*

Hé ahí explicado el origen de los nombres de nuestros primeros personajes que indudablemente habrán llamado la atención del lector. Cuando un almogávar quería pertenecer á la compañía de *Garza real,* hacía sus pruebas y se le señalaba un guerrero de los más antiguos para que le sirviera de padrino. En seguida le bautizaban pájaro, y el bautizo del nuevo camarada era una fiesta para todos tan curiosa como rara, que extensamente describiríamos si molestar no temiésemos á nuestros lectores.

Esta compañía de pájaros, compuesta de hombres escogidos, de guerreros experimentados, fué la primera que se presentó al famoso Berenguer de Entenza el día en que quiso ir éste á Grecia para partir los peligros y triunfos de aquella memorable expedición con su hermano de armas Roger de Flor. Berenguer la aceptó, y *Garza real* y su compañía ya le siguieron siempre hasta el día en que aquél fué hecho traidoramente prisionero

Digitized by Google

por los genoveses. Muchos cayeron prisioneros con él, siendo desembarcados por las galeras de Doria en las costas catalanas, y hé ahí porqué les hallamos en el bosque Cardener, mientras que sus hermanos almogávares combatían en Grecia al mando de Rocafort y mientras que Berenguer de Entenza gemía cautivo en las cárceles de Génova.

Dicho esto, volvamos á atender á la conversación de los almogávares que, mientras nosotros nos hemos distraído con la anterior relación, ha dado un giro completo. No se habla ya de la caverna. La conversación rueda sobre otro objeto.

—Pues yo te digo, exclamaba *Garra de águila* dirigiéndose á *La golondrina*, yo te digo que Gilberto de Rocafort está en Cataluña; me consta. Ha dejado el Oriente y ha venido con objeto de hacer que el rey de Aragón no se interesara con los de Sicilia para negociar la libertad del de Entenza. ¡Oh! ¡son muy malos todos esos Rocaforts! El día que me encuentre con uno á distancia de mi azcona...

—El caso es, interrumpió *Alas de cuervo*, el caso es que á mí nadie me quita de la mollera que á los dos hermanos debemos el que se nos hiciera prisioneros. No podían ver á Berenguer de Entenza y concertaron con Doria el modo cómo debían hacerlo para pillarnos.

—Y hé ahí que por ellos, sólo por ellos, dijo *Garra de águila*, nos hallamos haciendo miserables correrías en Cataluña y Aragón, cuando pudiéramos estar en Oriente con nuestros camaradas recogiendo el botín á manos llenas.

—En tanto que nuestro pobre capitán, nuestro valiente Berenguer de Entenza, añadió *La golondrina*, se halla pudriendo en un calabozo, lejos de sus camaradas de gloria, á los que tanto amaba y de quienes era tan amado.

—¡Pobre Entenza! tan aguerrido, tan...

Digitized by Google

—¡Silencio! gritó en esto el adalid separándose del borde de la grieta y dirigiéndose hacia el grupo de almogávares, que se pusieron repentinamente en pie. ¡Silencio! añadió á poco rato indicándoles con la mano el abismo, ¡un oso!

Todos prestaron atento oído. En efecto, del fondo de la hondanada, allí donde debía estar el agua de la balsa, partía un rumor parecido al que pudiera hacer un oso atravesando á nado un torrente. El adalid que, según hemos dicho, se paseaba silenciosamente, había sido el primero en oír este ruido, y retirándose, impuso silencio á su gente y preparó su azcona. Había pensado que, oso ó no, lo primero que haría el animal promovedor del ruido, sería escalar la grieta y tratar de saltar al claro. *Garza real* le esperaría y, al asomar la cabeza, la seguridad con que manejaba la azcona le respondía de su víctima.

Fué como el adalid se presumiera. No tardó en cesar el ruido del agua para hacer lugar al de las piedras desmoronándose y cayendo en la balsa. El oso escalaba la grieta.

El adalid aguardaba el momento. De pronto, en lugar de la cabeza de un oso, un brazo fué lo que salió de la boca del abismo, un brazo que cogiéndose á una de las encorvadas encinas arrastró una cabeza, una cabeza que arrastró un cuerpo. Un hombre irguió su gigantesca talla al borde de la grieta.

La azcona se escapó de manos del adalid, que se hizo dos pasos atrás como si viera una sombra, y un grito, un grito de sorpresa, de júbilo, de asombro, salió de los labios de los almogávares.

—¡Berenguer, Berenguer de Entenza! gritaron todos.

En efecto, el que salía de las entrañas de la tierra era Berenguer de Entenza, el jefe de la expedición de Oriente á quien todos creían en una mazmorra de Génova.

Digitized by Google

II

Berenguer de Entenza participa al adalid sus deseos de visitar la caverna de los sumideros.

Berenguer, al hallarse frente á frente con sus antiguos compañeros de armas, quedó no menos asombrado que ellos.

Todos se agruparon á su alrededor, mirándole con curiosidad, estrechándole las manos, saludándole con afecto y poblando el aire de gritos de júbilo.

No era extraño; el hombre que salía del seno de la tierra había sido por largo tiempo su jefe, mejor que su jefe su amigo; con él habían partido los peligros y victorias de la renombrada expedición de Oriente; á su lado se habían agrupado cuando la muerte de Roger de Flor; con él habían sido vencedores; con él habían caído cautivos. Le creían prisionero en una torre de Génova y le recobraban de pronto viéndole salir maravillosamente y como por encanto del fondo de un torrente. ¿Cómo pues no habían de recibirle con júbilo y algazara?

Esta menguó no poco, sin embargo, al ver el lastimoso estado en que se hallaba Berenguer. Su vestido chorreaba agua por todas partes; de su cinto sólo pendía un pedazo de espada; faltábale el hacha de armas de que había tenido que desprenderse para atravesar á nado el torrente; sus hermosos cabellos rubios caían lacios y en desorden á lo largo de sus mejillas; sus ojos estaban

Digitized by Google

rojos é hinchados como los de un hombre que ha permanecido mucho tiempo en la oscuridad haciendo esfuerzos para ver; su semblante aparecía pálido y desencajado; sus vestidos estaban hechos girones por varias partes; sus miembros, en fin, se estremecían de frío.

El adalid, que fué el primero en fijar su atención en el estado de Berenguer, fué también el primero en interrumpir con su voz sonora el tumulto causado por su llegada.

—Menos bulla, gritó, y enciéndase una hoguera donde pueda calentarse el megaduque.

Tal era el título que se daba á Berenguer de Entenza desde que en Oriente Roger de Flor le había abandonado esta dignidad para tomar la de César.

Luego de pronunciadas aquellas palabras, *Garza real* se quitó la piel de oso que le cubría y se la dió á Berenguer, que se envolvió con ella alargando la mano al adalid y estrechándola afectuosamente. Ya en esto *Garra de águila* y *La golondrina* estaban encendiendo una hoguera con hacinadas ramas de árboles. No tardó en levantarse un humo espeso y denso por encima de la bóveda de follaje.

Entenza se acercó al fuego, y cuando se hubo recobrado, conociendo que debía satisfacer la curiosidad que brotaba en todos los ojos, dijo:

—Admirados estaréis, compañeros, de verme salir de las aguas de un torrente, cuando me creíais sepultado en las cárceles de Génova. La cosa no puede ser más sencilla; voy á contárosla.

Todos los almogávares hicieron círculo, al oír estas palabras, en torno de Berenguer y del adalid que se había sentado en una piedra junto á su jefe.

—No os referiré, dijo el megaduque, de qué manera fuí hecho traidoramente prisionero por los genoveses: todos lo sabéis pues que aquel día que-

Digitized by Google

dasteis también cautivos conmigo, muriendo los que trataron de defenderme. La escuadra genovesa que me llevaba aherrojado como un perro, entró en Galata aclamada por la plebe de Constantinopla, y allí el emperador Andrónico hizo grandes ofrecimientos á Doria si le cedía mi persona: cosa á que no accedió el genovés almirante, creyendo sin duda, y es quizá el único buen pensamiento que le debo, que todos los tesoros del emperador griego no bastaban á pagar un cabello solo de su prisionero. De allí nos dirijimos á Occidente, y al pasar por delante de Galipoli, la ciudad ilustrada con nuestras victorias, la ciudad cuyas murallas guardan aún nuestros hermanos, Doria rechazó también las cinco mil monedas de oro que por mi rescate le ofreciera mi valiente Muntaner. Estaba decretado que pasaría á gemir y á penar en las prisiones del rey de Nápoles hasta que Dios me deparara ver otra vez el sol de la libertad para volver á mi suspirado Oriente. En efecto, D. Jaime de Aragón no tardó en notificar á la república de Génova que si no me dejaba libre y en todo y por todo desagraviado por ser yo su pariente y uno de sus primeros vasallos, tendría que acudir á tomar una justa venganza por el ultraje que contra el sagrado derecho de gentes había cometido la república en la persona de su general. La república no manifestaba ciertamente grandes deseos de soltarme, y no sé en qué hubieran parado las cosas, si una noche las puertas de mi calabozo no se hubiesen abierto de par en par y de pronto no me hubiese hallado libre. Un caballo me esperaba á la puerta de la torre en que por tanto tiempo había permanecido prisionero, y, montando en él, no tardé en hallárme fuera del territorio genovés.

Al llegar á esta última parte de su historia, todos los almogávares conocieron que Berenguer va-

Digitized by Google

cilaba y que no decía todo lo que le había acaecido; pero ningún indiscreto fué á pedir á su jefe que les aclarara el misterio de su libertad. Si en ella había un secreto y el megaduque lo reservaba, ellos ni debían preguntárselo ni intentar saberlo.

—Devuelto á la libertad, al mundo, prosiguió Entenza, mi primer cuidado fué venir á Cataluña con objeto de vender parte de mis posesiones, reclutar todos los hombres que pudieran y quisieran seguirme, fletar un bajel y tornar á Oriente para acabar la conquista ó morir allí con nuestros hermanos. En Cataluña entré con tal intención hace pocos días, y atravesaba esta noche por este mismo bosque donde ahora nos hallamos, solo como acostumbro yo á viajar, cuando en la oscuridad he tropezado con el tronco de un árbol, he ido rodando algunos pasos, la tierra ha faltado de pronto á mis pies, y no sé cuánto tiempo debo haber permanecido sin conocimiento, atontado por la violencia del golpe. Al volver en mí me he hallado medio sumergido en el agua del torrente que corre en el fondo de la hondanada, héme incorporado, he atravesado á nado el torrente y, escalando la grieta, la providencia me ha hecho tropezar con vosotros, mis antiguos compañeros.

La relación toda no pareció, forzoso es confesarlo, dejar muy satisfechos á los oyentes, que hallaban poco verosímil sin duda que Berenguer atravesara de noche y solo un bosque y que un tropezón dado contra el tronco de un árbol le enviara á reposar al fondo del torrente. No obstante, nadie de ellos desplegó los labios para hacer la observación. Sólo el adalid miró al megaduque dejando vislumbar en su mirada un rayo de incredulidad.

Berenguer se levantó de la piedra donde estaba sentado.

—Valientes míos, exclamó, ya lo veis, estoy li-

Digitized by Google

bre, libre como el aire. ¿Queréis hacer resonar otra vez las llanuras de Grecia con los gritos de: Aragón y San Jorge? ¿Queréis tornar conmigo á Oriente?

—¡Sí, sí! gritaron todos agitando en el aire sus armas.

—Pues bien, yo os guiaré, yo os devolveré á ese país donde nos esperan nuestros hermanos y con ellos el botín y las victorias. No tardaremos en partir, os lo aseguro; por de pronto, ya no nos separaremos más.

La esperanza de volver á Oriente con Berenguer, su jefe querido, hizo brillar de júbilo todos los ojos y estremecer de placer todos los corazones.

—Ahora, dijo Berenguer, formadme un lecho de ramas debajo de un árbol. Quiero descansar unos breves instantes, guardado mi sueño por mis bizarros almogávares, como me sucedía en otro tiempo.

Todos se dispusieron á cumplir la orden de su jefe, y mientras unos cortaban ramas y otros las arreglaban simétricamente en forma de lecho, entregándose todos á una ruidosa algazara promovida por la promesa de Berenguer, éste, tomando del brazo al adalid, que permanecía cabizbajo y silencioso, se acercó con él al borde del torrente.

—Si mal no recuerdo, le dijo de modo que no pudiera ser oído por los demás, tú eres hijo de este país. ¿No es verdad?

—Hijo soy de estos contornos, contestó *Garza real.*

—Pues bien, es necesario que me busques un hombre que pueda servir de guía por entre el laberinto de sumideros que hay en esa maldita caverna.

Y con el gesto indicó Berenguer la boca de la cueva que en nuestro capítulo anterior ya la hemos

Digitized by Google

visto ser objeto de la conversación de los almogávares. El adalid, al oír esto, hizo un brusco movimiento y miró á su jefe.

—Sí, necesito un guía, repitió éste con firmeza y serenidad.

—¿Queréis penetrar en la caverna de los sumideros? preguntó *Garza real* con un ligero temblor en la voz.

—Quiero recorrerla.

—¡Oh! no lo hagáis, señor; no lo hagáis. Esa caverna es fatal y mortífera para los que en ella penetran. Nadie sale con vida.

—Bien he salido yo.

—¡Vos!

Y el adalid se hizo un paso atrás asombrado.

—Sí, yo, amigo mío.

—Pues qué, ¿habéis penetrado vos en la caverna?

—Esta noche.

—¡Vos!

Garza real no podía apenas dar crédito á lo que decía Berenguer y le miraba con ojos estúpidos. Este le cogió por una mano, le llevó frente la boca de la caverna, acercóle al borde del torrente y haciéndole inclinar y mirar al fondo, le dijo:

—¿Qué ves allá abajo?

—Veo el corpulento tronco de un árbol en el que se estrella la corriente.

—Pues bien, ese tronco ayer noche estaba aún aquí arriba, atravesado como un puente, como un puente uniendo las dos orillas; por ese tronco he pasado yo, y cuando me he visto á la otra parte, ayudado de mi hacha de armas le he arrojado al abismo. ¿Comprendes por qué?

—No en verdad, contestó cándidamente el adalid.

—Para tener cortados todos los medios de retirada, para verme obligado á penetrar en la caverna, para que no me vinieran tentaciones de retroceder.

Digitized by Google

—¿Tanto os interesaba entrar?

—Mucho.

—Entonces no comprendo...

—Como me hallo aquí, ¿verdad? Te lo diré; yo había olvidado que era la famosa caverna de los sumideros tan conocida por todos los del país, donde nadie puede penetrar sin un guía, so pena de hundirse en uno de los abismos que abren en su interior sus bocas á cada paso. Habiendo olvidado esta circunstancia, entré anoche firme y resuelto, pero no tardé en ser víctima de mi imprudencia. A los veinte pasos caí en uno de los sumideros...

—¡Cielos!

—Pero lo que yo ignoraba y puede que tú también, era que esos sumideros se comunican por medio de una cuesta arenosa y resbaladiza con el lecho del torrente...

—¡Ah!

—Hé ahí, pues, cómo ha sido el verme obligado á cruzar nadando el torrente y á escalar la grieta.

El adalid estaba pálido como un cadáver; el megaduque lo creyó efecto de su narración y de pensar en el peligro que él podía haber corrido. En esto, el lecho de ramas estaba ya dispuesto y *Garra de águila* se acercaba á noticiarlo.

—Vienen á interrumpirnos, dijo Berenguer. Escucha pues. Cuando yo despierte de mi sueño, he de encontrar aquí otro tronco de encina arrojado como puente de una á otra orilla, un guía preparado y antorchas que podernos llevar. ¿Entiendes? Tú nos acompañarás; necesito que venga conmigo un compañero fiel y adicto.

—¡Oh! ¡yo nó, señor, yo nó! exclamó el adalid con todas las señales del terror.

Berenguer miró á *Garza real* é iba, sin duda, á pedirle cuenta de aquel movimiento y de aquella exclamación inexplicables, cuando se acercó *Garra de águila* á dar parte de su comisión.

Digitized by Google

—¡Ah! dijo Entenza acercándose de pronto al adalid y hablándole en voz baja; no apartes, sobre todo, la vista de la boca de esa cueva, y si alguien asomara por ella, llámame!

El adalid estaba inmóvil y como alelado. Berenguer siguió á *Garra de águila* y fué á tenderse en la camilla que sus almogávares le habían preparado debajo de una enramada.

Pocos momentos después dormía profundamente.

III

El cazador negro.

El sueño de Berenguer fué tan largo como profundo. Cuando despertó, el sol hería con sus últimos y moribundos rayos las copas de los árboles, que se agitaban mansamente á impulsos de una fresca brisa.

Berenguer al despertar arrojó una mirada en torno suyo. A algunos pasos de distancia, tendidos á la sombra de las encinas, varios almogávares dormían pacíficamente, mientras que, más allá, reunidos en grupos ó paseándose por el claro, se veía á los demás departiendo en voz baja para no turbar el sueño del megaduque. En cuanto al adalid, estaba sentado en el suelo á pocos pasos del sitio ocupado por Berenguer: la azcona descansaba entre sus piernas, mientras los brazos, apoyados en las rodillas, sostenían su cabeza inmóvil. Aquel hombre se parecía á una estatua de piedra, fijos los ojos en la entrada de la cueva.

Entenza se levantó y acercándose á *Garza real*

Digitized by Google

que, absorto en su contemplación y meditaciones, no sintió sus pasos, le puso una mano sobre el hombro. Este contacto le hizo estremecer como si hubiese recibido un choque eléctrico.

—¡Buena guardia, adalid! dijo Berenguer. Velas mi sueño y haces tu centinela... ¡Eres un digno almogávar!

Garza real se puso en pie. Berenguer levantó el brazo y señaló la cueva.

—Nadie, dijo el adalid comprendiendo por el gesto lo que quería preguntarle su jefe.

Entenza no tuvo que preguntar nada más; una mirada le bastó para ver que habían sido cumplidas sus órdenes. Una encina recientemente cortada extendía su tronco de orilla á orilla del torrente, y á un lado vió hacinadas algunas antorchas. Paseó sólo la vista por los almogávares y no viendo entre ellos ningún rostro nuevo:

—¿Y el guía? preguntó volviéndose hacia el adalid.

—Yo lo seré, contestó éste con voz algo confusa como si hubiera tenido que hacer un violento esfuerzo para decir estas sencillas palabras.

—¡Tú! Qué me place, si te atreves á hallar un camino por entre los abismos de que está poblada la caverna.

—En otro tiempo, señor, solo dos hombres conocían en el país la senda firme que cruza por entre los sumideros. Yo era una de ellos. Audaz y atrevido cazador, he ido á perseguir varias veces al jabalí hasta las entrañas de la cueva, y no pocas he visto desaparecer, devorada por alguno de los abismos, la caza que perseguía. Nadie, pues, mejor que yo puede guiaros en la empresa que pretendéis intentar.

—Te acepto por guía, adalid. Pero, si mal no recuerdo, me has dicho esta mañana ciertas palabras, he notado en tí cierta conmoción al hablarte

Digitized by Google

de mi intento, que... no comprendo á la verdad, no adivino...

—Señor, exclamó entonces con cierto tono solemne el almogávar, hace ya bastantes años, cuando yo era aun joven y cazador, entré una noche en esa caverna acompañado de otra persona. A la mañana siguiente salí solo.

—¡Solo! ¿y tu compañero?

—Se quedó dentro, contestó con fría calma el adalid.

—¿Le abandonaste? preguntó sorprendido Berenguer.

—Ningún poder humano era ya bastante á salvarle.

—¿Cayóse en algún abismo?

—Sí; se cayó en un abismo.

Y al decir esto, una sonrisa inexplicable dilató los labios de *Garza real* y una mirada salvaje brotó en sus ojos. Berenguer no vió ni una ni otra, ó al menos fingió no verlas.

—Desde aquel día, prosiguió el almogávar, juré no volver a penetrar en la cueva. Por esto cuando me habéis pedido un guía para recorrerla, me he estremecido, señor, porque sé que no hay en el país ningún hombre, excepto yo, que pueda serviros de guía. Si alguno hubiera, no tomaría tampoco á su cargo esta empresa.

—¿Por qué motivo?

—Porque esa caverna...

Y aquí el adalid se acercó á Berenguer mirando á todas partes como si temiese ser oído. En seguida, bajando la voz, añadió:

—Esa caverna es la morada del cazador negro.

—¡El cazador negro! repitió Entenza asombrado. ¿Y quién es el cazador negro?

—Es un nombre que hace temblar de espanto á todos los habitantes de la comarca. Cuentan que en otro tiempo era señor de este bosque un feudal

Digitized by Google

barón gran amigo de orgías y gran aficionado á la caza. Iba siempre cubierto con una armadura negra, pasaba los días cazando y las noches en francachelas acompañado de algunos amigos tan perversos como él, porque es preciso saber que el tal barón era el terror de la comarca. Un día armó querella á un noble vecino suyo porque le impedía entrar á cazar en sus propiedades, reunió á sus vasallos y asaltó de improviso el castillo de aquel noble, entrándole á sangre y fuego, asesinando sin piedad á todos sus moradores. Sólo una víctima pudo salvarse, la esposa del infeliz caballero que huyó de su castillo devorado por las llamas y tumba abierta por el barón á sus hijos y marido. Al siguiente día de esta sangrienta escena, fueron á decir al barón que se había visto vagar errante por este bosque á una mujer vestida de blanco que se creía ser la viuda de su enemigo. A esta noticia, el perverso caballero se sonrió y juró que la había de dar caza como á un jabalí. En efecto, mandó reunir sus monteros y su jauría, y dispuso por el bosque una batida general.

No tardaron en hallar á la mujer vestida de blanco, á la viuda, que al ver aproximarse al enemigo de su esposo huyó despavorida, pero el barón lanzó su caballo tras de ella azuzando á los perros, y la infeliz no tardó en caer, siendo destrozada por los dogos mientras que el barón hacía resonar el bosque con sus carcajadas. Cuentan en seguida que Dios no quiso dejar impune aquel crimen inaudito y que, asustado el caballo por las ruidosas carcajadas que su ginete lanzaba, se desbocó y hallando repentinamente á su paso la cueva de los sumideros, salvó de un salto el torrente y penetró en ella con el barón sin que uno y otro volvieran jamás á salir, pereciendo sin duda en uno de sus profundos abismos. Desde entonces diz que un caballero negro habita esa cueva, y no falta

Digitized by Google

quien asegura haber oído, pasando por sus inmediaciones, los gritos que lanza como si azuzara á los perros y las carcajadas con que hace retumbar los ámbitos de la caverna.

Berenguer, que había escuchado impasible la tradición, se sonrió á las últimas palabras.

—Cuentos de vieja, amigo mío, exclamó, buenos cuando más para entretenerle á uno junto al hogar en una fría noche de invierno.

—Sin embargo, objetó el adalid, es opinión admitida en el país...

—¡Supersticiones! ¡necedades! añadió Entenza. ¿Te has hallado tú alguna vez con el caballero negro de la caverna? preguntó el megaduque dando una carcajada.

—¡Oh! no, ¡gracias á Dios! murmuró el almogávar haciendo la señal de la cruz.

—¡Calla! exclamó Berenguer, ¿serías tú también del número de los necios?

—Cuando yo penetraba en la cueva, señor, era mozo é incrédulo...

—¿Quiere decir esto que ahora eres supersticioso?

—¡Qué sé yo!

—¿Que crees en el cuento del cazador negro?

—¡Qué sé yo!

—¡Tú! ¡un almogávar! ¡uno de mis leones de Oriente!

Y Entenza no pudo menos de dejar escapar la más franca risotada.

—¿Sería capaz, añadió, de hacerte eso retroceder? ¿vacilarías en servirme de guía por temor al espectro de la caverna?

—¡Oh! eso no, señor; un día allá en Oriente, me sacasteis de entre las manos de seis mombastiotas que me habían hecho prisionero y que se preparaban á dar buena cuenta de mí. Os debo la vida y juré consagrárosla. Hé aquí por qué cuan-

Digitized by Google

do se ha tratado de ser vuestro guía, he olvidado el juramento que tenía hecho de volver á entrar en la cueva; hé ahí por qué, tratándose de vos, soy capaz de habérmelas con todos los cazadores negros del mundo.

—¡En buen hora! pláceme oír hablar así á mis valientes. Todos tus cuentos no han hecho otra cosa que aumentar mis deseos de llevar á cabo esta expedición; aun cuando no me guiara otro interés, la emprendería ahora para ver si me hallaba cara á cara con el barón de la negra armadura, añadió riendo.

Durante esta conversación, el sol había ya desaparecido, y las sombras amenazaban precipitarse dominadoras por el espacio.

—Pronto va á ser de noche, señor, dijo el adalid, y no es ciertamente la hora más á propósito para nuestra empresa. ¿Queréis que aguardemos á mañana?

—¡No, vive Dios! exclamó Berenguer. Ahora mismo. Despide á nuestra gente y vamos.

El adalid llamó á *Garra de águila,* y confiándole el mando de la partida, le dijo que fuera á aguardarles á la aldea vecina donde por la mañana se le reunirían ellos dos, que se quedaban aquella noche en el bosque, por querer, dijo, explorar el jefe la caverna de los sumideros para ulteriores designios.

Garra de águila reunió ó sus hombres y, puesto á su cabeza después de haber mandado hacer á la partida un saludo militar á los dos jefes que allí quedaban, partió sin entrar en explicaciones, tomando el camino de la indicada aldea.

Cuando hubo dejado de oírse el ruido de sus pasos, Berenguer se adelantó hacia *Garza real.*

—Enciende una antorcha, dijo á éste, y vamos. Se tarda ya.

—¿Estáis resuelto, señor? preguntó el adalid.

Digitized by Google

Berenguer arrojó una expresiva mirada al almogávar, y sin decir palabra, volviéndole la espalda, puso el pie en el tronco de encina que servía de puente.

IV

Eteskédrou.

Viendo *Garza real* decidido á Berenguer á tentar la aventura, tomó dos pedazos de box, según tenían por costumbre los almogávares cuando querían proporcionarse lumbre, y frotándolos fuertamente uno con otro, no tardaron en arder procurándole fuego donde encender su tea. En seguida atravesó en pos del megaduque el árbol que servía de puente, pero no con tan sereno rostro y planta tan segura como Berenguer, fuerza es decirlo.

Éste había ya penetrado en la cueva, apartando las ramas silvestres que medio velaban su abierta boca.

Berenguer llevaba al cinto una espada que le diera uno de los almogávares, y en la mano una azcona arrojadiza lo mismo que el adalid. Con la mano izquierda sostenía éste la antorcha que arrojaba una dudosa claridad, insuficiente para disipar las tinieblas siglos hacía allí amontonadas, pero bastante para hacer ver la palidez cadavérica que cubría su semblante y el temblor convulsivo que parecía agitar á un mismo tiempo sus labios y sus párpados.

En cuanto hubieron atravesado los umbrales de la cueva, se hallaron en una especie de estancia

Digitized by Google

circular abovedada cuyas paredes húmedas y lucientes por el agua filtradora, dejaron escapar como un puñado de juguetonas chispas al reflejo de la antorcha. En el fondo de esta primera división, arrancaba un arco desigual y grosero que daba paso á la galería subterránea á cuyos lados se abrían los sumideros.

Berenguer se detuvo.

—Por vida mía, exclamó, que no quiero exponerme á dar como la noche pasada con mi pobre cuerpo en el lecho del torrente. Pasa adelante, adalid, y guíame.

El adalid, sin hablar palabra, se introdujo por debajo el arco.

—¿Es muy profunda esta caverna? preguntó el megaduque.

—No mucho, contestó lacónicamente *Garza real*.

—¿Y estás seguro que no tiene salida por ninguna otra parte, ni más camino que el que seguimos?

—¡Oh! ¡muy seguro!

—Entonces, murmuró entre dientes Berenguer, ó es un duende ó he de dar con ella. ¡No se me escapará!

—¡Señor! balbuceó el adalid.

—¿Qué?

—Nuestras voces retumban de una manera extraña en esas bóvedas, y los ecos que lanzan los abismos son siniestros y capaces de helar la sangre al más valiente. Suplícoos que guardemos silencio.

—¡Voto va! ¿tienes miedo, león?

—Ya sabéis que nunca lo he conocido frente al enemigo, pero aquí...

—Eres un cobarde, interrumpió Berenguer. Todos los almogávares sois lo mismo. Tigres y leones en el campo de batalla, os convertís en viejas cuando se trata de visiones y fantasmas... Valientes como el que más y supersticiosos como ninguno.

Digitized by Google

Berenguer, al decir esto, irguió su cabeza y sacudió con un movimiento de orgullo su cabellera rubia como hubiera podido hacerlo un león con su rizada melena.

—¡Oh! yo no soy así, añadió. ¡Vive Cristo! Daría el mejor de mis castillos para que se me presentara ahora mismo el cazador negro persiguiendo á la castellana vestida de blanco.

—¡Señor, por la Virgen santa que no habléis así! Los fantasmas diz que acuden cuando se les llama.

—¡Ah! ¿acuden?... ¿conque acuden?... Pues bien, yo les llamo. Sí, yo reto á singular combate al malandrín caballero negro perseguidor de la dama blanca. ¡Que venga, si se atreve!

Y el de Entenza acompañó estas palabras con una ruidosa carcajada.

Entonces tuvo lugar una cosa extraña. La caverna entera tembló como movida por un terremoto. Del fondo de los abismos, de lo alto de las bóvedas, de todas partes brotaron como por encanto sonoros ecos que, uno tras otro, á la vez, juntos y separados, más vivos ó más débiles, terribles ó sombríos, repitieron todos la imprudente carcajada. Breve espacio duró, pero fué un horrible concierto de hilaridad. Parecía como que una reunión invisible de monstruos y fantasmas celebraba con estrepitosa algazara el arribo de un huésped á sus desconocidas mansiones.

Garza real tembló de todos sus miembros y estuvo á punto de soltar la azcona y el hacha que empuñaban sus manos. El mismo Berenguer, ensordecido por aquel barullo infernal, sintió un estremecimiento recorrer todo su cuerpo. El ruido cesó finalmente, pero por largo rato retumbó en el interior de la caverna un sordo zumbido, que pobló sus cavidades, como la voz de un trueno los espacios.

Digitized by Google

El adalid se había parado. Entenza, á quien el suceso que acababa de tener lugar había causado una emoción en él desconocida, se dirigió á su compañero, y bajando instintivamente la voz, como si temiera volver á despertar los terribles ecos, le dijo:

—¡Eh! ¡adalid, dejémonos de locuras y adelante!

Garza real, sin embargo, no se movió ni contestó una palabra.

—¿Has echado raíces en este sitio? le preguntó Berenguer, tratando de reír, pero logrando sólo hacer aparecer una pálida sonrisa en sus labios. ¡Adelante, amigo mío!

El almogávar dejó escapar una especie de ronquido. Había querido hablar, pero su voz se había helado en su garganta, no dejando llegar á los labios más que un confuso balbuceamiento. Su rostro estaba pálido, cadavérico, sus ojos atónitos y fijos; sus cabellos erizados sobre su frente; gruesas gotas de sudor surcaban su desencajado semblante; la mano con que sostenía su azcona se había crispado en torno del arma, y la con que empuñaba la antorcha se abría, por el contrario, dejando escapar la tea.

Entenza se adelantó y cogió el hacha que iba á caer, sepultándoles en las tinieblas.

—¿Qué diablos es eso? exclamó.

Y creyendo que acaso su compañero había visto algún objeto que en él causaba ese incomprensible terror, agitó en el aire la tea, de la que salió una llama más viva acompañada de una brillante cabellera de chispas.

Este nuevo aumento de luz le permitió abrazar de una mirada el sitio en que se hallaban. Era de un horroroso aspecto. El camino que seguían se dividía en varios engañosos ramales, y pie muy práctico, en efecto, se necesitaba para comprender el único de todos aquellos que no guiaba á una

Digitized by Google

muerte segura. A derecha é izquierda presentábanse como puntos más negros las bocas de los sumideros, de las que parecía escaparse un ligero vapor como el aliento de un monstruo. Sábanas de arena, donde á trechos brotaban extrañas matas que se ofrecían á la vista como negruzcas manchas, ocultaban algunos de los abismos por entre los cuales culebreaba el único y verdaderamente firme sendero. En el fondo, pero no á mucha distancia, se destacaba la masa imponente que parecía cerrar el paso. A sus pies abría sus devoradoras fauces uno de los más espantosos abismos. Se conocía que el sendero firme debía pasar rozando aquel precipicio para ir á dar la vuelta por detrás de la peña.

Todo esto, como se conocerá, no presentaba muy tranquilizadora perspectiva. Sin embargo, Berenguer estaba decidido á registrar la caverna, viniera lo que viniera. Era un corazón bravo el de Entenza y nada había en el mundo capaz de arredrarle. Volvióse hacia *Garza real* y le dijo:

—¡Eh! ¡clavado como un poste! Adalid, ¿qué es eso? ¿qué haces ahí? ¿Eres acaso un niño que tiene miedo hasta de su sombra? ¡Por vida de!... ¡me parece increíble que tú hayas sido uno de mis leones de Oriente!

Garza real alargó su mano y señaló el abismo que se veía al pie de la roca.

—¿Y bien? dijo Berenguer mirándole.

—Tenemos que pasar rozándole, dijo por fin el almogávar despegando los labios, pero con voz sorda.

—Pasaremos, contestó Berenguer. ¿No hemos también pasado junto á otros?

—Es que en ese abismo...

—¿Qué?

—En ese abismo fué donde...

—¡Bien, bien, no quiero ahora saberlo! dijo

Digitized by Google

Entenza, comprendiendo sin duda que *Garza real* aludía á lo que le dijera por la tarde, antes de penetrar en la cueva. ¡Adelante, adalid! ¡adelante, pardiez! ¡antes que todo es ser hombre!

Y cogiéndole del brazo con su mano de hierro, imprimió á todo su cuerpo una brusca sacudida.

Garza real se movió y empezó á andar, pero muy lentamente, como un autómata y casi tambaleándose como un hombre ebrio ó sobrecogido de un vértigo. Al pasar por delante del abismo cerró los ojos y vaciló, inclinándose hacia él como si una invencible y sobrenatural potencia le arrastrara. Berenguer tuvo que volverle á coger por el brazo y detenerle para que no se cayera.

Cuando hubieron dado vuelta á la roca, dejando ya muy atrás el precipicio, *Garza real*, como si despertara de un letargo, respiró con fuerza. Sus ojos abandonaron la fijeza en que hasta entonces estuvieran: los músculos de su rostro recobraron su movilidad, sus facciones se animaron y su paso volvió á ser firme.

Entenza le pasó la tea, diciéndole:

—Al entrar aquí estaba resuelto á lidiar con los fantasmas; pero confúndame Dios si me imaginé jamás que tuviera que habérmelas con un mandria.

El adalid bajó la cabeza y no contestó.

Siguieron andando silenciosamente, resonando sus pasos de una manera lúgubre en el vacío, hasta llegar á otra estancia circular más vasta que la primera, especie de plazuela donde todo era tierra firme y en la que desembocaba por una estrecha puerta el sendero que de seguir acababan nuestros dos personajes.

Garza real se pasó una mano por sus ojos y frente, como para acabar de disipar su extraño alucinamiento, y en seguida, con voz en que se notaba todavía cierta inseguridad, resto de la obsesión pasada,

Digitized by Google

—Tocamos ya al término de nuestra expedición, dijo. Otra estancia como esta á treinta pasos de aquí, y nada más.

Berenguer se puso á recorrer y examinar el sitio á que habían llegado. El adalid fijó su antorcha en el suelo, y desatando un haz de teas que se había colgado á la espalda por vía de precaución, encendió otra para que ayudara mayor luz al de Entenza en sus investigaciones. En seguida, después de haber dejado clavadas en tierra las dos antorchas, se sentó junto á ellas como un hombre fatigado; pero acababa apenas de tomar esta cómoda postura, cuando el megaduque, acercándosele y dándole una palmada en el hombro, le hizo volver á ponerse repentinamente en pie.

—Adalid, dijo Berenguer bajando la voz y estrechándole el brazo, ¡oye! ¿qué es eso? ¿qué rumor es ese?

El almogávar prestó atención. Oíase, en efecto, un ruido sordo, continuo y cercano.

—¡Ah! ya sé, dijo á poco *Garza real*. Es un torrente subterráneo que rueda sus olas por un conducto vecino á esta caverna. En mi tiempo se oía apenas. Esto es que con los años ha ido lamiendo y desmoronando las paredes, y según lo cercano que se oye, frágil es la barrera que lo separa de nosotros. Mirad, ¡no decía yo! continuó adelantándose y golpeando con su puño la pared, que despidió un ruido sordo. El menor esfuerzo bastaría para abrir aquí un boquerón por donde se precipitaría el torrente. Por lo visto, no tardará en llegar el día en que esta pared se venga abajo para abrir un nuevo camino al agua. Entonces es fácil que se inunde toda la caverna, lo que no será por cierto una desgracia.

Interin decía esto *Garza real*, Entenza estaba en ademán de escuchar como si algún otro accidente hubiese ido á reclamar su atención.

Digitized by Google

—Lo mejor que pudiéramos hacer, señor, prosiguió el adalid, sería acabar de registrar estos sitios y marcharnos. Aquí no se respira con comodidad y...

—Silencio! le gritó con voz baja y acentuada Berenguer.

Algo como un gemido acababa de herir sus oídos. Alargando el brazo hacia el ángulo donde se extendía la caverna,

—Adalid, añadió, de allí ha partido un grito.

—¡Un grito!

—¡Silencio!

Un grito resonó claro, distinto, inteligible. Berenguer preparó su azcona. En cuanto al adalid, ya se sabe que tan valiente como era en el campo de batalla, tan medroso y tímido se presentaba tratándose de fantasmas.

Aquel grito no dejaba duda. Seres naturales ó sobrenaturales, no eran ellos dos los únicos habitantes de la caverna. Hubo un momento de silencio y de ansiedad terrible por parte de entrambos.

De pronto, un objeto salió de entre las amontonadas tinieblas cruzando veloz como una visión por el círculo de luz que proyectaban las teas y dirigiéndose hacia la especie de puerta por la cual habían hasta allí llegado Berenguer y el almogávar. Por mucha rapidez que se diera en atravesar, Entenza y *Garza real* le divisaron y distinguieron perfectamente.

—¡Oh! gritó el adalid cayendo de rodillas presa del terror más profundo; el cazador negro y la dama blanca!

En efecto, lo que acababa de pasar era un caballero con una malla negra como las alas del cuervo, llevando en sus brazos á una mujer al parecer desmayada y cubierta con un velo blanco. Berenguer se quedó inmóvil, aterrado por aquella visión á la que siguió con los ojos.

Digitized by Google

En aquel momento, del ángulo mismo donde acababan de salir los fantasmas, una voz clara y sonora brotó á su vez, dejando oír perfectamente estas palabras:

—*¡Eteskédrou!* ¡Oh! *¡Eteskédrou!* (1).

—¡Eteskédrou! repitió Entenza saliendo de la especie de momentáneo estupor en que le sumergiera la visión. ¡Justicia de Dios! Es Eteskédrou!

Y dando un salto como el tigre á quien le roban sus hijuelos, se lanzó furioso tras las huellas del caballero negro.

—¡Señor, señor, es un fantasma! le gritó el adalid. ¿Qué vais á hacer?

—Fantasma ó no, yo le obligaré á darme cuenta, dijo el caballeresco Entenza. Suelta, villano y mal caballero, suelta á esa dama ó te arrojo ¡vive Cristo! mi pesada azcona.

El negro raptor no hizo caso ciertamente de estas palabras que aun fueron, por el contrario, causa de que redoblara su celeridad. Práctico como parecía ser en las revueltas de la caverna y en la senda que guiaba por entre los sumideros, cosa que no le sucedía á Entenza, iban á desaparecer perdiéndose entre las sombras.

El arrojado Berenguer comprendió toda su desventaja, y por lo mismo, antes que el caballero negro se hundiera del todo en las tinieblas, resolvió llevar á cabo su amenaza.

—¡Por última vez, detente, le gritó, seas quien fueres!

Pero esta exhortación fué tan inútil como las otras. Entonces empuñó el megaduque su azcona y la arrojó con furia, vibrando bajo las bóvedas como los silbidos juntos de cincuenta saetas. Mas... quizá por vez primera en su vida, le sucedió á Be-

(1) Frase griega que traducida quiere decir: *La del cedro*.

Digitized by Google

renguer calcular mal la dirección, y la azcona fué á dar con un ruido terrible contra uno de los muros de la gruta, que se desmoronó, abriendo paso á un saltador é impetuoso chorro de agua. Al poco rato, con la rapidez de un relámpago y á los absortos ojos de Berenguer al agujero por su azcona abierto, ensanchándose al momento, no veía saltar una cascada, sino que vomitaba un río, un río que se extendió en espumosas y crecidas oleadas por el pavimento, interponiendo una barrera imposible de vencer y de salvar entre el megaduque y los fugitivos.

—¡Oh! ¡el torrente! gritó este haciéndose atrás. ¡El torrente! ¡perdidos somos! perdidos nosotros y ellos también si no han dado vuelta á la roca.

Y teniendo que cesar en su persecución por aquel imprevisto y terrible accidente, Berenguer, volviendo atrás, se precipitó en la pieza circular gritando:

—¡Adalid! ¡adalid! ¡pronto! ¡estamos perdidos!

Sólo un gemido le contestó.

—¡Adalid! volvió á repetir Entenza girando á todas partes sus ojos y no viendo á nadie á la luz de las teas. Adalid, ¿qué es eso? ¿dónde estás?

Guiado por otro gemido, el magaduque dirigió su mirada hacia un ángulo, y vió á *Garza real* arrimado á la pared hasta donde había retrocedido cual si tratara de clavarse en ella. De nuevo aparecía pálido, desencajado, erizados los cabellos: sólo que si antes estaba cadavérico, aquella vez estaba horroroso. Sus facciones contraídas por una violenta convulsión indicaban el terror en todo su mayor grado. De sus labios salía una espuma rojiza, sus ojos parecían inyectados de sangre.

—Adalid, ¿qué mil diablos es eso? ¿qué ha sucedido?

—¡Oh! murmuró el pobre almogávar con una oz que á nada humano se parecía, ¡era ella, ella! la he visto.

Digitized by Google

—¡Ella! ¿pero quién? preguntó Entenza.

—Ella, la mujer que arrojé al abismo. ¡Oh, señor! los muertos se levantan. ¡Huyamos! ¡huyamos de aquí!

—¡Huir, pobre loco! ¿y por dónde, si el torrente nos impide el paso, el torrente que acaso no tarde en precipitarse y en invadir el sitio donde nos hallamos!

Garza real no atendía.

—¡Ay! ¡la he visto! y ella también á mí, porque dando un grito ha desaparecido.

—¡Desaparecido! exclamó Berenguer. ¡Por dónde!

—Por allí, balbuceó el almogávar señalando el paraje por donde se extendía la caverna. ¡Por allí!

—Pues si por allí ha desaparecido, es que allí hay una salida. ¡Sígueme!

—¡Oh! no, allí no hay nada, nada más que los muertos que se levantan de sus tumbas!

—¡Ven! gritó Berenguer imperiosamente, el rugido del torrente se acerca. ¡Ven! ¡es preciso salvarnos!

Y cogió á *Garza real* de un brazo.

—No, no, dijo el adalid resistiéndose, allí están los muertos.

—Esté quien esté, allí hemos de ir. ¿No ves, pobre insensato, aparecer ya el agua por la abertura que hasta aquí nos ha dado paso? ven, ven, ¡rayos del cielo! ¡ven!

Y con una fuerza hercúlea arrastró tras sí al adalid, que en vano intentó aquella vez resistirse.

—¡Señor! exclamó Berenguer antes de internarse por la galería, elevando los ojos al cielo con un esfuerzo supremo; ¡misericordia para Eteskédrou! ¡misericordia para nosotros!

Y Entenza, agitando la tea que había arrancado del suelo, desapareció con *Garza real* entre las

Digitized by Google

sombras, que les envolvieron bien pronto como entre los pliegues de una inmensa mortaja.

Apenas acababan de abandonar la estancia, cuando, mugidor é impetuoso, el torrente, que había ido engrosándose, se precipitó en ella.

V

EN EL QUE EL AUTOR SE VE OBLIGADO Á DEJAR POR EL PRONTO Á SUS LECTORES EN LA IGNORANCIA DE LO DEMÁS QUE ACAECIÓ Á BERENGUER Y AL ADALID EN LA CAVERNA, PASANDO Á OCUPARSE DE ASUNTOS HISTÓRICOS.

Sí, tenemos que perderles de vista y dejar que desaparezcan en las profundidades de la caverna huyendo del torrente y alumbrados por el sanguinoso resplandor que lanza la tea agitada por la mano del de Entenza.

Pero, no os pese abandonarles, pues en tanto que ellos buscan fácil salida que del peligro les libre y nosotros esperamos ocasión propicia para volver á encontrarles, he de narraros una curiosa historia, que es más que una novela, porque es un poema.

Ya veréis como mi narración os conducirá paso á paso y naturalmente á nuestros dos aventureros, aunque, por el pronto, tengamos que retroceder algunos años.

Empiezo pues.

Corría el año 1302 y Sicilia acababa de ver ter-

Digitized by Google

minados los disturbios á que diera tan sangriento comienzo la campana que tocando á vísperas, llamó al combate á todo el que sentía latir un corazón libre y á todo el que se hallaba en estado de blandir un arma.

La paz dejó sin empleo á ocho mil almogávares catalanes y aragoneses que habían elegido la Sicilia para teatro de sus portentosos hechos de armas. En efecto, toda aquella gente turbulenta, mal avenida con la paz que no ofrecía ningún porvenir á sus belicosos deseos, empezó á pasear en torno suyo miradas de inquietud buscando un lugar en el mundo sobre que poder caer como una nube; buscando un sitio, por remoto que fuese, en el universo, donde poder ir á clavar en señorial homenaje el triunfante pendón de las barras catalanas.

Pensaron sin embargo, y pensaron cuerdamente, que antes que todo les sería bueno y útil elegirse un jefe.

Ahora bien, por aquel entonces, corría los mares, armada en corso, una galera por nombre *La oliveta*, terror un día de la costa de Calabria y asombro de los Estados pontificios. Montábala un hombre, señor de otras varias naves con las que formaba casi una escuadra, un hombre, tipo de los caballerescos aventureros, el más galán entre los más galanes y acaso también el héroe entre los héroes.

En breve resumen hemos de referir su vida hasta el momento en que se nos presenta á reclamar su sitio en esta narración.

Hijo de uno de los más ardientes partidarios del degollado Coradino, tenía Roger de Flor quince años y hallábase retirado en Brindis soportando con su viuda madre los sufrimientos de la proscripción y la miseria, cuando acertó á conocerle un templario francés llamado fray Vassail que, prendándose de su juvenil travesura, llevósele consigo

Digitized by Google

á sus marítimos viajes, no tardando en vestirle el manto y la armadura del Temple.

Admitido Roger en el seno de la religiosa orden, se le confirió el grado de *fraile sargento,* y púsose bajo su mando la galera *El halcón,* bajel el más grandioso que se había construido hasta entonces. Los mares de Levante fueron testigos de sus empresas, y el nombre del templario Roger empezó á ser temido y respetado. Pero era el joven asaz travieso y turbulento para fraile, aun para fraile guerrero, y llamábale Dios por otro camino. Así es que, luego de la presa de Tolemaida por los bárbaros, donde se halló combatiendo como un héroe, alzóse con el tesoro de los templarios y creyó que lo mejor y más prudente era hacerse pirata.

Nunca ha habido capitán pirata ni más galán ni más espléndido. Amigos ó enemigos, todos los que caían en su poder tenían salvas sus vidas y naves, como no desdeñaran pagarle un tributo con que ayudar á sostener al antiguo templario su fausto y lujo, su generosidad y boato. Roger era sólo pirata para poder tratarse como príncipe.

Un día despertó cansado de sus correrías y presentóse á ofrecer sus servicios al duque Roberto de Calabria, que estaba armando á la sazón contra el rey Federico de Sicilia. El duque tardaba en contestarle, y Roger, lastimado por el desaire, se dirigió entonces al rey de Sicilia que aceptó con afán su auxilio y que recibió de él mil onzas de oro junto con sus mejores caballeros, entre los cuales estaba su hermano de armas Berenguer de Entenza. El rey, por su parte, le creó vicealmirante de Sicilia é individuo de su consejo y le regaló los castillos de Alicata y de Trip y las rentas de Malta.

Rival de Roger de Lauria en los mares, el de Flor asistió á varias batallas, aventajando á todos sus contrarios en cortesanía, valor y magnanimi-

Digitized by Google

dad, ciñó sus sienes de laureles lealmente conquistados y ganóse todas las voluntades con su regia opulencia y sus espléndidas liberalidades.

Tal era el hombre en quien fijaron la vista los almogávares y á quien se presentaron sus adalides dispuestos á jurarle por jefe si se ofrecía á llevarles á un punto donde pudiera hallar vasto campo su vida aventurera.

Quedóse un instante meditabundo Roger, que sintió arder su cabeza y latir su pecho de ambición. Acudióle á la mente la situación del imperio griego, cuyo emperador Andrónico se veía amenazado de los turcos.

—Sí, dijo entonces volviéndose hacia los adalides que esperaban inquietos su resolución, sí, yo os llevaré á un país donde hallaréis enemigos que vencer y botín y preseas que repartiros. Acepto el mando y disponed vuestras gentes para la partida.

Los adalides extendieron sus azconas hacia Roger y le juraron por jefe.

—¿Dónde vamos? le dijeron en seguida.

Roger irguió su cabeza. Iluminaba su rostro un rayo de alegría salvaje, brotaban fuego sus ojos como los del profeta antiguo.

—¡A Oriente! exclamó extendiendo el brazo hacia un confín del horizonte; ¡á Oriente, por Aragón y Cataluña!

—¡Bien! ¡bien! gritaron los adalides blandiendo en el aire sus azconas. ¡A Oriente, por Aragón y Cataluña!

La expedición á Levante quedó desde aquel punto decidida.

Poco tiempo después, las aguas de Mesina veían balancearse muellemente treinta y seis naves que, dando al aire sus velas, partieron una mañana llevando en su seno á los ocho mil almogávares.

La galera de Roger fué la última en salir del puerto. Era que el jefe estaba despidiéndose y

Digitized by Google

dando sus últimas instrucciones á Berenguer de Entenza, que rezagado se quedaba por estar esperando refuerzos de Cataluña.

—Allí te aguardo, compañero, dijo el de Flor arrancándose á los brazos de Entenza.

—Ahí me verás, hermano, contestóle Berenguer.

—Pero pronto.

—Sí, pronto.

—¡Para los dos el Oriente!

Y dichas estas palabras, Roger dió el postrer abrazo á su hermano de armas.

—¡Protéjalos Dios! murmuró Berenguer al poner el pie en la playa de Mesina.

Sí, sí, ¡Dios les protejerá, Dios les proteje! Deslízanse los bajeles voladores por la espalda del indomable océano, y allí van, allí van los que un día, convertidos de aliados en señores, debían, después de vencidos los turcos en los desfiladeros del Tauro, atravesar la Macedonia hasta el pie del Olimpo y del Osa, cruzar los valles de la Tesalia hasta la Beocia y el Atica, dictar leyes á Atenas, y enarbolar el pendón de las barras en las torres de la Acrópolis de Minerva, mientras la bandera de Aragón y el estandarte de San Pedro ondeaban en las almenas del Pireo, en el puerto de Falera, y sobre las mazmorras de la fortaleza de Crisa.

Sí, sí, Dios protegió á aquel puñado de héroes que al llegar con Roger al desfiladero de las Puertas de hierro pedían á gritos marchar sobre Jerusalén, impidiendo entonces sólo la perfidia de los griegos que seis mil catalanes hicieran lo que no habían conseguido cien mil cruzados.

Pero, procedamos con orden y no adelantemos los hechos.

Digitized by Google

VI

El vino de la hospitalidad.

Una mañana, cuando el sol hacía ya más de una hora que había extendido por todas partes su sábana de fuego, la vieja y opulenta Constantinopla despertaba sobresaltada y todas sus calles se llenaron de habitantes que acelerados corrían hacia el puerto.

Lo que tan curiosos y atareados les traía, era la llegada de Roger con sus naves que se mecían en el espejo que para contemplar su hermosura vé la capital de los Césares de Oriente eternamente tendido á sus plantas.

Los resueltos almogávares fueron recibidos, según expresión de un cronista, como gente llovida del cielo, y todo el pueblo pudo contemplar á su emperador Andrónico que cordialmente tuvo echados los brazos al cuello de Roger mientras desembarcaron y desfilaron por delante de ellos las huestes de catalanes y aragoneses, al mando cada una de sus nobles y aventureros caudillos.

El emperador no se cansaba de admirar aquellos hombres tostados por el sol de los combates, con su bizarro traje, su aguerrido continente y su marcial desembarazo. Su pecho latía de júbilo, chispeaban sus ojos de alegría. Andrónico, en su comprometida situación y en su impotencia para resistir á los turcos que habían invadido sus estados y que amenazaban llegar hasta la misma Constantinopla, Andrónico miraba á aquellos gue-

Digitized by Google

rreros como algo más que sus aliados, como sus salvadores.

Cuando todos hubieron desfilado, cuando el último pendón del ejército de las catalanas barras hubo cruzado por delante de sus ojos, el emperador se volvió hacia Roger y, gozoso el semblante, le dirigió estas palabras:

—¡Salud al huésped que me llega cuando amenazadora ruje sobre mi patria la tempestad! ¡Con bien venga el caudillo de Occidente que seguido de sus leones no ha titubeado en atravesar los mares para darle á mi trono prosperidad y bienandanza! Reciba el ósculo fraternal de paz, ínterin viene á mi palacio á beber el vino de la hospitalidad.

Y dió un estrecho abrazo á Roger, rozando con sus labios la morena frente del caudillo.

El de Flor se volvió hacia el mar, extendiendo su brazo para señalar el Occidente.

—Un día, y quizá no muy lejano, exclamó dirigiéndose á Andrónico, veréis rasgarse esa lámina de plata para abrir paso á las triunfantes proras de otra latina escuadra. Cuando llegue este día, cuando desde una de las torres de vuestro palacio veáis, á lo lejos y á los rayos del sol, como una bandada de paviotas que se baña, brillar las velas de otros buques, entonces alegraos, disponed regios festejos, salid de vuestro alcázar y, como habéis hecho por mí, corred al muelle y recibid entusiasta en vuestros brazos al que mandando llegue la guerrera flota.

—¿Y por qué? preguntó cándidamente y sorprendido el emperador.

—Porque con ese nuevo aliado os llegará la flor de la lealtad y la caballería, porque con él os llegará la gloria, compañera inseparable de su vida aventurera.

—¿Y ese guerrero?

Digitized by Google

—Es mi hermano de armas, y vale más él solo que todo ese ejército de almogávares que desfilar habéis visto á vuestros ojos.

—Decidme su nombre, su nombre para que le bendiga de antemano y para que invoque ya desde ahora sobre su frente las bendiciones del cielo.

—Berenguer de Entenza.

—¡Berenguer de Entenza! Perded cuidado, no se me olvidará.

Y enlazando su brazo con el de Roger de Flor, Andrónico, seguido de su corte, se dirigió á su palacio, después de haber dado orden para que se acuartelara á los almogávares en el barrio y edificio del arsenal, y para que se les distribuyeran víveres y vino junto con la paga de cuatro meses por vía de agasajo.

Todo el pueblo se precipitaba ante sus pasos para ver al caudillo de los aliados, centro de la admiración general, y, por las calles del tránsito, más de una celosía dejó atravesar por entre sus rendijas los rayos de unos ojos negros que fueron ardientes á clavarse en el moreno pero agraciado rostro y en la gentil apostura y militar desenfado de Roger de Flor.

Así llegaron á palacio, y después de haber cruzado los patios por entre filas de esclavos que se doblegaban como un arco para saludarles, Roger empezó á subir la escalera principal alfombrada de ricos tapices y donde á cada cinco escalones se mantenían en pie, inmóviles como estatuas de ébano, dos negros sustentando pebeteros de plata que dejaban escapar un hálito preñado de ricos aromas y deliciosos perfumes.

Al llegar al último tramo, el jefe de los almogávares vió abrirse ante él una fila de aposentos suntuosamente decorados, y en el umbral, como la dulce y mágica visión de un sueño, una joven de radiante hermosura parecía esperarle al frente de

Digitized by Google

un grupo de beldades, cual una deslumbradora sirena espera al viajante entre una corte de peregrinas náyades.

Roger se detuvo asombrado. Entonces la hermosa, vestida caprichosamente á la poética usanza del país, se adelantó silenciosa pero risueña, vertió con un jarro ricamente labrado un vino que parecía un arroyo de topacios en una copa de oro, y después de haber llegado á ella sus labios, que casi tomó Roger por un clavel partido, se la presentó al estático caudillo. Tomó éste con mano trémula el aurea copa, bebió un sorbo, y se la pasó al emperador; todo, sin perder de vista á su bella encantadora, que sintió encenderse su rostro como la grana bajo la mirada de fuego del jefe almogávar.

En esto, Andrónico empuñó la copa que le había ofrecido Roger, y, antes de acercarla á sus labios, exclamó con voz clara y solemne:

—Fuego y plomo derretido tórnese en mis venas el sagrado vino de la hospitalidad, si grato no accedo al primer favor, por inmenso que sea, que me demande mi huésped de Occidente.

Dijo, y de un sorbo apuró el contenido de la copa.

Roger le dió gracias con una mirada, y señalándole á la simpática hermosura que ante ellos tenían,

—¿Quién es, le preguntó, esa peregrina beldad?

—Mi sobrina María, le contestó el emperador, la flor de las doncellas de Oriente, como es vuestro hermano de armas Berenguer la flor de la caballería de Occidente.

Roger se dejó arrastrar, bien á pesar suyo, hasta el interior del palacio donde le aguardaba una espléndida hospitalidad. En efecto, no podía olvidar á María, cuya belleza había producido una viva impresión en el alma del antiguo corsario.

Todo aquel día se pasó entre bullicio y algazara.

Digitized by Google

Constantinopla, á la voz de su emperador, se había adornado con todas sus galas, y resplandecía, seductora de goces y festejos, deseosa de atraer y cautivar á los guerreros venidos de allendes tierras para librarla de una casi inevitable esclavitud.

Roger vió pasar la jornada entre alegría y júbilo, pero sólo consiguió hallarse otra vez con María á la que vió, como la primera, por espacio rápido de un instante, sin poder trocar con ella más que unas pocas palabras.

Llegó la noche y el de Flor fué acompañado á su lujosa habitación donde había una azotea que por una marmórea escalinata comunicaba con el vasto jardín de palacio.

Fatigado de los goces del día, Roger dictó breves órdenes á los adalides que se le presentaron, según costumbre de todas las noches, y les despidió junto con sus servidores. Ansiaba estar solo para dar libre vuelo á sus entusiastas pensamientos.

Cuando todos hubieron partido, salió á la azotea iluminada por la bella luz de una luna que despedía sus rayos á través de un tamiz de flotantes y pasajeras nubecillas, y apoyándose en la baranda de mármol, Roger dejó vagar sus inciertas miradas por los grupos de árboles y por los aciratés de flores que enviaban hasta él, envueltos en la inefable poesía de una noche de primavera, sus suaves perfumes y sus plañideros rumores.

Pensando estaba en María y uniendo allá en su mente su idea con el germen de ambición que devoraba como un fuego oculto su alma, cuando á su errante mirada le pareció tropezar con una sombra blanca que se deslizaba fugaz por entre el follaje que extendía á sus pies sus movibles bóvedas. No se engañaba. Bien pronto vió cruzar por una calle de árboles, con excesiva celeridad, la misma sombra. Hubiérase dicho una mujer que huía.

Aguijoneado por la curiosidad é impulsado por

Digitized by Google

ella á seguir aquel principio de aventura, Roger se envolvió en su manto blanco, única costumbre que había guardado de su vida de templario, y sin más armas que su daga, que jamás abandonaba su cinto, bajó con rápido paso la escalinata, internándose á la ventura por el jardín.

No tardó, al volver de una calle de cipreses, en encontrarse con una mujer que venía corriendo por camino opuesto al suyo y que al verle se detuvo sobrecogida y lanzando un grito de sorpresa.

El de Flor reconoció á María.

—¡Oh! ¡vos aquí y á estas horas!—exclamó.

La hermosa joven estaba trémula y pareció vacilar antes de decir una palabra.

—¿Qué os ha sucedido? preguntó Roger con interés, viendo la agitación de María.

—¡Ah! contestó por fin la joven con voz dulce, bendigo á la Panajia (1) que me proporciona auxilio. Confíome á la lealtad y guarda del huésped caballeresco de mi tío. ¿Queréis acompañarme hasta mi habitación, que está en el ala izquierda del palacio?

—Disponed de mí.

La joven apoyó su trémula mano en el brazo de Roger y tomaron entrambos la dirección de los aposentos de María. Cuando ésta se hubo recobrado algún tanto, conoció que debía una explicación al caballero.

—He bajado, dijo, como me sucede muchas veces, al jardín, para respirar el aire puro y embalsamado de la noche, cuando estando muy apartada de mi habitación, me he hallado con Jeorge.

—¿Y quién es Jeorge? preguntó Roger.

—El jefe de los alanos. Ese hombre me dá

(1) Nombre con que es conocida la Virgen entre los griegos.

Digitized by Google

miedo, continuó la joven con la candidez y confianza de una niña de quince años. Me persigue hace ya tiempo con su amor, y sus protestas son violentas, sus explicaciones arrebatadas como el fuego de un volcán.

—¿Os ha faltado al respeto? preguntó el caudillo almogávar rechinando sus dientes y buscando el puño de su daga por entre los pliegues del manto.

—¡Oh! no, jamás, pero os digo que me dá miedo. Su mirada torva brilla como la hiena y es impetuoso en sus palabras como un torrente salido de madre. Se habrá introducido en el jardín sin duda para hablarme, y yo que le he visto venir hacia mí, me he puesto á correr como una loca.

—¿No le amáis, pues? dijo Roger acentuando estas palabras y clavando, á la luz de la luna, sus ojos en el semblante de María.

—¡Yo! contestó ésta con inocencia y sorpresa infantil. Pues qué, ¿se puede amar á quien causa miedo?

Roger se sonrió.

—¿Y yo? dijo, ¿os causo yo miedo?

—¡Oh! no, ¡vos no! exclamó la joven apresuradamente.

Habían en esto llegado al pie de la escalinata que conducía á la habitación de María. La joven se lanzó por ella murmurando una palabra de agradecimiento á oídos de su compañero. Este no tardó en verla desaparecer.

Todo era noble, todo era magnánimo y caballeresco en el alma de Roger de Flor. Había determinado consagrar su vida á una idea de dominadora ambición; lo mismo y con la misma espontaneidad la hubiera consagrado á una idea de amor. Roger de Flor, el grande aventurero de Oriente, tal como nos le presentan las crónicas, que el autor ha procurado estudiar con alguna detención para poder

Digitized by Google

bosquejar su carácter, Roger de Flor era—si se me permite traducir mi idea con una vulgaridad—era de la pasta de que se hacen los héroes y los mártires.

Se trazaba un camino y lo seguía sin vacilar, mirando siempre adelante, no volviendo nunca la vista atrás. Si hallaba un obstáculo lo quitaba, si se encontraba con un abismo lo saltaba. El viento de su fortuna le llevó á Grecia y fué un héroe; si hubiese impelido sus naves hacia otro punto, hubiera sido un mártir; si no hubiese soplado ni poco ni mucho, se hubiera tal vez tendido á los pies de una hermosa dejándose morir de amor con todo el inmenso tesoro de heroísmo que hace sufrir el martirio por una causa cualquiera en la oscuridad.

Todo esto, sin embargo, acaso no conduzca á nada para decir simplemente á mis lectores que el caudillo de Occidente vió subir á María ligera como una corza las gradas de mármol, y que luego que hubo visto desaparecer el último pliegue de su vestido, se dijo á sí mismo:

—Una noche al fresco es deliciosa. ¡Tantas he pasado ya! Velaré su sueño.

Y envolviéndose en su blanco manto, el futuro vencedor de los turcos se reclinó en la escalinata de que, en su inmovilidad, pareció bien luego formar parte.

Hacía apenas un cuarto de hora que allí estaba Roger inmóvil y silencioso, cuando oyó rumor de unos pasos en una vecina calle de árboles.

—¡Ah! ¡ah! se dijo. Ya tenemos aquí el alano. ¡Bien venido sea!

Y para estar dispuesto y prevenido á todo, puso la mano sobre el puño de su daga.

No se había engañado Roger. Un hombre envuelto en una piel de oso y de un aspecto casi salvaje, según podía vislumbrarse á los rayos de la luna, acababa de desembocar de un grupo de árboles inmediato.

Digitized by Google

El de Flor le vió dirigirse sin vacilar hacia la escalinata de mármol, pero sin embargo, al hallarse á pocos pasos de él, el desconocido se detuvo como herido de un rayo.

Era que el recién llegado acababa de ver á un hombre embozado en una capa blanca y sentado en la primera grada de la escalera.

En efecto, Roger no se había meneado.

El desconocido, que no era ciertamente otro que Jeorge, el general de los alanos del emperador, pareció quedarse un momento titubeando. Calculaba si avanzaría ó se retiraría, pero en fin terminó la breve lucha que en su interior se acababa de suscitar, no decidiéndose ni por lo uno ni por lo otro. Jeorge había conocido, lo creía al menos, á Roger de Flor en el hombre sentado en la escalinata, pues que de toda la gente llegada aquella mañana, á nadie más que á su caudillo había visto usar el manto blanco.

Ahora bien, si aquel hombre era Roger, ¿qué hacía allí? ¿Por qué en aquella postura, cual si guardara, centinela de honor, la puerta de la princesa María? ¿O era que, paseando por los jardines, se había allí sentado quedándose dormido?

Jeorge se perdía en conjeturas y, por lo que pudiera ser, decidió, según acabamos de decir, no adelantar ni marcharse, sino permanecer de observación en el sitio en que se hallaba y obrar según las circunstancias. Retrocedió sólo algunos pasos hasta hallar un tronco de árbol en el que se apoyó y de donde, á poco rato, la vista más perspicaz no hubiera bastado á separarle.

—¡Hola! ¡hola! se dijo Roger adivinando la intención del alano. Parece que seremos dos en velar. Perfectamente.

Agradábanle á Roger las aventuras, y era hombre á quien le seducía toda idea de originalidad y extravagancia. Aquella situación le pareció, por lo

Digitized by Google

mismo, tan singular, que no pudo menos de aplaudirse el arranque caballeresco que le había impelido á constituirse en guarda del sueño de María.

Ambos guerreros continuaron, pues, frente á frente, inmóviles, mudos, revolviendo el antiguo templario en su mente osados planes de ambición, arrojando el alano de sus ojos chispas de la cólera que, como en una fragua, se abrigaba en su corazón.

Así permanecieron toda la noche sin perderse de vista, sin abandonar el puesto en que cada uno se había situado, sin menearse apenas, tranquilo y sereno el caudillo de los almogávares, sombrío y ceñudo el jefe de los alanos. Cualquiera que de aquel modo les hubiese visto, de fijo les hubiera tomado por dos estatuas de los jardines.

Por fin, empezó á rayar el alba, y con la primera luz de la rosada aurora, llegó el movimiento para el interior del palacio.

Cuando Roger se hubo asegurado que ya no eran sólo ellos dos quienes estaban despiertos, se levantó con tranquilo continente, separóse de la escalinata donde hasta entonces había permanecido, dió tres pasos y dirigiendo la palabra á su nocturno compañero, le dijo en griego y con un ademán sarcástico que le era á veces natural:

—Deliciosa noche hemos pasado. ¡Buenos días, camarada!

Y volviéndole sin afectación la espalda, se encaminó tranquilo, sosegado, lentamente, hacia la gradería que guiaba á su estancia.

Jeorge se mordió los labios hasta hacerse saltar sangre y no se movió de su sitio hasta que hubo visto desaparecer al de Flor.

Este, al llegar á sus aposentos, abrió la puerta, y removió con el pie el cuerpo del almogávar que todas las noches, tendido sobre una piel de tigre, dormía atravesado en el umbral de la habitación de su jefe.

Digitized by Google

El almogávar se puso en pie como un resorte.

—Vete á la antesala del emperador, y en cuanto despierte, ven corriendo á avisarme.

Tres cuartos de hora después, el fiel almogávar venía á advertir á Roger, quien pasó á la estancia de Andrónico que le recibió estrechándole en sus brazos.

—Ayer, señor, le dijo Roger, hicisteis un voto al apurar la copa en que unidos nuestros labios como nuestros corazones, bebieron el vino de la hospitalidad.

—Y no permita el cielo que falte á él, siempre y cuando llegue el momento en que vengáis á reclamármelo.

—Es que este momento ha llegado ya.

—Dispuesto me encontráis.

—Concededme la mano de vuestra sobrina la princesa María. Sea ella un lazo que nos una estrechamente y que haga comunes nuestros intereses.

—¡Qué me place! contestó Andrónico gozoso. Y aun más haré, os cederé la plaza, el rango y título de megaduque, que es la cuarta dignidad del imperio de Bizancio.

Roger sintió que su corazón se estremecía de contento, pero hábil en dominar sus pasiones, no permitió que el rayo de aquel ambicioso júbilo llegara siquiera hasta sus ojos. Apenas se inclinó ligeramente en signo de gratitud.

Aquella misma mañana, Andrónico participó á su corte el próximo enlace de Roger de Flor, nombrado megaduque del imperio, con María su sobrina, hija de Azán, rey de los búlgaros.

Todos los cortesanos, entre los cuales el caudillo aventurero no había tenido aún tiempo de sembrar la maligna semilla de la envidia y de los celos, se inclinaron en señal de aprobación. Sólo una cabeza no se doblegó, sólo un hombre clavó sus uñas

Digitized by Google

en su pecho hasta hacerse brotar sangre al oír de los labios de Andrónico aquella inesperada nueva.

Este hombre era Jeorge.

Seis días después el palacio del emperador resonaba con los cantos y hurras de alegría. La mano de la hermosa María acababa de caer trémula de emoción entre las fuertes y nervudas manos del aguerrido caudillo de Occidente.

Antes de efectuarse la ceremonia, Roger había recibido del emperador el escaramango ó gorra de oro, la túnica bordada, el bastón de oro y plata, el sello y el estandarte, insignias todas inherentes al título de megaduque con que se le acababa de honrar para estrechar la distancia que de la princesa le separaba.

Atravesaban los recién esposos una galería de palacio, saludados por los vítores del pueblo y por los gritos entusiastas de los almogávares, cuando un mensajero, cruzando por entre los grupos, llegó hasta el emperador.

—¿Qué sucede? preguntó éste así que le vió.

—Señor, los turcos avanzan hacia las ruinas de Cícico con intención de precipitarse sobre Artaki.

Andrónico se adelantó hacia el megaduque y le comunicó la nueva. Este, sin contestar, se volvió hacia dos de sus pajes, y tomando de manos del uno el estandarte de megaduque y de las del otro el pendón con las ensangrentadas barras de Aragón y Cataluña, se inclinó sobre la galería y dirigiéndose al pueblo y á sus leales,

—Compañeros, les gritó tremolando una bandera en cada una de sus manos, no hemos venido á Oriente para gozar las delicias de la paz y para ser sólo gravosos á una tierra hospitalaria. Mañana, al rayar el alba, partiremos. Nos espera un porvenir de combates y victorias. Preparaos todos y que se disponga á seguir mi bandera quien sienta latir un corazón patriota.

Digitized by Google

Fué un rugido terrible lo que contestó á Roger. Era que sus palabras habían hecho estallar á un tiempo el entusiasmo del pueblo y el de sus almogávares.

Pero entre todos aquellos hombres entusiastas, uno solo se estremeció de alegría al oír las palabras de Roger.

Era aún Jeorge, Jeorge, que había asistido con una palidez horrorosa, pero sin hacer ningún movimiento, á la ceremonia nupcial. Al oír pues que su afortunado rival partía, el alano sintió estallar su corazón de júbilo como toda aquella multitud estallaba en bravos. Era algo como la alegría del tigre que olfatea una presa cercana.

—¿Mañana partís? dijo Andrónico al megaduque. Mañana pues mi trono empieza á respirar y mi patria renace á la libertad. ¡Proteja Dios las banderas de mi aliado caudillo! ¿Qué gente queréis de la mía?

—Toda la que se sienta con el suficiente valor y entusiasmo para seguirme. Sin embargo, me han dicho que tenéis en vuestra corte á un hombre audaz y arrojado, valiente entre los primeros y el primero entre los generales.

—¿Quién es ese hombre?

—Jeorge, el jefe de los alanos.

—Irá con vos.

Y dirigiéndose hacia Jeorge, le dijo en alta voz:

—Vuestros alanos partirán mañana guiados por vos, unidos á las banderas del megaduque. Id á disponeros, Jeorge. Vos combatiréis como bueno en favor de mi trono y del imperio.

Jeorge no contestó, pero un baño de espantosa palidez cubrió su rostro como una máscara.

—¡Oh! ¡ese hombre! murmuró, ¡ese hombre! ¿por qué le habrá lanzado el cielo en mitad de mi camino para que un día le estrelle á mi paso como un torrente el dique que de contenerle trata?

Digitized by Google

Los celos es una cosa terrible en el corazón de todo hombre; pero en el de un hijo de Oriente ó del Norte es una cosa monstruosa. Jeorge se sentía devorado por ellos.

Salió del palacio, dió orden á sus capitanes para que estuvieran prontos al rayar el alba, y en seguida mudo, cabizbajo, sombrío, como si meditara el plan de una terrible venganza, se encaminó lentamente á su morada.

Al llegar á ésta, apartó los mechones de negros cabellos que le habían caído sobre los ojos, lanzó una mirada de júbilo casi salvaje, entró en su estancia y dió una palmada.

Un negro asomó su fea cabeza.

—¡Que venga Eteskédrou! dijo Jeorge.

El negro salió mientras que el alano se arrimó á una ventana, y apoyándose en ella balbuceó:

—Sí, sí, ¿por qué ha de haberle puesto el cielo en mitad de mi camino para hacerme sombra?... ¡Desdichado!

VII

La asamblea nocturna.

La noche se había acercado á pasos agigantados, la oscuridad se había apoderado de todo envolviéndolo bajo su manto sombrío.

A una hora de distancia de Constantinopla, poco más ó menos, se elevaba un pequeño monte desnudo y árido, lleno de picachos y rocas graníticas que asomaban sus puntiagudas cabezas como si fueran una bandada de lobos allí agrupados. Por

Digitized by Google

lo demás, ni el menor asomo casi de vegetación. Sólo de las grietas de las rocas se escapaban, avergonzados de verse solos, algún oscuro pinabete, alguna zarza macilenta, alguna planta enfermiza. La terrible execración de David parecía haber caído, severa é inexorable, sobre aquella cima.

Este monte abríase por el centro en una especie de semicírculo naturalmente formado por las peñas que servían de muralla y por los desmoronamientos á que había dado lugar el tiempo, eternamente pesando por los siglos de los siglos sobre su frente enhiesta. Formaba el semicírculo una especie de llanura muy ancha cerca ya de la planta del monte, á cuya llanura podía treparse por dos groseras y trabajosas escaleras abiertas en las peñas, llenas de los escombros allí depositados al pasar por las aguas que, en tiempos lluviosos, se desprendían de las cimas y que por las escaleras se deslizaban aceptándolas como cauces labrados para su paso. En el fondo de esta meseta semicircular, pegado casi al monte y viendo extenderse ante él una superficie plana que dominaba con su orgullosa majestad, un cedro, al parecer centenario, alzaba sus ramas pintorescas dejándolas jugar con el viento.

¿Cómo estaba allí aquel árbol solitario, gigante centinela perdido entre desnudas rocas?

Esto es lo que nadie sabía. Pero es el caso que allí crecía frondoso y lozano, rodeado de todo su poético lujo, extendiendo sus ramas vestidas con las galas de un follaje juguetón y caprichoso.

La noche de que hablamos, la meseta ó llanura se hallaba iluminada por esa dulce claridad que se desprende de las estrellas brilladoras cuando tachonan un horizonte rico en azul, permaneciendo allí clavadas, inmóviles pero chispeantes, como si hubiesen nacido de las huellas impresas por Dios al recorrer su bóveda celeste.

Digitized by Google

Esta melancólica y vaga claridad permitía ver las peñas que se extendían como murallas al lado del semicírculo, en el fondo del cual se alzaba robusto y vigoroso el cedro centenario.

Aun más; cualquier observador hubiera podido contemplar con extrañeza una piedra ancha, baja y redonda depositada á la sombra del cedro, y al rededor de ésta, otras seis ó siete allí dispuestas en forma de asientos.

¿Sería que esperaban á los moradores invisibles de la montaña para un conciliábulo nocturno?...

¡La hora de los fantasmas ha sonado!

Es media noche y el viento silba con furia por entre los picachos, el cielo despliega su más rico azul, las estrellas despiden su claridad más tibia, más dulce, más fantástica, y en el horizonte, vigorosamente delineadas, asoman las crestas de las montañas con pobladas selvas de pinos que caen desde su cima hasta sus pies como la suelta y crespa cabellera de un gigante.

Unos hombres misteriosos trepan en silencio por las escaleras que guían á la meseta solitaria y van quedándose en pie junto al cedro y detrás de las piedras. Los grupos que allí forman van engrosándose. Bien pronto no son ya diez, veinte, treinta hombres, sino ciento, trescientos, quinientos, tal vez mil.

De cuando en cuando las filas de aquellos grupos se agitan como si obedecieran á un flujo y reflujo y se abren en calle por donde, parecido al arado que traza un surco en el campo, atraviesa un hombre que sin desplegar los labios se adelanta hasta las piedras, de las cuales escoge una y se sienta.

Todo esto entre un silencio de muerte. Parece increíble que de aquella numerosa y apiñada multitud no parta ni una voz, ni una exclamación, ni un suspiro. Diríase decididamente una reunión de

Digitized by Google

estatuas de piedra al ver el silencio absoluto que guardan, la especie de inmovilidad en que se mantienen.

Ocupados están ya los siete asientos, y detrás de ellos la meseta, llena de hombres en pie, parece negarse á admitir más gente, falta de espacio en qué colocarla.

De pronto, la luna, como un globo lanzado al horizonte por una mano invisible, como un pabellón enarbolado repentinamente, viene á rociar con su pálida claridad á toda aquella multitud..

Todos son de gigantescas estaturas, de hermosas facciones, blancos y sonrosados, con rubias cabelleras que caen en ondas sobre sus hombros de los cuales baja hasta los pies un traje militar.

Son los mil morlacos que están al servicio del emperador Andrónico.

La multitud vuelve á sentir un movimiento ondulatorio. Los grupos se agitan como los anillos de una monstruosa culebra cuando se mueve, las filas se abren y, firme, serena, pausada, una mujer se adelanta por la calle que á sus pasos se presenta, viendo doblegarse ante ella todas las cabezas, como un campo de espigas empujadas por el viento.

Así llega hasta el pequeño recinto ocupado por los jefes, que al verla, se levantan de las piedras donde permanecieran sentados hasta entonces, inclinándose respetuosamente y murmurando:

—¡Salud á Eteskédrou!

La que ha recibido este nombre de los jefes pasa por entre ellos con la misma majestad y pausa, llega al cedro, sube á la piedra redonda que hemos visto bajo sus ramas y quédase en pie encima de ella. Un velo blanco la cubre de pies á cabeza, prendido á su frente por una sarta de perlas figurando una diadema: una de sus manos sostiene una rama de olivo y la otra una guzla, esa bella y melancólica lira de los bardos morlacos.

Digitized by Google

Al llegar á su puesto, Eteskédrou hace una seña. Los jefes se sientan y los grupos avanzan la cabeza.

—Morlacos, dice la mujer con voz débil pero clara, los que en el día disponen de nuestras voluntades, han abierto la guerra llamando en su apoyo á una turba de extranjeros que han caído como una nube de milanos sobre la rica Constantinopla. Nosotros estamos á sueldo de Andrónico que nos ha cedido al jefe de los extranjeros. ¡Hermanos míos, es una cosa bien dura la esclavitud!

Estas últimas palabras pronunciadas con voz sentimentalmente dulce y conmovida, causaron una impresión profunda. Un murmullo corrió por las filas y la multitud se agitó.

Eteskédrou, para calmar aquel movimiento, se apresuró á decir:

—Sí, es cosa bien dura, pero tenemos que soportarla. ¿No la soporto yo misma con calma, con dignidad, sin quejarme, sin llorar? Hermanos, hágase la voluntad de nuestros dueños. Ellos quieren la guerra. ¡La guerra está declarada!

Dijo, y arrojó la rama de olivo que sostenía una de sus manos á los pies de los jefes, quienes se apresuraron á cogerla y destrozarla esparramando al aire sus fragmentos.

—Morlacos, prosiguió Eteskédrou cuando aquella escena hubo concluido, lealtad y valor hasta el día en que seamos libres. Según nuestras costumbres y las tradiciones de nuestros padres, hoy os habéis reunido aquí para romper la rama de olivo y oír de mi boca la declaración de guerra. Sin mi permiso no podíais desnudar el acero, pero yo, á mi vez, sin vuestro permiso no puedo disponer de vuestros jefes para...

Eteskédrou vaciló.

—Para exigir de ellos un juramento de venganza, dijo por fin como si le hubiera costado pronunciar estas palabras.

Digitized by Google

Un jefe se levantó.

—¿Necesitas vengarte? dijo.

—Sí.

—¿Por qué, Eteskédrou?

—Porque me han insultado.

—Nómbranos al culpable y morirá.

—Sí, gritó la multitud, nómbrale y que muera.

—Su nombre sólo debe ser conocido de los tres á quienes, según costumbre también, hago depositarios de las cuerdas de mi guzla, la guzla acompañados de la cual cantan las hazañas y amores de nuestro pueblo los bardos morlacos.

Dicho esto, arrancó una tras otra las cuerdas del instrumento que sostenía su mano izquierda, y las alargó á tres de los jefes que tenía más inmediatos, los cuales las recibieron atándoselas cada uno á su brazo.

Entonces dijo Eteskédrou:

—La guzla, viuda de cuerdas, indica el luto que cubre á mi pueblo hasta que me halle yo vengada. Ninguna trova podrá resonar mientras tanto, hasta que los tres encargados de la venganza hallen un día colgada la guzla de este cedro y se acerquen para leer en ella el nombre del que ha de ser objeto de su saña. Entonces, cuando esté vengada, los tres jefes volverán sus cuerdas á la guzla y ésta tornará á hacer oír sus acordes y melancólicos acentos.

Los tres jefes juraron, extendiendo sus manos, ir cada día al sitio donde crecía el cedro hasta ver colgada de él la guzla en que debía estar inscrito un nombre.

En seguida, á una seña de Eteskédrou, la multitud empezó á retirarse silenciosa, descendiendo por las escaleras abiertas en la peña y partiendo cada uno por su lado.

Bien pronto no quedó nadie más que la mujer en la meseta.

Digitized by Google

Entonces, de un grupo de elevadas peñas se destacó un hombre, saltó todo lo más ligeramente que pudo á la plataforma y se acercó á Eteskédrou.

—¿Estás contento, Jeorge? dijo ésta al recién llegado con un acento en que parecía mezclarse cierta ironía.

—Sí, contestó el capitán de los alanos sin despojar su voz de su habitual rudeza. ¡Que recen por él sus hermanos!

VIII

El ramo de flores.

Pobre reino de Andrónico! Un cuadro de tristeza y desolación presentaba sólo al curioso que hubiese fijado en él sus miradas antes de la llegada de Roger y los suyos.

Los turcos estaban soberbios de insolencia y arrojo, y hacían llover sobre el imperio toda clase de calamidades.

Hasta las puertas mismas de Constantinopla llegaban sus correrías. Todo era luto y espanto. Jamás anochecía sin que los bárbaros sitiasen algún pueblo y lo entrasen á saqueo pasando á cuchillo á cuantos caían en sus manos. Un rastro de sangre y de fuego anunciaba el paso de los turcos á través de las feraces llanuras del imperio griego.

Huyendo la matanza y el exterminio, los campesinos se habían refugiado en las ciudades, llenando las calles de rostros macilentos y cuerpos exánimes, agrupándose en las viviendas demasiado estre-

Digitized by Google

chas para contener un aumento tal de población.

Entonces, como si Dios no hubiese aún enviado suficientes pruebas á los súbditos de Andrónico, les mandó el hambre y la peste, y estos dos terribles azotes mermaron las poblaciones convirtiéndolas en teatro de miserias. Las calles estaban llenas de cadáveres, los templos de gente, las casas de víctimas.

Días de horror y luto pasaron sobre el imperio como pasa el ángel de la muerte batiendo sus negras alas por sobre un campo de batalla. Los bárbaros se hicieron dueños de Calé, de Hierro y de Astrábita, haciendo de tres ciudades populosas tres pirámides de cadáveres; Nicomedia quedó diezmada por el hambre y la sed; Nicea fué saqueada; Bilocomos, Angelocomos, Anagardos, Platanea y Melajerda quedaron desiertas; Crula y Catecia enviaban á las nubes sus penachos de humo y llamas. Bebricia, en fin, se había convertido en un montón de escombros.

Los turcos estaban tiranos con el país que conquistaban. Hacían de los hombres sus esclavos y de las mujeres sus favoritas. Sólo un brazo de mar de una legua de anchura les separaba de Constantinopla. El día que tuviesen bajeles, echaban á Andrónico de su solio.

Tal era la situación del imperio cuando Roger salió de la capital al frente de sus almogávares y seguido de algunos alanos al mando de Jeorge.

No tardó en llegar á Ataki, y allí supo por el vecindario que no estaban los enemigos más allá de dos leguas, encajonados entre dos ríos. Esperó Roger que anocheciera para mejor poder llevar á cabo su plan.

Á media noche se puso en marcha, adelantóse silencioso, y al llegar á orillas del río donde estaban los turcos acampados en tiendas con mujeres y niños, volvióse á los suyos y lanzó el grito terri-

Digitized by Google

ble de guerra que tenían los almogávares y que con su fama ha pasado á la posteridad.

¡Desperta ferro! dijo, y *¡desperta ferro!* repitió como un trueno toda aquella nube de héroes que le seguían.

El hierro despertó y también los turcos ante aquel salvaje clamoreo, pero estaban cercados por todas partes y no había medio de escapar. Armáronse á toda prisa, dispusiéronse al combate: pero, ¿quién era capaz de resistir el choque del megaduque con su caballería é infantería? Las azconas de los almogávares tuvieron larga faena; la victoria fué completa.

Tres mil ginetes y dos mil infantes del ejército turco quedaron en el campo, y lo restante de la tropa, con mujeres y niños en poder del vencedor.

Tras el saqueo del campamento turco, regresó el megaduque á Cízico, desde donde puso en noticia del emperador la esplendorosa victoria que acababa de alcanzar contra sus enemigos, y en breve las galeras catalanas abordaron al puerto de Constantinopla llenas de esclavos de ambos sexos, de riquezas y preseas.

No es nuestro ánimo seguir paso á paso y una á una en todas sus victorias á Roger y á sus valientes. Para ello se necesitaría un volumen, y nosotros sólo de referir tratamos un episodio de aquella Iliada, el que tiene referencia con el objeto que, por una cadena de circunstancias, condujo á Berenguer de Entenza á la caverna de los sumideros, donde le hemos visto penetrar al principio de esta historia y de donde aun tardaremos en verle salir.

Seremos pues breves en la enumeración de los hechos de guerra que distinguieron é inmortalizaron la expedición de los almogávares.

Roger no se durmió sobre sus laureles. Internóse por el reino de Anatolia, llegó á Filadelfia, hizo una correría por la parte de Kula, internó en Ni-

Digitized by Google

cea, clavó su bandera en las torres de la mayor de las Magnesias griegas, paseó el país cuajado de ciudades donde se hallaban las siete iglesias cristianas del Apocalipsis, hízose abrir las puertas de Efeso donde entró en triunfo, atravesó el mar Ejeo y la Armenia, haciendo huir ante él, como un grupo de milanos desbandados, las huestes de los turcos, y acabó por fin con hacer resonar el monte Tauro con su grito de guerra y sus cantos de victoria.

¿Qué hacía en el ínterin, durante tantas y tan continuadas victorias, Jeorge, el jefe de lós alanos, el que solemnemente había jurado la ruina y la muerte de Roger?

Seguía sus banderas mudo, silencioso, como un hombre de hierro, testigo de todos sus triunfos, espectador de toda aquella brillante serie de hechos de armas.

Sólo que su corazón no participaba de la frialdad é indiferencia de su rostro. En él se iban agrupando las ideas de venganza como en un día de tempestad se amontonan las nubes en el seno de la montaña.

Volvamos ahora á Constantinopla.

Un día, el emperador, desde las torres de su palacio, vió como una bandada de paviotas mecerse en alta mar. Eran las velas de una pequeña escuadra. Su corazón latió de júbilo.

—Es el caudillo que me ha anunciado Roger, se dijo.

En efecto, era Berenguer de Entenza, el hermano de armas del megaduque, nuestro antiguo y caballeroso conocido.

Corrió Andrónico á la playa y le recibió en sus brazos.

Un séquito esclarecido acompañaba á Berenguer, que se presentó en Constantinopla rodeado de toda la pompa de Occidente, en aquel país desconocida.

Digitized by Google

Franqueado le fué el palacio del emperador y abrióse ante él una serie de festejos; pero, más reservado y también más suspicaz que el de Flor, Berenguer temía dar un paso en falso, y se le presentaba aquella ciudad como una corte de sirenas que trataban de adormecerle con sus cantos y de extraviarle y seducirle con sus gracias.

Esto hacía que cada noche se retirase á sus galeras donde permanecía su gente á la que no había permitido desembarcar.

Aguardaba órdenes y consejos de Roger.

El emperador se afanaba en agasajar al caudillo catalán, y solícito salía al encuentro de todos sus deseos, enviándole sus carrozas con ricos presentes; pero, desconfiado Berenguer, permanecía aferrado á su nave como ésta á sus anclas, y no faltaba una noche sola de sus bajeles, donde sus compañeros consumían las abundantes provisiones que diariamente le franqueaba el emperador.

Una tarde, retirábase Entenza del palacio á hora algo más adelantada de lo que tenía por costumbre, solo como siempre, pues que hubiera tenido en menos su dignidad de caballero y su amor propio de valiente aceptar el acompañamiento con que cada día le brindaba Andrónico para escoltarle hasta su nave.

Para Berenguer no existía mejor compañía que su espada.

Las sombras empezaban á agruparse silenciosas sobre las calles de Constantinopla, casi desiertas á aquella hora, y Entenza seguía su camino hacia el puerto sin apresurar su paso y sin perder nada de su sereno continente.

Atravesaba, pues, una calle solitaria y más oscura que las otras, cuando le pareció oír el ruido de una celosía que se cerraba y al mismo tiempo un objeto pasó por delante de sus ojos y fué á caer á sus pies.

Digitized by Google

Berenguer se detuvo. Paseó la vista en torno suyo, y no vió nada. Puertas y ventanas, todo estaba cerrado.

Vaciló un momento en saber si seguiría adelante ó se detendría á recoger lo que habia caído á sus pies y que parecía serle dedicado.

Decidióse finalmente por esto. Se bajó y puso su mano sobre el objeto.

Era sencillamente un ramo de flores.

IX

LLUEVEN RAMILLETES.

Berenguer se retiró á su nave admirado por lo que acababa de sucederle.

Guardaba su galera, como escolta de honor, la compañía llamada de pájaros, de la que hemos hablado al principio de esta historia y algunos de cuyos individuos han sido los primeros en presentarse en escena.

Todos ellos tenían un entusiasmo decidido por Berenguer y estaban prontos á sacrificarle sus vidas si lo exigía. Esto hará comprender el principio de inquietud que les agitaba aquel día al ver que las sombras de la noche se habían adelantado sin llegar con ellas su caudillo.

El adalid con los principales miembros de la compañía, celebraba sobre cubierta una especie de consejo.

—Yo lo he dicho ya, exclamaba *La golondrina*, mi parecer es que bajemos á tierra y que recorra-

Digitized by Google

mos todas las calles de Constantinopla. Por fuerza deben haberle armado un lazo.

—La verdad es, decía *Alas de cuervo,* que su tardanza no es natural y empieza á tenerme sobresaltado. Soy pues de opinión que bajemos á tierra, como ha dicho mi compañero *La golondrina,* sólo que en lugar de perder tiempo recorriendo las calles nos encaminemos al palacio de Andrónico. El nos dirá dónde está el jefe, y si se niega á decírnoslo...

—¿Si se niega? preguntó *La golondrina.*

—Entonces... ¡mal rayo! le retorceremos el gaznate. Un pícaro menos.

El adalid dió un paso.

—Oid, les dijo. Tengo un plan.

Todos se agruparon en torno á *Garza real,* que era mirado con cierto respeto por la compañía. Abría el adalid los labios para comunicarles su proyecto, cuando un silbido agudo que se oyó en la vecina playa rasgó de pronto los aires.

Un grito de júbilo contestó desde la nave á aquella especie de señal.

—¡Berenguer! gritaron todos. ¡Ya está aquí Berenguer!

En efecto, no tardó en presentarse éste sobre cubierta, pero entonces el mayor silencio reinó en el buque. Todos sabían la severidad de Berenguer con respecto á la disciplina; así es que en su presencia no se permitieron ni el menor movimiento de expansión. Sus ojos y semblantes fueron los únicos encargados de demostrarle su regocijo.

Garza real, que por su posición tenía alguna mayor intimidad con el jefe, se le acercó solo y le dijo:

—Vuestra tardanza nos tenía inquietos. Temíamos...

—¡Temer! murmuró Entenza como si semejante palabra le hiciera daño.

—Es decir, se apresuró á exclamar *Garza real*

Digitized by Google

corrigiéndose, extrañábamos vuestra ausencia á esta hora.

—En efecto, es ya tarde. Haz que el toque del retiro anuncie llegada la hora del recogimiento y del silencio, y baja á mi cámara en cuanto hayas visto cumplirse mi orden.

Berenguer bajó una escalerilla y entró en su camarote lleno de armas y objetos militares. Al llegar allí dió una palmada.

—¡Luz! le dijo á un criado que se presentó.

El hombre volvió á poco con una lámpara puntiaguda, como las que entonces estaban en uso, y la clavó en la mesa.

Cuando se retiraba el criado, entró *Garza real*. Todos los ámbitos de la nave habían ya resonado con el toque de retiro dado por las bocinas, contestando con la misma señal los otros buques catalanes que seguían puntualmente las disposiciones de la galera capitana.

—Adalid, exclamó Berenguer en cuanto le vió, si mal no recuerdo, tú has estado otra vez en Constantinopla.

—Es verdad, contestó *Garza real*, cuando yo era mercader. Vine con una galera genovesa y aquí permanecí medio año.

—Pues bien, oye. Esta tarde al retirarme y cuando pasaba por una calle solitaria ha caído este ramo á mis pies.

Y le enseñó el ramo lujosamente formado de flores varias con acres aromas y caprichosos matices. El adalid lo examinó, pero no dijo nada.

—¿Qué piensas tú de eso, preguntó Berenguer, tú que debes estar enterado de las costumbres de este pueblo?

—Pienso que pudiera muy bien ser que este ramo se os hubiese arrojado con toda intención.

—Pero, ¿por quién? ¿por un hombre ó por una mujer?

Digitized by Google

—Por una mujer, señor. En este país los hombres no saben arrojar más que el puñal.

El adalid seguía examinando las flores á la luz de la lámpara.

—¿Y sabéis lo que creo? añadió.

—¿Qué?

—Que estas flores dicen algo.

—¿Cómo?

—Desgraciadamente, señor, ignoro el lenguaje de las flores, pero apostaría á que este ramo está encargado de deciros algo.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Nunca se abre en Constantinopla una celosía y nunca de ella se desprende un ramillete sin que ambas cosas tengan su significado.

—¿Cómo pudiéramos saberlo?

—Nada más fácil. Yo me encargo. Conocí en el barrio de Pera, cuando estuve aquí la otra vez, á un judío muy docto y entendido, sobre todo en el habla de las plantas. Aun debe estar vivo: los judíos no se mueren tan fácilmente. Como le halle, pues, él me descifrará el misterio del ramillete. Pronto estoy de vuelta.

Y sin decir más, el adalid salió de la cámara dejando á Entenza entregado á sus reflexiones y habiéndoselas con la sonriente ilusión que las palabras de *Garza real* acababan de hacer germinar en su mente.

Era un corazón de oro el de Berenguer y un carácter completamente caballeresco el suyo. Vió en aquella circunstancia del ramo un principio de aventura, y decidió seguirla con todo el arranque excesivamente poético de un corazón entusiasta y de un alma sin miedo.

Una hora después volvía el adalid con el júbilo ntado en su rostro.

—¡Eh! ¿qué es lo que yo os aseguraba? exclamó ver á Entenza.

Digitized by Google

—¿Decía algo el ramo?

—Ya lo creo que decía. El perro israelita ha examinado detenidamente la manera cómo estaban combinadas las flores, las ha descompuesto, las ha vuelto á unir y en seguida me ha dicho: ¿Quieres saber lo que dice este ramo?—¡Pues ya se ve que quiero saberlo! ¡Cómo que á esto vengo!—Dice: «¡Salud y gloria al paladín de Occidente! Un día le sonreirán los amores. ¡Salud al hermano que salvará al hermano!»

—¿Y nada más? preguntó Berenguer.

—Nada más, dijo el adalid.

—*¡Salud al hermano que salvará al hermano!* ¿Qué quiere decir esto, *Garza real?*

—Comprendo lo que vos.

—*¡Al hermano que salvará al hermano!* Decididamente esto es un aviso misterioso. Mañana á la misma hora volveré á pasar por el sitio donde he recogido el ramo.

—Y yo os acompañaré, dijo *Garza real.*

—No. Debo ir solo. Gracias, sin embargo, adalid. Retírate.

Y Berenguer, asomándose á una ventanilla de su cámara, púsose á contemplar melancólicamente el mar, el cielo y la mole de edificios que se elevaba ante él, pensando en el sentido misterioso que envolvía el ramillete.

En efecto, no se descuidó al día siguiente de pasar á idéntica hora por la misma calle. Estaba ya interesado su corazón en seguir el hilo de aquella aventura. Atravesó toda la calle con la cabeza alta, mirando á todas partes, interrogando todas las ventanas y celosías. Nada vió, nada le ocurrió.

Berenguer se retiró triste á su galera.

Al otro día atravesó por la misma calle, palpitante de esperanza el corazón, y al llegar junto á una casita que parecía renovada recientemente, una celosía se abrió, un brazo de mujer asomó re-

Digitized by Google

tirándose en seguida y un ramillete cayó á los pies del jefe catalán.

Este le recogió y llevó á su pecho, clavando su mirada en la celosía que había vuelto á cerrarse.

Al llegar á su nave mandó á *Garza real* á casa del judío con el ramo.

Decía éste:

«Si el guerrero de Occidente comete la imprudencia de ayer, no recibirá más flores. Cuando pase por la calle debe hacerlo sin mirar á las ventanas. Lo demás es buscar el peligro. ¡Esperanza! Todo va bien por ahora. No ha llegado aún el instante.»

—Pues señor, ahora lo comprendo menos, dijo Berenguer. *Todo va bien. ¡No ha llegado aún el instante!* ¿Qué quiere dárseme á entender?

En vano dió vuelta á la frase para encontrarle un sentido satisfactorio. Tuvo que renunciar á ello y resolvió esperar. No esperó mucho.

Dos días después, otro tercer ramillete se unía á los anteriores. Este era más galante. Decía:

«Hay un corazón que late de amor por el paladín de Occidente. Bello es mi amado con su cabellera rubia, con su aire marcial. ¡Yo te amo! ¡esperanza! ¡esperanza! El hermano es el escudo del hermano.»

Esto acabó de confundir á Entenza y, forzoso es decirlo, le sumergió por unos instantes en un éxtasis de inefable dulzura. Para un alma caballeresca como la suya, el misterio con que aquella aventura se presentaba rodeada, era un aliciente más para embelesarle y cautivarle.

Sin embargo, Entenza era muy poco sufrido, muy poco paciente. ¡Esperanza! le decían. Sí, pero ¿hasta cuándo? ¿Quién era aquella mujer que por él se interesaba? ¿De qué boca partía aquel *yo te amo?* ¿Quién era ese hermano del cual estaba él llamado á ser escudo? ¿Sería Roger acaso?

Digitized by Google

Todo esto tenía confuso y loco á Entenza. No vivía, y sintió una necesidad absoluta de averiguarlo á toda costa.

Decidióse pues y formó su plan.

En seguida, dando una palmada, le dijo al almogávar que se presentó:

—¡Que venga el adalid!

X

MÉTODO NUEVO DE ABRIR UNA PUERTA.

Pocos momentos después el adalid se presentaba en el umbral.

Berenguer dió un paso hacia él y le dijo en voz baja:

—¿Hay en tu compañía dos hombres fieles y seguros, con los cuales se pueda contar, mudos como una tumba y prontos á morir en su puesto?

—Los hay.

—¿Quiénes son?

—*Alas de cuervo* el uno, el otro... lo tenéis delante.

Berenguer estrechó la mano á *Garza real*.

—¡Gracias! le dijo. La tarde empieza á bajar; cuando las sombras lo hayan confundido todo, bajaremos al puerto. Es preciso averiguar de dónde proviene ese envío misterioso de ramilletes.

—¿Qué tratáis de hacer?

—Trato de penetrar en la casa cuya ventana se abre cada vez que yo paso por la calle.

Digitized by Google

En aquel momento un silbido agudo resonó sobre cubierta.

—¿Qué señal es esa? preguntó Berenguer.

—No sé, me extraña, contestó el adalid. Voy á averiguarlo.

Salió, pero no tardó en estar de vuelta.

—Señor, un mensajero.

—¿Quién lo envía?

—Llega de la ciudad en un bote gobernado por él mismo. Es una especie de ente misterioso que no contesta á ninguna pregunta y que desea hablar con vos.

—¡Un ente misterioso! Que pase. Vamos á ver en qué paran esos misterios.

Dos minutos después, un hombre entraba en la cámara de Entenza conducido por el adalid. Era alto y bien formado, á lo que podía juzgarse, pues un capotón griego metido de mangas y puesta la capucha le ocultaba parte del rostro y del cuerpo. Berenguer clavó en el recién llegado su escudriñadora mirada, pero nada pudo leer en aquel semblante que se recataba con los pliegues de la capucha, de la cual sólo parecían desprenderse unos ojos que se destacaban como rayos y brillaban como dos llamas.

—¿Quien eres? preguntó Entenza.

El desconocido se volvió hacia el adalid sin contestar palabra y en seguida miró á Berenguer. El gesto era significativo. El jefe almogávar comprendió que quería estar solo con él.

—¡Retírate! dijo á *Garza real*.

—Pero señor...

—¡Retírate!

El adalid obedeció, pero de bien mala gana por cierto. Le disgustaba dejar á su jefe y señor mano á mano con un desconocido que parecía recatarse y que no inspiraba ninguna confianza con su aire misterioso.

Digitized by Google

Cuando *Garza real* hubo salido, Berenguer volvió á dirigir la palabra al hombre que había quedado con él en la estancia.

—¿Quién eres?

El desconocido echó hacia atras la capucha y abrió su capotón. Era un hombre joven todavía, de inteligencia en sus ojos, de finas y blancas facciones, de una hermosura varonil con la expresión enérgica que se leía en cada uno de los rasgos y que caracterizaba á la raza morlaca. Inclinóse respetuosamente ante Berenguer y le presentó una flor, un tulipán.

—Me han dado esto para vos, dijo tan solo.

Berenguer le miró sorprendido tratando con su mirada de águila de profundizar su pensamiento, pero imposible. En su rostro no se leía nada, nada más que respeto y humildad.

—¿Y qué viene á ser esta flor? preguntó Entenza.

—Es un tulipán, contestó el morlaco sencillamente y como si en la pregunta de Berenguer no hubiese comprendido otra cosa. En nuestro lenguaje de Oriente, esta flor quiere decir: Yo te amo.

—¿Quién te la ha dado?

—Una mujer más bella que el jazmín azul cuando se enlaza con las hojas del henné, más pura que la guzla virgen que cuelga del árbol sin que ni el viento haya herido aun sus cuerdas.

Había tal calor y tan entusiasta expresión de veracidad en aquellas palabras, que Entenza se sintió turbado.

—¿Cuál es su nombre?

—Me está prohibido decíroslo.

Berenguer tomó el tulipán.

El morlaco prosiguió:

—Esta noche, cuando ya la media noche haya dado, si un hombre á quien no arredrare el silencio ni la oscuridad se pasea por la calle de Sicomoros que desemboca en la plaza de la Panajia,

Digitized by Google

alguien se llegará á él y le preguntará: «¿Con qué se abre una puerta?» Si el nocturno paseante siente entonces curiosidad por ver el fin de la aventura, debe contestar: «con un tulipán.»

—¿A media noche? preguntó Berenguer.

—A media noche. Inútil es decir, añadió el morlaco, que ese hombre debe estar solo.

—Pero con armas, dijo Berenguer.

—Sobre esto como le plazca.

—Conque cuando se le pregunte: ¿con qué se abre una puerta?...

—Contestará: Con un tulipán.

—Está perfectamente comprendido.

El morlaco se envolvió de nuevo en su capotón.

—¡Adiós! dijo.

—¡Adiós! contestó Berenguer.

—¿Debo decir algo á la mujer que me envía?

—Dile que he guardado el tulipán.

El morlaco salió pasando rápido como una aparición por delante del adalid que estaba clavado á cuatro pasos de la puerta cual si fuera una estaca.

No tardó *Garza real* en oír la voz de su jefe que le llamaba.

—Adalid, le dijo Berenguer, ya no necesito tus servicios.

—¿Habéis abandonado vuestro proyecto?

—Sí.

—¡Conque no salís esta noche!

—Al contrario, salgo, pero...

—¿Pero?

—Pero solo.

—¡Solo! es imposible, señor.

Berenguer levantó la cabeza.

—¡Imposible! repitió *Garza real* con resolución. Yo os acompañaré.

—Te digo que iré solo.

—Y yo os digo que me arrojaré á nado tras de

Digitized by Google

vuestro bote y que os seguiré donde quiera que vayáis para haceros un escudo con mi cuerpo. ¿Queréis que yo, vuestro leal adalid, os deje aventurar solo por las calles de Constantinopla para ir donde puedan quizá tenderos un lazo? ¡Oh! no, juro que os seguiré.

—Nadie puede abandonar esta noche la nave mientras yo esté ausente.

—Pues la abandonaré yo, señor, ya os lo advierto. Me castigaréis mañana, me haréis colgar de una entena, es muy justo. Será por mi desobediencia, pero os habré seguido y si os amenaza algún peligro, os habré salvado. Os digo francamente lo que haré, y no vuelvo un paso atrás. Soy catalán.

Berenguer se conmovió ante aquella lealtad á toda prueba.

—Sea pues, dijo, pero me causas gran pesadumbre, adalid. Hubiera preferido ir solo, para que en todo caso, si fuera un lazo, viesen que Berenguer de Entenza no conoce el miedo.

—Todo el que ha oído hablar de vos sabe que os es desconocido.

—Prepárate, pues. Partiremos dentro de dos horas.

En efecto, dos horas después Berenguer y el adalid abandonaban la galera y bogaban hacia Constantinopla. Las calles de la ciudad estaban oscuras y desiertas, tanto que fué preciso enviar otra vez á la galera el bote que los había conducido á la playa, con objeto de traerles una tea que encender y que poder guiarles por entre aquel mar de sombras que envolvían á la capital como en los pliegues de una mortaja.

Volvieron los remeros con la tea; encendióla e adalid y se puso á andar delante de Berenguer para alumbrarle.

No encontraron ni un alma por el camino. Pa

Digitized by Google

recía que paseaban por una vasta ciudad de tumbas.

Llegaron á la plaza de la Panajia.

—Este es el punto que me habéis indicado, dijo el adalid, y allí, ¿veis? añadió agitando su antorcha, allí en lo oscuro hay una masa más sombría y negruzca que las otras. Es la calle de los Sicomoros.

—Entonces, apaga la tea y quédate aquí confundido con las sombras. No extrañes mi tardanza por larga que sea. Si necesito de tu auxilio, tú ya conoces mi silbato y el agudo son que despide. Él te avisará.

El adalid apagó la tea, descansó en el suelo su azcona y se apoyó en la pared, dispuesto á aguardar si convenía hasta el fin de los siglos con esa fría tenacidad de los hombres de su temple.

—¡Adiós! le dijo Berenguer envolviéndose en su capa.

Y partió adelantándose lentamente hacia la calle de Sicomoros, á la cual no tardó en llegar.

Entenza no tenía miedo, pero sentía palpitar su corazón de una manera extraordinaria. Llevaba sólo una daga en su cinto. No había querido proveerse de más armas. Algo le decía en su corazón que no necesitaría otra.

Hacía ya más de media hora que se paseaba por la calle, cuando el rumor de unas pisadas llegó á sus oídos. Puso mano á la daga, pero la soltó al ver que era una sombra blanca la que se adelantaba en dirección al sitio donde él estaba.

Era, en efecto, una mujer.

Entenza se adelantó como para indicar que esperaba.

La mujer se llegó á él.

—¿Con qué se abre una puerta? dijo con voz dulce.

—Con un tulipán, contestó resueltamente Entenza.

La mujer empezó á andar entonces.

Digitized by Google

Berenguer la siguió, guiado en las tinieblas por su vestido blanco.

XI

De cómo una mujer encantadora repite al feliz Berenguer lo que ya le había dicho el tulipán.

Berenguer, siguiendo á la desconocida del velo blanco, llegó á una puerta que se abrió como por sí sola para darles paso. Cruzaron la calle de árboles de un jardín, subieron una escalinata de mármol y atravesaron, sin encontrar á nadie, una fila de lujosos aposentos hasta llegar á otra puerta baja y labrada que la mujer le señaló á Entenza con el dedo como para indicarle que entrara solo por ella.

El caballero trató entonces de distinguir el rostro á la que le sirviera de guía, pero le fué imposible. Un tupido velo ocultaba sus facciones y talle.

Empujó Berenguer la puerta que tenía delante, la cual cedió blandamente á la presión sin hacer ruido, y se halló en una habitación mucho más lujosa que ninguna de las que acababa de atravessar.

Detúvose admirado en el umbral.

Las ventanas de la estancia, abiertas de par en par sus celosías, dejaban penetrar el aire embalsamado del jardín que mezclaba las emanaciones de las flores con la atmósfera odorífera de que impregnaba la sala el hálito de dos pebeteros retirados en los ángulos y colocados sobre sus trípodes de oro.

Digitized by Google

La brisa fresca de la noche entraba asimismo á estrellarse en la frente melancólica de una hermosa joven que indolentemente reclinada sobre blancos cojines de rosa con franjas y borlas de oro, fijaba sus miradas distraídas ya en el azul del cielo, ya en las copas de los árboles del jardín que las ventanas abiertas dejaban entrever.

Vestía esta joven un pintoresco traje, mezcla caprichosa del turco y del griego. Una especie de holgado caftán de rosa con grandes ramajes bordados de perlas estaba ceñido á su talle delineado por un cinturón de pedrería; las mangas eran anchas y flotantes y dejaban descubierto un brazo del más perfecto modelo y de la más admirable blancura; el caftán hubiera dejado en descubierto la mitad del pecho y de los hombros, á no arrancar de sus bordes una camisa de seda formando anchos pliegues que subía hasta su cuello donde la retenía un broche de perlas en forma de lira; un casquete de terciopelo color de cereza que dejaba escapar de su centro una gruesa bellota de oro se mostraba ladeado en su cabeza; por fin, unos anchos pantalones de raso sembrados de flores de plata iban á caer sobre unas babuchas incrustadas de oro que aprisionaban los más lindos piececitos del mundo. En cuanto á sus facciones, eran de la más perfecta regularidad; sus ojos rasgados y negros despedían inteligentes miradas: sus labios de coral parecían dos líneas de sangre trazadas sobre un fondo de marfil; su rostro, en fin, tenía toda la severa y graciosa majestad del tipo oriental, comunicándole un nuevo encanto las negras trenzas de sus cabellos mezclados con hilos de perlas, que caprichosas caían á lo largo de sus mejillas.

Berenguer, hemos dicho, quedóse clavado en el umbral admirando aquella belleza que parecía nadar en el baño de tibia y opaca luz en que la su-

Digitized by Google

mergían los reflejos de una lámpara colocada sobre un mueble.

La joven no reparó en su presencia, y como obedeciendo á un maquinal impulso, á una necesidad de lanzar al aire las quejas de su corazón, exhaló un suspiro, alargó su mano y se apoderó de una guzla que descansaba á su lado en un almohadón.

En seguida una voz dulce y argentina interrumpió el silencio de la noche para cantar esta misteriosa y melancólica balada, de sentido oscuro para Berenguer:

Cruza el valle la paloma...
¡ay! paloma, ¿dónde vas?
tronchará tus blancas alas
el soplo del huracán
si á la montaña te acercas
que nutre la tempestad.
Cruza el valle la paloma...
¿dónde vas? ¡ay! ¿dónde vas?
Ocultos en la espesura
de aquel negro matorral,
brillar se han visto los ojos
del astuto gavilán.
Doncel de rubios cabellos
por el valle cruzará,
cazador infatigable
caballero en su alazán.
¡Ay! ¡paloma infortunada!
¡ay! paloma, ¿dónde vas?
si no te caza el doncel,
te cazará el gavilán.

Iba la joven á continuar, cuando un movimiento involuntario de Berenguer la hizo volver la cabeza. Lanzó un grito y soltó la guzla.

El guerrero de Occidente se adelantó entonces, y con aquel galante desenfado que no era una de las menos bellas cualidades de la caballería de aquel tiempo, dobló en el suelo una rodilla ante la joven cantora.

Digitized by Google

—Hermosa joven, le dijo, un tulipán me ha abierto la puerta de esta casa: quisiera saber la palabra que puede abrirme la de un corazón.

La joven permaneció un momento sin contestar, velando el rayo de sus miradas con las franjas de sus párpados que cayeron sobre sus ojos como una cortina.

En seguida dijo con la misma voz dulce con que había cantado la balada:

—Ya sabes tú que el tulipán te ha abierto á un tiempo mi casa y mi corazón. A vosotros, guerreros de Occidente, debe extrañaros esta facilidad de amar, pero nosotras, las hijas de este país, no nos parecemos á las mujeres de vuestras ciudades. El amor nace tan repentinamente en nuestro corazón como una flor brota en el campo. He visto pasar por debajo de mis ventanas la flor de los caballeros de Occidente que han venido á prestar el apoyo de su brazo y de su espada á Andrónico, he visto cruzar á mi vista lo más selecto de los nobles griegos, de los galanes morlacos, de los caballeros mombastiotas, de los jefes alanos, y ninguno ha excitado un latido de mi corazón. Tú has sido el primero que has despertado la necesidad de amar en mi alma, que me has hecho probar las delicias del amor como los primeros dedos que pulsan las cuerdas vírgenes de una guzla le hacen conocer todo el tesoro desconocido de armonías que hay en ella. ¡Bello eres, Berenguer, y bello es tu nombre! Yo te daré mi amor como una flor da su perfume al que se le acerca. ¡El tulipán te lo ha dicho, yo te amo!

Berenguer escuchaba extático sin alzarse del suelo. Nunca había visto tanta candidez unida á tanta dulzura, tanta belleza unida á tanta gracia, tanto fuego en una mirada unido á tanto candor en la expresión. Ninguna mujer había logrado jamás impresionarle hasta aquel extremo. Entenza

Digitized by Google

sintió un cielo de felicidad embargarle el alma y todo lo olvidó para no pensar más que en ella, en aquella joven radiante de hermosura que se lanzaba en su camino á brindarle con su amor, como en algún tiempo la seductora sirena de las florestas encantadas salió á detener á Tancredo en su marcha para ofrecerle la copa de la ambrosía.

—Beldad encantadora, ¿cómo te llamas? preguntó Entenza.

—Eteskédrou, contestó la joven.

—Pues bien, Eteskédrou; ¿necesitas un juramento de amarte mientras viva? Yo te hago este juramento. ¿Necesitas un brazo que te apoye? Yo te ofrezco este brazo. ¿Necesitas un corazón que no retroceda jamás ante peligro humano, con el cual puedas contar y en el cual esté enclavado tu pensamiento con tanta firmeza y seguridad como la hoja en el puño de la espada? Yo te doy este corazón.

—Todo esto necesito, contestó Eteskédrou arrojando al caballero una de aquellas miradas que en tales momentos no tienen precio.

—Pues ahí me tienes, dijo el impetuoso Berenguer.

—Oye. Para amarme es preciso que me conozcas; para que yo pueda contar contigo es preciso que sepas todos mis secretos; para que pueda estar segura de tu amor es preciso que tú leas en mi corazón toda la profundidad del mío. Tú sólo me conoces de hoy, y yo hace ya mucho tiempo que te conocía.

—¡Tú! contestó Berenguer admirado.

—Sí, exclamó la joven sonriendo, conocía tus hazañas, tu nombre: me habían hecho conocerte tus hechos de armas.

—¿Mi pobre fama había llegado á estos países?

—Una mujer se había encargado de contarme tu historia.

Digitized by Google

—¿Una mujer?
—¿Te sorprende acaso?
—¿Cómo se llama esa mujer?
—Lina.
—No conozco este nombre.
—Va unido á mi historia.
—¿Y tu historia?...
—Es la que voy á contarte. Siéntate y escucha.

Berenguer se levantó y fué á sentarse en los almohadones junto á la bella griega.

La brisa embalsamada de los jardines entraba por la ventana é iba á envolver á los dos amantes como en un manto de aromas.

Eteskédrou empezó así, con una voz dulce que sonaba á oídos de Berenguer como el son de un arpa á media noche.

XII

De como la cautiva doncella necesitaba, para ser libertada, que un águila atravesase los mares.

Una conspiración abortada en que había tomado parte mi padre le arrojó á él y á todos sus cómplices de su país. Toda una raza de guerreros se vió proscrita entonces teniendo que ir á mendigar el pan de la hospitalidad á un suelo extranjero.

Descendía mi padre de una de las familias más ilustres, era de sangre real y el trono de los morlacos le pertenecía. Cuando los guerreros conspiradores se hallaron desterrados y extrañados de su tierra natal, tuvieron, según costumbre del país, una reunión bajo el cedro centenario y decidieron

Digitized by Google

formar un nuevo pueblo de morlacos, eligiéndose su trono hereditario. Mi padre fué nombrado para ocupar este trono.

Vinieron á Grecia á depender de sus soberanos, pasaron á ser soldados del emperador, pero sin abandonar ni olvidar sus usos y costumbres. Aquí nací yo y nací bajo el cedro que habían plantado los guerreros de mi padre al llegar á este país. Bajo el cedro es donde los morlacos celebran los consejos, bajo el cedro firman la paz ó la guerra, bajo el cedro se enlazan, bajo el cedro, en fin, nacen los hijos de sus reyes.

Poco después de haberse abierto mis ojos á la luz del día, una anciana que entre nuestros guerreros gozaba gran fama de profetisa, se precipitó en la choza labrada para mi madre enferma á la sombra del árbol tradicional: tomóme en sus brazos y exclamó con inspirado acento:

—¡Hermoso es el rayo del sol que brota para el proscrito pueblo morlaco! Esta niña está destinada á redimirnos de la esclavitud. En ella está la aurora de la libertad, ella será la antorcha que guíe á la proscrita raza por el camino de la independencia, como es la guzla sin cuerdas que pende del cedro el guía que indica á los jefes morlacos dónde debe hallarse la venganza. Llamadla pues *E guzla tes kedrou* (1).

Era inmenso el prestigio de que disfrutaba en nuestro pueblo la anciana profetisa. Sus palabras causaron pues una grata sensación, aunque eran de confuso sentido, y fué todavía mayor el asombro cuando le oyeron murmurar después de un rato de silencio:

—Sí, sí, ¡salud á la estrella que se eleva brillante en el horizonte tempestuoso de la raza mor-

(1) La guzla del Cedro.

Digitized by Google

laca! Tú serás la primera y la más humilde de las esclavas, niña hermosa, y contigo será esclavo todo tu pueblo, pero no temas. Tú le darás también un día su libertad como á tí te la dará el rey de las aves que para salvarte ha de cruzar la superficie de los mares.

Estas expresiones mucho más confusas que las primeras, dejaron atónitos á los circunstantes. Sin embargo, túvose en cuenta lo que dijera la profetisa y fuí llamada *E guzla tes kedrou*, nombre que se me fué abreviando hasta quedar convertido en Eteskédrou.

Objeto fuí de la veneración más grande durante mi niñez, pues que todos miraban en mí, ¡pobre gente crédula! el destino de su raza. Fuí creciendo y formándome como la palma en el valle, rodeada de aduladores que me cantaban alabanzas, como la palma se ve rodeada de aves que la entonan himnos, pero, lo mismo que á ella ningún pájaro se le acerca, lo propio á mí ninguno se me acercó para murmurar á mis oídos una palabra de amor. Desconocía este sentimiento; la cuerda del amor estaba dormida en mi corazón como dormida estaba la libertad morlaca, y acaso como dos hermanos, no debía despertar el uno en mi alma hasta que despertara la otra en mi pueblo.

Por aquel entonces, un hombre se alzaba robusto como una columna de bronce junto al trono de los emperadores de Constantinopla, el cual se apoyaba más de una vez en sus hombros de gigante. Este hombre era Jeorge, el general ó mejor al rey de los alanos. Tuvo celos de mi padre y del influjo que éste empezaba á obtener en la corte. Los celos de Jeorge son espantosos como la cólera en el corazón de una mujer, como la tempestad en el seno de las montañas.

Juró á mi padre un odio mortal y sus alanos participaron pronto de este odio. En fin, las cosas se

Digitized by Google

pusieron en tal estado, que una guerra sin cuartel, sin piedad ni misericordia se declaró entre morlacos y alanos. El emperador, que vió estallar aquella discordia civil en el seno de su patria, tembló por su bamboleante solio y conoció que aquella lucha podía hundir su imperio amenazado ya por los turcos cuando estalló esta guerra.

En su situación, no podía prescindir ni de los alanos, ni de los morlacos. Ambos ejércitos le prestaban servicios de cuantía y en ambos quería apoyarse como en dos leones, pero para ello los necesitaba hermanos y no enemigos.

Ideó pues un medio. Quiso hacer vibrar en el corazón de sus jefes la voz de las caballerescas tradiciones.

Llamóles un día á su presencia.

—Oíd, les dijo, vuestras discordias comprometen mi trono, Poned término á ellas. Sé que es imposible desarraigar el odio de vuestras almas, como es imposible arrancar de cuajo la encina centenaria que crece en la montaña; pero hay un medio al cual han apelado ya otras naciones en iguales circunstancias. Apelad á las armas de tres de vuestros más valientes guerreros, depositad en ellos y en Dios vuestra confianza, y aceptad sin murmurar la suerte que os depare el duelo. Que tres alanos se batan con tres morlacos en campo abierto, cara á cara y sol á sol, á los ojos de entrambos ejércitos, y que el pueblo vencido sea, por cierto número de años, esclavo del vencedor.

Mi padre, que era un tipo de caballería, admitió en seguida el proyecto del emperador. Jeorge cedió también.

—Fijemos el plazo de esclavitud para el vencido, dijo mi padre, ínterin corremos á elegir los tres árbitros de nuestra suerte.

—Si yo caigo esclavo, murmuró Jeorge, te prestaré obediencia y vasallaje con mi pueblo por diez años.

Digitized by Google

—Y si soy yo el vencido, contestó mi padre, mi pueblo y yo seremos tus esclavos eternamente, mientras no venga á libertar á alguno de mi raza un águila que haya atravesado los mares.

Mi padre al decir esto recordó las palabras murmuradas por la anciana cuando mi nacimiento.

En cuanto á Jeorge, juzgó tan imposible que llegara el día en que un águila atravesase los mares, que aceptó. Si la suerte le declaraba vencedor, equivalía la proposición de mi padre á tener por esclavo un pueblo durante toda una eternidad.

Ambos jefes propusieron á sus guerreros respectivos el proyecto, que fué aceptado con entusiasmo. Eligiéronse de cada nación los tres mancebos más resueltos y valientes, los tres más decididos, y se esperó con ansiedad el día del combate.

¡Ay! desgraciadamente éste no se hizo esperar.

Al llegar aquí Eteskédrou suspendió su narración, conmovida por el recuerdo que evocaba, y una perla se deslizó por sus mejillas. Aquella mujer, envuelta en su dolor, apareció entonces mucho más bella á los ojos de Berenguer de Entenza, que la devoraba con la vista y que ansioso aguardaba el fin de su poética é interesante historia.

Hubo un momento de silencio en que ninguno de los dos se atrevía á tomar la palabra.

La griega Eteskédrou estaba sumergida en sus recuerdos, y el catalán Berenguer en su muda adoración.

Digitized by Google

XIII

De como la cautiva doncella vió llegar el águila que atravesó los mares.

Vencida su emoción, Eteskédrou prosiguió:

—Llegó el día. Habíase dispuesto un palenque en las afueras de la ciudad, y en él se presentaron los seis combatientes á la hora convenida. La lucha fué terrible, encarnizada. Cuatro hombres mordieron sucesivamente el polvo dejando tendidos en la arena sus ensangrentados cadáveres. Tres de estos cuatro combatientes eran nuestros adalides.

¿Queréis que os describa el dolor de mi padre, Berenguer? ¿Queréis que os diga todo lo que sufrió, todo lo que padeció aquel noble corazón atenazado por aquella derrota? ¡Oh! ¿para qué decíroslo? Vos que sois como él un tipo de caballería y un espejo de nobleza, debéis comprenderlo mejor de lo que explicarlo pudiera mi impotente labio.

Nuestros guerreros, al ver caer al último de sus adalides, lanzaron un rugido y empuñaron las armas. Mi padre, abrumado por el dolor como por la maza de un gigante, irguió sin embargo su frente y exclamó con voz de trueno, comprendiendo lo que intentaban sus vasallos:

—¡Oh! ¿qué es eso? ¿qué es lo que intentáis? ¡Abajo las armas! ¡hemos recurrido al juicio de Dios, hemos de antemano jurado aceptarle, hemos asistido á él, hemos sido vencidos... seamos pues

Digitized by Google

esclavos! ¡Dios lo quiere! ¡Seamos esclavos, pero no infames, no falsarios, no cobardes!

Así dijo mi padre, y las amenazadoras espadas se bajaron. Decid, noble Berenguer, ¿hubierais vos dicho lo mismo?

—Lo mismo hubiera dicho, Eteskédrou, dijo tristemente Entenza, lo mismo, pero luego...

—¿Pero luego?

—Pero luego, prosiguió Berenguer, hubiera muerto de dolor.

—Esto hizo mi padre, murió de dolor, dijo la joven con expresión patética y enjugando una lágrima. Todos comprendimos su mudo pero elocuente martirio y todos aceptamos sin murmurar su triste legado. Yo la primera me presenté á Jeorge, y separando mi velo le dije: Yo y mi pueblo somos tus esclavos.

Jeorge, fuerza es decirlo, no abusó de nuestra posición. Estuvo generoso en su victoria. En su corazón no había más que celos; el objeto de éstos había desaparecido, y el jefe de los alanos comprendió que más podría hacer con la dulzura que con la tiranía. Sólo exigió de mí que, como rehèn de su victoria, pasase á vivir en su palacio, donde sería respetada y acatada como si fuera su propia hija.

En efecto, mis morlacos no han tenido que quejarse jamás de su comportamiento conmigo, y por respeto á mí, más que por su propia obligación, han sufrido su yugo. Desde entonces, sumisos á su general Jeorge, por su conducto han recibido siempre las órdenes emanadas del emperador. Jeorge se ha portado con ellos como un buen jefe y nada ha exigido jamás. Sólo una vez, sólo ahora... pero no adelantemos los hechos.

Entre los guerreros de mi padre había uno adicto á mi familia como una rama á un árbol. Se llamaba Kiesch. Vos le conocéis, Berenguer; es el

Digitized by Google

que os ha llevado mi tulipán. A este eligieron los nobles morlacos para que me siguiera en mi cautiverio, para que no me abandonara jamás, para que me vigilara como un tesoro, para que hundiera su puñal en el corazón de Jeorge si alguna vez Jeorge me ofendía. En efecto, este hombre no me abandonó jamás. Era de día sombra de mi cuerpo y por la noche se tendía atravesado en el umbral de mi estancia como un león á la puerta de la cueva donde duermen sus cachorros.

Un día me dijo:

—Eteskédrou, estáis triste como una noche sin estrellas. Dejadme partir y os traeré una compañera, una mujer que endulzará vuestra situación con su amistad y sus consuelos.

—¡Partir! le dije yo. ¿Y dónde quieres ir?

—Lejos, muy lejos, á un país que pertenece á unos hombres de hierro llamados condes de Barcelona.

—¿Y está allí la compañera que quieres darme?

—Allí está.

—¿Cómo se llama?

—Lina.

—¿Quién es?

—Una mujer que se ha presentado de pronto en mi camino para arrullarme con su cariño, como en un día oscuro el sol rasga de pronto las nubes para iluminar al mundo.

—¿Es tu amada esta mujer?

—Mi amada es.

—Parte, le dije.

Kiesch se arrojó al suelo y besó mis pies. Mucho tiempo se pasó. Antes de cumplirse un año, ví una mañana aparecer á Kiesch con una mujer hermosa de toda la hermosura meridional, vestida con un traje extraño y pintoresco que realzaba sus graciosas formas.

—Esta es Lina, me dijo mi fiel morlaco.

Digitized by Google

—Bien venida sea á los brazos de su hermana, le contesté yo.

Y besé en la frente á Lina, hacia la cual me arrastraba dulce y secreta simpatía. Bien pronto fuimos amigas, no tardamos en ser hermanas.

Acostumbrábamos á pasar la noche sentadas junto á esa misma ventana que veis allí, respirando los aromas del jardín, bañándonos en la luz de la luna, gozando con la frescura de la noche y recibiendo en nuestra frente el soplo acariciador del aura que nos enviaba su aliento embalsamado. Lina me entretenía agradablemente contándome las consejas, las tradiciones de su guerrero y religioso país. Me hablaba algunas veces de sus héroes más famosos, de sus hechos de armas, y entonces vuestro nombre, Berenguer, salía á menudo de sus labios.

No os lo ocultaré, la vez primera que oí pronunciar el nombre de Berenguer de Entenza, sonó á mis oídos como una música dulce y simpática y en mi corazón nació la simpatía por el hombre que llevaba un nombre tan dulce.

Lina no me ocultó nada; vuestra caballeresca infancia, vuestro guerrero denuedo, vuestros heroicos hechos de armas, vuestras audaces empresas, vuestra vida de peligros continuos, vuestro valor en el mar y en la tierra, vuestra fraternidad de armas con Roger de Flor, todo me lo dijo, todo. Lina era entusiasta por vos y me comunicó su entusiasmo. Cada noche, cuando iba á contarme algo de su país, yo la decía:—¡Lina, querida Lina, háblame de Berenguer! Y Lina entonces me hablaba de vos, y yo gozaba oyéndola como si me hablara de mi amado. Hé ahí, Berenguer, cómo aprendí á conoceros, hé ahí cómo aprendí á amaros.

Mi imaginación se complacía en pintarse vuestra imagen y os veía ¿lo creeréis? os veía tal como sois, con vuestra tostada tez, con vuestra enérgica

Digitized by Google

y varonil expresión, con vuestros ojos respirando dulzura, con vuestros cabellos rubios cayendo en flotantes olas sobre vuestros hombros de atleta. Era una simpatía mágica la que me causaba vuestro nombre, era una atracción invencible la que me impelía hacia vos.

Una tarde dije, como de costumbre, á Lina:—¡Háblame de Berenguer! Y Lina, por vez primera en su vida, me contestó:—¡Entusiasta sois por el de Entenza! Cualquiera diría que es vuestro amante nuestro caballero del águila.

—¡El caballero del águila! exclamé yo sorprendida.

—Tal llaman en mi país á Berenguer.

—¿Y por qué? le pregunté yo con curiosidad.

—Por su divisa.

—¿Es su divisa un águila?

—Un águila que atraviesa los mares con este mote: *Reino en todas partes.*

¡Oh Berenguer! ¡Berenguer! Aquellas palabras me dejaron atónita y yo no sé lo que en aquel momento pasó por mí. Sólo puedo deciros que recordé la extraña profecía de la anciana y la esclavitud de mi pueblo que debía recobrar la libertad cuando un águila, cruzando los mares, salvara de su yugo de hierro á un miembro de la raza de mi padre. ¿Seríais vos el águila salvadora de la profecía? Este es el pensamiento primero que me acudió. Podía ser un delirio, pero es lo cierto que me arrojé llorando en brazos de la asombrada Lina murmurando á sus oídos con entrecortado acento:

—¡Oh! ¡gracias! ¡Tu Berenguer será el salvador de mi pueblo!

Y le conté mi historia y la extraña profecía que iba unida á mi destino. La esposa de Kiesch pareció hermanarse á mi pensamiento y robusteciòle aún con sus palabras de esperanza. Es admirable, ¿no es verdad, Berenguer? es admirable semejante

Digitized by Google

sueño nacido en dos estusiastas corazones femeniles y realizado después en parte por las circunstancias.

Pasado algún tiempo, Kiesch se presentó en nombre de los morlacos á preguntarme la conducta que debían seguir con motivo de la llegada de la extranjera hueste.

—¿Llega una hueste extranjera? dije yo.

—Sí, vienen unos hombres de Occidente á ayudar á Andrónico y los manda un famoso guerrero llamado Roger de Flor.

¡Roger de Flor! Lina y yo nos miramos. Nuestro sueño empezaba á realizarse.

Al cabo de un mes llegó Roger, y supe por Lina que había anunciado al emperador vuestra llegada para más adelante. Os esperaba pues. Mi corazón no me había engañado.

Desde mi celosía ví un día á Roger. Es una gallarda figura respirando brío y valor. ¡Dichoso ese guerrero, dije yo, que le tiene por hermano de armas!

Ya estaréis enterado de cómo Roger vió á la sobrina del emperador, de cómo la amó, de cómo se enlazó con ella. Ahora bien, este enlace destruyó todos las planes de Jeorge que, de una ambición ilimitada, había soñado con alcanzar la mano de María para poder sentarse en el primer escabel del trono. Todos sus proyectos vinieron pues abajo, como un edificio que se desmorona derribado por el rayo.

Estaba yo una noche sentada junto á esta ventana con Lina, mis manos en sus manos, hablando de vos y de vuestra próxima llegada, cuando entró un esclavo á decirme que Jeorge quería hablarme.

Bajé á su estancia y me asustó su semblante, an espantoso aparecía de ira y de cólera reconentradas. Su voz salía ronca y entrecortada de sus abios. Sus ojos despedían llamas.

Digitized by Google

—Eteskédrou, me dijo, vos y vuestro pueblo sois mis esclavos. Nunca os he pedido ni exigido nada, pero ha llegado el momento de romper mi silencio. Necesito de vos, necesito de vuestros morlacos.

—¿Qué exigís? le pregunté.

—Voy á seros franco, me contestó. Un hombre me hace sombra, un hombre como llovido de las nubes se ha atravesado en mi camino y es preciso separarle. Decid á vuestros morlacos reunidos que habéis sido insultada y pedidles que os venguen.

—¿Yo?

—Vos.

—¿Queréis que mienta á mis guerreros?

—Es el único medio para que tomen con calor la venganza.

—Pero...

—Os lo pido.

—¡Nunca!

—Pues entonces, os lo mando.

Podía mandarlo; estaba en su derecho. Incliné sin decir nada la cabeza.

—Reunidlos, prosiguió Jeorge, repartid á sus principales jefes las cuerdas de la guzla, según vuestra costumbre, y que esperen.

—¿Cómo se llama el hombre que se ha atravesado en vuestro camino?

—Roger de Flor.

Al llegar aquí, Entenza, que había escuchado toda la narración sin parpadear, hizo un movimiento. Eteskédrou prosiguió:

—Me lo había imaginado, me lo había dicho mi corazón. Jeorge había declarado á Roger un odio á muerte como en otro tiempo á mi padre, y, en su sed de venganza, intentando miserablemente asesinar al caudillo de los almogávares, quería que la mancha del asesinato cayese sobre sus esclavos morlacos mejor que sobre sus guerreros alanos.

Digitized by Google

Así lo comprendí y le arrojé una mirada en la que puse todo el desprecio que hallar pude en mí.

Afortunadamente, los morlacos fueron destinados por el emperador para guardia de su persona, y Jeorge con sus alanos tuvo que marchar con Roger en busca del enemigo. Pero, yo le conozco á ese alano orgulloso; este obstáculo será momentáneo, y cuando regrese me exigirá que escriba el nombre de Roger en la guzla que se ha de colgar del árbol centenario.

Hé ahí mi historia, Berenguer, hé ahí mi vida.

—Y hé aquí el águila que ha atravesado los mares, exclamó Entenza arrojándose á los pies de la bella griega. Disponed de mí. Mi brazo, mi corazón, mi vida, todo es vuestro.

XIV

El león aguza sus garras.

Llegado había el momento tan ardientemente ansiado por Berenguer: el de estrechar en sus brazos al intrépido Roger de Flor, el héroe de Oriente que volvía á Constantinopla con la bellísima y envidiada auréola de los triunfos y de los combates.

El emperador Andrónico, que aunque de carácter inconsecuente, era muy cauto y sabía mejor que nadie vigilar por sus intereses, comprendió todo el partido que podía sacar de aquellos dos hombres, fraternalmente unidos por la amistad más íntima, él uno de los cuales era ya la gloria de su imperio y el otro podía serlo con el tiempo.

Así es que, para atarlos con un lazo de hierro á

Digitized by Google

su trono, resolvió traspasar á Berenguer el título de megaduque que tenía el de Flor, y elevar á éste á la dignidad de César del imperio.

Preciso es sin embargo advertir que la distinción de César había desde tiempo caducado en la corte de Constantinopla, y que ya más de dos siglos hacía se confería este título por los emperadores ajeno de todo derecho á la sucesión del solio. Había Alejo Comeno apellidado á su sucesor sebastocrator, y apeado así el dictado de César de todo su prestigio, dió luego al marido de su hija Irene el título de déspota, con lo cual bajó un nuevo grado el de César, quedando á ser el dictado tercero del imperio. Cifrábanse sin embargo en este nombre esclarecidas preeminencias: ceñía el César diadema, cabalgaba al lado del emperador, en las asambleas se sentaba medio palmo más abajo que él y vestía de azul así como el emperador de encarnado.

La nueva distinción de Roger de Flor produjo suma impresión en el ánimo de los griegos, y se creyeron hallar en el caudillo de Occidente intenciones nada menos que de dar al traste con el imperio de Grecia.

¡Quién sabe en efecto si Roger, aquel águila salida un día de un monasterio del Temple para tender al sol sus alas de oro, alimentaba en el interior de su alma el deseo de sentar el pie en el trono para un día derribar, tocándola sólo con la espada, la carcomida silla de los Paleólogos!

Lo cierto es que hervían las pasiones en torno de Roger, que fermentaban el odio, los celos y la envidia en todos aquellos corazones de hombres débiles que, como turbas salvajes, circundaban el solio de Oriente. Todo sin embargo se estrellaba en la firmeza de Roger, como se estrellan las olas en la roca de la orilla que ni siquiera logran hacer bambolear.

Digitized by Google

Un día Berenguer y su hermano de armas se hallaban en lo alto de la torre, desde donde se descubría toda la extensión de Constantinopla. Roger parecía tender su mirada por la ciudad extendida á sus plantas.

—¿Te acuerdas, Berenguer? Al despedirnos un día en la playa de Messina, te dije: ¡Para los dos el Oriente! Ya lo ves, cumplida se há mi profecía. Nuestro es. Partámosle como dos soldados que con su espada parten el manto de oro del caudillo que han hecho prisionero.

—Roger, á tí te ha perdido siempre la ambición. Ciegas demasiado pronto. Tienes valor y arrojo para mirar al sol cara á cara, para subir hasta él, pero al verte cerca te deslumbran sus rayos y cierras los ojos cuando más abiertos debieras tenerlos para no caer en el abismo.

—¡Abismo, Berenguer! Yo no comprendo esta palabra.

—Y sin embargo, créelo, hay un precipicio abierto á tus plantas.

—Mi espada me servirá de puente para pasarlo.

Berenguer arrojó los brazos al cuello de su hermano.

—Eres un león en el desierto, le dijo.

En esto, Entenza vió desde la torre al morlaco Kiesch que atravesaba la plaza dirigiéndose tal vez en su busca, y se separó de su hermano bajando precipitadamente al encuentro del mensajero de Eteskédrou.

Roger de Flor, quedándose solo, se cruzó y apoyó de brazos en la baranda de la torre y empezó á pasear su mirada por la hermosa Constantinopla, que enviaba hasta él como para saludarle, los matutinos é indefinibles rumores de una gran ciudad que despierta.

Rato hacía ya que estaba en aquella postura, dejando vagar sus ojos inteligentes por el espacio

Digitized by Google

y sin desplegar sus labios ni hacer el menor movimiento. Sólo una vez murmuró, como respondiendo á una idea que había hecho brillar sus ojos y arrugar su frente:

—¡Sueño! ¡sueño! ¡sueño!

En seguida levantó su mano y apoyó en su palma una frente que ardía.

—Y sin embargo, ¡quién sabe!—dijo entonces.

Estas pocas palabras en boca del aventurero Roger, encerraban todo un mundo de ideas.

Distrajéronle de su especie de pesadilla unos pasos que retumbaban en la escalera de la torre. Volvióse. Era uno de sus almogávares.

Roger le preguntó con la mirada.

El almogávar, que no era otro que el adalid *Garza real,* le presentó su mano abierta y en ella tres monedas de oro.

—¿Qué es esto? dijo entonces Roger.

—Moneda falsa, contestó lacónicamente el adalid.

—¡Falsa! No comprendo.

—Con esta moneda nos ha pagado Andrónico.

—¡El emperador!

—El mismo.

—¿A todos?

—A todos.

Roger dió una especie de rugido. Hizo un movimiento espontáneo como para lanzarse hacia adelante y en seguida se detuvo murmurando:

—¡Oh! ¡que no le irriten, que no le irriten al león!

El adalid permanecía en pie delante de él como un hombre de hierro.

—¿Dónde está Berenguer?

—Se ha ido.

—¿Irritado?

—Furioso.

Roger pasó por delante del adalid y empezó á

Digitized by Google

bajar con paso rápido las gradas de la torre. Al llegar á una de las estancias, que era un vasto salón con puertas que daban á una azotea verdaderamente oriental llena de mármoles, jaspes y flores, dió orden á *Garza real* para que fuera en busca de todos los adalides almogávares y les acompañara á su presencia.

Garza real obedeció.

No tardó en regresar con un gran número de adalides y principales almogávares que habían logrado calmar el descontento de sus soldados, fuera de sí por la bastardía del emperador. Sin embargo, todos tenían confianza en Roger, todos esperaban en aquel hombre gigante, todos, pues, se habían apaciguado, contribuyendo más que nada á tranquilizarles la orden dada por el de Flor de reunirse todos los jefes.

Los adalides penetraron en la vasta estancia que tenía cerradas las puertas de la azotea. Roger se paseaba impaciente por la sala deteniéndose de cuando en cuando.

Cuando el nuevo césar del imperio les vió á todos reunidos,—no faltaba en efecto más que Berenguer al cual no se había podido hallar en parte alguna,—les dijo:

—Os han dado moneda falsa. Es una villanía de que yo en vuestro nombre pediré cuenta al emperador. En el ínterin, añadió Roger abriendo de par en par las puertas que comunicaban con la azotea, en el ínterin, ahí están mis tesoros. Que cada cual de vosotros tome todo lo que le hace falta para pagar á sus tropas.

En efecto, amontonado en la azotea se veía una porción bastante considerable de oro, otra muy regular de joyas y otra en fin de trajes y mantos recamados de su esposa María.

Los adalides vacilaron.

—Nadie sale de aquí, gritó Roger con un tono

Digitized by Google

que no admitía réplica, sin haber tomado lo que hace falta á su compañía.

Entonces se adelantaron los adalides y cada uno tomó lo necesario. El tesoro se bajó tan considerablemente que apenas quedaban algunas monedas.

Concluido, Roger de Flor se rodeó de los adalides que se agruparon á su alrededor y les dijo bajando la voz, pero con una energía tal, que hizo que un estremecimiento de hielo recorriera las venas de todos sus oyentes:

—Y ahora, si otra vez sucede que nos paguen en moneda falsa, como yo no tendré ya tesoros de que disponer, entonces, amigos míos, hermanos míos, entonces...

Los adalides se le acercaron aún más.

—Entonces derribaremos el trono del emperador y tremolaremos sobre las ruinas del imperio el pendón de las barras.

Un murmullo de indecible satisfacción recorrió todo el grupo.

—¡Silencio! dijo Roger. Cada uno á su puesto.

Todos se separaron.

En seguida el de Flor envió un recado á Andrónico para decirle que aquella tarde iría á comer con él.

Recibió Andrónico este mensaje precisamente cuando se hallaba en una estancia departiendo de los asuntos del imperio con Jeorge, el jefe de los alanos, y Miguel, el heredero del solio.

Al oír la noticia de que Roger iría á comer en palacio aquella tarde, Jeorge miró de una manera expresiva á Miguel, que pareció corresponder con otra mirada igual.

Indudablemente aquellos dos hombres se entendían, y todo hay que temerlo cuando se ve á dos hombres malos entenderse.

La satisfacción de la hiena que devora una presa

Digitized by Google

se pintó en el semblante de Jeorge, que sin aguardar á que continuara la conversación, se inclinó ante Andrónico y Miguel y se separó de ellos casi bruscamente.

Algo se preparaba.

Y á más, el aire era de tempestad.

XV

Otra vez bajo el cedro.

El cielo amenazaba tempestad, ya lo hemos dicho.

Furioso el viento, rugía de una manera extraña rasgándose en las rocas y sepultándose lastimero por entre sus grietas y quebradas.

En el centro del monte, allí donde ya otra vez hemos conducido á nuestros lectores para presenciar la nocturna asamblea de los morlacos, era donde las ráfagas del nocturno aire parecían sobre todo despedir más agudos silbidos, como si se tratara de un concierto diabólico ó de los rugidos de las fieras ocultas en el seno de la montaña.

El cedro melancólico se dejaba azotar por el viento, mientras que sobre su frente y bajando á envolver la cresta del monte como un turbante, se veían negruzcas nubes amenazando tempestad.

Empezaba á anochecer y tres hombres se encaminaban hacia la meseta. Eran los tres jefes morlacos depositarios de las cuerdas de la guzla.

Había por la tarde circulado el rumor de que la guzla pendía del árbol tradicional, y se apresuraban

Digitized by Google

por lo mismo á ir allí para leer el nombre que inserto debía estar en ella.

Cuando llegaron, el cedro, perceptible apenas sobre una roca á la que empezaba á invadir la oscuridad, dibujaba sus vigorosas ramas y robusto tronco á la pálida luz que despedía el cielo nebuloso, parecido á un velo amarillento tendido sobre el mundo.

Allí estaba, en efecto, la guzla.

Adelantóse el principal de los tres jefes, y apoderándose de ella leyó en uno de sus bordes, y trazado con la punta de un hierro, con dificultad este nombre:

—¡Roger de Flor!

—¡Roger de Flor! repitieron con asombro los otros dos.

En aquel momento una mujer llegó bajo el cedro, escoltada por un hombre que llevaba una antorcha en la mano. Eran Eteskédrou y Jeorge.

Los jefes morlacos fruncieron las cejas al ver al general de los alanos en tal sitio y á tal hora y en aquella ocasión sobre todo.

—Eteskédrou, dijo uno de los morlacos adelantándose hacia ella, ¿has escrito tú este nombre en la guzla?

—Sí, contestó la doncella.

—¿Y qué pides contra ese hombre?

—La muerte, dijo con severo acento y voz firme Jeorge, antes que Eteskédrou tuviese tiempo de abrir los labios.

Los tres jefes miraron á Jeorge, y un rayo salvaje brotó de sus ojos.

El general de los alanos conoció que se había precipitado. Indudablemente los morlacos habían de recibir mal que un extranjero como él se mezclase en sus asuntos particulares, en sus usos y costumbres tradicionales que había jurado respetar cuando quedó esclava suya toda la raza.

Digitized by Google

Así es que Jeorge, reprimiéndose, añadió en seguida:

—No extrañéis, nobles jefes, verme tomar la palabra; pero Eteskédrou me ha contado sus cuitas y he prometido apoyarla con mi consejo y con mi brazo. Por esto me veis aquí, por esto me habéis oído pronunciar con resolución la palabra *muerte,* por esto yo seré uno de los primeros que arme mi brazo con el hierro que debe vengar á Eteskédrou, y libertar al país de la tiranía de unos extranjeros que aquí han sentado su pie para alzarse un día con el trono.

En efecto, para Jeorge era el ejército de Occidente como aquel monstruo de la antigüedad que tenía cien brazos y una sola cabeza. La cabeza de los almogávares era Roger, y cortada la cabeza, Jeorge creía muertos los brazos.

Uno de los jefes, el más anciano, venciendo su repugnancia, se volvió hacia Jeorge:

—No es que pretendamos saber nosotros la ofensa hecha á Eteskédrou por el rey de los almogávares (que así llamaban á Roger); no es que nos quejemos de que te haya sido hecha á tí, Jeorge, esta confianza para nosotros reservada, no; nosotros debemos obedecer ciegamente nuestras leyes tradicionales y admitir el legado de la guzla; pero, sin embargo, quisiéramos oírlo de boca de Eteskédrou. Que ella nos diga que muera, y Roger morirá, morirá sin que pretendamos saber ninguna circunstancia, informarnos de ninguna causa.

Jeorge se mordió los labios hasta hacerse saltar sangre, y se volvió hacia la doncella, clavándola una mirada imperiosa que tenía algo de fúnebre.

Eteskédrou vaciló en contestar y hubo un instante de silencio solemne, en que hasta el mismo viento parecía haber calmado su furia.

Este silencio permitió oír distintamente un ruido que sonaba en una de aquellas escaleras toscas la-

Digitized by Google

bradas en la peña y que, según dijimos en otro capítulo, conducían á la meseta doude estaba el cedro. Era un ruido particular. Parecían acercarse allí los pasos de un gigante, y de un gigante cubierto de hierro, según el sonido metálico que acompañaba á los pasos. Los personajes que estaban bajo el cedro, miráronse unos á otros con asombro, y una ola de rosa fué á teñir el rostro de Eteskédrou con los más encantadores matices del rubor.

No fué esto solo. A medida que los pasos iban acercándose, se veía un resplandor rojizo salir de la quebrada de la peña donde en el fondo estaba labrada la escalera, y por fin, todos los que ocupaban la meseta pudieron ver asomar por encima de una roca, que escondía aún á los que se aproximaban, dos luces de tea parecidas á dos penachos de llama, ó mejor á dos lenguas de fuego que danzaran por el borde de la peña.

Jeorge se hizo un paso atrás y puso mano á la espada. Los morlacos desnudaron la suya y se colocaron ante Eteskédrou como para defenderla si algún peligro la amagaba.

En el ínterin, los que se acercaban dieron vuelta á la peña, y tres hombres se presentaron como tres apariciones á los ojos atónitos de los que se hallaban en la meseta. Dos de los recién llegados eran almogávares, vistiendo su pintoresco traje, cubiertos de todas sus armas y llevando en la mano cada uno una tea con la que alumbraban á un caballero cubierto de todas armas como si fuera á presentarse en un torneo.

El desconocido iba con la visera baja, su casco era del más luciente acero, y un penacho de ondeantes plumas tremolaba graciosamente sobre el crestón de su cimera; su armadura era azul, de gusto veneciano, lleno el peto y espaldar de caprichosos dibujos é hilos de oro; una formidable

Digitized by Google

espada colgaba de su cinto, calzaban sus pies espuelas de oro revelando su cualidad de caballero, y embrazaba, haciéndole veces de escudo, una airosa aunque pesada adarga que su brazo manejaba sin embargo como una simple paja.

Adelantóse este caballero sin decir nada hasta el cedro, entró bajo sus ramas y subió sobre la redonda piedra que á su pie se veía. Los dos almogávares se habían quedado á un lado cada uno, inmóviles, extendiendo el brazo con la tea como si fueran candeleros de hierro. En cuanto á los otros personajes, estaban todos agrupados á un lado mirando con ojos de la mayor admiración aquella misteriosa escena, particularmente Jeorge, que en vano hacía trabajar su cerebro para adivinar ó comprender.

Así que el caballero se halló bajo el cedro, desnudó su espada, y extendiéndola y blandiéndola hacia Oriente y Occidente, murmuró estas palabras:

—Raza morlaca, bajo tu cedro tradicional, que es el punto donde se celebran tus asambleas, donde haces tus votos, donde juran tus reyes y donde nacen los hijos de tus reyes, bajo este cedro, repito, te declaro libre de la esclavitud que sobre tí pesa. Han concluido tus años de prueba, raza morlaca, y el que hasta ahora ha sido tu dueño, de hoy en adelante no tiene ya poder alguno sobre tí. Sí, raza morlaca, para salvarte, el águila ha atravesado los mares.

Imagínese el asombro de los espectadores de esta escena. Jeorge sintió pasar por su rostro durante este breve discurso, todos los colores del iris. Primeramente se puso pálido como un espectro y acabó por estar verde como una manzana primaveral. En cuanto á los tres jefes morlacos, sin averiguar nada, sin darse cuenta de nada, se dejaron caer de rodillas y con la expresión de más tierna

Digitized by Google

gratitud elevaron las manos al cielo. Eteskédrou se quedó en pie mirando al caballero, cuyos ojos parecía buscar á través de la visera de su casco con sus ojos lánguidos y acariciadores rebosando amor y ternura.

El desconocido, pasados unos momentos de silencio, se levantó la visera y presentó la adarga en que se veía un águila atravesando los mares con este mote: *Reino en todas partes*. Enseguida añadió:

—Y esto lo digo yo, Berenguer de Entenza, adalid almogávar, y estoy pronto á sostenerlo, sea á caballo, sea á pie, con lanza ó espada, en campo abierto ó cerrado.

Imposible es describir lo que pasaba en el alma de Jeorge. Lanzó un rugido espantoso como lo hubiera podido hacer un tigre hambriento al que quitan su presa hiriéndole á un tiempo, una espuma colorada brotó de sus labios y sus ojos se revolvieron espantosos en sus órbitas que parecían inyectarse de sangre, mientras que su mano derecha, oculta bajo el vestido, clavaba las uñas en el pecho con una rabia feroz.

Eteskédrou se adelantó y dijo con voz dulce y melancólica, mientras que Entenza desde lo alto de la piedra la abrazaba con sus miradas, como si quisiera bañarla toda entera en una atmósfera de amor:

—¡Gracias, noble adalid de Occidente! ¡gracias, noble águila que has atravesado los mares para romper nuestras cadenas! Gracias, Berenguer de Entenza, guerrero famoso entre los famosos y héroe entre los héroes. Yo y mi pueblo, Berenguer, nos ponemos bajo tu protección. Ampáranos con tu escudo como ampara el águila con sus alas á sus polluelos.

Dijo, é hizo ademán de hincar una rodilla, pero Berenguer se inclinó para levantarla.

En esto, Jeorge, como si pudiera por fin des-

Digitized by Google

cargarse de aquel peso que cual una montaña había caído sobre él dejándole inmóvil y aterrado, hizo un movimiento, dió un paso, y sin decir una palabra, dirigiendo sólo una mirada feroz á cuantos le rodeaban, conociendo que era en balde pedir ya el auxilio de los jefes morlacos para el asesinato de Roger de Flor, abandonó la meseta, y se precipitó, más bien que bajó, por la escalera abierta en la peña.

Sin duda otra idea había nacido de pronto en su corazón depravado, é iba presuroso á realizarla.

Berenguer todavía permaneció bajo el cedro largo rato departiendo con Eteskédrou y los jefes morlacos sobre los planes futuros que debían abrazar. Inútil es decir que los jefes prometieron á Berenguer, en todas ocasiones, el apoyo de los morlacos para él y sus almogávares.

Viendo últimamente que las nubes iban amontonándose cada vez más sombrías, y la tempestad iba ganando terreno, Eteskédrou y sus compañeros dejaron el cedro y empezaron á bajar al valle donde les esperaban, atados á un árbol, los caballos de Berenguer y de sus dos almogávares.

Uno de éstos, que era nuestro antiguo conocido *La golondrina,* se acercó á Entenza así que hubieron bajado el último escalón del monte, y le dijo en voz baja:

—Señor, en lo alto de aquella peña el viento me ha traído hasta mi práctico oído pasos y relinchos de caballo.

—¿Por qué lado?

—Por el camino que conduce á Constantinopla.

—¿Y qué?

—Que mucho será que no topemos antes de llegar á la ciudad con alguna emboscada. Cuando ese general Jeorge, como le llaman todos, se ha separado de nosotros, sus ojos brillaban como dos

Digitized by Google

ascuas encendidas y llevaba un rostro de traidor que metía miedo.

Berenguer reflexionó un momento en las palabras de su fiel *La golondrina,* y tomando por lo mismo una resolución, se acercó á los jefes morlacos.

—¿No hay, les dijo, más camino para ir á Constantinopla que el que se nos presenta delante?

—Hay una vereda apartada.

—Pues bien, que Eteskédrou monte en un caballo y acompañadla por esa vereda.

—¿Y vos? preguntó la joven.

—Yo me iré solo por el camino recto.

Eteskédrou se acercó á Berenguer, tomóle cariñosamente una mano, y mirándole fijamente de hito en hito, interrogándole con la mirada al mismo tiempo que con la voz,

—¿Por qué, le dijo, queréis separaros de nosotros é iros solo por el camino recto?

—¿Por qué? contestó francamente Berenguer, porque temo que haya dispuesta alguna emboscada, algunos hombres que me aguardan.

—¿Y queréis ir á encontrarles?

—En mi vida he hecho esperar á nadie.

—¿Y queréis ir solo?

—Solo.

—Iremos todos con vos.

—Entonces parecería que tengo miedo. Iré solo os digo. Me llamo Berenguer de Entenza.

La joven porfió; fué en vano. Le bastaba á Berenguer figurarse que había un peligro para querer arrostrarlo solo. En balde fué que Eteskédrou le mirara con ojos húmedos y lánguidos, en balde que le repitiera lo que ya le habían dicho sus labios y el tulipán. Berenguer permaneció inflexible. Sólo á fuerza de súplicas permitió que le acompañara uno de los jefes morlacos. En cuanto á sus dos almogávares, quiso resueltamente que

Digitized by Google

con los otros dos morlacos sirvieran de escolta á Eteskédrou, encargándoles que se hicieran matar antes que nadie llegara á la joven. Seguro estaba de que cumplirían su encargo.

Así pues, montó á caballo, imitóle el jefe morlaco, y mientras la comitiva principal se dirigía á tomar la vereda que debía con toda seguridad llevarles á Constantinopla, ellos penetraron entre las sombras amontonadas sobre un camino de hayas por el cual habían de atravesar.

Ya en esto, la tempestad había empezado á desplegar su furia.

XVI

Noche de sangre.

Las hayas se extendían á entrambos lados del camino como dos hileras de gigantes fantasmas de descarnados brazos aparecidos para invocar la tempestad.

Los dos ginetes se internaron dando de espuelas á sus caballos.

A mitad de camino estarían poco más ó menos, cuando un silbido se dejó oír y una saeta disparada por una mano invisible fué á dar en la adarga del de Entenza.

—¡Eh! ¿no decía yo? exclamó éste echando mano á la espada.

Y en seguida, levantando la voz, gritó:

—¡Cobardes, cobardes! quien quiera que seáis, salid; un caballero os reta á todos. El valor y la hidalguía no están en disparar saetas tras de un

Digitized by Google

árbol, sino en presentarse en el campo para lidiar brazo á brazo y cara á cara.

Acababa apenas de pronunciar el noble catalán estas palabras, cuando á la luz repetida de los rayos que alumbraban casi sin interrupción el espacio y cuyo fulgor había servido para hacerle blanco de la saeta, vió agitarse entre las hayas, como sombras, un grupo de feroces guerreros y lanzarse varios hacia él con la velocidad de la ballesta.

Por rápida que fuera su acción, Berenguer y su compañero morlaco estaban ya preparados.

—¡Cobardes! ¡cobardes! repitió Entenza. ¡Veinte contra dos! Mucha honra nos hacéis cuando creéis deber ser tantos para combatirnos. Adelante, pues. *¡Desperta ferro!*

Y empezó á tajos y reveses con su formidable espada que cada vez que hallaba resistencia hacía brotar un gemido ó caer un cuerpo en el suelo. La lucha fué encarnizada, horrible, allí, en aquel camino desierto, veinte hombres contra dos solos, al rugir del trueno, al fulgor del rayo, al concierto horrible de la tempestad que apenas bastaba á sofocar el choque terrible de los aceros.

Berenguer se batía como un león y el jefe morlaco como un tigre, revolviéndose entre sus enemigos con una rabia que tenía algo de la ferocidad salvaje. Y todo esto sin pronunciar una palabra, no oyéndose en aquella lucha más que suspiros sofocados y de cuando en cuando la voz del de Entenza que murmuraba su terrible *¡Desperta ferro!*

De pronto, el jefe morlaco lanzó un grito agudo.

—¿Os han herido? le dijo Berenguer.

—Me han muerto, contestó el jefe con voz débil.

Y cayó desplomado á los pies del caballo de Entenza.

Este lanzó una especie de rugido.

—¡Yo te vengaré! murmuró.

Y levantando en alto la espada, descargóla con

Digitized by Google

furia sobre una sombra de las que tenía delante. Otro cuerpo fué á reunirse á los pies de su caballo con el cadáver del morlaco.

El combate prosiguió más encarnizado. Los antagonistas reunían todos sus esfuerzos para acabar con aquel hombre que valía él solo por todos. Pero no era á la verdad tan fácil vencer á Berenguer de Entenza. Agil y vigoroso, su armadura no entorpecía ninguno de sus movimientos, y peleaba con una bravura de cumplido caballero como no estaban sin duda acostumbrados á hallarla en nadie sus contrarios.

—¡Acabemos de una vez! gritó por fin el jefe de los asesinos. Es una vergüenza que nos veamos detenidos por un hombre solo.

—¡Ah! ¿quieres acabar? le dijo Entenza dirigiendo hacia él su caballo. ¡Ahora verás!

Y extendiendo el brazo, le hundió su espada en el pecho. El jefe asesino cayó como poco antes el morlaco, sin dar apenas un grito. Pero al caer arrastró consigo la espada del almogávar. Este entonces descolgó rápidamente el hacha de armas que pendía del arzón de su silla y la blandió en alto dejando oír otra vez su *¡Desperta ferro!*

A este grito de guerra otro igual contestó á lo lejos. Y á pesar del choque de las armas, oyóse el galope precipitado de un caballo que se acercaba. Los asesinos temblaron ante aquel nuevo accidente que sobrevenía. Aterrados ya por la muerte de su jefe, por el valor heroico de Berenguer, por la mortandad asombrosa que en medio de ellos había sembrado la espada de un solo hombre, empezaron á vacilar. El de Entenza aprovechó este instante para hundir de un hachazo el cráneo de otro contrario. Entonces fué cuando decididamente volvieron rienda y partieron á todo escape en deshonrosa fuga, dejando á Berenguer gloriosamente circundado de cadáveres.

Digitized by Google

Entenza, al verse solo y entre tantas víctimas causadas por su brazo, tuvo un movimiento de orgullo de esos que valen todo un mundo de sensaciones en el corazón de un hombre grande.

—*¡Desperta ferro!* murmuró como si este grito de guerra de su patria fuera lo único que pudiera acudir á sus labios después de tan señalada victoria.

—*¡Desperta ferro!* repitió entonces á su lado la voz que poco antes se había oído más lejana. Aquí estoy, señor.

Y un hombre que llegaba á caballo, se detuvo ante Berenguer.

—*¡Garza real!*

—El mismo.

—¿Qué vienes á buscar aquí?

Garza real contempló el destrozo causado por el de Entenza.

—¡Sangre también aquí! murmuró con voz siniestra. ¿Querían asesinaros? ¿Con que esta noche se asesina por todas partes?

Y contemplando, á la luz no interrumpida de los relámpagos, los cadáveres tendidos en el suelo,

—Alanos también, murmuró. ¡Oh! hoy los alanos se bañan en sangre.

—¿Qué es eso? ¿qué dices? ¡No te entiendo! exclamó Berenguer, á quien el acento y las palabras de *Garza real* le hacian presentir algo siniestro.

—Noble Berenguer, dadle de espuelas á vuestro caballo, llegaos á Constantinopla y allí veréis un mar de sangre.

—¿Sangre de quién?

—De nuestros hermanos.

—¡Ira de Dios!

—Casi todos los almogávares han perecido.

—¿Y Roger de Flor?

—También. Su muerte ha sido la señal de los asesinatos.

Digitized by Google

Berenguer se estremeció como el roble en la montaña sacudido por un violento soplo de huracán.

—¡Adalid, adalid, tú estás loco! ¡Díme que mientes, adalid; díme que deliras, que no sabes, que no crees, que es falso lo que dices! Dímelo por tu vida, adalid, y yo te he de colmar de honores y favores.

—¡Oh! desgraciadamente es demasiado cierto. Roger de Flor ha muerto. Comiendo estaba con el emperador Andrónico y su hijo Miguel, cuando, abriéndose la puerta de la sala, una turba de bárbaros se ha arrojado sobre Roger, sobre el valiente Roger que, indefenso, descuidado, ha perecido á manos de los que no han vacilado en hundir su puñal en aquel corazón noble que tantas veces nos ha conducido á la batalla.

—¿Y no había allí ningún almogávar para servirle de escudo, para hacerse matar por él?

—Ninguno. Esta nueva ha caído sobre todos como un rayo.

—¿Quiénes han sido los asesinos?

—Los alanos.

—¡Oh!

—Mandados por Jeorge.

—¿Por Jeorge?

—Que ha sido el primero en atravesar con su espada el corazón de Roger.

—¡Infame! ¡infame! murmuró Entenza con voz siniestramente oscura.

—En seguida, prosiguió *Garza real,* los alanos, arrastrando el cadáver hasta la puerta de palacio, han llamado á todos sus compañeros que estaban ya dispuestos en el silencio y oscuridad, y han caído sobre los cuarteles de los almogávares, que descuidados permanecían. Nos hemos batido, noble Berenguer, nos hemos batido como vos ahora, uno contra veinte, tres contra ciento, sembrando

Digitized by Google

el suelo de cadáveres: y cuando ya el brazo de un almogávar estaba fatigado y cubierto su cuerpo de heridas, cuando conocía que ya le era imposible resistir más, entonces hubiéraisle visto tenderse sobre un montón de cadáveres obra suya, como sobre un lecho de sangrientos trofeos, y recostarse allí indolentemente á esperar el puñal del asesino, murmurando los nombres de ¡Aragón y Cataluña!

—Adalid, adalid, tú me cuentas un sueño. ¡Es imposible! Roger de Flor no ha muerto, los almogávares no han muerto. Esto es ó un horrible delirio ó un espantoso sueño.

—Pluguiera á Dios y á San Jorge, pero, ¡ay! yo lo he visto, yo lo he presenciado todo, yo me he batido mientras ha estado en pie uno de mis hermanos y... y, mirad, dadme vuestra mano, tocad mis vestidos... ¿los halláis húmedos, verdad? pues bien, ¡todo es sangre!

Berenguer se pasó la mano por la frente, como un hombre que delira. *Garza real* prosiguió con el inspirado acento de la emoción:

—Todos, todos, todos han caído, sepultados unos por la nube de saetas que á ser de día hubieran oscurecido la luz del sol, muertos otros por la espada homicida templada en la sangre misma de almogávares. Y todos han perecido llamando á Roger de Flor, invocándoos á vos, Berenguer, y murmurando el nombre santo de la patria. Sólo cuatro nos hemos quedado en pie, haciendo frente á un ejército entero de alanos. Eramos Ramón Alquier, el hijo de Gilberto el caballero de Ampurias, Guillén de Tur, la mejor espada catalana, Berenguer de Riudor, el valiente doncel que vió la luz á orillas del Llobregat, y yo, *Garza real,* vuestro adicto adalid. La espada de Guillén hacía caer los alanos como mieses la hoz del segador, y Riudor de Llobregat se había amurallado tras de un verdadero castillo de cadáveres enemigos á quienes

Digitized by Google

había hecho morder el polvo á sus plantas. Alquier y yo peleábamos como buenos y dignos hijos de nuestra amada Cataluña. El enemigo estaba atónito al ver nuestro valor. Un hombre se ha adelantado y nos ha dicho:—¡Rendíos!—Al oír esta palabra todos cuatro hemos lanzado un rugido. Berenguer de Riudor le ha contestado por nosotros:—¡Los catalanes mueren, pero no se rinden! Y arrojándole furioso su hacha de armas con mano certera, le ha tendido cadáver en el suelo. Entonces hemos tomado una resolución desesperada. Hemos decidido agruparnos los cuatro y abrirnos un camino á través de la apiñada multitud. Así lo hemos hecho. Nos hemos abierto un paso sangriento, y hemos escapado al destino de nuestros hermanos dejando tras de nosotros un reguero de sangre. Roger ha perecido, todos han perecido, un vapor de sangre flota sobre Constantinopla, pero nos queda nuestro ejército de Galipoli. ¡No importa! ¡Viva Aragón! ¡Viva Cataluña!

Y el bizarro adalid lanzó á los aires con un entusiasmo indecible estos dos gritos.

—¿Dónde están Riudor, Alquier y el de Tur?—preguntó la voz sorda de Entenza.

—En vuestra galera, á la cual se han retirado para defenderla si era atacada, mientras que yo me he lanzado al acaso en vuestra busca.

—Es preciso que me acompañéis esta noche á Constantinopla. Recogeremos el cadáver de Roger, y mañana el sol nos alumbrará camino de Galipoli. Fuerza es que la sangre derramada caiga como un bautizo sobre las cabezas de nuestros compañeros, fuerza es que ni uno quede de esa raza de homicidas alanos. Nuestra venganza ha de ser tan estrepitosa, que vacilante tiemble el solio de Andrónico al contemplarla. Nos han muerto á Roger como hubieran muerto á un león acorralado en una jaula. ¡Venganza, pues. venganza!

Digitized by Google

—¡Oh! sí, sí, ¡venganza!—dijo el adalid.

—Sígueme, *Garza real*, nos esperan nuestros hermanos de Galipoli.

Y ambos se alejaron de aquel sitio que el valor y la espada de un solo hombre había alfombrado de cadáveres.

Pudieron llegar á la galera sin haber tenido ningún mal encuentro. Allí encontró Berenguer no sólo á los tres valientes que se salvaron y cuyo nombre de héroes ha conservado la historia, sino también á los dos almogávares que había dado por escolta á Eteskédrou y que se habían podido refugiar en el buque después de haber atravesado por peligros sin cuento.

Toda la tripulación de la galera prestó en seguida obediencia, como único jefe, á Berenguer de Entenza. En efecto, muerto su hermano de armas, él quedaba único caudillo de la expedición de Oriente.

XVII

Venganza catalana.

De pie en la popa de su galera, que va alejándose, contempla Berenguer la capital de Constantinopla dorada por los primeros rayos de un sol naciente. Cruzado está de brazos y en actitud melancólica; su mirada medio apagada se clava pensadora en las torres y cúpulas de la populosa capital; la brisa se rasga en su frente y juega con sus cabellos; un rayo de sol baja á envolverlo todo en-

Digitized by Google

tero como si vistiera á una estatua con un manto de leonado resplandor.

Se ven los labios de Berenguer de Entenza temblar estremecidos y moverse en continuo movimiento. ¿Habla ó reza?

Nadie le oye su voz, pero hé aquí lo que piensa, lo que dice en su interior:

—¡Adiós, Eteskédrou, poética perla de Occidente! ¡Adiós, mujer encantadora, que has aparecido un momento en mi camino, pasajera como la estrella que se divisa en una noche de tempestad, rápida como la sonrisa que asoma en los labios de los hombres que sufren. ¡Eteskédrou! ¿por qué te he conocido? ¿por qué te he sonreído? ¿por qué te he dicho amores? ¿por qué, si mañana mismo tendré que arrojarme sobre la ciudad que te guarda, la espada en una mano y la tea en la otra, y acabar con el fuego lo que no haya ahogado la sangre? ¡Quién nos lo dijera ayer, hermoso sol de mi vida, quién nos dijera que al abandonar el cedro centenario de donde colgaba la guzla, y al tomar cada uno un opuesto camino debía este camino apartarnos, quizá por toda una eternidad, uno del otro! ¡Ay! Eteskédrou, paloma que habrás vuelto á caer en las garras del gavilán, Dios proteja tu inocencia, y dé fuerza á tus alas para volar libres y triunfantes por el aire! Eteskédrou, yo no te olvidaré mientras viva, como el peregrino errante, el guerrero vagabundo no puede jamás olvidar la fuente que ha templado su sed cuando, seca y abrasada la garganta, se moría de rabia y desesperación en la arenosa sábana del desierto. ¡Adiós, adiós, Eteskédrou!

Y la enmallada mano del guerrero fué á enjugar una lágrima traidora que había asomado á sus ojos. En seguida, como si hubiese ya prestado tributo bastante á sus recuerdos de amores, desapareció la expresión dulce y triste que iluminaba su sem-

Digitized by Google

blante, y algo se pintó en él de una manera extraña, como si un mundo de salvajes pensamientos hubiese sucedido al tesoro de dulces recuerdos. Era que Berenguer, después de consagrada una lágrima á la mujer amada, debía tributar un recuerdo al hermano difunto. En su memoria, borrábase la imagen pura de Eteskédrou y en su lugar aparecía el cadáver sangriento de Roger de Flor. Cediendo á una extraña obsesión, á un pasajero delirio, Entenza creyó ver cernerse en los aires la sombra ensangrentada de su amigo, y presa de una febril emoción, sentía las palabras y las ideas rodar abrasadoras por su mente sin asomar á sus labios, como gotas de plomo hirviente que se chocan, se mezclan y confunden en el fondo de un crisol.

—¡Roger! ¡Roger! ¿qué es lo que quieres, sombra amada? ¿qué me pides, fantasma ensangrentado...? ¿Venganza quieres? La tendrás, ¡oh! sí, la tendrás. y en verdad que será horrible. Yo pasaré á cuchillo poblaciones enteras, yo entraré á saco las ciudades, yo las envolveré en las llamas, yo rociaré con sangre todo el suelo griego para que no den más fruto sus campos heridos por la maldición de Dios que condena á perecer de hambre y de sed al asesino. ¡Roger, Roger de Flor, mi valiente hermano, pueblos enteros irán á tu tumba para á su pie recibir la muerte, y hacerte estremecer de gozo en tu helada mansión al ver cuál cumple tu Berenguer su herencia de venganza!

Y Entenza dejó caer la frente sobre su mano, y se entregó á una meditación que su inmovilidad hubiera hecho tomar por un sueño, si de cuando en cuando no hubiesen revelado que velaba los estremecimientos de su cuerpo. Reinaba el mayor silencio en la galera, que corría rozando las aguas, ligera como una paviota, al impulso de los remos. Bien pronto desapareció Constantinopla, como si el mar se la hubiese tragado.

Digitized by Google

Yo no quisiera pintar lo que sucedió en Galipoli cuando el cuerpo principal de los almogávares vió llegar á aquel puñado de sus hermanos escapados á la matanza, y supo la suerte que cabido había á Roger de Flor. Esparciéronse por las calles como una bandada de leones fugitivos de los bosques y, dando clamores espantosos, exhalando gritos de rabia y de venganza, rugiendo de ira y desesperación, degollaron á niños, á mujeres, á hombres y á viejos, pasaron á cuchillo á todo cuanto llevaba el nombre griego en Galipoli y sus alrededores. En seguida, embriagados por aquella orgía de sangre, precipitáronse como un torrente sobre la casa en que se había alojado Berenguer, y pidieron á voz en grito marchar contra la maldecida Constantinopla.

—Marcharemos, les dijo Berenguer, marcharemos sobre ella, no dejaremos piedra sobre piedra, sembraremos de sal su recinto, arrojaremos á los aires como una pelota el trono de sus emperadores: pero antes, nombrad una embajada para que vaya á pedir satisfacción á Andrónico de la muerte de Roger.

La idea del megaduque estaba muy en uso con las costumbres caballerescas de su tiempo. Aceptáronla, pues, con entusiasmo y, sobre la marcha, reunidos en la calle, con sus rostros feroces de venganza y sus manos ensangrentadas, acordóse que Siscar, caballero, Pedro López, adalid, dos comandantes almogávares y dos comitres, salieran en una embarcación de veinte remos, de parte de Berenguer de Entenza y de todo el ejército.

Aquella misma tarde partieron, y llegados á Constantinopla, el catalán Siscar, en presencia de los concejales de Venecia, retó al emperador, le acusó de falta de fe, y pregonó que, diez contra diez, y ciento contra ciento, estaban prontos los almogávares á probar que malvada y alevosamente había

Digitized by Google

hecho Andrónico asesinar á Roger, que había dispuesto correrías contra la hueste sin previo desafío, que había quebrantado el juramento y que, por todo lo dicho, desde aquel punto se desentendían de su persona.

Este osado reto de un puñado de hombres á toda una nación, á todo un pueblo, hizo profunda sensación en Constantinopla. A todos les parecía increíble aquel valor á toda prueba y la abnegación admirable, sobre todo, con que seis hombres solos se hacían portadores de este reto, y se presentaban en medio de sus enemigos, arrostrando todos los peligros, dispuestos á morir si convenía.

Así sucedió.

La sangrienta jornada en que tanto habían figurado los alanos, empezó una serie de acontecimientos parciales. Todos los pueblos habían querido tener su degüello, y, arrastrados por el ejemplo, los griegos asesinaron en varios puntos á partidas sueltas de descuidados almogávares.

¿Cómo, pues, podían esperar librarse los seis audaces embajadores, cuando hormigueaban aún las manos de los asesinos? ¿cuando hervían aún la saña y la cólera en sus pechos? ¿cuando ya á fuerza de beber sangre de catalanes, los más timidos se habían tornado leones, sucediendo lo que con aquel rey de las baladas escocesas que todos querían matar porque sabían que con sólo tragar una gota de su sangre, daba valor eterno al corazón cobarde y convertía en tigre al cordero?

Terminada su misión, con marcial continente, con serenidad superior á todo elogio, con una grandeza de alma admirable, los embajadores se retiraron y partieron; pero llegados al pueblo de Rodosto, una amotinada multitud se arrojó sobre ellos, ¡los seis héroes! como la lava abrasadora de un volcán. Defendiéronse mientras hubo una gota de sangre en sus venas, un soplo de vida en sus

Digitized by Google

labios, un latido de valor en su alma. Combatieron, no diez contra diez, no ciento contra ciento, como habían propuesto en su reto, sino seis contra quinientos, seis contra mil, seis contra una muchedumbre innumerable. Y sin embargo, hicieron ellos solos, los seis dignos almogávares, lo que hubiera podido hacer todo un ejército. Los asesinos, para llegar á ellos, tuvieron que saltar por encima murallas y pirámides de cadáveres.

Pero llegaron por fin, y furiosos al verse detenidos por solos seis hombres que cada vez que murmuraban el nombre de Cataluña ó Aragón hacían caer un contrario, como si el pronunciar sólo el nombre de su patria les diera aquel valor indomable, les acabaron á cuchilladas, y en seguida, ¡atrocidad inaudita! descuartizáronlos á todos, colgando de los árboles del camino sus mutilados y sangrientos miembros.

Llegó esta noticia á Galipoli, y entonces ya los almogávares no fueron sino un torrente salido de madre. Se declaró al imperio una guerra implacable y mortal, y, unidos bajo el pendón de Berenguer de Entenza, salieron de la ciudad jurando solemnemente no hacer presa ninguna, sino pasarlo todo á sangre y fuego, destruir y arrasar, matar y vengarse.

Nunca juramento alguno fué cumplido tan pronto y tan completamente. La isla de Mármora, la Prepóntida de los antiguos, es convertida por ellos en un charco de sangre donde se reflejan las llamas humeantes que brotan de sus ciudades. Revuelve luego Berenguer sobre la costa de Tracia, apresa un sinnúmero de naves, y después de una resistencia vigorosa pero inútil por parte de los moradores de la ciudad, penetra en Heraclea y se la regala para que la entren á saco, á sus soldados.

Ya está á ocho leguas de Constantinopla. El

Digitized by Google

nombre del caudillo catalán infunde el terror y el espanto por toda la Grecia; todo cae, todo se postra, todo se rinde á su espada vencedora, y cuando suena en los aires su grito de *¡desperta ferro!* las ciudades tiemblan sobre sus cimientos, y los ejércitos se detienen despavoridos. Berenguer de Entenza vale veinte Rogers de Flor, á juicio de los griegos.

Andrónico tiembla en su solio y envía, para atajar á los catalanes en su carrera asoladora, al déspota Calo Juan con una hueste numerosa. Berenguer la espera á pie firme.

Es en triple número que su ejército, pero ¿qué importa? son los suyos catalanes y aragoneses, y allí donde está un catalán, allí donde está un aragonés, el ejemplo prueba que tres griegos son como una paja que se lleva un soplo.

En efecto, la hueste numerosa del déspota es arrollada y vencida. La mitad es prisionera, la otra mitad siembra el campo con sus cadáveres. Sólo el príncipe Calo Juan se escapa, y á duras penas llega á Constantinopla, donde el pavor se eleva á tan alto grado, que el aterrado Andrónico permite que se arme el vecindario.

Entenza, que con su ejército ha pasado como una nube preñada de sangre y fuego por campos y ciudades, que deja un reguero de sangre en su camino orillado por capitales entregadas á las llamas, Entenza asoma sobre Constantinopla, y ya sus almogávares, que tienen fé en él, que en él confían, que en él esperan, le saludan como emperador de Grecia.

En efecto, Constantinopla se estremece al aspecto de Berenguer, y, como él mismo ha dicho, el trono de los emperadores bambolea.

Dígaseme ahora si hubo nunca venganza más ejemplar, dígaseme si no debió creer Entenza que quedaba contento Roger en su lóbrego sepulcro.

Digitized by Google

XVIII

TRAICIÓN.

Vengadas habían sido las víctimas de Constantinopla y Rodosto, y una serie de victorias y de hazañas había casi abierto á Berenguer las puertas de la capital de los emperadores.

Disponíase á entrarla el caudillo catalán y al objeto hacía ya su escuadra los indispensables aprestos, cuando al primer sonriente rayo de una mañana de junio vió asomar dieciocho velas por el rumbo de Galipoli, allá por retaguardia de sus aguas, entre Planido y Ganor. Al avistar aquella escuadra, temió Entenza hallarse cortado y preparóse á la defensa.

Fué acercándose la flota. Eran dieciocho naves genovesas con ricos cargamentos que iban á desembarcar en Pera y en las otras factorías de Oriente. Saludaron los genoveses á los almogávares, y éstos arrimaron entonces sus armas, considerando que debían apartar todo recelo, atendida la buena armonía que mediaba con los genoveses de Pera.

Enterado Odoardo Doria, el almirante genovés, de que tenían los catalanes cercado el puerto de Constantinopla, avínose á quedarse momentáneamente en su compañía, y con el pretexto de agasajar á Entenza y saber de boca del mismo caudillo expedicionario el estado de las cosas en Grecia, invitóle á un banquete que el caballeresco Berenguer no creyó deber rehusar.

Digitized by Google

Lujosamente empavesada estaba la galera almirante; toda su tripulación vestía sus trajes de gala; flotaban en el aire los gallardetes de colores y, como un obsequio á los almogávares, veíanse ondear en la popa las banderas entrelazadas de Aragón y Génova. Berenguer fué recibido á bordo con todo honor y pompa; iba acompañado de solos dos adalides, y al pisar las tablas del puente recibióle en sus brazos el mismo Doria, que le cumplimentó lisonjeramente por la fama de su nombre y la gloria de sus hechos de guerra.

En seguida bajaron á la cámara principal donde estaba con profusión servido un opíparo banquete.

Ofreció Doria el vino de la hospitalidad á Entenza, que bebió á su salud, y sentáronse en seguida á la mesa, prolongándose el banquete hasta hora muy adelantada, hasta que las sombras de la noche bajaron á envolver entre sus pliegues á las dos escuadras.

A mitad de la comida, Doria se levantó, á una seña particular que le hizo desde la puerta uno de sus capitanes.

—¿Ha regresado el mensajero? preguntó al capitán en cuanto se halló fuera de la cámara.

—En el puente os aguarda.

Era este mensajero uno que el almirante había enviado á Constantinopla para enterar del caso al podestá genovés de Pera y á su amigo particular Jeorge, el general de los alanos.

En cuanto el enviado se halló delante de Doria, le entregó, por toda contestación de su mensaje, unas tablillas, especie de libro de memorias de aquella época. Recorriólas Doria y halló escrito en ellas primero, de mano del podestá:

«Poned preso á Berenguer.»

Y después, de mano de Jeorje:

«El mar es una tumba inviolable.»

Nada más.

Digitized by Google

Doria tuvo lo bastante.

Volvióse al banquete después de haber dado en secreto algunas órdenes, y tornó á ocupar su asiento en la mesa con ademán tranquilo y la sonrisa en los labios.

Entretanto Berenguer, el caballeresco caudillo, se entregaba descuidado á los placeres de la mesa, sin sospechar que la traición velaba en torno suyo y que, violando los derechos sacrosantos de la hospitalidad, fraguaba el pérfido genovés un complot contra su persona.

En efecto, terminado el banquete á hora muy adelantada de la noche, el de Entenza se levantó.

—Huésped, dijo á Odoardo, la hora avanza y todo capitán debe pasar la noche entre sus soldados. Mañana he de volveros el convite, y si fastuosa ha sido la hospitalidad genovesa para el almogávar, cordial y sincera será la hospitalidad almogávar para el genovés.

Dijo y se adelantó hasta la puerta de la cámara. Iba á atravesarla cuando sus pies, enredándose en una cuerda tendida á propósito, le hicieron tropezar y caer. Inmediatamente seis ó siete genoveses que estaban en acecho se precipitaron sobre él y le maniataron antes de que tuviese tiempo ni para volver siquiera de su sorpresa.

—¡Infames! murmuró Berenguer. ¡Cobardes y malos caballeros! ¿Es este modo de atacar á un hombre? Y tú, malandrín almirante, villano Doria, ¿dónde has aprendido las leyes de la hidalguía y de la hospitalidad? Suéltame un brazo siquiera, y atado de pies y de una mano, armado sólo con una daga, te reto á singular combate, á tí, follón y malandrín, con escudo y con espada.

—¡Ponedle una mordaza! exclamó friamente el almirante.

—¡Cobarde! ¡cobarde! ¡cobarde! repitió de nuevo Berenguer, acentuando esta palabra cada vez

Digitized by Google

que la repetía con mayor desdén y con más despreciativo enojo.

Pusiéronle una mordaza, como había dispuesto el almirante, y le bajaron á la bodega donde le dejaron encerrado. Mientras esto sucedía, eran hechos también prisioneros los dos adalides que habían acompañado á Entenza.

A la mañana siguiente, y en cuanto empezó á rayar el alba, las cinco galeras catalanas se hallaron rodeadas por la flota de Odoardo Doria, que se adelantó hacia ellas y empezó la primera el ataque.

Mejor que ataque fué una sorpresa.

Sin embargo, el almirante genovés con sus dieciocho naves y tripulaciones muy superiores en número, halló en las cinco galeras una resistencia desesperada. Fué preciso matar doscientos hombres para apoderarse de cuatro galeras.

Ya en poder de Génova cuatro galeras, sólo faltaba apoderarse de la quinta, pero ésta,—y si hay algún incrédulo ahí está toda una brillante página de la historia para atestiguarlo,—ésta dió más que hacer por sí sola que toda una escuadra junta. Mandábala Berenguer Villamarín, un caballero catalán, un héroe como esos mil otros héroes que formaban la expedición. Defendióse con una energía y un valor admirables, con un tesón y una resistencia heróica, sola contra dieciseis naves que la atacaban por todos lados, y después de morir en la lucha cuatrocientos genoveses, tuvieron que morir todos los que formaban la tripulación uno á uno, con su capitán el último, hasta no quedar nadie en el puente que pudiera arrojar una azcona ó levantar una espada, para que lograran apoderarse de ella los soldados del traidor Doria.

Hé ahí cómo cayó Berenguer de Entenza prisionero. Hé ahí como el león de Cataluña cayó en el lazo vil é infame que le tendió el más alevoso de los caballeros.

Digitized by Google

¡Doria! ¡Doria! ¡Odoardo Doria, el traidor almirante! ¡tu nombre maldecido ha pasado á los siglos como el nombre de un mal caballero, perjuro á la confianza, traídor á la hospitalidad!

Berenguer de Entenza fué llevado á Génova, y ya en el segundo capítulo de esta historia le hemos oído referir como el almirante, por un resto quizá de pundonor, no quiso admitir la oferta de Andrónico, ni interpretar tampoco la línea que en sus tablillas había escrito Jeorge.

Largo tiempo permaneció encerrado en una torre nuestro héroe, y todo el día, apoyada su cabeza en los hierros de la reja ó en las palmas de sus manos, todo el día lo pasaba pensando en sus glorias de Oriente, en sus buenos y valientes almogávares, en sus conquistas, en sus hechos de guerra tan pérfidamente interrumpidos cuando se preparaba á poner el pie sobre el trono de Constantinopla.

Casi siempre una memoria de otra clase iba á mezclarse á ese tropel de recuerdos que pasaban en vistoso panorama por su exaltada imaginación. Veía entonces á Eteskédrou, á la belleza oriental que le había tendido una mano cariñosa, á la hermosa griega que había deslizado en sus oídos tiernas palabras de amores.

Berenguer sufría horrorosamente con estos recuerdos, y á veces revolvíase en su estrecha prisión como un loco, como un león en su jaula, y á pique se hallaba de estrellarse la frente en la reja ó en las paredes del calabozo.

Una noche su carcelero, que siempre le había manifestado particular atención, entró en la estancia y le dijo con la ruda franqueza que le distinguía y que le había hecho apreciar del prisionero:

—Vengo á contaros una historia, caballero de Entenza.

Digitized by Google

—¡Una historia!

—Reciente, como que ha sucedido esta tarde misma.

Berenguer se encogió de hombros.

—No le hagáis aspavientos, prosiguió el rudo carcelero, porque se trata de vos.

—¿De mí?

—De vos mismo.

—No entiendo.

—Os lo diré en pocas palabras. Hallábame yo en mi estancia cuando se me han presentado dos mujeres blancas, es decir vestidas de blanco y cubiertas con un velo.—¿Vos sois el carcelero de la torre? me han dicho.—Sí.—Advertid, señor caballero, que sólo una llevaba la palabra; la otra no decía nada, como un muerto.—¿Queréis ganaros todo este dinero y á más ese collar de perlas? me ha dicho extendiéndome sobre la mesa un montón de oro.—¿Que si quiero? he contestado yo con unos ojos que se iban derechitos tras de tanto dinero. Decidme sólo qué hay que hacer.—Abrir las puertas de la torre á Berenguer de Entenza.—¡Ah! esto no es tan fácil; aun más; es imposible.—La mujer ha hecho entonces ademán de recoger el oro.—Vamos á ver, aguardad, la he dicho yo ante aquella acción significativa; puede que nos entendamos. ¿Y no hay que hacer otra cosa?—No hay que hacer otra.—Pues entonces, corriente. Y hé ahí, señor caballero, que nos hemos convenido. Yo he guardado el collar y el dinero, y las dos mujeres se han ido, encargándome un mensaje para vos.

—¿Y este mensaje? preguntó Berenguer sorprendido con todo aquello.

—Es el siguiente. A cien pasos de la torre es' un caballo, montad en él, dirigíos á Cataluña, pr paradlo todo para volver á Oriente, y antes de pa tir se os presentarán las dos mujeres blancas.

Digitized by Google

Hé ahí lo que el carcelero le contó á Entenza.

Todo lo demás ya lo saben nuestros lectores; su ida á Cataluña, su encuentro con *Garza real* el adalid y su compañía, su visita á la cueva de los sumideros y sus aventuras en ella, aventuras en medio de las cuales le dejamos y en donde por fin tenemos que ir á buscarle.

XIX

Recuerdos.

Dejamos, nuestros lectores deben recordarlo, á Berenguer de Entenza en el instante en que, huyendo la inundación de la cueva, se lanzaba, arrastrando tras sí á *Garza real,* hacia el sitio donde éste había visto desaparecer el fantasma.

A la luz sanguinosa y triste entre las tinieblas, de la tea que agitaba el brazo del caudillo, cruzaron una especie de galería baja y estrecha que desembocaba en una estancia ovalada. Allí concluía la caverna. Las negras y lisas paredes no presentaban abertura alguna ni indicio siquiera de que allí pudiera existir algún paso secreto ó subterráneo. Berenguer lo examinó todo detenidamente, registró los ángulos, tanteó las paredes, golpeó el suelo. Nada encontró que pudiera indicarle el sitio por donde había desaparecido la visión. Allí no había ningún paso y la tierra debía haberse tragado al fantasma.

Desalentado con sus inútiles pesquisas, clavó su antorcha en el suelo y cruzándose de brazos, miró al adalid. Este se hallaba en un estado de agita-

Digitized by Google

ción imposible casi de pintar. Destacábase en la sombra su figura vigorosa de robustos perfiles, los cabellos se erizaban sobre su frente, sus ojos estaban fijos y atónitos, los músculos de su rostro se contraían y por sus labios entreabiertos se escapaba una respiración fatigosa, jadeante, incompleta.

Había algo de horrible en contemplar aquellos dos hombres en tal sitio.

La tea, á cuyo alrededor se agrupaban las sombras como si quisieran ahogarla, despedía una luz débil y vacilante, insuficiente para iluminar la estancia con su sanguinolento resplandor. Berenguer, cruzado de brazos, permanecía tranquilo y sereno, pero su frente se plegaba bajo un montón de siniestros pensamientos, que sin duda se habían dejado caer sobre ella, desgarradores y fríos como la misma realidad; un ruido sordo y continuo, por fin, resonaba no muy lejos, llenando los ecos de la cueva con su rugido sordo y misterioso. Era el torrente que avanzaba.

—Adalid, adalid, dijo Entenza con un triste acento al que daba la situación cierto tinte sepulcral.

—¡Señor! balbuceó *Garza real* saliendo de su estupor.

—Reza las oraciones que te enseñó tu madre en la cuna. Nuestra hora ha llegado.

El adalid se estremeció como el árbol centenario al que hace temblar de pronto el violento soplo de un huracán.

—¡Nuestra hora ha llegado! repitió como una máquina, y pasó la vista en torno suyo, como si hasta entonces no hubiese fijado la atención en el sitio en que se hallaban.

Berenguer le comprendió.

—¡Es inútil! dijo. No hay aquí más salida que la galería que nos ha dado entrada, y el torrente nos cierra el paso.

Digitized by Google

—¡Oh! ¡bien os decía yo, señor, que nadie salía con vida!

—Dentro poco, prorrumpió Entenza, el torrente asomará por esta entrada. El agua vendrá primero á lamer nuestros pies como acariciándonos amistosamente, después irá subiendo, hasta cubrir nuestras rodillas primero, hasta llegarnos á la cintura, al pecho en seguida y por fin al cuello. Entonces nos diremos adiós, adalid, nos abrazaremos como dos buenos hermanos de armas que se despiden, y todo estará dicho y concluido.

Berenguer parecía gozarse en describir la agonía lenta que les amenazaba. Era un hombre de hierro el caudillo del Oriente, y acostumbrado á los peligros, agradábale ver la muerte cara á cara, detallarse la agonía, luchar con ella brazo á brazo como con un enemigo y hallar su valor y resolución en el mismo calor del combate.

—Señor, señor, repitió el adalid, bien os lo decía yo. ¿Por qué diablos se os ha ocurrido entrar en esta maldita cueva?

—Es que tú no sabes. Ayer, cuando anochecía, cruzaba por el bosque y á las sombras primeras de la noche, luchando con los postreros rayos del crepúsculo, ví una sombra blanca introducirse en esta cueva. Era una mujer.

—¡Ay! ¡sería la dama blanca! dijo el adalid aludiendo á la tradición de la caverna.

—Sería... ¡yo no sé quién era! pero yo que desde mi salida de la cárcel de Génova no pienso más que en mujeres blancas, yo, adalid, obedeciendo sólo á mi carácter aventurero, atravesé como ella el frágil puente y me introduje tras de ella en la cueva. Ya sabes lo demás.

—Era la dama blanca, no lo dudéis, señor. Ya he oído yo decir á las gentes de mi país que las jóvenes muertas de muerte violenta salen á veces para tender lazos á los viajeros extraviados y los

Digitized by Google

llevan á perecer. Es que diz que están solas en sus sepulcros y la soledad las arredra.

Berenguer miró al adalid y fué necesaria toda la tristeza que tenía recogida en el fondo de su corazón, toda la candidez melancólica que se pintaba en el rostro de *Garza real* y toda la solemnidad del momento para no contestarle con una carcajada. Se contentó sólo con encogerse de hombros y con decirle:

—¡Visionario!

—Será lo que queráis, pero yo que nunca he temblado frente al enemigo, vos lo sabéis, tiemblo ahora ante los espectros. Y es que hace un momento lo he visto, señor, como os veo á vos. Brotando de la tierra se me ha presentado, fugaz como un rayo, una mujer, la sombra de una mujer con quien entré en otro tiempo en esta misma cueva, para salir sin ella. En efecto, señor, vos lo habéis dicho, vamos á morir sin remedio. Cuando se aparecen los muertos, la tumba se abre para recibir á aquellos á quienes se presentan.

—¡Morir! dijo Berenguer con una expresión que ningún lenguaje humano podría traducir. ¡Morir! ¡morir aquí como un perro, ahogado en el fondo de una miserable caverna! ¡oh! esta no es la muerte que yo tenía derecho á esperar. Yo hubiera querido dejar de existir en el campo de batalla, peleando con los enemigos, conquistando laureles para mi patria querida, sirviendo de dosel á mi cadáver las banderas conquistadas. ¿Comprendes, adalid? Es horroroso morir aquí, cuando nos espera el Oriente, cuando hemos dejado en Galipoli á nuestros hermanos que nos aguardan, cuando flota triunfante el pendón de las barras sobre las dentelladas torres de las fortalezas orientales! ¡Ay! adalid, yo pensaba morir en Oriente sirviendo á mi patria y pudiéndole legar, á mi muerte, como una herencia, el suelo de esa Grecia con-

Digitized by Google

quistada con un puñado de nobles compañeros.

Y Berenguer inclinó su cabeza, y su corazón se rasgó á la idea de que debía abandonar todos aquellos proyectos de ambición y gloria que lisonjeros le habían mecido hasta entonces, y que nunca le habían abandonado, ni aun en aquellos momentos de olvido y de amor en que el hombre no piensa más que en embriagarse con la felicidad presente.

El adalid olvidó también por un instante sus propias ideas, para no ver más que al hombre grande que se delineaba ante él á la pálida claridad de la antorcha, y que se le presentaba sin embargo, en aquel momento supremo, sublime de recuerdos, esplendente de gloria.

En esto la voz del torrente se oyó más próxima. El agua penetraba ya con su rugido sordo en la galería que nuestros dos personajes habían cruzado.

—¡La muerte! ¡ya lo ves, la muerte! dijo Entenza señalando la entrada de la galería. Reza, adalid, reza, porque llega tu última hora. Yo voy á hacer lo mismo.

—¡Señor! dijo el adalid con voz trémula.

—¿Qué?

—Tengo un peso horrible en mi conciencia, y yo no puedo morir cargado con este peso que me oprime. Acaso en el campo de batalla hubiera muerto tranquilo sin acordarme de mi crimen, ahogando la voz del remordimiento con la voz de la gloria, pero aquí, ¡oh! ¡aquí mi muerte sería horrorosa! Sufriría mucho, señor, sufriría mucho!

—¿Y bien?

—Quisiera que me oyeseis en confesión. Yo os lo contaré todo, todo, sin ocultaros nada, como á un padre, como á un hermano, como á un confesor. Y cuando me hayáis oído, antes que el agua se precipite sobre nosotros, me estrecharéis la mano

Digitized by Google

en señal de perdón si creéis que mi crimen pueda hallarlo á los ojos del Eterno. Necesito una palabra de consuelo antes de morir, una palabra de misericordia de boca de un cristiano, para no morir maldito por mis propios recuerdos, maldito por la voz inexorable de mi conciencia! Decid, decid, ¿lo haréis, señor?

—Habla, amigo mío, mi fiel compañero, y sé breve porque tenemos poco tiempo que perder. A más, yo necesito también antes de morir pensar un poco en una mujer amada, recrearme un poco con la idea que tenía de guiar á mis triunfantes legiones por las campiñas de Grecia á la sombra del pendón de las barras y al son de los clarines de guerra, que ya han hecho temblar una vez las murallas de Constantinopla.

—¡Y á todo tendremos que renunciar! dijo el adalid.

—¡A todo! ¡Sueños de gloria, de ambición y de amores, adios! ¡Adiós, fantasmas lisonjeros que habéis arrullado la frente del guerrero bajo el cielo de una tierra extraña! ¡Adiós! ¡Berenguer de Entenza os saluda como á los buenos compañeros de su vida, y antes de bajar á la mansión donde yace tranquilo el indómito Roger de Flor, os envía con su último suspiro su postrimer adiós!... Pero, habla, habla, adalid, y dejemos esto para luego. Demasiado pronto llegará el instante. Mira, sentémonos aquí, junto á esa tea que se acaba y que sin duda se extinguirá antes que nosotros; habla, cuéntame tus penas. Si puede haber en tan duro momento una palabra de consuelo en el fondo de mi alma, esta palabra será para tí, que vas á abrirme tu corazón como á un hermano. ¡Dí, ya te escucho!

Y Berenguer se sentó en el suelo.

La caverna estaba llena de ecos desconocidos, de voces misteriosas, de sonidos extraños, todo

Digitized by Google

dimanado del torrente que se acercaba, que iba inundando poco á poco el vacío mientras arrastraba sus aguas y hacía desprender con rumores progresivos las piedras de las paredes.

Era una situación horrorosa.

La tea, por otra parte, acababa de consumirse y se conocía que bien pronto lanzaría sus últimos resplandores.

Berenguer estaba sublime de expresión; el adalid pálido de congoja.

XX

Lina.

El adalid habló de esta manera, con voz entrecortada y baja, después de haber pasado una mano por su frente como para arrojar una nube de presentimientos:

—¡Si la hubieseis conocido! No había en toda Cataluña una mujer más hermosa, una joven más seductoramente bella que mi hermana, que mi hermana Lina, con su candidez de ángel, su expresiva sonrisa y su lánguida mirada.

Berenguer le interrumpió:

—¿Lina has dicho? ¿se llamaba así tu hermana?

—Así se llamaba.

—Yo conozco este nombre. Lo conozco, sí, pero no me es fácil recordar... ¡Prosigue!

—Nos unía el más vivo cariño fraternal. Nuestros padres habían muerto dejándonos sólo una herencia de honra, dejándonos sólo un nombre oscuro, pero sin tacha. Yo traté de conser-

Digitized by Google

var esta herencia, y proseguí infundiendo á mi hermana querida los preceptos de religión y virtud en que la nutriera mi madre. Lina fué creciendo velada por mi solicitud casi paternal y llegó á ser la más hermosa doncella del país. Los dotes de su alma correspondían á los del cuerpo. Ninguna más hermosa que ella, ninguna más pura. Todos los mancebos se presentaban á rendirle homenaje y probaban ante ella su valor y habilidad, con el objeto solo de conquistar una mirada, de hacerse un poco de lugar en sus recuerdos ó en su corazón. Todo era inútil. Lina no amaba á nadie, Lina no sabía lo que era amor.

»Yo entonces era cazador y al mismo tiempo me había asociado en unos negocios con un mercader genovés que sostenía estrechas relaciones con el barrio de Pera. Este mercader me dijo un día que nuestros negocios nos llamaban imperiosamente á Constantinopla. ¿Cómo partir á un viaje tan largo dejando sola á mi hermana? Decidí llevármela conmigo.

»Partimos en una galera de mi amigo el mercader, y después de un viaje sumamente largo llegamos á la capital de Oriente. Todos los habitantes del barrio de Pera rindieron homenaje á la belleza de Lina, que tuvo allí un trono como en nuestro país. En efecto, Lina era aún allí más hermosa, hermosa con su belleza meridional, sus ojos rasgados, su modelada boca, su luciente cabello negro, su pureza de ángel y su dignidad de catalana. Mi estancia en Constantinopla se prolongó más de lo que esperaba y creía.

»Una mañana, terminados ya mis negocios, le dije á Lina:—Hermana, es preciso marchar. Volveremos á nuestro país.

»Yo no sé cómo fué, pero es lo cierto que estas palabras que yo creía iba á recibir mi hermana con entusiasmo, fueron por el contrario recibidas con

Digitized by Google

tristeza y aun me pareció ver temblar una lágrima en sus bellos ojos.—¿Qué es eso? le pregunté. ¿Te pesa volver á nuestra patria?

»—No, ¡pero es tan bello este país! me contestó tristemente.

»—Más bella es la villa donde nacieron nuestros padres, donde hemos nacido nosotros, la dije.

»Lina, sin contestarme, bajó los ojos é inclinó la cabeza. Yo no sabía qué pensar. De todos modos, hice mis preparativos, y cuando estuvo todo pronto para la marcha, le dije una noche á Lina:—Mañana al amanecer partimos.

»Estas sencillas palabras produjeron en ella el efecto de un golpe de maza. Se puso pálida como un cadáver, tembló de todos sus miembros y tuvo que sentarse para no caer desfallecida. Entonces no advertí completamente estas circunstancias; sólo me hice cargo después, cuando repasé mis recuerdos. Lina pasó la noche llorando. Sus sollozos me despertaron una vez, pues sólo un simple tabique separaba su estancia de la mía; informéme de la causa y me contestó que la dolía la cabeza. En toda la noche la volví á oír. Sin duda sofocó sus lágrimas y lloró en silencio.

»Al rayar el alba, partimos. Lina estaba pálida como un mármol y se mantuvo sobre cubierta mientras pudo distinguirse en el horizonte la ciudad de los emperadores. Os confieso que empezó á poner en alarma mi cariño aquella tristeza, aquella palidez, aquellos ojos hinchados como de haber llorado mucho. La hice todas las preguntas imaginables; no pude saber otra cosa sino que estaba enferma y que el viaje por mar la perjudicaba. Esto fué lo que me dijo. Lo cierto es que la sonrisa se había borrado de sus labios, su mirada no tenía expresión, su rostro estaba falto de los rosados matices que la hacian tan hermosa.

»Cuando llegamos aquí, á nuestro país, estaba

Digitized by Google

más triste y más pálida que nunca. Todo el pueblo lo observó, y yo mismo la sorprendí varias veces llorando. Un día, no siéndome posible resistir ya más á la ansiedad de mi cariño, la llamé y pasó entre nosotros la conversación siguiente:

»—Lina, tú estás triste, tú lloras, tú languideces cada día. Algo pasa en ti que tú me ocultas.

»—Ya te he dicho, hermano...

»—No creo ni una palabra de lo que me has dicho, la dije interrumpiéndola. Tu melancolía aumenta cada vez más. Tú estás enferma, hermana, pero estás enferma del corazón.

»Lina se puso á llorar con una amargura que me conmovió. La dirigí algunas palabras de consuelo, y por fin, en un momento de expansión, de desahogo, cediendo á una de esas necesidades del alma, se echó á mis pies sollozando y me contó toda una historia... ¡ay! toda una triste y desgarradora historia. Lina, la niña casta é inocente, la flor cultivada por mi cariño y rociada con mi amor fraternal, Lina había amado perdidamente en Constantinopla á un hombre que había abusado de su candor y su ternura. Y esto me lo dijo la pobre joven llorando lágrimas de hiel, arrastrándose á mis pies pálida, desmelenada, congojosa, brotando sangre de la herida abierta por un infame seductor en su alma. Yo la dejé concluir sin decir una palabra, sin dar ni una seña de emoción. Es que aquella confesión había caído sobre mí como un rayo, dejándome inmóvil y paralizado. Cuando Lina hubo terminado, cuando ya no se oían en la estancia más que los convulsivos sollozos de la mujer que estaba á mis pies demandando con su muda actitud perdón y olvido, yo me bajé hasta ella, más pálido que ella misma, y murmuré á su oído esta palabras, que fueron en aquel momento las más duras que pude hallar y con las que hubiera querido herirla como con látigo de fuego:

Digitized by Google

»—Lina, has perdido la herencia de nuestros padres. Te has dejado robar el único legado de tu madre. ¡Eres una infame, Lina; Lina, eres una mujer perdida!

»Perdóneme Dios el daño que con estas palabras hice á la pobre joven. Dejó de llorar, como si con un torrente de nieve hubiesen apagado todo el fuego de sus lágrimas, y me miró con unos ojos extraviados por la desesperación y el delirio. Quiso balbucear algunas palabras, pero sílabas incoherentes salieron sólo de sus labios, y tuvo que apoyarse con una mano en el suelo para no caer del todo. Su aspecto, su dolor, la herida que acababa yo de causarle, todo me conmovió, me dió frío en el corazón. Sin embargo, dominé mi sensibilidad para no ver más que á la criminal en vez de la hermana, y la pregunté con voz sombría:

»—¿Quién ha sido el robador de tu honra?

»No recibí contestación.

»—¿Quién, quién ha sido? ¡Dímelo, desgraciada!

»El mismo silencio.

»—¿Es un genovés?

»Lina se calló también. Conocí que nada conseguiría. Sus ojos me miraban extraviados, pero su boca estaba febrilmente cerrada. Desistí pues de mis preguntas, y sólo la dije:—¡Hermana, pide á Dios y á las sombras de nuestros padres que te perdonen!

»Salí y la dejé encerrada. Mi corazón sufría violentamente al pensar en la deshonra que nos amenazaba cuando el secreto de Lina fuera público. Era esta una idea que me hacía delirar, que me volvía loco. Un vértigo horroroso con el cual luchaba á brazo partido se apoderaba de mí ando tal pensamiento me acudía, y entonces ıtía impulsos de entrar en la habitación de mi :mana, armado mi brazo de un puñal para seltárselo en el seno. Convenid en ello, noble Be-

Digitized by Google

renguer; era una situación espantosa la mía. Mis padres habían muerto pobres, pero honrados, como mis abuelos, y yo quería morir pobre, pero honrado, como mis padres. En mi corazón no cabía la idea de la deshonra. Tres días permanecí luchando, tres días pasé presa de una congoja mortal. Al tercer día había tomado mi resolución.

»Cuando la tarde comenzaba á caer, entré en la habitación de Lina. Estaba en pie, junto á la ventana, jugando distraída con los mechones de su pelo que sombreaban su frente. Volvió la cabeza, y al verme se estremeció, pero no dijo nada. Yo me estremecí también. Aquellos tres días habían pasado como un siglo sobre Lina; su rostro descubría las huellas del más profundo, del más intenso dolor; sus ojos estaban secos, abrasados; hubiérase dicho que mis palabras del primer día la habían herido como una maldición, y que desde aquel instante, para mayor tormento, se habían secado las fuentes de su llanto.

»—Es preciso seguirme, Lina, la dije procurando que mi voz no se resintiera de la conmoción interior que me agitaba.

»Sin preguntar nada, la joven se dispuso á obedecerme.

»Salimos por una puerta excusada que daba al campo, atravesamos la fértil vega, y después de un buen rato de marcha en silencio, como si fuéramos dos estatuas, llegamos al bosque donde nos habéis hallado esta mañana. Lo cruzamos y nos detuvimos al pie del árbol que servia de puente sobre la grieta. Era ya de noche; el viento gemía entre los árboles de una manera lúgubre y dando horribles silbidos; la luna bañaba con una fría claridad todos los contornos y hacía ver como la negra boca del infierno la misteriosa entrada de la caverna.

»Al poner el pie sobre el frágil tronco, me volví hacia mi hermana, cuya palidez era horrorosa.

Digitized by Google

»—Lina, exclamé, ¿has rezado las oraciones de esta tarde?

»Lina me hizo señal de que no, con la cabeza.

»—¡Pues entonces, añadí, arrodíllate y reza! Yo rezaré también.

»Lina cayó de rodillas y yo lo mismo. Ella rezó, la pobre niña, por sus alegrías perdidas, por sus ilusiones pasadas, por el bautizo de dolores que hasta cierto punto había purificado su alma. Yo recé por el acto de justicia, ó mejor acaso por el crimen que iba á cometer; pedí perdón á Dios y pedí fuerzas á la memoria de mis padres. Cuando me levanté, todavía estaba Lina de rodillas. La dejé terminar su rezo, y á la luz de la luna que la cubría como con un manto diáfano de amarillenta luz, contemplé sus facciones en que el dolor había marcado sus dedos de hierro. Hermosa estaba en aquel momento; una lágrima brotó en mis ojos y una voz de piedad se levantó en mi corazón; pero enjugué la una con mi mano y ahogué la otra con el esfuerzo de mi voluntad. Lina había faltado, Lina había perdido su tesoro de pureza, Lina había deshonrado el nombre de mis padres, Lina debía morir. Yo no era ya su hermano, era su juez. Así es como entendemos nosotros, los hijos del pueblo, la justicia, noble Berenguer. Vos hubierais hecho lo mismo, ¿verdad? ¿Verdad que si os hubieseis hallado en igual caso, en vuestra inexorable justicia de juez y de hermano, no hubierais tenido piedad ni perdón para la mujer infame?»

Aquí el adalid se detuvo un instante porque la emoción le ahogaba y debilitábase su voz. La tea iba á arrojar sus últimos resplandores. El rugido del torrente se oía ya muy cercano.

«—Cuando Lina se levantó, continuó el adalid, atravesamos el tronco y penetramos en esta misma cueva cuyo laberinto conocíamos perfectamente tanto mi hermana como yo, por haberme ella va-

Digitized by Google

rias veces acompañado en mis correrías de cazador. Llegamos frente al sumidero en que me habéis visto detener horrorizado, y que es uno de los más profundos; entonces me volví hacia mi hermana.

»—Lina, la dije, perdona al hermano á quien tu falta ha convertido en juez. Lina, ¡perdón, perdón! Tu sentencia de muerte está pronunciada y yo no puedo, hermana, yo no puedo perdonarte sin atraer la deshonra sobre nuestro nombre, sin exponerme á recibir la maldición que acaso desde el fondo de su sepulcro me lanzarían nuestros ancianos padres. ¡Lina, Lina, perdón!

»Lina me tendió la mano y procuró sonreírse, pero sus labios se contrajeron y se negaron á dar paso á su sonrisa.

»—Te perdono, me dijo con una voz débil que apenas pude percibir, te perdono mi muerte, te perdono sobre todo las palabras que murmuraste á mis oídos cuando yo estaba á tus pies bañada en lágrimas.

»Aquella voz dulce, aquel acento melancólico, aquella sublime resignación me hicieron daño. Mi corazón se rompió en pedazos é iba á abrir mis brazos á mi hermana, cuando,—os lo digo, os lo digo con toda la convicción de un hombre que va á morir, Berenguer,—cuando me pareció ver entre las sombras, sobre la roca, el rostro severo de mi padre que me miraba con cólera por la debilidad de mi corazón. Un velo cubrió mi vista, un vértigo desvaneció mi cabeza, creí que todas las voces, todos los ecos de la caverna zumbaban á mis oídos con expresión diabólica: «¡Muera! ¡Muera la mujer deshonrada!» Y entonces mis manos se adelantaron, agitándose en el vacío, encontraron el cuerpo de Lina, levantáronla en alto, y en seguida se abrieron para volverse á cerrar, abrazando solo el aire.

»¡Lina había caído al abismo sin dar una queja

Digitized by Google

sin despedir un suspiro, sin proferir un grito!»

Al llegar á este punto de su relación, el adalid cayó de rodillas ante Berenguer. El sudor rielaba en su rostro, sus ojos pintaban una desgarradora angustia, sus cabellos se erizaban sobre su frente. Berenguer le dijo solemnemente:

—Obraste impelido por la lealtad al nombre de tus padres, á la honradez de tus mayores. Un caballero, adalid, no hubiera podido hacer más.

—Pero decid, señor, decid,—este pensamiento endulzaría la muerte espantosa que nos amaga,—decid; ¿creéis que ella me comprendiera, creéis que Lina me ha perdonado?

—¡Lina te ha perdonado! murmuró una voz á espaldas del adalid.

Este lanzó un grito horroroso y Berenguer una exclamación de sorpresa.

Ante ellos, como una sombra blanca y vaporosa, salida del seno de la tierra, se dibujaba la figura de una mujer cuyas facciones bellas iluminaban de una manera vagorosa las postreras luces de la agonizante tea.

—¡Oh! gritó *Garza real,* ¡los muertos, los muertos se levantan! ¡nuestra hora ha llegado!

Y retrocedió despavorido hasta clavarse en la pared.

—¡Lina te ha perdonado! repitió la mujer adelantándose hacia el adalid.

—¡Lina! ¡Lina! exclamó entonces Berenguer, como si aquella aparición le pusiera en claro el recuerdo que se agitaba confuso. ¡Lina! ¡la compañera de Eteskédrou!

Una triste sonrisa de Lina fué la contestación.

—¿Y Eteskédrou? prosiguió entonces el de Enenza. ¿Y Eteskédrou? ¿dónde está? ¿Es la mujer ie llevaba en brazos ese caballero negro contra iien he lanzado mi azcona? Decid, decid, ¿era la?

Digitized by Google

—Sí.

—¡Justicia eterna! y mi torpe mano, en lugar de herir al raptor, ha colocado un abismo entre él y mi furia. ¡Oh! ¡desesperación! ¡desesperación! ¡Ira del cielo!

El adalid se destacó de la pared al ver que Berenguer hablaba familiarmente con la que él creía un espectro. No podía volver en sí de su sorpresa. Sus facciones estaban desencajadas y lo miraba todo como un alelado.

—¡Lina, por Dios que me lo digáis! ¿quién era el caballero negro que se ha llevado en brazos á Eteskédrou? prosiguió Berenguer.

—Jeorge, contestó Lina lacónicamente.

—¡Cielo y tierra! ¡Jeorge aquí! ¡El asesino de Roger de Flor en Cataluña! Explicadme, explicadme...

—Salgamos de aquí primero, dijo Lina. Veo penetrar el agua por la galería. Seguidme.

Y Lina se dirigió hacia un ángulo de la cavernosa estancia. Una piedra giratoria se abrió apretando un resorte y una galería alumbrada á trechos por rejas se presentó á su vista. Lina se precipitó la primera. Tras de ella siguió Entenza y tras de Entenza el adalid, que no sabía en verdad si era un sueño lo que pasaba.

XXI

Explicaciones.

Hemos llegado al capítulo de las explicaciones. Las que dió Lina lo dejaron todo perfectamente comprendido.

Digitized by Google

Por lo que á ella toca, al caer en el abismo en que la precipitara su hermano, y cuando creía que iba á estrellarse en las rocas desconocidas que, según común opinión, en el fondo se alzaban erizadas de puntas, dió por el contrario en un terreno blando y arenoso y empezó á deslizarse suavemente por una especie de rambla. Lo mismo, ya lo hemos visto, había sucedido á Berenguer. Llegada al cauce del torrente, viéndose, no sin asombro, viva por lo que juzgó un milagro divino, escaló la grieta, y después de toda una noche de esfuerzos y fatigas, consiguió por fin salvarse cuando el alba empezaba á dorar de púrpura las cimas del monte.

Su primera intención fué la de volverse con su hermano; pero el temor, la confusión, la vergüenza, todo se reunió en ella para hacerla desistir de su primer proyecto. Fué pues á demandar asilo á una amiga suya que formaba parte de la servidumbre del castillo de Rocafort, amiga en cuyo seno, ya al llegar de Constantinopla había depositado el secreto de su situación. Su amiga la acogió, la amparó y robusteció con sus consejos la idea de que no volviera á presentarse á su hermano.

—Dios, le dijo, ha ahorrado este crimen á tu hermano. No vayas, no, á tentarle con tu presencia para que cometa otro. Muerta eres ya para él: muerta te queda, y espera días más felices.

Lina siguió los consejos de su amiga.

Será inutil que nos detengamos á referir todo lo que sufrió la pobre joven entregada á sus propios recursos, á sus débiles fuerzas. Un año trascurrió para ella, eterno como todo un siglo de tormentos y miseria. Al cabo de este año, un día que, á la puerta de la mansión ignorada donde se había retirado, entretenía su tristeza con un canto monótono de su país, fué repentinamente interrumpida por un hombre que se arrojó á sus pies abrazando con júbilo sus rodillas.

Digitized by Google

Lina lanzó una exclamación de sorpresa. Aquel hombre era su amante, su seductor, era Kiesck, el fiel morlaco de Eteskédrou que en su busca acudía para enlazarse con ella y llevársela á su patria. Lina creyó morir de emoción y de placer.

No tardó en trocar su título de amante por el de esposa. Quiso entonces presentarse á su hermano, pero éste había desaparecido y todos ignoraban su paradero. Efectivamente, su hermano había abandonado su nombre para tomar el de *Garza real*, y era adalid en el campo de los almogávares. Lina no consiguió saberlo por más que hizo, y partió con su esposo para Constantinopla, dejando con lágrimas en los ojos su tierra natal, despidiéndose acaso para siempre del país cuyas brisas habían arrullado su infancia, y en un ignorado rincón del cual dejaba á un sér querido que creía ser causador de su muerte.

Eteskédrou, en su relación á Berenguer, ha contado ya por nosotros la llegada de Lina á Constantinopla, sus conversaciones primero, su amistad después, su cariño fraternal en seguida. Y es cierto. Bien pronto Eteskédrou y Lina sólo fueron dos hermanas, dos flores mecidas por el mismo céfiro de amores, dos gemelas gotas de agua reposando juntas sobre la hoja de un árbol.

Tenemos ya noticia, y noticia detallada, del brillante período de la vida de Berenguer en Oriente. Ya sabemos como el guerrero y caballeresco caudillo empezó sus hechos proclamando bajo el cedro centenario la libertad de los morlacos, y como concluyó su serie de renombradas hazañas la negra y pérfida traición de Odoardo Doria.

Constantinopla respiró cuando supo la prisión del héroe de los almogávares, cuando supo que las galeras de Doria habían vencido su escuadra triunfante y que haciendo rumbo hacia Génova, se llevaban consigo, preciosa rehén, al jefe de los

Digitized by Google

catalanes. Constantinopla respiró, decimos, y Andrónico se creyó ya firme en su trono que un soplo de Berenguer había hecho vacilar. Quedaba, es verdad, Rocafort al frente de los pocos almogávares parapetados tras de las almenas de Galipoli; pero este guerrero no hacía sombra al emperador ni era su brazo tan temido como el de Berenguer de Entenza. Andrónico se entregó pues al regocijo, con la expansión de su carácter inconstante y poco previsor.

Sin embargo, Jeorge pensaba por él. Hé ahí porqué acercándosele un día le dijo:

—No batáis las palmas, no os entreguéis tan pronto al regocijo.

Andrónico le miró como si no le comprendiera.

—¿Qué quieres decir?

—El águila ha dejado aquí su nido y puede volver.

El emperador se estremeció.

—Algún día, no lo dudéis, prosiguió el taimado Jeorge, algún día nos despertará el ruido de sus alas sobre los mares.

Andrónico se puso pálido como un cadáver á la sola idea de que podía regresar el de Entenza. Le temía más á él solo que á un ejército entero.

—Jeorge, Jeorge, amigo mío, le dijo, invéntame un medio para tener lejos de mí á ese hombre.

—El medio que ha alejado á Roger de Flor, contestó Jeorge con su voz más oscura y sombría. Los muertos están lejos.

Andrónico se quedó unos instantes meditabundo.

—No quiero más sangre, dijo por fin; las gradas de mi trono están resbaladizas desde que las habéis manchado, ignominiosamente acaso, con la sangre de mis aliados. ¡No, no quiero más víctimas!

Jeorge se encogió de hombros desdeñosamente é hizo ademán de retirarse.

Digitized by Google

—Sin embargo, se apresuró á añadir Andrónico, podría ir un mensajero á Génova, un embajador taimado y discreto que negociara el medio de tenerle eternamente en una cárcel.

—Una cárcel no es una tumba, murmuró Jeorge.

—Esto es lo que podría hacerse, continuó Andrónico como si no hubiera oído la observación de Jeorge, y este embajador nadie impediría que fueses tú mismo.

El general de los alanos vaciló un momento; pero luego, como obedeciendo á una idea repentina, se inclinó en señal de que aceptaba.

A la mañana siguiente una galera se hacía á la vela para Génova llevando en su seno á Jeorge.

Desde que la noticia de la traición de Doria y de la prisión de Berenguer se había esparcido, los ojos de Eteskédrou no se habían enjugado. Copioso llanto surcaba sus mejillas. Berenguer al partir se había llevado el corazón con el primer ensueño de amor de la hermosa joven.

Cuando supo por Kiesck que Jeorge había partido para Génova, se estremeció. Su instinto de amante le hacía adivinar un peligro para Berenguer. Sintióse presa de un desasosiego mortal, y no bastaban á consolarle las palabras cariñosas de su hermana Lina.

—¡Oh! ¡Jeorge le matará! decía sollozando. Jeorge clavará su puñal en su noble corazón como el miserable lo ha clavado en el de Roger de Flor. Berenguer es el águila que ha libertado á mi pueblo, y Jeorge, humillado en lo más vivo de su orgullo, Jeorge le cortará las alas. ¡Lina! ¡Lina! ¡yo quiero salvar á Berenguer!

—Atravesemos los mares, le dijo Lina; vamos en su busca acompañadas de Kiesck; sirvámosle de escudo contra el puñal de Jeorge.

—¡Oh! ¡tienes razón! ¡tienes razón, Lina!

Y Eteskédrou lloró entonces de alegría en bra

Digitized by Google

zos de su hermana, como poco antes lloraba de tristeza.

Todo estuvo pronto en un instante; reunió Eteskédrou todas sus joyas y partió para Génova en compañía de Lina y de su esposo Kiesck, el fiel y adicto servidor de su familia.

No ignoramos el buen resultado que tuvieron en Génova sus tentativas. Seducido el carcelero por una suma considerable, accedió en dar libertad á Berenguer, quien tomó á toda prisa el camino de Cataluña.

La misma noche de su partida, un hombre cubierto de una armadura negra, á la usanza occidental, se presentó en la cárcel, donde reinaban la mayor agitación y el mayor movimiento, y pidió hablar al llavero en jefe. Este compareció.

—¿Qué es lo que aquí sucede? empezó por preguntar el desconocido. ¿Por qué esa confusión y ese sobresalto que veo pintado en los rostros?

—Se nos ha fugado un preso, dijo el llavero.

—Pues yo vengo á apoderarme de otro, añadió el desconocido.

—¡Vos!

—Ahí está la orden para que se ponga en mis manos y en las de mi escolta al preso llamado Berenguer de Entenza.

Y alargó un escrito que el carcelero rechazó.

—Esta orden no puede cumplirse, dijo.

—¡Cómo! exclamó el desconocido frunciendo el ceño.

—No se puede, repitió el llavero en jefe.

—¿Y por qué?

—Porque el preso que precisamente se nos reclama, es el fugado.

—Berenguer de Entenza...

—Berenguer de Entenza ha huido.

El portador de la orden lanzó una especie de ordo rugido.

Digitized by Google

—¡Condenación eterna! exclamó.

Y así que estuvo seguro de la verdad de lo que se le decía, se precipitó fuera de la cárcel.

Jeorge, porque este desconocido era Jeorge, despidió la escolta, y empezó á andar errante por las calles. Caminaba al acaso, presa de una febril impaciencia, de una devoradora zozobra. ¿De qué le había servido alcanzar á costa de oro é intrigas una orden para apoderarse de Berenguer y llevarlo él mismo á un castillo donde tenerlo sepultado para siempre? ¡Ay! sus planes habían sido burlados. Entenza estaba en libertad y acaso ya en camino para el Oriente. Desesperábase Jeorge y su alma malévola desgarrábase de amargura á impulsos de la cólera y del odio.

Atravesaba casualmente por una calle retirada, siguiendo el hilo de sus reflexiones, cuando acertó á levantar la cabeza, y sus ojos se fijaron en el rostro de una mujer asomada á una ventana. Era un bellísimo rostro de tipo oriental, realzada su expresión con la gracia de un rico tocado griego.

Jeorge se hizo atrás y lanzó una exclamación de sorpresa. Era Eteskédrou á quien veía.

Fugaz y rápida, una idea cruzó por su mente. Jeorge creyó que la joven griega no debía estar ignorante de la fuga del caudillo catalán, y que pues de Oriente había partido, sólo debió de ser para salvar á Entenza, cuya prisión habría llegado á su noticia. Largo rato permaneció meditabundo. La presencia de Eteskédrou en Génova le sumergía en todo un caos de sospechas, de recelos, de intrigas.

Apartóse á un lado, sin perder de vista la casa en que se le había aparecido la joven, y allí, cruzándose de brazos y bajando la cabeza, púsose á proyectar uno tras otro varios planes. Por fin, tomó la resolución de apoderarse á cualquier precio y á toda costa de Eteskédrou. Si, como sospe-

Digitized by Google

chaba, Berenguer amaba á la joven, iría en busca de ella presentando con esto al alano ocasión para apoderarse de él. Aun no siendo así, al menos con el rapto de Eteskédrou destrozaba Jeorge el corazón de Entenza, y al asesino de los almogávares le satisfacía todo lo que fuese hacer daño.

—¡Será mía, murmuró, mientras que sus ojos chispeaban de un salvaje júbilo, será mía!

Ya conocemos el carácter del jefe de los alanos. Cuando había ideado un proyecto, lo llevaba á cabo eon toda la sangre fría y toda la resolución y constancia de un hombre resuelto.

Al día siguiente vió partir á Eteskédrou y á Lina acompañadas del morlaco Kiesck. Partió tras ellas.

Se había engañado sin embargo si creía no haber sido descubierto. La mirada perspicaz de Lina había reparado en él y conocídole á pesar de su traje. No ignoraban pues los viajeros que eran seguidos por Jeorge, y hé ahí el motivo porque Lina apresuraba las jornadas con objeto de llegar cuanto antes á Cataluña. Al estar en ésta, Lina se creía salva, salva de toda persecución y de todo maligno designio que pudiese abrigar Jeorge.

En efecto, durante la mayor parte del año que la hermana del adalid permaneciera en su país después de la escena de la cueva con *Garza real,* había vivido en el castillo de Rocafort, protegida por una anciana servidora de la casa, en otro tiempo nodriza de su madre y que profesaba á Lina singular cariño. Esta anciana le había enseñado un paso secreto y subterráneo que comunicaba con la caverna y también el camino firme que guiaba por entre los sumideros.

La joven contaba al llegar á Cataluña ampararse on su compañía en la mansión señorial de los Rocafort y aprovecharse del paso secreto para urlar las intenciones de Jeorge.

Digitized by Google

Y así fué. El alano, siguiendo siempre á Eteskédrou, había llegado tras de ella hasta la puerta del castillo, pero esta puerta se había cerrado para no volverse á abrir más. Hubiérase dicho que la de Rocafort era una casa encantada. No se veía asomar por sus almenas alma viviente.

El castillo, efectivamente, no estaba habitado, desde la ausencia de sus dueños que guerreaban en Oriente, más que por algunos servidores ancianos, entre ellos la buena nodriza, protectora de Lina.

Jeorge anduvo dando vueltas al rededor del castillo como un león hambriento que acecha el momento en que salga la presa para arrojarse sobre ella; pero jamás vió aparecer ni á Kiesck, ni á Eteskédrou, ni á Lina. Era cosa de desesperar.

Una mañana dejó de presentarse el jefe de los alanos de Oriente, y los alrededores de la mansión feudal de los Rocafort no le vieron comparecer como de costumbre.

Lina, que desde una de las góticas aberturas del castillo le veía cada día, estuvo aquella mañana aguardándole en vano. Por lo mismo, bajó apresuradamente y comunicó su observación á Eteskédrou: Tampoco al día siguiente apareció, ni al otro, ni al otro. Los perseguidos viajeros empezaron á respirar, pero temiendo algún lazo, no se atrevieron á pisar el umbral del castillo y las dos mujeres continuaron saliendo por el paso secreto de la cueva siempre que, como sucedía casi todas las noches, querían respirar un poco el aire libre del campo.

En cuanto á Kiesck, había sido enviado á saber noticias de Entenza, al que Lina suponía en Barcelona.

En tal estado se hallaban las cosas cuando una noche, la misma en que Berenguer y *Garza real* penetraron en la cueva, se abrió el paso secreto

Digitized by Google

que unía la caverna con el castillo. Eteskédrou y Lina salían á dar un paseo por el bosque. En el momento en que la griega ponía el pie en la cueva, un hombre, dando un salto de entre las sombras que le escondían, la cogió en sus nervudos brazos. la levantó en alto y se la llevó con una celeridad increíble. A la exclamación lanzada por Eteskédrou, Lina se precipitó tras el raptor llamando á su amiga, pero al llegar á la segunda estancia tropezó con el adalid, cuya presencia allí la hizo retroceder apresuradamente. Recobrada luego del susto y acriminándose por haber abandonado á su amiga, volvió á salir y entonces fué cuando asistió, testigo ignorado, á la conversación de Entenza y de *Garza real*.

Por lo demás, el raptor de Eteskédrou era Jeorge, la joven lo había conocido, pero ¿cómo estaba allí? ¿quién le había enseñado el camino por entre los sumideros? ¿quién le había indicado el paso secreto? ¿Era que había comprado á algún servidor del castillo que lo sabía?

Preguntas eran estas á las cuales Lina no se daba contestación razonable.

Tales son las explicaciones que dió la joven al caudillo de los catalanes cuando hubieron llegado á una estancia del castillo, explicaciones que aun nosotros hemos ampliado con algunos detalles que le eran á Lina desconocidos y que por lo mismo no pudo comunicar al valiente Berenguer.

Digitized by Google

XXII

Otra vez la guzla.

El alba comenzaba apenas á sonreír, cuando Berenguer, incorporándose sobre la piel de oso donde había pasado la noche sin cerrar los ojos en toda ella, llamó á *Garza real* que, tendido á sus pies, se hallaba completamente entregado á las delicias del sueño. El adalid dormía como no hacía otro tanto en mucho tiempo. Desde la terrible escena con Lina, desde que creía tener cargada su conciencia con el peso horroroso del remordimiento, *Garza real* no había podido conseguir toda una noche de verdadero reposo. Veíase turbado su sueño por desgarradoras visiones, y muchas veces le sucedía dispertar sobresaltado y sentarse repentinamente en el lecho, vidriosos los ojos y erizados los cabellos, creyendo haber oído un grito de agonía, semejante al que lanzó su hermana al caer en el insondable abismo. Por esto, aquella noche en que dilataba su alma el júbilo y el regocijo de verla, hablarla y abrazarla, aquella noche, decimos, el almogávar se entregó por entero en brazos del sueño tan ardientemente apetecido, y dormía como un tronco cuando la primera sonrisa del alba tiñó de mate palidez el espacio.

Sin embargo, ya el segundo llamamiento de Berenguer le encontró en pie.

—Adalid, le dijo éste, Jeorge está en Cataluña y el asesino de Roger de Flor no debe salir vivo de nuestro país. Piensa en la matanza de nuestros

Digitized by Google

hermanos, piensa en su sangre tan infamemente derramada y corre en busca de ese hombre que, como se haya salvado del torrente, no puede estar muy lejos. Tú recorrerás los alrededores por la parte del Norte, yo por la parte del Mediodía. Si tú le encuentras, te prohibo matarlo; es honor que me reservo para mí.

Ni una palabra dijo de Eteskédrou, pero demasiado se conocía que este motivo le impelía tanto como el otro á buscar sin descanso á Jeorge. El asesino de Roger de Flor y el raptor de Eteskédrou tenía doble derecho á la venganza del valiente caudillo, y toda la hiel amasada durante aquella noche de amargura en el corazón de Entenza, le salía garante de que sería una venganza sin piedad ni misericordia.

El adalid, sin decir una palabra, tomó sus armas y salió después de haber abrazado á su hermana. Berenguer partió también á su vez, pero tomando distinta dirección que *Garza real.*

Inútiles fueron las pesquisas de entrambos. Nadie supo darles razón, nadie les pudo poner en camino, nadie les pudo ofrecer ni siquiera un indicio. Parecía como que Jeorge y Eteskédrou habían sido tragados por la tierra. Desanimado y exhausto, el adalid volvió al castillo á la caída de la tarde. Lina le estaba aguardando en el umbral, y en verdad que su semblante, risueño de esperanza, formaba notable contraste con el mal humorado ceño que traía el adalid.

—¿Nada? le preguntó Lina desde tan lejos como le vió.

—Nada, contestó bajando la cabeza el adalid. Por fuerza debe de andar el diablo metido en ello.

Esta desconsoladora respuesta no hizo perder al rostro de Lina ni un solo rasgo de su plácido aspecto. Antes bien, cogiendo al almogávar de la

Digitized by Google

mano, le llevó con cierto aire de misterio hasta una estancia y allí le dijo:

—Hay esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—De hallar á Eteskédrou.

—¿Pues cómo?...

—Escucha. Me has dejado esta mañana, bien lo sabes, entregada al martirio más insufrible y á la más cruel amargura. Eteskédrou había desaparecido y con ella mi amiga única, mi única y fiel hermana. Apoyada en una ventana he permanecido horas enteras mientras que el llanto regaba sin tregua mis mejillas. De pronto, á través de las lágrimas que velaban mis hinchados ojos, he visto cruzar á un hombre con paso rápido por el puente levadizo entrando en el castillo. Me he estremecido, porque aquel hombre era Kiesck, era mi esposo que acaso venía á pedirme cuenta de Eteskédrou como del depósito sagrado en que tiene fijos sus ojos para el porvenir toda la raza morlaca. Me engañaba no obstante. Ha penetrado sin decir palabra en esta estancia y se ha dirigido en línea recta al ángulo que ves allí. Colgada estaba en él la guzla de Eteskédrou, la misma guzla que Jeorge, después de escribir en ella el nombre de Roger, mandó un día colgar de las ramas del cedro. Yo le miraba hacer sorprendida. Ha desprendido la guzla y en seguida, dirigiéndose á mí y besándome en la frente:—Adiós, Lina, me ha dicho. —¿Partes otra vez?—Parto.—¿Y á dónde vas?... Entonces él, sin contestar á mi pregunta,—Todo lo sé, me ha dicho.—Sabes que Eteskédrou...—Ha sido robada por Jeorge, sí.—¿Y sabes también que aquí están Berenguer el gran caudillo y mi hermano el adalid?—No, esto no lo sabía. ¡Hazles los honores de la hospitalidad, y adiós, adiós, Lina!. Y se ha ido llevándose la guzla sin dirigirme más palabra, y sin que yo me atreviera á preguntarle

Digitized by Google

—¡Es extraño! dijo *Garza real.*

En aquel momento sonó en el patio desusado rumor de pisadas y choque de armas. Lina se asomó precipitadamente y exclamó:

—¡Son almogávares!

—Sí, repitió *Garza real,* es mi compañía á la que, de paso, he dado orden para que se viniera aquí á hacer noche.

Y el adalid, dicho esto, bajóse al patio á dar las órdenes convenientes. Concluido todo, después de haber procurado alojamiento á su gente, volvió á subir á la estancia y sentóse con Lina junto á la ventana para hablar de las esperanzas por ésta concebidas. En el ínterin había caído del todo la noche.

Las nubes que todo el día habían andado vagando por el horizonte, se amontonaron en pavorosos grupos y en sombríos ejércitos tan pronto como desapareció la luz del sol. El viento gemía melancólicamente por entre las altas acacias y floridos álamos que orillaban el camino que al castillo conducía, silbando de una manera lúgubre al penetrar en los anchos y largos corredores del antiguo edificio. La noche amenazaba tempestad y una tempestad terrible.

Rato hacía que permanecían los dos hermanos hablando en voz baja, entregados á sus esperanzas, si bien Lina con alguna zozobra por la ausencia de su esposo, cuando lentamente se abrieron las hojas de la puerta, y lentamente también vieron entrar á Berenguer de Entenza. Estaba pálido, más bien del dolor y angustia que de la fatiga; su mirada no brillaba con aquel rayo varonil y salvaje que le hacía el terror de sus enemigos; su frente se inclinaba soñadora; su rostro había perlo todos sus rasgos brillantes para no guardarse s que el de la tristeza.

Berenguer vió al adalid, pero como si conociera en su actitud ó adivinase por instinto que tam-

Digitized by Google

poco habían tenido éxito sus pesquisas, se dirigió, sin decirle nada, hacia el hogar que ardía en el fondo de la sala. Sentóse allí en un escabel, dejó caer al suelo la azcona con un ruido sordo, y acercóse al fuego para secar sus vestidos. En efecto, hacía ya más de un cuarto de hora que caía la lluvia en abundancia.

Garza real se adelantó.

—¿Señor? balbuceó.

—Nada, adalid, nada. No me digas nada. Demasiado lo comprendo todo. Tus pesquisas han sido inútiles como las mías, como las de todos lo serían, porque Eteskédrou, amigo mío, Eteskédrou no pertenece ya á este mundo.

Lina y *Garza real* se quedaron atónitos mirando á Berenguer.

—¡Oh! sí, murmuró Entenza, debe haber perecido en la inundación de la caverna. Y Jeorge también, también, sin que haya expirado á mi vista, sin que haya podido gozarme en sus tormentos, estudiar la agonía en su rostro de asesino y en sus ojos de hiena.

La idea de que podía haber dejado de existir Eteskédrou en la inundación de la cueva, heló la sangre á Lina, que no había pensado en ello. Su corazón se sobrecogió, y por un momento temió haber interpretado demasiado favorablemente la acción y palabras de su esposo. Así es que no se atrevió de pronto á hacer renacer la esperanza en el alma de Entenza, temiendo que, más tarde, un retroceso á la verdad sería terrible y produciría en aquella tierna organización de amante funestas consecuencias.

El adalid, á su vez, admiróse de aquel fondo de melancolía que notaba en Berenguer, de la profundidad inmensa de aquel dolor que se traslucía en el semblante y en la actitud de su jefe, y, como su hermana, permaneció mudo y pensativo.

Digitized by Google

El viento, sumergiéndose por la ventana, azotaba la llama del hogar con agudos silbidos; lenguas de fuego corrían á lo largo de los consumidos tizones como grupos de juguetonas salamandras. Berenguer, la vista fija en el hogar, seguía entregado á serias reflexiones que no se atrevían los demás á interrumpir. La tempestad, por otra parte, bramaba con intensa furia en el exterior. Era una noche horrible.

—Eteskédrou ha muerto, balbuceó de pronto Berenguer dando con el puño un golpe terrible en la baranda del hogar, ¡Eteskédrou ha muerto y ni aun me queda el placer de la venganza!

En aquel momento y, como evocada por esta palabra, una cabeza seguida de la mitad de un cuerpo brotó del suelo junto al hogar, á cuatro pasos de distancia de Berenguer.

—¿Quién habla aquí de venganza?—murmuró al mismo tiempo de esta aparición una voz oscura y siniestra.

Lina dió un chillido y se hizo atrás asustada, refugiándose tras del adalid, que se estremeció al ver que de nuevo comenzaba á tener que lidiar con fantasmas.

Sólo Entenza no se meneó, firme como una roca en su sitio; antes bien, alargó la cabeza y trató de investigar la especie de aparición que en la oscuridad de un ángulo se acababa de ofrecer á su vista. No tardó en convencerse de que no había allí que habérselas con ningún espectro vomitado por la tierra, como les parecía á sus dos compañeros, sino con un hombre envuelto en una piel de oso y que, dormido pacíficamente sin duda sobre ella, se había despertado de repente al puñetazo aplicado por el caudillo catalán contra la inofensiva baranda de hierro. Cuando sus ojos se acostumbraron á la oscuridad que por estar más allá del hogar, rodeaba á aquel hombre recostado en

Digitized by Google

el suelo, hizo más que convencerse de lo que sospechaba, porque le conoció.

Así es que tendiéndole la mano en señal de familiar saludo,

—¡Kiesck! dijo.

—¡Kiesck! repitieron en el colmo de la admiración Lina y el adalid.

Era en efecto el morlaco Kiesck, que había entrado en la estancia mucho antes que el adalid, y que se había ido á tender, sin decir una palabra y sin ser observado, en el ángulo oscuro que formaba la sala á pocos pasos del hogar.

Lina se puso pálida y se arrojó hacia él, así que su nombre la hubo vuelto en sí de su primera sorpresa.

—¿Y Eteskédrou? le dijo.

—Eteskédrou ha muerto,—dijo el caudillo catalán con voz impregnada de tristeza.

—Eteskédrou vive, exclamó entonces Kiesck. Vive; yo la he visto.

—¡Tú! dijo Berenguer poniéndose en pie de un salto.

—Yo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Dónde está?

—Yo lo sé.

—Guíame á su morada.

—No es hora aún.

—Kiesck, amigo Kiesck, te lo pido por tu vida, ¡guíame á su morada! ¡Guíame y demándame cuanto te plazca!

—No es hora aún, repitió el morlaco con una sangre fría que contrastaba admirablemente con la alteración y los ojos inflamados de Berenguer. Dejad que sean más negras las sombras y menos fuerte la tempestad.

La mirada de Entenza brillaba como la llama del hogar.

Digitized by Google

—Y dime, añadió, dime: ¿Y Jeorge?

Y el caudillo almogávar dijo este nombre con todo el fondo de hiel recogido en su alma, lo dijo silabeando, como si le costara pronunciarlo, como si cada sílaba le quemara los labios cual si fuese un ascua.

—Jeorge está también allí, contestó Kiesck poniendo no menos vengativo ardor en contestar que Entenza lo había puesto en preguntar.

—¡Allí! ¿dónde?

—En la morada donde está Eteskédrou.

—¡Oh! me tarda ya, vamos, vamos pues. ¡Gracias, Kiesck, gracias! me das la vida. Yo tenía un peso horrible en el corazón, me sentía morir. ¡Ay! sí, yo hubiera muerto de dolor y de cólera como un hierro inútil y gastado que se quiebra, si no hubiera podido ver una vez siquiera á Eteskédrou, la mujer de mis ilusiones, y hallarme cara á cara, puñal en mano, con Jeorge, el asesino de Roger! ¡Me das la vida, Kiesck! ¡gracias! ¡gracias! ¿Partimos ya?

—¡Todavía no!

—¡Oh! ¡me mata la tardanza!

—No es hora aún, repitió friamente el inflexible morlaco. Perded ciudado, yo os avisaré.

Y Kiesck volvió á tenderse. Lina se le acercó cariñosamente para arreglarle la piel de oso.

—¡Gracias, Lina! le dijo Kiesck con su voz más dulce. Estoy algo fatigado. Dejadme descansar una hora.

La impaciencia de Berenguer no conocía límites. Revolvíase furioso, daba precipitados paseos por la estancia, se volvía á sentar, se asomaba á la ventana. Toda una hora pasó así. Al cabo de este tiempo, sin que nadie le despertara, exacto como el martillo de un reloj, el morlaco se puso en pie. Berenguer respiró por primera vez después de una hora.

Digitized by Google

—¿Vamos ya? dijo Entenza.

—Vamos.

—¡Yo os acompañaré! exclamó dando un paso *Garza real*.

—No, dijo Kiesck, dejadnos á nosotros solos el honor de la empresa. Si queréis, mañana, cuando brille la primera luz de la aurora, id á buscarnos, pero solo entonces. Lina os guiará al sitio donde os aguardaremos.

E inclinándose al oído de su esposa, Kiesck le dijo algunas palabras en voz baja. Lina hizo una señal de inteligencia.

En seguida Berenguer y Kiesck salieron de la estancia, y poco después se oía el ruido del puente levadizo que se cerraba tras ellos.

XXIII

El canto de Eteskédrou.

Cataluña no estaba entonces tan poblada como ahora, y tenía toda ella un aspecto casi salvaje, rudo como sus mismos habitantes. Durante horas enteras se viajaba bajo oscuras bóvedas de árboles gigantescos que formaban bosques inmensos. En estos bosques no había más camino á veces que un estrecho sendero trazado por la fiera y el cazador que la perseguía. Por lo demás, robusta vegetación alfombraba el fértil suelo, y todo tenía la apariencia de un desierto.

La mayor parte de estas soledades tenían florestas tan recónditas como vírgenes de humana

Digitized by Google

planta. Allí, ni choza, ni castillo, ni aldea; sólo de cuando en cuando algún pequeño lago dormido entre cañaverales rodaba sus aguas verdosas, por sobre las cuales, como un grupo de mustias esperanzas, aleteaban algunos pájaros acuáticos que despedían chillidos agudos y melancólicos como gritos de desesperación y agonía. Estas soledades, estos vastos desiertos donde reinaba en toda su imponente grandeza la tempestad, apenas veían interrumpido el silencio por las pisadas de un caminante. Sólo á veces un cazador atravesaba sus sombrías enramadas, ó algún almogávar se abría camino entre los matorrales, acompañando sus pasos con una trova de amores ó con una cántiga guerrera y patriótica que iba á despertar, como un coro de acentos salvajes, los ecos vírgenes de las frondosas selvas.

Una de estas soledades era la que á media noche, la hora de los espectros y fantasmas, atravesaba Berenguer de Entenza siguiendo al morlaco Kiesck, el cual se paraba á menudo para examinar el terreno y para buscar las ramas de ciertos árboles que él mismo había cortado por la mañana de modo que le pudieran señalar el camino.

Iba el caudillo catalán con el regocijo en el fondo de su alma: la tristeza se había alejado de su rostro como se alejaba en aquel momento de encima sus cabezas la tempestad, cuyos sordos gruñidos se oían ya sólo en lontananza. Estaba próximo el instante de ver á Eteskédrou, próximo el momento de vengar á Roger y de sacrificar al asesino sobre sus irritados manes. ¿Qué más podía anhelar? ¿Cómo pues no había de bullir su alma de secreta alegría? En cuanto á los peligros que podían existir, á los obstáculos en que podía tropezar, ni siquiera como una sombra de inquietud travesaban su mente. Pues qué, ¿podían existir i peligros ni obstáculos para Berenguer?

Digitized by Google

Hacía ya más de dos horas que caminaban por el bosque.

De pronto una idea pasó fugaz por la imaginación de Entenza. No hizo más que pasar, pero le causó daño. Todos los ensueños de su corazón se replegaron, como una sensitiva replega sus hojas al sentir el contacto de una atrevida mano.

De un salto cruzó los cuatro ó cinco pasos que le separaban del morlaco.

—Kiesck, le dijo, ¿ya estás seguro?

—¿De qué?

—¿De Eteskédrou? ¿de Jeorge?

—No os entiendo.

—Quiero decir que pueden haberte escapado.

—¡Oh! ¡no! Eteskédrou me aguarda.

—¡Ah! ¡te aguarda! ¿Sabe pues tu llegada?

—La sabe.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La guzla.

—¿Qué guzla?

—La que yo le he dado esta mañana.

—¿Tú la has visto?

—Sí.

—¿Y le has hablado?

—No, pero la he escrito con mi puñal algunas palabras en la guzla.

—Bien, pero ¿y Jeorge?

—Jeorge dormirá.

—¿Olvidas que las hienas no duermen nunca?

—Jeorge dormirá sin embargo, dijo con tono misterioso Kiesck. Confiad en mí. Vos habéis dado la libertad á mi pueblo, yo os daré el asesino de Roger de Flor.

—¡Oh! y en cambio puedes pedirme cuanto apetezcas, mi hacienda, mi sangre...

—Sólo una cosa os pediré.

—Dila.

—Que labréis la felicidad de Eteskédrou.

Digitized by Google

—Corazón fiel, ¡oh! ¡corazón fiel es el tuyo, Kiesck!

—Silencio.

—¿Qué?

—Hemos llegado.

—¡Llegado!

Y Berenguer hizo un movimiento para abalanzarse hacia delante estrechando en su mano la azcona.

—Deteneos, dijo Kiesck cogiéndole por el brazo.

—¿Por qué?

—Debemos esperar la señal.

—¿Qué señal?

—El canto de Eteskédrou.

—¡Ah!

—Silencio sobre todo y seguidme.

Entonces los dos avanzaron silenciosos y mudos como dos espectros hasta llegar á un grupo de espesos árboles, detrás de los cuales Kiesck se paró como en acecho. El de Entenza empezó entonces á examinar el sitio en que se hallaban, sirviéndole para ello la luna que asomaba en el horizonte y cuya luz apagaban sólo de vez en cuando las últimas nubes dispersas que iban voladoras en busca de la fugitiva tempestad.

Era aquel un sitio agreste y salvaje; Kiesck y Berenguer se hallaban á mitad de una desnuda colina; detrás de ella se extendía el bosque como una cabellera desplegada; ante sus ojos, corona de la colina, se alzaba una torre solitaria de morisca construcción, rodeada por un muro de almenas. En una de las ventanas de la torre brillaba una luz más ó menos viva á cada momento y oscilante y trémula como si proviniese de un hogar.

El corazón del caudillo catalán palpitó con fuerza. Aquella luz alumbraba á Eteskédrou. Sintió un violento impulso de arrojarse hacia la torre, y caso lo hubiera hecho si, preveyendo su inten-

Digitized by Google

ción, Kiesck no se hubiese adelantado colgándose de su brazo con sus manos enlazadas como con un anillo de hierro.

—¡Oh! ¿por qué no vamos? dijo en voz baja pero firmemente acentuada Entenza.

—Porque no es tiempo aún.

—Kiesck, me mata la impaciencia. Yo no aguardo; no he aguardado nunca.

—Noble caballero...

—Me ruegas en vano.

—¡Os lo pido por la salvación de Eteskédrou! ¿Queréis que me arrepienta de haberos dado parte en la empresa?

—Kiesck, Kiesck, yo estoy loco. Quiero verla. ¡Siento que no puedo aguardar!

—¡La señal! murmuró Kiesck.

En efecto, unos sonidos suaves, acordes y dulces como las memorias de una felicidad pasada rasgaron el aire, y fueron á poblar el vacío y el silencio de aquel yermo. En seguida una voz melancólica y argentina se unió á los lamentos de la guzla vibrando como un timbre de plata en el espacio y rasgando el aire como un surco de armonía.

Era el canto de Eteskédrou.

Berenguer había dejado casi de respirar.

Arrobado se quedara Berenguer al oír el canto nocturno que no comprendía por ser pronunciado en el idioma morlaco. Sin embargo, la voz dulce y simpática de Eteskédrou bastó para hacer latir de júbilo y de impaciencia su corazón.

Entonces Kiesch empezó á andar en dirección á la torre, con el cuerpo encorvado, paso á paso, como una raposa y haciendo una seña á Entenza para que le siguiese.

No tardaron en llegar al pie del muro. Todav resonaba el canto de Eteskédrou, todavía su acentos impregnados de suave ternura flotaban p

Digitized by Google

el aire acompañados de las notas melancólicas de la guzla. Berenguer seguía andando, pero escuchaba cada vez con más arrobamiento.

Kiesck se paró á pocos pasos de distancia de la puerta y, sacando su daga, empezó á cortar ramas de los árboles inmediatos que iba á depositar luego junto á la puerta. Cuando hubo reunido un montón, cogió dos pedazos de box y empezó á frotar uno contra otro hasta que se encendieron. Entonces los arrojó sobre el montón de ramas que bien pronto no fueron más que una hoguera.

La acción del fuego no halló resistencia por parte de la puerta, que empezó á arder abriendo bien pronto un ancho boquete por el cual se precipitó de un salto Berenguer. El morlaco le siguió. El canto de Eteskédrou había cesado largo rato hacía.

Un grito comprimido de alegría y de expansión sonó á oídos de Entenza cuando puso el pie en el patio de la torre. El caudillo se volvió, y á pocos pasos, apareciéndole como la estatua de la felicidad, vió á la joven griega que le miraba.

—¡Aquí estoy, aquí estoy, Eteskédrou! murmuró Berenguer, y se precipitó hacia ella, mientras Kiesck caía de rodillas á sus pies.

—¡Oh! ¡mi Berenguer!

Esto es todo lo que pudo decir la doncella, la cual miró dulcemente á Entenza y dejó caer su cabeza lánguida sobre el hombro del guerrero, cuyos rubios cabellos se estremecieron como si hubiesen estado dotados de vida, al sentir que rozaban con el peregrino rostro de Eteskédrou.

Hubo un breve rato de silencio, pero silencio expresivo. Aquellos tres corazones leales se comprendían sin hablar.

La joven levantó su cabeza, y alargando una mano á Kiesck que estaba á sus pies,

—Gracias mi fiel morlaco, le dijo, gracias, mi

Digitized by Google

leal servidor. Tú eres adicto á Eteskédrou como la luz al día. ¡Gracias!... Berenguer, noble Berenguer, añadió en seguida, dáselas tú también, porque sin él, jamás acaso volvías á oír la voz de tu amada. Oye sino. Ayer, cuando Jeorge me arrastraba consigo, cuando atravesábamos por entre el bosque de sombrías y misteriosas bóvedas, cuando yo me había resignado á esperar un socorro divino, falta ya de todos los auxilios humanos, parecióme ver moverse una sombra entre los árboles. Iba á gritar para que acudiera en mi ayuda, si era esta sombra la de un viajero, pero de pronto el canto del cuclillo, un canto raro y extraño sonó en mis oídos. Mi alma se estremeció de dicha. El canto del cuclillo era un canto particular á Kiesck, mi fiel morlaco, al cual había oído valerse de él para hacerse señas con sus compañeros en Grecia y cuando amagaba algún peligro. Ya todo lo esperé entonces. En efecto, Kiesck nos vió sin duda entrar en esta torre abandonada, porque esta mañana, á hora de que Jeorge había salido para explorar los contornos dejándome encerrada, he visto pasar por encima las almenas y caer á mis pies mi propia guzla, en la cual me daba Kiesck una instrucción escrita en ella con la punta de la daga. Héla cumplido fielmente y mi canto os ha advertido que podíais acercaros sin temor.

—Pero, ¿y Jeorge? preguntó Berenguer, para quien todo aparecía aún confuso.

La joven, por toda contestación, cogió de la mano á Entenza, y haciéndole entrar en la torre y subir á una estancia iluminada por la luz vacilante de una hoguera, le mostró al general de los alanos tendido en el suelo, inmóvil como un tronco.

Berenguer se hizo un paso atrás.

—¡Muerto! gritó.

—¡Dormido sólo! murmuró Eteskédrou.

Entenza comprendía menos aún.

Digitized by Google

—Es que tú no sabes, añadió la joven, en mi guzla hay un secreto y en él han estado siempre guardados un narcótico y un veneno. Kiesck lo sabía y por esto me ha traído mi instrumento. Hé ahí porque he podido mezclar esta noche el narcótico con el agua que ha bebido Jeorge.

—Y ahora, dijo Kiesck que tras de ellos había entrado en la estancia, ahora sólo nos falta libertar al mundo de un monstruo.

Y desenvainando su daga al propio tiempo que una mirada salvaje brotaba de sus ojos, el morlaco se adelantó hacia el dormido Jeorge.

—¿Qué vas á hacer? exclamó Entenza deteniéndole por el brazo.

Kiesck se detuvo admirado.

—Está dormido, prosiguió Berenguer con cierto aire de magnanimidad que iluminó su fisonomía. Despiértale primero.

El morlaco miró al catalán.

—Yo me encargo de él, dijo Entenza. Tú me lo has dado y es mío. La vida de este hombre me pertenece, y nadie tocará uno sólo de sus cabellos mientras haya una gota de sangre en mis venas. ¡Despiértame á ese hombre, Kiesck!

—¡Oh! ¡noble corazón! murmuró Eteskédrou mirando á Berenguer.

El morlaco vacilaba aún.

—¡Despiértale! prosiguió Entenza con imperio. Tú que conoces el narcótico, debes conocer algo para disipar sus efectos. Me estoy muriendo de impaciencia. ¡Despiértale!

Kiesck, sin decir nada, se llegó al hogar, cogió uno de sus tizones, lo apagó y acercándose en seguida al dormido Jeorge, le hizo respirar el humo. Era el único medio que conocía para combatir la influencia del narcótico.

En seguida de haber aspirado el humo, Jeorge se agitó como por un estremecimiento nervioso,

Digitized by Google

levantó una mano que pasó por su frente, y se incorporó para pasear una mirada en torno suyo, como si quisiera recoger todos sus recuerdos.

Un aullido de rabia se escapó de la concavidad de su pecho al hallarse cara á cara con el caudillo de los catalanes.

—¡Traición! gritó.

Y de un salto se puso en pie, buscando en su cinto su espada y daga, pero en vano. Eteskédrou, cuando le tuviera dormido, había arrojado una y otra por la ventana de la torre.

—¡Traición! volvió á decir Jeorge. Me habéis dejado indefenso para asesinarme á mansalva. ¡Cobardes, cobardes!

Y sus ojos buscaron en torno de él un arma, un palo, una cosa cualquiera con que defenderse. Su mirada errante tropezó con la guzla de Eteskédrou que vió arrimada á la pared inmediata á él, y apoderándose y enarbolándola en alto quiso dejarla caer como una maza sobre Berenguer. Este, que no había hecho aún ningún movimiento, se contentó entonces con levantar la azcona y describir con ella un medio círculo de defensa. En el aire se encontró con la guzla que se desprendía, y el débil instrumento voló en mil pedazos que fueron á alfombrar el suelo.

Inmediatamente, con una calma y una sangre fría que tenían algo horrible, el noble catalán se volvió hacia Kiesck y le dijo:

—Kiesck, arroja tu daga á ese hombre.

El morlaco, sin contestar, tiró su daga á los pies de Jeorge, que se bajó para apoderarse de ella con furia salvaje. En cuanto á Berenguer, arrojó su azcona y arrojó también su espada, quedándose sólo con el puñal que desenvainó y blandió en su mano.

Eteskédrou dió un grito al ver los preparativos para aquel combate brazo á brazo y sin misericordia. Hizo un movimiento para arrojarse entre los

Digitized by Google

dos, temiendo por la vida de Berenguer, pero éste la detuvo con una de sus penetrantes miradas de águila, y la pobre joven, sostenida por el fiel Kiesck, fué á ponerse de rodillas en un ángulo, balbuceando sus labios el rezo primero que la inspiró en aquel momento su turbada memoria.

Mientras tanto, ya Jeorge, rugiendo de cólera como una pantera, se había lanzado sobre Berenguer que para evitar la primera puñalada, se había abrazado con él.

Aquello fué entonces una lucha terrible, pero corta, corta afortunadamente para Eteskédrou, que se sentía morir de ansiedad y angustia.

Los dos hombres no hicieron más que uno por breves instantes. Estrechamente abrazados, apretándose uno á otro con sus brazos de hierro, impidiendo los movimientos de la mano que empuñaba la daga, parecía como que trataban de probar sus fuerzas de atleta, mejor que de tener un duelo mortal. Jeorge lanzaba á cada instante gritos de rabia; Berenguer estaba mudo como una estatua. No se oía otro ruido que el de sus respiraciones ahogadas, el de sus huesos que crugían á los pronunciados esfuerzos que entrambos hacían.

Por fin, Jeorge lanzó un grito horrible, oyóse un espantoso rumor como de huesos triturados, y los brazos de Entenza se abrieron. El alano, como una masa inerte, rodó por el suelo. Berenguer le había dado un abrazo mortal con su fuerza de coloso. Ni siquiera había tenido que recurrir á la daga.

—¡Muere! ¡muere maldito y condenado, asesino de Roger! pronunció el caudillo catalán empujando con el pie el cadáver de Jeorge.

En aquel momento, y cuando Eteskédrou, que se había levantado sublime de alegría yacía medio desfallecida de placer en brazos de Entenza, sonó en el patio un extraño rumor de pasos y de armas.

Digitized by Google

Como un leòn que siente acercarse los cazadores á su guarida, Berenguer alzó su cabeza agitando su rubia cabellera.

Una multitud de hombres armados que seguía á una mujer se precipitó en la estancia. Eran Lina, el adalid y su compañía de almogávares. *Garza real* no había podido, en medio de su impaciencia, esperar á la hora fijada por Kiesck, Lina tampoco, y todos habían marchado en dirección á la torre, que el morlaco había indicado como punto de reunión á su esposa.

Un verdadero hurra de victoria resonó entre aquellos valientes cuando vieron el cadáver de Jeorge á los pies del megaduque.

Lina se abrazó con Eteskédrou.

El adalid se adelantó hasta el cadáver, le tocó con el pie, le volvió, y al estar convencido ya de su muerte, dijo, como si no le acudieran otras palabras:

—Era un malvado. Dios le perdone.

En cuanto á Berenguer, al verse rodeado de sus almogávares, sintió un movimiento de orgullo, uno de aquellos impulsos de victoria tan frecuentes en su corazón, y cogiendo la azcona y blandiéndola en el aire,

—Amigos míos, gritó, Dios ha dado fuerzas á mi brazo para castigar al asesino de Roger de Flor. La sangre de mi hermano de armas, de vuestro jefe, pedía venganza. Duerma pues en paz en su sepulcro; ¡vengado está ya! Ahora, amigos míos, sólo nos toca acabar la obra por él tan heroicamente empezada. El Oriente nos llama, el Oriente nos aguarda. Allí iremos nosotros, compañeros y hermanos, allí iremos nosotros, y haremos ondear nuesto pendón, nuestro triunfante pendón las barras en las torres más altivas de sus más a tivas ciudades. ¡Compañeros, viva Cataluña! V mos á combatir en nombre de nuestra patria, vam

Digitized by Google

á alcanzarle lauros, vamos á conquistar el Oriente y á dárselo por alfombra donde pueda sacudir el polvo de sus plantas. Mañana partiremos á Oriente, á Oriente, hermanos míos!

—¡A Oriente! ¡A Oriente! gritaron todos en medio del más vivo entusiasmo.

Largo rato resonó la torre con las aclamaciones de victoria y los gritos de guerra de los valientes almogávares.

En efecto, al día siguiente ó á los dos días partían del puerto de Barcelona las galeras henchidas de almogávares, en dirección á Grecia. Allí iba Berenguer acompañado de Eteskédrou y guiando á los héroes catalanes destinados por la Providencia para ir á dictar leyes á la misma Atenas.

XXIV

EPÍLOGO

Un sudario con sus trenzas.

Semejante al ave pasajera que vuelve después del invierno á visitar su patria y su nido, Berenguer de Entenza retorna á Grecia, á esa Grecia teatro de sus hazañas, testigo de sus glorias.

Miradle, allí va, va en esa galera que mueven indolentes los remeros, y que azotan despidiendo olongados gemidos las olas del mar de su patria. ¡Miradle, allí va! Se aleja suspirando de las ridas comarcas, abandona las viejas encinas que ijan con su sombra el castillo de sus padres,

Digitized by Google

huye las montañas cuyos ecos fieles han repetido más de una vez el son de su cuerno de caza, las orillas del río que han ofrecido grato solaz á sus juegos infantiles, las galerías de los palacios que temblaban al pisarlas Berenguer cubierto de sus armas.

¡Allí va Berenguer, allí! Más allá de los mares hay un país que sonríe y espera al catalán aventurero, como más allá del Océano hay una comarca de cielo azul y de montañas sin nieve que brinda con su horizonte á la alada golondrina, como más allá de la tumba hay otra tierra inmortal dorada por los rayos de un sol eterno que invita á descansar en sus vergeles al justo y al escogido.

¡Allí va Berenguer, allí! En ese bajel que se pierde en la inmensidad del mar como el águila se pierde en el espacio; en ese bajel que flota sobre la espalda del turbulento Océano y que pasa rozando las crestas amenazadoras de las olas, como la nube negra que lleva en sus entrañas el rayo pasa por el aire chocando con los picos altaneros de los montes.

Y es que, como la nube el rayo, el bajel lleva en su seno trescientos almogávares, es decir, trescientos héroes.

¡Vía fora, Berenguer de Entenza! *¡Vía fora*, el adalid bizarro! vuela á esa tierra seductora de Grecia de la que con torpe engaño te arrancara Odoardo Doria, el mal nacido almirante; torna á esa comarca donde al pie de los cedros duerme su sueño de muerte tu hermano de armas Roger de Flor, el aventurero templario; vuelve á esa Galipoli, tu corte y tu morada, donde los hombres son tus servidores y las mujeres tus esclavas. *¡Vía fora*, Berenguer! reúnete á tus valientes catalanes, tremola el pendón en las llanuras de Andrinópoli: arroja el primero tu salvaje *¡Desperta ferro!* y e el calor de la batalla, al propio tiempo que alier tes á tus almogávares y turcópoles, maneja á dies

Digitized by Google

tro y siniestro tu terrible maza de ármas, y descargándola sin piedad, mata sin misericordia. ¡Salud, salud, guerreros catalanes! *¡Vía fora, vía fora*, Berenguer!...

Cuando los rayos de la luna juguetean sobre la galera de los almogávares como un vuelo de ideas graciosas que se cierne sobre la frente del bardo de las selvas, su luz de ópalo ilumina un peregrino grupo.

Un guerrero de tostado rostro reposa su cabeza en la falda de la hermosa Eteskédrou, la doncella de Salónica cuya mente es como una ligera mariposa que corre de flor en flor, pero cuya alma es adicta al adalid Entenza como el mango al puñal del griego.

La luna brilla en las sartas de sequines, en los anillos de oro y en los racimos de perlas esparcidos por sus trenzas que cuelgan de cada lado de sus hombros, de sus hombros blancos con la nieve de la montaña ó como el cisne inmaculado de los lagos.

Berenguer señala con el dedo á la joven un punto lejano, una faja blanca que parece rodear el horizonte.

—Hé ahí tu patria, Eteskédrou, le dice. Allí están los jardines, allí el cedro de familia á cuya sombra juraste amar un día y eternamente al caudillo catalán.

Los ojos de Eteskédrou chispearon de alegría al ver la faja blanca que le indicaba el dedo de Berenguer. Era la niebla que tenía envuelta á su is.

—Eteskédrou, estoy triste. ¿Por qué estoy tris- No lo sé. Soy poderoso como nadie. Dejo mi ria por volar á una tierra en que me aguarda

Digitized by Google

un ejército de valientes; he conquistado pueblos y ciudades; tengo llanuras mías; puedo embozarme si quiero con el manto de un César: puedo sentarme en el trono de Constantinopla; al igual del dios antiguo, me basta con abrir la mano para dejar caer la paz ó la guerra sobre un pueblo. ¿Por qué pues estoy triste, Eteskédrou?

—Eteskédrou te lo dirá. Tú tienes un presentimiento.

—¡Oh! sí, que me prensa el corazón.

—Eteskédrou te dirá si es fundado, dijo la joven con voz dulce.

Y cogiendo una rosa que asomaba en su seno, añadió:

—Voy á deshojar esta flor, voy á arrojar estas hojas al mar. Si el viento se lleva las hojas, te aguarda la felicidad; si las hojas caen en el agua, te espera la desgracia; si, por el contrario, el aire nos devuelve las hojas, teme la muerte.

Y Eteskédrou arrojó un puñado de hojas de rosa por encima la galera. El viento sopló instantáneamente con violencia. Ni una sola cayó al mar, ni una sola se perdió; todas fueron devueltas al bajel cuya cubierta alfombraron.

Eteskédrou dejó caer sus brazos inertes y sus miradas se velaron bajo sus párpados, en una de cuyas pestañas apareció trémula una lágrima como una gota de rocío.

—Eteskédrou, dijo Berenguer, si muero me harás un sudario con tu poblada cabellera.

El bajel llegó á la orilla.

¡Pobre Berenguer! Durante su ausencia, Ro fort, el ambicioso Rocafort se había procura cautivar con mentidos halagos el ánimo de ' tropas.

Digitized by Google

Berenguer de Entenza pensaba hallar corazones leales; sólo halló guerreros fríos.

Muchos sin embargo fueron á agruparse á su lado.

—Tú has sido quien con Roger de Flor nos has guiado á la pelea, le dijeron; tú eres nuestro jefe. Tú has sido quien has compartido con nosotros el botín y los laureles de la victoria, tú eres nuestro caudillo. Tú has sido quien, después de la muerte de Roger, vengaste su homicidio regando de sangre las llanuras y las rocas que nacen á la orilla del mar; tú eres nuestro adalid.

El campo almogávar quedó dividido en dos bandos. El uno tenía por jefe á Berenguer de Entenza; el otro á Berenguer de Rocafort.

A Rocafort le devoraban la envidia y los celos del mando. A éstos vinieron á unírsele otros.

Un día, pasando por delante de la tienda de Berenguer, dijo:

—¡Eteskédrou es muy hermosa!

Y dió algunos pasos volviendo el rostro y diciendo:

—Sí, ¡Eteskédrou es muy hermosa!

Y se alejó murmurando:

—¡Oh, sí, Eteskédrou es muy hermosa!

¡Oh noche de Navidad! ¡triste noche! ¡oh noche de luto y sangre! ¿Es posible que mientras las campanas de todo el pueblo cristiano saludaban el nacimiento del Señor, los ecos de Charadjilarkir debían repetir los ayes y gemidos del moribundo caudillo?

¡Oh Berenguer! ¿por qué atravesaste el mar salado?

¡Oh Eteskédrou! ¿por qué le dejaste partir de tus brazos?

Digitized by Google

Berenguer, valiente Berenguer de Entenza, los bardos que tantas veces te han cantado, conocen sólo el sitio donde está tu tumba y envían con sus cántigas el saludo de bienandanza á tu memoria.

Berenguer atraviesa las ondas azules en brazos de la esperanza y de su Eteskédrou, que es más hermosa que un puñado de estrellas. Berenguer llega á Grecia. ¡Dios te guarde, Berenguer! Tú caerás en la llanura de Charadjilarkir.

Es de noche, la luna brilla... su color es de sangre. Los almogávares se adelantan hacia Crestópolis y han llegado ya á la embocadura del río Karassú. Allí sientan sus tiendas. Berenguer está fatigado, se despoja de su armadura y se tiende á los pies de Eteskédrou.

¡Oh noche de Navidad! ¡oh noche triste!

Los almogávares del campo de Rocafort han trabado una lucha con los del campo de Entenza.

—Despierta, Berenguer, le grita Eteskédrou; ¡despierta, amado mío! Se oye un confuso rumor de armas. Despierta, Berenguer, y vuela al sitio de donde parte el ruido del combate.

De Entenza se pone en pie como una encina. Salta sobre su caballo sin detenerse á vestir su armadura ni á ponerse su casco. De su cinto sólo cuelga una espada, su mano sólo empuña una azcona arrojadiza. El viento de la noche agita sus cabellos rubios.

Berenguer y Gilberto de Rocafort, los dos hermanos, y Dalmao de San Martín, su tío, cruzan con sus caballos encubertados por entre las filas de los suyos.

—¡Adelante, adelante! grita el primero de los Rocafort, ¡herid, matad, exterminad!

En este momento llega Berenguer de Entenza.

—¡Baldón sobre el que acaba de pronunciar entre hijos de una misma tierra tan sacrílegas palabras! grita el noble y generoso caudillo.

Digitized by Google

Los dos hermanos Rocafort y Dalmao de San Martín, cubiertos de todas armas, se arrojan sobre Berenguer. De la misma manera se arrojan tres cuervos sobre una presa.

Gilberto le atraviesa con su lanza, diciendo:—¡Por mí!

Dalmao le da una puñalada exclamando:—¡Por nosotros!

Berenguer le remata arrojándole su azcona y murmurando:—¡Por Eteskédrou!

Torrentes de sangre se escapan de las heridas abiertas en el noble corazón del de Entenza. Un grito supremo de agonía, un grito supremo que se asemeja á un nombre, atraviesa los aires y llega á la tienda donde está Eteskédrou.

¡Oh noche de Navidad! ¡oh noche triste!

El gemido del amado lo lleva el viento en sus alas hasta los oídos de la amada.

Eteskédrou se precipita, llega al sitio donde ha caído Berenguer y abraza el cadáver. En un momento suelta sus trenzas. Los sequines, las perlas, los anillos de oro ruedan por el suelo. Un mar de cabellos cubre los hombros de la joven.

—¡Eteskédrou te prometió hacerte un sudario con sus cabellos, oh amado mío!

Dice y su cabellera es tan larga que casi oculta con ella el cuerpo de Berenguer. Eteskédrou está tendida sobre el cadáver.

La lucha continúa más encarnizada. Los combatientes se acercan. Ya se baten á dos pasos de los dos amantes. Bien pronto se baten sobre ellos mismos. Eteskédrou es pisoteada por los caballos, pero no suelta el cadáver de su amado. Así muere.

¡Oh noche triste! Oh Berenguer, ¿por qué atravesaste las ondas azules? *¡Vía fora, vía fora,* Berenguer, noble caudillo! ¡Dios te guarde, Berenguer!

Digitized by Google

Has caído en la llanura de Charadjilarkir. Sólo el viento de la noche y el canto de los bardos saben dónde han de dirigirse para saludar los cadáveres de los dos amantes y sembrar de flores y de lágrimas la piedra que les cubre.

FIN DE LA GUZLA DEL CEDRO.

Digitized by Google

EL

DONCEL DE LA REINA

Digitized by Google

Digitized by Google

Cuatro ediciones anteriores á la presente, cuenta esta novela.

Se publicó por primera vez en las páginas del *Diario de Barcelona,* formando parte de una colección de leyendas y novelitas que publicó el autor con el título de *Lluvia de mayo*, el año 1852.

La reprodujo el editor Manero en los *Cuentos de mi tierra,* año 1864.

Se publicó en el folletín del periódico de Madrid *La Mañana,* año 1880.

En el mismo año vió de nuevo la luz en un tomito impreso por los Sres. Cao y Val, Madrid.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL DONCEL DE LA REINA

I

Quién es él, y quién es ella.

En 1360, Barcelona, replegada en un círculo reducido, como un caracol en su concha, no tenía aún todas esas hermosas calles que se alzan á la otra parte de la Rambla por el lado de Monjuich. En el sitio que hoy ocupan, se extendían inmensos y largos campos que cedían á la brisa del Mediterráneo su cabellera de verdura. Una simple tapia provisional se deslizaba por la Rambla indicando el sitio donde iba á levantarse la muralla, y las obras del arsenal de la Atarazana, que iba á ser reedificado con mayores proporciones, seguían con actividad y afán, gracias al celo y patriotismo de los dignos concelleres que estaban entonces al frente de la ilustre ciudad.

En la Rambla, y poco más ó menos en el sitio que media entre la embocadura de la calle de la Boquería y la de Fernando, se alzaba entonces un portalejo que llevaba por nombre puerta de San Pablo, y allí comenzaba un largo camino orillado de árboles que prestaban fresca sombra al vian-

Digitized by Google

dante y que conducía directamente hasta el mismo monasterio de San Pablo del Campo, monumento glorioso, pues que está enlazado con los primeros tiempos de nuestra historia, y que entonces tenía más que ahora aún, ese aspecto triste, sombrío y severo, mezcla de fortaleza y de templo, que distingue á los edificios elevados á la religión por el arte bizantino.

Frente al solitario monasterio, y precisamente en el lugar que hoy ocupa una de esas vastas fábricas, que son los palacios de la industria con los cuales han sido reemplazados por el siglo los palacios de la aristocracia, existía un mesón, albergue ó taberna, como quiera llamársele, donde, con especial permiso de los honorables concelleres, se hospedaba á todo pasajero; mesón al que nunca faltaba asidua concurrencia, gracias, mejor que á los buenos vinos de la casa, á los bellos ojos de la linda y recatada hija del posadero. Los aventureros capitanes, los intrépidos marinos, los extranjeros y forasteros á quienes sus intereses ó sus negócios traían á Barcelona, reuníanse por lo común en el mesón de que acabamos de hablar, y aquel era también ordinariamente el punto de cita de los jóvenes caballeros catalanes que procuraban distraer el ocio de la paz con sus galantes aventuras y sus partidas de caza.

La hija del posadero, que contribuía por su parte no poco y con sólo el imán de su bello rostro al auge y celebridad de que gozaba la casa, era una hermosura completa, joven de quince abriles; la belleza corría en ella parejas con la virtud, sus gracias juveniles brillaban con el sello de la candidez y de la inocencia, y las miradas que se desprendían de sus seductores ojos negros, y las sonrisas que caían de sus lábios, eran todas puras y castas como el pensamiento que en ella los motivaba. Se llamaba Esperanza, es decir, el nombre

Digitized by Google

de lo que muchos de sus galanes habían perdido al declararse á ella.

Entre la turba de sus adoradores que cada noche, al salir de las vísperas de la vecina iglesia, se establecía en el cuarto bajo del mesón para pasar algunas sabrosas horas de holganza, había un joven de noble aspecto, pero de modesto porte, á quien nadie conocía y cuyo nombre nadie había podido averiguar. Todo en él, sin embargo, revelaba al hijo de ilustre cuna, y al caballero. Vestía un jubón de terciopelo abotonado por delante y con airosas y flotantes mangas, según era entonces la costumbre; ceñía su talle un cinturón de simple cuero, y una espada colgaba á su lado; su fisonomía era dulce, y en ella se pintaban la resignación, la melancolía y la timidez, cosa que contrastaba notablemente con sus ojos, en los cuales brillaba la chispa de ese fuego secreto, siempre vivo y constante, que Dios ha puesto en los ojos de los hombres, á quienes el lujo de su corazón aparta de las vulgares filas. El joven personaje de que hablo era no más que un niño; diecinueve años podía tener todo lo más, y en él se adivinaba ya al hombre. Pero lo que en él se adivinaba sobre todo, era una naturaleza rica y pródiga en excelentes cualidades, un carácter susceptible é impresionable, pronto á obedecer el impulso del corazón, á doblegarse bajo la ley de las circunstancias, á llegar hasta el sublime del amor, con la misma indiferencia que hasta el heroísmo del martirio, á apurar la copa de miel de la dicha, lo mismo que la copa de hiel de la amargura.

Esperanza había distinguido al joven entre todos sus galanes, y para él era para quien tenía las miradas más expresivas y las sonrisas más hechiceras. Empero jamás habían trocado los dos jóvenes una sola palabra de amor; ella habíase siempre mantenido reservada ante la reserva de él.

Digitized by Google

Una noche de julio de 1360, el cuarto bajo del mesón estaba lleno de gente. La concurrencia tenía aquella noche cierto aspecto aristocrático, pues que habían acudido allí muchos caballeros de la corte del señor rey D. Pedro IV (1) con objeto de festejar á los embajadores del rey de Chipre y Jerusalén que llegaron á Barcelona á pedir para el hijo primogénito de su rey, la mano de doña Leonor, sobrina de D. Pedro.

Todos estos señores estaban agrupados en círculo junto á una mesa, moviendo no poca algazara y bulla, y entretenidos en contar sus aventuras de amores ó sus lances de guerra.

El mesonero, radiante de orgullo é insufrible de buen humor al ver tan honrada su casa aquel día, se paseaba ufano y con las manos á la espalda por la sala, sin perder, no obstante, de vista á su Esperanza, que solícita servía á los caballeros, pero que se separaba de la mesa así que había dejado los vasos ó botellas que le pedían, pues demasiado sabía que los señores de la corte no se andaban en escrúpulos para requebrar á las muchachas lindas.

Allí estaba también aquella noche el joven desconocido del jubón de terciopelo, sentado á una mesa, solo como de costumbre, y con un jarro ante él, jarro que las más de las veces dejaba lleno, pero que pagaba siempre como si lo hubiese apurado, dando á entender, con ello, que no era ciertamente el buen vino lo que le hacía ser tan asiduo concurrente al mesón.

La hora era ya muy adelantada, y los caballeros reían á carcajadas, armando cada vez más alboroto y zambra, sin pensar en la orden que tenían dada los concelleres de Barcelona para que á cierta hora estuvieran cerradas las puertas de los mesones

(1) Llamado el *Ceremonioso* por los aragoneses, y *el punyalet* por los catalanes.

Digitized by Google

sitios de diversión. Los concurrentes se habían ido retirando poco á poco, y ya, excepto los caballeros, nadie quedaba más que el joven del jubón de terciopelo, el cual también pareció á su vez dispuesto á retirarse, pues que se levantó echando una moneda sobre la mesa. En cuanto vió este movimiento, acudió Esperanza, como hacía siempre, con excusa de recoger el dinero, pero con el verdadero intento de cambiar algunas palabras con el joven. Es cosa natural; la coquetería ha sido el fuerte de las mujeres en todas las épocas, y lo mismo eran en esto las jóvenes del siglo XIV que las del nuestro. Los hombres pueden haber variado, la mujer siempre ha sido la misma.

—¿Os vais ya? ¡Tan pronto! dijo al joven Esperanza.

—Hace rato ya que se ha dado la señal de retiro.

—Volveréis mañana, ¿no es verdad?

—Puede...

—¿Por qué estáis á veces tan triste?

—¡Qué sé yo!... ¿Por qué se anubla el cielo, Esperanza?

—No os comprendo.

—Es que tampoco me comprendo yo mismo.

—¿Tenéis penas?

—Si no las tuviera, ¿cómo comprendería la dicha?

En aquel momento llamaron á la joven desde la mesa de los caballeros. La hermosa hizo un gesto de impaciencia; el mancebo arrojó á la mesa una mirada inexplicable, llena por una parte de indiferencia, llena por otra de cólera y envidia.

—Dios os guarde, señor caballero.

—Quede él contigo, Esperanza.

Y el joven, saliéndose de la hospedería, tomó el camino de árboles que conducía á Barcelona. Iba siguiendo su marcha cabizbajo, triste, entregado

Digitized by Google

por completo á sus secretos pensamientos. Llegó así sin advertirlo hasta una plazuela que había en la mitad del camino, donde se alzaba una capilla dedicada á San Antonio. Una lámpara alumbraba la imagen de este santo. El joven, como un viajero fatigado y que cede á su cansancio, se dejó caer en el poyo que había junto á la capilla, y oprimiendo con ambas manos su frente, que ardia, murmuró:

—¡Es preciso que esto acabe, es preciso! Necesito aire para respirar, espacio donde pueda vivir. Quiero ser libre para ir donde bien me parezca, sin tener que escalar unas tapias como un bandido; quiero levantar erguida mi frente, para que en mí respeten al hombre.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras y de encorvar graciosamente su brazo descansándolo sobre el respaldo del poyo para recibir en la palma su abrasada frente, cuando un grito agudo turbó el silencio de la noche, y se oyeron unos pasos precipitados por el sendero que de seguir acababa nuestro joven. Este se incorporó para escuchar mejor, pero otro grito, grito indefinible de ansiedad ó de socorro, vino á herir nuevamente sus oídos. Púsose entonces repentinamente en pie, y de un salto se colocó en mitad del camino.

Casi al mismo tiempo una mujer, cuidadosamente envuelta en un manto, salió de entre las tinieblas, y precipitándose hacia el joven, le dijo con esa voz particular y de timbre conmovedor que sólo se tiene en ciertas supremas circunstancias:

—¡Salvadme!

—¿De qué ó de quién, señora? exclamó el generoso mancebo, poniendo por el pronto mano á la espada.

—Unos hombres me siguen; si me alcanzan s perdida. ¡Caballero, en nombre de vuestra mad si la tenéis, en nombre de la dama de vuestr

Digitized by Google

pensamientos, si un amor se cobija en vuestra alma, salvadme! ¡Oh, sí, salvadme!

Y la tapada, que acababa de pronunciar estas palabras con el acento más vivo y más enérgico que puede encontrar la desesperación, en uno de sus convulsivos arranques, plegó sus manos y se dejó casi caer á los pies del joven.

Este la levantó con una mano, mientras que con la otra tiraba de la espada.

—Señora, proseguid sin miedo vuestro camino; yo os guardo las espaldas, y si los que vienen persisten en seguiros tendrán que pasar antes por encima de mi cuerpo.

La tapada iba á pronunciar algunas palabras para dar acaso las gracias al que se constituía su salvador, pero éste, sin darle tiempo á nada, la empujó suavemente, diciéndola:

—¡Partid, ya están aquí!

Ella entonces, ligera como una sílfide, se deslizó entre las sombras del camino que llegaba hasta la puerta de San Pablo, al mismo tiempo que por el lado opuesto desembocaban varios hombres en la plazuela, débilmente alumbrada por la lámpara que pendía ante la imagen de San Antonio.

Eran los caballeros que hemos dejado moviendo bulla y algazara en el mesón.

Nuestro joven les esperaba espada en mano.

Sin ni siquiera reparar en él, los caballeros iban á pasar adelante; pero el mozo, haciendo un movimiento y describiendo con la espada un semicírculo, exclamó con voz pausada y lenta:

—¡Alto ahí, señores! Hacedme el gusto de deteneros un instante, si no queréis que mi espada rasgue el jubón de seda de alguno de vosotros.

Los caballeros se detuvieron todos en efecto, pero no movidos por la amenaza, sino por la sorpresa.

—¿Quién se opone á nuestro paso? ¿Con qué

Digitized by Google

título? ¿Con qué derecho? exclamó don Pedro de Gualveri, uno de los nobles.

—Con el título y el derecho que todo caballero tiene para ofrecer su brazo á quien le pide amparo.

—¿Y quién nos asegura que es caballero quien nos habla?

—Caballero, y yo lo fío.

—No basta. Aquí tenéis á los nobles Leoncio de Rocas y Martín de Hiero, embajadores del rey de Chipre. Aquí tenéis á Ramón de Boxadós, á Guillén de Zaforteza, á Juan de Mataplana, á Guillén de Moncada, y á mi, Pedro de Gualveri. Tales son nuestros nombres; sepamos el vuestro.

—¡El mío! ¿mi nombre?... No puedo decirlo.

—Pues entonces, haceos á un lado, villano, y abridnos paso.

—¿Villano habéis dicho, el de Gualveri?

—Villano he dicho, que tal es el desconocido que sin decir su nombre ni demostrar su alcurnia de caballero, se atreve á impedir, espada en mano, el paso de unos nobles. ¡Ea, pues, á un lado, y dejad el paso franco!

El de Gualveri trató de seguir su camino, pero de nuevo le detuvo la punta de la espada del joven,

—No pasaréis sin batiros conmigo. Me habéis insultado.

—Yo sólo me bato con caballeros.

—Caballero soy.

—Decid vuestro nombre, entonces.

El joven, que sentía bullir la sangre de sus venas, estaba lívido de cólera.

—¡Mi nombre! ¡Mi nombre! ¿Para qué lo necesitáis?... Yo no tengo nombre.

—Pues entonces, peor que peor. ¡A un lado, bastardo!

Acababa apenas de lanzar el de Gualveri esta insultante palabra, cuando su adversario le dió de plano y con su espada, un golpe en el rostro.

Digitized by Google

—¡Rayo de Dios! gritó el de Gualveri desnudando su acero.

Los caballeros hicieron todos un movimiento para arrojarse hacia el joven. Don Pedro les detuvo.

—Nadie se mueva, exclamó éste. Dejadme á mí, que para vengar mi honra me basto yo, y me sobro.

Cruzáronse las espadas, y el combate no fué largo. A los pocos momentos don Pedro de Gualveri, lanzando un grito de dolor, caía atravesado por el acero del joven. Hubieran podido arrojarse contra el matador, pero nadie pensó en ello siquiera. Al contrario, su persona parecía serles sagrada desde el funesto desenlace del duelo. Aquella época era así: el combate había sido leal y franco. No debe extrañarse lo que de contar acabamos, que escenas como esta eran muy propias de la época, muy frecuentes y muy naturales. Cada noche había en las calles tajos y cuchilladas, y muy á menudo sucedíale á la ronda ciudadana tropezar con un cadáver al revolver de una esquina, pero todos podían asegurar, sin temor de engañarse, que el cadáver no era víctima de un asesinato, sino de un desafío. Los caballeros de aquel siglo se batían por un quítame allá esas pajas, como decimos ahora, y el duelo era cosa tan natural y tan vulgar sobre todo, que se tenía por deshonrado al noble que á la menor insinuación no ponía mano á su espada.

El mancebo, luego que hubo visto caer al de Gualveri, envainó su acero, y con una serenidad que no tenía, dijo:

—Y ahora, señores, que la dama está fuera de vuestro alcance, podéis seguir adelante sin estorbo.

Dichas estas palabras, saludó á los nobles, envolviéndose en su capa, y tomó con calma y paso á paso el camino de Barcelona.

Nadie le siguió. Los testigos de la sangrienta

Digitized by Google

escena que acababa de tener lugar se quedaron junto al cadáver. El joven, cuando estuvo dentro de la ciudad, se dirigió precipitadamente hacia uno de sus ángulos, donde, imponente y sombría se alzaba la colosal masa de un edificio.

Era el convento de San Francisco de Asís, de frailes menores, como lo acostumbraba llamar el vulgo.

El joven dió vuelta al edificio hasta pasar al lado del mar, y allí, ayudándose de pies y manos con una facilidad que revelaba ya en él una costumbre, empezó á escalar la tapia del huerto. Pronto estuvo dentro y avanzó entonces con precaución hacia un punto del edificio, pero al estar inmediato, se detuvo atónito, clavando su vista en una ventana del primer piso donde veía brillar una luz.

—¡Cosa extraña! díjose á sí mismo nuestro joven. Hay luz en la celda.

Permaneció un rato suspenso y asombrado. Un recuerdo fué, sin embargo, á devolverle su tranquilidad.

—¡Ah! ya, se dijo; al salir se me habrá olvidado apagar la lámpara, esto debe ser.

Y sin darse la pena de volver á pensar más en ello, se acercó y empezó á escalar la pared, como había hecho con la tapia, ayudado de una reja que había precisamente debajo la ventana donde brillaba la luz. Fácil le fué alcanzar dicha ventana y saltar dentro del cuarto.

Entonces fué cuando pudo ver que si había luz en su celda no provenía, como creyera, de un olvido. Un hombre, sin más traje que el modesto hábito de fraile franciscano, se levantó de la silla en que estaba sentado junto á una mesa así que el mancebo saltó por la ventana, y se dirigió hacia él mirándole de hito en hito y con rostro revero.

El joven murmuró:

—¡Fray Pedro de Aragón!

Digitized by Google

—¡Sí, yo mismo, fray Pedro de Aragón, desdichado! dijo el fraile.

Al acento severo de aquella voz, de él tan conocida y tan amada, el mozo, aterrado, se dejó caer de rodillas. El fraile, cruzándose de brazos, le dejó por algún tiempo en esta humilde actitud, contemplándole silenciosamente.

II

Fray Pedro de Aragón.

Fray Pedro de Aragón, que es con quien, según acabamos de ver, tropezó nuestro joven héroe al entrar furtivamente en su celda, es uno de esos personajes ilustres que cuando se presentan á reclamar un puesto en la novela, en la leyenda ó en el drama, exigen del autor algo más que un simple recuerdo; exigen un tributo, un homenaje.

Uno y otro vamos á consagrarle antes de proseguir nuestra narración.

Fray Pedro de Aragón había nacido en las gradas de un trono y había sido el mejor caballero de su época. Aquel hombre que hemos encontrado en el fondo de una oscura celda vistiendo el pobre y penitente traje de franciscano, había sido un día por su valor el bravo entre los bravos, por su galantería el héroe de cien amorosas aventuras, por su denuedo el más intrépido justador y la mejor lanza de la caballería.

La historia ofrece pocas vidas como la suya, más sembradas de incidentes y de aventuras, más llenas de rasgos de heroicidad y de nobleza. Pocos hom-

Digitized by Google

bres hay también que hayan llegado tan alto, para luego, por su propia voluntad, descender hasta tan bajo.

La aristocracia le vió en su seno como hijo de los reyes Jaime II *el Justo* y doña Blanca; el ejército le respetó como general de las armadas de Cataluña; el reino le tuvo por procurador general de Aragón y Cataluña; el poder estuvo en sus manos como conde de Ribagorza, de Ampurias y de Prades; la gaya ciencia le contó como poeta elegantísimo entre sus privilegiados adeptos, y la religión le vió militar en sus pacíficas y cristianas filas como teólogo y como fraile.

Tales son las diversas fases que ofreció su vida.

Nacido en Barcelona, la reina entonces del Mediterráneo, se ocupó desde la temprana edad de catorce años en defender á su patria, y la historia no cita empresa militar dentro y fuera del reino, ya contra moros, ya contra los reyes de Mallorca, y de Castilla, á la que Pedro de Aragón no asistiese y en la que no tomase activa parte.

Don Alfonso, su hermano, antes de ser coronado rey, y en vida aun de su padre don Jaime II, fué enviado á la isla de Cerdeña con una poderosa armada, dejando en Zaragoza á su mujer Teresa de Entenza y á sus dos hijos Pedro y Jaime, de los que el primero tenía apenas cinco años. Viejo y achacoso estaba ya el don Jaime, y mientras don Alfonso partía á Cerdeña en busca de aventuras y peligrosas batallas, movióse gran disputa en los reinos sobre si el infante don Pedro de Aragón, hermano de don Alfonso, debía heredar la corona en caso de morir este último en Cerdeña.

El rey don Jaime, que quería mucho á su hijo Pedro, fué de este parecer; y entonces el famoso caballero Jimeno de Cornel hizo que casi todos los ricos homes y caballeros de la corte se declarasen

Digitized by Google

por el infante, en preferencia al niño Pedro, hijo de don Alfonso.

Súpolo á tiempo doña Teresa de Entenza, y vistiéndose de luto se presentó en las habitaciones del infante don Pedro de Aragón.

—¿Qué es esto, señora? dijo éste al ver en aquel traje á su cuñada. ¿Por qué esas enlutadas ropas?... ¡Dios mío!... ¿Sería quizá que mi hermano...

—Vuestro hermano y mi marido, gracias á Dios, pelea sano y salvo contra los enemigos de la patria. No es por él por quien visto luto.

—¿Pues por quién?

—Por mi hijo de cinco años, por mi Pedro.

—¿Ha muerto, señora?

—Tampoco es esto. Vive, pero le han arrojado del trono.

—No entiendo.

—Oídme, dijo doña Teresa con ánimo varonil y con resolución; oídme y respondedme por vuestra fe de caballero. Si don Jaime muere, ¿á quién pertenece el trono?

—A vuestro marido y mi hermano.

—¿Y si éste muriese también?

—Claro está que á vuestro hijo Pedro.

La de Entenza respiró.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! Ya que vos reconocéis su derecho, quitarme puedo mi luto.

—Pero me explicaréis...

—Os lo diré brevemente. Vuestro padre y los ricos homes os han señalado á vos para ocupar el trono en el desgraciado caso de que muera en Cerdeña mi señor esposo.

Don Pedro se sonrió.

—No temáis por el derecho sagrado de vuestro hijo, señora. Don Pedro os lo asegura y os da su palabra de caballero. Si mi hermano muere, el hijo de mi hermano es el que reinar debe, y si me ofrecen la corona, creedlo, la rehusaré.

Digitized by Google

—¿Y si os obligasen á aceptarla?

—No pueden,

—Pero en fin, ¿si os obligasen?

—Entonces, señora, me retiraría á un claustro.

Aquel mismo día, luego de haber despedido y acabado de tranquilizar á doña Teresa, Pedro de Aragón fué en busca de su padre, fué en busca de los ricos homes, y de él y de ellos consiguió que la corona fuese señalada á quien pertenecía de derecho. Sus súplicas con unos, con otros sus instancias y amenazas, alcanzaron que todos cediesen en su empeño, y tuvo el gusto de ver reunirse Cortes en Zaragoza para efectuar la proclamación. El fué el primero en jurar á su sobrino. Acababa de pronunciar las sacras palabras, cuando le dijo un cortesano:

—Este juramento os cuesta una corona.

Don Pedro contestó con una dignidad heroica.

—¿Y qué importa, si asegura la paz en todo el reino?

Tal era don Pedro, tal era el hombre que después de una vida agitada se retiró á la soledad de un claustro, trocando la espada por el cilicio, por el penitente sayal la lujosa cota de malla, y por la austeridad de una celda el esplendor de un palacio.

¿Qué es lo que pudo motivar en él tan súbita como inesperada resolución?...

Se ignora.

Un día, repentinamente, la corte, el reino, todos oyeron con asombro circular la nueva de que el infante ya no pertenecía al mundo. El convento de San Francisco de Asís de Barcelona abrió en 1358 sus puertas al ilustre caballero que fué á llamar á ellas, después de haber dejado sus tres hijos y su hija doña Leonor, bajo la protección y amparo de su sobrino don Pedro IV.

Digitized by Google

Este era el personaje que nuestro joven héroe del anterior capítulo halló en su celda y cuyo solo aspecto le hizo caer de rodillas.

—¿De dónde venís? le preguntó al cabo de unos momentos fray Pedro de Aragón.

—Señor... balbuceó el joven.

—¡Levantaos!

El mozo se levantó.

—¿De dónde venís?

—Señor, si no os hubiese encontrado aquí. hubiera ido ahora mismo á vuestra celda. Quería hablaros esta noche sin falta, quería arrojarme á vuestros pies, quería...

—Yo no os pregunto, interrumpió con severidad el religioso, ni lo que queríais hacer ni dónde hubierais ido. Os pregunto sólo, dónde habéis estado.

El joven, que sufría visiblemente y que estaba en uno de aquellos momentos de lucha y desesperación, exclamó:

—Señor, por lo más caro que tengáis en el mundo os suplico que me prestéis un momento de atención antes de interrogarme. Dejadme hablar y os juro que todo lo sabréis.

El religioso miró al mancebo y leyó la firmeza y la voluntad en su rostro.

—¡Tenaz como todos los suyos! murmuró.

En seguida. sentándose en un holgado sillón que había junto á la mesa y poniendo la luz de modo que proyectase sus rayos sobre el rostro del joven, quedándose él en la parte más sombría, dijo:

—Podéis hablar; ya os escucho.

El mancebo pasóse la mano por su frente como para reunir todos sus recuerdos, y empezó así con voz conmovida:

—Ignoro todavía quién soy; jamás me lo habéis dicho. Será que quizá no me habéis creído digno de ello. He nacido no sé dónde, me he educado á

Digitized by Google

vuestro lado, y desde la edad de doce años he sido paje de vuestra hija doña Leonor de Aragón. Yo no aspiraba á nada más que á continuar siendo su servidor, y no tenía otra ambición que la de pasar mi vida á sus pies; pronto siempre á servirla, á defenderla, á morir por ella si necesario hubiera sido, porque yo, señor, hubiera muerto y moriría ahora mismo contento por ella con sólo la esperanza de que el sacrificio de mi vida sería recompensado con una lágrima caída de sus bellos ojos. Un día me dijisteis: «¡Sígueme!» Os seguí. Pisamos el umbral de este convento, cuyas puertas se cerraron tras de nosotros como las de un sepulcro, me señalasteis para habitación esta celda misma en que nos hallamos y me dijisteis: «Ya todo concluyó para nosotros.»—Vuestras palabras me helaron. Yo comprendo que para vos concluyese todo, ¡pero para mí! ¿Qué es lo que para mí podía concluir si nada aun había empezado? Vuestros deseos eran hacerme un día religioso como os hicisteis vos, pero mi joven corazón se rebeló á esta idea. Mis pasiones bullían en el fondo de mi alma, mis delirios juveniles embargaban mi mente, y me reconocía indigno de Dios. Yo no podía hacerle el sacrificio de una vida que el mundo reclamaba. Me moría aquí, me ahogaba, y este es el motivo porque varias veces he saltado por esta ventana para ir á buscar el aire y el espacio que aquí me faltaba. Hubiera podido desaparecer desde el primer día y no volver á mi cárcel, pero he regresado siempre porque vos estabais aquí, y porque vos, señor, después de vuestra hija, sois la persona á quien más amo y venero. Hoy en particular he vuelto decidido á hablaros, á abriros mi corazón, á suplicaros que me devolvierais la libertad y á preguntaros mi nombre sobre todo, porque hoy, esta misma noche, me lo han preguntado, yo no he sabido decirlo, me han llamado entonces bastardo, y esta palabra

Digitized by Google

esta palabra, señor, le ha costado la vida al hombre que la ha proferido.

Al oír esto fray Pedro de Aragón abandonó de un salto su silla y poniéndose rápidamente en pie,

—¡Habéis muerto á un hombre! dijo.

El joven contó entonces con ingenuidad y franqueza todo lo que en aquella noche le había pasado. El ilustre religioso le escuchó sin pestañear, y cuando hubo el mancebo concluido,

—Bien, le dijo impulsado por un arranque de entusiasmo propio en el hombre que antes que religioso había sido caballero. Habéis defendido á una dama, habéis salvado su honor. ¡Bien! Vuestra mano, joven, vuestra mano! Os habéis portado como un noble y como un caballero.

Y fray Pedro de Aragón estrechó fuertemente la mano del mancebo.

En seguida, púsose á contemplarle silenciosamente y con expresión indefinible de satisfacción y cariño.

—Tenéis razón, dijo al cabo de un momento de esta muda contemplación. Vos no habéis nacido para fraile, y yo he sido un necio en albergar siquiera esta idea por un solo instante. Seguidme.

Y el religioso se puso á andar, siguiéndole nuestro joven. Atravesaron los solitarios corredores del convento, subieron al piso superior y llegaron á la celda de fray Pedro. En nada se distinguía esta celda de las demás: la misma humildad tenía y la misma pobreza que todas. Un crucifijo se destacaba sobre un reclinatorio; al pie de este crucifijo, puesta allí como una ofrenda, había una espada; era el único objeto que recordaba á fray Pedro de Aragón su pasada vida.

Así que estuvieron en esta celda, el religioso dijo al mancebo:

—Joven, mi hija doña Leonor parte mañana para Chipre á compartir el tálamo y el trono de su rey. Tú partirás con ella.

Digitized by Google

Un estremecimiento de placer agitó al joven, y la más radiante expresión de júbilo se pintó en su frente.

El fraile continuó, con un acento impregnado de cierta solemnidad:

—Serás su servidor, su paje, su doncel, su caballero. Velarás por su dignidad y por su honra. Fiel á su causa, si alguien la combate, tú la defenderás, resuelto á todo; adicto á su fama, si alguien la calumnia tú ahogarás la venenosa víbora; centinela de su honor, si alguno se le atreve, tú morirás en su defensa.

—Lo haré así, señor, os lo juro.

—De rodillas, joven, ante la imagen santa del Dios que nos oye y nos contempla.

El mancebo cayó de rodillas ante el crucifijo. El fraile desprendió la espada y la desnudó blandiéndola sobre la cabeza del joven.

—En nombre de Dios, yo, Pedro de Aragón, te hago caballero. Levántate, doncel de doña Leonor reina de Chipre, levántate, Hugo de Entenza, y toma esta espada.

El joven se levantó arrojando un grito de júbilo.

El religioso continuó:

—Esta espada es la que ciñó un día mi padre Jaime, á quien la historia y la posteridad han llamado *el Justo*. Yo te la doy en memoria mía, para que, siendo digno de ella, la hagas á ella digna de tí. Joven, tienes un nombre ilustre; tus antepasados le han hecho brillar radiante entre los primeros del reino, y un nombre ilustre es una carga muy pesada para el que no sabe llevarla. Obra siempre como Dios, como tu conciencia y tu corazón te aconsejen, pero no olvides nunca, nunca, que el honor es la hacienda de todo caballero.

Hugo, con las lágrimas en los ojos, se adelantó hacia fray Pedro de Aragón, que le abrió los brazos. Largo rato estuvieron abrazados, no interrum

Digitized by Google

piendo el silencio de la celda más que los sollozos del joven.

El religioso fué el primero que habló.

—Retírate á tu habitación á descansar un momento. Mañana iremos á palacio y te presentaré á mi hija como el caballero elegido por mí para su guarda y apoyo.

Hugo de Entenza se retiró.

Cuando fray Pedro de Aragón le hubo visto partir, se volvió hacia el crucifijo, y cayendo ante él de rodillas, exclamó:

—Sólo vos me quedáis, Señor: ya estoy solo en el mundo.

III

Un aviso misterioso.

Han pasado cuatro años desde la escena que hemos contado en nuestro último capítulo...

Por nuestros dos primeros capítulos sabemos que el rey de Chipre había pedido para su hijo primogénito la mano de la princesa doña Leonor, hija del famoso caballero Pedro de Aragón, que acababa de abandonar el mundo para vivir solitario en la pobre celda de un convento de franciscanos.

Concluidos los oficios de las embajadas, y ajustadas todas las cosas con la conclusión de los ıtados, partió Leonor de Barcelona con numesa y lucida comitiva, de la cual formaba parte el ncel Hugo de Entenza, nuestro joven héroe, el iguo paje de la misma Leonor, al cual ésta

Digitized by Google

profesaba una especie de cariño maternal. Digno era de él Hugo de Entenza. En su tierna edad revelaba ya todas las virtudes hereditarias de su estirpe. Era osado, valiente, emprendedor, galán, de ánimo resuelto, de corazón franco y de fidelidad á toda prueba. Fray Pedro de Aragón no podía haber elegido mejor caballero para su hija. Los acontecimientos se encargarán de probarnos que no tuvo motivos para quejarse de esta elección.

Llegó Leonor á Chipre, y en su capital Nicosia dió la mano á don Pedro, heredero de la corona de Chipre y Jerusalén.

Hermosa era doña Leonor, hermosa y de una alma que encerraba como un santuario todas las virtudes. Cautivóse por completo el amor del príncipe su marido, y logró con su influencia refrenar los ímpetus furiosos de su valiente espíritu de mozo, haciéndole de genio afable, de honestas costumbres, de generosos pensamientos, amado de su padre, unido con sus hermanos y querido de todos.

Tan satisfecho quedó el rey de Chipre al ver contenidas las travesuras á que antes sin discreción se entregara el príncipe, y de tal modo quedó contento del juicio y prudencia que mostraba, que, hallándose cargado de años y fatigas, pasó voluntariamente á sus sienes, y aun antes de lo que se había prometido en los esponsales de su hijo con doña Leonor, la corona de Chipre y de Jerusalén.

Desde aquel momento un odio á muerte quedó jurado á la reina doña Leonor por don Juan su cuñado.

Era que éste abrigaba esperanzas de ceñir la corona, vistos los desórdenes á que de continuo se entregaba don Pedro, y creyendo que llegaría á hacerse aborrecible á su padre; pero al cambiar el afecto y las virtudes de su esposa tan completamente su carácter, al ver ya efectuada la cerem-

Digitized by Google

nia de la coronación, don Juan juró un odio mortal á la mujer que tan inocentemente había conspirado para desvanecer sus ambiciosos planes. La reina pudo desde entonces contemplar en él un implacable enemigo y temerlo todo de su cólera. No había que esperar piedad, compasión ni misericordia si alguna vez llegaba á caer ella, pobre paloma, en manos de tan vengativo gavilán. La generosidad, el perdón y la clemencia eran cosas ignoradas por don Juan; en su corazón no cabían, y es que en un corazón de traidor jamás se ha impreso un buen pensamiento, como jamás la nieve se ha impreso sobre el fango.

El día que don Pedro ciñó á sus sienes la corona, prestó el solemne y generoso juramento de aplicar todas sus fuerzas y solicitar los auxilios del papa y de los príncipes cristianos para sacar de la Tierra Santa á los turcos y judíos, y restituir al gremio católico y posesión de los fieles aquellos Santos Lugares que por tanto tiempo habían estado en poder de los enemigos de la fé de Cristo. En seguida, el rey armó caballeros á sus dos hermanos, y dió á don Juan el principado de Galilea y á don Jacobo le hizo senescal de Chipre, sin conocer que fué lo mismo que tenerles más favorecidos para hacerles más ingratos.

Durante los primeros años de su reinado, los dos esposos vivieron felices, cifrando toda su dicha en el hijo que Dios acababa de darles y al que llamaron Pedro como su padre. Impelido luego por los consejos de su esposa, empezó el rey á idear grandes empresas; armó cincuenta galeras y doce fustas, con algunas catalanas y otras de Rodas, y se echó de improviso sobre la fuerte ciudad de Sertalía; prosiguió en seguida sus conquistas por las ciudades de Caramania, de Monaguti y de Escandeloro, y asombró al Egipto con la toma de Alejandría donde se hizo fuerte.

Digitized by Google

Aun cuando todos sus capitanes le aconsejaban que no cortase el hilo de sus victorias, sino que siguiese en sus empresas, pareció á don Pedro más conveniente para sus altos designios ir á Aviñón, ganar al rey de Francia, asegurarse de su pariente el rey de Aragón, conocer al de Inglaterra, y proponer después al papa la conquista de Tierra Santa, que era el empeño primero de su valor, de su cristiandad y de su obligación.

Así estaban las cosas y tal era, en resumen, lo que había pasado durante los cuatro años que una transición violenta, bien á mi pesar, me ha hecho robar á mis lectores.

IV

En el que continúa el interrumpido capítulo III.

Sola estaba Leonor en su cámara. Sola no, porque en un ángulo de la habitación había una camita donde reposaba un niño. Era su hijo Pedro. Infantiles imágenes mecían sin duda en sueños al tierno príncipe, pues que una angelical sonrisa, dibujándose en sus labios, iluminaba su rostro todo.

Su madre le miraba dormir como una madre mira dormir á un hijo, contemplándole con ternura, con amor, con embeleso, casi con arrobamiento y con éxtasis. Una madre que contempla á su hijo dormido y le acaricia con su mirada, está en uno de esos momentos de felicidad suprema en que no trocaría su dicha por un trono.

Leonor se había consagrado por entero á su esposo y á su hijo. La ausencia del primero le impo

Digitized by Google

nía entonces deberes que cumplir, puesto que había quedado en Nicosia como reina gobernadora, pero aprovechaba todos los momentos que tenía libres para correr á su cámara y estrechar en sus brazos á su hijo, que era su amor y su vida. Las madres quieren con delirio y frenesí. Es un amor especial, que á ninguno se parece en la tierra, que con nada tiene puntos de contacto, amor puro, sublime, pronto siempre al sacrificio y al heroísmo, amor de madre en fin.

Rato hacía que doña Leonor tenía clavados los ojos en el alegre semblante de su hijo que le sonreía en sueños.

De pronto, la frente de la madre se oscureció como si una idea repentina hubiese robado su dicha; se estremeció, volvió á todas partes sus ojos, y clavándolos en un crucifijo que estaba colgado de la pared bajo un dosel de terciopelo, se dirigió á él para caer de rodillas ante su imagen santa y pedirle en nombre de su tierno hijo su protección y amparo.

Iba doña Leonor á doblar la rodilla sobre el rico almohadón que había al pie del reclinatorio, cuando su mirada encontró encima del mismo reclinatorio uno de esos papeles vitela, como entonces se usaban para la correspondencia particular, cuidadosamente arrollado y sujeto por una cinta verde.

—¡Otra vez! murmuró llevando su mano al corazón, que latía con fuerza. ¿Será otro aviso misterioso?

Y cogiendo el papel rompió la cinta y lo desplegó.

Era lo que doña Leonor se imaginara.

«Señora, decía el papel, ¡velad, velad! Redoblad más que nunca vuestra vigilancia. Vuestros enemigos trabajan, y son tales vuestros enemigos que no retrocederán si conviene ni ante el mismo crimen. En los banquetes de doña Juana de Gualveri

Digitized by Google

se conspira ya abiertamente, en las antecámaras de vuestro palacio cuentan aliados los conspiradores, en todas partes tenéis enemigos. Velad, señora, y velad sobre todo junto á vuestro hijo.»

Al leer estas últimas palabras con las cuales terminaba el anónimo su misterioso aviso, doña Leonor lanzó un grito ahogado y se arrojó al sitio donde reposaba su hijo. Le parecía ya ver un puñal levantado por una mano invisible sobre el tierno pecho de la criatura. La reina temblaba de todos sus miembros y revolvía á todas partes sus vagas miradas, ínterin una palidez excesiva y en aumento á cada instante iba cubriendo su rostro. Es que acababa de decirse á la madre: «¡Velad junto á vuestro hijo!» es decir: «Temed por él: quieren robároslo, ó quizá peor aún, quieren asesinároslo.»

En aquel momento se oyó ruido en la puerta de la cámara. Leonor echó hacia atrás sus rubios cabellos, y cediendo á aquel instante de alucinación que la embargaba, se colocó ante el lecho de su hijo, como dispuesta á defenderle, el puño cerrado, la cabeza erguida, brotando fuego sus ojos, respirando majestad y decisión su semblante. Aquella mujer en aquel acto estaba sublime.

La puerta se abrió y apareció una dama de honor.

La reina, al ver abrirse la puerta había creído que iba á dar paso á los verdugos de su hijo. La presencia de su dama la hizo volver un poco en sí.

—¿Qué queréis?

—Señora, el doncel de V. A. solicita vuestra venia para hablaros.

—¡Hugo! exclamó la reina. ¡Que entre! ¡El cielo me lo envía!

Y doña Leonor, más tranquila ya, dió algunos pasos y fué á sentarse en un sillón.

Hugo de Entenza entró en la real cámara.

Digitized by Google

V

El doncel de la reina.

Doña Leonor tendió su mano á Hugo, que se inclinó respetuosamente para llevarla á sus labios.

La mano de la reina temblaba. Hugo levantó los ojos y vió la palidez que tenía embargado su semblante.

—Señora, ¿qué tenéis? preguntó con alarmada solicitud.

—Tengo, Hugo, que Dios ha querido que empezasen ya para mí los días de prueba. Soy débil, soy mujer y, lo confieso, á la idea de los padecimientos que tendré que soportar, he temblado, y mi ánimo ha sucumbido; pero soy madre también, añadió dirigiendo una acariciadora mirada al lecho de su hijo, y esto me ha dado el valor que me faltaba. Mi corazón está pronto á la lucha y mis enemigos me hallarán dispuesta al combate. La hija de Pedro de Aragón, la que tiene en sus venas sangre de los condes catalanes y de los reyes aragoneses no puede ser una mujer vulgar: es preciso que luche si hay combate y que muera si sucumbe, pero que muera como sus antepasados, con valor, con honor, con entereza.

Hugo miraba, más bien que oía, hablar á la reina. La palidez de su rostro había desaparecido ante el purpúreo color que el entusiasmo de sus propias palabras comunicara instantáneamente á sus mejillas. En el semblante de doña Leonor había en aquel momento algo de ardor varonil, de

Digitized by Google

ese fuego sacro que sólo es dado tener á los héroes. Hugo la contemplaba, y aun más, la admiraba.

La reina introdujo su mano en la rica limosnera con borlas de oro que colgaba á su lado y retiró de ella el pergamino que había encontrado sobre el reclinatorio.

—Hace pocos días, prosiguió, recibí un aviso misterioso por medio del cual se me decía que estaba rodeada de enemigos que habían jurado perderme. Hoy he recibido este otro.

Y su mano, que no temblaba ya, alargaba á Hugo el pergamino,

Leyólo el doncel y en seguida lo devolvió á la reina, al propio tiempo que sacaba otro papel vitela de su escarcela.

—Yo también, señora, dijo entonces Hugo, he recibido otro aviso misterioso. Mirad.

Y desplegó el pergamino que contenía estas palabras:

«La reina está rodeada de encarnizados y mortales enemigos. Su jefe es el príncipe de Galilea y el centro de conspiración está en casa de doña Juana de Gualveri. Vos, Hugo, que sois un noble y adicto caballero, velad por la reina, velad por el príncipe heredero.»

—¡El príncipe de Galilea! exclamó doña Leonor. Ya me lo temía yo. Este hombre tiene la codicia de la hiena. Pero esa mujer, esa Juana de Gualveri ¿quién es? No la conozco.

—Es una intrigante y una cortesana, señora, y el príncipe de Galilea uno de sus más rendidos amantes.

—¡Gualveri! ¡Gualveri! repitió la reina. Este nombre me es conocido.

—Don Pedro de Gualveri, su esposo, súbdit del rey de Chipre, permaneció por espacio de má de dos años en la corte de Aragón y con él estuv

Digitized by Google

siempre doña Juana hasta que, después de su muerte, se volvió á Nicosia.

—¡Pedro de Gualveri!... sí, ya sé... me parece recordar...

La reina se interrumpió para mirar á su doncel, que, comprendiendo aquella mirada, apartó su vista.

—Decid, Hugo, continuó la reina. ¿No me habéis contado varias veces cierta aventura en que tuvisteis que desnudar el acero para defender á una tapada á quien se estaba persiguiendo?

—Sí, señora.

—Y en este lance, ¿no me habéis dicho que murió un hombre?

—Sí, señora.

—Si mal no recuerdo, el muerto se llamaba...

—Pedro de Gualveri.

—¿El esposo de doña Juana?

—El esposo de doña Juana, señora. Lo he sabido aquí por Leoncio de Rocas, que fué uno de los testigos del duelo.

—Esa mujer, entonces, deberá aborreceros mucho.

—Ignoro si sabe que fué mi espada la que atravesó el pecho de su esposo. No lo creo. Aquí sólo Leoncio de Rocas lo sabe, y éste no lo habrá dicho. Por lo demás, lejos de aborrecerme, se ha mostrado siempre conmigo galante y seductora.

—Y esa mujer, decís, ¿es una cortesana?

—Se la señala como tal en la corte; se citan públicamente sus amantes; no se ignora que los bailes y banquetes que da en su palacio, degeneran casi siempre en orgías y en bacanales, y se sabe, por fin, que el príncipe de Galilea sostiene con sus soros el lujo y el fausto de la que pasa por su erida.

La reina cerró los ojos y llevó la mano á su nte como para seguir el hilo de una idea que re-

Digitized by Google

pentinamente le hubiese ocurrido. Hubo un momento de silencio que rompió la misma doña Leonor.

—Me parece, dijo, que empiezo á comprender. Hugo, habladme como si yo fuera vuestra hermana. Decid, ¿habéis vos estado en el palacio de doña Juana y en alguna de sus fiestas?

—Sí, señora, y distintas veces.

—¿Y ella os habrá sonreído, os habrá halagado?

—Sí, señora.

—Decid, y por vuestro nombre de caballero que habéis de serme franco. La pregunta que voy á haceros sería imprudente si en mí no la justificara mi situación. Decid, don Hugo, ¿esa mujer os ha hablado alguna vez de amor?

El doncel de la reina titubeó. Doña Leonor tenía clavada en su rostro su mirada indagadora y penetrante.

—Me ha hablado de amor, dijo por fin Hugo, y no há de ello muchos días. Una noche deslizó en mi oído palabras melosas y dulces como el sonido de una lira, suaves y acariciadoras como la brisa del mar cuando viene en una tarde calurosa á refrescar nuestra encendida frente. Me prometió felicidad y dicha, amor y ventura, me pintó un porvenir lleno de encantos y embelesos y yo...

—¿Qué hicisteis?

—Yo sin embargo no la creí. Una voz desconocida se levantaba en mi interior para decirme: «Esa mujer te miente, esa mujer es una sirena, y las sirenas embriagan para perder mejor al que de ellas fía.» Yo no sé si hice bien, pero creí á la voz.

—Bien hicisteis, Hugo. Esa voz desconocida era la de vuestro buen ángel. Todo lo comprendo. ¿Sabéis por qué doña Juana os hablaba de amor y tr taba de atraeros?

—Ayer no lo hubiera acertado, hoy temo adiv narlo.

Digitized by Google

—Porque esa mujer, prosiguió la reina, vendida acaso en cuerpo y alma á los conspiradores, veía actualmente en vos mi único defensor y mi único apoyo, y sabiendo que vos, noble como catalán y leal como Entenza, erais en el día mi escudo, quería privarme del escudo para que mejor pudieran herirme los tiros de mis contrarios. ¿Comprendéis ahora por qué os hablaba de amor doña Juana?

—Ya lo había así comprendido también, señora, desde el momento en que, por medio de este pergamino, una persona desconocida me ha enterado de que el palacio de doña Juana es el centro y el punto de cita de los conspiradores. ¡Oh! me han tomado por un niño, pero ellos no sabían, señora, que dejé de serlo el día en que vuestro noble padre me ciñó su propia espada.

—Aun tratarán de tenderos nuevos lazos, Hugo. Yo conozco al príncipe de Galilea. Es implacable en su odio y tenaz en su venganza. Sabe que me sois adicto, y pues que trata de perderme, querrá perderos antes á vos.

—Trabajo le doy, señora.

—Así lo quiera Dios... porque, no os lo ocultaré, Hugo. En el día sólo fío de vos y sólo en vos confío. Mi esposo está lejos, y con él sus mejores capitanes, sus nobles más adictos y más leales. Soy reina, estoy rodeada de consejeros y servidores, pero sin embargo conozco que estoy sola, á merced de mis enemigos, que son muchos, y que por lo mismo que son ignorados son más temibles. No temo por mí, bien lo sabe Dios, y si se tratara sólo de mí no recurriría ni siquiera á vuestro brazo: pero soy madre, Hugo, y temo por mi hijo, por esa inocente criatura que duerme allí sosegada y tranquila al borde quizá de un abismo donde tratan de hundirle los que... y al llegar aquí la reina bajó la voz... los que ambicionan acaso para otro la corona que está destinada á ceñir un día sus sienes.

Digitized by Google

—¡Cómo, señora! exclamó arrebatadamente Entenza, en cuyo cándido corazón no cabía ni siquiera la idea de un mal pensamiento: ¿creéis que se atreverían?...

—El príncipe de Galilea es hombre para atreverse á todo. Yo sé que sueña en ser rey.

—¡Depravación é infamia!

—Hugo, ¿cuento con vos?

—Para todo, señora. Vuestro padre me dijo un día: Sé centinela de su honor y guardando el suyo conserva limpio también el tuyo, que el honor es la hacienda única de un caballero. Se lo prometí, señora, y un Entenza jamás promete nada en vano. El peligro y el combate me hallarán siempre pronto, y vos, mi reina, me encontraréis siempre decidido á todo para serviros. Sólo he cifrado mi ambición, ya desde niño, en morir por vos. De hoy en adelante yo seré quien vele por vuestro hijo; de día estaré á su lado, de noche dormiré al pie de su cama. Disponed de mí. Vuestro es mi brazo y vuestra mi vida. Haced de uno y otra lo que os plazca.

Doña Leonor estaba visiblemente conmovida.

—Gracias, dijo alargándole una mano que el doncel besó con entusiasta respeto. Sois un noble corazón, Hugo. Dios premie un día vuestros servicios, como hoy una reina y una madre os lo agradecen. Y ahora que estoy segura de vos, como no dudaba, dejadme ir á implorar la protección del Señor, de la que tampoco dudo.

Dijo, y adelantándose hacia el dosel bajo el cual estaba el crucifijo, cayó de rodillas apoyada en el reclinatorio.

Hugo, respetando la oración de la reina, salió de la estancia.

En la antesala encontró un paje que le estaba esperando y que le alargó un pergamino arrollado después de saludarlo ceremoniosamente. Con la

Digitized by Google

punta de su daga rompió Hugo la cinta que sujetaba la vitela.

Era un mensaje de doña Juana de Gualveri.

Hé aquí lo que leyó Entenza.

«Señor doncel:

»El amor es una planta venenosa con una flor de aromas delicados. Si se cuida la flor, llega á desaparecer el veneno; pero si se arranca la flor, queda el veneno en el tronco.

»Si en el corazón de una mujer se ahoga el amor, de sus cenizas nace el odio, y la misma mujer que puede amar con delirio hasta lo sumo, sabe llegar á aborrecer hasta lo infinito.

»¿Qué prefiere el señor doncel? ¿Cuidar la flor ó arrancarla? ¿Aspirar sus aromas ó beber su veneno? ¿amor ú odio? ¿paz ó guerra?

»Doña Juana.»

Hugo se quedó un rato suspenso. En seguida se acercó á una mesa donde había todo lo necesario para escribir y puso esta lacónica y arrogante contestación:

«Señora:

»A un caballero es hacerle una ofensa hablarle de paz. La paz es el ocio y el ocio es el olvido. Yo, que soy caballero, estoy por la guerra.

»De Entenza.»

El paje de doña Juana partió con esta respuesta para su señora. Así que hubo partido el mensajero, el doncel de la reina se cruzó de brazos y se dijo á sí mismo:

—Y ahora la lucha está empezada. ¡Valor! los tigres van á rugir en torno de la presa.

Digitized by Google

VI

Una escena de drama y un principio de tal.

Indispensable es ya decir algo de esa doña Juana de Gualveri, con cuyo nombre se ha tropezado tantas veces.

Esta mujer, Hugo lo había dicho, era no más que una intrigante y una cortesana; pero una intrigante temible y una cortesana diabólica. No era una de esas mujeres como se encuentran á cada paso, mujeres vulgares sin dignidad en sus triunfos lo mismo que en sus derrotas, que pasan pavoneándose orgullosas como si tuviesen siempre un espejo delante, y que se dignan sólo de cuando en cuando arrojar una mirada altanera á sus adoradores, á los cuales parecen siempre decir: Rendidme homenaje porque soy hermosa.

No, Juana de Gualveri era de esas pocas mujeres que cuando siguen un camino lo siguen para ir muy lejos, que cuando se proponen un fin lo atropellan todo para llegar hasta él; naturalezas enérgicas y firmes en las cuales la voluntad lo hace todo, y en las que manda la cabeza, entrando por muy poco ó por nada el corazón. Afortunadamente, son pocas las mujeres de este género.

Doña Juana era hermosa todavía, no obstante haber perdido su belleza esa frescura y espontaneidad de la primera juventud. Sin embargo, mujer experta y hábil, se había empeñado en conservar el cetro de la hermosura á fuerza de recurso juveniles, y conseguíalo por completo ayudada d poder del arte y de la astucia del sexo.

Digitized by Google

Nadie como ella sabía vestir con más elegancia ni escoger con más gusto los colores que mejor sentaban á su figura; nadie como ella sabía verter en una sonrisa todo un mundo de hechizos, ni con una palabra hacer brotar un torrente de ilusiones de un alma entusiasta; nadie como ella tampoco sabía con una mirada profunda y adivinadora arrancar uno á uno los secretos de un corazón. Era una mujer temible porque era una mujer pérfida.

La mitad de los caballeros de la corte de Nicosia había caído á sus pies. Los jóvenes más nobles, más ricos, más galantes, visitaban su palacio. donde la mayor parte de las noches ofrecía espléndidas fiestas.

Sólo un hombre se había mantenido en pie ante ella, insensible á sus seducciones, sordo á sus protestas de amor. Ya sabemos que este hombre era Hugo.

La poca honestidad de doña Juana llegó á despertar el recelo de los consejeros de la reina, que tuvieron intenciones de poner coto á sus licenciosas costumbres con un destierro, pero se reprimieron por su bondad natural, y acaso también por el temor de no disgustar al hermano del rey, don Juan, príncipe de Galilea, que se sabía ser el más rendido adorador de la de Gualveri. El mismo día, sin embargo, que tuvo lugar entre la reina y su doncel la escena que se ha contado, doña Juana recibió un mensaje de su soberana, en que ésta le decía que si no trataba de corregir la deshonestidad de sus costumbres, se vería en el duro caso de castigarla encerrándola en el convento de Santa Clara de Nicosia.

La reina, que había acabado de formar su juicio con lo que acerca de la de Gualveri le dijeron sus consejeros, se creyó obligada á enviarle semejante aviso.

Cuando el mensajero de la soberana cumplió

Digitized by Google

con esta misión cerca de doña Juana, ésta se estremeció como si la hubiese mordido un áspid.

Pálida de furor, rugiendo de cólera como una leona herida, se dirigió al palacio del príncipe don Juan, su predilecto amante, á quien entre lamentos y sollozos dió cuenta de la embajada que acababa de recibir.

El príncipe de Galilea, que era un hombre frío como la hoja de una espada, la dejó tranquilamente concluir.

—¿Y bien? le dijo cuando hubo acabado.

—¿Y bien? le preguntó doña Juana.

—La reina doña Leonor, dijo el príncipe con cierta indefinible expresión de sarcasmo que formaba contraste con el respeto de que parecían estar henchidas sus palabras, es de ánimo esforzado y de firme voluntad. Cumplirá lo prometido, y, creedlo, si no ve en vos una pronta enmienda, no tardará en haceros sentir el peso de su castigo.

Doña Juana levantó sus ojos asombrada por tal lenguaje, y los fijó en el príncipe con aquella mirada irresistible y perspicaz de que ya sabemos estaba dotada. Algo debió de leer en el rostro de su amante que estaba en contradición con lo que de decir acababa, pues que se lanzó á responder·

—¡Castigarme á mí!... ¡á mí! ¡ella! ¡una intrigante!

—Es la reina, dijo don Juan con irónica gravedad.

—Una reina hipócrita, prosiguió la de Gualveri con rencorosa furia; una envidiosa y nada más.

Don Juan, que sin duda llevaba su objeto particular en irritar á doña Juana y en despertar su cólera, respondió sólo con una sonrisa impregnada de desdén.

—¡Oh! continuó la cortesana pasando repentinamente de la furia á una calma aparente y batiendo el aire con su lindo puño cerrado como para dirigir una amenaza, ¡me vengaré!

Digitized by Google

Don Juan volvió á sonreírse, pero con más pronunciado desdén esta vez.

—Me vengaré, os digo. Me ha herido con su embajada en mitad del corazón. Ha querido pisarme esa orgullosa mujer como á un reptil miserable. Y bien, los reptiles muerden.

Don Juan se encogió de hombros.

Decididamente, en obrar así llevaba el príncipe un fin secreto. Ella volvió á mirarle y lo comprendió. Las mujeres lo comprenden todo, y particularmente si una pasión cualquiera despierta todos sus sentidos y todos sus instintos. Entonces es cuando leen en el interior de un hombre, como si estuvieran dotadas de ese don de segunda vista que los escoceses atribuyen á los solitarios de sus montañas.

Doña Juana se dejó caer en un sitial y cerró los ojos, poniéndose graciosamente un dedo en la frente como para atraer sus ideas. Don Juan la cubría con su mirada inteligente, mientras ella, entregada á un pensamiento enmarañado cuyos hilos pugnaba por coger, movía su cabeza levemente, como balancea una flor su capullo al soplo de una tibia y perfumada brisa.

De pronto, y después de unos breves instantes de silencio, una especie de sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de la cortesana, sonrisa que formaba el más bello y encantador contraste con las lágrimas pasadas que aun temblaban como menudas perlas en sus ojos. Entonces dando á su voz un tinte de sencillez y de inocencia, y volviéndose hacia don Juan,

—Príncipe mío, le dijo; ¿queréis que os cuente una historia?

Miróla el príncipe sorprendido. No acertaba á comprender. Los hombres son menos fuertes en intrigas que las mujeres, y las tramas que éstas tejen delicadamente, como sus telas una araña, se

Digitized by Google

escapan á veces al hombre, por profundas que sean sus miradas.

—¡Una historia! murmuró.

—Interesante, y corta sobre todo.

—Veamos la historia.

Y el príncipe arrimó un taburete en el cual se sentó junto á doña Juana.

—Oídme, pues. Había en un reino, muy lejos de aquí, y decía ella esto con su voz más dulce y con una especie de mimo en el tono, un rey cuyo nombre se me ha olvidado. Este rey había tenido que ausentarse por asuntos de Estado, y había dejado el gobierno en manos de su esposa, que era una verdadera intrigante, una hipócrita completa, una envidiosa acabada.

—Sería como esa otra reina de que hablábais hace poco, interrumpió don Juan sonriéndose.

—Precisamente.

—Continuad. Tiene la historia un principio que me agrada.

—¡Oh! Ahora veréis. El rey tenía un hermano, hombre de valor, de corazón, de energía, hombre que reunía mejor que él todas las cualidades que necesita y debe tener el que se sienta en un trono. Este hermano vió que los asuntos del reino se empeoraban, que el gobierno débil de una mujer no hacía más que descontentos, que la ausencia del rey destruía la felicidad de sus súbditos, y decidió remediar todo el cúmulo de males que iban á caer sobre el Estado, poco antes tan floreciente. En su consecuencia, empezó por quitar la máscara á la reina.

Don Juan hizo un movimiento. La cortesana prosiguió, como si nada hubiese advertido:

—Porque ya os he dicho que la reina era una hipócrita, y que había cosas terribles en su pasad ocultas tras el engañoso velo de una falsa virtud Hizo ver al monarca que su esposa era una adú

Digitized by Google

tera y que el hijo que le había dado era el hijo de un antiguo amante. El rey tuvo que convencerse ante las pruebas.

—¡Ah! dijo don Juan interrumpiéndola, ¿el hermano le presentó pruebas?

—Sí, le presentó pruebas.

—¿Y qué hizo el rey?

—El rey, continuó la cortesana, cuya voz nada había perdido de su melosidad y dulzura, arrojó de su lado al hijo, repudió á la esposa, y vivió feliz, dichoso y envidiado hasta su muerte.

—¡Ah! ¿el rey murió?

—Y á su fallecimiento el hermano...

—¿El hermano?

—Ocupó el trono como legítimo heredero.

Hubo un largo espacio de silencio. Aquellas dos hienas acababan de comprenderse. Habían leído claramente uno en el pensamiento del otro. Entonces le tocó á don Juan cerrar sus ojos y hundirse en el dédalo de las tenebrosas ideas que acababa de hacer surgir del abismo la intrigante cortesana.

El príncipe fué el primero en romper el silencio. Acababa de tomar su partido.

—¿Y no dice más vuestra historia? preguntó.

—No dice más.

—Pues si yo no me engaño, continuó don Juan, en mi juventud me parece haber oído contar esta misma historia, pero tenía, salvo error, ciertos detalles que creo habéis vos omitido y olvidado.

—Bien podría ser; veamos estos detales, dijo la cortesana fijando en el príncipe una mirada limpia y clara.

—Por ejemplo, había en la corte de aquella reina hipócrita de quien habéis hablado, una mujer, una gran dama, hermosa, encantadora, seductora, como lo sois vos misma, doña Juana...

La de Gualveri se sonrió picarescamente.

Digitized by Google

—Y esta dama que amaba con pasión al hermano del rey, quien le pagaba con igual ternura, fué la que proporcionó al dicho hermano las pruebas con que éste demostró al monarca la hipocresía é infidelidad de su esposa.

—Ya, dijo con su más cariñoso acento doña Juana; ¿vos creéis que fué la dama de la corte quien dió las pruebas al hermano?

—Estoy seguro. Y aún más: recuerdo que, siempre según la historia, al ocupar el trono el hermano, dió á la dama una ciudad entera del reino con obligación á todos sus habitantes de prestarla vasallaje y rendirla tributos como á su soberana.

—Bien pudiera ser, dijo sonriendo la cortesana, y acaso haya yo olvidado esta circunstancia.

—¡Oh! sí, no os quede duda; la habéis olvidado.

—Afortunadamente vos os habéis apresurado á remediar el olvido.

Doña Juana se levantó disponiéndose á marchar.

—¿Os vais ya? ¡Tan pronto!

—Sí, príncipe mío. Adiós, y si por acaso conocéis algún hermano como el de mi historia, decidle que no le han de faltar pruebas á la dama cuando vaya á pedirle su gracia.

Don Juan la acompañó hasta la puerta, y se dijo á sí mismo, viéndola partir:

—Esa mujer es un tesoro, y pues que ella me ayuda, ya soy rey.

La cortesana, marchando hacia su palacio, se decía también:

—Son unos niños que no saben conspirar, Será preciso que una débil mujer les guíe y les enseñe.

Así que llegó á su palacio, un paje le entregó la contestación de Hugo de Entenza.

Doña Juana leyó las líneas que había escrito el doncel de la reina, y su rostro se encendió. El amor propio irritado, la cólera encendida, el amor despreciado, el despecho, los celos, la rabia; todo

Digitized by Google

se desencadenó violentamente en su corazón, como el gran poeta nos cuenta que se desencadenaron los vientos el día en que un imprudente abrió la caja en que estaban encerrados.

—¡También él! exclamó doña Juana pálida de furor; ¡él á quien yo quería salvar y proteger contra la tempestad que se avanza! ¡Oh! prosiguió, estrujando la malhadada vitela que acababa de irritarla con su contenido; ¡oh, prefiere la guerra!... ¡Pues bien, la tendrá, pero el infeliz no sabe que mi guerra es guerra á todo trance; guerra á muerte! Ella me ha ofendido y él me hiere... Me vengaré, y mi venganza será horrible.

VII

Y VAN DOS.

Para intrigas no hay como las mujeres. Una araña no teje con tanta habilidad su tela, como ellas urden una trama, particularmente si están inspiradas por el amor, por el odio ó por la venganza.

Al día siguiente del en que tuvo lugar la escena anterior, los principales señores de la corte debían asistir á una de las fiestas que en su palacio daba doña Juana de Gualveri. Estaban invitados á ella los más nobles y ricos caballeros, y todo se había dispuesto para recibirles dignamente.

Una hora antes de la señalada para comienzo de la fiesta, llegó un noble señor al palacio, y fué introducido inmediatamente en la habitación donde se hallaba, deslumbrante de hermosura, doña Juana.

Digitized by Google

Era el caballero Leoncio de Rocas. Había recibido un mensaje de doña Juana, para que se adelantara de una hora á la fijada para los demás, y se apresuraba á obedecer. La intrigante cortesana había ya tenido aquella mañana misma una secreta y larga conferencia con otro caballero de la corte, Martín de Hiero.

Ahora bien; ya se recordará que este último y Leoncio de Rocas habían sido embajadores en Barcelona del rey de Chipre cuando éste envió á pedir al monarca aragonés la mano de su sobrina doña Leonor. Martín de Hiero era un mortal enemigo de la reina; Leoncio de Rocas, sin ser enemigo de ésta, era adicto al príncipe don Juan. La de Gualveri sabía esto, y como para la trama que urdía, necesitaba el auxilio de entrambos, trató de hacerles entrar en su plan.

Poco le costó vencer al primero. Bastóle sólo despertar su odio para hacérsele suyo. En cuanto al segundo, trató de seguir, para atraérselo, otra línea de conducta.

Leoncio de Rocas encontró á doña Juana, triste, abatida, con un rostro en el que se pintaba una devoradora melancolía, sin que por esto hubiese perdido nada de su hermosura.

Hay mujeres que son hábiles en componer su semblante, en hacerle tomar el tinte que les conviene, en llamar la sonrisa á sus labios ó las lágrimas á sus ojos, según les interesa reír ó llorar. Doña Juana era del número de estas mujeres.

—Señora, ¿qué teneis? preguntó con afectuosidad el caballero. La fiesta llama á las puertas de vuestro palacio; estos salones van á ser pronto invadidos por una multitud alegre y bulliciosa, y en vuestro rostro está impresa la amargura, y hay e vuestros ojos huellas de lágrimas,

La de Gualveri alzó una mirada lánguida haci Leoncio de Rocas, y con voz baja y solemne le d

Digitized by Google

jo, dejando caer una á una sus palabras, como si quisiera que se fijaran bien en su memoria:

—Tengo que haceros un cargo.

—¡A mí, señora!

—A vos mismo.

—Explicaos.

—Vos sois en parte causante de las lágrimas cuyas huellas habéis notado en mi rostro.

—¡Yo, señora!

—Vos, sí. Mi noble esposo D. Pedro de Gualveri murió una noche en vuestros brazos, herido por la espada de un hombre, cuyo nombre os he preguntado siempre en vano. Jamás habéis querido nombrarme el matador. ¿Es esto cierto?

—Es cierto, dijo Leoncio de Rocas, sorprendido y extrañando aquellas palabras.

De extrañar eran en efecto. Verdad es que varias veces le había preguntado doña Juana el nombre del que hiriera mortalmente á su esposo, pero siempre se lo había preguntado con cierto tono de indiferencia, y sin parecer fijar en saberlo grande empeño. Leoncio de Rocas comprendía perfectamente este modo de obrar. La muerte de D. Pedro de Gualveri no fué muy sentida por la viuda, que quedó al frente de una notable herencia y en plena libertad para entregarse á sus desvaríos. Por esto le sorprendía aquel recuerdo de lo pasado y aquel baño de tristeza extendido por la fisonomía de doña Juana.

—Y por consiguiente, prosiguió ésta con una emoción creciente y hábilmente fingida, habéis permitido que yo recibiera en mi palacio, que viera, que sonriera al matador de mi esposo, y jamás os habéis acercado á mí para decirme: Señora, apartaos de ese hombre, porque él es quien mató al señor de Gualveri.

—Es que...

—¡Oh! hoy no necesito que me digáis nada; hoy

Digitized by Google

lo sé todo. Fué Hugo de Entenza, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—Si os digo que lo sé todo. ¿Queréis que os lo cuente para haceros ver como no hay nada ya secreto para mí? Escuchad. Vosotros estábais en el cuarto bajo de un mesón, mientras que en el piso principal tenía lugar una cita de amor entre una dama y el joven Hugo. Este salió el primero, y poco después la dama, tras de la cual os lanzasteis, porque mi esposo don Pedro dijo que le había parecido conocerla, y que estaba decidido á averiguar quién era: en la persecución tropezasteis con Hugo, que sacó su espada y dió tiempo á su dama para fugarse. Ya veis si estoy enterada. Y hay más; sé también, como sabéis vos, que aquella dama aventurera que iba á deshora de la noche á cumplir una cita de amor prometida á un paje, era la misma reina.

—¡La reina! ¿qué reina? preguntó con ingenua sorpresa Leoncio de Rocas.

—La que entonces era sólo princesa de Aragón, y hoy es reina de Chipre, doña Leonor.

—¡Oh!

Y Leoncio de Rocas, sorprendido y admirado, no pudo lanzar más que una exclamación.

—Sí, conde, prosiguió doña Juana; bien lo sabéis vos; era la reina.

Leoncio volvió á todas partes su vista como si buscara á alguien.

—¿Qué buscáis?

—La persona á quien os dirigís. Habéis dicho conde, y como yo no lo soy...

—Os engañáis. Yo sé que el día que don Juan suba al poder premiará vuestra lealtad con este título. No hago sino anticiparme á dároslo.

Iba á contestar Leoncio, cuando el príncipe don Juan entró en la estancia.

—Príncipe mío, exclamó doña Juana dirigién-

Digitized by Google

dose á él, y hablándole con viveza y emoción: cierto es, desgraciadamente, todo lo que esta mañana nos ha dicho Martín de Hiero. Aquí tenéis al conde Leoncio de Rocas, que atestigua y afirma lo mismo. Mi esposo había conocido á la mujer que huía, y corría tras ella para arrancarle el velo ante los embajadores mismos del rey de Chipre, cuando Hugo le mató para salvar á la dama. Es, pues, á una hipócrita y á una adúltera á quien tenemos en el trono.

—¿Conque es cierto, conde? dijo don Juan dando al de Rocas el título que empezara á darle la de Gualveri.

Leoncio se inclinó sin decir nada. No sabía lo que le pasaba, no acertaba á darse exacta cuenta de aquella escena para él tan imprevista como extraña, y por mucha que fuera su lealtad hacia don Juan, le repugnaba acusar á la reina. Por otra parte, el título de conde que se le acababa de dar le deslumbraba y le impelía á mirar aquella calumnia con ojos más benignos, pues que Leoncio de Rocas era de una ambición decidida y resuelta. Haciendo esfuerzos para unir sus memorias, recordó que la cosa había pasado en gran parte como indicaba doña Juana. Una dama había salido del interior del mesón; nadie hiciera caso de ella más que don Pedro de Gualveri, que la siguió cuidadosamente con la vista, retorciéndose el bigote y mordiéndose el labio superior, como si tratara de adivinar quién era la que se escondía bajo el tupido velo. Recordó también que cuando hubo salido, don Pedro de Gualveri se dió un golpe en la frente, y exclamó: —«Seguidme, señores: yo conozco á esa mujer, y por vida mía que si es la que me imagino, he de daros un buen rato.» Todos salieron tras de Gualveri, tropezaron con Entenza, y ya se sabe cómo éste hirió mortalmente á su adversario. Gualveri espiró en brazos de Leoncio de

Digitized by Google

Rocas y de Martín de Hiero, murmurando: —«¡Oh! sí, era ella, ella, señores; ¡no me queda duda, era ella!» Pero, ¿quién era ella? Gualveri no había dicho más. ¿Cómo, pues, podía asegurar ahora doña Juana que la tapada era la reina? ¿Cómo podía asegurarlo también Martín de Hiero, en cuyo testimonio parecía apoyarse doña Juana? Leoncio, que no se negaba del todo á creer que aquella mujer fuese en efecto la reina, gracias al título de conde que parecía prometérsele si lo apoyaba, decidió, no obstante, tener una conversación con Martín de Hiero, antes de afirmarlo decididamente. Su conciencia le exigía este paso antes de transigir con la calumnia.

Mientras Leoncio se hacía rápidamente estas reflexiones, don Juan, tomando por una afirmación positiva la muda inclinación del caballero, exclamaba:

—¡Infamia! ¡Infamia! ¡Se ha comerciado con el honor de mi hermano y de su trono! Yo vengaré su honra mancillada. Hugo de Entenza es el amante de la reina, como yo me sospechaba ya, y hasta lo era antes de casarse con mi hermano. Esto es horrible. Lavaré la mancha que ha caído sobre el trono real, arrojaré de él á la extranjera adúltera y al hijo de sus indignos amores, y cuando vuelva mi hermano triunfante de sus empresas, sabré decirle: «Te habían faltado infamemente, pero te he vengado por quien soy como á quien eres. El escarmiento ha de ser ejemplar, pues que el crimen es grande. Conde Leoncio, cuento con vuestro apoyo, y también con el vuestro, doña Juana.

—Sí, príncipe, contad con nosotros para todo, dijo la de Gualveri.

En cuanto á Leoncio de Rocas, viendo clavada en él la vista de don Juan, se inclinó diciendo:

—Disponed de mí, príncipe y señor mío.

En aquel instante mismo, varios cortesanos, que

Digitized by Google

pertenecían al número de los invitados, entraron en la sala donde estaban nuestros personajes.

Los cortesanos que acababan de entrar en la estancia eran todos adictos á don Juan y parciales de su casa. El príncipe de Galilea contaba con muchos partidarios en la corte, cosa que no es de extrañar, porque era pródigo en ofertas, liberal hasta asombrar á la misma liberalidad, dadivoso hasta no conocer rival alguno. Todos los que se pasaban á su bando podían esperar de él honores, riquezas y mercedes; era, pues, infinito el número de sus amigos.

Esto ha sido lo mismo en todas épocas; quien da más es quien está mejor servido.

Doña Juana dirigió la palabra á los recién llegados:

—Señores, señores, les dijo con esa volubilidad en el habla y esa estudiada majestad en los modales que han tenido siempre en todo tiempo las cortesanas; acercaos á oír una historia que ha de sorprenderos.

—Señora, ¿vais á contar en alta voz?... dijo el príncipe interrumpiéndola hipócritamente.

—Sí, voy á contarlo, exclamó la de Gualveri con fingida desesperación, porque quiero que lo sepa todo el mundo.

Leoncio de Rocas, que, por lo que se ha visto, era de un carácter endeble é irresuelto, se cruzó de brazos y empezó á pasearse por la sala.

Comprendía muy bien que en el fondo de la historia que se iba á contar, verídica en la mayor parte de sus detalles, había una calumnia, calumnia que á punto fijo no hubiera, por otro lado, acertado á descifrar, pues bien podía ser, al fin y al cabo, que fuese doña Leonor esa *ella* á quien aludiera al morir don Pedro de Gualveri. Pero, sin embargo, por muy calumnia que la reconociese su conciencia, no se sentía con valor para oponerse á ella, desde el

Digitized by Google

momento en que la aseguraba doña Juana, á quien él trataba de halagar, y la apoyaba el príncipe, que acababa de otorgarle tan generosa é inesperadamente un título de conde.

¡Oh! son muchos en el mundo los hombres que creen haber cumplido con todo y haberlo hecho todo, diciendo como aquel magistrado romano de funesta memoria: «Me lavo las manos.»

Doña Juana contó la historia á su modo, sin que tratasen de interrumpirla el príncipe ó Leoncio. La astuta cortesana encontró lágrimas para explicar la muerte de su marido, y supo fingir una desesperación tal, que no parecía sino que su esposo había perecido el día antes.

—Hasta hoy, dijo en conclusión, hasta hoy he ignorado que Hugo de Entenza fuese el matador de don Pedro de Gualveri, y que éste hubiese sido víctima de su lealtad por querer quitar la máscara á la mujer, á la mujer perdida, señores, que ha venido á sentarse impúdicamente en el trono de nuestro rey, sin abandonar á su antiguo amante.

No hay que pintar el efecto que hizo semejante relación en aquel grupo de maldicientes cortesanos. Mientras se hablaban unos á otros haciendo comentarios sobre la ocurrencia, don Juan se inclinó al oído de su dama, y le dijo en voz baja:

—Habéis ido tal vez demasiado allá, doña Juana. Temo que hayáis empeorado nuestra causa.

La de Gualveri se echó á reír.

—Sois un niño, príncipe mío, y ya veo que una mujer sabe mejor que vos cómo se dirige una intriga de este género.

—Antes de una hora toda la corte repetirá lo que habéis dicho.

—Por eso precisamente lo he contado.

—Llegará á oídos del mismo Hugo de Entenza.

—¿Y qué?

—Se lanzará á combatir la mentira...

Digitized by Google

—¿Y quién os ha dicho que sea mentira?

—¡Cómo! ¿pretendéis acaso hacerme creer á mí mismo?...

—Don Juan, dejad que la intriga vaya siguiendo su marcha, y dejadme sobre todo la dirección á mí, que tengo los hilos en la mano. No olvidéis que ayer mismo os conté una historia, y que vos me hicisteis advertir que la dama de mi historia fué quien dió ciertas pruebas á cierto príncipe que las necesitaba.

La conversación no pasó por entonces más adelante.

El príncipe había tenido razón. Antes de una hora toda la corte estaba enterada del suceso, que se comentaba de mil extraños modos, y que había tomado extraordinarias proporciones á medida que había ido pasando de uno á otro. Llegó á ser desfigurado de tal manera en ciertos detalles, que la misma doña Juana no le hubiera conocido.

Es asombrosa la rapidez con que se propaga una calumnia, y más asombroso aún el acierto con que se va desfigurando un relato primitivo, dándosele, á medida que se propala, unas formas más acabadas, un corte más perfecto, un conjunto más armónico, como si se tratara de perfeccionar y dejar sin tacha una obra cualquiera por una reunión de artistas.

¡Es cosa bien extraña! A una buena acción le cuesta abrirse paso, y no le sucede muy á menudo encontrar tan fácilmente heraldos que vayan gratuitamente pregonándola. La calumnia, al contrario, halla ecos de sobra, avanza siempre y se posa en todos los labios, hasta en los de las mismas hermosas, para luego desprenderse de ellos con cierta suávidad y dulzura, y obtener más crédito por lo mismo que parte de la belleza y de la bondad.

¡Oh, la calumnia! ¡venenosa víbora, monstruo

Digitized by Google

que se remueve turbulento bajo sus escamas de plata y que muerde á quien le toca, hiriendo á quien trata de acariciarlo! ¡Oh, la calumnia! ¿qué hay que contra ella pueda ó contra ella baste? No hay posición á que no llegue, reputación á que no ose, sagrado en que no penetre, armadura que no taladre. Sólo una conciencia segura puede tranquila resistir sus tiros, que es entonces la conciencia en el pobre calumniado, lo que el espejo en manos de aquel caballero que salió á combatir al dragón, y que le venció presentándoselo y aprovechando el momento en que la horrible fiera se quedó atónita viéndose con toda su monstruosa fealdad en la bruñida lámina.

No se hablaba aquella noche de otra cosa en el palacio de doña Juana más que de Hugo de Entenza y de la reina. La fama de ésta sufría por parte de la calumnia rudos y continuos ataques. La fiesta estaba ya muy avanzada, y la conversación general giraba siempre sobre el mismo punto. Nadie se cansaba de hablar de ello, y doña Juana triunfaba. Su proyecto había surtido efecto.

Varios caballeros se habían acercado á Leoncio de Rocas, á quien por centésima vez se hacía repetir el lance.

—¡Pero es posible! ¿fué Entenza quien mató al de Gualveri?

—Veinte veces he dicho ya que sí, contestó Leoncio, á quien la conversación sobre aquel asunto fatigaba.

—¿Y la dama tapada era la que es hoy nuestra reina?

Infinidad de veces también aquella noche se le había hecho igual pregunta. Siempre había contestado con una sonrisa irónica, y con esta extraña frase: —¡Pse, bien puede ser!

Pero en el momento de que hablamos, Leoncio estaba irritado viéndose blanco de todas las mira-

Digitized by Google

das, sintiéndose cómplice ya en aquella intriga, y á la pregunta de «¿era la reina?» contestó simplemente, dándose más bien una respuesta á ciertas reflexiones que le agitaban interiormente:

—¿Pues quién queréis que fuera?

Esto equivalía á contestar afirmativamente á la pregunta.

En aquel instante mismo un hombre atravesó por entre el grupo de caballeros que rodeaba á Leoncio, y acercándose resueltamente á éste, le dijo con voz de trueno, que dominó los rumores de la fiesta:

—¡Sois un miserable y un infame!

El que acababa de proferir estas palabras, era Hugo de Entenza.

No se le esperaba en la fiesta; pero un caballero amigo suyo le había ido á decir lo que pasaba, y le había enterado de cómo se contaba la aventura de la reina, afirmándola como testigo Leoncio de Rocas. Hugo, en uno de esos arranques generosos que tienen los corazones de oro, pasó de su morada al palacio de doña Juana, é iba buscando por las salas á Leoncio de Rocas, cuando llegó precisamente á tiempo de oír las palabras que acabaron de irritar su cólera, haciéndola estallar.

La aparición del doncel, su actitud caballeresca, sus palabras de reto, todo contribuyó á que los concurrentes permanecieran un momento atónitos y llenos de estupor.

Hugo de Entenza, con el fuego de la ira en sus ojos, y como contraste, el hielo del desprecio en sus palabras, prosiguió:

—Repito que sois un miserable, Leoncio de Rocas, y en prueba de lo que avanzo, ahí va mi guante, aun cuando sienta tenerlo que manchar en vuestro rostro.

Y en efecto, el guante de Hugo, lanzado con furia por su mano, fué á dar de lleno en el rostro de Leoncio.

Digitized by Google

Todo esto pasó con la rapidez del rayo, pero sin que perdiera un detalle de esta escena doña Juana de Gualveri, que había visto entrar á Hugo en el salón y que ya desde aquel instante no le había perdido de vista.

Tan terrible insulto hizo dar un salto á Leoncio de Rocas, que puso inmediatamente mano á su espada, acción que imitó el de Entenza. Inmediatamente los espectadores de aquella escena se interpusieron procurando calmarles, pero no había medio. Era imposible retroceder. Hugo era un valiente, y Leoncio, á pesar de lo que se ha dicho respecto á su carácter, no era ningún cobarde.

Leoncio fué el primero en dirigirse hacia la puerta; tras él se fué el de Entenza, y tras el de Entenza saliéronse varios caballeros, mientras que otros se quedaban en el salón hablando con doña Juana, comentando el lance, y contestando con medias palabras de inteligencia á las observaciones de la de Gualveri, que malignamente les hacía notar el calor con que Hugo se había presentado á tomar la defensa de la reina...

En el interin, los otros convidados se habían dirigido á la calle, arrancando algunos, al atravesar el vestíbulo, las antorchas de manos de los criados que estaban al pie de la escalera alumbrando.

Dieron todos juntos algunos pasos por la calle, y al llegar junto á la tapia del jardín del palacio, Leoncio de Rocas, parándose el primero, se volvió y dijo:

—¡Aquí!

—Como os plazca, contestó Hugo, que tenía ya su espada en la mano.

Los espectadores acercaron las antorchas, que siniestramente brillaban disipando la oscuridad abrióse círculo suficiente, y el combate empezó.

Fué corto. Los aceros se encontraron, resbalaron, dejaron oír su metálico choque. Un momento

Digitized by Google

después, Leoncio de Rocas caía atravesado el pecho de una estocada.

Hugo, al verle caer sin lanzar un ¡ay! siquiera, apoyó en el suelo la punta de su espada, y dijo, dirigiéndose á los demás caballeros:

—Y ahora, señores, si hay alguien que se atreva á repetir lo que Leoncio de Rocas ha dicho, ocupe el lugar del muerto, y cruce su espada con la mía.

Nadie contestó.

Hugo entonces envainó su acero, saludó ceremoniosamente á los concurrentes, que se apresuraron á abrirle paso, y apartóse con calma y serenidad del lugar del combate.

Mientras que el de Entenza regresaba á su morada, el príncipe don Juan, tomando aparte á la de Gualveri, le decía:

—¿Sabéis lo que hay, señora? Leoncio de Rocas ha muerto.

Doña Juana no manifestó la menor emoción, ni en su rostro se pintó una sola sombra de sorpresa ó de contrariedad. Oyó la noticia con la misma indiferencia con que hubiera oído el que un paje se hubiese acercado á decirle: «Señora, vuestro halcón favorito ha apresado una paloma.»

—¡Y bien! ¿nada decís? prosiguió el príncipe.

—¿Y qué queréis que diga, don Juan?

—¿La muerte del de Rocas no os contraría?

—No en verdad.

—Con él nos falta un testigo.

—Al contrario; tenemos un testigo más. Su cadáver dirá lo que nunca hubiera dicho él, á quien estaba yo muy lejos de ver tan decidido como á Martín de Hiero en apoyar nuestra causa.

—Pero, señora...

—Ya os he dicho que erais un niño, don Juan; que vosotros los hombres no servís para llevar á puerto una intriga, sólo medianamente urdida. ¿No habéis aún comprendido que este duelo ha sido

Digitized by Google

obra mía? Con decir lo que yo he dicho, y con poner en evidencia á Leoncio de Rocas, refiriéndome á él, hacía indispensable, inevitable, un encuentro entre él y el de Entenza. Tenía ya, pues, previsto el lance, y calculadas las consecuencias. O moría Hugo, y entonces nos librábamos de un poderoso enemigo, ó sucumbía Leoncio, y entonces nuestra causa tenía una víctima. Ya sabéis que las víctimas son poderosos auxiliares de una causa, por mala que sea. Por lo demás, este duelo es nuestra salvación. Don Juan, Hugo ha tenido en su vida dos lances de esta clase, y ha muerto en ellos á dos hombres. Con la muerte del primero salvó á una dama: con la muerte del segundo la pierde. Dejadme hacer, os repito, don Juan, y puesto que ya hemos dado el impulso, dejemos ahora que los acontecimientos vayan por sí solos. Confiad en el acaso y en mi ingenio.

Dijo, y doña Juana se dirigió hacia el punto donde estaba más animada su fiesta, abandonando al príncipe, que se quedó solo murmurando:

—¡Las mujeres! ¡oh! ¡las mujeres!

VIII

EN EL CUAL SE REFIERE UN ACONTECIMIENTO QUE EN EL SIGLO XIV SE LLAMABA UN GOLPE DE MANO, Y QUE EN EL NUESTRO SE LLAMARÍA UN PLAN POLÍTICO.

Las tinieblas habían envuelto en su manto c luto á Nicosia. Era noche profunda. La ciudad e tera dormía, y el silencio que reinaba en sus call no era turbado más que por el acompasado son c

Digitized by Google

la lluvia, que arrojaban de su seno las preñadas nubes. La atmósfera se presentaba bastante cargada, y las húmedas y silbadoras ráfagas que se engolfaban por las tortuosas calles, presagiaban la vecina tempestad.

A pesar del frío y de la humedad que reinaban, á pesar del viento y de la lluvia, estaba abierta de par en par una ventana del palacio del príncipe de Galilea, y el mismo príncipe estaba asomado á ella descansando la barba sobre el cerrado puño de su diestra, y paseando miradas por el vacío con una avidez y una inquietud tales, que no parecía sino que esperaba ver surgir algo de entre las tinieblas. Una especie de estremecimiento convulsivo agitaba á veces todo su cuerpo; sus ojos centelleaban en ciertos momentos, su frente ardía, y muy á menudo pasaba su mano izquierda por su rostro como para enjugar un ligero sudor frío en que se bañaba, á pesar de la humedad de la atmósfera.

Detrás de él, y sentada en un ancho sitial de cuero, que era entonces uno de los muebles de más uso, y también susceptibles de más elegancia, se veía á una mujer que parecía estar sumergida en una profunda meditación, y que con los afilados y blancos dedos de su mano derecha jugaba distraída con los hermosos rizos, que, rebeldes, se escapaban de la red de oro con la cual entonces las damas aprisionaban su sedosa cabellera.

Esta mujer era doña Juana de Gualveri.

La escena que se va á contar tenía lugar tres días después de la muerte de Leoncio de Rocas.

—¿Nada aún? dijo doña Juana interrumpiendo de pronto su meditación y volviéndose hacia el príncipe.

—Nada, contestó éste con voz sorda.

Hubo un momento de silencio.

—Príncipe mío, dijo á los pocos instantes la

Digitized by Google

cortesana; la tempestad se acerca. Mejor sería cerrar la ventana.

—Mayor tempestad ruge en mi corazón, señora; respondió el príncipe con su misma voz sorda.

Dicho esto, volvió con su mirada á interrogar el espacio, en el cual, sombrías y negras, rodaban sus olas las tinieblas, y haciendo un gesto desesperado, que no pudo reprimir su violenta impaciencia, se apartó de la ventana, murmurando:

—¡Nada! ¡Nada!... Si esto dura una hora más, creo que voy á volverme loco!

Y el príncipe empezó á pasearse por la sala, dando muestras de una viva agitación.

Hubo un rato de silencio, turbado sólo en el interior por los pasos del príncipe, y en el exterior por el silbido lúgubre del viento.

Doña Juana se incorporó sobre su sitial, y arrojó una mirada por la ventana.

—¡La luz! exclamó la de Gualveri con un grito salvaje de alegría.

En el mismo instante se abrió ruidosamente la puerta de la sala en que estaban el príncipe y la cortesana, y apareció un nuevo personaje que se quedó clavado en el umbral.

—¡La luz! dijo también el recién llegado.

Su voz fué como un eco evocado por el grito de doña Juana.

El príncipe se arrojó hacia la ventana.

A lo lejos, del centro oscuro de las tinieblas, brotaba como una estrella una luz débil y amortiguada que parecía suspendida en el aire. El príncipe, cuyo semblante irradiaba, contempló por un momento aquella luz misteriosa que aparecía repentinamente para disipar su inquietud y su impaciencia. Su mirada gozosa la acariciaba dulcemente

—Es vuestra estrella que se levanta en el seno mismo de la tempestad, príncipe mío, dijo la voz suave de doña Juana.

Digitized by Google

Don Juan estrechó con cariño la mano que la de Gualveri le tendía, y volviéndose hacia el personaje que permanecía en el umbral de la puerta, le dijo:

—Acercaos, Martín de Hiero. El farol que mis leales partidarios acaban de encender en lo alto de la torre de San Miguel, me anuncia que está dado el golpe y que han sido presos todos los consejeros de la reina. He reservado para vos, para vos que vais á ser mi primer ministro y consejero, el golpe de más importancia y el puesto de más honor en la revolución. Corred á palacio con aquellos de mis hombres de armas que más os plazcan, y apoderaos de Hugo de Entenza, del infante y de la reina. Pesa sobre ésta una acusación de adulterio, y quiero que cuando vuelva el rey, mi hermano, haile que se ha hecho justicia. ¡Corred!

Martín de Hiero saludó y salió de la estancia.

Todo aquello era obra de doña Juana. Esta mujer, á quien agitaba la fiebre de la ambición, á quien azuzaba el deseo de venganza, lo había meditado y coordinado todo con la sangre fría que da la resolución y con la imperturbabilidad de una conciencia que nada teme.

Tres días le habían bastado para fraguar y poner en obra su plan.

La muerte de Leoncio de Rocas fué un arma poderosa que sirvió de mucho en sus manos; el oro y las promesas del príncipe hicieron todo lo demás. Nadie en la corte dudaba ya de que la reina fuese criminal; y en esparcir estas malignas voces habia andado tan diligente doña Juana, y había sabido ser tan hábil, que todos creían á Leoncio de Rocas víctima de su buena fe y de su corazón. El cadáver de este noble demandaba pronta venanza. Entenza, según públicamente se decía, se abía deshecho de él para quitarse de enmedio un rrible testigo. Todo se reunía para acusar á Hugo

Digitized by Google

y á la reina, mayormente cuando Martín de Hiero, otro de los que habían presenciado la muerte de don Pedro de Gualveri, aseguraba á todos cuantos oirle querían, que la dama tapada era la reina y que había sido conocida perfectamente por Gualveri, el cual les indujera á seguirla para arrancarla el velo, cosa que hubieran fácilmente logrado á no mediar Hugo de Entenza.

La corte toda estaba, pues, decidida en favor de don Juan, y creía ciegamente todas las calumnias que le plugo á doña Juana esparcir.

Verdad es que es preciso tener presente que en la época que esto sucedía, la flor de los caballeros estaba con el rey, llevando á cabo la noble y guerreadora tarea pue éste se había impuesto. En Nicosia no habían quedado más que almas mezquinas, caballeros turbulentos y nobles aventureros dispuestos á ser del que mejor pagara sus servicios. Por eso cuando don Juan apeló á ellos los halló á todos dispuestos y prontos.

Los únicos que eran invencibles y en los cuales nada podían ni ofertas, ni oro, ni calumnias, ni mercedes, eran los tres consejeros que el rey al partir había dejado para cuidar, junto con la reina, de los negocios y asuntos del Estado.

Doña Juana, á quien constaba que no podrían atraérselos, aconsejó al príncipe el golpe llevado á efecto en la noche de que acabamos de hablar. Presos los consejeros, y segura ya la opinión pública, debía darse otro paso y prender á la reina, á Hugo de Entenza y al joven infante. Esta fué la misión encomendada á Martín de Hiero, encarnizado enemigo de la reina, y resuelto á perderla por satisfacer su odio, odio que más adelante sabremos en qué se fundaba, ó por mejor decir, de qué habı nacido.

Don Juan, con la misma impaciencia con qu había estado aguardando que apareciera el farol e

Digitized by Google

lo alto de la torre de San Miguel, estaba esperando entonces la vuelta de Martín de Hiero. Paseábase agitado por la sala, y contestaba sólo por monosílabos á las expresiones con que la de Gualveri procuraba calmarle y tranquilizarle. Es que aquel hombre, empelido por aquella especie de furia salida del averno para perderle, jugaba, en la noche de que hablamos, el todo por el todo.

—Príncipe mío, decía la cortesana; seguro es el triunfo. El paso de hoy os hace el primer hombre del reino; otro paso puede haceros rey. ¡Oh, con qué gusto he de ver un día vuestras sienes ciñendo la corona y vuestra mano empuñando el cetro!

Oyóse en esto el rumor de unos pasos fuera de la sala.

—¡Ya está aquí! dijo el príncipe dirigiéndose hacia la puerta.

Esta se abrió y volvió de nuevo á aparecer Martín de Hiero.

Doña Juana, con aquella profunda é investigadora mirada que ya conocemos, leyó una contrariedad en el rostro de Martín de Hiero.

—¿Qué es lo que ha sucedido? preguntó repentinamente lanzándose de su asiento y antes de que el príncipe tuviera tiempo de hacer la menor pregunta al recién llegado.

—Ha sucedido que hemos sido vendidos.

—¡Vendidos! contestaron á un tiempo el príncipe y doña Juana, mientras que la palidez de la muerte se extendía por sus rostros.

—¿Los consejeros? preguntó el príncipe.

—Han sido ya arrestados por nuestra gente.

—¿La reina? preguntó doña Juana.

—Acabo de dejarla presa en su cámara.

—Pues entonces... murmuró el príncipe.

—Hugo de Entenza y el infante han desaparecido.

Un rayo, que hubiese caído de pronto á sus pies, no les hubiera causado más asombro.

Digitized by Google

—¡Desaparecido!

—He registrado todos los rincones de palacio. No están en parte alguna.

—¿Y habéis interrogado á la reina? preguntó don Juan.

—Sí, pero no se ha dignado contestarme.

Doña Juana, vuelta en sí de su primer momento de estupor, y recobrando la calma y sangre fría que raras veces la abandonaban, se sentó, y dijo entonces con voz ya tranquila á Martín de Hiero.

—Vamos á ver, explicadme cómo ha sido esto.

—¡Sí, sí, explicádnoslo! dijo el príncipe.

Martín de Hiero dijo cuánto había pasado y sabía; pero como nosotros sabemos esto mejor que el mismo Martín de Hiero, se lo explicaremos con más detalles y con más fundamento á los lectores, quienes, para enterarse, no tendrán que hacer otra cosa sino tomarse la pena de aguardar el capítulo siguiente.

IX

EN EL QUE VUELVE Á APARECER UN PERSONAJE DEL CUAL SIN DUDA NUESTROS LECTORES SE HABRÁN COMPLETAMENTE OLVIDADO.

Lo que había pasado era lo siguiente:

Iba Hugo de Entenza á tenderse vestido en su cama, que tenía en el mismo aposento donde dormía el joven infante, para conciliar un poco de sueño, cuando entró un paje en la cámara y le dij que una dama tapada preguntaba por él.

Antes de que tuviera tiempo para contestar

Digitized by Google

dar orden de que se la introdujera, la dama apareció en el umbral de la puerta.

—Señora... murmuró Hugo dando algunos pasos hacia ella y manifestando en su rostro la sorpresa que le causaba tan extraña é inesperada visita.

Una voz argentina y simpática, pero algo trémula, salió de entre los pliegues del manto.

—Haced que nos dejen solos... Necesito hablaros en secreto, dijo la desconocida, que parecía estar vivamente conmovida.

Hugo se volvió hacia el paje.

—¡Retiraos!

El paje saludó respetuosamente y salió del aposento. La dama le siguió con los ojos, y cuando vió cerrarse la puerta, se acercó con viveza el doncel, y le dijo en voz baja y con acento breve y misterioso:

—Hugo de Entenza, la reina está perdida, como lo está el infante, como lo estáis vos mismo si no apeláis á la fuga inmediatamente. En estos momentos estalla la conjuración; en estos momentos los conspiradores están arrestando ó matando en sus casas á los partidarios de la reina, y cuando un farol arbolado en lo alto de la torre de San Miguel anuncie al príncipe don Juan que están ya en poder de los suyos los miembros del Consejo real, el príncipe enviará sus satélites para prenderos á vos, á la reina y al infante. Hugo de Entenza, apresuraos, si en algo apreciáis la libertad, si en algo acaso estimáis la vida.

Todo esto fué dicho precipitadamente, con voz grata y penetrante, con acento tal de verdad, que el doncel ni siquiera se atrevió á abrigar la menor duda. La tapada, al concluir, estrechó cariñosamente la mano de Hugo, como para dar con su acción mayor fuerza á sus palabras.

Entenza se hizo dos pasos atrás como un hom-

Digitized by Google

bre deslumbrado por un vivísimo resplandor, y clavó sus ojos en la desconocida, cual si tratara de atravesar con su mirada el tupido velo que ocultaba su rostro.

—¿Y quién sois vos, señora, que aviso de tal entidad venís á darme?

—Soy, contestó la desconocida, la misma que en distintas ocasiones os ha enviado á vos y á la reina otros avisos misteriosos para que os pusierais en guardia y redoblarais vuestra vigilancia.

—¡Cómo! Esas cartas que la reina y yo recibíamos...

—Eran mías.

—¿Pero quién sois? ¿cómo os llamáis?

La desconocida, por toda contestación á esta nueva pregunta, llevó una mano á su velo y descubrió su rostro. Hugo vió aparecer entonces una encantadora figura de joven, una fisonomía de dulces y suaves perfiles, sobre cuya mate blancura brillaba el fuego de unos rasgados ojos negros. Era un rostro peregrino, una hermosura acabada y perfecta. Hugo se quedó inmóvil. No era ciertamente aquella la primera vez que veía semejante mujer; aquel rostro estaba impreso en sus memorias, y le recordaba alguna escena de su vida, pero su recuerdo le era infiel en aquel instante.

La desconocida leyó la duda en los ojos de Hugo, y el sentimiento de amargura y de pena que hirió su corazón, se pintó en su semblante.

—¡Ah! dijo con melancólica dulzura, Hugo de Entenza me ha olvidado ya. El tiempo me ha hecho desconocida á sus ojos.

—No, no; exclamó Hugo, que luchaba con sus recuerdos, mi imaginación se niega á trasladarme vuestro nombre; pero... dijo de pronto, dando una especie de grito de gozo y de triunfo, pero mi corazón me lo dice. ¡Esperanza!

—¡Por fin! murmuró la joven llevando la mano

Digitized by Google

á su corazón como para contener sus latidos mientras que una lágrima se deslizaba por sus mejillas.

Era, en efecto, nuestra antigua conocida Esperanza, la hija del mesonero á la cual vimos figurar en el primer capítulo de esta verídica historia.

—¡Esperanza! repitió el doncel dando á su voz una amorosa inflexión. ¡Esperanza! ¿sois vos? ¿cómo estáis aquí? ¿cómo sabéis todo eso? ¿cómo estáis metida en ese hervidero de intrigas?

—Todo os lo explicaré más despacio. Ahora no tenemos tiempo más que para salvar á la reina. ¡Corramos, Hugo! Cada momento que pasa para nosotros es una hora ganada por los conjurados. Salvemos á la reina y al infante. Este es vuestro deber y este mi deseo.

—Tenéis razón. Yo no sé cómo sabéis lo que me habéis dicho, pero os creo y me confío á vos. Vamos á advertir á la reina.

Hugo tomó por la mano al joven infante que durante toda esta escena había permanecido al pie de su lecho asistiendo con asombro infantil, y sin entenderla, á la viva conversación que acababa de tener lugar entre nuestros dos personajes.

Los tres pasaron á la cámara de la reina.

Esta al verlos se levantó del reclinatorio en que estaba orando cuando Hugo le hizo entrar recado por una de sus damas de servicio.

Al entrar en la cámara y mientras el niño corría á echarse en brazos de su madre, Esperanza doblaba la rodilla ante ella y la besaba respetuosamente la mano.

—¿Qué es eso? ¿qué sucede? preguntó la reina alarmada. ¿Quién sois, señora? añadió dirigiéndose á Esperanza.

—Es, dijo Hugo contestando por ésta, el genio bienhechor, al cual debemos los avisos misteriosos que hemos recibido, y que hoy, no fiándose ya de

Digitized by Google

la pluma, viene en persona á daros parte del peligro que os amenaza.

—¡Un peligro! exclamó la reina estrechando fuertemente á su hijo entre sus brazos.

Esperanza repitió á doña Leonor, sólo que con algunos más detalles, lo que ya había dicho á Hugo. Concluyó diciéndola que se pusiera en salvo, porque todo había que temerlo de don Juan, y sobre todo de doña Juana de Gualveri, el genio maléfico del príncipe.

La reina escuchó la relación con la mayor indiferencia y hasta con una especie de desdén.

—¡Huir! dijo. ¡Yo, la reina de Chipre! ¡Yo, doña Leonor de Aragón! No, no, que vengan. Estoy pronta á morir, si así lo manda Dios, pero moriré en mi puesto; moriré en el trono en que mi esposo me sentó, y que por él me fué confiado á su partida. Abrid las puertas, y que vengan todos cuantos quieran. Yo no hago traición á mis deberes; mi sitio es este; en él sabré morir.

La reina estaba sublime al decir estas palabras. Su hijo, al que había depositado en el suelo, la miraba fijamente con sus tiernos ojos azules, y, como si estuviera dotado de una inteligencia superior á su edad, parecía con su majestuoso ademán infantil, aprobar lo que decía su madre.

Hugo y Esperanza procuraron hacer comprender á doña Leonor que el peligro era inminente, que era preciso ponerse al abrigo para dejar pasar la furia primera del huracán revolucionario, que se perdía si permanecía allí, mientras que si se ocultaba sólo por algunos días en un secreto asilo que Esperanza le ofrecía, se daría tiempo á que llegase el rey su esposo, el cual debía estar ya en camino á causa de un secreto aviso que le hiciera pasar Esperanza dándole parte de cuanto sucedía en la corte. Esperanza había pensado en todo. Nada pudo hacer variar de resolución á doña Leonor. Si

Digitized by Google

corazón tenía la firmeza y el orgullo de todos los de su familia.

—Pues bien, dijo Hugo, moriré defendiéndoos, apruebo vuestra resolución; así me proporcionáis el medio de cumplir lo que prometí un día á vuestro padre.

Esperanza inclinó su cabeza, y llevó el pañuelo á sus ojos, de los cuales se escapaba un torrente de lágrimas.

—Llamad al capitán de mis guardias, dijo la reina.

Hugo salió y volvió á los pocos instantes con el capitán.

—Capitán, dijo doña Leonor, enviad á uno de vuestros hombres de armas al cuartel de los tercios reales para que vengan inmediatamente á palacio todos cuantos soldados sea posible. Me han dicho que va á estallar una conjuración y es preciso que nos halle prevenidos. Id, y que no se pierda tiempo.

El capitán no se movió.

—¿Habéis oído? Id á ejecutar mis órdenes.

—Señora... dijo el capitán inclinándose y titubeando.

—¿Qué es eso?

—Señora, hay orden para no dejar salir á nadie de palacio. No puedo, pues, mandar á ninguno de mis hombres de armas.

Los ojos de la reina chispearon y Hugo hizo un movimiento de cólera.

—¡Orden! ¿y quién da órdenes en el palacio de la reina? preguntó doña Leonor.

—Es orden que me ha sido dada por el príncipe gobernador de Nicosia.

Hugo no pudo ya contenerse por más tiempo.

—Cuando la reina manda, gritó con voz de trueno, el príncipe don Juan es un vasallo que debe obedecer como cualquier otro. Vos no debéis

Digitized by Google

recibir más órdenes que las de vuestra soberana. La reina lo manda, obedeced, ó por Dios crucificado...

Y Hugo, á quien la cólera cegaba, hizo ademán de llevar mano á su espada.

—¡Caballero! exclamó con orgullo el capitán.

La reina se interpuso.

—¡Retiraos! dijo imperiosamente al capitán, que bajó la cabeza ante la altanera mirada de desprecio que sobre él lanzó doña Leonor.

Hugo iba á salir tras del capitán, que saludó y se salió de la cámara.

—¡Quedaos! dijo doña Leonor deteniéndole por un brazo. Vuestro puesto está aquí, al lado de mi hijo.

En este momento, Esperanza, que tenía fija la vista en una ventana, lanzó un grito desgarrador y exclamó:

—¡El farol! La torre de San Miguel acaba de enarbolar la señal que es vuestra prisión, señora, y quizá la muerte de vuestro hijo.

Hugo se precipitó hacia la ventana y vió brillar en la oscuridad la luz misteriosa que debía servir de seña para que don Juan concluyera de llevar á cabo sus miserables intentos.

En cuanto á doña Leonor, se había quedado inmóvil y muda. Las últimas palabras de Esperanza habían herido con un puñal su corazón.

—¡La muerte de mi hijo! murmuró con voz extraña y particular que sólo, y aun no más que en ciertos momentos, saben tener las madres. ¿La muerte de mi hijo? repitió. ¿Pues qué, se atreverían?...

Y sin concluir la frase estrechó á su hijo contra su corazón cubriendo su tierno semblante de besos y de lágrimas.

—Son capaces de todo, contestó Esperanza. Vuestro hijo, señora, estorba sus criminales inten

Digitized by Google

tos, pues que es el heredero de la corona que don Juan ambiciona para su propia frente. Si no hay otro medio, sabrán levantar el puñal asesino contra su tierno pecho.

—¡Oh, callad, callad! exclamó la reina lanzando un grito convulsivo. ¡Callaos! ¡no digáis eso!... ¡Matar á mi hijo, á mi Pedro! ¿Y quién sería el osado, el vil, el hombre sin corazón y sin entrañas, que se atreviese tan sólo á amenazar á una pobre criatura inocente que no sabe más que balbucear cada noche la oración en que pide á Dios su bendición para sus padres y para los que han de ser un día sus vasallos?... ¡Matar á mi hijo!... Yo creo que estáis loca, señora, cuando decís esto... Tendrían que matarme á mí primero, tendrían que hacerme pedazos antes que llegaran á él.

En esto el infante, que veía á su madre fuera de sí, agitada por la desesperación y por la fiebre, rodeó amorosamente con sus tiernos brazos el cuello de la reina, é inclinando sobre su hombro la cabeza, se puso á llorar en silencio, con ese dolor mudo con que á veces lloran los niños y que conmueve más que cuando estallan en gritos y en sollozos.

—¡Calla! ¡calla, hijo mío, amado mío! empezó á decir su madre, que con sus labios bebía y enjugaba las amargas lágrimas del infante, no llores, no, ¡corazón mío!... no llegarán hasta tí, no se atreverán á eso, yo estaré á tu lado, te serviré de escudo con mi dolor y con mi cuerpo, y ¿qué hombre hay en el mundo bastante malvado para matar á un hijo en presencia de su madre?... ¡Oh! ¡cállate, cállate, amor mío!... Los asesinos tienen también un alma y el llanto de una madre conmovería á un tigre.

Y el niño continuaba llorando, y la madre iba con sus besos á secar en la fuente misma de sus ojos las lágrimas de su hijo.

Era una escena capaz de enternecer al hombre

Digitized by Google

más de bronce. Esperanza había tenido que apartar las miradas y se había dejado caer de rodillas para rogar á Dios en voz baja. Hugo de Entenza, cruzado de brazos, descansando su mano derecha en el pomo de la espada, se mordía el labio hasta hacerse saltar sangre.

De pronto la reina alzó su cabeza echándola hacia atrás como si se le hubiera ocurrido instantáneamente una idea y quisiese consultarla con el cielo. Permaneció muda un breve instante: en seguida, dejando á su hijo en el suelo, dió algunos pasos hacia Esperanza.

—Tenéis razón, dijo á esta última, pueden matar á mi Pedro. Los bárbaros serían capaces de teñir sus manos en sangre de inocentes. Ese farol, y la reina extendió su brazo hacia la ventana, ese farol que brilla allí en la oscuridad, me anuncia que mis consejeros y partidarios están muertos ó arrestados al menos. De un momento á otro, puesto que hasta mis guardias me abandonan, pueden venir para matarme ó para prenderme. Es preciso salvar á mi hijo, salvarle á toda costa. Yo soy la que debo quedarme. Decid, ¿por dónde saldréis de palacio puesto que yo, yo la reina, no puedo mandar que os abran las puertas?

—Por la puertecita secreta del parque que da al campo, contestó Esperanza.

—¿Y quién tiene la llave de esta puerta?

—Yo, señora.

—¿Cómo la habéis adquirido?

—Por conducto de una dama de vuestro servicio que es la misma que se ha encargado siempre de hacer llegar hasta vos los avisos misteriosos que algunas veces os he dado.

—¿Y dónde llevaréis á mi hijo si os lo confío?

—A una casa solitaria que había mandado preparar para que os sirviese de refugio hasta la llegada de vuestro esposo.

Digitized by Google

—Está bien, dijo la reina, que acababa de tomar su resolución; ¿me respondéis de mi hijo?

—Con mi vida, señora.

Esto lo dijo Esperanza con uno de esos arranques de entusiasmo y de lealtad que parten directamente del corazón, y que por lo mismo no engañan jamás.

La reina se dirigió á Hugo, que contemplaba absorto aquella escena.

—Hugo, le dijo solemnemente doña Leonor, vais á partir con mi hijo.

El doncel miró á la reina con sorpresa y contestó dando también á su voz cierto tono de solemnidad:

—Señora, juré un día á vuestro padre que jamás abandonaría á su hija, que si la ultrajaban la defendería, que si peligraba moriría á sus pies.

—Y yo ahora, en nombre de mi mismo padre, os mando que partáis con mi hijo.

El doncel meneó tristemente la cabeza.

—No puede ser, señora.

—Hugo de Entenza, la reina os confía su hijo. ¿Tan crecido es en este momento el número de mis defensores que para tan delicada empresa pueda fiarme en otro?

—Pero, ¿y vos, señora?

—Yo tengo ya mi apoyo en Dios. Yo soy mujer y reina y no será tan fácil que contra mí se atrevan, mientras que para él, para esta tierna criatura puede haber un puñal, un veneno... ¡Oh! ¡me horrorizo sólo en pensarlo!

—Me es imposible dejaros sola y á merced de...

—Hugo, os lo pido en mi nombre, en el de mi padre...

El doncel titubeó.

—No puede ser, señora, dijo por fin.

La reina, que había cogido la mano á su doncel, se la soltó repentinamente, é irguiendo su frente exclamó:

Digitized by Google

—¡Hugo de Entenza, lo quiero!... ¿entendéis?... ¡lo mando!

El doncel hubiera acaso replicado hasta á esta misma orden, si en aquel instante no hubiese llegado hasta el cuarto de la reina el rumor producido por la puerta principal del palacio al abrirse sus pesadas hojas.

—Ya están aquí, gritó Esperanza palideciendo.

La reina, al oír esto, se volvió como un rayo, cogió á su hijo, lo estrechó contra su corazón, le mordió más bien que le besó en la frente, y poniéndolo en brazos de Hugo, le dijo con acento supremo:

—¡Partid!

A Hugo le devoraba la angustia al ver que debía abandonar á la reina.

—¡Señora! se atrevió á decir todavía.

—¡Id! ¡id! gritó doña Leonor con voz terrible. ¿No veis que con cada instante de permanencia aquí me estáis matando? ¿Queréis que llegue á maldeciros por no haber salvado á mi hijo?

Esperanza había salido ya de la cámara. Hugo entonces se precipitó tras ella llevándose en brazos al infante don Pedro.

—¡Ya era tiempo! murmuró casi desfallecida doña Leonor dejándose caer de rodillas ante el crucifijo, que, como sabemos, adornaba una de las paredes de su habitación. ¡Y ahora, señor, que muera yo si es vuestra voluntad divina, pero que viva mi hijo!

Acababa la reina de inclinar su cabeza luego de pronunciadas estas palabras, cuando la puerta de su cámara, empujada rudamente, se abrió de par en par para dar paso á unos soldados que se quedaron en el umbral y á un hombre que se adelantó hasta un tercio de la habitación.

Era Martín de Hiero.

—¿Qué es esto? dijo la reina levantando la cabeza

Digitized by Google

Martín de Hiero iba á dar cuenta de su comisión.

—Señora... empezó á decir.

—¡Silencio! exclamó la reina interrumpiéndole. ¿Así se entra en la habitación de una reina, de una dama? ¿No había nadie en mis antesalas, para haceros anunciar? ¡Salid de aquí!... ¡Fuera, os digo! Antes de cumplir vuestra misión, sea cual fuere la que traigáis, buscad un paje que os anuncie.

Y doña Leonor señaló la puerta á Martín de Hiero.

Este, que se sentía abrasar por la ira, supo no obstante, reprimirse, y se salió de la cámara. Un paje entró recado y la reina entonces concedió el permiso para que Martín de Hiero pasase adelante.

El embajador del príncipe volvió á entrar en la habitación en medio de la cual, y de pie, le estaba esperando doña Leonor. Esta supo encontrar una fulminante mirada de desprecio con que detener á Martín de Hiero á cierta distancia.

—Podéis hablar, le dijo. La reina os escucha.

Martín de Hiero estaba turbado y confuso. La majestad de la soberana le imponía; la mirada despreciativa de la mujer le había helado.

—Señora, dijo por fin con voz más humilde de lo que era su intención, la nobleza de Chipre, en virtud de circunstancias extraordinarias, ha nombrado esta noche un consejo supremo compuesto todo de individuos de su seno, y este consejo ha revestido á don Juan, príncipe de Galilea, con las facultades de gobernador del reino durante la ausencia del monarca. El mismo consejo, señora, me ha dado el encargo de presentarme á V. A. para decirla que quedaba arrestada en su propio palacio y cámara hasta nueva orden.

—¿Es esto todo? dijo la reina con voz que no tenía la menor sombra de emoción.

—Todo, señora.

—Está bien... ¡Retiraos!

Digitized by Google

Martín de Hiero saludó y se dirigió hacia la puerta, donde se encontró con el capitán de guardias que le habló en voz baja. A consecuencia de lo que éste le dijo, el de Hiero se volvió y se adelantó hacia la reina.

—¿Señora? exclamó.

—¿Todavía estáis aquí?

—Acaban de decirme que en ningún punto del palacio se encuentra al infante don Pedro.

—He dicho que os retirarais, dijo la reina interrumpiéndole. Habéis cumplido ya vuestra embajada. Salid, pues, de aquí y pasad á la antesala, que es allí donde está el sitio de mis guardias.

Y doña Leonor se volvió de espaldas.

Martín de Hiero, á quien ahogaban la cólera y la saña, se salió de la cámara real cerrando los puños y clavándose las uñas en sus palmas.

Esto era lo que había pasado y lo que hemos podido contar á nuestros lectores mejor y con más datos de los que no pudo contarlo el mismo Martín de Hiero al príncipe y á doña Juana.

X

Aclaraciones.

Dejemos por un momento á Hugo de Entenza, al infante y á Esperanza que vayan á buscar un seguro asilo en el sitio por la última dispuesto, y no perdamos tan pronto de vista á la desdichad reina á quien acabamos de ver caer en manos c sus audaces y crueles enemigos.

Estos habían decidido perderla, y perderla

Digitized by Google

toda costa, apelando á cualquier recurso, valiéndose de cualquier medio.

Tres eran sus principales y más encarnizados contrarios: don Juan, que veía en ella y en su hijo sobre todo un obstáculo poderoso al logro de sus secretos y criminales intentos; doña Juana de Gualveri, que abrigaba hacia ella uno de esos tenaces y robustos odios como sólo saben nutrir aquellos corazones que ni se arrepienten ni perdonan; y Martín de Hiero que por haber osado elevar un día hasta ella la torpe declaración de un deshonesto amor y por haber sólo recibido la contestación á que se hiciera acreedor, había ido amasando en su pecho un sentimiento de venganza profundo é implacable, tanto más profundo cuanto mayor había sido el desengaño de sus impúdicos deseos. Estas tres almas malvadas se habían perfectamente comprendido y aunado sus fuerzas para el logro de sus comunes intereses.

La ocasión era propicia. El rey estaba ausente, los cortesanos que habían quedado en Nicosia, salvas algunas excepciones, eran adictos en cuerpo y alma al príncipe de Galilea; la reina por consiguiente estaba sola.

Doña Juana, con este espíritu de intriga que ya en ella conocemos, fué la que se encargó de todo. Un día, los lectores lo recordarán, había contado al príncipe una historia, y quiso que esta historia fuese una realidad. En doña Juana por otra parte obraba también, como secreta espuela de su vengativa actividad, el deseo de perder á Hugo de Entenza, el hombre que había cometido para ella el crimen de no caer á sus pies rindiendo homenaje á su hermosura.

Así como el imán atrae el hierro, la maldad atrae á la bajeza; doña Juana impetró el apoyo de Martín de Hiero, y tuvo con él una larga y secreta conferencia de la cual nada pudo nunca traslucir

Digitized by Google

ni la misma Esperanza, que parecía estar en todos los secretos de doña Juana, y que, como veremos más adelante, tenía motivos para estar en ellos. Los dos malvados se dieron, sin duda, pruebas legales de su mutua confianza, abrazaron juntos el mismo proyecto, y combinaron su plan en consecuencia.

Este plan lo conocemos ya en parte. Víctima fué de él el demasiado complaciente Leoncio de Rocas, cuya muerte no podía acaecer más á tiempo para servir á los intereses de doña Juana. Esta entonces puso el grito en el cielo, y apoyándose en que el cadáver de Leoncio de Rocas pedía venganza, acusó resueltamente á la reina fundándose en conversaciones que decía había tenido con el difunto. Martín de Hiero por su parte, fingiendo una mal comprimida cólera á la noticia de la muerte de su amigo, contó á todos los que quisieron oírle el lance tal cual, según él, había pasado cuatro años antes á las puertas mismas de Barcelona.

La calumnia, á la que la impremeditación y la imprudencia de Hugo daba ciertos visos de verdad, cundió rápidamente y se propagó por la corte como un veneno sutil por las venas de un hombre.

Doña Juana tomó pretexto de todo ello para aconsejar á los partidarios de don Juan á que, en nombre de la nobleza, se eligiese un consejo provisional que delegase en el príncipe las facultades de gobernar el reino, ínterin no se desvanecían los cargos que la opinión pública hacía pesar sobre la reina.

La ausencia del rey, que tanto favorecía á los enemigos de la reina, hacía que los parciales de don Juan fuesen osados.

El consejo se nombró, y su primera determinación fué la de revestir al príncipe con facultades extraordinarias é ilimitadas, en virtud de las cua-

Digitized by Google

les mandó arrestar á la reina en su propio palacio, encomendando inmediatamente á la ilustración y justicia del consejo la causa ó proceso que no podía menos de formarse á doña Leonor, acusada públicamente de adúltera y perjura.

Don Juan, siempre movido y aconsejado por la de Gualveri, que era el verdadero jefe de la revolución, quería en todos aquellos acontecimientos fingir y aparentar un papel noble y caballeresco. Hizo como que empuñaba las riendas del gobierno sólo para contener un desborde de las pasiones populares, é instó al consejo á fin de que cuanto antes diese su fallo en el proceso, para poder un día decir á su hermano don Pedro, que no dejaría de presentársele á exigirle cuentas de su conducta:

—Hermano mío, yo soy el salvador de vuestra honra mancillada. Vuestra esposa os había villanamente faltado, no sólo siendo vuestra compañera en el trono, sino aun antes de enlazarse con vos. Ved sino el proceso contra ella formado por el consejo de nobles, que en vista de los escándalos de la reina se decidieron á nombrar la nobleza y el pueblo. Abridme, pues, vuestros brazos, hermano, y estrechadme en ellos cordialmente como al reparador del agravio hecho á vuestra honra y como al salvador del trono durante vuestra ausencia.

Don Juan, que era hombre de acción, no podía dudarse, pero al cual faltaban la audacia y la osadía que sobraban á la de Gualveri, se arredró al saber la desaparición del infante y de Hugo de Entenza. Doña Juana, al contrario, vió en ello un nuevo puerto de salvación y creyó que aquella circunstancia había de ser tan fatal como la muerte de Leoncio de Rocas para la causa de la reina. No se engañó. La fuga hizo creer en la culpabilidad de Hugo, y la calumnia entonces pudo pavonearse ufana, pues que se había completamente vestido con el traje de la verdad.

Digitized by Google

El proceso contra la desdichada reina se siguió con actividad y sin descanso. Fué oído Martín de Hiero como principal acusador, se recibieron las declaraciones de doña Juana y de todos los que habían hablado del asunto con Leoncio de Rocas, contaron las confianzas que sobre los pretendidos amores de la reina con Hugo hicieron servidores interiores del palacio á los cuales el oro desató la lengua, y no faltaron testigos que, bien aleccionados por la de Gualveri, dijeron cuanto se quiso que dijeran.

Se supo urdir tan bien la trama, que el consejo, aun cuando hubiese sido el más imparcial del universo, no tenía otro recurso que condenar á la acusada. Quedó sobre todo probado, pero de un modo ya casi irrecusable, que la reina era la que había sido defendida por Hugo de Entenza en la aventura que causó la muerte al esposo de doña Juana.

¡Es asombroso como á veces la maldad lo halla todo fácil y encuentra á mano cuantas pruebas necesita para apoyar sus infamias!

Doña Leonor, á la que se vigilaba cuidadosamente, se mostraba tranquila y serena. Sólo se hubiera podido observar en ella que cada día aumentaba su palidez. Era que deponía cada noche la máscara de tranquilidad y calma que su dignidad daba á guardar á su rostro durante el día; era que de noche, á solas con su dolor, se entregaba á sus sufrimientos; era, en fin, que de noche lloraba sin tregua ni descanso, porque era hora en que nadie podía burlarse de su llanto y en que ninguna mirada indiscreta podía ir á buscar en sus mejillas las amargas lágrimas de hiel que por ellas silenciosamente resbalaban.

Como es consiguiente, tuvo noticias del proceso que se la formaba y fué varias veces requerida para defenderse. Jamás lo hizo, jamás pudo lograr el

Digitized by Google

tribunal que despegase sus labios. Su dignidad como reina se lo impedía, su orgullo como miembro de la casa de Aragón se lo mandaba.

—¡Calumnia! ¡calumnia! ¡infame y vergonzosa calumnia!

Esto fué solo lo que en todo el período que duró el proceso se pudo arrancar á sus labios.

¡Pobre mujer! ¡pobre víctima! ¡pobre mártir! Las pasiones desbordadas rugían como monstruos feroces en torno suyo, las víboras de la maledicencia silbaban á sus pies, los reptiles de la calumnia se arrastraban á su lado, y ella, no obstante, serena siempre, fiaba en su conciencia, en su virtud, en su inocencia y en Dios, al que cada noche pedía en amante rezo que le diera fuerzas para proseguir con valor sus horas de prueba y sus días de lucha. Si á lo menos hubiese tenido con ella á su hijo, sus horas de sufrimiento y de amargura hubieran ido mezcladas con esos puros desahogos maternales que ensanchan el corazón de una madre, y truecan para ella una choza en un palacio, un desierto en un mundo.

En tal estado se hallaban las cosas é iba siguiendo el proceso su curso con toda actividad, cuando un día ó por mejor decir una noche, á hora ya algo adelantada, se paró una litera ante la puerta de la casa que habitaba en Nicosia el noble Martín de Hiero. Los dos pajes que con antorchas encendidas iban alumbrando en su marcha á los cuatro servidores que llevaban la litera, llamaron ruidosamente á la puerta é hicieron pasar recado al dueño de la casa advirtiéndole que una dama deseaba hablarle.

La dama, que no era otra que doña Juana de ualveri, bajó de la litera y fué introducida en el ıón donde estaba Martín de Hiero ocupándose en ıuntos domésticos con su intendente. Este se sa- ó al ver entrar á la dama.

Digitized by Google

—Algo ocurre, señora, cuando á semejante hora de la noche venís á honrar mi casa, dijo el de Hiero acompañando á doña Juana hasta el sitial de honor que había en aquella época en todos los salones de los nobles, y besándole galantemente la mano.

—Ocurre en efecto una gran novedad, dijo doña Juana sin aceptar el sitial que la ofrecía el dueño de la casa: el rey llega mañana.

—¡El rey! exclamó el de Hiero palideciendo.

—El rey, repitió la de Gualveri con toda tranquilidad y sin ninguna emoción en la voz, como si al presentarse á dar esta noticia á su cómplice hubiese ya tomado una resolución y obrase sólo con arreglo á un plan trazado de antemano.

—¿Como habéis sabido su llegada?

—Tengo mis espías en el campamento real. A consecuencia de un mensaje secreto que recibió el rey, abandonó repentinamente todos sus planes de conquista, cedió el mando al más experto de sus generales, y acompañado de un solo capitán se puso en camino para regresar á Nicosia. Ha desembarcado ya en Famagusta, y el servidor que me ha traído esta nueva, sólo le precede de un día. Viaja de incógnito y esto prueba que se halla enterado de todo. Alguien nos ha vendido. El rey quiere presentarse de improviso y sorprendernos.

—¿Lo sabe el príncipe?

—¿Por quién me tomáis á mí? dijo desdeñosamente doña Juana. El príncipe es solo la palanca que nosotros dos manejamos; el príncipe, á quien ciega su ambición, debe ignorar muchas cosas que á nosotros solos toca saber; el príncipe, en fin, debe sólo saber ó la llegada del rey á Nicosia ó...—y aquí la de Gualveri se acercó á Martín de Hiero para h blarle en voz muy baja,—ó la noticia de su muert

Martín de Hiero se estremeció, pero no dijo nad Doña Juana continuó, bajando la voz:

Digitized by Google

—Si el rey llega, estamos perdidos. El consejo no ha terminado aún el proceso; la presencia del soberano puede turbar á los consejeros y hacerles ver de un modo distinto las pruebas que laboriosamente hemos ido reuniendo para poner de manifiesto la culpabilidad de la reina. Si el rey llega, se presentará Hugo de Entenza con el infante, y Hugo de Entenza, que por algo ha huido, pues no será ciertamente por cobardía; que algo debe saber cuando se ha ocultado con el infante á causa sin duda de aviso secreto del que nos vende, Hugo de Entenza puede presentar pruebas que podrá muy bien haberle dado el traidor que se oculta de seguro entre nosotros, y á consecuencia de estas pruebas destruirse nuestros planes y peligrar nuestras cabezas. Si el rey llega, todo hay que temerlo del primer arrebato de su cólera:—y ya sabéis que es inflexible en sus principios é indomable en sus iras. Si el rey llega, por fin, su esposa puede decirle que un día os habéis atrevido á caer á sus pies declarándola el violento amor en que se abrasaba vuestro corazón, y que por no haber doblegado su virtud á vuestros deseos, vos os alzasteis jurando vengaros y perderla. Reflexionadlo todo bien, Martín de Hiero, y ved si estáis decidido á ser hombre, á jugar el todo por el todo, á perderle á él ó á perderos vos. Hay instantes en la vida en que es preciso sacrificarlo todo á una idea. Pensad como piensa un hombre, y decidíos.

—Tenéis razón, dijo Martín de Hiero, que había escuchado á doña Juana con fría y aparente calma; tenéis razón, señora. El rey no debe llegar á Nicosia.

La de Gualveri alargó la mano al de Hiero y estrechó la de éste con una fuerza verdaderamente varonil.

—En buen hora, dijo. Veo que vos no sois un niño como el príncipe, y que sabéis poneros á la

Digitized by Google

altura de las circunstancias obrando como conviene. ¿Estáis, pues, decidido?

—Estoy resuelto.

—No hablemos más. Don Pedro no llegará á Nicosia y la corona ceñirá las sienes del príncipe. Nos deberá á nosotros dos el trono.

—Combinemos un plan, dijo Martín de Hiero.

—Lo tengo ya combinado, contestó sonriendo la cortesana. Yo pienso en todo. Decid, ¿os acordáis que un día, por si acaso, como entonces pensábamos, era preciso deshacernos de Hugo de Entenza, me hablasteis de un hombre, de un perdonavidas, de un aventurero, cuyo puñal y cuyo brazo me dijisteis que se podían comprar con un poco de oro?

—Sí, recuerdo que os hablé de Laonte el *Acuchillado*.

—¡El *Acuchillado!*... Precisamente, este nombre dijisteis. ¿Dónde podríamos ahora encontrar á este hombre?

—En su propia casa quizá.

—¿Sabéis dónde vive?

—Perfectamente.

—Pues entonces dadme vuestro brazo y servíos acompañarme.

—¡Cómo, señora! ¿Queréis ir vos misma?

—Negocios de tal cuantía nadie los arregla mejor que el propio interesado.

—Enviémosle á buscar.

—Al contrario, vamos á buscarle nosotros mismos.

—Es un hombre brutal, un asesino de oficio.

—Mas que fuera el diablo en persona. Yo conozco los conjuros.

—¿Estáis decidida?

—Os diré como vos hace poco: estoy resuelta.

Martín de Hiero, que cedía ante la voluntad indomable de aquella mujer y que comprendía que en ella estaba su salvación, ciñóse su espada y su

Digitized by Google

daga, tomó su capa, y después de haber escogido una gorra sin plumas para no ser tan fácilmente conocido en caso de un inesperado encuentro, alargó la mano á doña Juana. Esta se cubrió el rostro con su manto para combatir la humedad de la noche, y salió de casa del caballero, del brazo de éste, por una puerta excusada de la misma casa.

De este modo los servidores de Martín de Hiero y los que allí habían acompañado á doña Juana, no vieron salir á sus respectivos amos y pudieron creerles en el salón ocupados en su conferencia.

XI

Laonte el Acuchillado.

Para llegar á la casa de Laonte, situada á un extremo de la ciudad y muy cerca del robusto cinturón de antiguas murallas que ceñía á Nicosia, se tenía que atravesar un barrio de callejuelas formadas de barracas, chozas y habitaciones raquíticas y mezquinas donde se acogían todos los siervos pobres, vagabundos y gente miserable de la población.

Una de las calles centrales de este barrio desembocaba en una especie de plazuela, á un lado de la cual había tres ó cuatro chozas y al otro se elevaba la citada casa. Era ésta una vivienda mezcla de casa y de barraca, de un aspecto particular, de una apariencia casi fúnebre por lo que luego diremos.

En primer lugar estaba enteramente aislada de las demás moradas, y tres groseros escalones de

Digitized by Google

piedra, que hacía necesarios la desigualdad del terreno, conducían á la única puerta que se veía en su fachada. Esta se hallaba desprovista de todo adorno. Las piedras salientes y agrietadas, sin apariencia de cal en sus junturas, sin orden, método ni simetría, parecían haberse amontonado confusamente por una mano inhábil, con la intención de hacer un depósito de piedras más bien que de construir la pared y la fachada de una casa. Sólo constaba de un piso, y aun éste, por lo que daba de sí la planta general de la vivienda, debía ser muy reducido y podía contener dos ó tres habitaciones todo lo más. Las dos ventanas únicas que figuraban en la fachada, especie de aberturas que mejor se hubieran creído producidas por una demolición parcial que abiertas al intento, se veían sin embargo rigurosamente cerradas por unos postigos de madera agujereados cada uno por dos hendiduras en forma de cruz, hechas al efecto de que penetrara luz en el interior cuando estaban del todo cerrados los citados postigos. De estas dos ventanas, la una era la del comedor y cocina que se reunía todo en una sola pieza, la otra era la del cuarto de dormir que servía también de sala de recibo. Pero, si algo había que pudiera añadir un nuevo grado de terror al que vagamente infundía el aspecto sombrío de esta casa, era sin disputa la vista del pequeño cementerio de la parroquia que á espaldas de la misma se veía extenderse en una especie de anfiteatro. La casa hacía el efecto de un monumento fúnebre colocado á la puerta del campo de los muertos.

Tal era la morada, perteneciente antes al sepulturero, que había elegido para sí el aventurero Laonte, con el cual vamos en este capítulo á trabar estrechas relaciones.

Laonte, en el instante en que nos introducimos en su casa por el ojo de la llave, que es en lo que

Digitized by Google

un autor de novelas se parece á un duende, por serles á entrambos posible introducirse en una habitación á través de las paredes, y sin permiso del dueño, como el fantasma del *Convidado de piedra:* Laonte, decíamos, se hallaba en el comedor cocina sentado junto á una mesa, medio echado de bruces sobre ella, en contemplación ante tres monedas de plata que brillaban al pie de un jarro de barro común y de un cifo, que tal nombre se daba en aquel siglo á unas tazas en forma de barquillas, muy en uso anteriormente entre la aristocracia. Una lámpara, también de barro, alumbraba con escasa y débil luz la habitación.

Laonte merece que le dediquemos algunas líneas, ya que en esta obra, siquiera sea de paso, va á figurar como uno de los personajes de más interés.

No era un fanfarrón como acostumbraban á ser los de su clase; era verdaderamente bravo hasta el exceso, y hubiera podido ser muy bien un héroe si no hubiese sido un miserable asesino, pronto á vender su puñal á quien más le ofreciese y mejor se lo pagase. Su carácter fogoso, irascible y apasionado le hacía á veces feroz y cruel. Era de estatura baja, de cabellos rojos, de mirada fosca y sombría, de nariz torcida; la sonrisa fría y desdeñosa que sin cesar vagaba por sus labios, comunicaba á su rostro algo de la hiena que se estremece de gozo al divisar la presa; tenía un aspecto repugnante, y contribuía á darle cierto viso de ferocidad una enorme cicatriz que de su ojo derecho bajaba hasta su barba, partiéndole el labio superior por un extremo. Esto era lo que le había valido el nombre de *Acuchillado,* con el cual era más conocido que por el de Laonte.

—¡Mil legiones de demonios con sus escuderos! ¡cuando pienso que esas tres miserables monedas de plata son todo mi caudal! exclamaba el asesino

Digitized by Google

con la vista fija en las monedas; ¡cuando pienso que están ya apurados todos mis recursos y que no hay de qué echar mano! ¡Por los cuernos de Satanás! ¿Será posible que un hombre como yo se vaya á morir de hambre? ¡Estaría bueno!—Y alargando la mano se apoderó del cifo cuyo contenido apuró de un sorbo.—Es preciso buscar recursos, añadió al cabo de un rato con voz máa ronca y oscura; aun cuando los tiempos estén malos, es fuerza hacerlos producir. ¿Qué se diría de Laonte el *Acuchillado?* ¡Mil legiones de demonios con sus escuderos!

Y descargó un terrible puñetazo sobre la mesa, á cuyo golpe, como si fuera un eco, contestó otro aplicado á la puerta de la calle.

Laonte paró el oído y permaneció un instante escuchando, como si dudase de que era á su puerta á la que se había llamado. Otro golpe recio le quitó toda duda. El asesino, por una medida de precaución á la que nunca faltaba, descolgó su puñal que pendía de un clavo en el muro y lo pasó á su cinto, metió en el bolsillo las monedas de plata, y tomando la lámpara avanzó hacia la puerta por el corredor que cruzaba por entre las dos principales habitaciones de la casa.

—¿Quién va? preguntó:

—Abrid y lo sabréis, contestaron desde fuera.

—¿Pero quién es?

—Yo.

—¿Y quién es yo?

—Yo. No gusto de vociferar mi nombre cuando voy de incógnito.

—Pero...

—¡Hola! dijo la voz del exterior. ¿Laonte el *Acuchillado* tiene miedo de abrir su puerta?

—¡Yo! exclamó el asesino con una especie de gruñido que revelaba la cólera que en su pecho acababan de despertar las expresiones del desconoci-

Digitized by Google

do. ¿Yo miedo de abrir?... Mil legiones de demonios con sus escuderos!

Y acercándose á la puerta, dió vuelta á la llave, abriendo de par en par las hojas y colocándose orgullosamente en el umbral del corredor.

—¿Quién ha dicho que yo tenía miedo? exclamó abierta ya la puerta. ¿Quién lo ha dicho? Mil legiones de...

—Cerrad la puerta y suspended vuestros juramentos, Laonte. Acompaño á una dama, dijo Martín de Hiero entrando en la casa con doña Juana, que cubría su rostro con el manto.

El *Acuchillado* llevó cortésmente la mano á su gorro de pieles, haciendo un tosco saludo, y apresurándose á cerrar la puerta introdujo á sus huéspedes en su dormitorio que, como ya sabemos, era el salón donde recibía á las personas de calidad que muy á menudo acudían á él para comprarle su puñal.

—¿En qué puedo servir á vuestra señoría? dijo Laonte así que hubieron entrado en el cuarto.

—¿Estáis solo en casa? preguntó Martín de Hierro.

—Solo enteramente, contestó Laonte que miraba con curiosidad á la tapada.

—¿Nadie puede oírnos?

—Nadie, como no sean los muertos del cementerio vecino, dijo Laonte acompañando esta grosera chanza con una de aquellas sonrisas que le asemejaban á una hiena.

Doña Juana, que hasta entonces había permanecido en silencio y tapada, descubrió su rostro y clavó su escudriñadora mirada en el asesino, que la saludó respetuosamente al ver desprenderse su elo.

—¿Me conocéis? preguntó sorprendida de aquel novimiento.

—¿Quién no conoce á la dama más hermosa de

Digitized by Google

Nicosia? contestó Laonte procurando endulzar su voz bronca y desagradable.

—Si me conocéis pues, contestó doña Juana pagándose poco de su galantería, ya sabéis que tengo poder para castigar á quien me venda, y oro para recompensar á quien me sirva.

El bandido se inclinó. Conocía en efecto á doña Juana de Gualveri y sabía que como querida del príncipe de Galilea, podría hacerle ahorcar sin ceremonia el día que se le antojase. Trató pues de servirla en cuanto le pidiese, mayormente cuando lo que le pediría volvería sin duda á restablecer el perdido equilibrio de su bolsillo, asaz mal parado á juzgar por el soliloquio á que le hemos oído entregarse poco antes de la llegada de sus nobles huéspedes.

—Señora, disponed de mí, de mi corazón, de mi brazo, de mi puñal y de mi vida, dijo el *Acuchillado* con cierto respetuoso orgullo. Yo soy el servidor más adicto de la belleza y de las damas, sí, mil legiones de demo...

—¡Laonte! gritó severamente el de Hiero.

—Es verdad, dijo el *Acuchillado* interrumpiéndose. Perdone vuestra señoría: ¡esa maldita costumbre de jurar á cada paso!

Doña Juana dió un paso hacia Laonte, y le dijo, clavando en él los ojos con una fijeza tal que obligó al bandido á bajar los suyos:

—¿Queréis matar á un hombre?

—Aunque sea á dos, señora. Es mi oficio, contestó lacónicamente el *Acuchillado*, con el mismo tono sublime con que un héroe á quien se hubiese encomendado una empresa de gran valía hubiera podido responder sencillamente: Moriré en la demanda.

—¿Qué precios tenéis fijados? ¿qué tarifa es la vuestra? preguntó doña Juana, cuya imponente serenidad varonil no se desmentía en ella ni un

Digitized by Google

solo momento. Hablad sin reparo, no venimos aquí para regatear.

—Los precios son según y conforme. Dependen de la calidad de la víctima. Así, por ejemplo, si es un hombre vulgar...

La dama hizo un movimiento negativo con la cabeza. Laonte prosiguió:

—Si es un simple caballero...

—Pica más alto.

—Si es un barón...

—Algo más.

—Si es un príncipe...

—Más todavía.

El *Acuchillado* levantó asombrado los ojos y dejó oír aquel chasquido que se percibe cuando un hombre á quien algo sorprende y pasma hace chocar su lengua contra el paladar.

—¿Os arredraría que la persona que designara yo á vuestro puñal, fuese algo más que príncipe? dijo doña Juana.

—No, ¡mil legiones de demonios con sus escuderos! exclamó Laonte, á quien esta vez no pudo estorbar el de Hiero que soltase su juramento favorito. No, señora, á mí nada me arredra, aun cuando fuese el mismo rey don Pedro en persona, ¡que Dios guarde! añadió quitándose su gorro de piel para saludar, como hacían los buenos vasallos cuando hablaban de su monarca.

—Le habéis nombrado ya, dijo doña Juana yéndose directamente al asunto, como mujer de resolución.

—¡Ah! ¿es él?...

—El rey, sí, el mismo rey don Pedro en persona, que Dios guarde, como vos decís, contestó doña Juana con una de esas irónicas sonrisas y una de esas cortesanas expresiones de sarcasmo que venden la maldad de un corazón. Vamos á ver, ¿qué precio tiene el rey para vos?

Digitized by Google

Laonte no se paró ni á reflexionar siquiera.

—Cuatrocientos escudos de oro, suma redonda, dijo volviendo la cabeza por creer que cantidad tan enorme para aquella época iba á promover una negativa de doña Juana.

Lejos de esto. La cortesana aceptó, pues que le dijo:

—Y á ello añadiré, si os conviene, un despacho de capitán en los tercios provinciales.

El asesino se inclinó radiante de gozo. Proposición tan magnífica le volvió loco de contento, y, á no ser por las conveniencias, se hubiera arrojado á los pies de la dama á besar el polvo de sus zapatos.

Doña Juana sacó un repleto bolsillo de su escarcela y dejándolo caer en la huesosa mano del *Acuchillado*, le dijo:

—Aquí hay próximamente la mitad de la suma. Todo lo demás os lo daré mañana por la noche cuando me traigáis la sortija con el sello real que jamás ha abandonado el dedo meñique de don Pedro.

En seguida empezó á dar instrucciones al asesino. Le dijo cómo iba vestido don Pedro, que viajaba de incógnito, quien era el capitán que le acompañaba, y el camino que debían seguir de Famagusta á Nicosia. Doña Juana parecía estar perfectamente enterada.

—Si es necesario, y para mayor seguridad del golpe, le dijo en conclusión, haceos acompañar de alguno de vuestros camaradas, pero sin descubrir el secreto. Nadie más que vos debe saberlo, y si llegáis á revelar lo que hoy ha pasado entre nosotros, mi venganza sabrá encontraros aun cuando os ocultasen las entrañas de la tierra. Doña Juana de Gualveri sabe recompensar á los que la sirven, pero sabe también vengarse de los que la venden Tenedlo entendido.

Digitized by Google

Laonte hizo una profunda reverencia, inclinándose hasta el suelo. Doña Juana era ya para él no una mujer, sino un ídolo.

Acabaron de quedar ajustados, se combinó todo el plan entre los tres, diéronse cita para la noche del siguiente día, y doña Juana, volviéndose á cubrir el rostro y apoyándose en el brazo de Martín de Hiero, salió de la casa del asesino.

Este último tuvo abierta la puerta hasta que les hubo perdido de vista tras de las barracas por entre las cuales se introdujeron. En seguida cerró la puerta, dejó en el suelo la lámpara, y, fuera de sí de alegría, levantó un pie al aire, y trató de hacer una pirueta para dar satisfactoria expansión á su gozo; pero desgraciadamente era de miembros poco flexibles, y fué á dar con su humanidad en el suelo, recibiendo un recio costalazo. El golpe no le hizo ningún efecto: su júbilo quitaba sus males. Se incorporó, se sentó en el suelo y murmuró, abriendo unos ojos de á palmo:

—¡Cuatrocientos escudos de oro y capitán de tercios!... ¡Mil legiones de demonios con sus escuderos montados en grifos! Esta colita agregada á su juramento habitual era el *non plus ultra* de Laonte, era lo que en las circunstancias solemnes y en los momentos decisivos añadía á su voto favorito. ¡Cuatrocientos escudos de oro y capitán de tercios! repitió con una expresión de verdadera alegría salvaje. ¡Oh! ¡esa mujer es digna de sentarse en un trono, y por los cuernos de Belcebú, que he de pedirle cuenta al príncipe don Juan cuando se proclame rey, si á ella no la hace reina!

Digitized by Google

XII

¡Pobre reina!

Tristemente se lamentaban las campanas de las iglesias de Nicosia doblando á muertos, en tanto que las gentes se empujaban á las puertas del templo de San Miguel, donde acababa de ser depositado el cadáver del rey don Pedro. El monarca de Chipre era universalmente querido, y su muerte fué llorada por todos los buenos y leales vasallos que con terror veían á don Juan y á su partido al frente de los negocios del reino.

Tan pronto como se supo la infausta y alevosa muerte del rey, que había sido asesinado á pocas leguas de Nicosia, á donde se dirigía de incógnito para poner orden en todo lo que sucedía, conmovióse contra el consejo una parte del pueblo, pero el príncipe don Juan, que tenía ganada la nobleza y el ejército, se hizo nombrar en el acto regente del reino, y desplegando un imponente aparato militar, hizo que forzosamente se calmaran los ánimos.

La muerte misteriosa del rey abrió nuevo campo á las venenosas víboras de la calumnia, y circuló en seguida la voz de que Hugo de Entenza, que había, como sabemos, desaparecido, era quien había comprado los asesinos que clavaran sus alevosos puñales en el pecho del monarca. Hugo, se decía, temía la cólera del rey, que no hubiera pc dido menos de estallar justa y terrible sobre la ca beza de doña Leonor. Se añadía que el rey habí sido llamado secretamente por don Juan y que s

Digitized by Google

dirigía á Nicosia para hacer perecer en el tormento á Hugo de Entenza. ¡Oh! ya lo sabemos, la calumnia es pródiga cuando se ensangrienta y encarniza con una persona. Todo esto, como se comprenderá, era obra de doña Juana, de doña Juana, mujer aleve y descreída que no podía ya vivir sin hacer daño, como aquellas *rayas* que crecen á orillas del Orinoco y que no pueden dar un paso sin engendrar un gusano venenoso.

Avezada ya á la calumnia, á la maldad y al crimen, aquella mujer seguía impávida su camino sin temor ni respeto á nada, siendo el ángel malo del príncipe y arrastrándole en su fogosa carrera. Sin embargo, no tenía un solo momento de tranquilidad y calma; vivía en el cieno inmundo de las intrigas, y temblaba á cada instante de que una circunstancia cualquiera fuera á destruir la tela laboriosamente urdida de sus tenebrosas tramas. Hay situaciones en que el crimen arrastra consigo tantas torturas, tantas angustias, tantos roedores desengaños, que, á ser posible, debería ofrecérsele en espectáculo á la manera de los espartanos, que para hacer tomar en horror la embriaguez, ofrecían á sus hijos su degradante imagen.

Don Juan, cuando hubo á duras penas calmado el tumulto que hervía, y apaciguado con el látigo de crueles castigos la efervescencia de los pocos partidarios de don Pedro que se arriesgaron á levantarse, intentó, pero no se atrevió, á coronarse, como le aconsejaba la de Gualveri, que hallaba propicia la ocasión. Temió despertar la cólera del pueblo si alargaba la mano para robar de las sienes de un niño la corona que á éste pertenecía de derecho.

Guardó, pues, para mejor ocasión su deseo, y no quiso desplegar en todo su vuelo la ambición que le roía. Contentóse por el pronto con el título de regente, y dió orden para que secretos emisa-

Digitized by Google

rios registrasen el reino todo hasta en sus últimos rincones en busca del infante, único obstáculo que debía hacer desaparecer antes de ceñirse resueltamente la diadema. Mientras existiera el hijo de don Pedro, el príncipe de Galilea no podía atreverse á coronarse. Se hubiera acaso seguido entonces un serio conflicto, y la casa de Aragón, en aquella época una de las más poderosas naciones por mar y tierra. hubiera podido lanzarse vengadora contra Chipre, con la misma facilidad con que se lanza una águila de lo alto de enriscados picos contra la presa que divisa en el valle.

¿Quién en tanto, durante el gobierno de don Juan, puede atreverse á descubrir el cuadro de desolación y amargura que presentó la historia de la reina?

¡Pobre mujer! ¡pobre santa mujer! Rodeada de algunos pocos fieles servidores que por casualidad se le habían dejado y que se partían las horas para no abandonarla un solo instante, estaba entregada á una congoja tan mortal como continua, temiendo por su hijo, por el pedazo de su corazón que ignoraba ella misma dónde estaba, y al que, sin embargo, podían hallar y asesinar como habían hecho con su padre.

Las horas pasaban para ella preñadas de zozobra. Eran horas terribles, llenas de angustias, de ansias mortales, de sufrimientos capaces de hacer estallar un alma á pedazos, de dolores capaces de hacer reventar un corazón como un volcán. Retirada en el fondo de su palacio, sin poder salir de la cámara donde se la había encerrado, creyendo á cada zumbido del viento, á cada puerta que se abría, á cada paso que se acercaba que eran los verdugos de su hijo que iban á mostrarle el cadáver ensangrentado del heredero del trono, la infeliz mujer, la desgraciada reina, contaba ya por las lágrimas que vertía los momentos de vida que pasaba.

Digitized by Google

Era un atroz, un horrible, un insoportable martirio. Vivía penando, moría viviendo.

Mientras tanto, todo en la corte era gala, lujo, bullicios, escándalo; doña Juana de Gualveri era la heroína en todas las fiestas, y la verdadera reina de Chipre. Apenas si entre tanta danza y tanta orgía se acordaba nadie de la pobre reina.

El consejo que se había nombrado para juzgar su proceso dió al fin su fallo. Los consejeros, que no podían ya temer al rey y que veían alzarse irradiadora en el horizonte la estrella de don Juan, decidieron por unanimidad que la reina era criminal y la condenaron á muerte.

Doña Leonor fué llevada una noche desde el palacio que había hasta entonces habitado, á una torre que servía de cárcel en Nicosia. Se obligó á alejarse de su lado á todos sus servidores, y no se la permitió tener más compañía que la de una criada aragonesa que jamás la había abandonado.

Fuéle leída su sentencia de muerte que escuchó sin pestañear, sin vender su rostro la menor sombra de angustia ni de emoción. Era la suya un alma del temple de que son las almas de las heroínas.

Cuando se le hubo leído su sentencia, se le preguntó dónde estaba su hijo. El consejo quería saberlo y se le hizo esperanzar que su sentencia sufriría tal vez una modificación si descubria el asilo secreto que guardaba al infante don Pedro.

La reina había callado cuando se habló de ella; la mujer estalló cuando se le habló como madre.

—¡Ah! exclamó lanzando rayos por sus ojos, ¡el consejo quiere á mi hijo! ¡Don Juan quiere á mi hijo! ¿Y para qué?... ¡para asesinarle sin duda como han asesinado á su padre!... ¡Decidles que es vil, que es infame, que es monstruoso venir á pedirle á una madre dónde está su hijo para arrastrar á un suplicio á un pobre inocente!

Digitized by Google

—Señora, dijo el que cumplía con el encargo del tribunal, y que á juzgar por la máscara de mármol que tenía en lugar de rostro, debía ser un hombre cruel y desapiadado; señora, don Juan y el consejo necesitan saber dónde está vuestro hijo el infante y... y lo sabrán.

—¿Lo sabrán? ¿Y cómo?

—Vos misma se lo diréis.

—¡Yo! ¡yo su madre!

—Vos misma.

—¡Yo!

Y una sonrisa altamente despreciativa y desdeñosa pasó por los labios de la reina, que prosiguió:

—Me dais compasión. ¿Cuándo habéis visto que una madre venda á su hijo?

—Lo diréis, señora, repitió el encargado del tribunal, que visiblemente se excedía en sus facultades entablando aquel diálogo con la reina, lo diréis de grado ó por fuerza.

La reina meneó lentamente la cabeza.

—De grado ya veis que no, dijo, Por fuerza... menos aún. Soy de la casa de Aragón, soy de la familia que ha dado al mundo hombres como Jaime el *Conquistador* y como Pedro el *Grande*. ¡Por fuerza, habéis dicho! ¡Cuando os expresáis así, no me inspiráis desprecio, no... me dais lástima!

—Os hará hablar el tormento.

Doña Leonor á esta palabra se irguió cuan alta era y su rostro adquirió una tal expresión de majestad, que los ojos del osado mensajero se clavaron en el suelo para ocultar su confusión y asombro.

—¡El tormento! repitió lentamente doña Leonor como si no hubiese comprendido bien. ¿Los infames se atreverían á llevarme al tormento?... Pues bien, sí, decidles que pueden ya venir por mí. Doña Leonor de Aragón, reina de Chipre, espera á sus verdugos. ¡Que me apliquen el tormento, en buen

Digitized by Google

hora! Allí estará junto á mí la sombra ensangrentada de mi esposo y señor para darme fuerzas: allí quiero probarles que el tormento no puede nada contra una madre, que mayor tormento por cierto sentiría al entregar el hijo á sus verdugos.

Aquella misma noche, al saber el consejo la resolución de doña Leonor negándose á descubrir el asilo de su hijo, decidió ejercer sobre ella la prueba del tormento. La reina lo sufrió como había dicho. Ni un «ay» arrancaron á sus labios, ni una lágima á sus ojos, ni un gesto de dolor á su semblante. Estuvo en el tormento como en un trono, admirable de dignidad como reina, sublime de heroísmo como madre. Los verdugos se cansaron de atormentarla antes que ella se cansara de sufrir.

Tuvieron que volverla á su cárcel sin sentidos y esperar algunos días á que recobrara fuerzas, para de nuevo probar á sorprender el secreto de que la creían dueña y que á toda costa querían arrancar á sus labios.

No la habían aún conocido sus verdugos.

XIII

La cosa se complica.

Antes de proseguir ocupándonos de la reina, sobre la cual pesa implacable la fatalidad con todas sus horas de desesperación y amargura, es preciso no perder de vista al entusiasta y caballeresco Hugo de Entenza, á la generosa Esperanza y al joven infante, que, colocado bajo la égida de sus buenos y leales protectores, se hallaba afortunadamente al

Digitized by Google

abrigo de la tempestad revolucionaria que rugía desencadenada amenazando el trono de sus padres. Pero antes también de saber lo que se hicieron estos tres interesantes personajes, fuerza es contar á los lectores cómo estaba en Chipre Esperanza y por qué medio había logrado ser en gran parte la providencia, digámoslo así, de la desgraciada reina.

Para saber esto, nos es indispensable retroceder algunos años, y tomar por punto de partida en nuestra relación aquella noche primera en que se nos presentó Hugo, noche terrible y funesta, de la cual se originaron todos los sucesos que progresivamente se han ido desarrollando en el curso de esta verdadera historia.

En el momento en que el joven se retiraba dejando á don Pedro de Gualveri moribundo en manos de sus compañeros, acudían al lugar del lance dos ó tres hombres del pueblo, que por casualidad pasaban por aquel sitio. Los nobles entonces encargaron á éstos que llevasen el cadáver al vecino monasterio de San Pablo, donde podría ser depositado hasta que la dama de Gualveri, á la cual iban á comunicar tan fatal nueva, dispusiese de los restos del que fuera su esposo. Guillén de Moncada fué el único que acompañó el fúnebre cortejo hasta el monasterio; los demás se dirigieron á la ciudad á cumplir el triste cometido que habían tomado á su cargo. No obstante lo adelantado de la hora, las puertas de San Pablo se abrieron ante Guillén de Moncada, el cadáver fué recibido y depositado en la iglesia, y un monje se comprometió á pasar la noche velándole y rezando por su alma.

Al día siguiente por la mañana, Esperanza como de costumbre, asistió á misa en San Pablo, y atravesaba el claustro saliendo de la iglesia, cuando se encontró con un monje conocido suyo.

—Hija mía, le dijo el religioso, que era el mismo

Digitized by Google

que había dado palabra á Guillén de Moncada, de velar junto al cadáver de Gualveri, ¿quieres encargarte de una comisión?

—Con mucho gusto, padre.

—Esta noche pasada han traído aquí el cuerpo de un caballero muerto en un desafío. He mandado colocarlo en un féretro, y han sido halladas sobre el cadáver varias joyas que quisiera yo enviar á su esposa doña Juana de Gualveri. De esta comisión quisiera que te encargases, hija mía.

La joven contestó que estaba pronta. El monje la dió entonces las señas de la casa donde vivía la de Gualveri, y la despidió poniendo en sus manos un anillo de oro, un broche del mismo metal y una gruesa cadena de plata.

Esperanza partió á casa de doña Juana de Gualveri, á quien halló entregada á la más violenta desesperación. Fingía tanto dolor y parecían tan sinceras sus lágrimas, que la joven simpatizó con aquella mujer que parecía llorar á su marido con todo el cariño de una esposa y la pasión de un amante. El corazón enamorado y tierno de Esperanza comprendía aquella amargura y la hallaba muy natural y muy propia. Cumplió con su encargo y dió el broche, el anillo y la cadena á doña Juana, que á vista de estos objetos, derramó un nuevo torrente de lágrimas.

Así fué cómo se conocieron Esperanza y la de Gualveri.

La hija del mesonero, que entre toda la turba de sus adoradores había distinguido á Hugo como al más digno, esperó en vano que se presentase aquella noche. El joven no fué á ocupar su lugar acostumbrado ni en aquel día ni en los sucesivos. Esperanza sintió que el dolor entraba en su alma como un aguijón en las carnes, y con esa rara inteligencia del corazón que las mujeres acostumbran tener, conoció que para ella no había ya di-

Digitized by Google

cha ni felicidad posibles sino allí donde estuviera el hombre que había logrado inspirarla una violenta pasión. Esperanza se consumía en luchas atormentadoras y angustiosas viendo que se pasaban los días sin que su amado viniera con ellos.

Una mañana, toda Barcelona se dirigió al puerto para asistir al embarque de la joven y hermosa princesa doña Leonor, que iba á compartir el tálamo y el trono del rey de Chipre. Esperanza formaba parte de los curiosos que agrupados en el andén del muelle esperaban á la princesa para despedirla con gritos y aclamaciones de júbilo. Se presentó por fin doña Leonor con su comitiva, pero ¡cuál no fué la sorpresa de Esperanza, al ver formando parte del acompañamiento, junto á la princesa y pronto á embarcarse con ella, al hombre cuya imagen estaba en su corazón, al joven que hasta aquel día acudiera cada noche para verla y dirigirla galantes y dulces palabras! Fué entonces el dolor tan vivo para la pobre niña, que su corazón se rompió á pedazos. Destruidas quedaron todas sus ilusiones, todas sus esperanzas en el porvenir; desaparecieron sus hermosos sueños de dicha y de ventura. La aterradora realidad envolvió sus secretos deseos con un sudario de hielo, y cuando vió desaparecer en el horizonte la galera que se llevaba á su amado, Esperanza cayó exánime sobre la húmeda arena de la playa.

Trasportáronla á su casa, donde estuvo luchando largo tiempo entre la vida y la muerte. Convaleciente estaba cuando supo por casualidad que doña Juana de Gualveri se disponía á partir para Chipre. Una insensata esperanza se hospedó entonces en su corazón. Corrió presurosa al palacio de la viuda, se arrojó á sus pies, y le pidió que se la llevara de doncella. Costóle poco conseguirlo, y al breve tiempo partía para Chipre en compañía de su nueva señora, que hallando en ella bellas y

Digitized by Google

relevantes prendas, la hizo su doncella de confianza. Pronto estuvo la joven en casi todos los secretos de doña Juana, y así es como se halló en disposicion de servir con sus misteriosos avisos á la reina y á Hugo de Entenza, que se había olvidado completamente de aquella hermosa niña á quien dirigiera galantes obsequios en un pobre meson de Barcelona.

La noche terrible de la rebelión, Esperanza condujo á Hugo y al infante á casa de un molinero que vivía extramuros de Nicosia, hombre decidido y leal, en el cual la doncella de doña Juana sabía que podía contarse para todo. No le costó en verdad poco trabajo decidir á Hugo de Entenza á vestir un pobre traje de molinero. El caballeresco joven, como todo espíritu noble y arrojado, se avergonzaba de ver que había apelado á la fuga, y se impacientaba de no poder correr á palacio para desnudar la espada y morir á los pies de la reina. Sólo pudo convencerle la idea de que la salvación del infante dependía de la suya, y que debía vivir para ser el guarda y el protector de aquel tierno huérfano.

Disfrazado de molinero, se mezcló varias veces con los grupos que se formaban en las calles de Nicosia, y adquirió así las noticias de la condena de la reina, de la muerte del rey y de las órdenes que se habían dado para buscar al joven infante. Mientras ocurrían estos graves acontecimientos, Entenza se desesperaba, y su inacción le parecía criminal é insoportable; pero su ardor se calmaba bien pronto al ver que serios y terribles peligros amenazaban al huérfano, y que éste no tenía más apoyo ni más protección que la suya. Hugo reprimía, pues, sus deseos, su impaciencia, su ardor caballeresco, y se juraba entonces sacrificarse y morir por el hijo, como se había sacrificado y hubiera muerto por la madre.

Digitized by Google

Una tarde, al retirarse Hugo al molino, encontró junto al niño don Pedro á Esperanza, la cual iba siempre que le era posible á hacerles compañía. El semblante de Hugo estaba sombrío.

—Leo en vuestro rostro que habéis sabido la nueva, dijo Esperanza dejando de acariciar al niño que tenía sobre sus rodillas.

—Sí, Esperanza, la acabo de saber y mi corazón brota sangre.

—¡Pobre señora! murmuró Esperanza mientras que dos lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Dios, pues, ha abandonado á esta infeliz sobre la cual llueven desgarradores los infortunios? exclamó Entenza. La han arrastrado al tormento, ¡inicuos y bárbaros! han destrozado sus carnes con las puntas de los hierros, no contentos con haberla dado como presa al dolor que ha desgarrado su alma con los garfios de la desesperación. ¡Infames y viles! ¡Oh! la matarán, la matarán, Esperanza, y cuando yo sepa que ha muerto, me moriré de rubor y de vergüenza por haberla abandonado, por no haberla defendido, por no haber muerto en su defensa como prometí un día á su padre.

—No digáis esto, Hugo, vos habéis cumplido con ella puesto que ella os ha confiado lo que tiene de más sagrado en el mundo: la existencia y el porvenir de su hijo.

Hugo se sentó junto á la ventana é inclinó la cabeza que dejó caer entre sus palmas. Al cabo de un rato de silencio murmuró:

—Tenéis razón. Yo debo consagrarme á ese huérfano infeliz cuyo padre han asesinado y á cuya madre están asesinando; yo debo ser con él un día el vengador de las víctimas; el enviado de Dios para castigar á los infames y para hacerles sufrir tanto como han hecho ellos sufrir á esa pobre inocente que ha sido trasladada moribunda del lecho del tormento á la agonía de la cárcel...

Digitized by Google

Esperanza se levantó y acercándose á Hugo le cogió cariñosamente la mano.

—¡Calmaos, Hugo! Mi corazón me dice que esto va á terminar. Dios no abandonará á la pobre mártir que en él confía y que reclama para su inocencia de paloma el apoyo de la divina misericordia.

—¡Oh! mi cabeza se pierde, exclamó el de Entenza oprimiendo su frente entre sus manos... ¡Hay para volverse loco!... ¡Acusarme á mí como su cómplice!... ¡como su amante! ¡yo que la he querido sólo como á una hermana, respetándola como á una madre!... ¡yo que tengo un corazón en el cual no caben esas pasiones bastardas que habitan en el alma de sus infames acusadores! Decid, Esperanza, ¿comprendéis toda la monstruosidad de una calumnia semejante?

—La comprendo, sí, y la comprendo tanto más cuanto que yo sé cosas que estáis vos bien lejos de sospechar siquiera. Yo sin embargo no puedo hablar, no puedo alzar mi voz: la ahogarían, me matarían quizá, y mi muerte sería inútil pues que no serviría á nadie.

—¿Qué es, pues, lo que sabéis?

—Oídme con atención. He venido hoy dispuesta á contároslo. Hace días que debiera ya haberlo hecho.

—Decid.

—Los acusadores de la reina afirman que cuando vos la salvasteis veníais de tener una cita con ella en una habitación de la hospedería de mi padre. Yo sé tan bién como vos que esto es falso. Vos no os movisteis durante toda aquella noche de la mesa á que acostumbrabais sentaros, y la dama desconocida que debíais salvar estaba ya en nuestra casa mucho antes que llegarais vos. Otro fué el que tuvo con ella la cita.

—¿Otro? ¿Y quién?

Digitized by Google

—Luego os lo diré. Aguardad un instante. A la caída de la tarde una dama tapada se presentó en el mesón y pidió una habitación reservada, pues según manifestó, debía hablar en secreto con un deudo suyo que iría á preguntar por ella. Esta fué al menos la explicación que dió á mi padre para que no encontrara inconveniente en cederle un gabinete. A la media hora se presentó un caballero, preguntó por la tapada y se encerró con ella en el cuarto. Mucho rato después salió ella la primera dirigiéndose hacia la puerta de la calle, pero tenía indispensablemente que atravesar el cuarto bajo, y se detuvo como atónita á la vista de varios caballeros agrupados junto á una mesa. La presencia de aquellos señores la hizo volver atrás y refugiarse otra vez en el cuarto, de donde á pocos instantes salió el caballero, que fué á unirse con los de la mesa, los cuales, sin echar de ver que salía del interior de la hospedería, se creyeron buenamente que llegaba de la calle. Ahora bien, aquellos caballeros que con su presencia habían asustado á la tapada impidiéndola atravesar el cuarto bajo, eran Moncada, Gualveri, Rocas y los demás con quienes más tarde debíais vos encontraros.

—¿Y el caballero que se unió con ellos después de haber hablado con la tapada? preguntó Hugo con ansiedad.

—¡Aguardad, os digo! La dama se encerró entonces en el cuarto, de donde acaso no debía salir hasta que los caballeros todos estuviesen fuera del mesón; pero viendo que era ya hora muy adelantada y que no se retiraban, se decidió por fin á envolverse cuidadosamente con el manto y á pasar ligera como una corza. Desgraciadamente, don Pedro de Gualveri la vió, la siguió con los ojos, pareció conocerla é invitó á todos á que se lanzaran tras sus huellas, movimiento que como todos los demás, tuvo que seguir el caballero que á primera

Digitized by Google

hora había hablado con ella, sin duda para no dar que sospechar. Demasiado sabéis lo que después ocurrió.

—¡Pero y el caballero! ¿el caballero quién era?

—Era, dijo la joven, Martín de Hiero.

—¡Martín de Hiero! exclamó Hugo botando de su asiento; ¿luego Martín de Hiero sabe quién era la dama que yo libré, pues que estuvo encerrado con ella?... ¿Luego Martín de Hiero es doblemente infame y vil cuando acusa á la reina y cuando asegura que yo tuve con ella una cita en el mesón?... ¡Justicia de Dios!... Me vengaré, vengaré á la reina y ha de ser horrible mi venganza.

—No habléis de venganza, sino de justicia, Hugo.

—¡Oh! yo os juro que Martín de Hiero confesará quién era en realidad la dama; lo confesará ó moriré en la demanda.

—Al día siguiente, dijo Esperanza prosiguiendo su historia, encontré en el cuarto que había ocupado la desconocida una limosnera que dejó olvidada y que por una casualidad me decidí á guardar. Nadie vino luego á reclamármela y está aún en mi poder. Miradla.

Y Esperanza tomó de encima de un mueble una limosnera que alargó á don Hugo. Este la examinó con atención para ver si, como era costumbre, tenía bordado el escudo de armas de su dueña: nada había de ello, pero en cambio de escudo se veía una paloma con un ramo de mirto en el pico. Se conocía que estaba este capricho bordado por la mano de una mujer, y que era sin duda un emblema misterioso y particular. Por más que examinó la limosnera, Hugo no pudo hallar otra cosa, ni una cifra, ni una señal, nada que pudiese indicarle á quien podía haber pertenecido.

Entenza pasó la mano por su frente y se puso á meditar atentamente. Esperanza, respetando aque-

Digitized by Google

lla meditación, se llevó al niño á un rincón, poniéndose á jugar con él.

XIV

De como Hugo de Entenza descubrió por fin quién era ella.

Hugo se arrancó por fin á sus meditaciones, y levantándose dió algunos pasos por la sala.

—He de saber quién es esa mujer, dijo por fin. Yo no puedo permitir que una sospecha injuriosa y una calumnia abominable pesen sobre la cabeza de la reina. Muera yo, no importa, pero muera gritando á todos: ¡Os engañan! esa mujer á quien se acusa infamemente es una mártir y una santa.

Hugo se hallaba en uno de esos particulares momentos de surexitación en que la frente arde, las manos tiemblan, los ojos amenazan saltar de sus órbitas, el corazón parece que va á reventar y en que la fiebre comunica un ardor desconocido á los labios.

—Esperanza, dijo volviéndose hacia ella, Esperanza, mi buena y leal amiga, os confío ese niño hasta mi vuelta. No le abandonéis ni un momento.

—¿Dónde vais? preguntó alarmada la joven.

—En busca de Martín de Hiero.

—¿Para batiros con él?

—Para arrancarle la vida ó el nombre de la dama.

—Hugo, vais á perderos.

—No me importa.

—Vais á morir.

Digitized by Google

—Moriré cumpliendo con mi deber.

—¡Hugo, por piedad!

—¡No me detengáis, Esperanza! Estoy resuelto. Aun cuando la misma reina se me hincara de rodillas pidiéndome que no fuese, iría.

—¡Desgraciado! ¿No sabéis que desde ayer vuestra cabeza está puesta á precio?

—¡Cómo! exclamó Entenza deteniéndose.

—Sí, prosiguió Esperanza. Ayer don Juan, por boca del pregonero real, hizo saber que se daría una cantidad considerable á cualquiera que os presentase vivo ó muerto. Vuestras señas son conocidas ya de todo el mundo, y los mismos criados de Martín de Hiero, antes que lleguéis á él, pueden prenderos y presentaros al príncipe, malogrando así vuestro intento y perdiéndoos inútilmente.

Hugo reflexionó un breve instante.

—¡No importa! dijo por último.

Esperanza conoció que Entenza sería inflexible.

—Al menos, exclamó, acceded á vestir un traje que os pueda hacer pasar sin peligro al través de vuestros enemigos.

—Voy ya disfrazado de mozo molinero.

—No es bastante. Aguardad, dijo la joven como si le hubiese acudido repentinamente una idea; ya sé lo que os hace falta. Nuestro amigo el molinero tiene ropas de un pariente suyo que es fraile, y podrá prestaros un hábito.

Hugo accedió, aunque de mal grado. Esperanza se salió y volvió á los pocos instantes con el hábito completo. Vistiósele Hugo, escondióse bajo sus pliegues una espada corta que entonces empezaba á usarse y que se llamaba *fé de caballero*, arrojóse la capucha al rostro y se dispuso á salir.

—¡Dios os proteja! dijo Esperanza tristemente.

—El me guía, contestó Entenza saliendo de la habitación.

Digitized by Google

A favor del traje que acababa de vestir y que inspiraba veneración y respeto, Hugo de Entenza pudo llegar sin obstáculo hasta la casa de Martín de Hiero. Este se hallaba en palacio, donde, al decir de sus servidores, era muy probable que pasase la noche. Hugo se dirigió inmediatamente á palacio, pero Martín de Hiero estaba en conferencia secreta con el príncipe don Juan y con la de Gualveri. Le fué imposible hablarle, y despechado por tener que abandonar su proyecto para el siguiente día, el doncel tomó otra vez el camino de su morada.

Las circunstancias se encadenan á veces de tal modo y de causas insignificantes suelen suceder á menudo tan graves y tan grandes resultados, que de haber salido aquella noche Hugo y de no haber encontrado á Martín de Hiero, se originó un acontecimiento que cambió la faz de las cosas y apresuró de cierto modo el desenlace del drama que relatando estamos.

No tardaremos en dar cuenta á los lectores de este acontecimiento, y por lo mismo dejemos seguir á Hugo tranquilamente su camino, ínterin penetramos nosotros en el gabinete de palacio donde doña Juana de Gualveri y Martín de Hiero instaban al príncipe para que pusiese su firma al pie de la sentencia en que el consejo había ya decretado la muerte de doña Leonor. Don Juan mostraba algunos escrúpulos que sagazmente solventaba la de Gualveri.

—¿Lo habéis pensado bien, doña Juana? preguntaba el príncipe.

—Lo he pensado bien.

—¿Y las consecuencias?

—Las he tomado en cuenta.

—Pero advertid...

—Advertid vos antes que es el único medio que tenéis para ceñir la corona.

Digitized by Google

—Quisiera otro medio mejor.

—Todo medio es bueno siendo grande el resultado.

—Mucha audacia os sobra, doña Juana.

—Tenéis razón. Me sobra la que á vos os falta.

—¿Qué dirá el pueblo?

—El pueblo calla cuando le imponen silencio las armas.

—¿Y la casa de Aragón?

—Demasiado le dan que hacer Castilla, Mallorca y Francia.

—¿Y el hijo de mi hermano?

—¡En verdad que me asombran ya tantos escrúpulos! Don Juan, no hemos llegado tan allá ni hemos avanzado tanto para retroceder medrosos como unos niños. A más, aun cuando retroceder quisierais es ya de todo punto imposible. Tras de nosotros se ha abierto un abismo sin fondo, mientras que ante nosotros, por el contrario, se abre riente y mágico el horizonte de la gloria, de la fortuna y de la dicha. Escoged: ó seguir adelante, ó dar un paso atrás y despeñarse; ó todo ó nada. La debilidad y la irresolución son de almas mezquinas y cobardes, don Juan; el triunfo es sólo de la energía, de la voluntad y de la constancia. Decidíos entre ceñir á vuestra cabeza la corona ó dejar á vuestro cuerpo sin cabeza; entre el féretro en que vais á tenderos si vaciláis, ó el trono á que podéis subir con sólo dar un paso. Decid... y decidlo pronto: ¿optáis por el féretro?

Don Juan firmó, y alargando la sentencia á su querida, le contestó:

—He optado por el trono.

Doña Juana, á pesar de lo dueña que era de sí misma y á pesar de que en ella la cabeza mandaba el corazón, no pudo retener que el rayo de salvaje júbilo que brilló en sus ojos iluminara por un momento su semblante todo.

Digitized by Google

—Tomad, dijo la de Gualveri alargando la sentencia de muerte á Martín de Hiero que hacía ya rato permanecía sombrío y taciturno. Cúmplase la voluntad del consejo, y también la del príncipe. Dése á esa mujer que ha sido reina de Chipre todo el día de mañana para prepararse, y al nacer el alba de pasado mañana ruede su cabeza bajo la cuchilla de la ley.

Martín de Hiero tomó estremeciéndose el pliego que arrollado le tendía doña Juana, y salió del aposento después de haber saludado al príncipe y á tiempo en que la de Gualveri decía triunfante á este último:

—Ya sois rey.

Los consejeros aguardaban al de Hiero en la antecámara. Juntos se dirigieron á la torre donde estaba la prisionera para leer la sentencia por segunda vez, según exigía la ley, después de cuya lectura debía Martín de Hiero tomar, por voluntad del príncipe, el mando de la torre.

Doña Leonor, muy débil aun de resultas del tormento, mostraba su rostro cubierto de una palidez excesiva. Sus bellos ojos estaban hundidos revelando el sufrimiento y el dolor de las vigilias, sus labios aparecían cárdenos y marchitos, faltaba brillo á su tez, un abatimiento general se había apoderado de todos sus miembros. Cuando Martín de Hiero y los consejeros penetraron en la estancia que le servía de cárcel, la reina tenía crispada una de sus manos junto á su corazón como si sintiera un dolor interno mayor que todos sus sufrimientos físicos.

Un consejero se adelantó y comenzó á leerle la sentencia misma que ya se le había leído otra vez antes del tormento, si bien faltaba entonces el requisito de la firma del gobernador del reino.

El proceso formado á la reina ante un consejo extraordinario, había sido no más que una mera y

Digitized by Google

cruel formalidad, destinada á sancionar las violencias de que fuera víctima y á pronunciar definitivamente su sentencia de muerte. Esta era terrible: doña Leonor debía ser llevada á un cadalso alto, de treinta pies, donde permanecería atada á un madero y expuesta allí por espacio de tres horas. En seguida el verdugo le cortaría la cabeza, que debía quedar dentro una jaula de hierro clavada á la puerta de la torre, y su cuerpo sería enterrado en el sitio común destinado para sepultura de los malhechores.

La reina escuchó esta nueva lectura de su condena con la misma majestad y dignidad con que escuchado había la primera. Aun más; pidió que se le volviera á leer para enterarse bien y penetrarse de cada uno de los artículos que contenía la sentencia, y cuando quedó satisfecha, como si estuviera aún sentada en su trono y como si acabara simplemente de oír el informe de uno de sus consejeros ordinarios, hizo una señal con la mano á los tres personajes, diciéndoles con una voz perfectamente tranquila:

—Bien está, podéis ya retiraros.

—Señora, dijo uno de los consejeros respetuosamente, me toca advertiros que ha sido nombrado gobernador de esta torre el muy alto y muy poderoso señor Martín de Hiero, y que á él es á quien podréis dirigir cualquiera reclamación que necesitéis hacer.

La reina hizo con la cabeza señal de que había oído. Los consejeros se retiraron acompañados del de Hiero, que no había pronunciado una sola palabra y que había constantemente tenido fijos sus ojos en el rostro pálido de doña Leonor. Esta, sin desmentir su calma y su serenidad, siguióles con la vista hasta que hubieron desaparecido, y cuando hubo visto cerrarse tras ellos la puerta y hubo oído correr los cerrojos, fué cuando llevó las manos á su ros-

Digitized by Google

tro para ahogar un sollozo y empezó á derramar un torrente de lágrimas murmurando:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡moriré sin abrazar á mi hijo!

¡Digna y santa madre! Su primera idea al saber que iba á morir, no fué para ella, no; fué para su hijo.

Veamos ahora cómo concluyó para Hugo de Entenza aquella noche fecunda en sucesos, y contemos lo que sucedió antes de llegar al molino donde le estaban aguardando el niño don Pedro y Esperanza.

Hugo salió de Nicosia por la puerta de Santa Clara y tomó tranquilamente el camino que conducía á la casa que Esperanza le proporcionara como un seguro asilo.

La noche estaba serena y apacible. El cielo alfombrado de estrellas, como en sus días de fiesta, no mostraba ni siquiera la sombra de una nube en toda la extensión de su azúrea bóveda; la campiña, lujosamente engalanada de verdura, extendía sus dilatadas praderas llenas de aromas, colores y murmullos; los árboles se agitaban susurrantes al beso acariciador de la nocturna brisa, y la luna, misteriosa y pálida antorcha de la noche, completaba el cuadro embelesador de la naturaleza, vistiéndolo todo con su ropaje de pura y cándida luz.—Nuestro joven héroe iba caminando paso á paso, perdida la imaginación en el laberinto intrincado de sus reflexiones, y como no hay nada mejor que el campo, la soledad y la noche para despertar los recuerdos dormidos en el fondo de una mente entusiasta, Hugo comenzó por recordar que en otra noche á aquella parecida, había él ensangrentado la punta de su espada, empezando con la muerte de un noble caballero el drama terrible que en la actualidad se estaba representando.

Digitized by Google

Una vez abierta la puerta á los recuerdos, todos se agrupan en tropel, todos acuden tristes ó alegres, placenteros ó desgarradores, todos se agolpan á un tiempo, y tiene entonces lugar para el hombre una de esas crueles é incomprensibles obsesiones en que el pasado cruza ante los ojos del alma con todas sus escenas, panorama fantástico que despliega sus cuadros animados en los que se ve mover, agitarse y obrar figuras conocidas, personas simpáticas ó indiferentes, seres amados ó aborrecidos, y todo esto cual si estuviera allí, al alcance de la mano, como vemos, mudos espectadores, desarrollarse en la escena de un teatro la acción de un drama de palpitante interés y de estudiados episodios. Así le pasó á Entenza. De una sola y rápida mirada abrazó toda su vida; vió su infancia pasada á los pies de doña Leonor, vió aparecer la austera y al mismo tiempo caballeresca figura de fray Pedro de Aragón, recordó el primer destello de su amor por Esperanza, su duelo para salvar á una mujer desconocida, su ida á Nicosia de sus resultas, y por fin vió, de sus resultas también, comenzar, tomar incremento, extenderse y crecer aquella intriga sin nombre cuyos misteriosos hilos movían doña Juana y Martín de Hiero, intriga en cuyo abismo profundo se le había hundido y que iba acaso á terminar con enviar al cadalso á una inocente marcada con el sello degradante del adulterio.

En esto iba pensando nuestro héroe, cuando llegó sin advertirlo hasta cerca de un bodegón ó garito donde acostumbraba á reunirse toda la gente de mal vivir que albergaba Nicosia. Hugo tenía que pasar indispensablemente por ante su puerta para llegar al molino. Una gritería infernal y una batahola terrible partían del interior de la taberna, de la cual salía riñendo un grupo de cinco ó seis hombres, á tiempo que se acercaba Entenza.

—¡Mil legiones de demonios con sus escuderos!

Digitized by Google

gritaba una voz ronca y agria. ¡Juntos todos contra mí! ¡infames!

Estas palabras provocaban un torrente de voces distintas, entre cuyo conjunto quedaba ahogada la voz del que hablaba primero.

—¡Tú eres un infame!

—¡Es un tramposo!

—¡Un baratero!

—¡Un deslenguado!

—¡Matemos á esa víbora!

—¡Exterminemos á ese escorpión!

—¡Enviémosle al infierno!

Toda aquella gritería hubo menester Entenza para arrancarse á sus meditaciones. Volvió los ojos en torno suyo como un hombre que despierta y que trata de examinar el sitio á que se ve trasladado, y al divisar la taberna y cerca de ella á cinco ó seis hombres que con distintas armas acosaban á uno solo, dobló el paso para mediar en la reyerta y prestar auxilio á la parte más débil. El corazón de Hugo no desmentía jamás su raza. Vió un hombre, á quien juzgó á primera vista un caballero, defendiéndose de cinco ó seis, y corrió á darle el apoyo de su brazo, sin acordarse ya de que iba vestido de fraile y de que era inminente el peligro en que se colocaba si llegaba á ser conocido. ¡Generoso mancebo! Allí donde veía un deber que llenar, allí estaba en seguida, aun cuando el cumplimiento de este deber le exigiera el sacrificio de su vida.

En el instante mismo en que Hugo llegaba, caía el hombre á quien iba á defender, y sus asesinos, viendo la aparición de un religioso, corrían á ampararse en la taberna cuya puerta se apresuraban á cerrar por dentro.

—¡Mil legiones de demo!... ¡me han muerto! murmuró el vencido cayendo en el suelo cosido á puñaladas.

Digitized by Google

Nuestros lectores habrán ya reconocido en este hombre, por su juramento habitual, á Laonte el *Acuchillado*.

Hugo se acercó á él compasivamente.

—¡Un religioso! ¡Dios me lo envía! exclamó Laonte con una voz á cada momento más oscura y retorciéndose por el suelo entre las convulsiones de la agonía. ¡Padre, conozco que me muero! Dadme vuestra bendición!

El traje de Hugo había engañado al bandido lo mismo que á sus asesinos.

—¿Qué tenéis? le preguntó con interés nuestro joven llegándose á él.

—¡Me muero!... ¡me muero!... Una disputa de juego... Han creído que yo les engañaba y me han herido mortalmente para poder robarme... para quitarme el oro que tengo en este bolsillo... ¡oh! ¡mil legiones de demonios!

—No blasfeméis en el momento en que la muerte viene á buscaros, exclamó Hugo que acababa por fin de conocer que aquel hombre pertenecía á la clase de los bravos y de los espadachines.

Laonte se había incorporado, no sin grandes esfuerzos, pero podía apenas sostenerse. Iba debilitándose por momentos, la sangre manaba en abundancia de sus heridas, y la voz moría en sus labios.

—Tenéis razón, padre, murmuró el bandido. No debo blasfemar á esta hora suprema, en el instante en que voy á comparecer ante el tribunal de Dios... ¡Oh! padre, absolvedme en nombre de ese Señor misericordioso. Yo soy un gran criminal, necesito la absolución de un santo religioso para que pueda salvarme.

Iba Hugo á decirle que no era ningún religioso como se creía, pero Laonte, sin darle tiempo á hablar, se le cogió al hábito con sus manos crispadas, y enderezándose por un esfuerzo supremo, como si quisiera llegar hasta su oído, balbuceó:

Digitized by Google

—Padre, yo soy el asesino del rey.

Hugo, ante aquella repentina declaración, dió un grito agudo y se hizo atrás como si le hubiese mordido una víbora. Laonte, que había vuelto á dejarse caer en el suelo perdidas sus fuerzas, se arrastró con desesperación hacia el fraile.

—¡Oh! ¡no os alejéis!... ¡no me abandonéis! le gritó. ¡Tened piedad de mí! Mi arrepentimiento de ahora borra mis crímenes. Padre, padre, necesito vuestra absolución para presentarme ante el tribunal del Eterno. ¡Por Dios, padre, por la Virgen santa! me siento morir y desfallecer... mi vida se está acabando... ¡Apresuraos! ¡oh! ¡sí, apresuraos si no queréis que se condene á un infeliz!

Hugo apenas le oía.

—¡El asesino del rey! ¡el asesino del rey! murmuraba con una voz que expresaba todo su horror.

—Sí, soy el asesino, repitió Laonte, que equivocó el sentido de la expresión del que creía él un religioso; Martín de Hiero y doña Juana de Gualveri fueron los que, para hacerme cometer este crimen me deslumbraron con oro y con promesas.

—¡Martín de Hiero! ¡Juana de Gualveri! exclamó Hugo, que no acertaba aún á hacerse verdaderamente cargo de lo que pasaba, y á cuyo oído sonaron aquellos dos nombres como un eco del infierno.

—¡Sí .. sí! doña Juana me dió un bolsillo lleno de oro que se halla casi en el mismo estado y que los infames que me han asesinado querían arrebatarme. Tomadlo, padre, guardáoslo para que después de mi muerte se puedan rezar misas para mi pobre alma.

Y Laonte sacóse no sin dificultad del cinto un bolso que alargó á Hugo y que éste tomó maquinalmente sin saber á punto fijo lo que se hacía, sin poderse dar cuenta de su acción.

—Padre, absolvedme ahora, volvió á decir Laonte, que respiraba ya con dificultad y cuya voz

Digitized by Google

oscura y entrecortada revelaba que la vida iba apartándose por grados de aquel cuerpo. ¡Perdón! ¡Perdón en nombre de Dios!...

—¡Que yo os absuelva!... ¡que yo os perdone! ¡yo! gritó Hugo de Entenza con terrible acento. ¿Sabéis lo que me pedís, asesino?

El moribundo volvió hacia el religioso sus desencajadas facciones, en las que un resto de vitalidad pintaba el terror más profundo y el más grande asombro.

Hugo se acercó al bandido, se bajó hacia él, cogió sus manos que estaban heladas, y le dijo:

—¡Mírame bien, miserable!... Yo soy Hugo de Entenza, el que ha de ser un día el vengador de la muerte del rey, y el salvador de la reina! ¿Cómo quieres, pues, que te perdone, asesino?

Los ojos de Laonte, que habían ya cobrado un brillo vidrioso, se clavaron inmóviles y fijos en el rostro de Entenza. En cuanto á sus labios, no murmuraban más que un sonido gutural y confuso, al mismo tiempo que se teñían de una espuma rojiza. Aquello era el último estertor de su agonía. El bandido no pudo pronunciar la menor palabra, su cuerpo se agitó á impulsos de una postrera convulsión, su pecho se alzó movido por un suspiro al que su boca cerrada no pudo dar paso.

Al convencerse Entenza de que la vida se había despedido de aquel cuerpo, soltó las manos que tenía asidas, y exclamó:

—¡Perdónele Dios!

Hizo en seguida la señal de la cruz ante el cadáver, como buen cristiano que era, y se alejó de allí á grandes pasos, presa de la agitación más viva.

Esperanza lo estaba esperando en el umbral del molino. Durante la ausencia de Hugo, la pobre niña había sufrido un siglo de torturas.

—¡Loado sea Dios! gritó Esperanza así que vió al caballero.

Digitized by Google

Hugo estrechó la mano de la joven en silencio y se dirigió seguido de ella á la habitación.

—¿Qué tenéis? ¿qué ha sucedido? le preguntó Esperanza al ver la capa de palidez que cubría su semblante.

Hugo contó la escena que acababa de tener lugar y concluyó diciendo:

—Mirad, esta es la bolsa que se dió en pago al asesino.

Pero al decir esto y al presentar el bolso á Esperanza, Hugo se estremeció de repente y dejó caer el objeto que tenía en sus manos, como si hubiese tocado bajo la seda y los bordados del bolsillo la aguda punta de un puñal. Palideció y se quedó inmóvil, herido de estupor y asombro.

Hubo un solemne instante de silencio que no se atrevió á interrumpir la misma Esperanza, la cual fijó en Hugo sus ojos para adivinar qué podía ser aquello.

—Esperanza, dijo por fin el caballero con voz entrecortada por la emoción más viva, Esperanza... dadme esa limosnera... ya sabéis! la limosnera que hallasteis un día en el cuarto de la posada.

La joven se apresuró á presentar á Hugo lo que pedía.

Entonces el doncel tomó con una mano la limosnera y con la otra cogió el bolso, los acercó, los cotejó, miró alternativamente uno y otro objeto, y arrojando por fin ambas cosas lejos de sí, exclamó con voz que partía del corazón:

—¡Justicia de Dios! La dama era doña Juana de Gualveri.

Esperanza se apoderó precipitadamente de la limosnera y del bolso. No quedaba duda, los mismos bordados había en una que en otra, la misma mano se conocía què había trazado el mismo emblema que fijara ya la primera vez la atención del doncel: una paloma con un ramo de mirto en el

Digitized by Google

pico. Esto es lo que aparecía en la limosnera olvidada por la dama en el cuarto del mesón donde tuviera su entrevista con Martín de Hiero; esto lo que se veía en el bolso dado por doña Juana al bandido para pagar el asesinato del rey.

Las dudas quedaban disipadas de una manera evidente á los ojos de Entenza. Doña Juana, antigua amante sin duda y entonces cómplice de Martín de Hiero, había sido conocida por su esposo á la salida del mesón, y Hugo, sin saberlo, había muerto al marido para salvar á la mujer.

Todo se lo explicaron entonces Hugo y Esperanza.

XV

Otra vez él.

Era la tarde del día que siguió á la escena que hemos referido en nuestro último capítulo.

Si nuestros lectores gustan acompañarnos, nos llegaremos otra vez á la torre donde gime prisionera la reina doña Leonor, y llegaremos á tiempo precisamente de ver á Martín de Hiero paseándose con cierta inquietud por la plataforma. El nuevo gobernador de la torre, por lo que de él conocen ya nuestros lectores, era un hombre de una fuerza de voluntad superior y de un extraordinario dominio sobre sí mismo; de aquellos hombres en cuyos labios asoma la sonrisa del indiferente, mientras que en su corazón ruge desatada la tempestad. En la tarde de que hablamos desmentía, sin embargo, su carácter, pues que se paseaba con la frente

Digitized by Google

plegada bajo la sombra de una arruga, con los labios trémulos, signos que revelaban su agitación interior, con los puños apretados, con el semblante descompuesto y presa de una inquietud y de una impaciencia sin límites. Bastaba verle en tal momento para conocer que en aquel corazón tenía lugar una acaso terrible lucha.

Pareció resolverse por fin. Abandonó la plataforma, bajó la escalera en espiral de la torre, cruzó un húmedo corredor, y llegó á la puerta del calabozo de la reina donde velaban dos centinelas que se retiraron á una orden del gobernador.

Martín de Hiero entró en el calabozo dejando la puerta entornada. La reina volvió la cabeza, y al ver á aquel hombre causa de todos sus males y de todas sus desgracias, se estremeció ligeramente, pero supo dominarse lo bastante para no abandonar su natural dignidad.

Martín de Hiero se adelantó algunos pasos y balbuceó con voz trémula:

—Señora...

—Aun no os he hecho el honor de dirigiros la palabra, caballero, contestó fríamente doña Leonor fijando en él una mirada impregnada del mayor desprecio y llena del más grande desdén.

Martín de Hiero se mordió los labios, pero sin abandonar su humilde continente pareció resignarse á aquella merecida corrección y dobló en tierra una rodilla. La reina extrañó aquella actitud tomada por su acusador, clavó en él una mirada interrogadora y notó entonces que su rostro estaba descompuesto, efecto quizá de la envenenada saeta del remordimiento que se había acaso clavado en su pecho. No hay nada tan fácil de conmover ni tan pronto á perdonar como el corazón de la mujer. A pesar de lo que había sufrid por causa de aquel hombre, á pesar de la infame terrible acusación que el de Hiero había alzado s

Digitized by Google

bre ella, motivando su sentencia de muerte, la reina se sintió conmovida y conoció que estaba pronta á olvidarlo todo como viera que era sincero y leal el arrepentimiento del calumniador. De almas grandes es el perdonar.

—Hablad, caballero. ¿Qué me queréis? dijo doña Leonor dando á su voz un vago tinte de afectuosidad y dulzura. ¡Levantaos! añadió luego viendo que el de Hiero no abandonaba su postura.

—No me levantaré, señora, hasta que me hayáis concedido vuestro perdón, contestó el gobernador de la torre, fijando en doña Leonor una mirada extraña.

Esta simple mirada hizo perder al de Hiero todo el terreno que había adelantado en el corazón de la reina. ¿Qué pudo leer doña Leonor en ella que le hiciese al momento replegar todos sus buenos sentimientos como replega la sensitiva sus hojas al contacto impuro de una mano? ¡Oh! las mujeres tienen un tacto particular, están dotadas de un secreto instinto para conocer en la inflexión de una voz y el brillo de una mirada el sentimiento que guía las miras de un hombre. En las miradas de Martín de Hiero leyó la reina que todavía el desorden de las pasiones, que todavía el vicio y los malos pensamientos velaban en el corazón de su acusador.

—¡Mi perdón! contestó lentamente y acentuando cada sílaba de estas dos palabras, como para ganar tiempo.

—¡Vuestro perdón, sí, señora!

—¡Mi perdón!. ¡Ah! ya comprendo, ya sé, continuó la reina, que por una reacción muy justa conforme á la hilación de sus ideas, de compasiva se tornaba en cruel; sí, ya sé que es costumbre en el verdugo presentarse antes de herir á pedir el perdón de su víctima. Perdonado estáis, caballero. Toda alma cristiana cuando se prepara á la muer-

Digitized by Google

te, aun cuando ésta sea la que le espera en un cadalso, perdona á sus enemigos y acusadores.

Martín de Hiero se levantó.

—Señora, perdonadme, sí, perdonadme, pero sabedlo. Si os he perdido ha sido para salvaros.

La reina clavó en el de Hiero una mirada interrogadora.

—¡Ah! ¡señora! Feliz vos que no tenéis un corazón en el que ruja desencadenada la tempestad de las pasiones. Yo no lo tengo, soy por lo mismo más digno de lástima que de aborrecimiento. Señora, he sido ingrato, he sido aleve, he sido cruel, inhumano y calumniador, y sin embargo todo mi crimen consiste en haberos amado.

Doña Leonor hizo un movimiento como para evitar la explicación que iba á seguir, pero el de Hiero, que para semejante caso había llamado en su apoyo toda su fuerza de voluntad, prosiguió sin interrumpirse:

—¡Oh! no tratéis de echarme de vuestra presencia, no me iré. Ha llegado el momento de que yo me explique y de que vos me oigáis. Desde el instante en que os ví, señora, una pasión insensata nació en mi pecho. Mi amor hacia vos fué tomando incremento, echando raíces, y llegó el día en que para arrancármelo hubiera sido preciso arrancarme el corazón. Olvidé por vos á una mujer, á doña Juana de Gualveri, con quien largos años hacía me unía el lazo de una pasión amorosa. Caí á vuestros pies, y así como vos tendiéndome una mano hubierais podido hacer de mí un héroe, así despreciándome y arrojándome de vuestra presencia, hicisteis de mí un demonio.

»El amor, la ira, la desesperación, la venganza, todas las malas pasiones en fin, vinieron una tras otra á verter su ponzoña en mi corazón, y cuando hube ido laboriosamente amasando toda la hiel y todo el veneno, me sentí fuerte en mi nuevo cami-

Digitized by Google

no, capaz de poderlo arrostrar todo para conseguiros, capaz de no retroceder ni aun ante el crimen para obteneros.

»Juzgad si os amaba, señora. Doña Juana de Gualveri, mi antigua amante, la mujer á quien por vos había yo despreciado, se me presentó un día y me propuso ser su cómplice en un plan diabólico, en una trama horrible urdida para perderos. Acepté, señora, acepté porque, ya os lo he dicho, quería perderos para luego poderos salvar. El infierno me inspiraba. Mis armas fueron la infamia, la corrupción, la mentira, la calumnia, pero todo lo arrostré sin vacilar, á todo me atreví sin sombra siquiera de remordimiento, porque yo llevaba en ello también mi plan, porque el amor que acogido por vos me hubiera hecho grande en el heroísmo, me hacía entonces grande asimismo, aunque en el crimen. Ha llegado por fin este día por mí tan anhelado. Aquí me tenéis; he venido á salvaros. Una palabra de vuestros labios, una palabra sola de compasión, ya que no de amor, y aparto la cuchilla que amenaza vuestra cabeza. Aun podemos ser felices. El mundo tiene asilos ignorados, tierras desconocidas, desiertos impenetrables á donde os podré llevar y en donde podremos vivir lo que nos resta de vida á solas con nuestro amor y nuestra ventura.

»Venid, señora. He sido criminal para mereceros, como otros ganan el premio en un torneo para conseguir una mirada de la dama de sus pensamientos. ¡Venid, señora, venid! Nada se opone á nuestra fuga; soy el gobernador de la torre, los centinelas que velaban á vuestra puerta se han retirado por mi orden, la guardia nos abrirá paso, y la puerta nos esperan dos caballos ensillados que ejan atrás al viento en su carrera. Mi amor os proegerá de aquí en adelante, como hasta ahora os ha protegido mi venganza. Seguidme, pues, y que maña-

Digitized by Google

na al rayar el alba se halle sin víctima el verdugo.»

Esta larga relación de Martín de Hiero no fué interrumpida ni siquiera por un solo movimiento de doña Leonor, que guardó durante toda ella una dignidad glacial y una frialdad desgarradora. Cuando el gobernador de la torre hubo terminado, la reina se volvió hacia él y le dijo:

—Martín de Hiero, cuando un día, estando yo sentada en el trono y siendo reina de Chipre, os acercasteis á mí para decirme que me amabais, yo, recordadlo bien, os contesté: «Trataré de olvidar la osadía de vuestra declaración. Os perdono y... retiraos!» Al igual de entonces, hoy, que me hallo en una cárcel, condenada á muerte y esperando al verdugo, os digo también: Procuraré olvidar la infamia de vuestra proposición. Os perdono y... retiraos!

Y diciendo esto, la reina extendió la mano para señalar la puerta.

—¡Señora!

—Ni una palabra más, caballero. ¡Retiraos!

—¿Preferís morir en un cadalso?

—Preferible es mil veces morir con honra á vivir sin ella.

—Señora, os perdéis.

—Al contrario, me salvo.

—Una acusación terrible pende sobre vos. Moriréis con la muerte de las adúlteras.

—Moriré con la muerte de los mártires. Dios quiera conceder una muerte tan dulce como será la mía á mis verdugos!

—Señora, viviréis mal que os pese. No he llegado yo á tanto para retroceder como un niño al ir á conseguir mi objeto. Vais á seguirme de grado ó por fuerza. Estáis en mi poder.

Martín de Hiero dió un paso hacia adelante.

—¡Atrás! ¡no os acerquéis!

—Vais á seguirme, he dicho.

Digitized by Google

—¡Retiraos!

El de Hiero se sonrió con la sonrisa del demonio que va á apoderarse de su presa, y en lugar de obedecer, dió otro paso adelante. Ningún poder humano parecía ya poder librar á la reina. Los robustos brazos del infame acusador se extendían ya para apoderarse de ella y llevarla con la misma facilidad que una pluma fuera de la torre. Doña Leonor cayó de rodillas y plegó las manos alzándolas al cielo.

—¡Retiraos! ¡Retiraos! repitió la noble víctima.

—Es inútil que gritéis, porque nadie acudirá á vuestros gritos, dijo Martín de Hiero.

—¡La reina ha dicho que os retiréis, miserable! exclamó en esto una voz fuerte que hizo estremecer las bóvedas del calabozo.

Doña Leonor y Martín de Hiero volvieron á un tiempo sus miradas hacia la puerta que, como se recordará, había dejado el último entornada. En el umbral se alzaba, solemne y misteriosa, la figura de un fraile franciscano.

—¡Fray Pedro de Aragón! murmuró con voz impregnada de terror Martín de Hiero, que reconocía el rostro grave y severo de aquel religioso que había visto varias veces en el palacio real de Barcelona cuando fué como embajador á pedir la mano de su hija.

—¡Mi padre!... ¡padre mío! exclamó con un grito indefinible la reina, abriendo sus brazos, en los que se precipitó el religioso.

Pasado el primer momento de expansión, fray Pedro de Aragón se volvió hacia el gobernador, que había quedado inmóvil y como petrificado.

—He venido á salvarla, dijo con tono solemne señalando á su hija, en nombre del cielo, que tarde ó temprano protege la virtud y la inocencia y castiga el crimen. Noble gobernador, añadió dando á su voz una ligera entonación irónica, id á anun-

Digitized by Google

ciar mi llegada á vuestros cómplices, y si queréis, podéis decirles también que no he venido solo, sino acompañado de...

Y fray Pedro de Aragón, interrumpiéndose, se desprendió de los brazos de su hija para acercarse al gobernador de la torre y murmurar algunas palabras á su oído.

Una palidez cadavérica invadió el rostro de Martín de Hiero, y un estremecimiento convulsivo recorrió todos sus miembros. Con las palabras secretas que fráy Pedro de Aragón murmuró á su oído, pareció haberle clavado un puñal en el corazón.

—Y ahora, dijo en voz alta el religioso franciscano, os diré como un momento antes la reina: ¡retiraos!

Esta vez Martín de Hiero no aguardó á que se le repitiese. Se dirigió tambaleándose como un hombre ebrio hacia la puerta, y desapareció.

La reina y fray Pedro de Aragón volvieron entonces á echarse en brazos uno de otro, y por largo espacio interrumpieron el silencio que reinaba en la estancia los sollozos del padre y de la hija.

XVI

Un muerto vivo.

Mientras que en el calabozo donde gemía prisionera la reina tenía lugar la escena que hemos contado y que hemos visto interrumpida por la súbita llegada de fray Pedro de Aragón, otra escena en parte semejante, pues que también concluyó por

Digitized by Google

una singular aparición, sucedía en el palacio de doña Juana de Gualveri. Preciso será que demos cuenta de ella á nuestros lectores antes aun de informarles cómo llegó á Chipre el religioso franciscano y cómo logró introducirse en la torre que servía de cárcel á su hija.

Acababa doña Juana de llegar á su casa y de entrar en una de sus habitaciones particulares, cuando al presentarse su doncella Esperanza para ayudarla á despojar del manto en que se envolvía, le anunció que un religioso deseaba hablarle en secreto. Era la hora en que la cortesana daba audiencia, y encargó por lo mismo que se le introdujera.

Salióse Esperanza, y un momento después penetraba bruscamente un fraile en el aposento. El recién llegado paseó su mirada por la habitación, como para asegurarse de que no había nadie más que doña Juana, y satisfecho de su examen, sin ni siquiera cuidarse de saludar á la dama, se volvió para pasar el cerrojo á la puerta. Terminada esta operación, fué cuando se dirigió hacia doña Juana, que al ver aquel extraño modo de portarse en un desconocido, había llevado á sus labios un pequeño silbato de plata cincelada suspendido á su cuello, y del que se servían entonces las más nobles señoras para llamar á sus servidores. Afortunadamente el fraile se detuvo á tres pasos de la dama, y le dirigió la palabra antes de que tuviese tiempo para llamar.

—¿Me conocéis, señora? dijo el fraile con cierto tono brusco.

—No en verdad, contestó doña Juana sin apartar aún el silbato de sus labios.

El desconocido, cediendo á un rápido movimiento, se despojó de su hábito que arrojó á un lado, y se quedó vestido de caballero con espada y daga al cinto.

Digitized by Google

—¿Y ahora?

—¡Hugo de Entenza! exclamó doña Juana.

Reinó el silencio por unos breves instantes. Lo propio sucede á dos campeones cuando al ir á luchar guardan silencio para medirse con la vista. Hugo fué el que le rompió el primero. Mal reprimía el doncel su ira, mal comprimía la cólera y el deseo de venganza que fermentaba en su corazón.

—Señora, mañana al rayar el alba se arrastra á una reina al patíbulo como criminal y adúltera, cuando aquí no hay otra criminal ni otra adúltera que vos.

Doña Juana escuchó esta brusca interpelación con la cabeza erguida, con la mirada clavada en Hugo, con una expresión completa de orgullo y de desdén.

—¡Caballero! contestó tan solo.

—¡Silencio, señora! dijo el impetuoso Entenza. He venido á que me oigáis, y me oiréis. No tratéis de llamar á vuestra servidumbre. Es inútil. Antes de que hubiese derribado la puerta, cuyo cerrojo he corrido ya con el objeto de que no se pudiese interrumpir tan fácilmente nuestra conferencia, habría sabido tenderos muerta á mis pies. Y ya sabéis que soy hombre para hacerlo como lo digo.

Hugo acompañó estas palabras de un movimiento por medio del cual desenvainó su daga que hizo brillar á los ojos de doña Juana.

—¿Queréis asesinarme? dijo ésta retrocediendo.

—¿No habéis hecho vos asesinar al rey?

Doña Juana se estremeció, pero fué tan ligeramente y de un modo tan rápido, que nadie hubiera podido notarlo. Hábil en reprimir sus emociones, hábil en disfrazarlas, hábil sobre todo en hacer tomar á su semblante la expresión que le convenía, con la misma facilidad con que muda de color un camaleón, doña Juana tomó la expresión de una

Digitized by Google

mujer ofendida é injuriada, pero que perdona, y exclamó con tono de dulce reconvención:

—¡Hugo!

—Dejad, os suplico, vuestras sonrisas engañosas, vuestras palabras dulces. Señora, os he visto ya sin máscara y sé quién sois y lo que sois. Sois una mujer vil é infame entre las mujeres, sois una adúltera, sois un monstruo!

—¡Caballero! dijo entonces doña Juana, pasando con natural transición de un tono á otro; caballero, habéis venido á insultarme aquí en mi casa, y para lograrlo más fácilmente habéis vestido un traje santo. ¿Es esto de caballeros?

—Tampoco lo toméis en este tono, si habéis de creerme, contestó el decidido Hugo. Si desprecio vuestra hipocresía, sé reírme de vuestra cólera. Os conozco ya, doña Juana, os conozco, y no hay en el mundo monstruo más malvado que vos, así como no hay reptil de más venenosa baba. Lo que no habéis oído nunca de boca de nadie, lo vais á oír vos de la mía, doña Juana, y os aseguro por el santo nombre de nuestro Señor Jesucristo, que es el juramento más solemne que hacer puede un caballero, que vais á perecer á mis manos, y mi daga va á trabar estrecha relación con vuestro seno, si no hacéis lo que yo os diga. Y no creáis que mi mano vacile, no: para vos, señora, mi corazón es más duro que la hoja de mi espada. Os asesinaré si es preciso, y lo haré sin vacilar, sin temor, sin remordimiento; que Dios, señora, que nos oye y que nos juzga, ha de tenerle en cuenta vuestra muerte al que la cometa como una obra de misericordia, que es acción piadosa purgar la tierra de un parecido monstruo.

La cortesana no se conmovió ni más ni menos que la roca que recibe los embates de las olas. Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios, y guardó una serenidad aterradora.

Digitized by Google

—¿Injuriáis á una dama? Galante caballero, ¿quién os ciñó espuelas de oro, y os dijo al daros el espaldarazo: Respetad á Dios, al rey, y á las damas?

—¡Callaos, señora, callaos! Estáis ante vuestro juez. ¿Conocéis esta limosnera? dijo Hugo presentándole de pronto el objeto que le acababa de citar.

Doña Juana miró con sorpresa la limosnera.

—Se la dejó olvidada en el cuarto de una posada la dama cuya honra salvé yo en cierta noche fatal. Y este bolso, prosiguió, ¿lo conocéis?

Doña Juana palideció. Acababa de conocer el bolsillo que lleno de oro diera á Laonte.

—Es el que una dama dió á un asesino para pagarle el asesinato del rey, continuó Hugo. Las dos damas son una misma, como ambos objetos, limosnera y bolso, están bordados por una misma mano representando el mismo emblema. Ahora bien, la dama en cuestión sois vos. Negadlo si os atrevéis. Martín de Hiero, que era antes vuestro amante, es hoy vuestro cómplice. El día que yo os salvé habíais tenido una cita con él, y fuisteis conocida por vuestro esposo á la salida de la posada. ¡En mal hora hube yo de sacar por vos la espada, señora! Dios me ha castigado por ello, por haberos librado de la justa cólera de un esposo ofendido, por haberle detenido con la punta de mi acero, abriéndole con mi ceguedad la puerta de la tumba, mientras que os abría á vos con mi generosidad la de la salvación y de la honra. ¡Silencio, señora! ¡silencio! no repliquéis, continuó, viendo que ella abría los labios, sois indigna de hablar en mi presencia. ¿Y sois vos, mujer adúltera y culpable, la misma que se atreve á acusar á una inocente de culpabilidad y adulterio? ¿Y sois vos, víbora engendrada por el infierno, la que ha osado decir que era la reina la desconocida del mesón, cuando erais vos misma? ¡Corrupción é infamia! Caiga sobre vuestra frente infamada y gota á gota

Digitized by Google

como plomo derretido, la sangre de Pedro de Gualveri y de Leoncio de Rocas!

—¡Caballero!

—No he concluido aún, señora. La fatalidad, el infierno quizás, os ha lanzado en mitad de mi camino. A su vez, Dios me lanza á mí en mitad del vuestro. Vengo á demandaros cuenta, vengo á deciros en nombre de la religión, de la humanidad, de la virtud: Señora, proclamad la inocencia de la reina, y Dios entonces tendrá á bien perdonaros por este acto todo el mal que habéis hecho, separando de encima vuestra frente su mano amenazadora.

—¿Y si á ello me niego, caballero? dijo doña Juana sin abandonar su expresión de ironía, á pesar de que se la veía luchar con una secreta emoción.

—¡Oh! no, no os negaréis. No os negaréis porque la verdad, la justicia, la razón, vuestra conciencia propia acudirán en mi apoyo. Puedo perderos, señora. Puedo asegurar por medio de un testigo que esta limosnera fué hallada en el cuarto de la posada, y asegurar puedo por medio de mi honor, que esta bolsa, bordada por la misma mano y con el mismo emblema que teníais por costumbre en otro tiempo imprimir en todos los objetos de vuestro uso, me ha sido dada por el asesino del rey á quien se la disteis vos en precio de la sangre derramada.

—No os creerán.

—¡Oh! sí me creerán, y si no me creen, invocaré el testimonio mismo de...

—¿De quién?

Hugo vaciló un momento. Buscaba una idea para presentar como una amenaza, algo que pudiese penetrar en el corazón empedernido de aquella mujer y creyó haberlo encontrado.

—¿De quién? dijo. De vuestro propio esposo.

—¡De mi esposo! balbuceó doña Juana.

Digitized by Google

—De vuestro esposo, sí. Dios, señora, que no puede permitir que perezca la virtud triunfando el crimen, Dios permitirá que á mi voz los muertos se levanten de la tumba para acusaros. Pedro de Gualveri mismo, todo lo puede Dios, señora, Pedro de Gualveri abandonará el sepulcro donde le hundió mi espada homicida...

Al pronunciar estas palabras, el joven, que estaba vuelto de espaldas á un tapiz, no pudo observar que este tapiz, que ya durante su conversación con doña Juana se había agitado varias veces, se movía entonces y apartaba, dando paso á un nuevo personaje allí oculto desde mucho antes sin duda que penetrara Hugo en el aposento. Sólo pudo ser observada esta aparición por doña Juana, la cual, sorprendida é inquieta, clavó en el nuevo personaje que se iba acercando una mirada vaga y torva.

—Y entonces, señora, prosiguió Hugo, que aun cuando notó la palidez cadavérica que se extendía por el rostro de doña Juana, la achacó á sus palabras que despertaban en su corazón el dormido aguijón del remordimiento, y entonces, señora, ¿qué le diréis al irritado espectro de vuestro esposo que levantando un brazo descarnado sobre vuestra frente impúdica, exclamará: ¡Anatema en nombre de Dios sobre la perjura! ¡Anatema sobre la adúltera!

—¡Oh! exclamó en esto repentinamente, lanzando un grito que á nada humano se parecía. ¡Allí!... ¡allí está!... ¡él es!... ¡Perdón, irritada sombra; sombra, perdón! dijo cayendo de rodillas, presa de un delirio y de una especie de locura que el mismo Hugo, que se creía haberla provocado, no se atrevía á calificar; ¡perdón! ¡él fué tu matador! ¡Misericordia!

Y doña Juana agitó los brazos como si quisiera rechazar una aparición sobrenatural, lanzó un grito agudo, y cayó desmayada.

Digitized by Google

Hugo, que con asombro viera la mutación repentina de aquella mujer y que se admiraba de que fuesen sus palabras solas las que habían obrado en ella tal metamórfosis, volvió la cabeza como para asegurarse de que en efecto no había allí más influencia que la suya; pero, ¡cuál no fué su sorpresa al ver detrás de él la severa figura de un fraile que tenía el brazo enarbolado como si fuera á descargar un anatema y los ojos clavados en el cuerpo inmóvil de doña Juana! El doncel se hizo atrás ante aquella aparición que sin duda debía haber brotado del suelo ó haber entrado en el cuarto á través de las paredes.

—¿Quién sois? preguntó Hugo llevando la mano al pomo de su espada y sin poder reprimir cierto sobresalto producido por una vaga expresión de terror.

El aparecido, á la interpelación de Hugo, separó como á su pesar los ojos de doña Juana y clavó en el doncel una mirada franca y serena.

—¿No me conocéis, le dijo, é invocáis mi nombre? ¿No me conocéis y pedís que los muertos se levanten de sus tumbas? ¿No me conocéis y me atravesasteis un día con vuestra espada?

—¡Misericordia de Dios! ¡Pedro de Gualveri!

—Pedro de Gualveri soy.

El doncel hizo la señal de la cruz. Al invocar la memoria del difunto para aterrar sólo á doña Juana, estaba Hugo bien lejos de creer que sus palabras hubiesen de ser seguidas de tan súbita aparición.

Al ver el terror de Entenza, el aparecido se sonrió con una sonrisa que nada tenía del otro mundo.

—Escondeos tras aquel tapiz donde yo he permanecido hasta ahora, dijo, mientras llamo á las doncellas de esa mujer. No salgáis hasta que yo os llame.

Hugo obedeció. El que creía un espectro se bajó entonces, cogió el silbato que colgaba del cuello

Digitized by Google

de doña Juana, lo acercó á sus labios, y después de haber llamado, fué á descorrer el cerrojo de la puerta.

Esperanza apareció la primera en el umbral.

XVII

Comienza la venganza y empieza la expiación.

Lo primero que hizo Esperanza al entrar en el cuarto á donde precipitadamente acudiera al oír el silbato de su señora, fué buscar con la vista al fingido fraile á quien ella había dado entrada; pero Hugo desapareciera ocupando su lugar otro fraile, —y este otro al parecer verdadero—que en vano se preguntaba Esperanza por dónde había entrado. Su admiración y sorpresa fueron por lo mismo extremadas; pero don Pedro de Gualveri, pues ya sabemos que era él, no dió tiempo á la doncella para fijarse en otra cosa que en su señora, á la cual le señaló tendida en el suelo, encargándole que le prodigase los auxilios necesarios para hacerla volver de su desmayo.

Mientras que Esperanza, aturdida y llena de inquietud y zozobra, obedecía la orden que el desconocido le diera con un tono acostumbrado al mando y que no admitía réplica, Pedro de Gualveri se sentó tranquilamente junto á una mesa donde había todo lo necesario para escribir.

Doña Juana tardó todavía mucho rato en volver en sí, pero gracias á los cuidados que le prodigó Esperanza, el color empezó á volver á sus mejillas y sus ojos recobraron la perdida animación, aun cuando se le hallaba á faltar en la mirada aquella

Digitized by Google

su malignidad característica. Al volver á cobrar el uso de sus sentidos y al incorporarse sobre el sillón en que la había puesto Esperanza, doña Juana registró el aposento con una rápida ojeada, como si esperase ver desvanecida la espantosa visión que había producido su desmayo; pero así que sus ojos tropezaron con el fraile, el cual proseguía escribiéndo sentado á la mesa, lanzó un suspiro ahogado y un temblor nervioso agitó todos sus miembros.

Pedro de Gualveri dejó de escribir, y dirigiéndose á Esperanza, le dijo sólo:

—¡Salid!

Doña Juana, al oír aquella voz de ella un día tan conocida, lanzó un nuevo grito ahogado por la emoción, y cogió una de las manos de Esperanza como para retenerla, mientras que sus ojos suplicantes, clavados en la doncella, le pedían con muda expresión de ternura que no se apartara de su lado.

Pedro de Gualveri vió aquel movimiento y volvió á repetir, dirigiéndose siempre á Esperanza:

—Que salgáis he dicho.

A pesar de esta nueva invitación, la joven no se hubiera decidido quizá á obedecer tan fácilmente, si no hubiese visto asomar por detrás del tapiz la cabeza de Hugo de Entenza, que le hizo signo de que partiera. Esperanza, tranquila ya respecto á la suerte del doncel, se arrancó dulcemente á la presión de su señora, y salió del gabinete.

Pedro de Gualveri se adelantó entonces hasta llegar á tres pasos de la que fuera un día su esposa, y cruzándose de brazos se puso á contemplarla de hito en hito. Doña Juana bajó confusa los ojos, pero la palidez cadavérica que se extendió por su rostro, el temblor convulsivo de sus labios, sus manos cruzadas sobre la falda, todo indicaba que en su corazón existía una lucha y que el terror más profundo había paralizado la acción de sus pasiones. Pedro de Gualveri había empezado á contem-

Digitized by Google

plarla con ira reconcentrada, pero este sentimiento hizo lugar en él al desprecio: varias veces movió los labios como para hablar y otras tantas se detuvo.

Aquellos instantes de muda contemplación por parte del esposo, fueron un siglo de agonía para la esposa.

Pedro de Gualveri, que durante aquel rato habíase parecido á una estatua de mármol por su inmovilidad, hizo por fin un movimiento, volvió la espalda á doña Juana, se dirigió á la mesa, tomó de encima de ella tres hojas de vitela, en cada una de las cuales había escrito algo, y volviéndose hacia doña Juana, le dijo presentándoselas:

—¡Firmad!

Doña Juana se atrevió entonces á alzar los ojos, pero tuvo que bajarlos ante la mirada imperiosa que le dirigió su esposo. Vaciló un momento, hizo un esfuerzo como para resistir y para arrojar lejos de sí aquella fatal obsesión bajo cuyo vértigo creía aún estar, pero sin fuerzas para negarse á nada, balbuceó algunas palabras incoherentes, tomó la pluma que Pedro de Gualveri le ofrecía, y firmó maquinalmente en el sitio que el dedo de su esposo le señaló.

Aquellos tres documentos eran, el uno la orden de que la reina fuese conducida á palacio donde tenía que presentarse al consejo: el otro una carta á don Juan para que mandase reunir la corte y el consejo por tener que comunicárseles cosas de gran importancia y grave urgencia, y el tercero contenía la declaración de la que nos enteraremos á su tiempo.

—¡Hugo! gritó el de Gualveri.

Descorrióse el tapiz y se presentó Hugo de Entenza.

—Noble y valiente defensor de la virtud calumniada, Dios ha tocado el corazón de la culpable

Digitized by Google

El orgullo ha hecho lugar á la expiación que empieza, y han acabado para la virtud los días de amarga prueba. Dios es generoso y grande. Aquel cuya mano dirige el rayo y cuya voz en cólera es la del trueno que rueda por las celestes concavidades, aquel que tiene un mundo para alfombra de su trono y ante cuya mirada se abre la extensión del infinito, aquel ante el cual se postran los ejércitos y los reyes que no son, comparados con él, sino miserables gusanos de la tierra, ha tendido por fin su protectora mano á la pobre é inocente reina que en la lobreguez de su calabozo aguardaba la hora de subir al patíbulo. La verdadera culpable, arrepentida ya, confiesa su culpa y doblega la frente esperando el castigo de los hombres y la misericordia de Dios. Tomad, valiente y generoso doncel, tomad estos dos pliegos. Dirigid el uno al príncipe don Juan que debe reunir el consejo y la corte, sed portador del otro que va dirigido al gobernador de la torre donde yace doña Leonor, y acompañad á la reina á palacio con el otro protector que ya sin duda hallaréis á su lado. La inocencia de la que lleva el nombre inmarcesible de la familia de Aragón será proclamada ante todos, y todos deben asistir á su triunfo. ¡Id, volad, generoso mancebo! Dios os guía, Dios, que cuando así conviene á su santa voluntad, permite que los muertos se levanten de la tumba para asistir al triunfo espléndido de la virtud y de la inocencia.

Durante esta larga relación que dijo Pedro de Gualveri con fuego, con entusiasmo y con cierto tono solemne, doña Juana no salió de su inmovilidad. Aquella voz la aterraba, aquella voz tenía para ella algo de misterioso y sepulcral, y en vano se debatía contra una fuerza más poderosa que la de sus sentimientos, la fuerza secreta de su remordimiento y de su conciencia que por fin se habían abierto camino á través de sus miserables pasiones

Digitized by Google

para llegar hasta su corazón. Doña Juana estaba desconocida, no era la misma que una hora antes; todos sus planes de orgullo, de ambición, de maldad y de venganza, habían caído aniquilados ante la aparición repentina de su esposo, así como un día ante la espada fulgente de Miguel se había postrado rugiendo de dolor el malvado rey de los abismos.

Hugo tomó con mano trémula los dos pliegos que le alargó Pedro de Gualveri, el cual se guardó el tercer documento, y se precipitó fuera de la estancia sin ni siquiera preguntar ni comprender nada aún de todo aquello. ¿Era un milagro que obraba el cielo en favor de la reina? Hugo no trató de averiguarlo. Evidentemente volvía ya á lucir en el horizonte la estrella espléndida de doña Leonor; evidentemente Dios protegía, por fin, á la desgraciada reina, y esto le bastaba al doncel.

Cuando el joven hubo partido, Pedro de Gualveri dijo á su mujer con voz sombría y ronca:

—De rodillas, doña Juana, y rogad á Dios para que os perdone, ya que el hacerlo así no está en manos de los hombres.

Doña Juana, obedeciendo como un autómata, se puso de rodillas. ¿Qué quedaba ya del orgullo indomable un día de aquella mujer? ¿Qué se habían hecho su ambición, su altanería, su venganza?... Un acontecimiento solo los había destrozado como un soplo de huracán destroza y pulveriza un buque.

Pedro de Gualveri, al ver tanta humildad, añadió con un acento de voz un poco más dulce:

—Emplearemos rezando el tiempo que falta para la hora de reunión de la corte y del consejo.

Así que hubo dicho esto, se dirigió á la puerta que cerró, volviendo inmediatamente atrás, pero volvió para ponerse también de rodillas á pocos pasos de doña Juana. En seguida sacó un libro de oraciones, y por un extraño é incomprensible ca-

Digitized by Google

pricho, se puso á rezar en alta y sonora voz las preces de difuntos.

Doña Juana tuvo que apoyarse en el sillón que tenía á su lado para no volver á caer.

En efecto, bien dijera Pedro de Gualveri: su expiación empezaba, pero empezaba de un modo horrible.

Esperemos nosotros también que llegue la hora de la reunión del consejo y de la corte, contando por qué extraño suceso y por qué admirable arcano había llegado á Nicosia tan á tiempo fray Pedro de Aragón y sobre todo fray Pedro de Gualveri, al que creíamos muerto y al que volvemos á encontrar lleno de vida, vistiendo el hábito religioso que distinguía á los venerables monjes de la abadía de San Pablo de Barcelona.

XVIII

Donde el autor cumple lo ofrecido al final del anterior capítulo.

Retrocedamos á la noche del encuentro que tuvo lugar entre Hugo de Entenza y Pedro de Gualveri.

Ya sabemos que éste fué trasportado, juzgándosele cadáver, al monasterio vecino de San Pablo, donde Guillén de Moncada le dejó en manos de un monje que se comprometió á pasar la noche en oración á su lado. Luego que el buen religioso hubo tomado sobre sí tan triste encargo, Moncada se despidió de él regalando algunas monedas á los hombres que habían trasladado el cuerpo del di-

Digitized by Google

funto, dejándole sobre una mortuoria camilla en el centro de la iglesia.

Fray Anselmo, que tal se llamaba el benedictino, encendió seis velas amarillas en torno del cadáver, y fiel á sus palabras, se hincó de rodillas junto al muerto, bien dispuesto á pasar allí la noche entera.

Era fray Anselmo uno de esos dignos santos varones que estaban prontos á cualquier sacrificio para cumplir con un deber religioso. ¿Qué acción más meritoria y que más agradable pudiese ser á los ojos del Señor, que la de pasar la noche junto á un mortuorio lecho rezando por la pobre alma del que había perecido sin los santos auxilios de la religión?

El benedictino pasó las tres primeras horas de su vela, unas veces arrodillado y otras paseando arriba y abajo de la iglesia, pero siempre murmurando, ya en alta voz, ya en voz baja, sus rezos y preces, excepto en los breves momentos en que se acercaba á las velas para despojarlas del pábilo avivando su luz, ó en que se dirigía á un altar para volver el reloj de arena que había depositado sobre su mesa. Tres horas hacía ya lo menos que la campana de la iglesia había dado la señal de media noche, cuando á fray Anselmo, que estaba en aquel momento de rodillas, le pareció oír un suspiro ahogado. Suspendió el asustado religioso su rezo por un instante, y otro suspiro algo más débil fué á probarle que no había sido el primero una vana ilusión de sus sentidos. Volvió fray Anselmo hacia el muerto un rostro en el que se pintaba el más profundo terror, y con un asombro del que en balde trataríamos de dar cuenta, vió que el que creía un cadáver, movía su brazo derecho levantándole y llevando la mano á su pecho, que era donde había penetrado la espada de Hugo.

El pánico del religioso, si bien que grande, fué

Digitized by Google

de corta duración. Lejos de echar á correr viendo que el muerto se levantaba, como hubiera hecho otro monje más ignorante, comprendió en el acto, por el contrario, que pues el caballero movía el brazo era porque no estaba muerto aún. En efecto, Pedro de Gualveri, después de cuatro horas completas de una inmovilidad tal que le había hecho tomar por cadáver, cosa que, por muy rara que sea, la ciencia explica satisfactoriamente, empezaba á recobrar sus sentidos, y la vida, suspendida un breve instante, volvía á animar sus helados miembros. Dios había querido sin duda guardar á aquel hombre para que un día pudiese con su presencia desenlazar el terrible drama que debía tener lugar en un rincón de la tierra.

En la época en que pasa la acción de esta historia, las ciencias, espantadas por el estruendo y rumor de las armas, se habían refugiado en los conventos, donde se creían, y estaban efectivamente, más al abrigo de los recios embates y revueltos oleajes con que entonces luchaba á brazo partido la todavía naciente civilización. La medicina en parcular había escogido el asilo de los monasterios como su lugar predilecto. Los mejores médicos eran entonces frailes, y los había entre éstos que conocían muy á fondo el secreto de ciertas plantas y bálsamos de maravillosa virtud.

Quiso la casualidad que fray Anselmo fuese uno de aquellos religiosos expertos en el arte de curar, y no había entonces en la ciencia, secreto, virtud, bálsamo ó maravilla, que no fuese del buen monje conocida. Esto fué lo que le indujo á salvar, si era tiempo aún, al moribundo caballero. Cogióle en brazos así que vió que respiraba todavía, y ayudado del monje sacristán, á quien fué á llamar para que le auxiliase, se llevó al herido á su celda, depositándole en su propia cama y pasando en el acto á examinar su herida, después de haberle encargado

Digitized by Google

el más profundo silencio, viendo que abría sus labios como para ir á hablar.

Pedro de Gualveri, que había recobrado casi por completo el uso de sus sentidos, y que sufría atroces y horribles dolores, hizo entonces mentalmente el voto solemne de consagrar á Dios en aquella misma santa casa el resto de su vida, si llegaba á salir salvo de tan apurado y peligroso trance.

Con la mayor felicidad efectuó fray Anselmo la primera cura, y lleno de esperanza dijo al paciente caballero que llegaba casi á responder de su vida si guardaba una inmovilidad y un silencio completos. Pedro de Gualveri pidióle sólo el permiso de decir algunas palabras, y le manifestó como acababa de hacer un voto, como quería cumplirlo, y como por consiguiente le rogaba que, pues todos á aquella hora debían ya creerle muerto, permitiese que prosiguiesen en la misma creencia y no tratase de participarles la nueva de salvación, sino antes bien por el contrario, enviase á su esposa, á quien no quería volver jamás á ver, las varias prendas y alhajas que llevaba encima, diciéndola que se habían quitado del cadáver antes de bajarle á la mansión sepulcral.

Un voto como el que acababa de hacer, era cosa la más sagrada en aquella época, y al mismo tiempo la más común. Muchos eran los señores á quienes se veía á veces de pronto y con asombro abandonar sus castillos, su familia, sus hijos, su esposa, para desaparecer completamente, hasta que una casualidad descubría, andando el tiempo, que habían ido á retirarse, penitentes eremitas ó misteriosos monjes, en el hueco de la peña de un desierto ó en la pobre celda de un apartado monasterio. Fray Anselmo, pues, lejos de disuadir de su intención á Pedro de Gualveri, respetó su voto y bendijo la hora en que el Señor había enviado tan santo deseo al corazón del moribundo caballero.

Digitized by Google

Trató sólo de cumplir el encargo del que, mediante Dios, iba á ser su hermano, y ya sabemos como la misma mañana de aquel día llenó su comisión enviando á Esperanza con las alhajas á casa de doña Juana de Gualveri, siendo por este medio el que puso en relaciones á la modesta joven con la altiva cortesana, proviniendo de ahí el que se aprovechase Esperanza de su conocimiento para pasar con ella á Chipre, donde tan bello papel debía hacer en el curso de esta historia.

Pedro de Gualveri recobró pronto la salud, y firme en su propósito, cumplió su noviciado pasando en seguida á formar parte de la comunidad de San Pablo. Sin embargo, aunque muerto enteramente para el mundo, no renunció á saber lo que en él pasaba. Antes que fraile había sido caballero, y buen caballero por cierto, y el honor de su nombre, que había quedado confiado á la que se creía su viuda, le inspiraba serios y graves recelos. Pedro de Gualveri había conocido á su mujer en la tapada del mesón, y con esta circunstacia se habían confirmado las dudas que tiempo hacía abrigaba de que su esposa no le era fiel.

Antes de que doña Juana partiera de Barcelona para Chipre, Pedro de Gualveri envió á buscar á un antiguo servidor de su familia, corazón leal en el que podía depositarse sin escrúpulo cualquier secreto, y se confió á él. El adicto servidor, á quien volvía loco la alegría de encontrar vivo á su amo, prometió tenerle al corriente de todo lo que sucediera.

Así fué como doña Juana, sin saberlo y sin que jamás llegara á sospecharlo, tuvo siempre á su lado dos personas que, obrando por separados intereses y guiados por distintos móviles, espiaban sus acciones, y eran celosos y escrupulosos vigilantes de su conducta; así fué como un escudero, movido por su adhesión y fidelidad á un amo respetado, y

Digitized by Google

una doncella, impelida por su amor á un caballero y por su veneración á la reina, contribuyeron entrambos secretamente al triunfo espléndido de la perseguida virtud y de la calumniada inocencia; así fué, por fin, como Pedro de Gualveri tuvo noticia puntual de todo lo que pasaba en Chipre, y pudo estar al corriente de la conducta desarreglada de doña Juana, de sus amores deshonestos con el príncipe de Galilea, de sus otros antiguos amores con Martín de Hiero,—que el fiel servidor llegó también á descubrir—y de sus planes maquiavélicos contra la felicidad, la honra y hasta la vida de la reina.

Esperanza, que se había decidido á ser el ángel de la familia real de Chipre, adivinó con tiempo, aun cuando nunca creyera que llegasen á tal extremo las cosas, lo que iba á suceder, y por lo mismo envió un secreto mensaje á fray Pedro de Aragón diciéndole del modo como andaban en Nicosia los asuntos, y haciéndole entender que su presencia podía ser allí necesaria para salvación acaso de la reina. Cuando Esperanza, por un exceso de precaución, comunicaba tan alarmante nueva, el padre de doña Leonor estaba aún muy lejos de figurarse que se llegaría á atentar á la vida del rey para llegar más pronto á la muerte de la reina.

Por una de esas raras circunstancias, que se llamarían casualidades si no creyésemos en la Providencia, el mensaje de Esperanza llegó á Barcelona el mismo día que otro á Pedro de Gualveri, en que su servidor le decía como los excesos de doña Juana habían llegado á su colmo y como su desarreglada conducta podía producir una serie de gravísimos conflictos.

Este doble mensaje inspiró á las personas á quienes iba dirigido el mismo deseo de partir cuanto antes para Chipre, y un buque mismo recibió á un tiempo en su seno á los dos dignos religiosos que

Digitized by Google

iban decididos á salvar el uno la honra de una mujer, y el otro la honra de un nombre. Al saber el de Gualveri que su compañero de viaje era fray Pedro de Aragón, no vaciló en confiarle su secreto y su misterio, y uniendo entonces sus esfuerzos, concertaron juntos el plan que seguir debían, puesto que iban los dos casi á un mismo objeto.

Al saltar en tierra tuvieron noticia de lo que había adelantado la maldad durante su viaje; supieron que la reina iba á perecer al siguiente día en un cadalso, y que doña Juana tocaba ya con la mano su triunfo. Bendijeron ambos á dos al Señor que les había permitido llegar tan á tiempo, y después de haberse abrazado estrechamente, corrió el uno al palacio de doña Juana donde el fiel servidor le dió entrada hasta el aposento de ésta, haciéndole esconder tras de un tapiz, y voló el otro á la torre donde por respeto á su traje no se le impidió el paso, pudiendo llegar hasta el calabozo mismo de la reina sin obstáculo, gracias á la orden de retirada que Martín de Hiero había dado poco antes á los centinelas.

Esto era lo que había pasado, y esto lo que necesitaban saber los lectores para perfecta inteligencia de la historia que hemos procurado contar lo mejor y más buenamente que hemos sabido, y cuyo desenlace nos falta ahora explicar tan sólo.

Digitized by Google

XIX

La retractación.

Reunidos estaban consejo y corte en una vasta sala de recepción del real palacio. La carta enviada por doña Juana al objeto de motivar esta reunión, fué atendida y cumplida en todas sus partes. Aun el príncipe fué más allá de los deseos que en su escrito expresaba doña Juana, y quiso darle al acto cierta solemnidad y grandeza, rodeándole de una pompa y aparato algo extraordinarios á la verdad. Las razones que á ello le indujeron serán al instante comprendidas.

Don Juan creía buenamente que aquella reunión había sido motivada para públicamente ceñirle la corona. El dia anterior su malvada amiga le manifestara que acaso antes de rodar la cabeza de la reina por el cadalso sería él proclamado monarca de Chipre. El príncipe tenía excelentes razones para creer que al efecto de que llegase pronto este instante, doña Juana estaba en íntimas y secretas relaciones con el consejo, y que era ya su coronación un asunto decidido y resuelto por el último. La carta de doña Juana pidiéndole la convocatoria de los nobles acabó de corroborar su idea. El príncipe se persuadió de que no terminaría el dia sin ver orladas sus sienes con la regia diadema. Ningún obstáculo veía que se opusiera á ello. La reina había sido condenada y bien podía dársela ya por muerta: el heredero del trono había desaparecido, y ya se tomarían precauciones para que no

Digitized by Google

volviera á aparecer. ¿Quién, pues podía oponerse á su triunfo? ¿Qué nube podía ya cubrir su irradiadora estrella, ofuscando su brillo?

Don Juan, con una complacencia que sólo puede compararse al salvaje placer que debe sentir el chacal al verse dueño de la presa, veía acercarse el suspirado instante y gozaba de antemano estremeciéndose de júbilo al pensar en la dicha inmensa de que se llenaría su alma cuando oyera á los heraldos gritar: «¡Largueza! ¡largueza! ¡viva el rey don Juan!» Con una impaciencia febril vigiló los preparativos de la reunión, dió todas las disposiciones, y no se presentó en la sala hasta que le dijeron que estaba llena de cortesanos y consejeros.

El recibimiento que se le hizo acabó de confirmarle en su opinión. Aquella turba de aduladores le recibió como su rey, y á su presencia se doblaron todas las frentes, y todos los labios se apresuraron á murmurar protestas de adhesión, veneración y respeto.

Don Juan esperaba á cada instante que el presidente del consejo reclamara el silencio para decir que, cediendo á las necesidades del país y atendidas las circunstancias excepcionales, la nación depositaba su confianza en el príncipe y le proclamaba rey. Pero el presidente del consejo permanecía mudo tocante á este punto, aun al cabo de mucho rato de estar don Juan en la sala. El concurso aguardaba á que el príncipe que le había convocado hablase, y el príncipe esperaba á que le hablase el concurso. Todos estaban reunidos y ¡cosa extraña! nadie sabía para qué.

Comenzaba ya don Juan á impacientarse, cuando se abrieron las puertas de la sala y un paje anunció á la señora de Gualveri.

Todas las miradas se volvieron hacia la puerta, y con asombro general se vió á doña Juana pálida,

Digitized by Google

débil, sosteniéndose apenas, avanzar pausadamente seguida de un religioso benedictino.

La escena que acababa de tener lugar en su casa había trasformado á doña Juana en otra mujer. La aparición repentina de su esposo y las preces de difuntos que éste había estado rezando á su lado haciéndola poner de rodillas para oírle, todo había causado en ella una impresión vivísima, efectuando rápidamente una completa revolución en su carácter. Sus labios no se habían vuelto á abrir para pronunciar una sola palabra, sus sentidos parecían cerrados á toda impresión exterior, estaba como sobrecogida de estupor y de pasmo, cual si la hubiese deslumbrado un rayo: y lo único que parecía oír y atender era la voz de su esposo, á quien obedecía como una máquina. Daba lástima verdaderamente.

Absorto quedó el príncipe al verla en aquel estado, absorta la corte toda. Don Juan, cuyo corazón receló algún funesto contratiempo, se adelantó algunos pasos para ir al encuentro de su querida, pero le detuvo con su mirada magnética é imperiosa el fraile benedictino. En cuanto á la de Gualveri, al ver á su amante no hizo el menor movimiento, como si viese una persona desconocida, é indiferente por lo mismo.

El fraile y doña Juana atravesaron en silencio por entre los cortesanos y llegaron hasta el pie del trono en el que nadie se había sentado después de la muerte del rey y al que el príncipe, en su torpe ambición, había creído que iba á subir aquella misma tarde. Los concurrentes se miraron unos á otros con sorpresa, preguntándose con la vista qué era aquello: reinaba un silencio casi sepulcral; todos aguardaban.

Don Juan, á quien sobrecogía secreto espanto y que no era ya dueño de retener su impaciencia, fué el primero que elevó la voz.

Digitized by Google

—Doña Juana, dijo, ¿se puede saber á qué viene ese aire compungido? ¿Qué sucede? ¿Por qué está cubierto de palidez vuestro hermoso rostro? ¿Qué desgracia amenaza al reino?

—Ninguna, príncipe, contestó con voz grave y con misteriosa solemnidad el benedictino, ninguna, si con leal expiación se aplaca la cólera de Dios que vibra sobre la cabeza de los culpables.

Estas extrañas palabras produjeron una rara impresión en todos los concurrentes. La admiración llegó á su colmo, y todas aquellas cabezas ondularon echándose hacia adelante para oír mejor, como ondula un campo de trigo conmovido por un hálito de viento.

—¿Y quién sois vos, padre, para hablar de este modo en el seno mismo de la corte de Chipre y ante toda la nobleza del reino aquí dignamente representada? preguntó don Juan, que procuró cubrir con un tono de cólera el temblor de su voz.

—Soy, dijo el religioso, soy... un enviado de Dios.

En seguida, sin dar tiempo al príncipe para que volviera á hablar, se volvió hacia los circunstantes y exclamó:

—Oíd, señores, oíd. Un crimen espantoso se ha cometido, y la justicia de Dios exige que se revele, ya que aun es tiempo de remediarlo. Señores, barones, caballeros, una mujer se presenta ante vosotros para pediros perdón como lo ha pedido ya al cielo, y como lo pedirá á su víctima antes que la ley humana siegue el cuello de la verdadera culpable con la justiciera cuchilla. Hé aquí la declaración que esta mujer ha puesto en mis manos para que fuera leída ante vosotros todos.

Y el fraile desarrolló el tercer pergamino que había hecho firmar á doña Juana, y que, como sabemos, se había guardado.

Digitized by Google

Esto fué lo que leyó:

«Yo, doña Juana de Gualveri, arrepentida y postrada ante las plantas de un Dios clemente y misericordioso, y esperando, ya que no de la justicia de los hombres, de la suya al menos, el perdón de mis enormes y gravísimas faltas, me declaro criminal y culpable:

»Culpable de haber tomado parte en todas las intrigas fraguadas para robar al heredero del trono de Chipre su corona, con intención de pasarla á la frente del príncipe don Juan, mi cómplice.

»Criminal, por haber acusado de adulterio á la reina doña Leonor, que está inocente y pura de toda mancha. Yo soy la única adúltera, yo la dama tapada que el generoso doncel Hugo de Entenza salvó un día, y no la reina, como había dicho y afirmado por falso juramento.

»Suplico al Señor que inspire al corazón de mi cómplice don Martín de Hiero el arrepentimiento mismo que á mí me ha inspirado, para que corrobore esta mi verídica declaración.

»Concluyo pidiendo perdón á Dios, á los hombres, al príncipe heredero, á la reina doña Leonor y á todos cuantos con mi alevosa conducta he ofendido.

DOÑA JUANA DE GUALVERI.»

Al terminarse la lectura, que dejó mudos de asombro á todos los que la oyeran, los ojos de don Juan se inyectaron de sangre, y botando como un tigre y arrojándose hacia la de Gualveri, le dijo con voz ronca:

—¿Habéis vos verdaderamente firmado lo que se nos acaba de leer, señora?

Doña Juana levantó los ojos, miró al príncipe con una expresión apagada, y sus labios se entreabrieron para dejar escapar un murmullo con-

Digitized by Google

fuso entre el cual y como á despecho pareció oírse un débil *sí*.

El príncipe, que había cogido la mano á doña Juana, la rechazó con furia. El fraile alzó entonces su voz.

—Ha dicho *sí*, príncipe, ya lo habéis oído, y yo afirmo y corroboro lo que ha dicho, yo, que aun cuando soy al presente nada más que un pobre monje benedictino, me he llamado un día Pedro de Gualveri y he sido el esposo de esa mujer.

A estas palabras don Juan retrocedió con el rostro desencajado como si le hubiese mordido una víbora. Los cortesanos lanzaron también una exclamación y se hicieron todos atrás, cual si viesen levantarse un espectro.

—Señores, prosiguió Pedro de Gualveri, dejóme vivo la clemencia de Dios, y hoy más que nunca le bendigo, pues que me ha permitido llegar á tiempo para proclamar la inocencia de doña Leonor. ¡Señores, viva la reina!

Un grito unánime resonó en la sala haciendo estremecer sus bóvedas.

—¡Viva la reina! gritaron todos aquellos hombres que un momento antes se inclinaban rastreros ante el príncipe.

En el instante en que el grito de ¡viva la reina! hizo temblar las paredes de la sala, se abrió como por encanto la puerta y apareció en el umbral doña Leonor estrechando tiernamente á su hijo contra su corazón. Tras de ella estaban fray Pedro de Aragón, Hugo de Entenza y Esperanza.

A la vista de aquel interesante y simpático grupo, á la vista de aquella madre radiante de placer y olvidando todos sus dolores pues que tenía ya en sus brazos y junto á su seno al tierno fruto de sus entrañas, otro grito más universal y más estrepitoso volvió á resonar como para saludarla.

Todos se precipitaron á sus pies, todos se le-

Digitized by Google

vantaron perdonados. ¿Cómo hubiera podido no perdonar, siendo mujer y siendo madre?

Por lo que toca á doña Juana, su mismo esposo la entregó á los guardias para que la condujeran al calabozo que hasta entonces había ocupado la reina.

En cuanto á don Juan, había desaparecido de la sala en el instante en que Pedro de Gualveri se nombró, y sabremos pronto lo que fué de él, de la misma doña Juana y de Martín de Hiero, si nuestros lectores se deciden todavía á prestarnos su atención resignándose á esperar el próximo y último capítulo de esta historia.

XX

Conclusión.

Los aduladores pululan en derredor de los tronos. La corte de Nicosia—y en esto no se distinguía ciertamente de las demás—abrigaba en su seno una turba de almas mezquinas, cobardes y rastreras, adictas sólo á la prosperidad y á la fortuna. Mientras que la suerte protegió á don Juan animándole con sus favores, el príncipe de Galilea oyó cantar sus alabanzas en todos los tonos; pero desde el momento en que la adversidad pareció escogerle para su víctima, en vano volvió á todas partes sus ojos buscando un servidor, un protector, un amigo.

Los amigos desaparecen con la suerte al llegar el día de la desgracia.

Digitized by Google

Esta fué completa para don Juan.

La reina doña Leonor, que durante sus días de adversidad y prueba no había hallado entre los cortesanos un solo corazón adicto, había por el contrario despertado la lealtad del pueblo adquiriéndose en él numerosas simpatías. Así es que al tenerse noticia en Nicosia de la escena de palacio, de la retractación solemne de doña Juana y de la aparición de la reina con su hijo, la ciudad entera, que hasta entonces había tenido que comprimir sus verdaderos sentimientos, estalló en muestras de júbilo y alegría, y una multitud inmensa se dirigió á palacio pidiendo con gritos y ruidosas aclamaciones que se presentase la reina.

Doña Leonor se mostró al pueblo con su hijo en brazos, y la multitud saludó con lágrimas de gozo y con entusiastas vivas á la reina y á la madre.

El pueblo—creo haberlo dicho ya una vez en esta ó en otra obra—acostumbra á ser de efectos terribles hasta en su misma alegría. Si goza, es como un león; si ruge, es como un tigre; si se enfurece, es como una hiena. La vista de doña Leonor entusiasmó á la muchedumbre, y ésta, en la expansión de su gozo, se precipitó hacia la torre en que estaba encerrada doña Juana, pidiendo á gritos que se le entregase la infame que á tan duro martirio y á tan cruel prueba había puesto la virtud y el corazón de su reina. La torre estaba empero bien amurallada y defendida, y el pueblo vió estrellarse impotentes al pie de los altos muros sus olas de carne humana.

Más trágico fin tuvo la ira de un grupo que se dirigió al palacio del príncipe de Galilea. Don Juan se disponía á salir de Nicosia, desterrándose voluntariamente con algunos de los que más se habían comprometido en su favor, cuando el pueblo invadió sus habitaciones gritando:

Digitized by Google

—¡Muera el traidor, el desleal, el fratricida!

Quiso presentarse cediendo á un arranque de necio orgullo, quiso arengar á la multitud, pero su voz quedó ahogada por un torrente de rechiflas y de imprecaciones, y una mano atrevida hundió la primera un puñal en su pecho. Fué esta herida seguida de otras catorce, por cuyas bocas ensangrentadas arrojó el príncipe su vida. Su cadáver fué en seguida insultado y paseado por las calles de Nicosia, á la luz de las teas que blandían con insensato júbilo los que se proclamaban vengadores de la reina.

Martín de Hiero hubiera indudablemente tenido la misma suerte, pero nadie sabía lo que se había hecho. Cuando fué interrumpido en su escena con la reina por la presencia inesperada de fray Pedro de Aragón, salió de la torre, montó á caballo, y se precipitó fuera de Nicosia. Jamás volvió á saberse de él. Se creyó que, impelido por el remordimiento, había pasado á otro país á ofrecer á un rey lejano sus servicios como capitán aventurero, y hasta se llegó á decir más tarde—¡cosas quizá del vulgo!—que había concluido su vida entre los infieles peleando contra los dignos soldados de la cruz.

A la mañana del día que se siguió á todas estas escenas, el sol brillaba espléndido en un cielo azul donde no se proyectaba ni la menor sombra de una nube. Parecía como que el cielo se había vestido de gala para celebrar también el triunfo de la inocencia.

Doña Leonor estaba en su cámara teniendo á su hijo sentado sobre sus rodillas. Los ojos de aquella amante madre se clavaban con una satisfacción indecible en el tierno pedazo de sus entr

Digitized by Google

ñas, mientras que sus dedos jugaban con los blondos rizos de la cabellera del niño.

Esperanza entró en aquel momento y fué á ponerse de rodillas ante la reina.

—Levántate, Esperanza, exclamó doña Leonor. No debes tú permanecer de rodillas ante mí, tú que has sido el ángel protector de mi trono y el ángel salvador de mi hijo.

Mientras que la madre decía estas palabras, el hijo volvía hacia la joven sus tiernos ojos azules, sonriéndola cariñosamente.

—No me levantaré. señora, contestó Esperanza, que esta es la actitud que deben guardar todos los que demandan una gracia, y yo vengo á pediros una.

—¿Y qué gracia puedes tú pedirme que yo no conceda? ¿Qué cosa hay que pueda yo negarte ni como mujer, ni como reina? ¿Vienes á pedirme quizás el permiso de enlazarte con aquel á quien amas de corazón?

—¡Ay! no, señora, porque aquel á quien ama mi corazón es noble, y bien sé yo que una villana no puede aspirar á la mano de un caballero. Vengo sólo á pediros, señora, aunque ello en mí os sorprenda, el perdón de doña Juana de Gualveri. El remordimiento, mejor que la ley, sabrá vengaros de esa mujer. Otorgadle la vida; que más castigo la imponéis dándosela que permitiendo á la justicia que se la quite. Don Pedro de Gualveri, inflexible como una roca, quiere que se la condene; vos podéis salvarla, señora, con vuestra palabra soberana, y á vos acudo. Esperanza para la que gime, señora; perdón para la culpable. Sed clemente como lo habéis sido siempre. ¡Esperanza y perdón!

El niño, que durante las palabras de la joven no había apartado de ella los ojos, los volvió entonces hacia su madre, y cruzando sus manecitas como había visto hacer á su amiga, repitió sus últimas

Digitized by Google

palabras, diciendo á doña Leonor con su tierno y conmovedor acento infantil:

—¡Esperanza y perdón!

La reina guardó un instante de silencio, pero lo rompió por fin para decir:

—Levantaos, condesa de la Esperanza, é id á conceder en mi real nombre el perdón á Juana de Gualveri. Id, y volved pronto, pues tengo que hablar con vos de vuestro próximo enlace con mi doncel Hugo de Entenza, que me ha pedido vuestra mano.

No, la alegría no mata. Si fuese así, Esperanza hubiera muerto al oír salir de boca de su reina aquellas palabras.

Y ahora, ¿qué podemos ya añadir para conclusion de esta historia?

Nada más sino referir en breves palabras la suerte que cupo á nuestros principales personajes.

Doña Juana de Gualveri recibió de la reina un amplio y generoso perdón, pero solo salió de la torre para ir á encerrarse en el convento de Santa Clara, donde murió á los dos años de una vida ejemplar y tranquila.

Pedro de Gualveri tornó en seguida á su abadía de San Pablo de Barcelona.

En cuanto á fray Pedro de Aragón, permaneció en Chipre hasta que vió completamente pacificadas las discordias del reino y hasta que pudo volverse tranquilo y seguro tocante á la dicha de su hija, á quien aseguró la protección y alianza de varios reyes para que jamás pudiesen volver á conmover su trono las intestinas discordias. Fácilmente pudo conseguir todo lo que deseaba; porque era fray Pedro de Aragón un religioso que á todo hubiera podido aspirar, seguro de poderlo obtener todo Los reyes hicieron gran caso de él, le consultaban le pedían el apoyo de sus luces y de sus consejos y el pobre franciscano pisó más de una vez, par

Digitized by Google

llevar la paz y la calma á varias agitadas cortes, las alfombras mismas de los palacios que cubierto le vieran un día de hierro ó de galas, y que entonces le contemplaban con su modesto sayal y sus humildes sandalias. Vióse llamado el oscuro monje del convento de Barcelona á las más altas dignidades de la Iglesia; pero todo lo rehusó y dimitió. En vano quisieron los reyes obsequiarle, en vano el Papa mismo trató de elevarle con eclesiásticos títulos.

—Un título solo me basta, decía el antiguo infante.

—¿Y cuál es ese título? le preguntaron un día.

—El de siervo de Dios.

Todo el elogio de este varón eminente está hecho con decir que pudiendo aspirar á los mayores empleos de su orden, no quiso jamás obtener ninguno, contentándose con permanecer veintidós años en ella obedeciendo sólo.

Es inútil decir que Hugo de Entenza, hijo tercero en la noble familia cuyo apellido llevaba, y sin bienes de fortuna,—por lo cual quería su tutor y protector consagrarle desde joven á la vida del claustro,—se casó con la nueva condesa de la Esperanza, á quien la reina dotó pródigamente. Los dos esposos no se separaron jamás de doña Leonor, que tuvo siempre en ellos dos amigos leales y adictos, con los cuales pudo contar en su prosperidad como con ellos había contado en su desgracia.

FIN DE EL DONCEL DE LA REINA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA

ESPADA DEL MUERTO

Digitized by Google

Digitized by Google

La primera edición de esta novela se publicó en Barcelona, por los editores Llorens, hermanos, formando parte de la obra *Los frailes y sus conventos*.

La segunda, reformada, en la misma ciudad, por el editor Manero, 1864, formando parte de la obra *Cuentos de mi tierra*.

La tercera en los folletines del periódico *La Mañana*, Madrid, 1879.

La cuarta en el mismo Madrid, formando un tomo, 1880, imprenta de los Sres. Cao y Val.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA ESPADA DEL MUERTO

I

Visitas á deshora.

Es de noche, la escena pasa en una de esas espléndidas posesiones que tienen los reyes de España inmediatas á la corte, y la época es la de aquel monarca llamado Felipe II *el Prudente*.

Con la facultad que á todo escritor se concede de poder levantar, como el diablo cojuelo, los techos de las casas para que sus lectores logren formarse una idea exacta y completa del lugar de la escena y de los personajes que deben entrar en la acción, empezaremos por quitar de un soplo el tejado de un solitario pabellón situado en los frondosos y pintorescos jardines de palacio, no lejos del cuerpo principal del mismo.

Una sala adornada con exquisito gusto y con verdadera elegancia se ofrece á nuestra vista. Pudiérase creer de pronto que era esta grata estancia el gabinete de una dama hermosa, tan delicado era el gusto de sus muebles y de sus adornos; pero pronto hubiérase desvanecido el error de quien tal hubiese creído, al ver tirados y esparcidos con des-

Digitized by Google

cuido por los asientos varios ricos trajes de hombre, al ver también encima la dorada mesa que se levantaba en medio del aposento un sombrero con gallardas plumas al lado de una linda espada de corte, y al ver sobre todo junto á dicha mesa, á un hombre que, holgadamente sentado en un sillón, y en traje de casa, tenía la cabeza hundida entre las palmas de las manos con las señales de la impaciencia, ó se daba golpecitos en la frente como si se inquietara por una idea tarda en concebir ó por una combinación que se negaba á corresponder á sus deseos.

La brisa perfumada de una deliciosa noche de verano, que penetraba por una ventana abierta á medias, iba á refrescar la frente de aquel hombre que aun mostraba hallarse en todo el vigor de la juventud, cuyo fuego brillaba en sus ojos y en su rostro. En el instante en que le sorprendemos sentado á la mesa de su gabinete y ante un papel en el que se veían escritos varios renglones desiguales, aquejábale una extraña preocupación, y murmuraba palabras inconexas, que no todos hubieran acertado á comprender.

—*Hiel*... decía meditabundo, *dosel*... *laurel*... ¡Maldito consonante! ¿A que no acierto á salir del atolladero en que me he metido...? *Fiel*... *él*... *aquel*... *piel*... *papel*... *joyel*... Nada de esto me sirve. Mal haya quien me ha metido á hacer versos. Mejor los haría con la punta de la espada.

Y rechazó por medio de un airado ademán el papel en que tenía fijos los ojos. Sin embargo, á los pocos momentos volvió á recogerle, y sumergióse, más obstinadamente aún, en su cavilosa meditación. Tan absorto estaba, que no oyó un rumor cercano que partía de los jardines, como de presurosas pisadas, rumor que sin embargo permitía distinguir claramente el silencio sepulcral de la noche. Dejaron de sonar los pasos al pie de

Digitized by Google

la ventana del pabellón, removióse en seguida con violentas sacudidas un árbol que junto á dicha ventana desplegaba sus frondosas ramas, y, á estar el habitante del pabellón menos ensimismado, hubiera podido ver asomar la cabeza de un hombre á flor de la abertura. Pocos segundos después este hombre hacía violentos esfuerzos para alcanzar el antepecho; conseguíalo al fin, y empujando los entornados postigos saltaba dentro la estancia apresurándose á cerrar tras sí la ventana.

Al ruido, el pensativo habitante del pabellón levantó la cabeza, y viendo frente de él á un desconocido, se apoderó de la espada que había encima de la mesa y la desnudó con precipitación, levantándose para dirigirse hacia el extraño huésped que en aquel momento le volvía la espalda, más cuidadoso de cerrar la ventana que de dar satisfacción al dueño de aquella estancia.

—¿Quién sois? ¿Qué manera es esa de asaltar la casa de un caballero? exclamó con arrogancia el de los versos dirigiéndose espada en mano hacia el recién llegado.

Este no dió más contestación que volverse de espaldas á la ventana, la cual acababa de asegurar. La luz de la lámpara dió de lleno en el rostro del asaltador, y la espada cayó de las manos del habitante del pabellón, que murmuró sorprendido:

—Princ...

El nuevo personaje, poniéndole una mano en la boca, le impidió continuar. En seguida le dijo con voz melancólica y baja:

—¡Silencio por Dios, marqués, silencio!

Y por medio de un ademán llamó su atención hacia el rumor de unos pasos que se detenían al pie de la ventana y al cual sucedía el de un cuchicheo, que el silencio de la noche permitia llegar distintamente á oídos de los dos personajes que ocupaban la estancia.

Digitized by Google

—¿Os persiguen? preguntó en voz baja aquel á quien el recién llegado diera el título de marqués.

—Sí, murmuró el otro, pero afortunadamente he visto luz en tu pabellón y he podido encaramarme hasta la ventana abierta. Dios me ha deparado este medio para desorientarles... ¿Oyes? añadió siempre en voz baja haciéndole notar el ruido de los pasos y voces que se alejaban; han perdido mis huellas y prosiguen su camino.

—Mal hace V. A. en aventurarse solo y á semejantes horas de noche por los jardines.

El príncipe, porque era el príncipe, se encogió de hombros sin contestar la menor palabra, y descubriéndose la cabeza, y pasando la mano por su frente que ardía, para enjugar las gotas de sudor que en ella brillaban, fué á sentarse en el sillón desocupado pocos momentos antes por el marqués. Este prosiguió de pie y en actitud reverente ante él.

—Si V. A. me permite, dijo, llamaré á mis criados y saldremos á recorrer los jardines en busca de vuestros perseguidores.

—No; dejadles en paz.

—¿Ha conocido V. A. á algunos de ellos?

—A ninguno, y no quiero tampoco conocerles.

—¿Pero con qué intento perseguían á V. A.?

—Con el de asesinarme sin duda.

—¡Asesinos en los jardines de palacio, señor!

—¿Y por qué no?

El marqués se hizo dos pasos atrás, asombrado y confuso.

—¿Puede haber en este suelo de hidalgos, exclamó, quien, ni siquiera en sueños, se atreva á poner una mano homicida sobre la sagrada persona del príncipe Carlos, hijo del ilustre Felipe II?

—¿Y por qué no? repitió el príncipe con una triste sonrisa.

Digitized by Google

—¡Asesinaros á vos, señor, á vos, el heredero del trono, el príncipe esclarecido...

—Marqués, marqués, dijo D. Carlos interrumpiéndole y fijando en él una mirada llena de tristeza, mi muerte puede convenir á alguno.

—Decidme quién es el que tan infame pensamiento puede albergar, y yo os aseguro, señor, que mi espada sabrá hallar el camino de su pecho.

—Entre tu espada y su pecho me interpondría yo.

—¡Cómo! ¡V. A. defendería al hombre que intenta asesinarle!

—Marqués, exclamó el príncipe con una intraducible expresión de profundo sentimiento, todas las noches, antes de acostarme, me postro de rodillas y le pido á Dios que colme de felicidades y bendiga á aquel á quien puede convenir mi muerte.

Con verdadera estupefacción se quedó el marqués, suspenso, mirando á D. Carlos, y abría ya los labios para contestar, cuando el martillo de bronce de la puerta dejó oír sonoros y repetidos golpes. El príncipe se estremeció y se puso extremadamente pálido, levantándose de su asiento como movido por un resorte. El marqués por su parte experimentó también cierta natural inquietud.

Oyóse como un criado abría la puerta del pabellón, y pudieron nuestros dos personajes distinguir una voz que preguntaba por el señor marqués de Biel.

—¡Oh! murmuró D. Carlos en voz tan baja que apenas pudo llegar á oídos del marqués. Es la voz de Antonio Pérez, el favorito de mi padre. Si me encuentra aquí, soy perdido y perdida ella también sin remedio.

Sin comprender nada de aquello, obedeciendo á un movimiento maquinal, el de Biel se adelantó hacia un ángulo de la estancia y descorrió una cortina azul con franjas de oro que, formando an-

Digitized by Google

chos pliegues y cerrando el espacio comprendido entre dos columnas de mármol, ocultaba la entrada de un dormitorio.

—Entrad aquí, príncipe mío, que si es pobre lugar para alojar á V. A.. en él estaréis seguro al menos y nadie se atreverá á pisarlo mientras yo viva.

—Gracias, marqués. A tu lealtad me fío.

Y se entró precipitadamente en el dormitorio.

La cortina, cayendo trás él, casi no había tenido tiempo aún de recobrar su inmovilidad, cuando Antonio Pérez, porque era el mismísimo secretario de Felipe II, que no había querido dejarse anunciar, aparecía en el umbral de la estancia y paseaba por ella una mirada de águila, buscando, con aquella penetración que le distinguía, un detalle, un objeto, un indicio cualquiera que pudiese colocar á sus sospechas en el rastro. Pudo con tanta mayor tranquilidad examinar el aposento, en cuanto el marqués de Biel había tenido tiempo suficiente de volverse á sentar á la mesa y de proseguir con toda apariencia de tranquilidad su tarea interrumpida pocos momentos antes. Con una mano sosteniendo una pluma y descansando en el puño cerrado de la otra las sienes, el marqués movía los labios, dejando escapar de vez en cuando algunas palabras inconexas.

—*Tropel... dosel...* ¡es un consonante endemoniado! decía.

Antonio Pérez no vió absolutamente nada que pudiera despertar sus recelos, si es que los traía. A más, aquella completa tranquilidad del marqués, entregado á la pesada tarea de buscar consonantes, hubiera acabado de disipar sus sospechas, si no lo hubiesen hecho ya el orden y armonía que reinaban en la estancia.

—¿Con que también poeta, señor marqués de Biel?—dijo el secretario de Felipe II adelantándose hacia la mesa con semblante hipócrita.

Digitized by Google

Volvióse el marqués como sorprendido y se apresuró á levantarse.

—¡Oh! ¡señor Pérez! exclamó tendiéndole la mano por encima la mesa.

—Vuestro humilde servidor.

El marqués le acercó un sillón, invitándole á que tomara asiento.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita tan á deshora? preguntó el marqués después de los primeros cumplidos.

—La cosa más sencilla, contestó Pérez con tal naturalidad, que quien no le hubiese conocido hubiera creído leer en su acento la expresión de la más cordial franqueza. Heme retirado muy tarde del despacho ordinario con S. M., cuya preciosa vida prolongue el cielo dilatados años, y pasaba por junto á vuestro pabellón dirigiéndome á mis aposentos, cuando al ver luz en la ventana, se me ha ocurrido una idea y me he dicho: «Voy á visitar á ese buen amigo con quien estoy en deuda hace mucho tiempo, y al que sorprenderé ocupado en su galante correspondencia: no le pesará sin duda la interrupción de un momento para estrechar la mano de un antiguo amigo.» Esto me dije y aquí me tenéis.

—Y muy bien que habéis hecho, señor Antonio Pérez, y mucho que os lo agradezco, contestó el de Biel con fina sonrisa. Cónstame en verdad lo atareado que os tienen los negocios de Estado durante el día, para no agradecer el sacrificio que me hacéis de algunos momentos que hubierais podido dedicar al descanso. Vuestra visita á deshora me es pues doblemente grata.

Y volvieron á comenzar ceremoniosos cumplidos por una y otra parte.

—Estáis escribiendo versos me parece, marqués, dijo Antonio Pérez; á lo menos, os he oído murmurar no sé qué de consonantes.

Digitized by Google

—En efecto, exclamó el de Biel con toda naturalidad. Como buen catalán, soy aficionado á la poesía, que ya sabéis ha sido cuna nuestro país de galantes trovadores. A más, dióme algunas nociones de este arte mi preclaro amigo y paisano el caballero Mosén Juan Boscá, que há pocos años ha muerto gloriosamente, después de haber emprendido la restauración de la poesía española, introduciendo de nuevo en ella el metro y las gracias que tanto sobresalen en las musas italianas.

—He oído hablar de Mosén Juan Boscá. Si no me engaño, este caballero barcelonés es el que ha recogido, enmendado y dispuesto las preciosas poesías de su amigo Garcilaso de la Vega.

—El mismo es por cierto.

—Buen maestro habéis tenido entonces, marqués, y no dudo que habrá hecho de vos un excelente discípulo. Los catalanes sois tan ilustres en armas como en letras.

—El discípulo, señor Antonio Pérez, no es digno en manera alguna del maestro, porque os he de confesar ingenuamente que más gusto de manejar la espada que la pluma. Aficionóme mi amigo Boscá al metro italiano que quiso introducir en la poesía castellana, y procuraba hoy, aprovechando unos momentos de ocio, ejercitarme en este metro, pero iba á desistir de la empresa cuando afortunadamente ha venido vuestra agradable presencia á interrumpirme.

Antonio Pérez se inclinó para contestar á esta galantería y dijo:

—¡A desistir! ¿Tan mal os tratan las musas?

—Infamemente. Hace dos horas que me quiebro los cascos en busca de un maldito consonante, contestó el marqués, á quien no desagradaba el giro que iba tomando la conversación y lo aprovechaba para desorientar al secretario del rey en la sospechas que pudiera tener.

Digitized by Google

—¡Un consonante! ¿Y un hombre como vos se apura por un consonante?

—¿Os parece poco?

—Hacedme el gusto de leer los versos y veréis como yo os lo encuentro al instante.

—¿Sois también poeta? ¡Vos! ¡un hombre de Estado!

—Presté algún culto á las musas, allá en mis mocedades, y algo se me recuerda para poder atreverme á dar un consejo y para hallar sobre todo un consonante.

—Os tomo la palabra. Completadme la poesía, y me haréis el hombre más feliz por el momento.

—¿Tan á pecho tomáis la cosa?

—Sí, porque me evitaréis el fastidio de pasar otras dos horas rompiéndome los cascos.

—Acepto el compromiso, sólo por seros agradable.

—Pues entonces, oíd; pero os suplico que no vayáis á reíros de mis versos.

—¿Es modestia?

—Vais á juzgar.

Y tomando el papel, empezó á leer con énfasis el marqués:

Tanto sufrí, que el corazón, señora,
se rasgaba en mi pecho de dolor;
pero brilló por fin la dulce aurora
en el cielo esplendente de mi amor.
Pasaron ya mis horas de amargura,
que mío es hoy vuestro cariño fiel,
y eterno amor el corazón os jura...

—Y de aquí no he pasado. Hame sido imposible hacer un solo verso más.

—¡Versos de amor! No en balde tiene fama de ser el galanteador más asiduo de las hermosas damas el marqués de Biel. Buenos son los versos y buena entonación tienen. A ver, hacedme el gusto

Digitized by Google

de leer otra vez los últimos y trataremos de hallar el consonante que os falta.

El marqués repitió la lectura.

—La cosa sería muy fácil, dijo Antonio Pérez clavando sus ojos en el semblante del marqués, como si quisiera leer en él la emoción que podía causarle lo que iba á decir, la cosa sería fácil si la mujer á quien se dirigen estos versos se llamara Isabel...

Y aquí se detuvo Pérez esperando un movimiento que el de Biel no hizo.

—Pues que entonces, prosiguió sin dejar de mirarle de hito en hito, podríais concluir, por ejemplo:

y eterno amor el corazón os jura
postrado á vuestros pies, bella Isabel.

—Tenéis razón, dijo el marqués. Nada más fácil si la dama de quien se trata se llamara Isabel; pero como se llama Aurora, me es imposible concluir con *postrado á vuestros pies, bella Aurora.*

—Es verdad. ¡Y á propósito! ¿Aurora habéis dicho? Yo conozco este nombre. Aurora... ¿Aurora de Senmanat quizá?

—Precisamente.

—¡Ah! la más hermosa de las camaristas de la reina, la protegida de la princesa de Eboli... No tenéis mal gusto, marqués. Os felicito.

—Pues qué, ¿no sabíais?...

—¿Que le hicierais la corte? No por cierto.

—Es mi desposada. Nuestro enlace fué ya dispuesto allá en Barcelona por ambas familias, cuando estábamos aún en la infancia.

—Perfecta pareja haréis. Gallardo vos, ella hermosa... Sois un bribón, marqués. La fortun os sale al encuentro. Pero, en fin, volviendo nuestro asunto, me habéis picado el amor propi y he de merecer de vos que me dejéis los verso

Digitized by Google

que me habéis leído. Mañana os los devolveré con el verso que falta para completar la idea.

—Llevároslos podéis, y así la poesía será obra de dos ingenios.

—El mío es ya un ingenio rancio. Lo que puede suceder es que os estropee los versos.

—No será así, que antes ganarán con vuestra cooperación.

—Galante estáis.

Y al decir esto Antonio Pérez, se inclinó y guardó el papel con los versos del marqués.

—¿Os vais ya? dijo éste viendo que se levantaba.

—Sí; la noche está muy adelantada, y ya sabéis que mi deber me obliga á presentarme muy de mañana en palacio.

El marqués se levantó también para hacer cortesía á su huésped. Antonio Pérez paseó la mirada alrededor, como si no pudiera acabar de convencerse de lo infundado de sus sospechas, y dijo:

—Con justicia os proclaman las gentes, marqués, el caballero más galán y de más buen gusto que hay en la corte de las Españas.

—¿Por qué lo decís?

—Porque observo que tenéis vuestra habitación regiamente adornada. ¡Hermosos tapices, pardiez! ¡Lindísimas colgaduras! ¡Magníficos muebles! Y... ¡calle! exclamó de pronto el secretario del rey Felipe mirando á todos lados como si evocara un recuerdo en su memoria, este pabellón... sí, este pabellón es el mismo... Mirad, allí, en el fondo de aquel dormitorio, añadió señalando la cortina azul, allí me parece ver al príncipe Carlos...

Al oír este nombre tan brusca y repentinamente arrojado en medio de la conversación, el marqués de Biel no pudo contener un estremecimiento, y, sin serle posible dominarse, volvió los ojos hacia la alcoba, cuya cortina se movió de un modo de-

Digitized by Google

masiado significativo para poder dejar de conocer que alguien se escondía tras ella. Antonio Pérez lo vió todo con aquella penetración que le distinguía, pero hizo como si no hubiese notado nada, y continuó su frase comenzada con la misma calma que poseía siempre en su habla.

—A nuestro muy amado príncipe cuando le aquejó aquella enfermedad terrible que amenazó llevársele al sepulcro, lo cual hubiera sido una gran desgracia para nuestros reinos. Sí, sí, lo reconozco bien ahora, este era el pabellón que el príncipe ocupaba. ¿No os acordáis, marqués?

Y el secretario volvió sus ojitos de águila hacia el de Biel, en cuyo rostro pudo leer todavía los restos de la turbación que le había sobrecogido al oír pronunciar tan de repente el nombre del heredero del trono.

—No, no tengo presente, contestó el interpelado, apelando á toda su fuerza de voluntad para serenarse.

—¡Oh! pues yo lo recuerdo como si fuese hoy. Este pabellón guarda tristes memorias para toda la familia real que aquí se halló reunida la noche que se creía ser la última para el príncipe. Mirad, precisamente ahí mismo donde os halláis ahora, dijo Antonio Pérez señalando el sitio en que estaba como enclavado el marqués, á quien no permitía acabarse de serenar el giro extraño que tomaba la conversación, precisamente ahí mismo se hallaba S. M. Felipe II, grave y pálido como un difunto, aguardando el término de la crisis fatal que debía ser la muerte ó vida de su hijo. ¡Oh! aun me parece estarle viendo. De pie y apoyada en el respaldo de su sillón estaba la reina Isabel, con la cual hacía sólo quince días que se había enlazado. La pobre reina fijaba á cada instante en el dormitorio y en el lecho donde agonizaba el príncipe unos ojos en que se pintaba la más desgarradora

Digitized by Google

angustia, pues harto comprendía la excelente señora el conflicto en que iba á verse sumida toda la nación por aquella muerte. Yo estaba inmóvil como una piedra junto á la mesa, y... aguardad, voy á enseñaros el sitio en que se hallaba la princesa de Eboli cuando, burlada por un desmayo del príncipe y creyéndolo la inmovilidad de la muerte, exclamó desde el pie de la cama, no pudiendo contener un sollozo: «¡Dios mío! ¡el príncipe ha muerto!» Mirad, voy á mostraros el sitio mismo desde donde resonaron aquellas terribles palabras que, gracias á la Providencia, no resultaron verdad.

Y Antonio Pérez, con una precipitación que no era en él costumbre, se encaminó hacia la alcoba, de cuyo cortinaje se había ya apoderado é iba á descorrer, si arrojándose á él el marqués no hubiese llegado á tiempo de detenerle el brazo.

—Perdonad, señor Pérez.

—¿Qué sucede? preguntó el secretario haciéndose el sorprendido y sin soltar el cortinaje.

—Hay aquí... balbuceó el marqués que no sabía como expresarse.

—¿Qué hay?

—Hay en este dormitorio un retrato de mujer, dijo por fin el de Biel resueltamente, que no debe ser visto por nadie.

El secretario del rey se mordió los labios de una manera imperceptible, pero no soltó aún el cortinaje.

—¿Una rival de la pobre Aurora, vuestra futura? dijo con una risita diabólica.

—Puede, respondió con firmeza el de Biel. De todos modos, es retrato que nadie ha visto y que nadie verá.

—Respeto vuestros secretos, dijo Antonio Pérez soltando los pliegues del cortinaje con visible señal de despecho; sólo intentaba enseñaros el si-

Digitized by Google

tio donde estaba la princesa de Eboli la noche de que os hablaba. Con que, no quiero molestaros más con mi visita, marqués.

—¡Molestarme! exclamó el marqués conduciendo á Pérez como inadvertidamente hacia la puerta y desmintiendo con su ademán el sentido de sus palabras: ¡molestarme con vuestra visita! Al contrario, me ha sido muy grata, os suplico que lo creáis.

—Lo creo, pues así me lo decís.

—¡Oh! no lo dudéis, recibiré á particular complacencia el que la repitáis.

—Harélo así.

—Y en ello os seré merecedor de señalado obsequio.

—Adiós, mi querido marqués, dijo Antonio Pérez, estrechándole la mano con toda la expresión de la cordialidad.

—Adiós, mi estimado señor Pérez, dijo el marqués contestando con la misma aparente afectuosidad al saludo.

Y añadió entre dientes mientras el secretario se alejaba: ¡Mal rayo te parta!

Al salir Antonio Pérez del pabellón en que moraba el de Biel, se dirigió en línea recta hacia un grupo de árboles. Una sombra se destacó del tronco de uno de aquellos árboles, dando dos pasos para salir al encuentro del secretario particular y ministro de Felipe II.

Esta sombra no dijo nada, pero el secretario comprendió su actitud interrogadora; así es que exclamó, como contestando á una pregunta:

—Estaba.

—¿Le has visto tú?

—No, señor, pero estaba, lo apostaría, no me queda duda. Debe haber oído toda la conversación detrás del cortinaje que oculta la entrada del dormitorio.

Digitized by Google

El hombre negro dijo entonces con voz severa:

—Aguardemos á que salga. Lo interrogaré yo mismo.

—Señor, tengo yo otro plan de mejores resultados.

—¡Ah!

—Sí; me ha ocurrido mientras he estado hablando con el marqués y á propósito de un incidente de la conversación.

—¿Pero es el marqués su cómplice?

—Supongo que debe serlo.

—Nos veremos pues, señor encubridor, dijo el hombre negro amenazando con el puño cerrado en dirección al edificio.

El secretario, que afectaba un particular respeto y deferencia por el hombre negro, le dijo:

—Creo que lo mejor que por hoy podríamos hacer sería retirarnos y despedir á esos hombres.

—Despídelos pues y retirémonos.

El secretario se internó en la arboleda, volviendo á los pocos instantes.

—Cuéntame tu plan ahora.

—Es infalible, señor.

—Mejor. Vamos, pues, andando.

Y los dos se dirigieron hacia palacio hablando en voz baja. En el interin, cualquier observador que allí se hubiese hallado, hubiera visto salir del corazón de la arboleda á varios hombres uno tras otro, pero con marcados intervalos, los cuales se retiraban y perdían en distintas direcciones.

Digitized by Google

II

La llave del parque.

En cuanto hubo salido del pabellón Antonio Pérez, el marqués de Biel se volvió á su estancia y vió al príncipe que, apartando con su mano derecha el cortinaje azul, asomaba su rostro excesivamente pálido y calenturiento. El marqués se sobresaltó.

—¿Qué es eso? ¿Qué tenéis, príncipe mío?

Carlos dejó caer tras sí el cortinaje y dando algunos pasos vacilantes por la estancia, fué á dejarse caer, mejor que á sentarse, en un sillón. El de Biel repitió con inquietud la pregunta.

—Marqués, marqués, exclamó el príncipe con un acento particular, ese hombre que acaba de salir de aquí me venderá como Judas vendió á Cristo.

Carlos apoyó su codo en uno de los brazos del sillón y dejó caer su frente abrasada en la palma de su mano. Hubo un momento de solemne silencio. La ventana, mal asegurada por el príncipe, se había vuelto á abrir impelida por el viento, y éste penetraba en la estancia á bocanadas, despidiendo gemidos melancólicos y haciendo oscilar la luz que brillaba encima la mesa.

El marqués, de pie ante el príncipe, no se atrevía á interrumpir aquella especie de melancólico recogimiento. Carlos fué el primero en romper el silencio. Su voz pareció impregnada de sollozos; tanta tristeza encerraba y tanto dolor daba á comprender.

Digitized by Google

—Marqués, tú no sabes lo que hay aquí ni lo que pasa, ignorante como te hallas del secreto que guarda mi corazón; pero te lo digo ¡ay! y te lo digo con toda la convicción del hombre á quien el dolor le hace adivinar y prever: yo estoy en manos de Antonio Pérez, y Antonio Pérez me matará.

—Príncipe mío...

—Sé lo que vas á decir, sí, no ignoro que hay aún corazones leales y que el tuyo es uno de ellos; pero sin embargo, yo soy solo, solo para luchar con ese hombre que es el verdadero rey de España. No lo dudes, te lo repito, yo caeré á sus pies. ¡Oh! ¡y si aun no fuese más que yo...!

El príncipe se interrumpió. La emoción le embargaba la voz. Al poco rato levantó el rostro surcado de lágrimas, y dirigiéndose al de Biel, le dijo con un acento tan expresivo que ninguna pluma sería capaz de pintar:

—Marqués, yo no tengo amigos, yo no tengo hermanos, yo no tengo á nadie en el mundo en quien poder depositar parte de los dolores que me abruman y que son para mí una terrible carga. Marqués, tú has sido mi compañero de infancia, y acaso hoy la Providencia me haya traído aquí para hacerte esta pregunta. Marqués, dí, ¿quieres ser mi amigo, quieres ser mi hermano?

—¡Señor!...

—Dí, ¡oh! dímelo... ¿Quieres?

—Príncipe mío, juro ser vuestro más fiel y más adicto servidor.

—¡Oh! ¡no, yo no necesito servidores, yo necesito sólo hermanos! Dí, marqués de Biel, ¿te atreves á cargar con todas las consecuencias de ser el amigo de un príncipe, cuya amistad puede ocasionar la muerte?

—Moriré cien veces con gusto, señor, por la honra de llamarme hermano vuestro.

—Pues entonces ven á mis brazos, marqués,

Digitized by Google

exclamó Carlos abrazándole en medio de sus sollozos, ven á mis brazos, digno y leal corazón, y no olvides que este abrazo de tu príncipe sella quizá tu muerte, porque demasiado se apresurarán á separarte de mi lado cuando sepan nuestra fraternal unión.

El príncipe y el marqués permanecieron largo rato abrazados, y ambos rostros mostraban en sus lágrimas su emoción. Cuando se hubieron recobrado, después de unos instantes, Carlos dijo:

—Ahora, marqués, puesto que eres ya mi hermano, voy á abrirte mi corazón para que puedas leer en él como en el tuyo mismo.

En aquel instante sonó un ruido entre los dos personajes. Un objeto como una piedra, pero que despidió al dar contra el suelo un sonido metálico, había entrado por la ventana yendo á caer en medio de la sala.

—¿Qué es eso? dijo Carlos.

—No sé, murmuró sorprendido el marqués avalanzándose á coger el objeto que se veía en el suelo.

Era una llave colgada de una cinta azul.

—¡Ah! dijo entonces el de Biel como recordando, ya sé.

—¿Qué llave es esa? preguntó el príncipe.

—Yo no debo tener secretos para V. A., señor. Es la llave del parque de la reina.

—¡De la reina! gritó Carlos poniéndose en pie. ¿Y cómo llega á tus manos de este modo?

—Señor, una de las camaristas de la reina es mi amada, más que mi amada, mi futura. Aurora de Senmanat me envía esta llave para que ciertos días, los que combinaremos por medio de una seña, pueda yo entrar protegido por las sombras de la noche en el parque, á fin de poder hablar con la que ha de ser muy pronto mi esposa.

La frente de Carlos se ensombreció.

Digitized by Google

—¡Qué feliz eres! Tú puedes requerir de amores á la amada de tu corazón, puedes decirla todo ese torrente de palabras que el corazón funde rápidamente y que se escapan de los labios en esos momentos de expansión en que el hombre se entrega por completo al placer de amar y á la embriaguez de estar junto á la mujer adorada, de estrechar su mano, de rozar su ropa con la suya, de besar los flotantes rizos de su cabello cuando un soplo de brisa bienhechora los arroja al rostro del entusiasta amante. ¡Oh! sí, ¡qué feliz eres!

De pronto, una idea, fugaz como un relámpago, surcó por la mente del príncipe é iluminó su rostro.

—Oye, dijo, ¿quieres darme esa llave? yo te la cubriré de perlas y diamantes; yo te daré en oro veinte veces más de lo que pesa.

—Entonces no sería dárosla, sino vendérosla. Tomadla, señor.

El príncipe cogió la llave que le alargaba el de Biel, y con una especie de delirante frenesí la estrechó contra su corazón y la llevó á sus labios. Sin embargo, no tardó, calmado este rápido movimiento de entusiasmo, en arrojarla encima de la mesa.

—¡Ay! no, ¡me olvidaba! dijo con amargura y con los ojos velados de lágrimas, recoge esta llave. Sería un medio de perderla más pronto. No, la felicidad no se ha hecho para mí. Guarda esta llave, marqués, y oye los secretos de mi alma.

Y el príncipe comenzó á contar á su confidente todas las escenas de una historia del corazón.

Esta historia, mejor que el príncipe Carlos al marqués, se la contaremos nosotros á los lectores, puesto que podremos añadirle ciertos detalles que, siendo de él ignorados, no pudo por lo mismo comunicarlos al de Biel.

Digitized by Google

III

La reina.

Era una hermosa joven y tenía un corazón de oro Isabel de Valois. No conocía al príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, más que por su retrato, no le conocía más que por sus cartas, pero le amaba con toda la pasión del primer amor. Le habían dicho que estaba destinada á ser esposa del príncipe español, y una galante pero expresiva correspondencia se había establecido entre los dos jóvenes. Sin conocerse, desde la corte de Francia la una, desde la corte de España el otro, se habían jurado un amor eterno. Sus manos no se habían enlazado nunca, jamás sus ojos se habían encontrado, pero sus almas se habían unido y sus corazones latían de amor el uno para el otro.

Las cartas de Isabel, redactadas en estilo sencillo á la par que amoroso y tierno, descubrían el fondo de su alma, como se descubre el fondo de un estanque á través del agua pura y cristalina. Estas cartas, redactadas con todo el abandono de la sencillez y todo el candor de una primera pasión, infundieron en el corazón de Carlos sentimientos que ya nada en el mundo podía borrar. Las cartas de Carlos, redactadas, por el contrario, en lenguaje apasionado y varonil, hicieron brotar en el corazón de Isabel todo un manantial de secretas y deliciosas sensaciones, hasta entonces desconocidas para su alma virgen de toda ilusión de amor.

Digitized by Google

Sus corazones se habían comprendido, sus almas se habían encontrado en el espacio y se habían dado el beso de nupcias.

Isabel era entonces dichosa como toda joven que siente el pecho lleno de ilusiones, y pasaba el día pensando deleitosamente en las horas de encantos y delicias que la esperaban bajo el poético cielo de España, en brazos del gentil mancebo de mirada melancólica que tan bien sabía pintarle las emociones del amor en correspondencias llenas de fuego y sentimiento.

Así fué que, cuando su madre, la italiana Catalina de Médicis, la condujo á las fronteras, la doncella de Valois creía caminar á la dicha, y cuéntase que hubo de detenerse en el umbral del regio pabellón donde la esperaba su prometido, para vencer la placentera emoción que le causaba su futura y próxima felicidad.

Pero, al penetrar en la tienda real levantada para la entrevista y sobre la cual ondeaban entrelazadas las banderas española y francesa, no fué don Carlos, no fué el gentil mancebo de mirada melancólica el que se presentó á ella: quien se adelantó á recibirla fué un anciano de aspecto severo, vestido con traje negro, de semblante pálido, sombrío y helado como la estatua de un sepulcro.

Isabel, sorprendida, dió un paso atrás y miró á su madre, la astuta Catalina. Esta le contestó con aquella diabólica sonrisa que tenía por costumbre, y murmuró á su oído, según es fama:

—Es el rey de España; el otro no era más que príncipe.

Y unió violentamente la mano de su hija á la del viejo monarca de España, diciendo á la pobre Isabel, como si con esto quisiera recompensarla de la pérdida de todos aquellos deliciosos sueños de amor y de ventura que atropellados huían en aquel momento de su virgen corazón:

Digitized by Google

—¡Te hago reina!

Y al día siguiente, medio muerta de terror, pálida como el condenado que marcha á su suplicio, la pobre Isabel se dejaba caer en el regio tálamo de Felipe II, frío aun por la muerte de dos reinas.

¿Qué motivo impeliera á Felipe á enlazarse con la prometida, con la amada de su hijo? ¿Qué intención le guiaba á anticiparse á su hijo, verificando una boda con una princesa que ni tenía su edad ni podía tampoco participar de su carácter? ¿Por qué aquel hombre, muerto ya para los goces del alma, se había de interponer, como un espantoso abismo insuperable, entre la dicha y las ilusiones de aquellos dos jóvenes...? La razón de Estado, se nos dirá. ¡Ay! ¡cuántos crímenes se han cometido á nombre de la razón de Estado!

Carlos cayó peligrosamente enfermo al saber aquel enlace, al ver qué se unía á la vida gastada de su padre el ángel de consuelo que él había soñado para su compañera en el mundo. Terrible fué su enfermedad y hubo un momento en que llegaron ya todos á creerle muerto, según lo hemos oído referir á Antonio Pérez en el primer capítulo de esta historia.

Cuando recobró la salud, cuando el joven y entusiasta mancebo fué devuelto á la corte y al porvenir, trató de fugarse, de huir lejos de aquella mujer que habiendo sido su amada y debiendo ser su esposa, era sin embargo la esposa de su padre. Pero fueron vanos sus esfuerzos: su corazón se rebeló contra su voluntad, y si el deber le mandaba huir, la fatalidad le obligó á permanecer.

Carlos se quedó en la corte. El día que tomó semejante determinación firmó su sentencia de muerte.

Huyéronse los dos jóvenes largo tiempo, sumergidos en una desesperación reconcentrada y taciturna, que amenazaba por lo mismo ser duradera.

Digitized by Google

Melancólico y sombrío Carlos, á todos demostraba, con las huellas del dolor grabadas en su rostro, que su corazón era palenque de una lucha terrible. Isabel sufría todo lo que es dable sufrir á una mujer enamorada sin esperanza.

Los dos jóvenes se huían, hemos dicho, pero la fatalidad había atado sus destinos con un eslabón de hierro, y así como aquellas dos almas puras, vírgenes, soñadoras, habían creído un día que sus labios llegarían á juntarse para beber en la misma copa del amor, así debían tropezarse sus mismos labios apurando unidos el cáliz de la hiel y de la amargura.

Sus miradas se encontraron alguna vez y llegaron á hablarse por medio de aquel lenguaje mudo que todos los que han amado comprenden. Sin embargo, ni uno ni otro olvidaron, ella lo que debía á su esposo, él lo que debía á su padre. Un incidente, uno de esos incidentes que el demonio de la fatalidad proporciona á los que quiere perder, hizo que entre Isabel y Carlos se cruzaran cierta tarde unas pocas palabras.

Por aquel entonces había en la corte de España una mujer que podía tener el rostro de un ángel, pero cuyo corazón era de demonio. Había en los ojos negros de esa mujer algo del magnetismo que Dios ha dado á la serpiente para atraer á los pájaros. Sus miradas atraían á los hombres que cruzaban por delante de ella y les obligaba á rendirle adoración y tributo. Esta mujer era la princesa de Eboli. Es fama que había poseído un día la llave del corazón de Felipe II. En el momento en que la hallamos, estaba apoderada de Antonio Pérez, que no veía más que por sus ojos, que no pensaba más que por su pensamiento, que no obraba más que por su voluntad. Hábil intriganta, la princesa tenía en sus manos y movía todos los hilos de las intrigas que dominaban en la corte. Por lo que de

Digitized by Google

Felipe II había sido, tenía la llave del pasado; por lo que de Antonio Pérez era, tenía la del presente. Con todas las apariencias de una santa, aquella mujer era el ángel malo de la corte de España.

Nada había que no hiciese por cálculo. No movía una mano que no fuese con un fin, no decía una palabra que no fuese con estudio, no daba un paso que no fuese proponiéndose algo. Esta fué la mujer que, prosiguiendo el secreto camino de una intriga, se propuso una vez encender las pasiones del príncipe don Carlos. El alma doliente del gentil mancebo no advirtió siquiera los manejos de la dama. Estaba demasiado ocupada en su dolor para hacer caso de nada. La indiferencia del galán movió el orgullo de la dama. Sólo Dios sabe todo el odio que es capaz de albergar el corazón de una mujer desairada, cuando esa mujer es una princesa de Eboli.

La princesa juró venganza á su amor propio herido, á su vanidad de mujer humillada, y tuvo la habilidad de hacer partícipe de sus odios á Antonio Pérez. El pobre D. Carlos, sin saberlo, acababa de crearse la más terrible, la más despiadada enemiga.

Muchas noches el príncipe se embozaba en su capa y se salía á pasear por los jardines solo, sin hacerse acompañar de nadie, recatándose de todo el mundo, por el contrario. Gustaba de divagar por las sombrías alamedas, internándose por entre los árboles, sin objeto fijo al parecer, pero sus paseos solitarios terminaban siempre por aproximarse al lienzo oriental de palacio donde estaban las ventanas de la cámara de la reina. Algunas veces le sucedía al príncipe pasar por allí tarareando cierta canción francesa, que de algún tiempo á aquella parte estaba de moda en la corte, cuando esto sucedía, abríase silenciosamente una ventana, y sin más ruido que el que puede hace

Digitized by Google

un rayo de sol deslizándose por una superficie de mármol, un cordón de seda iba bajando por la pared hasta llegar al alcance del príncipe. Este ataba entonces un papel al cordón que volvía á subir arrollado por una mano invisible, se cerraba la ventana, y sólo turbaban el silencio de la noche los pasos del príncipe que se alejaba tarareando su canción francesa.

¿Cómo llegó la princesa de Eboli á saber los nocturnos paseos del príncipe y lo del cordón de seda? Esto es lo que nadie supo y lo que de seguro no se sabrá jamás desde el momento que no nos ha sido dable á nosotros averiguarlo.

Poco después de saberlo la princesa lo sabía Antonio Pérez; poco después de saberlo Antonio Pérez, lo sabía Felipe II.

Este oyó la noticia con aparente calma. Su semblante se ensombreció, su mirada cobró un nuevo grado de severidad sobre la que le era ya peculiar, y nada más. Determinó hacer por sí mismo la observación, y quiso convencerse por sus propios ojos de que era verdaderamente su hijo el rondador de las ventanas de la reina. Al efecto, dispuso que Pérez reuniese para cierta noche á algunos hombres de confianza con los cuales él se juntaría sin darse á conocer. Estos hombres debían armar pendencia con el príncipe al objeto, no de asesinarle como éste creyó, sino de obligarle á descubrirse y á hablar para que el monarca se convenciera de lo que no acertaba á creer.

El plan le salió frustrado en gran parte, según hemos visto. Aquella noche no se abrió la ventana ni bajó el cordón, y Carlos, viéndose perseguido, escaló la ventana del marqués y se refugió en su habitación, prefiriendo esto á tener que hacer frente á sus adversarios ó á retirarse á palacio, cosas ambas que hubieran podido descubrirle.

Cuando á Felipe no le quedó duda de que el

Digitized by Google

hombre á quien perseguían se había refugiado en el pabellón, sospechó por un momento si sería el marqués, en vez del príncipe, el rondador, y llegó á hacer partícipe de su duda á Antonio Pérez quien, para averiguarlo, decidió en el acto la visita que ya le hemos visto llevar á cabo. Hacía probable la duda del monarca la circunstancia de ser el marqués de Biel el caballero más galante que se conocía en la corte. Todos los ecos de la fama habían más de una vez repetido sus locas aventuras y sus atrevidos lances.

Hemos asistido á la diplomática escena que á consecuencia de esta duda tuvo lugar, y ya sabemos como Antonio Pérez adquirió la casi realidad de que estaba oculto el príncipe tras las cortinas del dormitorio. Sin embargo, la cosa no pasaba aún de simple conjetura ó sospecha.

Tal era el estado de las cosas y la situación de nuestros personajes al comienzo de esta historia. Tal fué también lo que contó, con mucha menos abundancia de detalles, el príncipe al marqués cuando le franqueó abiertamente su corazón.

IV

La camarista.

Pasadas tres noches, en una apacible y clara, cierto caballero, que con auxilio de una llave se había introducido cautelosamente en el parque de la reina, se paseaba por una de las calles del mismo, bajo la bordada bóveda de árboles cuyos juguetones caprichos dibujaba en el suelo la melancólica luz de la luna.

Digitized by Google

No era éste otro caballero que el marqués de Biel.

Sin duda hacía ya rato que aguardaba y hallábase acaso el buen galán cansado de aguardar tanto tiempo, pues todos sus gestos y ademanes revelaban una impaciencia y un desasosiego cada vez mayores. Ya se sentaba en un banco de piedra tras del cual se alzaba un mullido respaldo de musgos y de enredaderas, ya se levantaba inquieto y se dirigía mohino al extremo de la calle para asomar la cabeza é interrogar con su mirada el jardín, desierto completamente. La persona que con tanta impaciencia era esperada no se daba prisa ciertamente en acudir á la cita.

En uno de los momentos de impaciencia en que el marqués llegó á dar con el pie en el suelo, creyó oír á sus espaldas una expresiva risa femenil, pero hubo de ser tan leve, que la confundió con un murmullo sólo de los árboles ó una simple ilusión. En efecto, el de Biel se volvió rápidamente, pero ni vió ni oyó nada que pudiera despertar su recelo.

Encogióse de hombros y tornó á continuar sus paseos hasta que, trascurrido un buen rato sin que nadie se presentara, volvió á herir violentamente el suelo con su pie, acompañado esta vez su gesto con una expresión de mal humor. Entonces oyó clara y distinta á sus espaldas, no ya una risita como primeramente, sino una franca y verdadera carcajada.

Volvióse y vió asomar por detrás de la enredadera del banco la linda cabeza rubia de una graciosa joven de dieciseis años.

—¡Aurora! exclamó.

—La misma, señor marqués, contestó la joven mostrándose y adelantándose con cierta seriedad que formaba el más cómico contraste con su rostro picaresco, la misma, que no esperaba por cierto hallar á un galán tan impaciente. ¿Por qué no os

Digitized by Google

marchabais, caballero, ya que tan desasosegado os traía el esperar un poco? Habéis de saber, señor marqués, que á mí no me gustan los galanes que muestran impaciencia y cólera porque su dama retarda un poco la hora de la cita. A mí me gustan los hombres sumisos, pacientes, resignados...

—Pero Aurora...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamó entonces la joven dando una carcajada y mudando completamente de tono, ¿conque te he hecho esperar, pobre marqués? ¡Cuánto lo siento! ¿Te duele la cabeza, amigo mío...? El aire de la noche es tan malo... sobre todo para los que se impacientan.

—¿Es posible que nunca hayáis de ser formal, Aurora? ¡siempre niña!

—¿Cómo niña? tengo dieciseis años y soy la futura del marqués de Biel, un guapo mozo, un galán que no tiene rivales entre los hombres y que es querido de todas las mujeres... Sí, de todas las mujeres, infame: no pienses engañarme. A bien que á mí poca me importa, prosiguió la joven con una volubilidad encantadora; como yo sepa que haces el amor á otra mujer, elegiré entre una docena de galanes que beben los vientos por mí, y que ahora me están importunando con sus declaraciones.

—Aurora, Aurora, querida mía, déjate de bromas, ven á sentarte á mi lado y hablemos formales.

Diciendo esto, el marqués tomó de la mano á la joven y la hizo sentar con él en el banco de piedra. Aurora se cruzó de brazos, se mordió los labios para reprimir la risa pronta siempre á aparecer entre su infantil rostro de ángel, y exclamó con cómica seriedad:

—¡Ah! ¿quieres que hablemos formales? Aquí me tienes pues formal, ¡marqués; ya estoy grave como un soldado viejo.

—¿Qué hacías detrás de ese banco?

Digitized by Google

—Te esperaba.

—¿Y cómo me has dejado pasear por tanto tiempo?

—Porque quería hacerte rabiar.

—¡Eres una niña!

—Ya te he dicho que no soy tal. Si me lo vuelves á repetir, me enfado de veras.

—No te lo diré más.

—La verdad es que he sido una niña en darte la llave del parque. He cometido una imprudencia en recibir á deshora tu visita, como si hubiésemos de ocultarnos.

—No, vida mía. No es ninguna imprudencia entre nosotros. Todos saben que eres la futura del marqués de Biel y que nuestro enlace se ha de realizar muy pronto. ¿Es quizá hoy por ventura la primera vez que nos vemos solos á deshora, en la vasta soledad de un parque? ¿No te acuerdas de nuestros paseos solitarios hace un año, cuando viniste con tu anciana tía á mi castillo de Picalqués? ¡Cuántas y cuántas veces nos sorprendió la noche vagando por los bosques sombríos que ocupan la falda de San Pedro Mártir! Si hay algo sagrado para el marqués de Biel, eres tú, Aurora, tú que desde niña me estás destinada, sobre cuya suerte velo incesantemente, y que ya á estas horas serías mi esposa si no hubiese querido primero dejar pasar algún tiempo á fin de conquistar tu amor.

—Todo lo que quieras, es verdad, pero ha sido en mí una imprudencia infantil. Lo mejor será que se lo diga yo á la reina, que es tan buena y ella hará de manera que podamos vernos sin apelar á estos medios.

—Y á propósito de la reina, dijo el de Biel con cierto aire de indiferencia y sólo como si quisiese torcer el giro de la conversación, ¿es verdad que, según dicen, vela hasta hora muy adelantada de la noche, á veces hasta la madrugada?

Digitized by Google

—Sí, ¿por qué?

—¡Qué sé yo! ¡Mera pregunta sólo! ¿Y en qué se ocupa?

—En escribir, en bordar. Duerme muy poco la pobre señora.

—¿Hacia dónde tiene su estancia?

—¿No ves brillar á través de los árboles una luz allí, hacia la izquierda?

—Me parece... sí, ya la veo.

—Pues bien, es la luz que ilumina su pabellón. Como siempre, está hoy de vela.

—¡Ah! ¿con que sus ventanas dan al parque?

—Sí, las ventanas de su pabellón son bajas y dan al parque, como las de su dormitorio dan al jardín general. ¿Pero á qué todas esas preguntas?

—Curiosidad solamente.

—Es que tú no has venido aquí, marqués, ni te he dado yo la llave del parque reservado para hablarme de la reina.

—Es muy cierto, querida mía, pero observa que eres tú la que primero ha hablado de ella. Te hablaré pues de mí, de nuestro amor.

—Enhorabuena. Háblame de tu amor, de cualquiera otra cosa, si lo prefieres. Yo paso los días muy tristes, encerrada siempre entre cuatro paredes, junto á la reina que pasa la mitad de las horas llorando...

—¡Llorando!

—Sí.

—¿La reina llora?

—Muy á menudo.

—Pero ¿por qué llora?

—¡Qué sé yo! Porque está triste.

—¡Triste ella!

—No es extraño. Lejos de su país, casada con un hombre que no se acuerda de ella y que pudiera ser su abuelo, en medio de una corte tan grave, no es extraño que esté triste.

Digitized by Google

—Pues no comprendo esa tristeza de la reina. ¡A no ser que tuviese algún amor de corazón!

—¿Ella? no por cierto. Es una santa mujer... Pero ves, marqués, ya vuelves á hablarme de la reina.

—Eres tú, Aurora, la que has comenzado á hablar de ella.

—Pero tú has insistido. Cualquiera diría que has venido hoy aquí con la intención de hablar sólo de la reina. Esto no me gusta. Doña Isabel es muy hermosa y á mí no me agrada que mi futuro me hable de una mujer hermosa.

—No seas niña, Aurora. Te voy pues á hablar de tí, nada más que de tí.

Los dos jóvenes siguieron su conversación por largo rato. El marqués fué el primero que se levantó y se dispuso á partir. Aurora quería acompañarle hasta la puerta, pero el de Biel, pretextando el aire poco sano de la noche y la soledad del parque, la obligó á retirarse á palacio, mientras él, después de haber besado galantemente su mano, se dirigió pausada y sigilosamente hacia la puerta.

No bien había andado la mitad del camino, cuando el marqués, volviendo la cabeza, se paró como para interrogar el silencio del parque. Nada se oía. Aurora había ya entrado en palacio. Entonces el de Biel volvióse atrás, y se dirigió, protegido por la sombra de los árboles, hacia el pabellón de la reina donde brillaba una luz.

Isabel estaba ocupada en escribir su correspondencia y en hacer sus notas cuando le pareció notar un ligero ruido en los cristales de la ventana. Volvió la cabeza y vió dibujarse la sombra de un hombre tras de la vidriera. Sobrecogida de espanto, iba á lanzar un grito, cuando se abrió la ventana que sólo estaba entornada, y á través de la reja, el desconocido alargó su brazo derecho con

Digitized by Google

un billete, mientras que murmuraba en voz muy baja:

—¡Silencio por Dios, señora! ¡soy un amigo del príncipe!

Isabel recogió el billete que el desconocido había arrojado dentro la estancia, y abriéndolo con mano trémula, leyó:

«Podéis fiar del todo en el hombre que ignoro á qué medio apelará para daros este billete, pero que os lo dará, no me cabe duda. Es un amigo fiel y adicto, un corazón á toda prueba. Poneos de acuerdo con él. Leal servidor, se sacrifica por nosotros. A mí se me vigila de cerca: sólo me rodean espías. Hemos comenzado á excitar sospechas y es preciso que adoptemos una resolución, ó somos perdidos. El portador os lo dirá todo; podéis fiar en él completamente.»

No llevaba firma el billete, pero la reina conocía bien aquella letra. Después de su lectura, Isabel vaciló un buen rato, sin atreverse á levantar los ojos siquiera, pero por fin se decidió á acercarse á la ventana enrejada, que no se alzaba mucho del suelo y que cualquiera podía fácilmente alcanzar, sobre todo si, como había hecho el marqués de Biel, se tenía la precaución de hacer rodar una piedra hasta el pie para subirse á ella.

Isabel fué la primera en hablar.

—Antes que todo vuestro nombre, dijo al desconocido, para que pueda bendecirle.

—Señora...

—¡Vuestro nombre!

—¡Marqués de Biel!

—No es título castellano el vuestro.

—Soy catalán, nacido en la ribera del Llobregat.

—Gracias, marqués. Lo que hacéis puede costaros la vida.

—Moriré gustoso, señora, siempre fiel á la divisa de mi casa.

Digitized by Google

—¿Qué divisa es la vuestra?

—*Non sic semper sed.*

—¿Y qué quiere decir esto?

—Es una divisa misteriosa de nuestra casa que quiere decir para todos: *no así, siempre más;* y que en todas ocasiones los Biel han interpretado: *no así como otro, siempre más que otro.* Por honor de nuestra estirpe estamos obligados los Biel á ser más que cualquiera en lealtad, patriotismo, en valor, en grandeza. Yo que soy adicto al príncipe, debo serle más leal que otros. Si otros le ofrecen su espada, yo le ofrezco más. Le doy mi vida.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil veces gracias!

Dijo Isabel estas palabras con voz tan conmovida, que se adivinaban las lágrimas prontas á brotar de sus ojos en cristalino arroyo.

El diálogo prosiguió en voz baja, tan baja que el rumor de la conversación era más leve que cualquiera de los rumores de la noche.

—¿Cómo habéis entrado hasta aquí, marqués?

—Tengo una llave de la puerta del parque.

—Os verán entrar.

—Tomo mis precauciones, y á más puedo infundir menos sospechas que otro.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo sabe que mi futura es camarista de la reina y creerán que la vengo á ver á ella.

—¿Y el príncipe?

—Está rodeado de espías, conforme os dice en el billete.

—¿Hemos sido pues vendidos?

—Al menos hay sospechas.

—¿Y quién es el que sospecha?

—Antonio Pérez y también la princesa de Eboli.

—¡Malvada mujer esa, marqués!

—Acortemos la conversación, señora, si place

Digitized by Google

á V. M. Si os dignáis darme cita para otro día, os daré más pormenores.

—Pues bien, mañana mismo.

—¿Dónde?

—Aquí. Hallaréis la puerta del pabellón entornada. Empujadla y entrad hasta esta estancia. Os aguardaré.

—Está bien, señora. ¿Qué le diré al príncipe?

—Decidle que Isabel se acuerda de él.

—¿Y nada más?

—Decidle también que... que Isabel le ama.

Y la reina se hizo arrebatadamente atrás luego que hubo soltado esta palabra, como asustada de haber cedido al deseo de su alma que se le arrojara á los labios.

El marqués apartó la piedra que había hecho rodar hasta el pié de la ventana y se retiró tranquilamente sin observar que, en cuanto hubo salido del parque, un hombre le fué siguiendo paso á paso y con cautela.

V

La princesa.

Cada dos ó tres noches iba el de Biel á ver á su futura, con la cual solía permanecer una hora en grata conversación, entretenidos dulcemente en formar proyectos para el porvenir, en pasear sus juveniles imaginaciones por los campos dilatados de los sueños y de las esperanzas.

Aurora era feliz en aquellos momentos y no se hubiera cambiado por una reina. Amaba de cora-

Digitized by Google

zón al marqués, se veía correspondida, y tierna y pura, inexperta y confiada, dejábase mecer por los goces que le brindaba una existencia pasada junto al hombre á quien entusiasta quería.

Aurora era una niña todavía, aun cuando de ello no quisiera pasar plaza. Así es que todas las noches que veía al marqués, excitada por las ardientes y amantes palabras de éste, se entregaba por completo á las más íntimas sensaciones, y hallaba placer en trazarse un camino para el porvenir, sembrándolo de ricas y seductoras fantasías.

Cierta mañana hallábase la joven placenteramente entregada á sus soñadores pensamientos, cuando una dama de arrogante belleza y deslumbradoramente vestida penetró en la estancia, dirigiéndose á la niña, que no reparó en la presencia de la desconocida hasta que se sintió abrazar por la espalda, al propio tiempo que una voz dulce y meliflua le decía:

—Soy yo, amiguita mía.

Aurora se volvió y exclamó, levantándose sorprendida:

—¡La princesa!

Era en efecto la princesa de Eboli, la misma que unida en relaciones de amistad con la familia de Aurora, había sido la protectora de ésta, debiendo á su influjo el puesto de camarista de honor que ocupaba junto á la reina. La joven, sin embargo, extrañó aquella visita.

—Sois muy cara de ver, amiguita mía, exclamó la princesa besando á la joven en la frente; preciso es que vuestras buenas amigas vengan á visitaros para que os acordéis de ellas.

—Mis deberes junto á la reina... murmuró Aurora.

—¡Oh! vuestros deberes no son tantos que os impidan consagrar un momento á quien bien os quiere. Y á propósito, ¡dejadme que os contem-

Digitized by Google

ple! ¡En verdad que estáis hermosa, Aurora! Desde que no os había visto, habéis ganado en belleza. Vais á ser la mejor joya de la corte de Felipe II.

—Señora, donde vos estáis las demás sólo pueden ser pálidas estrellas, junto al astro.

—Gracias, Aurora, gracias, hermosa aduladora. ¡Ay! desgraciadamente si yo he sido un astro, soy un astro que declina. No así vos, que cada día añadís una nueva gracia á vuestro semblante y cada día os presentáis con más lozanía y más esplendor en el horizonte de la corte.

—¡Señora!

—¡Qué vida más feliz la vuestra...! ¡Si supierais lo que os envidio! Yo, por el contrario, metida siempre en una nube de negocios y de intrigas diplomáticas, sucumbo bajo el peso como el más miserable leñador abrumado con su carga. No tengo un momento mío, no hallo un instante de reposo, mis sueños son agitados, mi vida es una fiebre, no encuentro jamás una mano que se me tienda con franqueza, y nunca resuena á mis oídos la voz consoladora de la amistad. ¡Esto no es vivir, Aurora! Hoy mismo que he querido dedicaros unos momentos, que he querido aprovechar unos minutos de tregua en el seno de vuestra amable intimidad, hoy mismo veréis como acaso me vengan á perseguir aquí los negocios de Estado. Os aseguro que es cosa insoportable.

Y la astuta princesa decía esto con tal acento de naturalidad y de candidez, que nadie al oírla hubiera puesto siquiera en duda el martirio de su existencia.

—No es extraño lo que me decís, contestó la joven con dulce sonrisa. La nación pesa sobre vuestros hombros, según dicen, más que sobre los del monarca.

—Es una verdad. Por esto sois tan digna de envidia vos, Aurora, cuya vida se desliza tran-

Digitized by Google

quila y sosegada, sin temores, sin penas, sin cuidados. ¿Qué es en efecto lo que os falta? Bella, envidiada, solicitada, amada... porque todo se sabe, amiga mía, añadió la princesa con una de aquellas sonrisas cortesanas que lo mismo lo dicen todo que no dicen nada, todo se sabe.

—No comprendo...

—¡Hola! ¿os hacéis la gazmoña?

—Pero...

—¿Seríais capaz de asegurar que no amáis á nadie ni que nadie os ama?

—¡Oh! yo no digo tanto.

—Es que hay cierto arrogante joven de ojos negros que podría desmentiros.

—¿Creéis? dijo la joven ocultando con una sonrisa el sobresalto interior y clavando sus ojos en los de la princesa, como si quisiera profundizar su pensamiento.

—Sí, creo. Debe existir por ahí un marqués de Biel que sabe de fijo todo lo que vale un corazón amante.

—El marqués es mi futuro, se apresuró á decir Aurora, que temía supiese la princesa lo de las entrevistas nocturnas.

—Pues os felicito, Aurora. Haréis una hermosa pareja. El marqués es el hombre que os conviene.

—¿De veras?

—No hay en la corte otro hombre más gallardo ni más amable.

—¿Verdad que sí? dijo Aurora con todo su infantil candor.

—Es un joven galante, emprendedor, generoso...

—Y amante.

—¡Oh! sí, amante sobre todo, repitió la astuta incesa. Cualidad es esta que ninguna dama le ega.

—¡Ninguna dama! exclamó Aurora con cierta rpresa.

Digitized by Google

—Ninguna absolutamente.

—Pues que...

—¿Tenéis celos?... ¡Qué tontuela sois! dijo la princesa con un aplomo y al mismo tiempo con un abandono de sencillez notables, haciendo como que no advertía que sus palabras caían como gotas de hiel sobre el alma de la joven; dejadle en buen hora que diga amores á cuantas damas se le antoje. Siempre seréis vos la favorita y la única que reinaréis en su corazón.

—Pues qué, preguntó Aurora con ansiedad, ¿el marqués les dice amores á otras damas?

—A todas cuantas ve, amiguita mía, contestó la princesa con un acento de cortesana que no podía expresar más. ¿Pero á vos que os importa?

—¿Cómo qué me importa? contestó Aurora que no podía avenirse con aquella elasticidad de sentimiento.

—Es claro. ¿No sois vos la favorita?

—¡La favorita...! ¿Qué entendéis decir con esto, princesa?

—¡Toma! entiendo decir que siempre seréis la preferida, que seréis vos la que imperaréis constantemente en su corazón, y que los demás sólo serán amores pasajeros.

—¡Amores pasajeros! ¿Luego el marqués parte mi amor con el de otras mujeres? ¿Luego el marqués, prosiguió la niña, que iba animándose por grados y cobrando su voz cierto tinte de virilidad y energía que no cuadraba mal al desenfado de su rostro, luego el marqués me abandona á ratos por otras? ¿Luego no es verdad lo que me dice? ¿Luego me engaña vil é infamemente al jurarme que á ninguna dama le consagra un solo recuerdo? ¡Oh! princesa, princesa, esto es una indignidad, una traición.

La de Eboli, haciéndose la sorprendida ante aquella explosión de sentimientos, miró un rato á

Digitized by Google

la joven de hito en hito como si no comprendiera toda aquella alarma; en seguida, bajando los ojos, soltó la más franca y más ingenua carcajada. Aurora, que esperaba verse compadecida, y que como ya sabemos sentía ser tratada como niña, se quedó atónita y confusa.

—¡Cómo! ¡os reís, señora princesa!

—¡Pues no me he de reír! dijo la princesa. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Sois una niña, amiguita mía, una niña en toda la extensión de la palabra.

—¡Princesa!

—Dispensadme, mi querida Aurora, dispensadme mi hilaridad, pero no he podido contener la risa al ver lo grave y lo formal de vuestras palabras.

—¿Pero qué halláis de extraño en mis palabras?

—Hallo que sois muy niña, querida, cuando tomáis tan á pecho lo que es en el marqués una cosa natural y sencilla.

—¡Natural y sencilla!

—Ni más ni menos.

—¿Natural que le diga amores á otra mujer que no sea yo?

—Naturalísimo.

—¿Sencillo que me venda?

—Sencillísimo.

—Pues es una naturalidad y una sencillez que yo no entiendo, señora.

—Querida mía, exclamó entonces la princesa con un tono levemente irónico, de una ironía tan fina que era casi imperceptible; en la corte se hace así y el marqués se pondría en ridículo si así no lo hiciera. Los amores únicos, absolutos, entusiastas, ardientes, se dejan para los cantos de vuestros trovadores catalanes ó para las farsas de nuestros ingenios. Aun cuando os ame á vos el marqués de Biel, debe amar, para no ser considerado como un ente extraño, á otra mujer, á dos,

Digitized by Google

á tres si es necesario. Sin embargo, esto no quita que se enlace con vos y que entonces vos seáis la preferida. Esto es la corte, querida mía.

—Princesa, dijo Aurora con lágrimas en los ojos y con el corazón traspasado, pues si esto es la corte, yo os digo que es incomparablemente mejor que esto la más infeliz aldea de mi Cataluña.

Iba la princesa á contestar, cuando entró en la estancia un criado portador de un mensaje.

Era un pliego que entregó respetuosamente á la princesa.

—¿Veis? dijo ésta volviéndose hacia Aurora que estaba conteniéndose lo posible para no romper en llanto, ¿no os dije que hasta aquí me perseguirían los negocios? Decid ahora si hay tormento comparable con el mío. ¿Me permitís, amiga mía? añadió la de Eboli haciendo ademán de romper el cordón de seda que sujetaba la carta.

Aurora contestó sólo con una cortesía. No podía hablar, porque los sollozos hubieran en aquel momento anudado su voz en la garganta.

La princesa abrió el pliego, y un papel, escapándose, fué á caer en el suelo á los pies de Aurora. Inclinóse ésta para cogerlo y se estremeció, se estremeció tanto, que su mano temblaba al dárselo á la princesa. Era que le había parecido reconocer la letra del marqués.

La de Eboli recibió el papel con una política sonrisa de agradecimiento, leyó el billete cuya lectura pareció inmutarla bastante, y en seguida devoró con la vista el papel que Aurora le entregara. La joven, por una extrañeza de que no acertaba á darse cuenta, seguía en el rostro de su protectora todas las peripecias de su semblante durante aquella lectura.

Luego que hubo concluido, la princesa hizo seña al criado para que se retirara, y en seguida saliendo al encuentro de los deseos de Aurora,

Digitized by Google

—¡Extraño caso! murmuró. ¿Sabéis, Aurora, lo que se me comunica?

—¿Qué?

La princesa miró á todos lados para asegurarse de que nadie podía oírla, y acercó aún más su asiento al de la joven.

—Oíd, Aurora, voy á hacer entera confianza de vos; voy, ya que el cielo me ha traído aquí, á revelaros un secreto de la mayor importancia, pero secreto tal, amiga mía, que podría costar la vida á quien lo divulgase. Inútil es pues pediros la reserva.

—¿Tan terrible es? dijo Aurora con una curiosidad irresistible.

—Espantoso.

—Pues entonces ¿por qué me lo comunicáis?

—Porque acaso podáis serme útil.

—¡Yo!

—Diciéndome la verdad, comunicándome todo cuanto sepáis.

Aurora se sobresaltó.

—¿De qué se trata, pues? preguntó.

—Se trata...

Y aquí la princesa bajó la voz de manera que apenas llegaban sus palabras á oídos de Aurora.

—Se trata de la reina.

—¡De la reina! dijo admirada.

—¿Veis esta carta? le preguntó la princesa mostrándosela abierta.

Aurora pudo ver algunos renglones indescifrables, escritos no con letras sino con signos extraños y desconocidos.

—Es de uno de mis agentes secretos, prosiguió la princesa, que me escribe con un alfabeto que sólo nosotros dos comprendemos.

—¡Y bien!

—Este agente me dice que la reina tiene un amante.

Digitized by Google

—¡Un amante! ¡Ella! exclamó Aurora con un tono de incredulidad difícil de explicar.

—¿No lo creéis? dijo la princesa.

—No lo creo, contestó Aurora. La reina doña Isabel es rígida y severa en sus actos y costumbres. Es demasiado buena esposa para que pueda sospechársela de ilícitos amores. A más, yo la veo á todas horas del día, no me aparto apenas de sù lado, estoy en la interioridad de sus menores acciones. Creedlo, princesa. Han engañado á vuestro agente, le han hecho víctima de una infame calumnia.

—¡De una calumnia! Es demasiado astuto el servidor que me escribe para dejarse prender en un lazo. A más, da pruebas.

—¡Pruebas!

—Juzgad vos misma, dijo la princesa recorriendo con los ojos los signos del billete á medida que iba hablando: díceme primeramente que la mayor parte de las noches un hombre entra con todo sigilo por la puerta del parque real con el auxilio de una llave.

Aurora, al oír esto, se inmutó de tal manera, palideció tan visiblemente, que no hubiera por cierto dejado de notarlo la princesa, á no estar entregada completamente á la atención que fijaba en ir descifrando la carta que tenía en las manos.

—Se cree, continuó la princesa sin levantar los ojos del papel, se cree que este hombre es...

—¿Es...? balbuceó la joven más muerta que viva.

—Uno de los principales señores de la corte, pero sin embargo, no se ha podido rastrear su nombre, por el cuidado y cautela que pone en recatarse. Hay casi una seguridad positiva pa creer que luego de haber penetrado este hombr en el parque...

Aurora estaba pendiente de los labios de l

Digitized by Google

princesa. Se hallaba en uno de aquellos calenturientos instantes en que se daría la vida para empujar y oír todas de una vez las palabras que sólo una á una se desprenden de los labios. La de Eboli iba muy lentamente, como si le costara alguna dificultad descifrar el contenido de la carta. Aurora se moría de ansiedad.

—Se dirige á un pabellón que es el que suele ocupar la reina, llama con el puño á los cristales como para anunciar su llegada, y en seguida se encamina á la puerta del pabellón que se cierra tras de él. ¿Es la reina ó una camarista la que allí le recibe? Esto, continúa mi agente, es lo que hubiera sido más difícil de averiguar si por una casualidad, pero casualidad que nos cuesta mucho dinero, no se hubiese dado con unos versos del desconocido que claramente manifiestan cuál es el objeto que le hace penetrar furtivamente en el parque real. Esto es lo que mi agente me escribe, añadió la princesa doblando el billete y guardándoselo en su escarcela.

Aurora llegó á vacilar. ¿Entraría otro hombre á más del marqués en el parque? ¿La equivocarían á ella con la reina? Tal era lo que estaba por resolver. Quedó la joven un momento pensativa, y mucho más tranquila ya, pues creía que no podía ser el marqués el desconocido en cuestión, si era verdad que un desconocido entraba furtivamente de noche en el parque y penetraba en el pabellón de la reina.

Al cabo de un corto instante de reflexión, Aurora se decidió á arrostrar la situación de frente y á confesar que era ella y no la reina quien tenía citas nocturnas. La joven, con un corazón leal á toda prueba, prefería perderse á que se perdiera la reina por una miserable equivocación.

—Princesa, voy á deciros...

—Y son unos bonitos versos, dijo la de Eboli,

Digitized by Google

interrumpiendo á la joven ó haciendo como que no la oía. ¿Queréis que os los lea?

Y sin aguardar contestación, desdobló el papel mismo que había levantado del suelo Aurora, y leyó:

Tanto sufrí, que el corazón, señora,
se rasgaba en mi pecho de dolor;
pero brilló por fin la dulce aurora
en el cielo esplendente de mi amor.
Pasaron ya mis horas de amargura,
que mío es hoy vuestro cariño fiel,
y eterno amor mi corazón os jura,
postrado á vuestros pies, noble Isabel.

—¿Qué os parecen, Aurora, los versos?

—Me parecen bien, princesa.

—Si por la letra de los mismos pudiésemos venir en conocimiento de quién es su autor... ¡Oh! sí, yo conozco esta letra, pero no atino de quien es. ¿Conocéis vos por acaso la escritura, querida?

Y la princesa, clavando entonces resueltamente sus ojos en el semblante de la joven, le puso el papel delante.

Una palidez mortal, una especie de velo lívido cubrió el rostro de Aurora, que se puso á temblar como la hoja que agita el viento.

Los versos eran de letra del marqués.

La princesa hizo como que no notaba aquella alteración. y, para dar á su amiga tiempo de recobrarse, volvió á leer la última cuarteta.

—¡Qué fuego hay en estos versos!

Pasaron ya mis horas de amargura,
que mío es hoy vuestro cariño fiel,
y eterno amor mi corazón os jura,
postrado á vuestros pies, *noble Isabel.*

Y la princesa apoyó el acento en *noble Isabe* En seguida añadió:

Digitized by Google

—Se conoce que quien así escribe está verdaderamente enamorado. Sólo un alma entusiasta por el objeto al cual se dirige, puede pintar su pasión con semejante extremo. Y que va dirigido á la reina no puede ya caber duda. ¿Qué otra sino la reina puede ser esa *Isabel?* ¿No os parece así, querida?

Aurora no dijo nada. Se contentó con hacer una ligera indicación de cabeza que nada significaba.

—Y ahora, prosiguió la de Eboli, ¿lo creéis aún calumnia? ¿podéis dudar aún que la reina tiene un amante?

—¡Un amante! repitió estremeciéndose la joven.

—Un amante que debe ser muy apasionado y feliz cuando sabe expresar en tan sonoros versos todo el amor que abrasa su corazón.

El alma de la joven iba á estallar, á reventar como una granada.

—Me ocurre un medio, dijo de pronto la de Eboli.

Aurora miró á la princesa con ojos que saltaban de sus órbitas.

—¿Queréis que os deje los versos y acaso con ellos podréis averiguarme el nombre del desconocido? Puede que os sea fácil, y no dejaréis de encontrar letra igual entre los papeles de la reina.

—¡Espiar! murmuró la joven.

—Yo no digo tal, contestó la de Eboli. Ya comprendéis que es un secreto de importancia, de mucha importancia el que fío á vuestra reserva y á vuestra amistad. Os pido sólo que me ayudéis á descubrir el nombre del amante afortunado, del que sabe decir tan seductoras cosas en verso á una reina que deberá contestarle con sentidas frases en prosa. Os dejo pues los versos y adiós, amiita mía, porque entretenida con vuestra agradaa conversación se me ha hecho tarde.

Y sin dar tiempo á Aurora para contestar, la incesa se apresuró á despedirse.

Digitized by Google

En cuanto la de Eboli hubo atravesado el umbral, Aurora se llevó las manos á los ojos y un torrente de lágrimas brotó de ellos. La joven no podía más; estaba al cabo de sus fuerzas: se ahogaba.

La de Eboli halló en el corredor á Antonio Pérez que, según era entonces usansa, le ofreció el puño para bajar la escalera.

—¿Y qué? dijo en voz baja á la princesa.

—Ha mordido en el anzuelo, contestó ésta con ojos chispeantes.

—¿Los versos...?

—Han producido su efecto.

—Entonces...

—Todo ha salido á pedir de boca.

—¿Y Aurora?

—Aurora es ya una mujer celosa, y sus celos la hacen nuestra.

VI

El alfiler de perlas.

A la mañana del día siguiente, cuando entraba la princesa en su gabinete de trabajo, donde despachaba y recibía audiencias como un verdadero ministro, supo que una dama pedía hablarla con insistencia. Aunque algo contrariada la princesa, pues tenía que pasar á ver al rey, con cuyo despacho se comunicaba el suyo por medio de una galería, dió orden sin embargo de hacerla entrar.

Era Aurora de Senmanat, que se precipitó más bien que entró en la estancia. Su semblante estaba demudado, sus cabellos en desorden, sus

Digitized by Google

manos trémulas, su manto desprendido y flotante sobre sus hombros. Todo revelaba en ella una agitación y una lucha terribles.

La misma princesa no pudo menos de hacerse atrás al ver el rostro lívido de la joven.

—¿Qué tenéis? le preguntó alarmada.

—¡Oh! gracias á Dios que os veo, princesa, dijo Aurora con voz entrecortada por la fatiga.

—Pero ¿qué tenéis? ¿qué os sucede, hija mía?

—¡Qué tengo! exclamó la joven clavando en la cortesana sus ojos hinchados. ¿Y vos me lo preguntáis...? Tengo... tengo que estoy loca.

—¡Aurora!

—¡Loca, completamente loca, señora!

—¿Qué os ha sucedido?

—Le he visto.

—¿A quién?

—Al marqués.

—¿Y qué?

—Ha sido una noche horrible, princesa... ¿Queréis que os lo cuente?

—Sí, sí, contadme.

—La noche era negra y oscura. Silbaban los vientos con desatada furia, agrupados y espesos nubarrones balanceaban en el espacio sus preñados antros en cuyo seno rugía la tormenta. ¡Ay! otra tormenta más terrible habitaba en mi corazón cuando, sin temor á los elementos, me lancé al jardín y me sumergí en un mar de tinieblas, encaminándome hacia el pabellón de la reina.

—¡Ah! ¿de la reina? interrumpió la princesa.

—De la reina, es claro; ¿no era allí donde me dijisteis que iba el perjuro?

—Proseguid, proseguid, dijo vivamente la princesa.

—Junto al pabellón hay un pequeño grupo de acacias. Entre ellas me escondí y allí estaba aguardando, sin temor á la lluvia que empezaba á caer

Digitized by Google

y sin hacer caso del viento que, rasgándose en los árboles, parecía murmurar á mis oídos lúgubres suspiros. Un hombre se adelantaba pisando con cautela, y, á pesar de la oscuridad de la noche, le conocí. Mejor que mis ojos, díjome el corazón quién era. Le ví acercarse al pabellón de la reina, golpear los cristales de la ventana, y en seguida... ¡oh! ¡princesa... princesa!

—¿En seguida? preguntó la de Eboli.

—En seguida desaparecer por la puerta entornada que guía al interior de las habitaciones reales.

En el mismo instante que esto decía Aurora, se agitó la holgada cortina que caía delante de la puerta por la cual se entraba á la galería de comunicación con el despacho de Felipe II. Si las dos damas hubiesen estado menos dominadas por su conversación, hubieran podido ver una mano apartar la cortina para dar paso á una cabeza de hombre, que no hizo sino asomarse un instante, retirándose en seguida. Fué cosa de un segundo. La mano y la cabeza desaparecieron, la cortina recobró su inmovilidad y en nada repararon la princesa y Aurora.

—¿Qué más? preguntó la de Eboli.

—Aquel hombre era el marqués de Biel, princesa. Entonces, ya que Dios ó la fatalidad me habían enviado allí, he querido averiguarlo todo, apurar la copa hasta el cáliz. Yo no hacía caso ni de la lluvia que caía, ni del trueno que rugía, ni del viento que bramaba, ni del rayo que culebreaba en las nubes. No, princesa, la tempestad no estaba en el cielo, sino en mi corazón.

—¿Y qué? dijo la de Eboli.

—No sabía cómo hacerlo. La puerta se había cerrado tras del marqués, y la ventana por la cual se veía brillar luz estaba demasiado alta para poder yo alcanzarla. He hecho esfuerzos inútiles, me he desgarrado mis vestidos, y mis dedos, ensan-

Digitized by Google

grentados con la piedra, han buscado vanamente dónde agarrarse para poder trepar hasta la ventana.

—¡Pobre Aurora!

—¡Pobre Aurora! sí, bien habéis dicho. ¡Pobre Aurora á la que se ha engañado vil é infamemente! Pero oíd. Entonces me he acordado de que el jardinero debía tener por allí una tosca escalera, la he buscado á tientas, la he hallado, aplicándola contra la pared, he podido alcanzar la ventana subiendo sólo dos ó tres escalones. Princesa, princesa, allí estaban la reina y el marqués de Biel, los dos en conversación muy animada, pero en voz baja. De modo que no he podido oír nada.

—¿Nada?

—Nada por el momento. Poco después de estar en mi sitio, he visto al marqués hacer ademán de marcharse. En aquel instante la reina ha corrido á su escritorio, ha sacado una caja, de ella un alfiler de perlas, el mismo que usa en las grandes ceremonias, y se lo ha dado al marqués, diciéndole en voz algo más elevada estas palabras que han podido llegar perfectamente á mis oídos: «Que el hombre á quien amaré toda mi vida lo guarde en memoria mía.» Estas palabras se han clavado como dardos en mi corazón, he sentido que el dolor me oprimía, un velo ha cegado mi vista, y he tenido que agarrarme á la escala para no caer. Ignoro, princesa, como el corazón no se ha roto á pedazos. Cuando pasado aquel largo rato de dolor he abierto los ojos, ya en el pabellón no había nadie. La reina y el marqués habían desaparecido. Entonces he bajado de la escalera, he vagado como una loca por los jardines hasta desentar el alba, y me he dirigido á vuestras habiiones para deciros: «Ya lo veis, princesa: se me vendido infamemente. Decidme, ¿cómo podré vgarme?»

Digitized by Google

En aquel momento una voz fría y aguda sonó á espaldas de la joven.

—¿Y de quién queréis vengaros? dijo esta voz.

Aurora y la princesa se volvieron á un tiempo, y una extraña diabólica sonrisa se dibujó en los labios de la segunda, mientras que un frío sudor bañaba la frente de la primera.

El rey Felipe II, pálido, mirando á la joven dama de Senmanat con una fijeza espantosa, estaba de pie en medio de la sala. Viendo que la princesa no pasaba á su despacho, se había dirigido á su gabinete por la galería de comunicación, como á veces tenía por costumbre. Había llegado pocos instantes después que Aurora, y se había detenido un momento detrás de la tapicería de la puerta, oyendo la conversación.

Aurora cayó de rodillas.

—¡Perdón! señor, ¡perdón! exclamó.

—¡Perdón! ¿y de qué, pobre niña? Oíd. Lo que acabáis de contar ¿es cierto, no es verdad? ¿Vos lo habéis visto...? ¿La reina ha entregado al marqués de Biel su alfiler de perlas...? ¿Lo habéis visto bien, verdad?

La joven no contestó. Muda de terror, pensaba en los males sin cuento que iba á reportar su imprudente y celosa indiscreción.

—Decid, niña, ¿lo habéis visto?

Tampoco contestó Aurora. En cuanto á la princesa, cruzada de brazos y con una sonrisa triunfante, contemplaba aquella escena.

—Contestad, niña, exclamó Felipe con imperio. Vuestro rey os lo manda. ¿Habéis visto á Isabel entregar el alfiler de perlas?

Aurora no sabía mentir.

—Sí, señor, murmuró pálida y muerta de espanto, con voz casi ininteligible.

—Está bien.

Felipe dió un golpe seco en el timbre.

Digitized by Google

Un servidor se presentó.

—Mi capitán de guardias, dijo con severo laconismo.

—¡Oh! ¿qué va á hacer, Dios mío? murmuró Aurora entre dientes. Y en seguida: ¡señor...!

—Tomad, dijo Felipe estampando su firma sobre un papel blanco y alargándolo en seguida á Aurora. Felipe no negará nada al portador de esta firma del monarca. Id y volved cuando me necesitéis.

Dijo esto en un tono que no admitía réplica. Aurora al pronto había comprendido mal, y no acertaba á tomar el papel; pero luego, sobrecogida por un pensamiento secreto, lo tomó y se lanzó repentinamente fuera de la estancia.

—¡Pobre niña! murmuró Felipe viéndola marchar.

Y sus ojos abandonaron á la joven para clavarse en el semblante altamente significativo de la princesa.

Vino el capitán de guardias y le envió el monarca á informarse de quién se hallaba en aquel momento con el príncipe Carlos.

—Se halla actualmente el marqués de Biel en conferencia con S. A., dijo el capitán al volver.

—Cuando haya salido, exclamó entonces el monarca, pondréis centinelas en todas partes, rodearéis la habitación del príncipe y no dejaréis salir ni entrar á nadie, ni al mismo príncipe. Vuestra más estricta responsabilidad, capitán, me saldrá garante del puntual cumplimiento de esta orden.

El capitán se inclinó y partió.

Sigamos ahora los pasos de la pobre Aurora. En medio de la agitación que la dominaba, de la calentura que la abrasaba, una idea había surgido en su espíritu fatigado por las terribles emociones que la combatían.

Cruzó con paso firme y resuelto la estancia y

Digitized by Google

galerías de palacio, y bajó con rapidez la escalera de mármol que conducía al espacioso vestíbulo. Sólo allí pudo respirar con alguna libertad. Estremecíase, horrorizábase la pobre niña al pensar en la cadena de males que arrastraría tras sí su imprudente revelación, y parecíale increíble que hubiese contemplado sin morirse de espanto la helada y severa figura de Felipe II, irguiéndose ante ella como la representación de una futura y terrible venganza.

Aurora tenía miedo. Espantada de lo que había avanzado, quiso retroceder... retroceder si es que había tiempo para ello.

Envolvióse con el manto, en cuyos pliegues recató su rostro, y dirigióse sin vacilar hacia el pabellón aislado que servía de morada al marqués de Biel. No se hallaba éste en casa, pero como Aurora se decidió á esperarle, hízola subir el criado á la estancia donde hemos visto pasar la escena primera de esta historia.

Media hora después llegó el marqués. El ayuda de cámara le dijo que una misteriosa tapada estaba aguardándole en su gabinete. El de Biel hizo un gesto de disgusto. Temía alguno de aquellos compromisos á que le arrastraban sus pasadas aventuras galantes, con los cuales estaba firmemente decidido á romper desde que había formado el propósito de unir á su suerte la de Aurora de Senmanat.

Decidióse sin embargo á subir.

Al penetrar en la estancia suavemente iluminada por la luz del día que filtraba nebulosa á través de las ricas cortinas de seda, vió en un ángulo, sentada en un sillón, inmóvil como la estatua del dolor, á una mujer que ni siquiera volvió la cabeza al ruido de la puerta.

Era su futura.

—¡Aurora! exclamó el marqués. ¡Tú aquí!

Digitized by Google

La joven reunió todas sus fuerzas para levantarse y dar algunos pasos.

—La misma, señor marqués, dijo. ¿Os estorba acaso mi presencia? ¿Esperábais á otra mujer quizá?

El de Biel se quedó sorprendido y extático, no sólo de hallar allí á Aurora, sino de su rostro demudado, de sus vestidos en desorden, de sus ojos enrojecidos, del acento amarguísimo de ironía con que había pronunciado sus palabras.

—En nombre de Dios, Aurora, ¿qué es eso? ¿qué pasa? ¿qué sucede?

—Sucede, contestó la hermosa joven con aire de orgullo ofendido, sucede que yo, vuestra víctima, yo, tan infamemente vendida por vos, yo vengo á salvaros, marqués, y á deciros: «Partid, ahí tenéis la firma del rey que os sirve de salvo conducto, pero partid sin dilación, en el acto, en seguida, porque si retardáis sólo una hora acaso, ni esta firma bastará á libraros de la muerte que tenéis merecida.»

El marqués no sabía lo que pasaba.

—Aurora, no os comprendo, no sé qué queréis decir. ¿Qué significa esto, Dios mío?

Y el de Biel miraba el pliego, al pie del cual estaba en blanco la firma del monarca, pliego que había tomado maquinalmente de la mano trémula con que la joven se lo alargara.

—¡Partid, partid en nombre del cielo! murmuró la joven en un arrebato sublime, partid sin demora. Yo os perdono.

—¿Que parta? ¿que me perdonáis? Pero Aurora, yo os juro, y os lo juro por mi salvación eterna, que no comprendo una sola palabra de lo que me estáis diciendo. Tanto, que si no os viera demudada y en ese estado de agitación que me parece participar de la locura, creería que es todo una burla de que me hacéis objeto.

—¡Una burla! murmuró la joven cuyos labios se estremecieron á impulsos de una contracción ner-

Digitized by Google

viosa, ¡ah! ¡decís que lo tomaríais por una burla!

—Aurora, en nombre de lo que haya para vos de más santo en este mundo, os suplico me expliquéis este misterio, si no queréis que me vuelva loco. ¿Qué significa todo esto? ¿qué son estas palabras en vuestra boca? ¿qué indica esa palidez en vuestro rostro? ¿qué quiere decir esta firma del monarca en mi mano? ¡Aurora, Aurora, si sabéis lo que es sufrir, si sabéis lo que es piedad, sacadme de este horrible estado!

Aurora se sintió algún tanto conmovida ante aquel acento de enérgica verdad que dominaba en las palabras del marqués.

—¿Si sé lo que es sufrir, me preguntáis? exclamó con voz henchida de lágrimas: ¿pues qué es lo que he hecho ayer, qué es lo que he hecho esta noche sino sufrir amarga y horrorosamente como ningún corazón puede ya soportar más?

—¡Vos! ¿vos habéis sufrido, Aurora? exclamó el marqués con ternura. ¿Y por qué?

—¿Por qué, decís? ¿Por qué?

Y Aurora levantó sus brazos al cielo y exclamó con impetuosidad:

—¡Señor, señor, compadeceos del hombre que blasfema!

—¡Aurora!

La joven inclinó la cabeza y rompió en llanto. Eran las primeras lágrimas que Dios hacía la merced de enviar á sus ojos, después de una porción de horas de amargo y desconsolador sufrimiento.

El marqués se acercó con tierna solicitud á su futura y trató en vano de consolarla. Cuando hubo pasado aquel primer momento de expansión, cuando Aurora tuvo aliviada su alma del peso de aquellas lágrimas, levantó su cabeza. Sus ojos brillaban.

—Marqués, le dijo con una expresión de desp dada ironía, marqués, ¿qué os parecen estos vers

Y Aurora alargó otro papel al marqués.

Digitized by Google

Este lo desdobló y lanzó una exclamación al ver su propia letra y, lo que es más, los versos que recordaba haberse llevado el secretario Antonio Pérez sin que se los hubiera devuelto ni él hubiese pensado tampoco en pedírselos.

—¡Estos versos! ¿Quién os los ha dado, Aurora?

—¡Ah! ¿Luego los conocéis?

—Sí, son míos.

—¡Y lo confiesa, Dios mío! murmuró Aurora con doloroso acento.

—¡Oh! exclamó de pronto el marqués, que recorría con la vista el papel, al tropezar con el último verso; ¡esta línea no es mía... no es mi letra... yo no he escrito esto...! Aurora, me temo... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Estoy viendo aquí algo que no me explico. Aurora, temo que os hayan tendido un lazo en el que vos, pobre joven incauta, os habréis dejado prender.

—¡Un lazo! dijo la joven con amarga ironía: ¡un lazo! Pues qué, ¿no os he visto introduciros esta noche pasada en el parque? ¿No os he visto penetrar furtiva y sigilosamente en el pabellón de la reina? ¿No os he visto yo misma, con mis propios ojos, recibir un alfiler de perlas de manos de la reina, que acompañaba el presente con palabras dulces y gratas al oído del amante?

El de Biel se admiró al oír estas palabras, pero cruzándose de brazos contestó sólo:

—¿Y bien?

—Entonces, continuó la joven, mi razon se ha despedazado, todo lo que hay sensible en mí ha gritado: ¡infamia! Sí, porque el hombre á quien yo creía amante entre los amantes, leal entre los leales, me vendía con otra mujer y no se había servido de mí más que para medio con que poder llegar á los brazos de su verdadera amada, la reina.

—¡Justicia de Dios! ¿qué estáis diciendo? ¡Yo el amante de la reina!

Digitized by Google

—Y loca, fuera de mí, desesperada y ciega, prosiguió la joven sin hacer caso, he ido á buscar á la princesa, al rey, á todo el mundo, y me he arrojado á sus plantas y les he dicho: ¡Mi amante me vende: justicia contra mi amante!

—¡Infeliz!

—Infeliz, tenéis razón. Yo le he dicho al rey lo que había visto, lo que había oído... le he dicho que os habían entregado el alfiler, y en seguida... yo no sé... no recuerdo cómo... ¡Dios mío! mi cabeza arde... En seguida me he visto con una firma del rey en la mano y he corrido... he corrido para dárosla, para salvaros: para deciros que huyerais de su furor por... por amor hacia mí, pues que todavía os amo!

Y la joven, dando un grito supremo, cayó exánime, desfallecida, sollozando sobre el sillón. El rostro del marqués se había puesto severo, sombrío. No pestañeaba siquiera. Su boca contraída y sus manos convulsas indicaban la agitación ó quizá la lucha que se albergaba en su interior. Reinó por breves instantes un silencio sepulcral en la estancia, interrumpido sólo de cuando en cuando por los sollozos de la joven que en vano procuraba ahogarlos. El marqués fué el primero en hablar.

—Aurora, oídme y responded, dijo con voz tranquila, pero solemne; responded como si le hablarais á vuestro confesor, porque acaso la vida de tres personas pende de vuestros labios. Aurora, suspended el llanto por un momento, dad tregua á vuestro enojo, y dadme luz con vuestras respuestas para que pueda guiarme por entre las tinieblas de la trama infernal que presiento.

Aurora suspendió en efecto sus sollozos y miró al marqués, en cuyo rostro leyó toda la gravedad de la situacion.

—Decidme, ¿quién os dió estos versos?

—La princesa de Eboli.

Digitized by Google

—Me lo he presumido.

—¡Ah!

—Sí, comienzo á comprender. Con lo que os dijo la princesa y con la lectura de estos versos, me creisteis el amante de la reina, ¿no es verdad?

—Y lo creo aún.

—Bien. Luego hablaremos de esto. Luego, os lo juro por mi honor de caballero al cual no he faltado nunca, luego os seré franco y sincero á mi vez, como deseo que me lo seáis ahora. Decid, creyéndome el amante de la reina, inspirada por los celos, ¿os pusisteis en acecho?

—Sí.

—¿Y visteis como la reina me entregaba un alfiler de perlas?

—Y oí tambien las palabras con que acompañaba la entrega.

—¡Las palabras! ¿Y qué palabras fueron éstas?

—¡Oh! Las tengo bien presentes. Se grabaron con letras de fuego en mi corazón. «Que el hombre á quien amaré toda la vida, dijo, lo guarde en memoria mía.»

—¡Pero estas palabras no iban dirigidas á mí, desgraciada!

Aurora miró de hito en hito al marqués con ojos que parecían quererse escapar de su órbita.

El marqués continuó:

—Creyéndome el amante de la reina, ¿habéis ido al rey y se lo habéis contado?

Aurora se levantó y alzó con orgullo su frente.

—No se ha hecho para mí tan miserable venganza, señor marqués.

—¡Por Dios, Aurora, por Dios vivo no os ofendáis! Os digo que en todo esto va la vida de tres personas, y os suplico que me contestéis. ¿A quién pues habéis ido á contárselo?

—He ido á buscar á la princesa para llorar en su seno, para pedirle un consejo.

Digitized by Google

—¿Y la princesa se lo ha contado al rey?

—El rey, sin yo saberlo, escuchaba nuestra conversación y se ha presentado de pronto. Entonces, cuando no había ya remedio para mi imprudencia, cuando ya Felipe II sabe que sois el amante de la reina, he venido corriendo á salvaros y...

—No, Aurora, no, dijo el marqués con triste sonrisa. El rey no cree, el rey ya sabe que no soy el amante de la reina. Todo lo comprendo perfectamente. ¿Quieres que te cuente, Aurora, toda la trama, toda la trama de esta horrible historia?

Aurora, que comenzaba á vacilar, que empezaba á entrever algo negro y misterioso en todo aquello, hizo una indicación con la cabeza. El marqués prosiguió:

—Oye, pues. Me hallaba yo una noche en esta misma estancia donde estamos ahora, ocupado precisamente en componer estos mismos versos que á tí iban dirigidos; á tí, Aurora, aun cuando hoy se lea en ellos el nombre de Isabel, que no es por cierto de mi letra. Un hombre entró de pronto saltando por aquella ventana. Huía de unos embozados que le perseguían para conocerle, ó quizá para asesinarle. Era el príncipe Carlos. Apenas se halló en este cuarto, tuvo que refugiarse allí, tras de aquellas cortinas, porque Antonio Pérez, su enemigo y el favorito de su padre, Antonio Pérez, el amante de la princesa de Eboli, llamaba á mi puerta. Pérez estuvo hablando conmigo de esos mismos versos, que para tí estaba escribiendo, y se los llevó prometiendo volvérmelos. Su visita había sido un pretexto para asegurarse de quién era el que se había refugiado, pero se fué sin poder saberlo. Entonces el príncipe salió, se arrojó en mis brazos, me contó su historia, sus amores con la reina, me manifestó su deseo de partir á Flandes, y acabó por decirme que necesitaba un hombre que quisiese, á ser necesario, hacerse ma-

Digitized by Google

tar por él. Me ofrecí á ser este hombre. La vigilancia más escrupulosa se extendió desde aquella noche sobre el príncipe y sobre mí mismo. S. A. no ha salido apenas de su habitación, pero yo he ido á ver á la reina en su nombre aprovechándome de la llave que para nuestras entrevistas me enviaste: les he llevado mutuamente á uno y otro sus cartas, sus recuerdos de despido, porque el príncipe debe partir secretamente á Flandes mañana. Ahora bien, la princesa de Eboli quiere perder á Carlos, quiere perder á Isabel. Ignoraría sin duda quién era el mensajero nocturno, sospecharía de mí, y, para asegurarse, ella y Antonio Pérez han fraguado el plan de que has sido tú, Aurora, la primera víctima. Ella te ha dado estos versos arreglando el último á su modo y fingiendo mi letra; ella ha hecho que me espiaras; ella te ha esperado sin duda teniendo al rey oculto en su gabinete para que pudiese oír tu relato. Ahora Felipe II sabe que he visto yo á la reina esta noche, sabe que me ha dado su alfiler de perlas, supone que este alfiler está ya en poder del príncipe, como lo está en efecto, y cuando más descuidados nos hallemos, su justicia, siempre terrible y casi siempre misteriosa, caerá como una cuchilla invisible sobre nuestras tres cabezas á un tiempo: la de la reina, la del príncipe y la mía. Hé ahí la historia, Aurora, y hé ahí lo que costará tu celosa revelación. La princesa y Antonio Pérez necesitaban que el rey escuchara de boca de cualquiera, que no fuese de ninguno de ellos dos, para que la acusación tuviera más valor, la noticia de que la reina tenía secretas y nocturnas entrevistas conmigo por ejemplo, pues ya habrían cuidado de presentarme al monarca como el amigo ó el mensajero de su hijo. La princesa y Antonio Pérez habían conocido que el plan no podía fallar, que tú me verías entrar en el pabellón, que me espiarías, y que la fuerza de

Digitized by Google

tu dolor te arrojaría en brazos de tu antigua protectora para decirla: «el marqués es el amante de la reina.» Y ya su trama estaría urdida de tal modo que el rey te pudiera oír y que la princesa ó Antonio Pérez se pudieran volver á él y decirle: «el marqués no es el amante, pero es el mensajero del amante.» Esto es exactamente, como si lo viera, lo que ha pasado. Su intriga les ha salido bien. No sólo el rey ha oído de tus labios lo que querían ellos que oyese, sino que hasta el alfiler que hallarán á faltar en el joyel de la reina ó encontrarán en poder del príncipe, les servirá de prueba para que vibre el monarca el rayo de su justicia exterminadora. Y ahora dime, ¿comprendes el lazo en que has caído, Aurora?

Aurora nada contestó. Había estado durante aquella relación inmóvil y escuchando sin perder una sílaba, oyéndolo todo sin pestañear. Cuando su futuro hubo concluido, la pobre joven se dejó caer á sus plantas con las manos suplicantes, con los ojos en que se veía una fijeza aterradora, con su rostro más pálido que un sudario. El marqués de Biel tuvo compasión de aquella niña que sólo había cedido á un arrebato de celos, esa locura de los enamorados, y, olvidando su propia situación, la dirigió palabras de amor y de consuelo que pudieran hacer efecto en aquel corazón, combatido á un tiempo mismo por cuantas tempestades interiores pueden desencadenarse sobre el alma de una mujer.

—Marqués, dijo al cabo de unos instantes, es preciso salvar á toda costa á la reina, aunque sea á costa de nuestra sangre.

—¿Y cómo?

—Sólo hay una cosa que pueda hacer prueba que pueda deponer contra ella, el alfiler de perla

—¿Y bien?

—Es preciso que este alfiler vuelva á sus manos

Digitized by Google

—Imposible ya.

—¿Por qué?

—Aun cuando yo pueda volvérselo á pedir al príncipe, ¿cómo hacerlo llegar á manos de la reina?

—Se lo entregaré yo.

—¡Tú!

—Sí, corre á buscarlo. Que el príncipe te lo devuelva. Yo me encargo de lo demás.

—¡Oh! tienes razón, Aurora. Voy corriendo. Tengo esperanzas todavía.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó la joven alzando las manos al cielo, concededme remediar el mal que he causado.

El marqués salió y Aurora se quedó esperándole, presa de la mayor angustia. Cada instante que pasaba le parecía un siglo. Hubiera dado la mitad de su vida por apresurar los minutos, por tener ya el alfiler en sus manos y por habérselo devuelto á la reina.

El de Biel no tardó en volver.

—Todo está perdido, murmuró con voz sombría al pisar el umbral de la estancia.

Aurora, aterrada, miró á su amante. Sus ojos marchitos, su semblante triste, le demostraron mejor que sus palabras el fracaso de su plan.

—Pues, ¿qué hay?

—La habitación del príncipe está rodeada de guardias que no permiten entrar á nadie. El príncipe está preso en su cámara. Nadie puede llegar hasta él. Todo está perdido.

—¡Oh! balbuceó la joven con un grito terrible y ocultándose el rostro con las manos, ¡perdón! ¡perdón!

—Aurora, dijo el marqués, tu imprudencia ha sido grande, pero tu dolor te absuelve.

—Marqués, esto es horrible, esto no puede pasar así. Es preciso salvar de un modo ó de otro á esa pobre reina, á ese infeliz príncipe.

Digitized by Google

—Podré hacerme matar más pronto, dijo el marqués, pero no conseguiré nada.

—¿Y no hay otra prueba que deponga contra sus amores más que el alfiler de perlas?

—No hay otra.

—Pues es fuerza, es preciso que esa joya vuelva á poder de la reina.

—¿Pero cómo?

—Yo no sé. Dios nos dará el medio... ¡Ah! dijo de pronto Aurora dando un grito, ya lo tengo.

—¿El medio?

—Sí.

—¿De qué modo?

Aurora se dirigió á la mesa donde el de Biel había dejado la firma en blanco del rey que al principio de su conversación le había dado.

—La firma del rey, dijo.

—Sí, pero no comprendo...

—Escríbeme encima de ella: «Nadie se oponga á que entre y salga de la cámara del príncipe la persona portadora de esta orden.»

El marqués escribió lo dictado por su amante.

—Nos hemos salvado, marqués. ¡Dame, iré yo misma! Tú pudieras comprometerte.

—Aurora, Dios te tomará en cuenta este servicio.

—Confío en su misericordia para que me perdone mi falta.

—Corre, apresúrate.

—¡Oh! no temas. El alfiler volverá á manos de la reina. Yo les salvaré.

Y la joven, envolviéndose en su manto, se precipitó fuera del pabellón.

Digitized by Google

VII

Todavía el alfiler de perlas.

Apoyada se hallaba en el antepecho de la ventana la reina Isabel, contemplando melancólicamente las nubes que se cernían en el horizonte y cuyos agrupados pelotones pugnaba el sol por atravesar, cuando, abriéndose repentinamente las puertas de su cámara, un paje entró, dió dos pasos en el interior y exclamó con voz vibrante:

—¡El rey!

Isabel se estremeció, como si se la hubiese cogido en el acto de cometer un delito. Era tan inesperada la presencia de su real esposo, que tembló al pensar en lo que allí podía traerle. La conciencia de la pobre reina no estaba muy tranquila para poder recibir con toda serenidad al monarca.

Este se presentó en la cámara. Contra su costumbre, su semblante estaba risueño, y esto infundió nuevos temores á Isabel. Sin saber porqué, su corazón leal, que nunca le había engañado en sus impulsos, le decía que aquella visita tenía un motivo y que aquel rostro risueño ocultaba una celada.

—Señor... balbuceó Isabel.

—¿Qué tenéis, querida mía? preguntó el soberano con afable sonrisa. Parecéis sobrecogida.

—No es nada. Vuestra visita...

—¿Os extraña?

—¡No, señor, pero como hace tanto tiempo que no os habíais dignado venir á esta cámara!

Digitized by Google

—¡Qué queréis! Los negocios de Estado son una rueda que nunca para. Me roban todo el tiempo que yo pudiera consagrar á vuestro amor. ¡Estáis bellísima, mi reina y señora!

—Señor...

—Esa palidez que brilla en vuestras mejillas os da un realce melancólico que interesa y cautiva. ¡Oh! ¡cómo es posible que yo piense en negocios de Estado teniendo á mi lado en el trono una compañera con quien pasar la vida rodeados de toda la felicidad del amor! Mil veces me he dicho, Isabel, que debierais aborrecerme.

Aquel lenguaje amante era desconocido en el rey. Isabel previó algo terrible para ella.

—Aborrecerme, sí, prosiguió Felipe, porque os he arrancado del suelo de Francia donde erais feliz y dichosa, para traeros á una corte en que sólo reina la fría etiqueta, de la que están poco menos que proscritos los bailes y que no ofrece ninguna diversión. Yo mismo, que debiera labraros una existencia agradable, contribuyo á hacérosla pesada y monótona, estando siempre ausente de vos, ocupado con mis negocios y devociones, permitiendo que estéis encerrada en vuestros aposentos como en un calabozo. ¡Pobre Isabel!

—Pues os aseguro al contrario, señor, que soy feliz y que esta es la vida que más conviene á la disposición de mi alma.

—De hoy en adelante, querida mía, dijo el rey tomándola una mano, quiero que sea para vos otra cosa, quiero que tengáis diversiones, bailes, quiero que gocéis y viváis como mejor os plazca.

—Pero...

—No, no; yo sé mejor que vos lo que os conviene, Isabel, y por otra parte, ya que tengo en vos una joya de talento y hermosura, quiero que brille con todo su esplendor. Mirad, para comer

Digitized by Google

zar á cumplir este propósito he mandado disponer un baile.

—¡Un baile!

—Para esta misma noche, á fin de que podáis presentaros á deslumbrar con vuestra belleza á las bellezas todas de la corte. Escoged, pues, vuestras mejores galas. Poneos hermosa. Vuestro esposo y vuestro soberano os lo ruegan.

—Muy galante estáis hoy, señor.

—Aprecio en lo que vale la compañera que Dios me ha dado, dijo el rey con acento particular, pues que en el modo como fué pronunciada esta frase admitía dos sentidos.

—Haré lo que gustéis, dijo la reina bajando los ojos.

—Os digo y repito que voy á cambiar de vida con respecto á vos, exclamó Felipe cada vez más amable, y he de robarle muchas horas al Estado para venir á pasarlas en vuestra intimidad. Harto tiempo os he tenido olvidada. Quiero que seáis feliz de hoy en adelante. El baile de esta noche comenzará vuestra nueva vida.

—Señor, yo quisiera que me dispensarais de asistir á este baile.

—¡Oh! es imposible. Debéis reinar en él por vuestra corona y por vuestra belleza. Deseo que esta noche os presentéis ante mi corte admirada, deslumbrante de galas y de hermosura. ¿Lo haréis así, no es verdad, querida mía?

—Lo haré por complaceros.

—¡Y á propósito! dijo Felipe con una naturalidad excesiva y como si sólo manifestara una idea casualmente ocurrida; no olvidéis poneros vuestro alfiler de perlas.

Una palidez mortal se extendió por el rostro de la reina.

—Ya sabéis de qué alfiler os hablo, ¿verdad, querida mía?

Digitized by Google

—Sí, señor, murmuró Isabel con una voz tan débil que apenas se pudo oír.

—De aquel que os dí el día de nuestro enlace, y en el que hay trazado con perlas vuestro nombre, *Isabel*.

La reina sufría horrorosamente.

—Es un alfiler, prosiguió el monarca, clavando en ella una mirada inquisidora cuya severidad formaba contraste con sus palabras dulces, que guarda bellos recuerdos para mí. Se remonta á los primeros días de nuestro enlace, y es, puede decirse, más bien el regalo de un amante que el don de un esposo. Por otra parte, es una obra maestra en el arte y me lo trabajó por particular encargo mío mi artífice genovés Montanelli. ¿Dónde le tenéis, señora?

—Guardado está en mi joyel, exclamó la reina exánime.

—Hacedme el gusto de mandar que os le traigan. Quiero verle de nuevo, quiero admirar su valor artístico.

—Es que...

—¿Qué?

La reina no podía más. Una especie de congoja mortal se había apoderado de ella. Sufría de una manera espantosa y su pecho ardía como si hubiese sido una brasa de fuego.

—Que he perdido la llave de mi joyel, murmuró la pobre mujer.

—¿Habéis perdido la llave? ¿Cuándo?

—Esta mañana la he hecho buscar inútilmente por todas partes.

—¡Oh! pues no os apuréis por esto. Romperemos la cerradura.

—Pero, señor...

—Nada, nada. Tengo ahora el capricho de ver el alfiler, y es preciso satisfacerlo. Vamos á vuestro pabellón, señora. ¿No es allí donde está vuestro

Digitized by Google

joyel? Ya veréis como en un abrir y cerrar de ojos hago saltar la cerradura con la punta de la daga.

Y Felipe tendió la mano á la reina, que se dejó arrastrar, mejor que conducir al pabellón. Pálida como un difunto, sin fuerzas, presa de una zozobra mortal, al llegar al pabellón Isabel se dejó caer en una silla, junto á la enrejada ventana que daba al parque. En cuanto al rey, sacó su daga y se dirigió al mueble sobre el cual se veía la rica caja de ébano que guardaba las joyas de la reina.

Isabel, medio desvanecida, hundió su frente entre ambas manos, y se puso á rezar como si hubiese llegado su última hora.

Al llegar ante la caja de ébano, el rey se detuvo.

—¿No decíais, señora, preguntó, que habíais perdido la llave del joyel? ¿Cómo es, pues, que la veo en la cerradura?

La reina balbuceó algunas palabras ininteligibles, en que ni siquiera Felipe fijó su atención. Dió vuelta á la llave y abrió el joyel.

Allí estaba, entre las demás joyas, el alfiler de perlas.

El rey se quedó sorprendido. La reina no sabía lo que le pasaba. Le parecía aquello un sueño, y sin acertar á comprender cómo había vuelto allí aquella joya, bendijo á la Providencia que semejante milagro había obrado para salvarla.

La Providencia de la pobre reina había sido Aurora.

—¡Ah! dijo el rey con voz sombría y arrugado ceño. ¿Conque teníais guardado aquí este alfiler?

—Sí, señor, murmuró la reina sin saber lo que se decía.

—¿Y no ha salido de vuestras manos?

La reina hubiera palidecido, á ser esto posible.

—No, señor, contestó.

—Está bien, señora. Puesto que el alfiler no ha salido de vuestras manos, os felicito por ello.

Digitized by Google

Y sin decir una palabra más, volvió la espalda y se salió de la estancia.

VIII

Non sic semper sed.

Durante todo aquel día y el siguiente, Felipe II no salió de su gabinete y nadie entró en él, excepto su ministro Pérez y la princesa de Eboli.

La corte entera estaba alarmada. Se había traslucido algo de cosas misteriosas y escenas terribles que nadie sabía á punto fijo, pero que todo el mundo contaba con minuciosidad de detalles como si hubiesen pasado á vista de todos.

El capitán de guardias que tenía arrestado al príncipe recibió orden de retirarse, y la cámara del joven don Carlos prosiguió lo mismo que antes, siendo de fácil acceso á sus amigos.

Uno de los que acudieron primero fué el marqués de Biel, quien le enteró de todo lo que pasaba.

—Corren aires de desgracia para nosotros y sobre todo para tí, pobre amigo mío, le dijo Carlos. Tu amistad para conmigo te perderá.

—Señor, si soy víctima de mi lealtad, me bastará para morir satisfecho el saber que consagraréis una lágrima á mi memoria.

—Amigo mío, yo soy fatal á los que me sirven. La desgracia va conmigo. Sirviéndome así, ya has hecho bastante. Abandóname ahora.

—*Non sic semper sed*, es la divisa de mi familia, señor, y seré leal á ella mientras viva.

Digitized by Google

—Eres un corazón noble, marqués.

—Hablemos de otra cosa, príncipe mío.

—Dí.

—Es preciso llevar á cabo el plan proyectado.

—Es verdad. Yo me ahogo en esta atmósfera de plomo que pesa como una maldición sobre la corte de mi padre. Aquí no pueden vivir ni respirar las almas como la mía. Me falta aire, espacio, aliento. Sucumbo extenuado bajo la mano de hierro que me oprime. Soy muy desdichado, marqués.

—Por lo mismo debéis partir. Os espera un cielo puro, os aguarda un crecido número de amigos, os brinda una nación con su trono.

—¡Oh! no, yo nunca iré á Flandes para levantar pendones contra mi padre.

—Y bien, aun cuando sea así, partid, señor, partid. Fugaos de esta corte que es para vos una cárcel.

—Quien partir debe eres tú, marqués, tú para quien quizá en este momento se aguzan los puñales. Vete á tu Cataluña, á tu siempre leal y siempre indomable Cataluña, y desde tu castillo de Picalqués burlarás las iras de mi padre.

—Señor, yo no partiré jamás, como vos os quedéis aquí. Mi suerte será la vuestra. Os he consagrado mi brazo y mi vida. Si alzáis pendones en Flandes, yo gritaré más alto que nadie: ¡Viva el rey Carlos! Si aquí permanecéis, aquí permanezco; y por fin, si me toca morir, si así está decretado por el cielo, moriré á vuestros pies partiendo entre vos y mi amada mi último suspiro y mi último pensamiento.

—Marqués, está dicho. Partiremos. Iremos lejos, muy lejos, donde no pueda alcanzarnos la cólera de mi padre, donde yo pueda vivir tranquilo, entregado por completo al amor que es el goce del corazón. Escribiré por última vez á esa mujer, la

Digitized by Google

diré todo el tesoro de recuerdos que llevo, todo el porvenir de agonía que me espera, y me iré á encerrar para siempre en el fondo de un desierto.

—Escribidle, pues, y fijemos para mañana nuestra partida. No veo seguridad para vos en la corte mientras haya almas condenadas que dominen á vuestro augusto padre. Ayer os arrestaron, mañana pueden volver á prenderos, y otro día, otro día quizá...

—Pueden asesinarme.

—Yo no quiero decir tanto, señor.

—Pero lo digo yo.

El marqués guardó silencio.

—Oye, marqués, dijo tristemente Carlos. ¿Quién se encargará de mi carta?

—Yo, señor.

—¡Tú! No puede ser.

—¿Por qué?

—¡Desgraciado! Te siguen los pasos, te espían, y, créelo, te matarían antes de llegar á los pies de la reina. Se ha descorrido el velo, la imprudencia de tu amada ha puesto en evidencia tus nocturnas entrevistas... ¡Es imposible, marqués, imposible! Acaso no esperan otra cosa que verte acercar á la puerta del parque para arrojar sobre tí á sus pagados asesinos.

—Señor, el marqués de Biel tiene sangre de héroes en sus venas, lleva un nombre que sus antepasados han hecho ilustre, y no puede sucumbir como un cualquiera bajo el puñal de un asesino. Nadie más que yo será vuestro mensajero. Ni tenéis otro á quien fiar secreto de tal importancia, ni cabe en mí retroceder ahora que hay peligro. La carta llegará, señor, yo os lo fío.

—Marqués, reflexiona...

—Todos los asesinos del mundo no me impedirán llegar hasta la reina. Podré llegar moribundo pero llegaré, señor.

Digitized by Google

—¡Marqués, por Dios!

—Dadme la carta, príncipe.

—¡Amigo mío!

—Príncipe, os lo pido como el premio que puedan merecer mis servicios. Encargadme vuestro mensaje.

El príncipe se calló y acercándose á su escritorio escribió cuatro líneas, cuatro líneas sólo, pero en ellas puso su alma. En seguida, alargando la carta al marqués,

—Dios proteja, dijo, al mensajero que camina á la muerte.

—La carta llegará, señor.

Carlos abrió sus brazos al marqués, que se precipitó en ellos con la efusión y la ternura de un hermano.

Aquella misma noche, cuando hacía ya buen rato que la tierra estaba envuelta en las sombras, el de Biel se envolvió en su capa, empuñó la espada con su mano derecha, y con la izquierda la daga, escondiendo entrambas armas debajo los pliegues del embozo, y tranquilamente, con paso firme y continente sereno, se internó por la calle de árboles que dirigía á la cerca de que estaba rodeada como una fortaleza la habitación y parque de la reina.

Cerca estaba de la puertecita por la cual había entrado las otras noches, cuando le pareció observar un bulto que se movía junto á un árbol.

Sin embargo, como la noche estaba oscura, nebulosa y sin luna, el de Biel no pudo asegurarse bien.

Detúvose no obstante y preguntó en voz alta:

—¿Quién va?

Nadie contestó. Ni el menor soplo de aire agitaba las cabelleras de los árboles. El silencio era profundo. Todo parecía muerto, sumergido todo en la vasta extensión de las tinieblas que envolvían la tierra como un sudario. Sólo enfrente de

Digitized by Google

él y á sus costados veía vagamente el marqués dibujarse sombríamente sobre la oscuridad los agigantados olmos, que parecían grandes espectros elevando su frente al cielo.

Viendo que no recibía respuesta su pregunta, el de Biel se decidió á seguir adelante. Pocos pasos le faltaban para llegar á la puerta. Cogió la daga entre los dientes, pasó su espada á la mano izquierda, y con la derecha tomó la llave que debía facilitarle la entrada.

Sin estorbo ninguno llegó á la puerta, y comenzaba ya á dar gracias á Dios, cuando le pareció oír un extraño ruido á su lado. Volvióse y en el acto mismo vió una mano armada de un puñal desprenderse sobre él; pero dispuesto y prevenido como estaba, pudo librarse recibiendo la puñalada en los pliegues de su capa. Inmediatamente empuñó su espada y describió un círculo, tropezando en seguida con un cuerpo. Un ay ahogado y el golpe de una caída le probaron que no había dado en vago.

Cinco ó seis bultos se irguieron entonces ante él, apareciendo de pronto como vomitados por la tierra. El de Biel apoyó sus espaldas en la puerta y comenzó el combate. Al propio tiempo que se defendía como un héroe, nuestro joven caballero, que había perdido la daga, la cual se le había caído en el primer ataque, hacía violentos esfuerzos con su mano izquierda para dar vuelta á la llave que había logrado introducir en la cerradura.

Los asesinos atacaban con vigor y con energía sin pronunciar una palabra. El de Biel se defendía con valor y de vez en cuando algunos ayes ahogados respondían del éxito que alcanzaba su acero. Era un combate encarnizado, como hubiera dic' un cronista de aquella época, tanto más horril cuanto que era entre las tinieblas y que nadie c cía una palabra.

Digitized by Google

De repente el marqués sintió el frío de un hierro penetrar en su pecho, pero de sus labios no se escapó el menor gemido. Era la suya un alma verdaderamente espartana. Aun recibió otra herida en el brazo, y conoció por fin que si aquella lucha se prolongaba, las fuerzas no tardarían en agotársele. Cada vez luchaba con menos vigor, con más flojedad, con menos ímpetu. Era que su herida del pecho iba vertiendo sangre en abundancia, sin permitírselo advertir el mismo calor del combate.

Su desfallecimiento se lo indicó pronto, y entonces fué cuando hizo un violento esfuerzo para abrir la puerta. Consiguiólo afortunadamente en el momento en que otra herida iba á unirse á las dos primeras. El marqués lanzó un grito entonces, pero ya la puerta le abrió paso y volvió á cerrarse en seguida interponiéndose entre la víctima y los asesinos. Luego que el marqués de Biel hubo cerrado la puerta, asegurándola con la aldaba que por fortuna tenía, vaciló y cayó con una rodilla en tierra, escapándosele la espada de las manos. Las fuerzas le faltaban, no podía más, había perdido sangre en abundancia.

—Soy muerto, murmuró, pero no importa. He dicho que llegaría y llegaré.

Desesperado fué el esfuerzo que hizo. Comenzó á andar medio arrastrándose, regando con su sangre el camino, cayéndose á cada diez pasos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! balbuceaba, ¡cuatro minutos de vida! ¡sólo cuatro!

Pudo por fin llegar á la puerta del pabellón entornada como siempre, y, empujándola, entró en el vestíbulo iluminado por una lámpara, llamando con voz ahogada á la reina. Esta salía en aquel momento, acudiendo al rumor de las espadas que le había parecido oír en el jardín.

Júzguese de su asombro y terror cuando vió tendido en el suelo á un hombre cubierto de sangre.

Digitized by Google

Sus cabellos se erizaron, sus rodillas flaquearon, su rostro palideció.

—¡Reina, reina mía! gritó con voz doliente el moribundo marqués.

—¡Justicia de Dios...! ¡El marqués!

Y la reina se arrojó hacia él.

—Tomad, balbuceó el de Biel tendiéndole la carta y con la voz de la agonía, tomad, es del príncipe. ¡Decidle á él... y á mi Aurora... que muero pensando... en... ellos!

Y el marqués de Biel rodó exánime á los pies de la esposa de Felipe II.

En aquel mismo momento otro hombre penetraba en el vestíbulo como vomitado allí por la fatalidad, otro hombre se adelantó pausadamente, y, sin hacer caso del cadáver ni tampoco de la reina, á los ojos atónitos y fijos de ésta que parecía sobrecogida de un pasmo, recogió del suelo la carta que se había deslizado de la mano trémula de Isabel y se puso á leerla.

Aquel hombre era Felipe II.

La reina, inmóvil, inerte casi, pasmada, le vió desdoblar el billete, recorrerlo con su fría mirada, no fruncir ni siquiera el gesto á su lectura, y en seguida salir llevándose el papel, mudo como había entrado, impasible y rígido como una estatua que hubiese abandonado la tapa de un sepulcro y que se volviese á su lecho de piedra!

El contenido de la carta recogida por Felipe II nadie lo ha sabido jamás.

Pocos días después de esta escena, el príncipe don Carlos moría envenenado.

La reina Isabel no tardó en ir á buscar la paz del sepulcro. Nació, creció y brilló, hermosa y bella como una flor. Como una flor se agostó en seguida.

Digitized by Google

En cuanto al cadáver del marqués de Biel, fué enviado á Cataluña para que sus restos pudieran descansar en el panteón de sus mayores.

Por lo que toca á la pobre Aurora de Senmanat, abandonó la corte, se vino á Cataluña, y entró en el monasterio de religiosas de Pedralves para ser esposa del Señor.

IX

La espada del muerto.

Tal es la historia que me contaron hace algunos años, en cierta tarde de mayo que fuí á visitar el castillo de Picalqués, situado á la falda del monte llamado de San Pedro Mártir, junto al pueblo de Esplugas.

Entré en este castillo, sobre el frontal de cuya puerta leí el *Non sic semper sed*, divisa de los señores de Biel, que allí ha quedado eternamente grabada; y en uno de sus salones, debajo de un retrato de familia, vi pendiente una vieja espada. Aquella espada, que religiosamente se conserva, es la que un día empuñó el marqués de Biel, héroe de los sucesos referidos, la misma con la cual se defendió de sus asesinos á la puerta del parque de la reina. La llaman los de la familia, por tradición, *la espada del muerto*.

Ví la espada, la tuve en mis manos, guardé el nombre que la daban, recogí la historia, y hoy he apelado á mis notas y á mi recuerdo para contárosla.

Barcelona.—1850.

FIN DE LA ESPADA DEL MUERTO
Y DEL TOMO PRIMERO DE «NOVELAS».

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE.

LA GUZLA DEL CEDRO

ó

LOS ALMOGÁVARES EN ORIENTE

	Págs.
I.—En que se trata de una rara y famosa casta de pájaros no descrita aún por ningún naturalista.	11
II.—Berenguer de Entenza participa al adalid sus deseos de visitar la caverna de los sumideros..	10
III.—El cazador negro.	26
IV.—Eteskédrou..	32
V.—En el que el autor se ve obligado á dejar por el pronto á sus lectores en la ignorancia de lo demás que acaeció á Berenguer y al adalid en la caverna, pasando á ocuparse de asuntos históricos..	43
VI.—El vino de la hospitalidad.	48
VII.—La asamblea nocturna.	61
VIII.—El ramo de flores.	67
IX.—Llueven ramilletes.	72
X.—Método nuevo de abrir una puerta.. . . .	78
XI.—De como una mujer encantadora repite al feliz Berenguer lo que ya le había dicho el tulipán	84
XII.—De como la cautiva doncella necesitaba, para ser libertada, que un águila atravesase los mares..	89

Digitized by Google

PÁGS.

XIII.—De como la cautiva doncella vió llegar el águila que atravesó los mares. 94
XIV.—El león aguza sus garras. 101
XV.—Otra vez bajo el cedro. 107
XVI.—Noche de sangre. 115
XVII.—Venganza catalana. 122
XVIII.—Traición.. 129
XIX.—Recuerdos. 135
XX.—Lina. 141
XXI.—Explicaciones. 150
XXII.—Otra vez la guzla. 160
XXIII.—El canto de Eteskédrou. 168
XXIV.—EPÍLOGO.—Un sudario con sus trenzas . . . 179

EL DONCEL DE LA REINA.

I.—Quién es él, y quién es ella. 191
II.—Fray Pedro de Aragón. 201
III.—Un aviso misterioso. 209
IV.—En el que continúa el interrumpido capít. III. 212
V.—El doncel de la reina. 215
VI.—Una escena de drama y un principio de tal. . 222
VII.—Y van dos. 229
VIII.—En el cual se refiere un acontecimiento que en el siglo XIV se llamaba un golpe de mano, y que en el nuestro se llamaría un plan político. 242
IX.—En el que vuelve á aparecer un personaje del cual sin duda nuestros lectores se habrán completamente olvidado. 248
X.—Aclaraciones. 260
XI.—Laonte el *Acuchillado*. 269
XII.—¡Pobre reina! 278
XIII.—La cosa se complica. 283
XIV.—De como Hugo de Entenza descubrió por fin quién era ella. 292
XV.—Otra vez él. 305
XVI.—Un muerto vivo. 312
XVII.—Comienza la venganza y empieza la expiación. 3
XVIII.—Donde el autor cumple lo ofrecido al final del anterior capítulo. 3
XIX.—La retractación. 3
XX.—Conclusión. 3

Digitized by Google

LA ESPADA DEL MUERTO.

PÁGS.

I.—Visitas á deshora. 349
II.—La llave del parque. 364
III.—La reina. 368
IV.—La camarista. 374
V.—La princesa. 382
VI.—El alfiler de perlas. 394
VII.—Todavía el alfiler de perlas. 411
VIII.—Non sic semper sed. 416
IX.—La espada del muerto. 423

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Este tomo se vende al precio de **5 pesetas**.

Las obras del Sr. Balaguer, que seguirán á ésta, son:

Los frailes y sus conventos, tres tomos.
D. Juan de Serrallonga, novela, un tomo.
Impresiones de viaje. (Manresa, Cardona, San Miguel del Fay, viaje á París, etc.), dos tomos.
Bellezas de la Historia de Cataluña. (Lecciones pronunciadas en la antigua sociedad filarmónica-literaria) Dos tomos.
Memorias literarias, un tomo.
Estudios políticos, un tomo.
Discursos parlamentarios, dos tomos.
Obras dramáticas, un tomo.
Poesía castellana, un tomo.

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

Poesías catalanas (tomo I de la colección), **6** pesetas.
Tragedias (original en verso catalán y traducción en prosa castellana) (tomo II de la colección), 8 pesetas.
Los Trovadores (su historia política y literaria). Cuatro tomos (formando los III, IV, V y VI de la colección), **30** pesetas.
Discursos académicos y memorias literarias. Un tomo (el VII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.
El Monasterio de Piedra.—Las leyendas del Montserrat.—Las Cuevas de Montserrat. Un tomo (VIII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.
Historia de Cataluña. Once tomos (formando del IX al XIX de la colección, **110** pesetas.
Las calles de Barcelona (complemento de la Historia de Cataluña). Tres tomos (XX, XXI y XXII de la colección), **30** pesetas.
En el Ministerio de Ultramar. Dos tomos (XXIII y XXIV de la colección), **10** pesetas.
Mis recuerdos de Italia. Un tomo (XXV de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.
Novelas. (Tomo XXVI de la colección y primero de esta obra), **5** pesetas.

Estas obras se hallan de venta en la portería de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, en casa D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid, y en las principales librerías de provincias.

Los pedidos pueden hacerse dirigiéndose al autor ó al Bibliotecario de Villanueva y Geltrú.

Digitized by Google

S/ un 5634.1

OBRAS

DE

VÍCTOR BALAGUER

De las Academias Española y de la Historia.

NOVELAS

Tomo XXVII de la colección

y segundo de esta obra.

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

BARCELONA

TIPO-LITOGRAFÍA DE LUÍS TASSO

ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23

1891

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

NOVELAS

TOMO XXVII DE LA COLECCIÓN Y SEGUNDO DE ESTA OBRA.

Digitized by Google

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN Y DE VENTA EN LA PORTERÍA DE LA BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER, DE VILLANUEVA Y GELTRÚ, APLICÁNDOSE EL PRODUCTO AL SOSTÉN Y FOMENTO DE ESTE INSTITUTO.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.--Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Últimas poesias*). —Un tomo que forma el I de la colección. . 6 pesetas.

TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Anibal.—Safo.—La sombra de César.—El conde de Foix*, etc.)—Un tomo (II de la colección). . . . . 8 »

LOS TROVADORES. (*Su historia politica y literaria*).—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección). . . . . 30 »

DISCURSOS ACADÉMICOS y MEMORIAS LITERARIAS.—Un tomo (VII de la colección). . . . . 7'50 »

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT. —Un tomo (VIII de la colección). . . . . 7'50 »

HISTORIA DE CATALUÑA.—Once tomos. (Del IX al XIX de la colección), á 10 pesetas uno. . 110 »

LAS CALLES DE BARCELONA (complemento de la *Historia de Cataluña*).—Tres tomos (XX, XXI y XXII de la colección). . . . . 30 »

EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR. (Memorias y documentos de la última época en que el autor fué ministro).—Dos tomos (XXIII y XXIV de la colección).. . . . . 10 »

MIS RECUERDOS DE ITALIA. Un tomo (XXV de la colección). . . . . 7'50 »

NOVELAS. Dos tomos (XXVI y XXVII de la colección). . . . . 10 »

Digitized by Google

VÍCTOR BALAGUER

De las Reales Academias Española y de la Historia.

NOVELAS

EL DEL CAPUZ COLORADO
LA DAMISELA DEL CASTILLO.—UN CUENTO DE HADAS
EL ANGEL DE LOS CENTELLAS
EL ANCIANO DE FAVENCIA.—HISTORIA DE UN PAÑUELO

Tomo XXVII de la colección

y segundo y último de esta obra.

BARCELONA

TIPO-LITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23

1891

Digitized by Google

Sloan 5634.10.10

HARVARD COLLEGE
MAR 30 1910
LIBRARY
Hayes fund

Digitized by Google

EL DEL CAPUZ COLORADO

Digitized by Google

Digitized by Google

Es esta la cuarta edición de la novela.

La primera se publicó en Barcelona el año 1850, por los editores Sres. Llorens hermanos. (Formaba parte de la obra, *Los frailes y sus conventos.*)

La segunda por el editor D. Salvador Manero, en Barcelona, año 1864, formando parte de la colección *Cuentos de mi tierra.*

La tercera en un tomo, imprenta de F. de Cao y D. de Val, Madrid, 1880.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL DEL CAPUZ COLORADO

I

Nuestro héroe.

La noche era oscura merced á negros grupos de nubes que cruzaban por un horizonte confuso, y que sólo á raros intervalos dejaban entrever un fragmento de azul ó daban paso á un rayo de luna.

Todo dormía en Segovia envuelto entre las sombras, y acaso en toda la ciudad no había más luces encendidas que la que brillaba en una de las ventanas del famoso alcázar, alumbrando tal vez al privado del infante don Enrique, el ambicioso marqués de Villena, que en el silencio de la noche meditaba sus planes de mayor y futura elevación, y la que alumbraba el cuarto bajo de un apartado mesón en el que se veían agrupados junto á una mesa varios hombres de mal porte y peor catadura.

Hallábanse estos hombres ocupados en jugar á los dados, y seguían con ávida mirada todas las peripecias del juego. Varias monedas de oro relucían encima la mesa. De vez en cuando alguno de los jugadores, cuyo bolsillo acababa de limpiar un asesino golpe de fortuna, descargaba un puñetazo

Digitized by Google

sobre la coja y bamboleante mesa y acompañábalo de una serie de redondos votos, capaces de hacer estremecer en sus nichos de piedra á los santos de la fachada del convento de Santa Clara.

Cuando esto sucedía, turbábase repentinamente el silencio, los rostros se volvían graves hacia el molesto interruptor, y si daba la casualidad que éste leyera en alguno de aquellos rostros cierta expresión de ironía ó de sarcasmo que hiciera cosquillas á su carácter pendenciero, los votos se trocaban en provocaciones y armábase una de gritos, de amenazas y de blasfemias, que el viejo mesonero, abandonando el mostrador tras del cual dormitaba, se veía obligado á adelantarse para poner en paz á los querellantes con cierta seriedad cómica que obtenía casi siempre los más buenos resultados.

Una de estas escenas tenía precisamente lugar cuando hemos penetrado, invisibles espectadores, en el cuarto bajo del mesón.

—¡Otra tenemos!—murmuró el mesonero interrumpido bruscamente en su sueño por desaforados gritos.

Y se adelantó cojeando y desperezándose hacia la mesa.

—Caballeros, por la Virgen bendita...

—Volveos á vuestra ratonera y no os metáis donde no os llaman, le dijo uno de los jugadores.

—¡Dejadnos en paz, tío Corneja!—exclamó otro.

El mesonero se llamaba, en efecto, tío Corneja.

—Pero, caballeros, ¡por la honra de mi posada, por el crédito de *La cruz de hierro!*

—¡Qué honra ni qué calabazas!—gritó un tercero, hombre fornido y de recios miembros que, dando un manotón por la espalda al mesonero, envió á rodar á varios pasos de distancia con quien despide una pelota.

El tío Corneja, en su obligada carrera, trope-

Digitized by Google

con un banco, enredóse en uno de sus pies, y perdiendo el equilibrio, cayó á la otra parte de cabeza, dando la vuelta más acabada y graciosa que pudiera dar cualquiera de los afamados saltimbanquis que pocos días antes habían llegado á Segovia procedentes de Italia, para divertir al infante.

La voltereta del mesonero hizo lo que no habían logrado aquella vez sus prudentes advertencias. Desapareció la expresión airada que mostraban todos los semblantes, suspendiéronse las amenazas antes de atravesar los labios, y la hilaridad más completa y más unánime sucedió á las ojeadas que furiosos se lanzaban un momento antes los agresores.

El tío Corneja se levantó con toda la prontitud posible, y, blanco de las burlas, se cuadró con cierta dignidad y frunciendo las cejas ante sus huéspedes, que redoblaron entonces las carcajadas.

—Caballeros, exclamó con ridícula gravedad, puestos los brazos en jarras; caballeros, mi honra...

—Es una honra que anda por los suelos, dijo el mismo que le había impulsado á dar la voltereta.

Las más ruidosas carcajadas resonaron de nuevo, y aquel bullicio aturdidor amenazaba prolongarse á costa del pobre mesonero, si una voz bronca, dominando el ruido, no hubiese hecho volver los rostros de todos los circunstantes hacia la puerta.

—¡Eh! ¿qué mil demonios de infierno es el que hay esta noche en *La cruz de hierro?* había dicho la voz.

Pertenecían estas palabras á un nuevo personaje que acababa de presentarse en el umbral. Era un hombre bajo, rechoncho de cuerpo, ojos bizcos, color moreno, enormes bigotes retorcidos, coleto de ante, arrugadas botas y un inmenso espadón colgante de un anchísimo y mugriento tahalí. Todo esto acompañado de un desdeñoso aire de

Digitized by Google

matón y perdonavidas que hacía oler su vida aventurera á dos leguas de distancia.

La atención del concurso se desvió del mesonero con la llegada de este personaje.

—Bien venido, Rompetejas, dijeron á coro varios de los huéspedes de *La cruz de hierro*.

—Gracias, caballeros,—exclamó adelantándose el que había recibido tan sonoro y pomposo nombre.—¡Hola! ¡parece que se pasa el rato! añadió en seguida al llegar á la mesa y al ver sobre ella las monedas y los cubiletes de los dados.

—Se mata el tiempo.

—¿Y qué tal está el tesoro?

—¡Pse!

—De buen grado os desafiaba si os supiera en posición de resistir á mi ejército.

—¿Tan numeroso es? dijo uno cuyos ojos brillaban de codicia.

Rompetejas dió una manotada á su bolsillo, que despidió un simpático sonido de oro puro.

—¿Conque estás en grande? le preguntó uno de los jugadores.

—Ni el mismo don Juan Pacheco, marqués de Villena, con todos sus señoríos y privanzas, es más rico que yo, contestó Rompetejas alargando el labio inferior con un supremo gesto de desdén.

—¡Hola! ¡hola!

El matón sacó dos ó tres puñados de oro y los puso sobre la mesa. Era una verdadera riqueza. Todos alargaron el cuello para clavar en el dinero sus miradas.

—¡Rayo! murmuró uno de los huéspedes del mesón: aquí hay la vida de diez hombres.

—Pues os engañáis, contestó Rompetejas mirándole de reojo; no hay más que la de uno.

—Será uno de los primeros nobles.

—Era un pájaro de cuenta. Dios le haya perdonado, y á mí también, por haberle cortado sus alas.

Digitized by Google

Con esta conversación se había completamente desvanecido el accidente que tuviera lugar al entrar Rompetejas, y éste mismo se había olvidado ya de querer indagar la causa. El tío Corneja se retiró en silencio acurrucándose tras del mostrador.

—Conque vamos á ver, preguntó Rompetejas, ¿hay uno que se atreva á apropiarse este montoncito de oro por medios legítimos?

—Se acepta el guante, dijeron dos ó tres á un tiempo.

—Al avío, pues.

Y los cubiletes volvieron á su movimento, y de nuevo rodaron los dados por encima la mugrienta mesa. La fortuna empezó por sonreír á Rompetejas, cuyas continuas risotadas y bruscos gestos daban una expresión diabólica á su rostro. Pero no tardaron esas risas en ser menos frecuentes, hasta acabar por extinguirse del todo; y sus ojos, que hasta entonces habían bailado juguetones y chispeantes bajo el espesísimo velo de sus pestañas, empezaron á cobrar cierta fijeza y gravedad como si nadaran en una atmósfera de codicia. Era que dos ó tres jugadas habían notablemente disminuido el montón de oro, y que Rompetejas empezaba á alarmarse por su propiedad.

El juego continuó sin interrupción y con suerte varia hasta llegar un momento en que la vacilante fortuna pareció completamente decidirse contra nuestro perdonavidas. Sólo dos monedas lucían ya ante él su triste y rubicunda redondez, y sus labios se agitaban trémulos, crispándose su mano en torno del cubilete que febrilmente estrechaba.

—Van mis dos últimos ducados, dijo el despechado Rompetejas.

Y movió el cubilete haciendo sonar los dados con un ruido que tenía para él algo de lúgubre.

Todos los cuellos se alargaron y todas las cabe-

Digitized by Google

zas se inclinaron sobre la mesa donde iba á decidirse la fortuna del matón.

Este paseó sus ojos bizcos por los circunstantes, clavóles en su oro que tenian recogidos sus contrarios, y haciendo un esfuerzo volcó el cubilete y envió á rodar los dados por la mesa.

—¡Doce! dijo.

Y respiró como un hombre que se ahoga y al que un movimiento ondulatorio le hace sacar la cabeza fuera del agua.

Uno de sus contrarios recogió los dados, los volvió á meter en el cubilete y vaciándolo,

—¡Dieciseis! exclamó.

Y alargó la mano para apoderarse de los dos ducados. Rompetejas, por un movimiento que no pudo reprimir, descargó un puñetazo sobre esta mano que se adelantaba con el justo y piadoso objeto de dejarle sin blanca.

—Yo no pago, dijo recogiendo su dinero.

—¿Cómo es eso?

—Aquí hay ardid.

—¡Infame!

—Aquí hay fraude.

—¡Miente el bellaco!

—¡Cortarle la lengua!

—¡Tirarle por la ventana!

—¡Afuera el matachin!

—¡Al ladrón!

—¡Al asesino!

Todas estas voces y otras muchas que se perdieron en la confusión, fueron pronunciadas de una manera amenazadora. En medio de la griteria, un puño cerrado y unido á un brazo nervudo, como un pomo á un garrote, fué á sentarse entre los labios y la barba de Rompetejas.

Este se hizo atrás y desenvainó su espadón.

Un bullicio infernal, una baraúnda imposible describir tuvo lugar entonces. Todos se levar

Digitized by Google

ron, las mesas y asientos rodaron por el suelo, los votos y juramentos llenaron la estancia: quién blandía una espada, quién enarbolaba un banco con el que hacía el molinete sobre su cabeza, quién presentaba su mano armada de un puñal, quién de un garrote.

El pobre mesonero, despertado por la centésima vez, se subió sobre un viejo taburete de cuero y empezó desde allí á exhortar á la paz y á la concordia para honra siempre de su mesón, y sin atreverse á acercar al grupo por prudente temor á una advertencia como la pasada; pero no hubo de valerle. Uno de sus huéspedes, cansado de sus gritos, se apartó del sitio de la querella y dió un puntapié al taburete. El mesonero rodó por el suelo hasta llegar debajo del mostrador, donde se mantuvo agachado mientras duró la contienda.

En el ínterin, Rompetejas, describiendo semicírculos con su espadón, había mantenido á raya á sus agresores, que se contentaban con llenarle de denuestos; pero no faltó uno que, apoderándose de un jarro vacío, lo arrojó con toda furia á la cabeza del espadachín. Este vió venir sobre él el proyectil, y pudo evitarlo bajándose: pero cuando se incorporaba, otro jarro fué á dar en su mano derecha causándole tan terrible dolor y tan fuerte contusión que se le escapó la espada. El mismo quedó un momento tambaleándose, ciego de dolor.

Un hurra general retumbó al verle desarmado, y todos se arrojaron hacia él. Comprendió Rompetejas la importancia del peligro, volvió en torno suyo unos ojos despavoridos, y viéndose cerca de la puerta del mesón, se lanzó por ella agitando en el aire su estropeada mano.

Cuatro de los más decididos se precipitaron tras él.

El matachín, á quien la proximidad del peligro daba alas, empezó una carrera desalada, no pa-

Digitized by Google

rando de correr hasta que al revolver de una calle tropezó con una piedra, yendo á caer cuan largo era, á seis pasos de distancia.

Un hombre pasaba en aquel momento, y al ruido volvió la cabeza, pero creyéndole sin duda algún tuno embriagado, disponíase á seguir su camino, si Rompetejas, incorporándose y viendo quizá en aquel hombre un salvador, no le hubiese detenido con su voz doliente:

—¡Oh! ¡quien quiera que seáis, salvadme, me persiguen, quieren asesinarme!

El desconocido se detuvo y trató de descubrir entre las sombras de la noche el porte y las facciones del que así le pedía auxilio.

—¿No tenéis espada? le preguntó con voz dulce y flexible como la de una mujer, pero en la que bien se notaba, sin embargo, un caballeresco acento varonil.

—La he perdido, murmuró el espadachín, y tengo estropeada la mano derecha.

—¿Sois caballero? preguntó de nuevo el desconocido, como si hubiese necesitado hacer aquellas preguntas antes de resolverse á prestar el auxilio de su brazo al que se lo reclamaba.

Rompetejas vaciló en contestar: diciendo que no, temía perder el salvador que le deparaba la Providencia, y diciendo que sí, hacía traición á su conciencia y al acento de franqueza y buena fe con que el desconocido le hiciera la pregunta. Recurrió, pues, á la agudeza de su ingenio y procuró evadirse.

—Esto según y conforme, dijo, va en opiniones. Yo me creo tan caballero y tan hidalgo como el mismo Cid; pero mis enemigos... qué queréis... los enemigos...

El desconocido quería sin duda una respuesta categórica; así es que se encogió de hombros y se disponía á marchar sin hacer caso de las súplicas

Digitized by Google

del perdonavidas, cuando los cuatro agresores del mesón desembocaron en la calle blandiendo unos sus espadas y otros sus garrotes.

—¡Ahí está! ¡ahí está! gritaron al ver al que perseguían.

Esta circunstancia volvió á detener los pasos del desconocido que, cuadrándose, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á los recién llegados y hablándoles con el marcial desembarazo y altivo desenfado que caracterizaba á los caballeros de aquella época:

—¡Cuatro contra uno!... sois unos perros.

—¡Eh! ¿quién es ese figurón que asoma y nos llama perros?

—Quien puede, contestó el caballero.

—Haceos á un lado, fantasmón; no va nada con vos.

—Pero va con vosotros. Escoged otro camino. Esta calle es mía.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿vuestra? ¿Y quién os la ha dado?

—Mi espada.

Dijo el caballero, y sacando en efecto su espada, arremetió contra los cuatro, que se dispusieron á resistirle. En aquel momento las nubes se rasgaron y un pálido rayo de la luna vino á alumbrar aquella escena. El de los cuatro que estaba más cerca del caballero y que se preparaba el primero á sostener el combate, se hizo atrás con espanto murmurando:

—¡El caballero del capuz colorado!

—¡Oh! gritaron los otros con terror; el del capuz colorado.

Y todos cuatro volvieron las espaldas, huyendo presurosos de aquel hombre cuyo solo aspecto bastaba á ponerles en fuga.

Al mismo tiempo también, Rompetejas murmuraba con cierto respeto y asombro unidos:

—¡El caballero del capuz colorado!

Digitized by Google

Y se acercó humilde á su libertador, que envainaba su espada, para darle gracias.

Todo en el desconocido revelaba al caballero, y acaso también al cortesano. Su traje era sencillo, pero de la más fina tela, sus manos eran blancas y delicadas, su rostro desaparecía tras la máscara de seda que usaban en aquel tiempo los caballeros cuando no querían ser conocidos, y colgaba de sus hombros, cubriéndole la cabeza con una elegante capucha, una especie de capita finísima, parecida en la hechura al albornoz morisco, llena de bordados y de color carmesí. A esto sin duda debía el nombre que le dieron los cuatro bribones cuando huyeron desalados ante *el del capuz colorado.*

Rompetejas había empezado á darle gracias, pero sin poder desprenderse, entonces que ya había pasado el peligro, de aquel tonillo fanfarrón y particular que le distinguía como á muchos de su clase.

—¿Quién eres? le preguntó el caballero interrumpiéndole.

—¡Quién soy! Un antiguo soldado.

—¿Cómo te llamas?

—Rompetejas.

—¡Buen nombre, por vida mía!

—¡Soberbio!

—¿Y cuál es ahora tu oficio?

—Matar gentes.

El caballero dió un paso atrás con cierta repugnancia.

—Y os ofrezco mis servicios, continuó imperturbable el espadachín, aunque no seáis vos de los que acostumbran á recurrir á mi brazo! ¡Ay! no; si todos desgraciadamente fueran como vos, que según cuenta la fama no tenéis miedo ni á un ejército, mi pobre oficio estaría perdido. Pero en fin, ¡quién sabe! puede que á veces os ocurra tener que

Digitized by Google

deshaceros de un pariente rico ó de un acreedor importuno, y entonces, ya lo sabéis, mi brazo y mi espada están á vuestra disposición, sin que os admita un maravedí como hago con los demás. Me habéis salvado: algún día podré quizás pagaros con mis servicios. Si se ofrece, pues, enviar á *La cruz de hierro*, una posada que se halla ahí cerca. Allí está Rompetejas todo el día.

—¡Está bien, gracias! dijo secamente el caballero.

—Lo digo como lo siento.

—Está bien, repitió el caballero; vete ahora. Esta calle es mía.

Rompetejas saludó.

—Ahí tienes para beber á mi salud.

Y el desconocido arrojó una bolsa llena de oro, á juzgar por el sonido que no era el matachín capaz de equivocar con ningún otro.

Rompetejas se alejó repitiendo las gracias.

Así que hubo desaparecido, el del capuz colorado se acercó á una puertecita que se dibujaba en la esquina de la calle, y en el muro de una casa inmensa, en la cual se veían algunos restos de fortificación, como si en algún día hubiese sido castillo; sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y después de haberse asegurado que ningún curioso podía verle, desapareció.

La puerta se cerró tras él.

Antes de seguir adelante, fuerza será identificar al lector con alguna escena de la vida de este caballero que nadie en Segovia conocía más que por *el del capuz colorado*.

Unos meses antes de la escena que en este capítulo se refiere, Segovia, para festejar al príncipe don Enrique, levantó un palenque, y celebró un torneo del que el mismo don Enrique fué el primer día mantenedor. Rompieron los caballeros algunas lanzas en honor de sus damas y de la reina

Digitized by Google

del torneo, la hermosa doña Beatriz de Guzmán, llamada comúnmente *la bella de las bellas*, tal era su sin par donosura, su gracia sin igual, su seductora belleza. El último día del torneo se presentó en la arena un caballero desconocido, el cual con una destreza suma, un valor á toda prueba y un arrojo excesivo, venció á cuantos osaron luchar con él, acabando por quedar en el palenque sin que nadie se atreviera á disputarle el premio debido á su mérito.

El concurso, compuesto en gran parte de la nobleza del reino y de los cortesanos de don Enrique, hizo cuanto pudo para obligar á que se descubriera el desconocido vencedor, al cual por otra parte no daba á conocer ni el menor distintivo ni la más leve señal. Su escudo presentaba un horizonte oscuro cargado de espesas y negruzcas nieblas con este lema: *Sin amor*. Esta originalidad, el no presentarse vestido con el color de ninguna dama, el no poder saber nadie su nombre ni ver su rostro, el conquistar la palma del valor y de la victoria, que en aquellos guerreros y caballerescos tiempos era la única palma envidiada, todo ese misterio y auréola del heroísmo que rodeó al caballero, le atrajo las simpatías del concurso, y en particular de las damas. Así es que cuando el vencedor atravesó el palenque para ir á recoger de mano de *la bella de las bellas*, el premio ganado con su lanza, todos se pusieron en pie palmoteando, ondearon en el aire las bandas y pañuelos, resonaron gritos de entusiasmo en favor del desconocido paladín, y no hubo ni una dama sola que no deseara ocupar en aquel momento el puesto de Beatriz de Guzmán para con su blanca mano coronar al simpático vencedor.

Este se hincó de rodillas ante *la bella de las bellas*, que con lisonjera sonrisa le cruzó la banda por el pecho. Al hacerlo, vió la hermosa joven una

Digitized by Google

mancha de sangre sobre la luciente armadura y lanzó un grito.

—¿Estáis herido? le dijo.

El caballero contestó que era sólo una astilla de la armadura que le había hecho un rasguño en el brazo. La hermosa Beatriz entonces, cediendo á un arranque entusiasta que todo corazón de mujer sentía por el vencedor, tomó el rico manto de grana que una de sus damas guardaba, para con él envolverse á la salida del torneo, y rodeó con el manto el brazo del paladín.

—No lo abandonaré jamás, dijo éste; vestiré de hoy en adelante vuestros colores.

Y desplegando el manto, se lo puso sobre los hombros al són de los aplausos repetidos por la multitud.

De ahí el nombre que todos le dieron de *caballero del capuz colorado*.

Pocos días después se tuvo noticia de una hazaña contra una partida de moros á los que había puesto en fuga un caballero solo y desconocido que vestía sobre la armadura un capuz de grana.

Más tarde, algunos hechos parciales en la misma Segovia, algunas aventuras nocturnas en las que siempre figuraba con éxito el mismo caballero, alcanzaron al desconocido cierta fama en la corte y cierta nombradía en el pueblo.

Llegó á presentársele como tipo del valor y de la caballería, nada sucedía rodeado de algún misterio que no se le achacase, y en una palabra, se hizo célebre, popular y temido el nombre del *caballero del capuz colorado*.

Esto es lo único que Segovia sabía del sér verdaderamente misterioso, al cual hemos visto figurar en la aventura nocturna de Rompetejas.

Digitized by Google

II

La bella de las bellas.

Retirado estaba en su gabinete de armas el conde don Fadrique de Guzmán, pasando revista á todo su militar equipo en compañía de su escudero mayor, cuando le anunciaron la visita del noble señor don Nuño de Torre la Selva.

Dió orden para que se le introdujera, y al estar los dos amigos en presencia uno de otro, después de los usuales cumplidos, notó don Fadrique que el semblante de don Nuño le anunciaba alguna novedad.

—¿Qué tenéis, amigo mío? ¿Qué ocurre? dijo.

—Despedid á vuestro escudero, conde.

Don Fadrique hizo seña al escudero para que se retirase.

—Ya estamos solos.

—Oíd, noble don Fadrique. Otorgada me tenéis desde hace mucho tiempo la mano de vuestra bella hermana doña Beatriz de Guzmán.

—Es cierto.

—Este lazo debe aumentar nuestra amistad y unir al mismo tiempo nuestros bienes y personas para formar liga contra nuestro muy particular y detestado enemigo el marqués de Villena.

—Es también cierto.

—Pues bien, hay quien se opone á nuestros proyectos.

—¡Vive Cristo! ¿y quién es el insensato al qu creéis con derecho para venir á entorpecer nue tros planes?

Digitized by Google

—Leed.

Y don Nuño pasó á don Fadrique un escrito.

—¿Qué es esto?

—Clavado con una daga, dijo don Nuño, lo han hallado esta mañana mis servidores en la puerta de mi palacio.

Don Fadrique leyó:

«¡Al noble don Nuño de Torre la Selva, salud!»

«Si vais por la derecha, tropezaréis conmigo; si por la izquierda, conmigo también; si en línea recta conmigo siempre. Sólo os queda un medio: retroceder. Entre vos y doña Beatriz, está

El del capuz colorado.»

—Y bien, ¿qué quiere decir esto? preguntó don Fadrique volviendo en todos sentidos el escrito.

—¡Cómo! ¿no comprendéis?

—No á fe mía.

—¿Recordáis el último torneo?

—Sí.

—¿Tenéis presente al caballero vencedor?

—¿Un paladín incógnito?

—Sí. Pues bien, ¿recordáis que este caballero recibió el premio de manos de vuestra hermana, la cual, viéndole herido en un brazo, dióle para envolvérsele su capuz de grana?

—En efecto.

—Más tarde, reales ó ficticias, se han atribuido á este incógnito varias hazañas. y el vulgo, dado siempre á lo misterioso, le ha aplicado el nombre de *caballero del capuz colorado*, en memoria del que recibió de vuestra hermana y que, según dicen, lleva puesto.

—¡Ah!

—Quiere, pues, decir todo esto que el incógnito es mi rival, que tiene pretensiones á la mano de doña Beatriz.

Digitized by Google

Don Fadrique miró fijamente á Torre la Selva.

—¿Vos lo creéis así?

—El escrito lo manifiesta.

—Don Nuño, dijo revistiéndose de altivez el de Guzmán, es demasiado noble mi hermana para fijar su vista en un aventurero paladín; estima en mucho el lustre de su prosapia para descender á unos vulgares y romancescos amores; es demasiado obediente para no cumplir la palabra que con vos tengo empeñada.

—Sin embargo, don Fadrique, esta palabra que de vos he recibido, no me ha sido ratificada aún por vuestra bella hermana. Tengo vuestro consentimiento, pero no el suyo.

—¿Y para qué lo necesitáis? ¿De cuándo acá las hembras de Castilla se opondrían á la voluntad de los varones? ¿Habéis visto jamás, don Nuño, que una dama bien nacida se opusiera al mandato del jefe de su casa, siendo éste fijodalgo? Desengañaos, mi voluntad es la suya. Me obedecerá sumisa: para esto es mi hermana. Y en cuanto á este escrito, despreciadle como el parto de un loco. ¿Qué tenéis vos que ver con caballeros incógnitos, con aventureros de justas y galanteos? Suba él hasta vos, y entonces podréis hablarle de igual á igual.

Don Nuño no contestó, pero en su rostro se pintó cierta expresión de desagrado.

—A Dios no plegue que dude nunca de vos ni de vuestra palabra; pero el diablo anda suelto, don Fadrique, y el corazón de las mujeres es una ballesta pronta siempre á dispararse del arco.

D. Fadrique reprimió un movimiento de despecho y dijo:

—¿Qué es, pues, lo que deseáis? Habladme claro.

—Que deis parte á vuestra hermana de la palabra que tenéis empeñada conmigo.

—Sea, accedo á ello, y para probaros que es noble doña Beatriz y que jamás desmentirá su c

Digitized by Google

na, iremos ahora mismo á su encuentro y la pediremos día para efectuar el enlace.

—Pláceme.

—Seguidme, pues.

Abandonaron entrambos el salón de armas, y después de haber cruzado varios corredores, llegaron á las habitaciones de doña Beatriz; pero no estaba. Hallábase con sus damas en un pabellón del parque. Allí se dirigieron los dos nobles.

A veinte pasos del pabellón, que asomaba su redondez y góticas ventanas entre el bordado cortinaje de la enramada, como un nido de amores oculto en el corazón del bosque, un joven paje de rubia cabellera, con las armas de Guzmán en el pecho y el traje blanco y carmesí, que eran los colores de su dueña, se presentó á impedir el paso á los dos caballeros.

—Paje, id á decirle á doña Beatriz, que su hermano y el noble caballero don Nuño desean presentarle sus homenajes.

El mensajero hizo un saludo y partió. Tardó un buen rato en volver.

—Mi señora, dijo el paje, saluda á don Fadrique su hermano y á don Nuño el noble caballero, y les ruega pasen adelante para asistir á la relación del recién llegado trovador.

—¡Cómo! ¿Hay un trovador con las damas? preguntó don Fadrique.

—Sí, está Arnaldo, el famoso trovador provenzal, favorito de doña Beatriz.

Don Fadrique y don Nuño, guiados por el paje, entraron en el pabellón.

Cinco ó seis damas, á cual más bellas, estaban sentadas en un ángulo de la ovalada estancia y ayudaban á doña Beatriz, colocada en medio de todas como una reina, á bordar una preciosa banda de colores entre los que sobresalían, sabiamente combinados, el carmesí y el blanco.

Digitized by Google

Renunciemos á pintar á doña Beatriz. Son débiles todos los colores de la mejor paleta para dar una idea de su hermosura, de su gracia, de la expresión de su semblante. Nos basta saber que era llamada por todos *la bella de las bellas*. Nos basta saber que era en todas las justas y torneos la reina del amor y de la hermosura. Nos basta saber que al presentarse ella en un salón lleno de damas seductoras de belleza y de atractivo, oscurecía con su rostro todos los rostros, como desaparecen ante el esplendor del sol las tímidas y avergonzadas estrellas...

Cuando andaba, sus pies apenas herían el suelo, y uno se preguntaba cómo no nacían rosas en sus huellas; cuando hablaba, su voz era dulce, simpática como el sonido de un arpa; cuando miraba, su mirada quemaba como un rayo de sol.

—¡Bien venido sea mi noble hermano y su caballero huésped don Nuño! dijo Beatriz al ver entrar á los dos nobles. Dadles asiento, paje.

Los caballeros se sentaron inclinándose.

—En buena hora habéis llegado, señores, continuó doña Beatriz, pues vais á tener el placer de oír á mi trovador favorito cantar una de sus bellas baladas, ó recitar una de sus dramáticas leyendas.

Don Fadrique y don Nuño volviéronse entonces á un tiempo hacia el extranjero que la noble castellana les indicaba, y en el cual no habían fijado la atención al entrar en la estancia.

Era un hombre de mediana edad, de facciones agradables y enérgicamente pronunciadas, pero cubiertas con un baño de suavidad y dulzura: sus negros cabellos caían en flotantes rizos sobre sus hombros, desprendiéndose de una gorra carmesí de graciosa hechura, coronada con la simbólica pluma de pavo, pluma que estaba retenida por un cintillo de perlas, regalo de *la bella de las bellas*: leíase en sus ojos la más simpática expresión de

Digitized by Google

melancolía, y su cabeza se balanceaba muellemente con la misma gracia particular que tenía cada uno de sus movimientos. Todo en aquel hombre revelaba la pasión y el entusiasmo, pero reprimidas ambas cosas por la tristeza que debía roerle el alma como un cáncer.

Estaba apoyado con una mano sobre su arpa en la más natural y más agradable postura, y se inclinó ligeramente al verse blanco de las miradas de ambos caballeros.

Beatriz dejó trascurrir un momento y prosiguió en seguida:

—Ayer cogí en mi verjel la primera violeta de los campos, y hoy llega mi trovador Arnaldo á recitarme los poemas que ha compuesto, expresamente para mí, durante las monótonas veladas del frío invierno. Oíd, hermano, oíd también vos, don Nuño. Las cántigas de Arnaldo son dulces como los perfumes de las flores y patéticas como los sufrimientos del alma.

—Beatriz, dijo entonces don Fadrique, desearía hablaros en particular...

—Después será, hermano, contestó con gracia seductora Beatriz; oigamos primero á mi trovador que de lejos ha venido para cantarme sus trovas.

Y en seguida, con la más tierna expresión, y clavando sus ojos en el trovador,

—¿Qué me traes, Arnaldo? le dijo. ¿Has compuesto, desde que nos separamos la primavera última, muchas trovas?

—He compuesto, señora, tantas y más de las que me encargasteis. ¿Qué deseáis oírme hoy? ¿Un cantar ó una leyenda?...

—Mejor será una leyenda. Una trova interesaría más el corazón de las damas, pero tienes por oyentes á dos caballeros, es decir, á dos hombres acostumbrados á los clamores del combate, y poco á las emociones del amor. Hagamos algo en su obsequio,

Digitized by Google

ya que se dignan ser nuestros huéspedes. Recítales una leyenda de guerra.

El trovador meneó la cabeza.

—No sé ninguna leyenda de guerra, dijo Arnaldo bruscamente. Yo sólo había compuesto para vos leyendas de amores.

Dijo esto sin mirar á los caballeros, que hicieron un movimiento, en particular don Nuño, ante aquella ruda franqueza.

—Es preciso perdonarle, don Nuño, se apresuró á decir sonriendo Beatriz; mi trovador es un león que sólo yo he domado. ¿Verdad, Arnaldo?... Es preciso no contrariarle. Cántanos lo que quieras ó recítanos lo que más te plazca. Todo te lo oiremos con gusto.

—Señora, dijo Arnaldo, suavizada ya su expresión con la sonrisa de Beatriz; os recitaré una leyenda, pero es muy triste.

—No importa. ¿Cómo la titulas?

—Dos corazones y un alma.

—Agrádame el título. Empieza, pues.

Arnaldo bajó la cabeza como para reconcentrarse un instante, y los rayos de sus ojos se escondieron bajo el velo de sus caídos párpados, pero no tardó en alzar la frente en que lucía el entusiasmo del trovador, el fuego del genio. Dió dos pasos hacia Beatriz, y se halló de este modo como colocado en medio de la asamblea. En seguida empezó, con un acento de tiernísima expresión y con una voz melancólicamente dulce.

Doña Beatriz soltó el bordado y aplicó un dedo á sus labios para encargar á todos el silencio.

El trovador dijo de esta manera:

Dos corazones y un alma.

Es á la reina y señora de los cielos, á la qu tantas virtudes han coronado de laureles y á la qu

Digitized by Google

de la gracia y del candor ha obtenido la triunfante palma; es á aquella hasta quien ha subido, como un pájaro divino, el bello cisne de púdicas alas para abrigarse tímido en su regazo, á quien pido un poco de inspiración y un poco de elocuente numen para que pueda contar la crueldad más deplorable, la triste escena de un infortunio que lloran hasta las estatuas de bronce y de mármol.

En un reino cuyo nombre ya he olvidado, nació un príncipe moreno de rostro, pero blanco de alma. Era bello como un crepúsculo de tarde. Las hadas asistieron á su nacimiento, y tocándole con sus varas de junco verde le dijeron: ¡Tú serás feliz!

Pero llegó una *elfa*, que venía del norte cabalgando en una nube blanca, y tocándole con un ramo de flores le dijo: ¡Tienes corazón, tú serás desgraciado!

Dieron al príncipe el nombre de Arturo.

Cuando estaba en edad, su padre le casó con una princesa que llegó á la capital para efectuar el enlace, seguida de un ilustre cortejo y en particular de una dama, cuya belleza debía igualar á su desgracia. Era Edita la de los ojos negros. Ya os lo he dicho y esto baste.

Y bien pronto murió la princesa. El dolor de su esposo fué cruel, y huyó de la sociedad con el corazón traspasado, como un gamo herido que se refugia en las entrañas de la selva.

Todo concluye con el tiempo. El día sucede á la noche, la calma á la tempestad.

El príncipe, para distraerse, se paseaba por el jardín y se entretenía en mirar las flores. Un día dejó las flores y se puso á mirar el agua de una fuente. Era una fuente tan rara, que el estanque era de alabastro con otro estanque de plata.

Arturo se miró en el espejo de las aguas y vió en el fondo dos ojos negros clavados en sus ojos.

Digitized by Google

—¡Es extraño! murmuró Arturo. Hay dos ojos en el fondo del agua.

Y volvió á mirar y allí estaban los dos ojos.

El príncipe fué á dar una vuelta por el jardín. Era el primer día de Mayo. Los árboles llenos de hojas cantaban himnos, las enramadas sombrías llenas de misterio trovaban amores, las flores llenas de perfumes lanzaban suspiros.

El príncipe se dijo:

—Yo estoy inquieto, yo tengo algo en el corazón.

El fuego busca el agua. Arturo se volvió á la fuente y tornó á contemplarse en su frío cristal. Allí estaban los ojos. El príncipe volvió los suyos al cielo para demandarle la causa de aquel misterio, y entonces tropezó su mirada con la de una mujer que estaba inclinada sobre el espejo de la fuente.

Y era una mujer bella para hacer morir de amor.

Y era Edita la de los ojos negros.

Y el príncipe sintió caer sobre su alma, una tras otra, una lluvia de saetas.

¡Pobre corazón herido! ¿quién le cura ahora?

—¡Edita, yo te amo!

—¡Príncipe, yo te amo!

Se aman, ya lo veis: ¿cómo impedirlo? Quién le dice al corazón: ¡detente! Tanto valdría decirle á un muerto: ¡levántate!

El príncipe le dijo á Edita:

—Yo te sentaré en un trono, yo te haré reina, yo seré tu esposo.

Mientras espera ser reina y sentarse en un trono, Edita es la esposa de Arturo. Se han casado en secreto, se aman, su felicidad no tiene límites, porque su dicha es ignorada. Se ven en el fondo de un castillo como dos palomas en el fondo de la fl resta. El príncipe es el hombre más feliz de tierra.

Si yo hubiese estado entonces en aquel reino

Digitized by Google

hubiese conocido el secreto de Arturo, le hubiera gritado: «Príncipe, príncipe, tú tienes corazón. La *elfa* te lo ha dicho, serás desgraciado.»

Pero probablemente el príncipe no hubiera hecho caso tampoco de mis palabras.

Arturo pasaba los días mirándose en los ojos de Edita; Edita pasaba los días mirándose en los ojos de Arturo.

Una mañana el padre del príncipe, el rey de aquel país cuyo nombre ya os he dicho que tengo olvidado, llamó á dos de los primeros nobles de su reino y les dijo:

—Llevaos mi bandera de honor y mis heraldos, montad en corceles enjaezados con gualdrapas cuajadas de oro y pedrerías, haceos acompañar por la más rica y lujosa tropa de caballeros, y partid al reino vecino, cuyo soberano he sabido que tiene una hija doncella. Pedídsela por esposa para mi hijo. Si regresáis con su consentimiento os daré tanto oro como pueda bastar á cubriros de pie y añadiré nuevos títulos de nobleza á los vuestros. Si volvéis sin el consentimiento, os daré dos horas para prepararos, un sacerdote que os ayude á morir y un verdugo para que os corte la cabeza.

Los dos embajadores cabalgaron en sus caballos y partieron con las banderas desplegadas que azotaban los aires.

El rey de la comarca vecina, cuyo nombre he olvidado también, les dijo que su hija Leonor se daría por muy feliz de tener por esposo el hijo de un rey tan nombrado, y les colmó de presentes y regalos. Añadió asimismo que con todos los caballeros de su casa partirían antes del noveno día para acompañar á la infanta al altar donde la esperaba el príncipe.

Arturo, que no sabía nada, sólo se enteró cuando vió llegar al rey del país vecino con la infanta Leonor, que era bella, muy bella, preciso es decirlo,

Digitized by Google

pero no tanto como Edita, la amada de su corazón.

Y aquí empiezan las desgracias del príncipe y lo lamentable de la historia.

Arturo abrazó á Edita, la besó en la frente, sentó en su falda el hijo que de ella había tenido, que era una criatura inocente y bella con la tez varonil y morena de su padre y los ojos negros y hermosos de su madre, y montó á caballo.

En una carrera del noble animal llegó á las puertas del palacio donde estaba alojada Leonor, la infanta que había venido á casarse con él.

Y se apeó, y entró, y la vió, y la habló, y la dijo como tenía por esposa á Edita la de los ojos negros y como había en el mundo una criatura bella como un cielo que le tendía cada mañana sus manecitas y le llamaba su padre.

La infanta Leonor palideció visiblemente y desde aquel día empezó á derramar copiosas lágrimas.

Llorando hallóla una tarde su padre el rey de la vecina comarca.

—¿Qué tienes, hija mía, mi luz y mi vida?

—¡Ay padre! el príncipe Arturo está casado, casado con Edita la de los ojos negros.

El padre de la infanta sintió amargamente el desaire que se hacía á su hija, tornóse á su país y mandó que empuñaran las armas.

Ya suena el clarín llamando á la guerra: bélicos clamores pueblan los aires; tiembla la tierra al paso de los briosos alazánes; por todas partes bosques de lanzas, ejércitos que marchan con las banderas desplegadas.

El rey padre de Arturo se asoma un día á las murallas y ve sitiada su capital. Teme la arrogancia del enemigo, teme su furor y pide treguas.

Treguas le fueron concedidas.

Reunió entonces á sus consejeros y, subiendo á su trono, les pidió sus consejos. Su contestación fué que Edita debía morir, porque ella era causa de

Digitized by Google

la guerra: su contestación fué que debía morir el hijo inocente de aquellos amores, porque era un obstáculo al nuevo enlace.

¡Dios les haya perdonado el consejo!

El rey se opuso, trató de resistir; pero su consejo entero decretó la muerte y el rey firmó la sentencia. Edita debía morir decapitada y su hijo ahogado.

Pusieron á recaudo al príncipe en la prisión del palacio y leyeron la sentencia á la noble víctima, á la tierna oveja que iban á sacrificar en el altar de la barbarie. Los ojos negros de Edita dejaron escapar dos arroyos de lágrimas, y no lloraba por ella, lloraba por su hijo al que iban á arrancar de sus brazos para matarle como á su madre.

Regó con su llanto los pies de sus verdugos. Sus lágrimas eran tan puras que hubiera podido beberlas un ángel.

Aquí mi voz se detiene trémula, mis ojos se humedecen y mi pecho late.

La pena y el tormento aprisionan mi lengua que no hace más que balbucear lo que refiere.

No contaré lo que costó arrancar el hijo de aquella madre amante, no diré ni sus angustias ni sus lágrimas de sangre, no hablaré de aquella escena capaz de partir las rocas á fuerza de dolor y de amargura.

Mientras unos verdugos asesinaban á la pobre inocente criatura que llorando llamaba á su madre, otros arrastraban á Edita hasta el pie de un tajo donde la obligaron á ponerse de rodillas. En seguida la pérfida cuchilla hirió aquel cuello que había sido tan hermoso.

Así cayó aquel copo de nieve matizado de púrpura.

Así murió Edita la de los ojos negros, y así murió también su hijo, la pobre y tierna criatura que tenía la tez morena de su padre y los ojos negros de su madre.

Digitized by Google

Hermosas damas que me oís, ¿no tenéis una lágrima para llorar tanta desventura?

Cuando el príncipe salió de la prisión, pareció que habían abierto á un león hambriento su jaula.

Hizo matar sin misericordia á los consejeros de su padre, y arrancándoles el corazón se los dió á comer á los buitres. De los asesinos de Edita, sólo respetó á su padre.

Hizo desaparecer la noche del panteón con la luz de mil antorchas, hizo abrir el féretro de su esposa y depositó la sagrada corona sobre su cabeza. Quiso en seguida que todos los nobles uno á uno fuesen á besarle la mano y que todo el pueblo le prestase juramento de homenaje como á una reina.

Terminado todo, él mismo se arrodilló y pegó sus labios á la fría mano.

Cuando los cortesanos se acercaron queriendo arrancarlo á tanto dolor, le hallaron muerto.

Esta es la leyenda de los dos corazones y un alma, hermosas damas.

Si no os ha gustado, perdonad al trovador que os la ha referido.

*
* *

Concluyó de hablar Arnaldo y se retiró en seguida á su antiguo puesto junto al arpa, apoyando en ella el brazo y descansando en el brazo su ardorosa frente.

En cuanto á las damas, se hallaban todas conmovidas y Beatriz había tenido que enjugar sus ojos más de una vez durante la relación de Arnaldo. Sólo don Fadrique y don Nuño habían permanecido impasibles, y aun el segundo se admiraba de que aquella relación hiciera llorar á las damas.

Hubo un rato de silencio que interrumpió *la bella de las bellas*.

—Acercaos, Arnaldo, dijo al trovador; vuestras

Digitized by Google

leyendas son más tristes que las enamoradas cántigas de Cabestany, pero dulces como las primeras ilusiones del amor.

Arnaldo se había acercado á Beatriz. Todavía brillaba el fuego sacro en sus ojos y su rostro reflejaba la emoción del alma. La hermosa doncella hizo poner de rodillas al melancólico trovador, y quitándose un hermoso collar de menudas y pulidas perlas que la adornaba, se lo puso al cuello diciéndole:

—Arnaldo, llevad este presente en memoria mía, y que os recuerden sus perlas las lágrimas que estas damas han vertido al escuchar vuestra peregrina leyenda. Idos ahora, añadió viendo que su hermano don Fadrique hacía una visible señal de impaciencia, mañana volveréis de nuevo y nos cantaréis una de vuestras trovas de amores, una de esas trovas lánguidas como suspiraba Blondel bajo las tiendas de los héroes cruzados, como las que sólo sabéis cantar vosotros, los hijos renombrados de Provenza y Cataluña.

Arnaldo aplicó un beso de fuego en la mano de Beatriz, á quien debió quemar el contacto de aquellos labios, y dirigiéndola una mirada sublime de expresión y de ternura que no escapó á don Nuño, salió de la estancia. El de Torre la Selva siguió con la vista al trovador hasta que hubo desaparecido.

—Mucho me engaño, añadió en seguida para sí, ó ese vagabundo cantor de coplas se atreve á estar enamorado de doña Beatriz. Como supiera tal, le hacía colgar de una de las almenas de mi castillo para que sirviese de blanco á mis arqueros.

Entre tanto Beatriz había dado permiso á sus damas para que fueran á pasear por el jardín, interin ella hablaba con su hermano y su amigo don Nuño.

Cuando vió sola á la doncella, don Fadrique se levantó, y acercándose, le dijo con cierta especie de solemnidad:

Digitized by Google

—Beatriz, el noble y digno caballero que aquí veis conmigo es don Nuño de Torre la Selva: por sus venas corre la sangre ilustre de los primeros nobles de Castilla, y sus títulos son los más bellos de la corona de don Juan II.

Beatriz fijó sus ojos en su hermano como para interrogarle con muda pregunta sobre la causa de aquel extraño exordio.

Don Fadrique prosiguió:

—Este caballero es á más mi muy particular amigo y hermano en el pacto solemne que tenemos hecho de derribar á ese odioso marqués de Villena. Para afirmar nuestras relaciones y unir con un lazo más estrecho nuestra mutua amistad, he creído deber prometerle vuestra mano.

Beatriz no hizo el menor movimiento; su bello rostro no perdió ni uno de los menores rasgos de expresión.

—¡Ah! dijo sólo, le habéis prometido mi mano.

Y separando sus ojos de don Fadrique para fijarlos en Torre la Selva:

—¿Os ha prometido mi mano? añadió.

—Señora... balbuceó el atónito Nuño, herido por aquella frialdad glacial de la doncella.

Beatriz pareció descansar por un momento la mirada en el que se le presentaba como su futuro. La doncella conocía poco á don Nuño, á quien apenas había visto algunas veces. El de Torre la Selva no tenía un exterior muy notable, al contrario, era casi repugnante. Sus ojos hundidos se veían coronados por unas pobladas cejas, y lanzaban fatídicos rayos; sus facciones carecían de la noble regularidad que acompaña siempre á los hombres de raza; su boca, extraordinariamente grande, sólo daba paso á una sonrisa en gran manera vulgar, y sus modales incultos eran poco á propósito para cautivar á una dama.

En los ojos de la doncella leyó don Nuño toda l

Digitized by Google

impresión desfavorable que le había causado el examen. Sufrió de ello su orgullo y se mordió los labios de despecho.

—¿Y habéis vos aceptado mi mano ofrecida por don Fadrique? preguntó Beatriz.

—Con solicitud, contestó el de Guzmán interpretando en otro sentido las palabras de su hermana dirigidas á don Nuño.

—El caballero de Torre la Selva, dijo entonces Beatriz, debiera, creo, haber empezado por consultar mi corazón.

—¿Vuestro corazón? ¿y por qué? preguntó cándidamente el sorprendido don Fadrique.

—Porque así se hubiera evitado un desaire.

Un rayo caído á sus pies no hubiera sorprendido tanto á los dos caballeros como aquellas palabras de la de Guzmán. Don Fadrique se puso pálido, y don Nuño lívido.

—¿Seríais capaz, hermana, repuso don Fadrique trémulo de ira, seríais capaz de no obedecer mi mandato?

Doña Beatriz levantó hacia el conde unos ojos en que se pintaba toda la fiereza de raza.

—Los Guzmanes, dijo, no obedecen jamás ningún mandato.

—¡Hermana!

—Evitemos inútiles discusiones, dijo Beatriz con una serenidad y altivez que sólo podían pertenecer á ella; únicamente será mi esposo el que me dé cumplidas muestras de valor y de heroísmo. Si don Nuño pretende mi mano, es menester que la conquiste, que la gane en la liza de la gloria y la caballería. ¿Veis esta banda que bordando estoy? Es para adornar con ella el pecho del valiente que en el próximo torneo venza á Mice Roberto, señor de Balse y á sus veinte caballeros alemanes venidos todos para lidiar con los castellanos. Castigue don Nuño la osadía de unos extranjeros que vienen á

Digitized by Google

medir sus armas con las de nuestros caballeros, hágales morder el polvo del palenque, humille su arrogancia, haga triunfar mis colores y la bizarría castellana, y entonces Beatriz de Guzmán será el premio del vencedor.

Las palabras de la noble hija de los Guzmanes no tenían réplica. Era muy común en aquel tiempo ver á una dama, antes de comprometer su mano y su suerte, exigir de su adorador una prueba leal, la prueba de la lucha y del palenque. Don Fadrique, reprimiendo mal su ira, tuvo que aceptar, y don Nuño, sonriendo con desdén y con orgullo, murmuró un necio y jactancioso cumplimiento.

Era Torre la Selva un hombre que se había formado de sí propio una alta idea de sus prendas personales, y su vanidad le llevaba á creer que no hallaría en el campo resistencia posible, pues no la había, según él, para su valor y arrojo.

III

El torneo.

Nada más cierto que lo que había indicado la hija de los Guzmanes. Segovia había visto llegar á veinte caballeros llevando á su cabeza al famoso alemán, Mice Roberto, señor de Balse, que en busca de aventuras habían venido á Castilla, deseosos de medir sus armas con los hidalgos castellanos.

Mice Roberto, conocido por cien hazañas que habían hecho su nombre famoso en todos los paises, envió heraldos á todas las poblaciones y cas-

Digitized by Google

tillos para hacer saber que, amigo ó enemigo, cualesquiera, con tal que fuese caballero, podía presentarse á romper en honor de su dama una lanza en el torneo de Segovia.

Ya se comprenderá que semejante invitación debió de agitar y poner en movimiento á toda la caballería. Era un asunto de amor propio y de honor nacional. Los campeones más renombrados de la época, los hidalgos de más prez, los caballeros más aguerridos y más célebres de las justas, todos acudieron presurosos á Segovia, y á medida que llegaban iban á hacerse inscribir en casa los jueces del campo, á quienes revelaban su nombre ó el anónimo que pretendían usar.

La flor de la caballería se había dado cita en Segovia para la justa, y en verdad que Mice Roberto y sus veinte caballeros iban á conquistar gran fama de buenos lidiadores si salían con bien del paso de armas donde se aprestaba á luchar con ellos lo más escogido de la caballería castellana, que era una de las caballerías más reputadas del mundo.

Cada día veía llegar Segovia á su recinto numerosas bandadas de gentes atraídas por el torneo; ya eran damas de elevada distinción que llegaban seguidas de su lujosa comitiva de pajes, montadas en airosos palafrenes, su corona de nobleza en la frente y su caparazonado halcón en el puño; ya eran trovadores que acudían con su modesta lira á la espalda, su cigarra de oro pendiente de la gorra provenzal, bordada en el pecho la violeta de oro ganada en los juegos florales de Tolosa ó Barcelona, y prontos y dispuestos á cantar las proezas y bizarrías del vencedor de la justa; ya eran gentes de todas clases y condiciones que se presentaban para aplaudir y loar á los más valientes; ya en fin, los mismos caballeros que pensaban tomar parte en la justa y que aparecían seguidos de su

Digitized by Google

acompañamiento, armados de todas armas, luciendo al sol sus pulidas armaduras, ostentando sus célebres ó misteriosas divisas, y tremolando sobre sus bruñidas cimeras los penachos y plumas con los colores de sus damas.

Hidalgos y plebeyos, nobles y villanos, todos querían presenciar la liza del honor y la galantería.

Lució por fin la apetecida aurora, y al són de las trompetas que anunciaban el marcial empleo de la jornada, la muchedumbre empezó á esparcirse por el campo, afueras de Segovia, donde se había levantado el palenque. Ocupaba éste una vasta extensión de terreno cuadrilongo y cerrado con empalizadas, á cuyo rededor corría una inmensa gradería ocupada en su mitad por una cómoda y vasta galería en que debían tomar asiento las damas y los nobles.

En la parte occidental del palenque, en el centro, se elevaba una especie de palco sobre el cual flotaban tres banderas con los colores y armas de Castilla. Era el sitio destinado al príncipe don Enrique y á su distinguido acompañamiento. Tanto en las galerías como en el palco, las gradas, las paredes, las columnas, todo desaparecía bajo vistosos tapices, bajo magníficos terciopelos recamados de plata, ó tras de espléndidos cortinajes de que colgaban ricas borlas y bellotas de oro, formando todo notable contraste con la gradería destinada al pueblo y que ostentaba sólo sus desnudos y duros asientos, sus toscas paredes sin más adorno que la piedra ó la madera.

A los pies del palco regio se veía el solio que debía ocupar doña Beatriz de Guzmán, *la bella de las bellas,* elegida por don Enrique en nombre de los caballeros castellanos y por Mice Roberto en nombre de los caballeros manténedores, para reina del amor y la hermosura. Era un rico solio de marfil asentado sobre cuatro leones dorados y al

Digitized by Google

cual conducían varios escaños cubiertos con muelles tapices de púrpura con franjas de plata. Hallábase este trono envuelto como por una nube, con una multitud de sedas, lienzos y banderolas que ostentaban sus caprichosas combinaciones de colores, dominadas todas por el blanco y el carmesí que eran, como ya se sabe, los favoritos de la hermosa hija de los Guzmanes.

En cuanto al palenque, no presentaba particularidad alguna. Ya hemos dicho que era un vasto cuadrilongo: en sus dos extremos se veían las puertas que debían dar paso una á los campeones y otra á los mantenedores. En el centro oriental, frente al solio de Beatriz y al palco de don Enrique se alzaban, sobre una plataforma bastante elevada para que pudieran dominar la liza, tres lujosas tiendas de campaña de terciopelo violeta, coronadas como por un penacho, por banderas con las armas de los caballeros mantenedores. Eran las tiendas de los nobles alemanes que debían sostener la lid contra cuantos se presentasen á combatirles.

A entrambos lados de la puerta de cada tienda dos picas clavadas en el suelo sostenían la una el escudo de paz y la otra la tarja de guerra del mantenedor; y según que los campeones competidores herían el uno ó la otra, demandaban la simple justa ó el sangriento combate.

Brillaba en todo su esplendor el sol del mediodía cuando las veinticuatro trompetas anunciaron con su marcial concierto, que el príncipe don Enrique salía de Segovia. En efecto, no tardó en aparecer la lujosa comitiva del heredero del trono, llevándole á él al frente, ginete en soberbio tordo, cuyas trenzas doradas barrían el suelo y cuya rica gualdrapa deslumbraba á fuerza de oro y pedrerías. Precedíanle más de ochenta corceles equipados para la justa y montados por escuderos de ho-

Digitized by Google

nor que llevaban estandartes con las armas de sus dueños; seguíanle, cabalgando en ataviados palafrenes, las damas con sus bellos prendidos y sus costosos trajes, nobles con sus vestidos de gala ó sus lucientes armaduras si eran de los que querían tomar parte en el torneo. Finalmente, cerraba la comitiva una multitud de pajes y escuderos, tras los cuales iba la tropa de armados que debía guardar la puerta del palenque y distribuirse en las graderías para mantener el orden entre los espectadores.

Sólo se hallaba á faltar en la lujosa comitiva, á un personaje, al noble don Juan Pacheco, marqués de Villena, el galán y ambicioso privado de don Enrique. Creían todos que si faltaba en aquel solemne festejo del lado de su señor, era por haberse confundido entre los competidores que debían disputar el premio á los alemanes, y no les pesaba por cierto al pueblo ni á la nobleza tener con esta ocasión una prueba del valor del marqués, al cual colocaba la fama en primera línea de los primeros caballeros de Castilla. Sin embargo, desvanecióse esta lisonjera ilusión, cuando circuló y se supo la nueva de que el privado de don Enrique se hallaba retenido en su palacio por una grave indisposición que hasta amenazaba privarle de asistir como simple espectador á las justas de los tres días.

Estrepitosas aclamaciones del pueblo que tenía desde hace tiempo ocupado el sitio que se le había reservado en el palenque, saludaron la llegada de la noble sociedad que fué á colocarse en las galerías, mientras que, circuida de sus damas, subió Beatriz de Guzmán, soberbiamente ataviada, deslumbrante de gracia y de hermosura, los escaños que guiaban al solio para ella destinado y hasta el cual la acompañó la mano galante del príncipe don Enrique, el primer observador en su reino de las leyes de caballería.

Digitized by Google

Cuando la hermosa reina del torneo hubo tomado asiento, golpearon los caballeros en sus escudos, sonaron su guerrera marcha las músicas militares, y hubo un momento de animación y bullicio como sólo pueden ofrecerlo tantos miles de espectadores animados por la zozobra, el deseo y la impaciencia.

El agudo són de los clarines puso fin á la algazara dando la primera señal. Todos se acomodaron en su asiento y esperaron.

Presentáronse los primeros en la arena los jueces del campo y después los heraldos encargados de publicar las reglas del torneo y condiciones del combate.

No se separaban en nada de las que tenían por costumbre.

Las justas debían durar tres días, siendo caballeros mantenedores, el primero los barones de Brunswick, de Zitlirmen y de Aubrik, el segundo los caballeros de Ofrechans, Berk y el conde Baironforche, y el tercero los condes Gualtero de Vindeck, Rodolfo de Eretein y Roberto, señor de Balse. Estos tres últimos eran los más famosos y los de mayor reputación entre los caballeros alemanes.

Los mantenedores aceptaban el combate de cuantos se presentasen á retarles.

El que intentase medir sus armas con alguno de ellos, debía herir él mismo con su lanza ó uno de sus escuderos con una varita, cualquiera de los escudos colocados en la puerta de la tienda del que retar quería. Si era herido el escudo de paz, el combate debía ser con armas embotadas y corteses; si el de guerra, con armas de punta y á odo trance.

Cuando un caballero hubiese sido arrojado del arzón al suelo, debía declararse rendido si no podía levantarse sin ayuda de los escuderos.

Digitized by Google

Lo propio cuando en el combate con espada ó hacha, uno de los dos campeones retrocedía ante el otro hasta tocar la barrera con la grupa de su caballo.

Si la lucha entre dos caballeros llegaba á ser tan reñida y encarnizada que amenazara ser mortal, podían los jueces de campo adelantarse, cruzar las lanzas entre los dos campeones y dar por terminado el combate.

Inmediatamente después de haber los heraldos desocupado la arena, el agudo són de los clarines rasgó el aire, abrióse la puerta y tres caballeros armados de todas las armas aparecieron en la liza, quienes después de haber saludado con gallardía al príncipe y á doña Beatriz de Guzmán, dirigiéronse con gentil desenvoltura á las tiendas é hirieron los escudos de paz de los tres mantenedores. Eran los condes de Linares, Mendoza y Luna.

Fueron en seguida á colocarse en su puesto, no tardando mucho los señores de Brunswick, Zitlirmen y Aubrik en presentarse á ocupar los suyos.

Dada la señal, arrancaron de una y otra parte los combatientes con inusitada furia, yendo á encontrarse en medio del palenque.

Cuatro de los competidores rompieron sus lanzas, y el de Zitlirmen perdió los estribos á la terrible lanzada de su contrario el de Mendoza. Sólo los de Brunswick y Linares conservaron sus lanzas que se habían mutuamente deslizado en el pulido acero, pasando en seguida de largo arrastrados por la carrera.

No nos entretendremos en describir minuciosamente las justas de aquel día, que fueron todas de honor y cortesía. Cuantos combatientes tomaron parte en ellas dieron grandes muestras de fuerza valor y habilidad. Rompiéronse algunas lanzas y el honor de la jornada quedó indeciso. Todos mantenedores y antagonistas, justaron con igual

Digitized by Google

suerte, con igual valor, acreedores á igual premio. Hubiera, pues, sido altamente difícil señalar quiénes, de los castellanos ó alemanes, eran merecedores del lauro.

No así el segundo día.

Con mayor ó menor suerte habían ya luchado con los mantenedores varios caballeros, cuando se presentaron en la arena tres competidores que fueron atrevidamente ó herir las tarjas de guerra.

Estrepitosos aplausos estallaron en el palenque saludando á los primeros que iban á cambiar la comedia en drama. Ondearon las banderas y las cintas, y el pueblo en particular, celebró con gritos entusiastas, con aclamaciones unánimes y repetidas la aparición de los primeros campeones que se presentaban dispuestos á la guerra. Y es que ya, en efecto, empezaban á cansarse los espectadores de asistir sólo á un simple juego.

Fáciles eran de reconocer los nuevos caballeros por sus escudos ornados de sus armas. Eran Guillén de Entenza, caballero catalán muy nombrado en los anales del valor, y el conde Benavente y Rodrigo Pizarro, famosos nobles castellanos que tenían acreditada su bizarría en los palenques y batallas.

Como si conocieran el valor á toda prueba de sus antagonistas, los mantenedores cambiaron de caballo, y aunque seguros de sus escuderos, examinaron detenidamente sus armas antes de salir al combate.

Al primer encuentro, el conde Baironforche rodó por el suelo derribado por el de Benavente, y tuvo que ser retirado del palenque en brazos de sus escuderos.

Los demás competidores se habían cruzado con igual suerte, y armados de nuevas lanzas, volvieron á precipitarse unos contra otros. Lidiaba el de Ofrechans con el de Entenza, y el de Berk con

Digitized by Google

Pizarro. Los dos primeros rompieron sus lanzas en el broquel contrario sin victoria por ninguna parte. En cuanto á los otros, habiéndose encabritado en el momento del choque el corcel de Pizarro y rótose la cincha del caballo de Berk, ambos ginetes habían rodado por la arena. Inmediatamente, con una celeridad increíble, el alemán se puso en pie y sacando la espada se adelantó hacia Pizarro, que penosamente se había puesto de rodillas ayudado de su mano derecha. Era que con la violencia de la caída se había roto el brazo izquierdo. Los jueces del campo acudieron, y cruzando sus lanzas proclamaron vencedor al caballero de Berk.

Dos combatientes quedaban, y en ellos se concentró poderosamente su atención. Blanco de todas las miradas, los dos campeones se disponían á disputarse encarnizadamente el honor de los aplausos que debían llover como un torrente sobre la frente del vencedor.

Empuñando nuevas lanzas, fija la vista en el punto que querían herir, inmóviles como estatuas de hierro sobre sus caparazonados caballos, entambos antagonistas esperaban la señal. Dada ésta, se precipitaron con toda la rapidez de sus corceles. La lanza de Ofrechans dió en el escudo de Entenza, con tal fuerza que le hizo bambolear un momento sobre la silla. En cuanto al esforzado catalán, había dirigido la suya contra la visera de su contrario, pero habiéndole faltado la abertura, el acero resbaló sobre el acero sin causar ningún daño.

Como de común acuerdo, entrambos arrojaron entonces sus lanzas, desnudaron sus espadas, y avanzando uno contra otro, empezó un nuevo género de combate, más terrible si cabe. Los aceros descargaban horribles golpes haciendo brotar millares de chispas de sus hojas. Entenza era temi-

Digitized by Google

ble en el manejo de la espada, y pocos había que pudieran resistirle; pero su contrario, aunque algo inferior, paraba con mano segura los golpes, y con mirada certera aprovechaba los instantes de ataque. Los dos combatientes parecían haber tomado por punto de vista el casco. Las ondeantes plumas blancas de Entenza habían caído una tras de otra, y un tajo de su espada había cortado como un hilo el negro penacho de Ofrechans.

No hay palabras para explicar el silencio y zozobrante curiosidad con que todos los espectadores seguían la reñida lucha, en la que hubo un momento en que el alemán pareció llevarse la ventaja, hasta el extremo de palidecer todos los que se interesaban por la suerte del bravo Entenza. Sin embargo, pronto hubo éste recobrado el terreno perdido, y queriendo acabar de una vez, empuñó con ambas manos la espada, y antes que la punta de la de su adversario le hubiese tocado, descargó tan terrible golpe sobre su yelmo que, hundiéndose éste como si fuera de cuero, abrió paso á la espada que llegó con su acerado filo hasta la cabeza.

En el acto mismo, Ofrechans extendió los brazos, soltó el acero, agitó en sus manos el vacío y, después de haberse bamboleado un momento, cayó del caballo. La herida era grave.

El entusiasmo del público llegó entonces á su colmo y poco se le faltó á Entenza para ser llevado en triunfo.

Así terminaron las justas del segundo día, y todos se retiraron á esperar la nueva aurora que debía presenciar la lucha decisiva, la más encarnizada, la más terrible, á juzgar por el nombre famoso en la caballería de los tres mantenedores y de los varios nobles que se habían hecho inscribir para combatirles.

Aquella noche, para festejar dignamente á los

Digitized by Google

extranjeros, don Enrique dió una diversión en el alcázar, y vióse agrupar en sus estancias y salones cuanto notable guardaba entonces Segovia en nobleza, hidalguía, reputación y belleza.

Presentaba un brillante golpe de vista toda aquella reunión de damas y caballeros, y bulliciosamente recorría las estancias tan lujosa multitud, ellas con sus cabellos cubiertos por la redecilla de seda y oro y la caperuza que caía ondulante á lo largo de sus sienes, sus delgados trajes de grandes flores y dibujos, su cinturón, del que pendían el alfiletero, la escarcela y el cuchillito con mango de oro y piedras preciosas y sus guantes manoplas perfumados con violeta; ellos con sus vestidos de seda bordados, sus bandas de colores, sus espadas de gala, y sus finísimas y labradas dagas de rico puño guardadas en vainas de terciopelo y oro suspendidas del gracioso cinturón.

Los nobles extranjeros á quienes se concedía tan regia hospitalidad y para quienes se celebraba la fiesta, recorrían á su vez las lujosas salas donde la flor de las damas y caballería de Castilla se entregaba á la galantería y al placer de la danza con todo el abandono y entusiasmo de la juventud y de la dicha.

En una habitación se formaban grupos en torno de los juglares, músicos y trovadores que concurrían para animar el festejo; en otra se discutía y hablaba sobre las hazañas del día, sobre las peripecias del torneo, y salían con elogios de todas las bocas los nombres de Entenza, Benavente y Berk: allí un grupo departía de amores y galanteos; más allá otro auguraba para el siguiente día los más famosos hechos de armas; á un lado una solitaria pareja buscaba el alféizar de una ventana para entregarse sin estorbos á su lánguido diálogo y respirar la brisa cálida de la noche; al otro lado un joven doncel de rubia guedeja y ojos melancólic

Digitized by Google

se mezclaba sonriendo en el laberinto de figuras que formaba la danza, sólo para poder aspirar á sus anchas y embriagarse de delicia con el acre y voluptuoso perfume que flotaba, entre la tibia atmósfera, al rededor de la dama de sus pensamientos.

Donde se presentaba el grupo más compacto y más animado que en parte alguna, era en torno del príncipe don Enrique, con el cual estaban hablando familiarmente los señores de Vindeck, de Eretein y de Balse, mantenedores del torneo en el último día, como ya se sabe.

Mice Roberto hacía justicia al valor de los caballeros que habían tomado parte en la justa, y aunque deplorando las heridas de los vencidos, celebraba y encomiaba el esfuerzo y gallardía de los vencedores.

—Pero todo esto ha sido un juego hasta ahora, decíale el príncipe don Enrique; mañana veréis, mañana es el gran día. Las mejores lanzas de Castilla se han reservado para lidiar con vos y vuestros dos amigos. Mucho tendréis que hacer para salir airoso.

—Haré todo lo que me permita mi corazón y mi brazo, dijo modestamente el de Balse, y si sucumbo, me cabrá al menos la gloria de haber sido vencido por una lanza castellana.

Esta galantería de Mice Roberto arrancó un lisonjero murmullo de aprobación, y varias manos se tendieron para estrechar con efusión la suya.

—Guardaos sobre todo, añadió don Enrique, del caballero del capuz colorado. Si le vencéis á él, podéis estar seguro de vencerles á todos.

—¡El caballero del capuz colorado! dijo Mice Roberto. ¿Y quién es?

—Un aventurero del que nadie sabe el nombre, pero al cual ciertas aventuras y hazañas han dado una nombradía de valor y pujanza, una populari-

Digitized by Google

dad tan grande, como no la disfruta en el día ni la ha disfrutado tampoco jamás ningún caballero.

—¿Y asistirá al torneo? preguntó entonces Gualtero de Vindeck, que erguía en medio de todos su corpulenta y agigantada estatura.

—Imagínomelo así, contestó don Enrique. Al menos, esta tarde he dado orden al pregonero real para que en varios puntos de la ciudad proclamara que el llamado caballero del capuz colorado era invitado á tomar parte en la justa del último día por el príncipe, quien vería con singular placer al desconocido en la arena del combate responder con una nueva prueba de valor á la fama que celebra su pujanza.

—Muy famoso debe ser en efecto, dijo Mice Roberto, cuando alcanza el singular honor de que un príncipe le invite públicamente.

—Es tan valiente, dijo uno de los nobles, que ninguno como él ha merecido ocupar tanto la conversación de las damas y ser el asunto de los cantos de nuestros trovadores.

—Pesaríame en verdad que hiciera falta, repuso el señor de Balse. Deseoso estoy de medir mis armas con las suyas.

—Y nosotros también, añadieron los de Vindeck y de Eretein.

—Confío que no hará falta, porque si hemos de dar crédito á lo que de él publican las trompetas de la fama, no es hombre para faltar á una cita de esta clase.

—¡Conque el del capuz colorado! repitió el de Balse, á quien le había chocado el nombre.

—El del capuz colorado, sí, repitió don Enrique.

—Me tarda ya la hora de lidiar con él.

—Y si le vencéis, señor de Balse, exclamó el príncipe, bien podéis decir que habéis vencido á un verdadero demonio.

Aquí concluyó la conversación, y no tardó tam-

Digitized by Google

poco en concluir la fiesta, que damas y caballeros todos necesitaban un poco de sueño y de reposo para estar prontos á las fatigas y emociones de la próxima jornada.

IV

El tercer día.

Amaneció el nuevo día y amaneció iluminando, llenas ya de gente, las graderías del palenque destinadas al pueblo. Tal era el entusiasmo y afán con que era esperada la tercera jornada; tales las proezas, aventuras y dramáticos episodios que generalmente se creía debían tener lugar; tal en fin la curiosidad excitada y el interés despertado por el pregón de don Enrique, invitando á tomar parte en la justa al del capuz colorado, el caballero popular, que una gran mayoría de pueblo pasó la noche en el palenque para no perder un sitio que pudiera ser usurpado por otros más felices.

Hé ahí por qué cuando aparecieron los primeros rayos del sol estaban ya cuajadas de gente las graderías. Nunca se había visto concurrencia igual ni multitud más entusiasta.

Y no se crea que fuese el pueblo solo. La misma impaciencia, el mismo anhelo reinaba entre la clase noble.

La curiosidad estaba excitada hasta el último grado por la nombradía que en el suelo castellano había precedido á Roberto de Balse, á Gualter de Vindeck y á Rodolfo de Eretein, por la fama de los varios caballeros que se habían hecho inscribir para

Digitized by Google

lidiar con ellos, y con la nueva, sobre todo, generalmente esparcida de que el misterioso caballero del capuz colorado tomaría parte en el torneo.

El príncipe estaba en su palco, la sin par Beatriz en su solio, la corte acomodada en las tapizadas galerías, y eran no más que las once de la mañana, cuando el són provocador y chillón de los clarines de los mantenedores lanzó á los aires su osado desafío, haciendo palpitar y estremecer de esperanza y temor los corazones todos.

Respondieron con no menos arrogancia los clarines de la puerta, y tres caballeros se lanzaron á la arena yendo á herir, después de varias habilidades de equitación que les valieron muchos aplausos, los escudos de paz de los mantenedores.

Eran los castellanos de Lara, de Pimentel y de Sanabria.

Apenas se habían colocado en sus puestos, cuando bajaron rápidos á ocupar el suyo los mantenedores, que fueron pródigamente aplaudidos de la multitud por la gentileza y esplendor con que se presentaron armados, así como por su marcial y guerrero desembarazo.

En efecto, se hacían notar por sus agigantadas estaturas que parecían llevar el hierro con la misma ligereza que la paja, y montaban soberbios brutos que ocultaban su buena planta y su orgullosa estampa bajo ricos y lujosos paramentos en que brillaban sobre campos de gules y de plata las armas temidas de sus dueños.

Mice Roberto en particular descollaba entre todos por su talla y armadura. Era ésta azul, llena de caprichosos dibujos y perfiles de oro, con el peto y espaldar cuajado de piedras preciosas que rodeaban las cifras entrelazadas de su nombre y señorío vistosamente dibujadas con oro y piedras. Llevaba por cimera en el casco una paloma con las alas desplegadas, un ramo de esmeraldas en la

Digitized by Google

boca figurando una rama de oliva, y elevándose de enmedio de un grupo de tiernas palomitas que levantaban hacia ella sus cariñosos picos. Cada uno de estos picos sostenía á su vez una haz de ondeantes plumas que juntas formaban el más gracioso aspecto y que eran blancas y carmesíes, colores favoritos de doña Beatriz de Guzmán. Era un galante obsequio del señor de Balse á la reina del torneo, y fuéle agradecida esta galantería con una sonrisa de la bella de las bellas, que bien merecía una proeza, y un aplauso unánime del pueblo y de las galerías que bien reclamaba una hazaña.

Embrazaba, sirviéndole de escudo, una airosa adarga en que el sol resplandecía en medio del horizonte con todos sus rayos, como si de concentrar tratara todo su ardor y fuego sobre un águila que rasgando orgullosa los aires, se elevaba hacia el astro del día con este mote: *Hasta alcanzarlo.*

No menos arrogante se presentó Rodolfo de Eretein. Su armadura era del mayor coste y riqueza, y tremolaban en el alto crestón de su celada pomposos plumeros de colores varios. Su escudo era tan luciente y bruñido que parecía de plata. En él se veía á un guerrero armado de punta en blanco teniendo el pie levantado sobre una corona real y debajo un mote que decía: *Soy quien soy y no la piso.* Aludía esta orgullosa divisa á lo que se contaba de uno de sus antepasados, que habiendo hecho prisionero á su rey contra el cual se había alzado en demanda de unos derechos, le dió la libertad sin pedirle ya nada, contentándose con la gloria de haberle vencido.

Gualtero de Vindeck era el que se diferenciaba completamente de los otros. Nada más sencillo ni al mismo tiempo tan severo como su armadura negra sin adornos de ninguna clase, y ostentando rota en su casco la corona de conde, de entre la cual brotaba, cimbrándose como una esbelta palma,

Digitized by Google

una sola pluma, negra también, como la misma armadura. El emblema de su escudo era misterioso é ininteligible, al menos para la sociedad que asistía á la justa. Tendría sin duda extraña conexión con la vida privada del palatino. Figuraba un cielo borrascoso sobre un vasto arsenal en medio del que, sola, aislada, sin otra humana huella de vegetación, crecía una pobre violeta que doblegaba su entreabierta corola el soplo del huracán. Por lo demás, ni un mote, ni un letrero, ni la menor explicación.

Tales se ofrecieron á los espectadores los que se presentaban para mantener el honor de la jornada.

Su combate con los señores de Lara, Pimentel y Sanabria fué más bien que una verdadera justa, una lucha de honor y de cortesía. Todos dieron pruebas de su habilidad en la equitación y en el manejo de las armas, pero los castellanos tuvieron que confesarse vencidos.

Y es que, en efecto, la reputación de los mantenedores era digna de sus hechos. Su fuerza era extraordinaria, su golpe de lanza irresistible casi, su valor á prueba. Pocas veces ó ninguna había visto Segovia tres hombres más completos, más arrogantes, más esforzados, más dignos por todos estilos de llevar las armas y calzar la espuela de oro.

Aunque un poco á despecho por ver lastimado su amor nacional, sin embargo, el público tuvo que hacerles justicia y hubo de aplaudirles con entusiasmo y hasta con frenesí por la maravillosa pujanza y admirable bizarría de que dieron honrosísima muestra.

Eran en la arena tres rayos, tres leones. No había modo de atacarlos con ventaja, no había medio de vencerlos ni de hacerles siquiera bambolear en la silla, á la cual parecían clavados como estacas de hierro.

Varios caballeros, de las primeras lanzas de Cas-

Digitized by Google

tilla, se presentaron á reemplazar á los primeros competidores; pero sea que realmente tuviesen más destreza y bravura, sea que sus antagonistas se presentaron desalentados, lo cierto es que en cuantos encuentros hubo lleváronse los mantenedores la palma y lo mejor de la contienda. Era en vano que el pueblo animase con gritos y aclamaciones á los castellanos; era en vano que las damas les incitaran saludándoles con sus bandas y pañuelos; era también en vano que el rostro del príncipe don Enrique y de los que le rodeaban ostentasen las huellas de una profunda tristeza al ver que tan mal parado iba á quedar el orgullo nacional; sí, era en vano todo. Los mantenedores eran invencibles, habían visto á sus pies la flor de la caballería castellana, y no pocos antagonistas se habían visto muy rudamente tratados y hasta hubo de retirarse alguno moribundo y dejando huellas en el palenque de su sangre.

Pruebas tales de valor y bizarría arredraron á muchos de los que se habían propuesto entrar en lid. Largo rato hacía ya que ningún campeón se presentaba en la arena, cuando al segundo toque de los clarines de los mantenedores, otro toque, pero de un solo clarín, respondió desde la puerta. Todos los ojos se volvieron hacia ella, algunos abrigando la secreta esperanza de ver aparecer al del capuz colorado.

Un caballero se presentó en efecto, pero no era ningún desconocido. En su arrogancia, en su jactanciosa postura, en sus orgullosos movimientos, en su aire verdaderamente fanfarrón, reconocieron todos, mejor que en las armas con que estaba decorado su escudo, á don Nuño de Torre la Selva.

Aplaudió el pueblo la aparición de don Nuño, porque no era á sus ojos más que un nuevo paladín que iba á combatir por el honor nacional; pero las galerías permanecieron mudas á su aspecto y

Digitized by Google

hasta se notaron algunos movimientos de desagrado.

El rostro mismo de don Enrique retrató una visible señal de disgusto. En efecto, ¡pobre Castilla si no se presentaba á luchar por ella otro mejor campeón que don Nuño! El de Torre la Selva era un hombre generalmente aborrecido por su vanidad insulsa y por su fatuo orgullo, y todos sabían poco más ó menos cuántos quilates de valor podía tener su lanza.

Desde el instante en que apareció en el palenque se le juzgó perdido y, por lo mismo, antes de principiar ya había perdido su encuentro todo el interés.

Empero, don Nuño, que no tenía formado de sí propio semejante concepto, sino que estaba por el contrario plena y satisfactoriamente convencido de que suyo iba á ser el honor de la jornada, adelantóse con su presunción natural, saludó á don Enrique y á doña Beatriz, y dió con desdén y arrogancia una vuelta por el palenque, en tanto que su escudero subía á la plataforma é iba á herir con una varita el escudo de guerra del señor de Eretein.

Mientras que el conde Rodolfo se hacía traer un caballo de refresco y una nueva lanza, quiso tender la vista por el palenque y examinar quién podía ser el que le hacía el honor de elegirle á él en preferencia por adversario; pero bastóle una de aquellas miradas de hombre práctico en conocer á sus competidores, para adivinar que poco le costaría vencer al temerario que le retaba á singular combate.

Montó, pues, á caballo y bajó paso á paso, como si despreciara al enemigo que se le presentaba, hasta colocarse frente al sitio ocupado por don Nuño.

Pronunciaron los heraldos la fórmula de costumbre, y los dos paladines se arrojaron uno contra otro. No dejó el castellano de salir airoso en

Digitized by Google

este primer encuentro. La lanza del de Eretein había dado en el escudo, resbalándose en él, y la de don Nuño en el yelmo de su contrario, pero ambos habían pasado sin alcanzar ventaja.

Volvieron, pues, á sus puestos. En este segundo encuentro, el caballero mantenedor trató de asegurar el golpe. Apuntó en mitad del broquel de su adversario, pero variando rápidamente de dirección en el momento de ir á encontrarse, dióle tan terrible golpe en el yelmo, acertándole tan exactamente, que caballo y caballero fueron del bote á rodar buen trecho por la arena. En cuanto á la lanza de don Nuño, apenas había tocado al conde Rodolfo.

El público esperaba ver levantarse al caído, pero éste permanecía inmóvil. Adelantáronse entonces los jueces del campo, y vieron que el golpe de la lanza había sido tan fuerte, que las correas que sostenían el casco se habían roto, haciendo con ello chocar el yelmo contra el rostro del caballero, hasta el punto de hacerle salir sangre por las narices y la boca. Don Nuño, que permanecía atontado del golpe, fué retirado en brazos de sus escuderos.

De nuevo volvió á quedar el campo por los mantenedores, y el público todo empezó á dudar que se presentara ya nadie más á disputarles su triunfo. que parecía deber tocarles de derecho por su destreza, por su suerte y su pujanza. Hasta muchos habían ya perdido la esperanza de ver justar al del capuz colorado, no faltando quien llegó á añadir que este último, á pesar de su valor y fama, sufriría la suerte de sus demás compañeros si osaba presentarse.

¿Quién era, en efecto, el que había de poner coto las proezas de los mantenedores? ¿Quién era caz de arrancarles el laurel de la jornada?

El desaliento crecía de una manera extraordi-

Digitized by Google

naria é iba ganando terreno en todos los corazones al ver que dos toques provocadores del clarín habían sonado á las puertas de las tiendas, sin que ningún nuevo lidiador se lanzara al palenque.

Ultimamente, resonó el tercero y último toque de desafío, y entonces, como si brotara del centro de la tierra, el són agudo de otro clarín contestó desde la puerta de oriente admitiendo el reto. Al mismo instante se abrieron de par en par las puertas, y un caballero apareció en el umbral, á los gritos entusiastas de la multitud que veía por fin en él al campeón tan fervorosamente anhelado.

Era efectivamente el del capuz colorado.

Presentóse airosa y gallardamente, manejando con una soltura y gracia perfectas su caballo blanco. Iba cubierto con una armadura veneciana incrustada toda de ondas é hilos de oro formando extraños y caprichosos dibujos donde se reconocía el gusto oriental. Su casco liso y sin adornos ostentaba sólo un triunfante plumero de balanceadoras plumas blancas y carmesíes, tan airosas y largas que iban á besar sus hombros á cada uno de sus movimientos. Su escudo, al revés del que llevaba en el torneo donde había sellado con su valor la primera página de su nombradía, presentaba un cielo azul y despejado, sin la menor sombra de nube, con una plateada y radiante estrella que se elevaba en el extremo del horizonte. El mote decía: *Salud á mi estrella.* Por lo demás, llevaba puesto sobre su armadura el capuz colorado que le diera la bella de las bellas, cuyo nombre le había conservado la fama.

Entró en el palenque el desconocido caballero en medio del mayor entusiasmo, al són de las más estrepitosas aclamaciones, al ondear de las banda de colores con que desde las galerías se le saluda ba. Nunca la entrada de triunfador alguno en un liza ha sido más completa.

Digitized by Google

La misma Beatriz de Guzmán había sentido una viva emoción al presentarse el campeón, y olas del más puro color de rosa tiñeron sus nevadas mejillas.

Después de haber dado algunos pasos en la arena, quitóse el desconocido el capuz colorado y entrególo á su escudero. En seguida, manejando con una destreza suma el arrogante caballo cordobés, luciendo el esplendor de sus armas y gentileza de su persona, ostentando cruzada al pecho la banda que había ganado en la lid anterior, embellecido á los ojos del entusiasta concurso con todo el realce de la reputación más completa y de la popularidad mayor, el campeón misterioso se adelantó, y al llegar ante el solio de la reina de la belleza, y ante el palco de don Enrique, hizo postrar al caballo de rodillas, obligándole á doblar hasta el suelo la cabeza.

Semejante prueba de maestría en el arte de equitación fué premiada con una salva de nutridos aplausos por parte del público, un amistoso saludo por parte del príncipe, y la más hechicera de las sonrisas junto con la más lánguida de las miradas por parte de la seductora hija de los Guzmanes.

Luego que hubo dado esta muestra y saludado al mismo tiempo con la lanza y la cabeza, inclinando la punta de la una hasta tierra y doblegando la otra hasta el cuello de su caballo, hizo levantar á éste y le obligó á retroceder con destreza suma hasta cerca de la misma plataforma, donde volviéndose de pronto, y llegándose á la tienda de Gualtero de Vindeck, hirió atrevidamente su tarja de guerra. En seguida, bajó pausadamente á la liza, haciendo ejecutar á su caballo los más difíciles ejercicios de equitación.

El joven conde Gualtero salió sin demora de su tienda y fué á ponerse lanza en ristre frente de su

Digitized by Google

contrario, orgulloso por el honor que recibia de ser el primer retado por el famoso caballero.

Dieron la señal los heraldos, y los dos se arrojaron uno contra otro. Entrambas lanzas dieron en pleno escudo con un choque terrible; pero eran demasiado buenos ginetes para ser desmontados, lo cual indubitablemente hubiera sucedido con otros caballeros de menos pujanza y destreza.

La lanza del incógnito se había roto en dos pedazos, quedándole uno de ellos en la mano y habiendo obligado al corcel de su contrario á sentar las ancas en la arena, si bien fué sólo por un rápido momento, pues le levantó en el acto su ginete. En cuanto á la lanza del de Vindeck, demasiado fuerte para romperse, se había escapado de sus manos después de haber hecho bambolear al desconocido en su silla.

Ambos guerreros volvieron riendas entre los aplausos de la multitud, para correr nuevas lanzas, ya que las primeras ni al uno ni al otro habían dado ventaja.

Provistos de otras armas, de nuevo al oír la señal se arrojaron furiosos y se encontraron en medio del palenque. Esta vez el del capuz colorado había escogido por blanco la visera, y el conde de Vindeck el broquel, hiriendo los dos con tan buena suerte, que el casco de Gualtero le fué arrancado de la cabeza y que el incógnito perdió completamente los estribos, sosteniéndose sólo á caballo por un milagro de equitación.

Tomó Gualtero otro casco y otra lanza, y fué á ocupar tercera vez su sitio respectivo. El de Vindeck conservó el mismo blanco; el incógnito se dirigió al yelmo.

Por rápida que fuera la señal, ya estaban los do corriendo cuando se oyó. La lanza de Gualtero ha bía herido con tanta fuerza al caballero, que se rompió por el extremo, á cuatro ó cinco dedos de

Digitized by Google

hierro, quedándole éste hundido en la armadura; doña Beatriz se puso pálida creyéndole herido, don Enrique se inclinó sobre el palco, y el público entero se levantó por impulso espontáneo. Comprendió el incógnito que él era la causa de todo aquel interés y, para demostrar que no estaba herido, se arrancó el hierro que había en efecto traspasado la armadura, pero deteniéndose en el gorjal de malla interior. Por lo demás, su lanza había acertado tan de medio á medio el yelmo de Gualtero y había sido el golpe tan violento, que el caballo levantó sus pies delanteros, y rompiéndose la cincha, envió al ginete á rodar por el polvo.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo en pie y desnudó su espada. El del capuz colorado se apresuró entonces á desmontar, y le recibió con el acero en la mano. Trabóse un combate terrible, y tanto más interesante cuanto que ambos mostraban una habilidad superior en el manejo del arma que empuñaban. Largo rato duró sin ventaja particular por uno ni otro de los combatientes, hasta que cansado el de Windeck de no concluir nunca, empuñó la espada con ambas manos, y descargó un fuerte golpe sobre el yelmo de su adversario. Tan violento fué y tanta resistencia halló, que la espada voló rota en pedazos y sólo el puño le quedó en la mano.

Las leyes del torneo permitían al desconocido valerse de aquel accidente, aprovecharse de aquella ocasión, pero con una caballerosidad que hizo sensación en todo el público y que conmovió más que á nadie al mismo Windeck, el cual había completamente quedado á merced suya, se hizo un paso atras, y bajó el acero, cuya punta amenazaba el enemigo pecho.

Gualtero alargó la mano para recibir otra espada, que acudía á ofrecerle su escudero, pero antes el incógnito le presentó la suya, por el puño, di-

Digitized by Google

ciéndole con aquella voz dulce y cortés que ya le conocemos:

—Tomad la mía, caballero. Es una hoja toledana, y el nombre de su autor responde de su temple, aceptadla en memoria mía y como un recuerdo de antagonista tributado al valor de su contrario.

Gualtero vaciló un breve instante, pero admitiéndola al cabo,

—La acepto, dijo, pero á Dios no plegue que la espada que tan leal y valientemente os ha servido, se torne contra vos. Me confieso vencido, tanto por vuestro valor, como por vuestra cortesía.

E inclinó la punta de su espada, saludando al del capuz colorado. Los dos caballeros se abrazaron entonces; y una lluvia de aplausos cayó sobre ellos, confundiendo el público en sus mismos elogios al vencido y al vencedor.

El conde se retiró á su tienda, y el incógnito, después de haber embrazado otra lanza y tomado otra espada, fué á golpear la tarja de guerra de Rodolfo de Eretein.

Salió éste, orgulloso con sus victorias precedentes y reputándose invencible, ya que había hecho morder el polvo á no pocas de las mejores lanzas de Castilla. A pesar de la auréola de nombradía con que se le presentaba rodeado el desconocido, creyó fácilmente que su suerte sería la de los demás combatientes que con él habían medido sus armas, y paso á paso, y con cierta desdeñosa indiferencia, fué á colocarse en el sitio designado. Lanza en ristre le aguardaba su adversario.

Llegado el instante, los dos se arrojaron con tal ímpetu que chocaron en medio de la gloriosa arena como dos mazas que se encuentran en su precipitada carrera y que una á otra se rechazan.

Esto sucedió en efecto; la violencia del golp fué tal, que los caballos se quedaron clavados plegados sobre sus jarretes. Por lo que toca á su

Digitized by Google

caballeros, el de Eretein se dobló hacia atrás hasta la grupa del corcel, como un árbol que se inclina, y el incógnito perdió un estribo, aunque volvió á recogerlo tan pronto que nadie apenas tuvo tiempo de advertirlo. Las lanzas se habían hecho pedazos.

Presentáronles otras los escuderos y dispusiéronse á la segunda justa. Inmóviles se quedaron en su sitio frente á frente aguardando la señal. Esta se dejó oír, pero sólo uno de los caballeros partió: el del capuz colorado.

En cuanto al de Eretein, permanecía en la misma inmovilidad, apoyada la mano derecha en la lanza que descansaba en el suelo. El desconocido se detuvo en mitad de su carrera, admirado ante aquella extrañeza, y entonces fué cuando se vió á Rodolfo bambolear, soltar la lanza, extender los brazos y caer del caballo como un roble en la montaña bajo el hacha del leñador. Inmediatamente acudieron los jueces del campo, y entonces advirtieron por la sangre de su coraza que debía estar gravemente herido. Nada más cierto: la lanza terrible del competidor, después de haber atravesado el broquel, había ido á hundirse bajo el espaldar. Fué retirado del campo en brazos de sus escuderos, y las trompetas proclamaron segunda vez vencedor al del capuz colorado.

Este saludó entonces á toda aquella multitud que le aclamaba, y dirigiéndose de nuevo á la plataforma, golpeó, poniendo toda la cortesía posible en su reto, la tarja guerrera del señor de Balse.

El retado mantenedor dió un salto desde el interior hasta la puerta de su tienda.

—Gracias, desconocido caballero, le dijo, por hacerme el honor de medir vuestras armas con las mías; que quien ha vencido á las dos mejores lanzas de Alemania, debe ser muy grande y muy noble caballero.

Digitized by Google

El del capuz colorado se contentó con inclinar su lanza en cortés saludo, y su cabeza en señal de galantería. En seguida tornó á la liza, donde no tardó en ir á encontrarle Mice Roberto, pero sólo después de haber atentamente examinado sus armas, de haber desnudado su espada para probar el temple, y de haber colgado por sí mismo del arzón de su caballo la terrible hacha de armas.

Hubo entre los espectadores un momento de angustia indecible, de curiosidad extraordinaria y de palpitante interés, cuando vieron en el palenque, y frente á frente, á los que podían muy bien pasar, atendida su fama, por los mejores caballeros de su tiempo. Cualquiera que entonces hubiese observado á la hermosa reina del torneo, la hubiera visto palidecer espantosamente bajo sus galas.

En cuanto á los espectadores de todas clases y categorías, tenían la vista fija, sin pestañear siquiera, en aquellos dos hombres, porque demasiado conocían que aquella iba á ser la justa decisiva del torneo; por eso les vieron con terrible ansiedad precipitarse uno sobre otro y encontrarse en medio del palenque como dos gigantes.

Ambas lanzas habían dado en mitad del pecho, rompiéndose en tres pedazos y quedándoles á cada uno un trozo en la mano, pero ni ellos ni sus caballos habían sufrido la menor desventaja. Hubiérase dicho que ginetes y cabalgaduras todo era de una misma pieza de hierro.

Corrieron segundas lanzas, y esta vez entrambos habían elegido por blanco el yelmo, que era la lanza más difícil en la justa, por la destreza y tino que requería el clavar la pica en la frente de su contrario. Acertóse el golpe, pero se mantuvieron firmes los ginetes, circunstancia que revelaba en efecto su maestría de consumados caballeros.

Por un movimiento espontáneo y maquinal, co-

Digitized by Google

nociendo que para ellos no servían, tanto el del capuz colorado como el de Balse arrojaron lejos de sí las lanzas y echaron mano á las espadas. Empezó entonces una seria y verdadera lucha, las espadas rasgaban el aire como rayos, y los golpes eran dados y devueltos con tan asombrosa rapidez, que nadie hubiera advertido que habían tocado el escudo, el yelmo ó la coraza, á no ser por las chispas que en gran cantidad y seguidamente brotaban. Imposible era á la vista más perspicaz y más práctica seguir los movimientos ni contar siquiera los golpes. De pronto vióse tremolar en alto el acero de Mice Roberto y precipitarse como una cuchilla sobre el yelmo de su contrario; pero éste vió la intención y paró el golpe con su escudo. La espada cayó sobre él ruidosamente y se hizo añicos cual si de frágil cristal hubiera sido.

Quiso el del capuz colorado detenerse, con objeto de dar tiempo al señor de Balse para pedir otra espada, pero éste, que se había embriagado con la lucha como un bravo corcel al son guerrero del clarín, descolgó del arzón de su silla su hacha de armas y en un momento la blandió majestuosamente en el aire.

El silencio más profundo reinaba en el público; todos aquellos millares de espectadores parecían aletargados, reunidos sólo sus sentidos en la vista y deteniéndose la respiración como un solo hombre. Los golpes de los combatientes resonaban en el silencio y hallaban eco como en la soledad. Doña Beatriz de Guzmán estaba pálida como un sudario.

Con su escudo detuvo el desconocido el primer hachazo que le descargó Mice Roberto, y empezó entonces á atacarle con tal furia, á estrecharle tan de cerca y tan vivamente, que por todas partes veía el mantenedor, rápida como una centella, la punta del acero contrario. Era una velocidad

Digitized by Google

asombrosa y un manejo de espada admirable, era una no interrumpida continuación de fintas, de tercias, de semicírculos, de flanconadas, y todo para fatigarle, para apurarle, para rendirle, permitiéndole sólo hacer uso del hacha para defensa y quite. Sin embargo, esto no podía durar, y bien se conocía que como no se fatigara pronto el brazo que la manejaba, debía el hacha acabar con la espada por muy templada que fuera.

Así sucedió.

Llegaron una vez á encontrarse en el aire las dos armas, y la espada del incógnito se rompió en dos pedazos. A su vez se halló el campeón de Castilla desarmado, y Mice Roberto, olvidándose en el calor del combate de usar la misma galantería que con él en igual caso se había usado, aprovechó el momento en que el del capuz colorado descolgaba del arzón su hacha de armas, para asestarle tan furioso golpe, que ni toda la corpulencia de un gigante hubiera podido resistir, á no tropezar á su paso con el salvador escudo. Este, que había resistido al primer hachazo, cedió al segundo y se abrió por medio privando al campeón de esta defensa.

Pero ya entonces el incógnito empuñaba su terrible hacha de armas y se disponía á dar golpe por golpe. Arrojó lejos de sí los dos pedazos de un escudo que le era inútil, y atacó de nuevo y con nuevo vigor á su contrario, haciéndole atender muy particularmente á su defensa.

Entonces fué cuando el combate tomó del todo un aspecto terrible. Descargábanse entrambos recios y denodados golpes que hacían estremecer á los espectadores. El escudo de Mice Roberto se quebró bien pronto en dos pedazos, quedando por ello igual á su adversario; los petos y espaldares acabaron por no ofrecer ninguna resistencia, pues á tan tremendos hachazos saltaban ensangrentados los pedazos de las ricas armaduras. El público

Digitized by Google

seguía la lucha con una atención excesiva, y doña Beatriz con una congoja mortal. Con sangre de sus venas hubiera querido hacer suspender aquel combate, pero demasiado conocía que era imposible. Imposible, en efecto; no combatían aquellos dos hombres por ellos, sino por su gloria de cumplido caballero el uno, por su fama el otro de perfecto justador.

Por fin, aprovechando el incógnito un poco de ventaja, que le ofreció la ventaja de su contrario, descargó un furioso hachazo sobre su yelmo, que se partió en dos mitades bajo el filo terrible del arma. Los rubios cabellos del señor de Balse se desprendieron ensortijados, bajando á acariciar sus hombros. Sin embargo no sufrió lesión alguna. Hízole seña el desconocido de que se cubriera con otro yelmo, pero Mice Roberto se negó.

Entonces, todos los espectadores pudieron ver como el incógnito se limitó á la defensa, renunciando al ataque. Y en verdad que por hacerlo así dejó pasar varias ocasiones en que hubiera podido abrir de un hachazo la cabeza de su contrario, como lo había hecho poco antes con su yelmo. El mismo señor de Balse se sintió conmovido ante semejante prueba de caballerosidad.

Conocía el alemán que le iba faltando vigor á su brazo fatigado, así es que, reuniendo todas sus fuerzas, quiso concluir de una vez, y levantando en alto el hacha terrible, la dejó caer como un martillo sobre el yelmo del incógnito, que no estuvo pronto en parar el golpe. Su luciente casco voló hecho pedazos, como anteriormente el del señor de Balse.

Entonces tuvo lugar un movimiento general, y es gritos, uno tras de otro, resonaron: el prime- de una persona sola, los otros dos de todo el ıblico.

El primero se había escapado de los labios de

Digitized by Google

doña Beatriz de Guzmán que, pálida como un cadáver, cayó casi desvanecida en medio de sus damas al ver desprenderse el arma terrible del de Balse sobre la frente del incógnito.

El segundo fué lanzado por los espectadores, al notar que con el golpe el hacha se deslizaba de las manos de Mice Roberto, quedando por consiguiente á merced de su contrario, si éste escapaba ileso del hachazo.

El tercero, en fin, fué general, unánime, de admiración y de asombro. Es que, partiéndose el yelmo, había puesto de manifiesto el rostro del desconocido caballero del capuz colorado, y no era otro el que bajo este nombre había dado tan brillantes pruebas de valor y de pujanza, que el privado de don Enrique, don Juan Pacheco, marqués de Villena.

El golpe descargado sobre su yelmo, había sido rudo, terrible, capaz de anonadar á un gigante. El de Villena permaneció un rápido momento atontado, pero en seguida, levantando el hacha y blandiéndola sobre la desnuda cabeza de su desarmado contrario, le dijo:

—¡Vuestra vida es mía!

—Me confieso vencido, contestó con cierta expresión de despecho el mantenedor. Y dígoos francamente, añadió, que si alguna idea me consuela en parte de mi vencimiento, es la de ser mi vencedor el noble marqués de Villena.

Sintió el marqués en el alma el haber sido descubierto, pero ya no había remedio. El público entero repetía entre bravos y palmadas su nombre, y se acercaban los jueces del campo para felicitarle y acompañarle hasta las gradas del solio, donde la reina de la hermosura debía ceñir su pecho con la vencedora banda.

El señor de Balse se retiró á su tienda, y el de Villena se adelantó hacia el solio de Beatriz de

Digitized by Google

Guzmán, que recobrada de su desmayo, le esperaba ya en pie, con el fuego del entusiasmo en sus ojos, con la púrpura de la emoción en su rostro, con la sonrisa del placer en sus labios, y con la banda por ella misma bordada en la mano.

En el ínterin, los heraldos desde los extremos del palenque proclamaban que el caballero vencedor era don Juan Pacheco, marqués de Villena, y aplaudía el pueblo con algazara, y aplaudían también los caballeros, y tremolaban las damas desde los andenes sus colores favoritos.

Sólo en medio de aquel entusiasmo general un hombre frunció el ceño y se salió precipitadamente de la galería. Era don Fadrique de Guzmán, que al ver que el del capuz colorado era el mismo Villena, su mortal enemigo, abandonó en seguida su puesto y se dirigió con paso rápido á la tienda donde descansaba herido don Nuño de Torre la Selva.

Mientras tanto, don Juan se adelantó, subió las gradas del solio, y dobló la rodilla en la última, á las plantas mismas de la reina del amor y de la belleza. Doña Beatriz, tan trémula entonces de júbilo como poco antes de zozobra, se inclinó para ceñirle la banda sobre la otra banda ganada también en la lid, y cuentan haber tenido entonces lugar entre los dos este corto pero expresivo diálogo, que nadie oyó sin embargo:

—¡Oh! sois tan valiente como noble, tan galán como esforzado. Prez y honra al campeón de Castilla, al héroe vencedor.

—¡Todo por vos, Beatriz, todo por vos! murmuró en voz baja pero dulcemente enamorada el de Villena.

—¡Guardad la banda en memoria de este día!

—La llevaré siempre sobre mi corazón.

—¡Valiente corazón!

—Vuestro es, que por vos late.

Digitized by Google

—¡Adiós, mi valiente paladín!

—¡Hasta la noche, mi sin par señora!

Y el de Villena se levantó, cruzada al pecho la banda, al són de los himnos que entonaban las músicas militares, y al aplauso atronador que hacía estremecer el palenque.

Los heraldos recorrieron entonces la liza, gritando:

—¡Largueza, valientes caballeros! ¡Largueza, hermosas damas, largueza!

Y todos á esta invitación vaciaron sus escarcelas, y una lluvia de oro cayó de las gradas á la arena.

V

El pacto.

Mientras tenían lugar los últimos acontecimientos de aquella memorable jornada, un caballero, sin hacer caso de las advertencias que le hacían dos escuderos diciéndole que respetara el descanso de su señor, rasgaba mejor que descorría con mano trémula la cortina que pendía á la puerta de una tienda colocada á poca distancia del palenque, entre las otras varias que por los jueces del torneo se habían destinado á los campeones.

Era el caballero don Fadrique de Guzmán, y era la tienda la de don Nuño de Torre la Selva.

Este, que se hallaba con la cabeza vendada, tendido sobre una piel de oso, se incorporó al ruido, y clavó sus ojos en el que de tan extraño modo se anunciaba. Don Nuño estaba horriblemente pálido,

Digitized by Google

y no tanto por la sangre derramada y la poca gravedad de la herida, como por la rabia y el coraje de la humillación.

Don Fadrique se adelantó hacia él, y demasiado conoció el de Torre la Selva que era portador el conde de alguna terrible noticia. Bastaba sólo mirar su demudado rostro y sus ojos que parecían nadar en sangre.

—¡Don Fadrique! exclamó el herido en un tono entre interrogador y admirado.

—¿Sabéis lo que sucede? le preguntó en voz breve y acentuada el de Guzmán.

—No sé de qué me queréis hablar.

—¿Sabéis quién es el vencedor del torneo?

—No, murmuró débilmente don Nuño, á quien la sola palabra torneo le atravesaba el pecho como un dardo envenenado.

—Pues bien, es el caballero del capuz colorado.

Don Nuño se puso espantosamente lívido bajo su palidez.

—¿Y sabéis quién es ese del capuz colorado? añadió don Fadrique.

El de Torre la Selva miró al conde con una ansiedad mortal.

—¿Sabéis quién es? repitió don Fadrique, decidlo, ¿lo sabéis?

—No.

—Es don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Don Nuño dió materialmente un salto, como el tigre que oye un grito humano resonar en su guarida.

—¡El marqués de Villena! exclamó como si no acertara á dar crédito.

—¡Nuestro mortal enemigo! dijo don Fadrique.

—¡Mi odiado rival! repuso don Nuño.

Hubo un momento de silencio entre aquellos dos hombres, cuyos ojos, por igual ó parecido sentimiento, brotaban fuego. Durante este silen-

Digitized by Google

cio, oyéronse resonar distintamente los gritos de «largueza», de los heraldos, y las aclamaciones de la multitud que palmoteaba al vencedor.

—¿Oís? ¿Oís? exclamó don Fadrique con un reconcentrado acento de ira, y crispados los puños. Todos los labios murmuran el odiado nombre de Villena, y mi hermana, mi propia hermana, es decir, una hija de los Guzmanes, ciñe su pecho con el lauro de la victoria. ¡Rayo de Dios! ¡rayo de Dios, que no sé cómo no salgo y no la mato!

El de Torre la Selva tomó una mano á don Fadrique.

—Oíd, conde, y departamos con calma, le dijo.

—¿Qué queréis? murmuró el conde bruscamente.

—Empiezo á ver claro en este asunto. ¿Queréis que os diga lo que pienso?

—Decid.

—Vuestra hermana...

—¿Mi hermana? preguntó el de Guzmán viendo que se interrumpía.

—Vuestra hermana ama al marqués de Villena.

Don Fadrique se hizo atrás y su rostro se puso espantoso de cólera.

—No os irritéis, y oídme, prosiguió el de Torre la Selva. Se aman, sí, me lo prueba el escrito que os enseñé, hallado en la puerta de mi casa, y me lo dice... me lo dice mi corazón. Ahora bien, nos vengaremos, nos vengaremos de todo. Se me ha ocurrido un plan.

Don Fadrique miraba á su interlocutor con ojos extraviados y en los que se leían la cólera y la saña.

—¿Y este plan? balbuceó.

—Os lo comunicaré á su tiempo; pero antes decidme: ¿me prometéis la mano de doña Beatriz?

—Prometida está ya. Un Guzmán sólo tiene una palabra.

Digitized by Google

—¿Seré, pues, esposo de vuestra hermana?

—Seréis su esposo.

—¿Mas que ella se oponga?

—Mas que se oponga el infierno.

—¿De grado ó por fuerza?

—De grado ó por fuerza.

—Entonces yo me encargo del de Villena.

—¿Vos? ¿y cómo?

—Este es mi plan.

—Pero...

—El de Villena es un obstáculo que se ha presentado en nuestro camino.

—Sí.

—Pues bien, añadió don Nuño bajando la voz, los obstáculos se quitan de enmedio.

Don Fadrique miró atentamente al de Torre la Selva y leyó en sus ojos y en su calma toda la helada ferocidad de la venganza. Esto le bastó.

Estrechóle la mano y le dijo:

—Madurad vuestro plan. Tomaos todo el tiempo necesario.

—Ya os lo confiaré á su tiempo.

—¿Quedamos, pues, en que os encargáis del marqués?

—¿Y será mía vuestra hermana?

—Estamos convenidos. Que Dios os guarde, don Nuño.

—Con vos vaya, don Fadrique.

Y el de Guzmán salió de la tienda.

Digitized by Google

VI

En la calle.

Ya los lectores la conocen. En esta misma calle donde ocurrieron las cuchilladas y donde la sola presencia del entonces desconocido caballero del capuz colorado bastó para poner en fuga á los cuatro pendencieros de la posada.

Tres días habían trascurrido desde las últimas escenas.

Era más de media noche, cuando un hombre, recatándose el rostro, asomaba por el extremo de la calle y se dirigía en línea recta hacia una puertecita que se veía cerca de la esquina y en la pared del palacio de los Guzmanes. Llegóse este hombre á la puerta, abrióla con una llave y desapareció, exactamente como en el primer capítulo de esta historia se lo hemos visto hacer al del capuz colorado.

Pero, si bien aquella vez no fué visto el desconocido por nadie, no así esta; otro hombre había asomado tras él por el extremo de la calle, y siguiendo la misma dirección, había ido á detenerse ante la puerta que se cerrara luego de haber dado paso al primero.

Nuestro nuevo personaje se convenció de que era aquella por la cual desapareciera el que seguía. Por lo mismo, como si de esperarle tratara, se retiró hasta la pared de enfrente y se apoyó en ella permaneciendo así largo tiempo en la inmovilidad de una estatua.

Digitized by Google

Pasó una hora, pasó otra, pasaron tres, pasaron cuatro.

Comenzaba á despuntar el alba, y el cielo se vestía con ese hermoso y ligero color nevado del crepúsculo, cuando la puerta en la cual tenía fijos los ojos el desconocido, se abrió para dejar salir al mismo que por ella había entrado.

Este salió preocupado, sin ver al misterioso personaje que parecía acecharle, y disponíase á atravesar la calle, cuando el desconocido, destacándose de la pared, dió un paso y le dirigió la palabra.

—Marqués de Villena, le dijo.

El interpelado se estremeció y se detuvo, pero ni contestó ni volvió la cabeza. Creía haber oído mal.

—Marqués de Villena, repitió el desconocido con voz suave.

Don Juan Pacheco, porque él era en efecto, tomó su resolución con aquella rapidez de pensamiento que distingue á las almas grandes, y volviéndose y cuadrándose, no sin haber llevado la diestra al pomo de su espada,

—¿Qué se le ofrece al hidalgo? dijo.

El desconocido se adelantó. Entonces, á la débil claridad del naciente dia, el de Villena conoció á su interloculor,

—¡Arnaldo! exclamó.

—El mismo, Arnaldo el trovador, el pobre cantor de trovas, Arnaldo.

Y su voz, al decir esto, había tomado un dulce tinte de amargura. El marqués, que conocía á Arnaldo como á uno de los primeros trovadores de su tiempo, soltó la espada que empuñado había, y al gesto airado de su rostro sucedió la más afable expresión.

—¿Qué haces ahí, Arnaldo?

—Os esperaba.

—¡A mí!

—A vos mismo.

Digitized by Google

—¡Cómo! ¿Sabías?...

—Os sigo desde ayer noche.

—¡Tú!

—Y como os ví entrar por aquella puerta, me dije: por ella volverá á salir. Y os aguardé.

—¿Me viste entrar? preguntó con acento trémulo.

—Y os he visto salir. No me he movido de aquí durante las cuatro horas que habéis permanecido dentro.

El de Villena miró fijamente al trovador, como si quisiera con su mirada sondear la profundidad de su pecho.

—¡Arnaldo! ni un momento tardaría en castigar tu imprudente curiosidad, si tal la juzgara; pero te creo impelido por otra causa que ignoro y que quiero conocer. Tu ademán triste y severo, tu mirada respetuosa, tu rostro demudado, me indican que hay en tí algo superior á tí mismo que en este momento te hace obrar.

Arnaldo no contestó.

—¿Por qué me has seguido? ¿por qué me has aguardado?

El trovador se volvió lentamente y señaló con una expresión dolorida la casa de que acababa de salir el de Villena.

—En ella vive la mujer á quien Segovia llama la bella de las bellas y á quien los trovadores conocen en sus cantos por la perla de los Guzmanes.

—¿Y bien?

—Es, en efecto, una mujer bella como la esperanza de la felicidad.

—¡Acaba!

—Nada más. Os seguí ayer como un miserable espía, porque sospechaba que ibais á una cita de la perla de los Guzmanes, y os he esperado hoy porque quería veros salir de los brazos de la bella de las bellas.

Digitized by Google

—Arnaldo, díjole el de Villena con voz sorda y siniestra, ¿sabes lo que puede valerte el secreto que has descubierto?

—Dos pulgadas de una daga toledana en el corazón, contestó Arnaldo con una admirable sangre fría.

—Pues entonces, prosiguió el de Villena con acento más oscuro todavía, disponte á ello. Te doy los momentos que necesites para rezar al santo de tu devoción.

—Es inútil, contestó el trovador, momentos de sobra he tenido para rezar en el tiempo que os he estado aguardando. Me halláis ya dispuesto.

Acaso nunca, jamás, había visto el de Villena tan heroico estoicismo. El trovador se había cruzado de brazos y aguardaba con la serenidad de los mártires de otro tiempo cuando esperaban en la arena del circo que se adelantara la fiera á devorarles. Su frente resplandecía en medio de las nubes de tristeza que la atravesaban; su rostro melancólico aparecía tranquilo; ni un estremecimiento nervioso agitaba sus miembros, y una especie de helada sonrisa agonizaba en sus labios.

El de Villena dirigió una mirada, una sola, á aquella expresiva y sublime figura que se dibujaba ante él á los rayos matinales del crepúsculo. Esta mirada le bastó á él, corazón inteligente, alma experta, para hacer nacer en su interior un mundo de ideas. Su frente se inclinó soñadora, su rostro tomó á su vez un tinte de melancolía que no le era habitual, y adelantándose hacia el trovador, le cogió de una mano y le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que la amas?

—Todo el que hace que la conozco, respondió Arnaldo, contestando con igual franqueza á una pregunta hecha tan francamente y que tan natural le pareció, no obstante ser tan imprevista.

—¿Y si yo te dijera: Arnaldo, ahoga esa pasión

Digitized by Google

imprudente, porque ni Arnaldo debe amar á Beatriz, ni Beatriz puede amar á Arnaldo?

—Os contestaría: Decidle á la luz que deje de brillar, y de amar dejará entonces mi corazón.

—¡Pobre insensato! Beatriz no puede ser tuya.

—Por esto no aspiro á ella, por esto sufro en silencio, por esto canto sólo penas siempre y amarguras.

—¿Qué esperanza abrigas pues?

—Yo no tengo esperanza. Mi porvenir es tan negro como mi pasado. La esperanza para mí tiene nombre de mujer.

—Si nada esperas, si nada pretendes, ¿por qué sigues amándola?

—Porque hay en el corazón de todo hombre un tesoro de sensaciones, como hay un perfume misterioso en el seno de una flor, y es preciso que la flor lance su perfume cuando se abre la corola, como el hombre su tesoro cuando rasga su corazón.

—¿Y por qué quieres morir?

—Porque yo amaba á esa mujer con toda la pureza y castidad con que deben en el cielo amar los ángeles á la Virgen María, porque ella era el tipo de santa y preclara inocencia que respondía á las necesidades de mi alma entusiasta, porque ella era la fe del corazón del pobre trovador, porque ella era, en fin, el nombre que invocaba en mis cantares de amores.

—¿Y quieres decir que la flor ha perdido su perfume, que al ángel le han caído sus blancas alas?

—¡Ay! sí: la paloma herida por el dardo, ha caído moribunda en el lodo de un charco. Y no extrañéis oírme hablar así, el de Villena, que nosotros los de la gaya ciencia, los que suspiramos nuestros cantos bajo el cielo de Provenza y Cataluña, los que tañemos nuestro laúd de amores cuando susurran melancólicas las auras cuyas caricias nos alimentan, nosotros somos no más que romeros

Digitized by Google

transuentes en las estancias doradas de las bellas castellanas, y vivimos en otra atmósfera más rica donde todo es pureza como el aleteo de un ángel, donde todo es casto como el perfume de la flor de mayo. Hé ahí por qué si alguno de nosotros pierde la luz que le guía, tanto valiera que le arrancaran el corazón á pedazos para dárselo á comer á fieras. Hé aquí por qué os seguí ayer, el de Villena, y hé aquí, en fin, porque hoy me presento á vos y os digo: Matadme con vuestra daga, que más vale morir de muerte airada que morir de amores de deshonesta dama.

El de Villena le dejó decir sin interrrumpirle. Cuando hubo concluido le habló de esta manera:

—¡Trovador favorito de doña Beatriz, oye el mayor secreto que puedo depositar yo en tu pecho y guárdale en él cerrado como en una arca santa: oye, Arnaldo, el de corazón de oro, oye y cállalo! Y no extrañes á tu vez que te lo diga en voz baja, porque secreto es de tal importancia que miedo le tengo á que le oiga el aire.

Y dicho esto, don Juan Pacheco se acercó al trovador, y le dijo al oído, pero en voz baja, dos ó tres palabras, alejándose en seguida de él como para que no sintiera remordimiento de habérselas dicho, como para no tener luego que matar á aquel hombre en quien había depositado un secreto de tal importancia.

Por lo que toca al trovador, quedó un momento inmóvil al oír aquellas palabras que quemaron su oído como si por él le hubiesen introducido un hierro ardiendo; vaciló después como un hombre ebrio, y vencido por la emoción, cayó desplomado al suelo.

Digitized by Google

VII

Reto.

Al llegar el de Villena á su casa, vió con sorpresa un cartel clavado en su puerta por medio de una daga.

Arrancó la daga, y llamando á uno de sus servidores para que le alumbrara, leyó el cartel.

Decía así:

«Si entre don Nuño y doña Beatriz está el del capuz colorado, entre doña Beatriz y el marqués de Villena está el odio á muerte de don Nuño.

»Cuando de dos hombres sobra uno en el mundo, los buenos caballeros empuñan la espada y se baten mientras haya un resto de fuerza en el brazo y un hálito de vida en el corazón.

»Mañana á las oraciones, junto á las tapias de la ermita consagrada á Santa María del Parral, espera al marqués de Villena,

Don Nuño de Torre la Selva.»

—¡Por san Juan que no he de faltar, murmuró el de Villena, y ya verá el que ha mordido el polvo en el torneo, como es más pesado mi brazo que el de Rodolfo de Eretein!

Digitized by Google

VIII

Rompetejas.

—No seáis pesado, maese Corneja, y dejadme concluir. ¿A qué venís aquí zumbándome como un grillo los oídos, cuando me veis gravemente ocupado en ganarles los ducados á esos camaradas? ¡Por san Jorge que os apartéis de mi lado y me dejéis en paz, ú os rompo la cabeza con este botijo en que nos habéis servido vuestro infernal vino!

Así le decía el irascible Rompetejas al posadero de la *Cruz de hierro,* la misma noche en que más tarde debían tener lugar los acontecimientos que se han referido en los dos últimos capítulos.

No obstante la amable contestación del espadachín, maese Corneja insistió.

—Es que hay un caballero en la puerta que quiere hablaros.

—¡Pues decidle que se espere ó enviadle á paseo con cien millones de diablos!

El posadero se encogió de hombros.

Rompetejas continuó jugando á los dados.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, cuando hubo apurado el vino de la vasija y el bolsillo de los jugadores, Rompetejas se levantó con la sonrisa en los labios y con el aire fanfarrón que nunca le abandonaba, y se acercó al mostrador.

—¿Vamos á ver, maese Corneja, decidme qué mil rayos me estabais murmurando al oído?

—Que había en la puerta de la posada quien preguntaba por vos.

—¿Y quién es?

Digitized by Google

—Un caballero, á juzgar por su traje.

—Voy allá.

—Puede que se haya ya marchado.

—¡Marchado! ¡marchado! Pues sería de ver. ¡Por san Jorge! Bien puede esperarse cualquiera, por caballero que sea, cuando un hombre está gravemente ocupado. En fin, voy allá.

Y Rompetejas se dirigió á la puerta, dando todo lo más ruidosamente en el suelo con la contera de su espadón y retorciéndose sus largos bigotes con un aire de importancia que tenía toda la majestad del ridículo.

El que por él había preguntado no se había ido.

—¿Qué es lo que se os ofrece, hidalgo? preguntó Rompetejas al caballero haciéndole un saludo marcial, pero sin dejar por eso de retorcerse el bigote con la diestra, mientras que tenía su mano izquierda desdeñosa y estudiadamente apoyada en el puño de su espadón.

El caballero se detuvo en frente del espadachín. Llevaba en efecto un vestido completo y rico como los que usaban los nobles de aquella época, y su rostro estaba cubierto con la especie de máscara de uso también muy especial entre los caballeros y particularmente entre las damas.

—¿Sois vos el llamado capitán Rompetejas? preguntó el desconocido.

—El mismo que tenéis delante.

—Me han hablado mucho de vuestro valor.

Rompetejas se pavoneó.

—Mi nombre vale algo en efecto.

—¡Nombre bien raro!

—El nombre de guerra usado por todos mis ascendientes, desde el conde Enrique de Rompetejas que figuró en las cruzadas, hasta el conde Juan de Rompetejas mi noble padre. Figuraos que...

—Bueno, bueno, dejemos dormir en paz á vuestros antepasados y hablemos de otro asunto.

Digitized by Google

El matachín miró de reojo al que de aquel modo parecía despreciar su, según él, ilustre prosapia. Sin embargo, no dijo nada, y encogiéndose de hombros, se contentó con exclamar:

—Hablemos.

—Me han dicho que se podía contar con vuestro brazo y con vuestra espada.

—Según y conforme.

—¿Eh?

—Digo que según y conforme. Esto depende de lo que pactemos. ¿Qué es lo que deseáis?

—Hay un hombre que me estorba.

—¿Es un hombre, un caballero ó un príncipe? Esto es indispensable saberlo para fijar bases, ya conocéis.

—Es un caballero.

—¡Vaya con Dios! Yo os respondo de él.

—Advertid que es valiente.

—Mas que sea el mismísimo Satanás en persona. Punto concluido.

—Otra cosa.

—Veamos la otra cosa.

—Hay una dama...

—¿A quien es preciso quitar de enmedio también? Pues entonces buscad otra espada. Yo ejerzo los principios más sagrados de la caballería y es uno de los primeros: Respeto á las damas.

—No me habéis dejado concluir.

—Explicaos, pues.

—Hay una dama á quien es preciso acompañar para cuidar de que no se escape.

—Ese ya es otro cantar. Custodiar una dama, ser su escudero. Bueno, me allano. ¿Qué más?

—Nada más. ¿Cuantos hombres necesitáis?

—Con dos me basta, y entonces por quitar de enmedio al caballero, por la custodia de la dama y por los otros dos compañeros, me daréis trescientos ducados.

Digitized by Google

—En esta bolsa hay la mitad por el pronto, dijo el caballero tendiéndole un bolsón, del que se apoderó Rompetejas.

—Mañana á medio día te hallarás en este mismo sitio donde conversamos ahora. Pasarán dos caballeros con una litera en que irá la dama, y te reunirás á ella con tus dos hombres.

—Perfectamente.

—¿Estamos convenidos?

—Casi, casi.

—¿Qué más quieres ahora?

—Deseo que os descubráis el rostro. Es condición necesaria. Yo nunca estipulo nada con quien no conozco.

El caballero vaciló.

—Bien mirado, murmuró, también tienes que conocerme mañana. Lo mismo vale, pues, que me conozcas hoy. Soy don Nuño de Torre la Selva.

Y se quitó la máscara.

—Perfectamente. Así me gusta. Agrádame que los hombres se vean y hablen cara á cara. Vuestro servidor don Nuño.

—Hasta mañana, pues, dijo el caballero volviéndose á poner la máscara.

—Hasta mañana. ¿Me designaréis el caballero?

—Te lo pondré delante.

—¿Vuestra mano? dijo Rompetejas alargando francamente la suya.

—¡Mi mano! exclamó don Nuño retirándola con desagrado.

—Es otra de las condiciones.

—¡Cómo condiciones!

—Tengo hecho voto á santa María del Parral, de no estipular ni tratar con ninguno que no me tienda su mano en signo de buena amistad y correspondencia.

El de Torre la Selva alargó su mano con una

Digitized by Google

repugnancia visible. Rompetejas, sin hacer caso, se la estrechó cordialmente.

—Queda cerrado nuestro trato. Trescientos ducados por la custodia de la dama y el duelo con el caballero.

—¿Qué duelo?

—¡Toma! el que me proponéis, dijo Rompetejas.

—Yo no os propongo ningún duelo.

—¿Pues qué?

—Os digo solamente que hay un hombre que me estorba...

—Perfectamente.

—¿Entonces?

—¡Por las armas de mis abuelos! Sabed, señor don Nuño de Torre la Selva, que sé manejar mi espada como el mejor paladín.

—No lo dudo, pero sin embargo, yo no quiero un duelo sino...

—¡Un asesinato! ¡Por vida de...! ¿Y por quién me tomáis á mí? Yo no asesino, me bato. Verdad es que al batirme me arreglo de modo que siempre soy el vencedor. Pero un asesinato... Mis antepasados, don Nuño, eran condes, mis abuelos eran condes, mi padre fué conde, y...

—Dejémonos de charla y llamadlo como queráis: duelo ó asesinato, todo me es igual mientras me desembaracéis de un importuno...

—Esto dejadlo por mi cuenta.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y don Nuño se alejó mientras que Rompetejas entraba en la posada refunfuñando:

—¡Por los cuernos de Satanás que la cosa es digna de notarse! ¡Por quién tomará este hombre á Rompetejas, el valiente de Segovia! ¡Un asesinato!... ¡Hum!

Digitized by Google

IX

El hombre propone y Dios dispone.

La ermita de Santa María del Parral que alguna vez hemos oído citar á los personajes de nuestra historia, se elevaba al norte de Segovia en una bella y encantadora situación. Era, mejor que ermita, una especie de oratorio y antiquísima fábrica, con un edificio bajo unido á sus paredes que servía de habitación á un anciano monje, allí retirado para disfrutar tranquilo de los consuelos de la oración y de las glorias de la penitencia.

Hallábase el venerable anciano sentado, á la caída de una tarde, á la puerta del santuario, cuando vió adelantarse hacia la ermita una litera cubierta, precedida por dos caballeros y seguida por tres hombres cuyo exterior truhanesco no inspiraba ciertamente mucha confianza.

Levantóse el digno varón al ver aquella inesperada comitiva y se adelantó á recibirla. Entonces uno de los dos caballeros que iban delante, echó pie á tierra y preguntó respetuosamente al monje si podían descansar en la casita, ínterin le comunicaban el motivo de su llegada y lo que de él esperaban.

—Pobre y mal alhajada hallaréis mi habitación, nobles señores, contestó el monje, pero disponer podéis de la morada del humilde anacoreta.

Entonces don Nuño, pues no era otro el caballero, descorrió las cortinas de la litera, y ayudado de Rompetejas, que era uno de los tres que mar-

Digitized by Google

chaban detrás, sacó á doña Beatriz, al parecer desmayada, y trasportóla al interior de la casita, donde la dejó reposar sentándola en un sitial de la estancia. En seguida volvió á salir, despidió á los portadores de la litera y mandó á Rompetejas y á sus dos camaradas que fueran á atar sus caballos á espaldas de una peña y esperaran sus órdenes. Cuando todo esto se halló terminado, el de Torre la Selva se dirigió al caballero que había llegado en su compañía y que, habiéndose apeado, se paseaba á grandes pasos por delante de la puerta del oratorio.

—Don Fadrique, le dijo, ya que sabéis mi plan y lo habéis aprobado, reparad que todo está dispuesto y que ha llegado el momento de obrar.

—Es una cosa invencible el odio que le tengo á ese hombre y que he heredado de mis padres, dijo el de Guzmán contestando á sus propios pensamientos mejor que á la observación de don Nuño; conozco que lo que vamos á hacer no es digno de nobles y leales caballeros, pero lo admito porque satisface mi venganza, porque sacia mi odio.

—¿No es noble ni leal decís? Pues qué, ¿ha obrado él con nobleza y con lealtad respecto á vos? Conociendo el odio hereditario de vuestras dos familias, sabiendo que nunca la mano de vuestra hermana podría llegar á ser suya, ha intentado sin embargo requerirla de amores, y para mejor encubrir sus planes, ha ocultado su nombre y su rango á todo el mundo. Todo con el objeto de llegar hasta ella sin los obstáculos que no hubieran dejado de atravesársele á ser conocido su nombre, todo con el objeto, no lo dudéis, de seducir á vuestra hermana y deshonrar vuestro nombre. Y esto, decid, esto ¿es leal y noble? ¿Por qué pues ser hidalgo con quien no sabe serlo? Don Fadrique, creedme, noble podéis ser con los nobles, pero ruin es fuerza que seáis con los ruines.

Digitized by Google

—Cierto es todo lo que decís, don Nuño, pero hubiera preferido clavar mi espada en su corazón traidor cara á cara, sol á sol, en la arena del palenque.

—Tiempo os queda aún para hacerlo, dijo don Nuño mordiéndose los labios. Renunciemos á nuestro plan y salid á su encuentro. Luchad con él, y si os vence, si queda entonces huérfana vuestra hermana á merced del vencedor, no será la culpa sino de vuestra imprudencia.

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró don Fadrique, en cuyo corazón se ahogó de pronto el generoso impulso en él nacido. Sea como lo habéis meditado. Vuestro plan es el mejor, y así concluiremos de una vez.

Y se adelantó hacia el monje, que continuaba de pie en el umbral del santuario, atónito y sorprendido con la misteriosa llegada á su ermita de aquella extraña comitiva.

—Padre, le dijo, yo soy el conde don Fadrique de Guzmán, y esa dama que está en vuestra habitación y que se ha desmayado por el camino es mi hermana. Aquí la he traído para efectuar su enlace con ese caballero, que es el noble don Nuño de Torre la Selva. Un voto á santa María del Parral me obliga á no celebrar en ningún otro santuario la boda de mi hermana. Ya estáis, pues, enterado, padre, y ya sabéis cuáles son ahora los servicios que se reclaman de vuestro santo ministerio.

El monje perdió toda sospecha desde que supo que era quien le hablaba un caballero tan ilustre como el de Guzmán. Inclinóse, pues, en señal de consentir en lo que se le pedía, y entró en el santuario para disponerlo todo.

—Ahora, añadió don Fadrique dirigiéndose al de Torre la Selva, quedaos aquí para disponer la emboscada, para libertar á Castilla del tirano que pretende ser el favorito del monarca, mientras yo

Digitized by Google

voy á despertar del letargo á mi hermana y á imponerla mi inflexible mandato.

Y se encaminó al edificio en el cual entró, pasando á la habitación donde había sido trasportada doña Beatriz. Estaba la bella de las bellas sumida en un profundo letargo, ocupando un carcomido sitial, pobre adorno de una más pobre estancia, en cuyo fondo se alzaba un tosco altar de madera.

Don Fadrique se acercó á la dama y dióle á respirar la esencia de un pomo que sacó de su escarcela.

Beatriz empezó á moverse, respiró con fuerza como si se desahogara de un peso que la tuviera oprimida hasta entonces, volvió los ojos en torno, y al verse en un lugar para ella desconocido, lanzó un grito y se puso en pie como movida por un resorte.

—¿Qué es esto? murmuró, ¿dónde estoy? ¿quién me ha traído aquí?

—La voluntad de vuestro hermano, dijo don Fadrique adelantándose.

—¡Ah!

—Volveos á sentar y escuchadme si os place, que ha de ser algo grave nuestra conversación.

—Hermano, ¿qué tono es ese que conmigo usáis? exclamó la sorprendida dama. ¿Cómo me encuentro aquí? ¿Qué es lo que por mí ha pasado? Recuerdo que estaba apoyada en la baranda de la galería, contemplando mis verjeles y mis flores, cuando me he sentido desfallecer y un sueño como el de la muerte ha tendido sobre mí su velo.

—Era un narcótico que había puesto yo en vuestra copa.

—¿Y por qué un narcótico?

—Porque os necesitaba dormida para haceros trasportar aquí.

—¡Hermano!...

—Despierta no hubierais venido jamás, so pena

Digitized by Google

de veros arrastrada, y he querido evitar esta molestia y esta humillación á mi hermana.

—¿Pero qué lugar es este?

—¡Oh! tranquilizaos. Es simplemente la ermita de Santa María del Parral.

—¿Y qué tengo yo que hacer en esta ermita? ¿Por qué me habéis traído aquí?

—Esto es lo que vais á saber en seguida, si os tomáis la molestia de escucharme un breve instante.

—Pero...

—¿Qué tenéis que temer? ¿No está aquí vuestro hermano?

—Es que este hermano se porta conmigo de una manera... de una manera...

—Acabad.

—Os pesará que concluya la frase.

—Acabadla, os digo.

—Dejémosla así.

—¡Acabad, voto á mil diablos!...

—Pues, bien, de una manera...

—¡Incalificable!

—No, de una manera indigna de quien es y de como se llama.

Don Fadrique ahogó la cólera que hizo nacer en su corazón esta frase, y cruzándose de brazos, exclamó con cierto tinte de ironía:

—¡Pardiez, señora, que si no supiera yo quién sois y lo que me debo, había de vengar esta injuria!

—Caballero, estáis insultando á una dama.

—Pues entonces, señora, callad y oídme, ¡vive Dios! que demasiado estáis viendo que mal reprimo la cólera que me ahoga.

—Hablad, pues, hermano. Pronta estoy á escucharos.

Y la bella de las bellas envolvió á don Fadrique con una mirada de supremo desdén y se sentó con el ademán de una reina.

Digitized by Google

El de Guzmán procuró reprimir su enojo y se acercó á ella.

—Ya sabéis, le dijo, que he dispuesto de vuestra mano.

—Creo recordar que me lo dijisteis un día, contestó Beatriz con una indiferencia glacial.

—Pues bien, ha llegado el instante.

—No os comprendo.

—El instante de cumplir vuestra promesa.

—¿Mi promesa? dijo admirada la dama. Repito que no os comprendo.

—Quiero decir que vais á casaros. ¿Comprendéis ahora?

—¡Casarme!

—Sí..

—¡Yo!

—Vos.

—¿Yo?... ¿Estáis loco don Fadrique?

—Loco me volveríais vos, señora, si atendiera á vuestra razón. Hay un hombre que reclama vuestra mano.

—¿Y quién le ha dado el derecho para reclamarla?

—Yo.

—¿Y quién os mete á vos en darle este derecho?

—¿Soy ó no vuestro hermano?

—Para cuidar de mis bienes y de mi honra os dejó nuestro padre, pero no para disponer de mi corazón.

—Abreviemos, hermana. Mi palabra está empeñada, y seréis hoy mismo esposa de don Nuño.

—¿De don Nuño, el que mordió la arena en el torneo? ¡Buena lanza es vuestro amigo y honra grande adquiriera nuestra casa con darle yo mi mano!

—Dejad irónicas insinuaciones. El altar está preparado. Os aguarda don Nuño.

—Don Fadrique, atended, os digo, que la hija

Digitized by Google

de un Guzmán no será jamás la esposa de don Nuño.

—¿Jamás?...

—¡Jamás!

—¿Es esta vuestra resolución? dijo el caballero pálido de furor.

—Es mi resolución.

—Pues bien, os arrastraré al altar.

—Me arrastraréis cadáver.

Don Fadrique, para calmar la furia que hervía en su pecho, el coraje que lucía en sus ojos, dió dos ó tres pasos precipitados por la estancia. Hallábase vivamente agitado, presa de una exaltación febril y peligrosa, como lo son toda clase de cóleras reprimidas en hombres de un carácter orgulloso y violento cual el de Guzmán. En cuanto á la hermosa Beatriz, permanecía en su sitial, algo pálida, es verdad, pero tranquila y serena.

En uno de sus paseos, el conde se paró ante su hermana, y cruzándose de brazos, le dijo con un cruel acento de sarcasmo y de rabia al mismo tiempo:

—¿Conque vos sois la noble doncella que oye amores del marqués de Villena? ¿Conque vos sois la que deja vestir sus colores al del capúz colorado y presentarse en la justa á romper por vos un par de lanzas? ¿Conque vos sois, en fin, la que olvidando sus deberes, su dignidad y su decoro, la que dando al olvido un odio de raza, prestáis oído á los galanteos del enemigo mortal de vuestro padre, del nieto del enemigo mortal de vuestro abuelo?

Beatriz palideció de una manera horrible.

—¡En verdad que lo veo y no lo creo! continuó don Fadrique á quien el furor ponía cada vez más ciego. ¿Y para esto os legó su nombre mi padr ¿Para que fuerais amiga de sus enemigos y de honrarais... sí, y deshonrarais, porque es vuest amor una deshonra, el nombre de los Guzman

Digitized by Google

Doña Beatriz se puso en pie lívida como un espectro.

—Estáis villanamente insultando á una dama, dijo con furor, y más caballero fuera en vos atravesarla el pecho con una daga, que hacerla blanco de la befa y del escarnio. ¡Don Fadrique! ¡Don Fadrique! ¡tenéis un corazón de hierro y unas entrañas de tigre!

—Señora, preguntó el conde, haciendo recaer de nuevo bruscamente la conversación sobre su tema favorito, ¿os empeñáis en negaros á dar la mano á don Nuño?

—¡Siempre!

—¡Reflexionadlo bien, Beatriz!

—Siempre, os digo. Me martirizaréis, me insultaréis, me mataréis, pero yo no seré su esposa.

—Pues entonces, hija vil, desnaturalizada, pues entonces, ven, acércate á esta ventana y mira.

Y mientras esto decía, el conde la cogió de una mano y la arrastró con una fuerza hercúlea hasta una ventana.

—¡Oh! gritó dando un agudo chillido doña Beatriz.

Se veían cinco hombres no lejos de la ermita espada en mano y combatiendo.

—¿Lo ves? ¡allí está tu amante! prosiguió don Fadrique, allí está ese aborrecido marqués de Villena. Su muerte es segura, hemos de beber su sangre. Su muerte es segura, te digo. Ha caído en el lazo que le habíamos tendido.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó la pobre mujer, demudado el rostro y presa de la convulsión más violenta. ¿Queréis asesinarle?

—¡Asesinarle! tú lo has dicho. Hemos comprado puñales.

—Oh, yo le salvaré.

Dijo doña Beatriz, y se lanzó hacia la puerta de

Digitized by Google

la estancia, pero fué detenida por la mano de hierro del conde.

—¡Salvarle! es imposible, ¡pobre insensata!

Y dejó escapar una especie de sonrisa histérica.

—¡Dejadme salir! gritó la dama forcejeando.

—No.

—¡Dejadme salir, asesino! Yo quiero, yo debo ir á salvarle!

—Os digo que no saldréis, Beatriz.

La pobre mujer luchaba en vano, preso su brazo por la muñeca del conde, que lo retenía como un anillo de bronce.

—¡Atrás! ¡atrás! gritaba pálida, desmelenada, loca, la infeliz joven. ¡Atrás! yo quiero salir, yo quiero salvarle. Atrás, asesino, vos no lo sabéis. El marqués tiene derecho á que yo acuda.

—Por esto es que os detengo aquí; ¡oh, bien, bien lo decía yo! exclamó el conde fuera de sí. El marqués es vuestro amante.

—El marqués es mi esposo.

Un estremecimiento horrible conmovió al de Guzmán. Sus facciones se contrajeron espantosamente al oír esta palabra.

—¿Qué habéis dicho, desgraciada? exclamó en el colmo de la rabia.

—La verdad. ¡El marqués es mi esposo, mi esposo ante la tierra y el cielo!

—¡Oh!

—¡Soltadme! ¡soltadme! quiero salir para...

Y la joven se interrumpió horrorizada, porque vió brillar una daga que se dirigía á su pecho.

Y cayó de rodillas á las plantas de su hermano.

Pero, antes de seguir adelante, es fuerza que los lectores sepan y se enteren de lo que había sucedido en el exterior del edificio.

Pocos momentos después de haberse el de Guzmán separado de don Nuño, éste creyó ver acer-

Digitized by Google

carse á lo lejos al marqués, que puntual á la cita que el cartel le diera, acudía al sitio designado.

En seguida llamó Torre la Selva á los tres truhanes.

—Alerta, les digo. Allí viene nuestro hombre. ¡Valor y resolución!

—Nunca me ha faltado el uno y siempre me ha sobrado la otra, dijo Rompetejas con su acostumbrado aire de importancia y retorciéndose el bigote.

—Pues entonces, despachad.

—Vamos á ver, camaradas, dijo Rompetejas dirigiéndose á los dos bribones, atención á mis órdenes, y ojo avizor á mis señas. Nos esconderemos, agachados tras de aquel matorral que allí á la izquierda se distingue, y vuestros ojos estarán fijos en mí que los tendré fijos en el caballero. Cuando me veáis hacer la señal de la cruz, que es costumbre hereditaria de mi familia y cosa que hacían mis nobles antepasados antes de comenzar un combate, prepararéis la espada y echaréis mano á la daga. Cuando veáis que me retuerzo el bigote, entonces saltad al camino y sacudídmele cuchilladas por la espalda, que por mucha prisa que os deis ya me hallaréis allí atacándole. ¡Conque, atención y marchemos con la ayuda de Dios!

—Sí, sí; ¡valor, amigos míos! exclamó en esto don Nuño, y libertadme para siempre de ese odioso marqués de Villena.

Rompetejas, que había dado ya dos pasos, se detuvo de pronto.

—¿Eh? preguntó volviendo la cabeza hacia don Nuño.

—¿Qué? contestó admirado el de Torre la Selva.

—¿Cómo habéis dicho? prosiguió el perdonavidas.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Qué es lo que decíais?

Digitized by Google

—Yo no decía nada.

—Perdonad, perdonad. Decíais: libertadme de ese odioso...

—Marqués de Villena, dijo don Nuño concluyendo la frase.

—Cabalmente.

Y volviéndose hacia los dos bribones que iban adelantándose, les gritó:

—¡Alto, camaradas, alto! Es preciso que yo le diga primero dos palabras á don Nuño.

—¡Dos palabras! ¿Qué quiere decir esto?

—Pues señor, dijo Rompetejas sin contestar á la observación del caballero, lo siento mucho, pero nosotros no atacamos al marqués.

—¡Cómo, infame! ¡Esto no es lo pactado!

—Precisamente porque no es lo pactado.

—¡Truhán!

—Nada. Nosotros convenimos en que yo os quitaría de en medio á un caballero.

—Sí.

—Y ahora me salís con que ese caballero es el marqués de Villena.

—Sí.

—Es decir, el privado de don Enrique.

—Sí.

—Es decir, el hombre más poderoso de Segovia.

—Sí.

—Es decir, el hombre cuya vida puede costarnos nuestras cabezas.

—Pero en fin, preguntó impaciente don Nuño, ¿á qué viene á parar todo esto?

—Viene á parar, señor caballero, en deciros que no entendéis un ápice de estocadas si creéis que por la suma convenida he de despacharos al de Villena. Sería una deshonra para mí y para él mismo cuando se supiera.

—¡Ah! ¿conque queréis mayor precio?

—O no hay nada de lo dicho.

Digitized by Google

—Pues bien, cuanto pidas, y apresúrate ¡vive Cristo! porque el tiempo vuela.

—Voy á sacaros las cuentas.

—¡Vivo, vivo!

—Por ser el privado de don Enrique, por ser quien es y porque el tiempo vuela, como juiciosamente habéis observado, me daréis trescientos ducados, ni uno menos, sobre los que tenemos pactados.

—Tómalos y adelante.

Rompetejas guardó el bolsillo que le dió don Nuño é hizo una seña á sus dos compañeros, que fueron á colocarse tras el matorral.

Entretanto el de Villena iba adelantando, y pareciéndole desde lo alto de una cuesta ver á don Nuño en la puerta del santuario, apresuró el paso, pero antes de llegar á él, y en ocasión de cruzar por delante de un matorral, un hombre con la espada desnuda le atacó de frente, mientras que otros se le dirigían por la espalda.

—¡Ah, traidores! gritó el de Villena.

Y con una agilidad admirable, atendida la armadura, dió un salto de lado y poniéndose á la otra parte del camino, evitó el primer ataque y tuvo tiempo de sacar la espada.

—¡A él! exclamó Rompetejas.

—Esta es obra del traidor don Nuño, gritó el de Villena, pero á fe que no ha de valerle, que sois pocos los tres para el del capuz colorado.

—¡Abajo las espadas! dijo en esto Rompetejas, herida su atención por este nombre. ¿Sois vos el caballero del capuz colorado?

—¡Calla! exclamó entonces el marqués reconociendo al bribón. ¡Rompetejas el matador de entes!

—El mismo: aquel á quien vos salvasteis una oche la vida y que os ofreció en cambio sus servicios.

Digitized by Google

—¡Toma, toma! dijo el de Villena, ya veo yo que don Nuño ha tenido mala mano en elegir sus gentes. El traidor no es hombre de fortuna.

Los dos compañeros de Rompetejas empezaron á refunfuñar.

—¡Eh! ¿qué es esto? les dijo el matón. El caballero tiene derecho á que yo le sea agradecido. Me salvó la vida, prometíle mis servicios y empiezo á satisfacer mi deuda.

Los otros dos no parecieron quedar convencidos. Temían perder el dinero que se les había prometido. En esto llegó don Nuño corriendo. Observador desde lejos del giro amistoso que había tomado la cosa, sospechó algo parecido á lo que sucedía.

—¡Aquí está el infame! dijo el de Villena dando un paso hacia él.

—¿Me vendíais, traidores? gritó don Nuño.

Los dos le indicaron con el gesto que no eran ellos, sino Rompetejas.

—Cien ducados más á cada uno, les dijo entonces don Nuño con violencia, si me prestáis ayuda.

Los dos hombres se pusieron en seguida al lado del de Torre la Selva.

—¡Villanos! dijo Rompetejas.

—¡Dejadles que vengan! murmuró el de Villena.

Entonces empezó esa lucha de cinco hombres que Beatriz vió desde la ventana de la ermita creyendo que los cuatro lidiaban contra el marqués. Rompetejas se había unido á éste y no dejaba de menudear en verdad los tajos y cuchilladas. Don Nuño echaba espuma de rabia.

—¡A mí, traidor! ¡á mí, infame malandrín! gritaba el de Villena á don Nuño.

En medio del combate sus espadas llegaron á encontrarse.

—Ahora veremos, dijo el marqués, ahora veremos quién puede más, cobarde.

Digitized by Google

Don Nuño peleaba ciego de cólera, y conocida es ya la maestría del de Villena en el manejo de la espada. El combate fué corto por lo mismo. El pobre señor de Torre la Selva cayó sin exhalar un grito, atravesado el pecho por el acero de su noble contrario. En cuanto vieron caer á don Nuño, los dos bribones volvieron las espaldas y tomaron soleta más que de prisa.

Rompetejas lanzó una carcajada.

—¡Mirad, mirad como corren! ¡Ni galgos!

Y se volvió hacia el de Villena al que halló inmóvil junto al cadáver de don Nuño, la espada baja y la cabeza inclinada como para escuchar.

—¿Qué es eso? ¿qué tenéis? preguntó Rompetejas.

—Me había parecido... dijo el marqués, me había parecido oír un grito de una mujer, de una persona amada, pero...

—Quizá sería de la dama.

—¡La dama! ¿qué dama?

—Una á quien veníamos escoltando en una litera por orden de este bribón, dijo Rompetejas dando con el pie al cadáver.

—¡Oh! ¡habéis venido con una dama! ¿Y dónde, dónde está? preguntó con ansiedad el marqués.

—Desmayada la hemos entrado en la ermita.

—¡Dios mío! si será...

Y sin acabar la frase, el noble caballero corre hacia la ermita, penetra en ella, empuja una puerta que se le interpone y, ¡tierra y cielo! el de Villena encuentra á su amada moribunda, á su esposa tendida en el suelo revolcándose en la sangre que brota de una herida en el pecho y auxiliada por el venerable monje que acudiera al ruido.

Beatriz, al ver á su esposo, quiso incorporarse, quiso hablar, pero sólo pudo levantar una mano, dirigirle una mirada, y en el acto mismo, vencida por el esfuerzo, dejó caer la cabeza y espiró.

Digitized by Google

El de Villena lanzó un grito horroroso, y se precipitó sobre el cuerpo de su querida esposa.

—¡Beatriz! ¡Beatriz, amada mía! gritaba el noble caballero con el acento del dolor y de la desesperación. ¡Oh! ¡y el asesino! ¿Dónde está el asesino? ¡Quiero beber su sangre! Padre, continuó el caballero dirigiéndose al monje y mirándole con ojos extraviados, decid, decid, vos debéis saberlo, ¿dónde está el asesino?...

—¡Dios le ha castigado ya! dijo en esto una voz grave que sonó á espaldas del de Villena.

Este se volvió y vió de pie á pocos pasos de distancia al trovador Arnaldo que acababa de entrar en la habitación. El joven estaba pálido, pero horriblemente pálido. El marqués se levantó y se dirigió á él.

—¡Arnaldo! ¡Arnaldo! ¿Dios le ha castigado, decís? ¿Pues qué, ha muerto ya?

—Peor aún, contestó el joven sin separar los ojos del cadáver de Beatriz.

—¿Cómo?

—Está loco.

—¡Loco! ¡Arnaldo! ¡Arnaldo! decid, ¿luego vos sabéis quién ha sido el asesino?

—Sí.

—¡Oh! ¿quién? ¿quién?

—Su hermano.

—¡Misericordia de Dios!

—Volvía yo en compañía de unos caballeros, dijo el trovador con una voz triste y conmovida, pero sin separar los ojos del cadáver. Regresábamos á Segovia por un sendero inmediato, cuando hemos visto que se nos acercaba un hombre con el traje en desorden, los cabellos erizados, los ojos desencajados, fuera de sí y manchado de sangre. Era don Fadrique de Guzmán.—¡Don Fadrique! han exclamado algunos de la comitiva sorprendidos.—¡Silencio! ha contestado él con voz sepulcral;

Digitized by Google

pero en seguida, lanzando una carcajada, ha añadido:—¿No lo sabéis? ¿no os lo han dicho?... ¡acabo de asesinar á mi hermana! Allí está, allí la dejo... en la ermita del Parral. ¡Era la esposa del de Villena y ya es esposa de la muerte! Y dichas estas palabras, que á todos nos han dejado mudos, helados de terror, ha vuelto á lanzar una carcajada y se ha puesto á dar saltos de salvaje alegría en mitad del camino. Su razón estaba perdida, perdida completamente. Los caballeros se han encargado de él, y yo... yo he venido á rezar junto al cadáver.

El de Villena oyó esta relación sin decir nada, sin dar la menor señal de vida en su rostro, casi estúpido en aquel instante.

En seguida, se puso de rodillas y plegó las manos, señaló á Arnaldo un sitio al otro lado del cuerpo de Beatriz, indicó con el gesto al monje que se arrodillara á su cabeza, y se puso á rezar en alta pero trémula voz.

Arnaldo cayó de hinojos, pero cada vez estaba más pálido. Parecía que iba á morir también, tan cadavérico se puso su semblante.

Los tres hombres permanecieron allí largo rato, rezando en alta voz é interrumpiéndose á veces por algún rebelde sollozo que escapaba al pecho oprimido del de Villena.

Barcelona, 1851.

FIN DE «EL DEL CAPUZ COLORADO».

Digitized by Google

Digitized by Google

LA

DAMISELA DEL CASTILLO

Digitized by Google

Digitized by Google

Esta novela ha tenido cinco ediciones anteriores á esta.

Se publicó por primera vez en Barcelona, el año 1850, por los editores Sres. Llorens.

Formó parte en 1864 de la colección de novelas del autor que con el título de *Cuentos de mi tierra*, dió á luz en Barcelona D. Salvador Manero.

En Madrid y en 1879 la publicó en su folletín el periódico *La Mañana*.

Fué reproducida en un tomo el año 1880, imprenta de Cao y Val, Madrid.

Su quinta edición apareció en Barcelona, año de 1887, un tomo, imprenta de Manero, hijo.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA DAMISELA DEL CASTILLO

I

Principio quieren las cosas.

A muy corta distancia de la villa de Granollers se levantan las ruinas grandiosas del que fué un día castillo de La Roca, cuyas ruinas, por los vestigios que aun parecen mostrar con orgullo, dan á conocer todo lo que de esplendor, riqueza y opulencia tuvo en épocas pasadas aquella señorial morada.

En el año 1130 pertenecía este castillo al opulento señor y caballero En Galcerán de la Roca, quien vivía allí retirado en compañía de su linda nieta, preciosa y seductora joven de catorce años, que era conocida en toda la comarca por *la Damisela del Castillo*, á causa de ser la única y legítima heredera de los bienes y títulos del anciano señor. El nombre de esta niña era Dulce. Se lo dieran sus padres en memoria y grata recordanza de la célebre condesa Dulce, heredera de los condes de Provenza, la cual, al enlazarse con el de Barcelona, Ramón Berenguer III, llamado *el Grande*, le hubo de traer en dote aquellas pingües po-

Digitized by Google

sesiones que tanto debían contribuir al aumento de gloria y de cultura en las catalanas tierras.

Estos dos personajes, es decir, la niña Dulce y su abuelo el buen viejo Galcerán, venerable anciano de blancas barbas y nevada cabellera, constituían todo lo que quedaba de la familia numerosa de La Roca.

Cuatro hijos había tenido En Galcerán, y los cuatro habían muerto á su lado, en el campo de batalla, peleando como buenos y como nobles, vertiendo generosamente su sangre en defensa de la patria y de las señeras de sus mayores. Fué Galcerán de La Roca uno de aquellos nobilísimos barones que se agruparon junto al niño Ramón Berenguer, cuando éste quedó sumido en triste y desastrosa orfandad, á causa de la muerte violenta de su padre Ramón Berenguer II, *Cap de Estopa*, asesinado por su propio hermano Berènguer Ramón, á quien la historia y la posteridad debían luego llamar *el Fratricida*. El caballero de La Roca no abandonó un solo instante al huérfano mancebo de la casa condal de Barcelona, y cuando éste subió al trono, desaparecido ya de la escena histórica su tío el fratricida, le siguió en todas sus campañas, le acompañó en todas sus empresas, y fué una de las más grandiosas é interesantes figuras de aquella peregrina época de Ramón Berenguer *el Grande*, época heroica y caballeresca, deliciosamente embellecida por las hazañas, las conquistas, la poesía, las tradiciones y las leyendas.

Una de las empresas en que más se distinguió el caballero de La Roca fué la de Mallorca. Sabido es que la conquista de esta isla fué llevada á cabo por el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, muchos años antes que la realizara de nuevo, y y entonces de un modo definitivo, su glorioso de cendiente Jaime *el Conquistador*. La república c Pisa, que á cada instante se veía molestada pc

Digitized by Google

los árabes baleares, decidió en 1113 arrojarse sobre las islas, ahogando en su propia guarida á aquella turba de insaciables piratas. La tempestad interrumpió el viaje de los cruzados y arrojó su flota á las costas de Cataluña, que al pronto hubieron de tomar los engañados pisanos por las de Mallorca. No tardó empero en desvanecerse su error; no era tierra de enemigos á la que habían abordado, lo era de aliados, pues no tardaron en serlo suyos los catalanes. Al saber que Pisa se arrojaba denodada á la expedición contra Mallorca, Cataluña quiso compartir sus peligros y su gloria. También conservaban los catalanes recuerdos amargos de los piratas baleares; también más de una vez habían tenido que llorar sus osadas expediciones y sus aventurados golpes de mano. ¿Cómo, pues, ya que tan larga cuenta habian de pedir á los moros de Mallorca el día de la venganza, no habían de unir sus armas con las de los pisanos y ser partícipes de la cruzada?

Las playas de San Feliu de Guixols y de Blanes, playas que fueron verdadera cuna de la marina catalana, presenciaron un día la conferencia del conde barcelonés con los caudillos pisanos. Convínose en que hermanarían sus armas y unidos acometerían la empresa, siendo el jefe de ella Ramón Berenguer. Este acudió el día designado con una marcial cohorte de nobles catalanes. Figuraban entre los principales capitanes Galcerán de La Roca y sus hijos.

La flota unida de catalanes y pisanos marchó rasgando las aguas del Mediterráneo, que veía acercarse el instante en que iba á ser su señor el pendón de las gules barras. Ibiza la primera probó el valor de los cruzados, y la capital de Mallorca no tardó en ver á los dos ejércitos hermanos, enazados sus pendones, llegar hasta el pie de sus muros y allí clavar atrevidos sus tiendas. Más de

Digitized by Google

seis meses duró el cerco, lleno de rasgos y episodios de gran valor histórico; y si valientes en defender su ciudad querida se mostraron los moros, denodados en atacarla fueron los sitiadores. Sucumbió por fin la capital tras desesperada resistencia en abril de 1115, y por vez primera, orgulloso penacho de sus torres, el pendón catalán ondeó triunfante en el árabe alcázar.

Galcerán de La Roca perdió á dos de sus hijos en esta campaña.

El tercero murió en el asalto del castillo de Fossis en Provenza. Se había rebelado esta fortaleza negando al conde su obediencia. Ramón Berenguer, que debía pasar casi por junto á sus muros, no quiso dejarla sin castigo, y cercándola con la sola ayuda de los barceloneses que llevaba en su escolta, la asaltó y conquistó, siendo el mismo conde el primero que llegó á lo alto de la torre donde tremolaba la señera rebelde, la cual arrojó por sus manos al foso, arbolando en su lugar la bandera señorial de Barcelona. Dos guerreros subieron con el conde á la muralla: Galcerán de La Roca y su hijo. Este murió á los pies del conde y de su padre, sirviéndoles de escudo con su cuerpo.

El último, por fin, fué otra de las víctimas de la rota funestísima de Corbins, sangrienta jornada que ganaron los moros, llenando de luto, de terror y de consternación á Cataluña toda.

Este postrer hijo de Galcerán de La Roca dejó al morir una niña de pocos meses, Dulce, de quien, cuando aun no había cumplido los dos años de su edad, se separó su madre Azalaida dejándola al cuidado de una dueña. Impelida por un voto religioso, Azalaida hubo de partir á la Tierra Santa.

Era aquella la época de las cruzadas. Había empezado á correr como rumor válido entre el vulgo que llegados eran los mil años mencionados en el

Digitized by Google

capítulo XX de *Las revelaciones*, y que de un momento á otro debía aparecer Cristo en Palestina para juzgar á la humanidad. Esto hizo que se emprendieran numerosas peregrinaciones á los Lugares Santos, donde sólo había ido hasta entonces, de vez en cuando, algún pobre romero lleno de fe ó algún poderoso noble, á quien para castigo de ciertos delitos se ordenaba una peregrinación á la Tierra Santa por los prelados de la Iglesia. A la vuelta de su largo viaje, quejábanse amargamente los peregrinos de los malos tratamientos de los infieles y de la profanación de los lugares en que cumplido se habían los santos misterios del cristianismo.

Sucedió entonces que un pobre monje que vivía solitario, lejos del mundo y de su vana pompa, vistióse el sayal del penitente, empuñó el bordón del peregrino, y quiso ir á orar ante el sepulcro de Cristo. Mucho tiempo permaneció ausente, y cuando volvió, se dijo que el espíritu de Dios le había iluminado. Fué de pueblo en pueblo, de casa en casa, de castillo en castillo, de reino en reino; todos escuchaban con trasporte sus palabras, que tenían algo de delirante y de profético, y todos empezaron á mirarle como un enviado de la Providencia. Predicaba una cruzada á la Tierra Santa para rescatar el sepulcro de Cristo del poder de los infieles, y poco á poco el entusiasmo que arrebataba en éxtasis al iluminado peregrino, fué ganando al Papa, á los soberanos, á los señores, á los pueblos. Aquel pobre vagabundo del bordón y del sayal les dijo que se levantaran y se levantaron, que se armaran y se armaron, que partieran y partieron. Fijo su pensamiento en la edención de los Lugares Santos, huestes enteras narcharon, guiadas por el eremita, en busca del riunfo ó del martirio. El hombre que así arrojaba ıl Occidente sobre el Oriente era Pedro el Ermitaño.

Digitized by Google

Lo mismo que había conmovido á los demás pueblos, esta fiebre de religiosa gloria conmovió también á Cataluña. Muchos catalanes se hicieron soldados de la Cruz. A libertar el sepulcro de Cristo, impelidos por el entusiasmo y fervor que se apoderó de los corazones. partieron entonces Gerardo, conde del Rosellón, uno de los que debía entrar con los primeros en la Ciudad santa; Guillermo, conde de Cardona; Ramón de Moncada; Guillermo de Canet, que ilustró su nombre con sus victorias; el caballero Vilamala, consejero y amigo de Godofredo de Bouillón; el barcelonés Azalidis; Ramón Pedro de Alberá, señor del pueblo de la Marca; y otros muchos cuyos nombres mencionan detalladamente ciertas històrias, no faltando tampoco, para coronar el cuadro, al decir de las crónicas, una dama llamada Azalaida, la cual entró intrépidamente, vestida de guerrero, en las galeras que llenas de cruzados zarparon del puerto de Barcelona.

Esta Azalaida, de que nos hablan las historias catalanas, era la viuda del hijo de En Galcerán, muerto en la desgraciada rota de Corbins, la madre de la niña Dulce. Cumpliendo con un voto religioso, del cual no se creyó autorizado á relevarla el prelado barcelonés, partió para aquella aventurada expedición, dejando confiada su hija á los cuidados de su abuelo y de una dueña, servidora antigua y fiel de la familia. Jamás se había vuelto á saber de Azalaida. Doce años hacía que partiera y aun no había vuelto.

La pobre Dulce había ido creciendo lejos de los cuidados maternales, sin haber llegado á conocer á su madre, que se embarcó dejándola en la cuna, y acababa la Damisela del Castillo, según ya hemos dicho que era llamada por todos los súbditos del señor de La Roca, de cumplir los doce años, cuando se retiró á su casa señorial el estrenuo caballero

Digitized by Google

En Galcerán, dando reposo á su lanza y sosiego á su espada por vez primera en su vida. Era ya hora de que aquel hombre, encorvado bajo el peso de los años, fatigado por una vida activa y agitada, se retirase á aguardar el instante de su muerte al castillo de sus mayores, donde las caricias y ternura de su nieta querida podían sólo hacerle olvidar los cuatro hijos que, uno tras otro, había perdido en el campo de batalla, defensores constantes como él, aunque con más infausta suerte, de su señor y de su patria.

II

De como no siempre se quiebra la soga por lo más delgado.

Era uno de los postreros días de julio de 1130. La mañana estaba deliciosa. Los campos extendían sus alfombras de verdura por entre la que se deslizaban mansos arroyuelos rumorosos que desde lejos parecían desplegadas cintas de plata; los árboles dejaban ondear sus penachos verdes, y, escondidos entre su follaje, los parleros pájaros despedían suaves trinos, como si saludaran al día que esplendorosamente comenzaba, rico de sol, de belleza y de armonía.

Contrastaba con la gala de que se mostraba vestida la naturaleza, el tinte sombrío y melancólico que aparecía en el castillo de La Roca. Colgaduras negras pendían de los ventanales góticos, la bandera de la casa flotaba á la mitad del asta en la torre del homenaje, y cuatro trompeteros, riguro-

Digitized by Google

samente enlutados, subían cada hora á la plataforma de la muralla para dejar oír un toque lúgubre y quejumbroso que rasgaba los vientos, enviando á las montañas vecinas su fúnebre armonía. La capilla estaba abierta para los vasallos que quisieran ir á orar en ella, y tres sacerdotes se iban sustituyendo para leer en alta voz los himnos consagrados por la Iglesia á la memoria de los finados. Por fin, los hombres de armas se paseaban silenciosamente por el patio, habiéndose dado orden de suspender durante aquel día todo juego y todo motivo de recreo ó bullicio, mientras que los centinelas, que velaban en la muralla, cumplían con su deber llevando un crespón negro en la punta de su lanza.

Aquella tristeza pública y aquel luto oficial del castillo eran promovidos por la muerte del conde de Barcelona, Ramón Berenguer III *el Grande*, acaecida pocos días antes en la capital de la Marca. Galcerán de La Roca, cuyo corazón se sintió traspasado de dolor á la noticia de este fallecimiento, había dispuesto que por espacio de tres días se consagraran estas públicas y debidas muestras de afecto á la memoria venerada del hombre eminente á quien tanto debía Cataluña.

Sobre las nueve de la mañana serían cuando, viniendo del pueblo de La Roca, llegaba á la puerta principal del soberbio castillo, cuya majestad era realzada aquel día por todo el imponente aparato de luto de que hemos hecho mención, un mancebo de dieciseis años todo lo más. Sus facciones tostadas por el sol eran enérgicamente pronunciadas, y en ellas se leía un rasgo de inteligencia superior á su edad. Sus ojos eran grandes y hermosos, uniendo á su natural atractivo una vaga expresión de melancólica dulzura que esparcía por su rostro un baño de simpatía y sentimiento. Sus cabellos negros caían con descuido y en profusión sobre su cuello, que dejaba en gran parte descubierto una

Digitized by Google

especie de tonelete de color verde oscuro y de manga ajustada, atado á su gallardo talle por un grosero cinturón de cuero. Unos á manera de calzones flotantes le llegaban hasta más abajo de la rodilla, y unos botines que sin disputa habían sido de ante en otro tiempo, pero que estaban ciertamente en bien mal estado y habían perdido ya su primitivo color, le resguardaban los pies. Tal era el sencillo y pobre traje de nuestro joven, en cuyas sueltas y naturales maneras, en cuya apostura, en cuya fisonomía había algo de noble y mucho de simpático.

Al llegar al puente levadizo del castillo, que estaba echado y por el cual se paseaba silenciosamente un centinela, detúvose el mozo y preguntó por la damisela de La Roca, á la cual manifestó deseos de hablar. El centinela miró al muchacho con ese aire de superioridad y profundo desdén que siempre y en todas épocas ha tenido la gente de guerra para con los paisanos.

—Dudo que un villano como tú pueda ver á la noble damisela, dijo el hombre de armas.

El interpelado hubiera podido preguntar si era un noble el que le llamaba villano. Contentóse empero con decir:

—Me interesa hablarle cuanto antes.

El centinela se encogió entonces de hombros, y replicó:

—Llégate al patio de armas y busca allí, si lo encuentras, quien se encargue de tu mensaje.

Y sin más, el hombre armado continuó su interrumpido paseo.

Cruzó el mancebo el puente levadizo y penetró en el patio de armas, después de pasadas las puertas y contrapuertas. Allí vió un grupo formado por tres hombres, dos de los cuales eran visiblemente servidores de baja esfera, á juzgar por su humilde exterior y modesta compostura, mientras que el otro se daba ciertos aires de petulancia y superioridad,

Digitized by Google

que podía sin duda permitirse, puesto que sus dos compañeros no trataban de reprimirle ni censurarle, antes bien manifestaban en sus ademanes estar prontos á obedecer sus órdenes. El que con su cabeza erguida, su estirado cuerpo y sus labios ligeramente prolongados en señal de desprecio y de orgullo indicaba ser ó pretender ser á lo menos superior á los demás, vestía traje de escudero, y contribuían á hacerle antipático sus facciones duras y la mirada llena de malicia y de recelo que se escapaba de sus ojitos pardos.

Aunque con cierta repugnancia, acercóse á él el mancebo, y saludándole con la gorra en la mano, le manifestó sus deseos.

El escudero le miró de arriba abajo.

—¿Y para qué quieres tú ver á la damisela de La Roca? le preguntó.

La altanería y la insolente mirada que en él fijara el escudero habían irritado al mozo. Reprimióse, sin embargo, y contestó:

—Me interesa hablar con ella.

—¿Y con qué objeto, si es que puede saberse? dijo con burlona sonrisa el escudero.

—Yo me lo sé.

—¡Oiga el rapazuelo! ¿Quién ha enseñado al villano á contestar de esta manera á sus señores?

—Yo no tengo señores, y en caso de tenerlos no seríais ciertamente vos el que yo elegiría.

—Su señoría me perdone, dijo el escudero con satírico acento, al propio tiempo que se quitaba la gorra y le saludaba con aire de cruel sarcasmo. No sabía yo que se nos hubiese entrado por esas puertas un caballero disfrazado. ¿Quiere su merced descansar un rato? ¿Desea su señoría que se le abra de par en par la sala de ceremonias, donde podrá recibir el homenaje de sus humildes y respetuos simos vasallos? ¿O mejor será tal vez que se pas orden á la noble damisela de La Roca y á su re

Digitized by Google

petable abuelo el señor En Galcerán para que salgan á recibir á tan cumplido caballero...?

La frente del mancebo se enrojeció, y bien hubiera podido conocer cualquier ojo escrutador que hacía interiormente visibles esfuerzos para dominarse. Sus labios, empero, no se desplegaron, y permaneció mudo á los sarcasmos del escudero.

—Acabemos por fin, dijo éste cambiando bruscamente de tono y de modales. ¿Para qué quiere ver el mozalvete á la señora? Responda pronto, ó le mando echar fuera como á un perro.

Si el escudero se hubiera limitado á la primera parte de lo que dijo, de seguro le hubiera contestado el mancebo, no obstante el tono de insolencia con que fué hecha la pregunta; pero las últimas palabras acabaron de exasperar al joven, quien encasquetándose con desenfado la gorra, exclamó:

—No tendréis que tomaros la molestia de echarme, porque ya me voy.

Y volviendo la espalda, se dirigió hacia la puerta de salida.

Hombre era el escudero tan bajo y ruin con sus superiores, como provocador y audaz con sus inferiores.

—Cogedme á ese deslenguado rapaz, gritó, en tono de autoridad, á los dos servidores de quienes dejamos hecha mención.

Los criados se apresuraron á obedecer, como si recibiesen la orden de quien podía dársela en efecto. Al sentir el joven las manos de los dos mercenarios sobre sus hombros, se desasió de ellos con un arranque varonil y un movimiento que revelaba fuerzas musculares casi superiores á su edad. En seguida, volviéndose al escudero, exclamó:

—¿Qué me queréis? Nada tengo ya que hacer aquí, puesto que no me es posible ver á la damisela.

—¿Qué es lo que te quiero...? Quiero saber con qué objeto has venido aquí.

Digitized by Google

—¿Y si yo no quisiera decíroslo?

—¡Por los clavos de Cristo! exclamó el escudero, que á veces se permitía jurar como un noble. Yo te juro que no saldrás de este castillo, como no hayas revelado antes las intenciones que te han traído.

—¿Y quién sois vos para obligarme á semejante interrogatorio?

—Soy quien puede.

—Pues yo no reconozco más superior que la damisela Dulce, y sólo á ella contestaré.

—Yo te interrogo en nombre del caballero En Galcerán de La Roca, tu señor natural y legítimo si eres de esta comarca, y en representación suya te exijo que me contestes.

Con una firmeza que revelaba un temple de alma superior á su edad, el joven se cruzó de brazos, y no contestó.

El escudero no quería que su autoridad quedase desprestigiada á los ojos de sus inferiores.

—Por primera y por segunda amonestación, dijo, se te requiere para que reveles las intenciones con que te has introducido en este castillo.

El joven permaneció impasible y mudo.

—Por tercera vez se te manda que descubras los intentos que aquí te han traído acaso con mal fin.

Ninguna contestación recibió tampoco el escudero.

—Ponédmele en el cepo hasta que se le desate la lengua, gritó éste.

—¡A mí! ¡á mí al cepo! exclamó el mancebo dando un paso atrás y cerrando los puños como si se dispusiera á resistir.

Los servidores, que habían hecho un movimiento, se detuvieron.

—Os he dicho que me le pusierais en el cepo, gritó el escudero con tono que no admitía réplica.

A la puerta ó en el patio de armas de casi todos

Digitized by Google

los castillos había entonces un cepo, al cual se aplicaban los muchachos desobedientes ó los criados y mozos que cometían alguna falta. Por medio de un anillo de hierro se ataba al paciente el pie derecho, y por otra la mano izquierda, exponiéndole así por espacio de algunas horas á la vergüenza y á la burla de todos.

Los servidores se dispusieron á cumplir la orden de Erasmo, que así se llamaba el escudero, pues todos estaban acostumbrados á obedecerle sin réplica. Era Erasmo un hombre malo, un corazón perverso. Sólo gozaba cuando podía hacer daño, y tenía algo de la hiena á la que, como es sabido, le agrada cebarse en sus presas. Todos le odiaban en el castillo, pero por lo mismo, como siempre sucede, todos le obedecían sumisos. El buen caballero de La Roca, que se cuidaba poco de los asuntos domésticos, tenía cierta tolerancia con Erasmo, que era, por otra parte, muy sumiso y muy humilde cuando estaba delante de su señor, y que escudado por la protección que se le dispensaba, á todo se atrevía, obrando con los demás criados con una verdadera superioridad y un despotismo de dueño.

Los servidores á quienes Erasmo había dirigido la palabra, se acercaron al joven para sujetarle, pero hubieron de sostener con él una verdadera lucha, promoviéndose grande ruido y escándalo y acudiendo con este motivo otros varios servidores, asombrados todos de que así, en día de tan solemne luto, fuese turbado con descompasadas voces y desusada gritería el silencio que debía reinar en la fortaleza.

Mientras que esto tenía lugar y en tanto que los criados, á la orden de Erasmo, acababan de sujetar, no sin pena, al esforzado mancebo, arrastrándole al cepo y aprisionándole en él, de otra escena muy distinta era teatro cierta estancia del castillo. Una hermosa doncella, de tez sonrosada, ojos azules y

Digitized by Google

cabello rubio como una madeja de oro, estaba sentada en un cojín á los pies del caballero de La Roca, oyendo con gran atención al buen anciano, que, medio recostado en un ancho sitial, le contaba las glorias de Ramón Berenguer *el Grande* y las grandiosas empresas en que había tomado parte. Atendía la joven Dulce con embeleso á la conversación del viejo y achacoso caballero que, contra la costumbre general de la época, era más bien el padre que el señor de sus vasallos. Narraba el buen Galcerán, con toda la franca naturalidad de su carácter, los más señalados hechos de la vida del conde de Barcelona, extendiéndose particularmente en relatarle el viaje de Ramón Berenguer á Provenza, á Génova y á Pisa, á donde pasó con una gran flota, la mayor que los catalanes habían puesto entonces en el mar, y con una lucida y numerosa corte de barones y caballeros. Contaba el caballero de La Roca á la doncella cómo esto lo había hecho Cataluña con el doble objeto de defender la persona de su conde soberano y también de granjearle respeto y autoridad ante las repúblicas italianas, por aquel entonces poderosísimas en fuerzas navales; cómo había sido recibido Ramón Berenguer con el aplauso y la ostentación debidos á su nombre y fama; cómo había perorado en el senado de Génova acerca de sus planes y designios, mereciendo que aquella señoría le prometiese su franco y leal apoyo; cómo Pisa lo había recibido con mayor triunfo todavía, habiendo salido á recibirle los ciudadanos en solemne procesión, acompañándole y agasajándole cual á uno de los grandes héroes y capitanes del siglo; y cómo, por fin, había hecho tributarias á Génova y á Pisa, las dos grandes potencias navales de entonces, que por haber faltado á ciertos tratos, hubieron de satisfacer á Cataluña el duro tributo de diez onzas d oro por cada buque que enviasen á nuestras costas

Digitized by Google

Tan embelesadamente absorta estaba la linda Dulce oyendo la narración de su abuelo, que no reparó en el alboroto promovido en el patio del castillo, al cual daban las ventanas de la estancia. No así el anciano caballero, que suspendió de pronto el relato para prestar mejor el oído á las voces que llegaban del exterior.

—¿Por qué os interrumpís? preguntó Dulce.

—¿Qué ruido es ese? preguntó á su vez el anciano indicando una de las ventanas entreabiertas.

La damisela prestó atención.

—En efecto, algo sucede, dijo. Son gritos ahogados y ruido como de una pelea. Alguna riña entre los hombres de armas. Voy á verlo.

Y poniéndose en pie, fué de un salto á colocarse junto á la ojiva, subió el escalón de la misma, y dirigió su vista al patio.

—Señor abuelo, exclamó con acento doloroso, están atando un joven al cepo.

—¿Y quién ha mandado eso?

—Erasmo, por lo que veo, dijo la damisela que miraba al escudero con secreta adversión.

—¡Erasmo! ¿Y cómo se permite...? A ver, á ver, Dulce, hija mía, ayúdame á asomarme. Quiero ver lo que pasa.

Dulce corrió á ofrecer el brazo á su abuelo y le acompañó hasta la ojiva.

Los sirvientes habían por fin logrado sujetar al muchacho y acababan de atarle al cepo. Con la lucha desesperada que había sostenido se había roto el tonelete del mancebo, y en su rostro se veían algunas gotas de sangre causadas por ligeros rasguños.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa aquí, Erasmo? gritó con voz colérica En Galcerán desde la ventana.

A este acento, de todos tan conocido, los servidores se hicieron atrás dejando en descubierto el cepo y el joven, que apartando el cabello con la

Digitized by Google

mano que tenía libre, alzó sus ojos á la ventana tropezando con los hermosos de Dulce clavados en él. Aquellas miradas al cruzarse debieron decirse algo.

Erasmo, por su parte, se descubrió con el mayor respeto, y alzando la cabeza dijo con cierto tono, muy distinto á la verdad del que había seguido usando hasta entonces:

—Señor, es un rapaz que se ha introducido en el castillo pretendiendo hablar á la damisela Dulce, y que sin duda venía con malos fines, pues no sólo se ha negado á responder á las preguntas que se le han hecho, sino que ha hablado con tono insolente, faltándome al respeto cuando me le he dirigido en nombre de vuestra señoría.

—¿Y por qué no hacerme dar aviso si pretendía hablarme? exclamó la damisela terciando en la conversación.

El escudero se mordió los labios é hizo un profundo saludo á la doncella. El abuelo veía por los ojos de ésta y obraba según ésta quería.

—En efecto, preguntó, ¿por qué no hiciste pasar aviso?

—Señor, dijo Erasmo; se ha insolentado desde las primeras palabras. Ni siquiera ha querido decir su nombre.

La voz del joven se alzó entonces simpática y pura.

—Nadie me lo ha preguntado, señor caballero, dijo.

—Hacedle subir, padre mío, dijo la hermosa niña, la cual se valía de esta tierna palabra de padre cada vez que deseaba conseguir algo de su abuelo. Le interrogaremos. Ese Erasmo tiene un mal corazón, padre mío, mientras que el aspecto de ese joven es muy agradable.

Erasmo iba á contestar al mentís que acababa de darle el mancebo, cuando sonó la voz de El Galcerán.

Digitized by Google

—Desatad á ese muchacho y que suba.

Y dicho esto, el anciano y su nieta se apartaron de la ventana.

Los criados del castillo, que gozaban en la confusión y vergüenza de Erasmo, se apresuraron á obedecer la orden del caballero. El mancebo fué desatado y se le condujo á la estancia del señor de La Roca.

Recibióle este sentado en un sillón, teniendo á sus pies á la damisela, que se apoyaba en una de sus rodillas. El joven entró en la cámara con vacilante paso, conmovido.

—¿Cómo te llamas, joven? preguntó En Galcerán con cierto tinte de severidad en la voz que creyó oportuno deber tomar.

—Me llamo Rogerio, señor caballero.

El señor de La Roca le preguntó entonces por lo que había pasado en el patio, y Rogerio le contó la escena con acento de franqueza, sin ocultar nada.

—¿Y por qué pretendías ver á la damisela? dijo En Galcerán suavizando el tono de su voz, pues iban ganando terreno en su corazón los nobles modales y simpáticos rasgos del mancebo.

—Señor caballero, hanme dicho que la damisela Dulce posee un bálsamo de virtud tan ejemplar, que cicatriza en breve tiempo cualquiera herida, por antigua que sea. Ahora bien, mi pobre abuela se halla enferma hace mucho tiempo á causa de una herida que se hizo en la pierna, y al ver que sus sufrimientos se aumentaban, habíame dirigido esta mañana al castillo para pedir por caridad un poco de ese bálsamo á la damisela.

—Esto es verdad, señor abuelo, dijo Dulce. El bálsamo de que habla ese mancebo es el que me regaló aquel peregrino que vino de los Santos lugares.

—¿Y cómo se llama tu abuela, joven?

—Se llama Amaltrudis, señor caballero.

Digitized by Google

Galcerán de La Roca hizo un movimiento.

—¿Amaltrudis, la viuda acaso de mi buen servidor Ermengaudo, el que murió en la batalla de Corbins junto á mi infeliz hijo?

—La misma, señor caballero.

El señor de La Roca estuvo reflexionando un momento cómo podía ser nieto de Amaltrudis aquel joven, cuando sus recuerdos no le traían á la memoria que Ermengaudo hubiese tenido ningún hijo. Dejando sin embargo para otra ocasión el aclarar esto, se inclinó hacia Dulce y le dijo que Ermengaudo había sido un vasallo suyo muy fiel, el cual había muerto peleando al lado de su hijo, y por consiguiente del padre de Dulce.

—¿Cómo Amaltrudis, preguntó el caballero, no ha venido jamás á este castillo, en dos años que vivo yo retirado en él?

—Porque hace ya más de dos años, señor caballero, que mi pobre abuela está enferma,sin haber podido salir apenas de la pobre casita en que vivimos.

—¡Enferma! ¿No habrá pues tenido necesidad de su antiguo señor cuando no ha acudido á mí haciéndome saber su estado?

Rogerio se calló y Galcerán vió asomar una lágrima en sus ojos.

—Joven, dijo el señor de La Roca, ¿supongo que nada habrá necesitado, que nada le habrá faltado á Amaltrudis?

Rogerio prosiguió mudo.

—Contesta, mancebo. Dí la verdad.

—Señor, respondió Rogerio, la verdad es que la enfermedad y la miseria entraron el mismo día en nuestra morada. Sólo Dios sabe, señor caballero, lo que en estos dos años hemos sufrido mi abuela y yo.

Hubo un instante de penoso silencio, que fué interrumpido por el anciano.

Digitized by Google

—¿Y Amaltrudis no sabía que aquí estaba su señor? ¿No podía acudir á él?

—Una vez lo intentó. Enferma y débil como se hallaba, pudo un día llegar hasta las puertas de este castillo para hablar al señor caballero ó á la damisela, pero...

—¿Pero qué?

—Fué despedida sin que se le permitiera hablar á uno ni á otra.

—¡Despedida! ¿Y quién se atrevió á despedir de mi casa á la viuda de mi fiel Ermengaudo?

El joven no contestó. Galcerán de La Roca apartó suavemente el brazo de Dulce, que lo tenía descansando en su rodilla, y se puso en pie.

—¿Quién se atrevió á despedirla de mi casa? Dí, ¿lo sabes tú?

—Yo la había acompañado y estaba con ella.

—¿Quién fué?

—¡Señor...!

—Te pregunto quién fué, joven.

—Fué el mismo escudero que ha mandado ponerme en el cepo.

—Hoy mismo quedará despedido á su vez, y en cuanto á Amaltrudis...

—En cuanto á Amaltrudis, interrumpió la Damisela, queda á mi cargo, padre mío. Esta tarde iré yo misma á visitarla llevándola el bálsamo y todo lo que pueda necesitar. Rogerio, id á decírselo así á vuestra abuela, y decidla también que de hoy en adelante vos sois paje de la damisela de La Roca. ¿No es verdad, padre mío?

El anciano abrazó á su hija, besándola en la frente.

—Mi pobre abuela os deberá la vida, señora mía, y yo sabré consagraros mi existencia, exclamó el nuevo paje cayendo de rodillas y besando la orla del vestido de Dulce.

Al día siguiente, Erasmo recibía la orden de sa-

Digitized by Google

lir del castillo y Rogerio comenzaba á ejercer sus funciones de paje.

No se volvió á oír hablar de Erasmo por el pronto. Había desaparecido. No obstante, los que se preciaban de conocerle un poco á fondo, decían que, al partir del castillo, había hecho un juramento de venganza, y que Erasmo era muy hombre para no echar en olvido un juramento de esta clase.

III

Como de donde menos se piensa salta la liebre.

Comenzó Dulce á tomarle tanto cariño á su paje, que no podía estar sin tenerle cerca de su persona. Como era decidor y sabía acompañarse perfectamente con el arpa, lo cual aprendiera de un trovador que vivió en el pueblo algún tiempo, le hacía cantar amorosas trovas, jugaba con él en el parque, y le elegía para compañero en sus paseos, excursiones y partidas de caza, sucediendo que mientras los escuderos y demás comitiva seguían á respetuosa distancia la hacanea de Dulce, el paje Rogerio tenía siempre el privilegio de cabalgar al lado de la damisela y dirigirla á todas horas y á cada momento la palabra.

Esta intimidad, por estrecha que fuese, no podía inspirar á nadie desconfianza ni recelo. Eran ellos dos niños, y el caballero de La Roca gozaba en ver á su nieta contenta siempre y feliz, cuando antes, por el contrario, estaba siempre triste.

La damisela se había acostumbrado á mirar á Rogerio como un hermano, y le trataba con una

Digitized by Google

ternura y afecto verdaderamente fraternales. La mayor parte de las veladas las pasaba el paje cantando trovas catalanas, que eran muy del gusto de la damisela, pero entre ellas ninguna complacía tanto á Dulce, como cierta canción que Rogerio cantaba con simpática y melancólica dulzura y que la hermosa joven oía con lágrimas en los ojos y siempre presa de una secreta emoción.

Así decía la trova:

La nineta n' era rossa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor!

—

Son pare la vol casar
ab En Jordi d' Aragó.
—«Assó no ho fareu, mon pare,
si es que no voleu ma mort,
que ja n' estich jo promesa
ab lo fill de Na Melció,
y m' ha dat l' anell de plata
y las arracadas d' or.»
La nineta n' era rossa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor!

—

—«Jo 'us ne guardaré, ma filla,
que avans perdría mon nom.
La torre del homenatge
ne té una negra presó,
y allí 'us estareu, soleta,
sens plaher y sens conhort,
fins á tant que 'us casareu
ab lo qui 'us destino jo.»
La nineta n' era rossa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor!

—

—«Auraneta viatjadora
dígali al mèu aymador
que presa n' estich per ell
y que 'm tregui de presó.»

Digitized by Google

—«Baixau per aquesta escala,
senyora de la mia amor,
que mon caball nos espera
pera portarnos als dos.»
La nineta n' era rosa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor!

—

Ja son pare se 'ls presenta
de sos ulls brollantne foch.
—«Mal robador de doncellas,
que Dèu te dò mala mort.»
Al dematí 'ls enterraban
en una tomba á tots dos.
Caminant, quan aquí passes,
dígasne: «¡Dèu los perdó!»
La nineta n' era rossa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor! (1)

---

(1) La muchacha era rubia, era rubia como un sol. ¡Amorosa Ana María, robadora de mi corazón!

Su padre quiere casarla con don Jorge de Aragón.—«Eso sí que no lo haréis, mi padre, si es que no queréis mi muerte, que ya estoy yo prometida con el hijo de doña Melchor, y me ha dado el anillo de plata y los pendientes de oro.»—La muchacha era rubia, etc.

—«Ya os guardaré yo de ello, hija mía, que antes perdiera mi nombre. La torre del homenaje tiene una oscura cárcel, y allí os estaréis, solitaria, sin placer y sin consuelo, hasta que os caséis con aquel que os destino.»—La muchacha era rubia, etc.

—«Golondrina viajadora, dile á mi amador que presa estoy por él y que venga á sacarme de la cárcel.»—«Bajad por esta escala, señora del amor mío, que mi caballo nos aguarda para llevarnos á entrambos.»—La muchacha era rubia, etc.

Ya su padre se presenta ante ellos brotando fuego sus ojos. —«¡Mal robador de doncellas, que Dios te dé mala muerte!» Por la mañana los enterraban en una misma tumba á los dos. Caminante, cuando pases por aquí, diles: «Dios os haya perdonado.»

La muchacha era rubia, era rubia como un sol. ¡Amorosa Ana María, robadora de mi corazón!

Digitized by Google

Ni la más ligera nube venía á turbar la intimidad de los dos jóvenes. Cada día más adicto el paje á la damisela; cada día más contenta la damisela del paje. Así fueron trascurriendo días, así fueron pasando meses, así pasaron por fin dos años. Las ilusiones infantiles desaparecieron gradualmente para hacer lugar á otras impresiones y á otras emociones más serias, y el mejor día Rogerio se encontró con que amaba á Dulce, Dulce con que amaba á Rogerio.

Era natural, bien mirado, que así sucediera. Ni el paje tenía un alma de hielo, ni la damisela un corazón de mármol. Los dos eran niños, los dos inexpertos, los dos inocentes, y la inexperiencia, la niñez y la inocencia son tres puentes de que se vale el amor para salvar los abismos.

La damisela había cumplido los dieciseis años y era hermosa como un rayo de sol. Con sus blondos cabellos que bajaban á juguetear sobre su seno de nieve, con sus ojos azules en cuyas límpidas córneas parecía reflejarse el color del cielo, con su talle esbelto cual la palma que se balancea en el desierto, era una de esas poéticas visiones como más tarde las debían hallar en sus calenturientos sueños de artista esos dos grandes monarcas de la pintura á quienes el mundo conoce con los nombres de Rafael y de Murillo.

Rogerio, que había comenzado por admirarla como se admira á un ángel, acabó por adorarla como se adora á una mujer.

Ambos jóvenes se amaban, pero sin haberse dicho una sola palabra de amor. Se amaban con ese afecto que tiene algo de ternura, con esa ternura que tiene algo de delirio, con ese delirio que participa del éxtasis. ¿Qué importaba que sus bocas no se hubiesen abierto para decírselo, si demasiado se lo habían dicho sus corazones y sus ojos, demasiado se lo decían, á ella el rubor de su

Digitized by Google

frente cada vez que veía á Rogerio, á él los latidos descompasados de su pecho cada vez que veía á Dulce?

En tal estado se hallaban las cosas, cuando á la caída de una tarde de verano, marciales sonidos resonaron de pronto en los alrededores, por lo común solitarios, del castillo, y pudo ver el vigía que velaba en la torre del homenaje aproximarse una numerosa tropa de ginetes montados en soberbios corceles.

Al llegar esta comitiva al puente levadizo, los dos hombres de armas que lo guardaban cruzaron sus lanzas ante la puerta, pero entonces, alzando la celada de su casco el que iba al frente de la tropa, dijo con imperiosa voz de mando:

—¡Paso al conde Arnaldo!

Y las dos lanzas se apartaron, precipitándose con grande estruendo la cabalgata en el patio de armas del castillo de La Roca.

Por largo rato se vieron entonces turbados la soledad y el silencio que acostumbraban á reinar en la mansión de La Roca. Todo fué confusión y barullo por unos momentos. Los criados y escuderos acudieron á toda prisa, y mientras unos sujetaban los caballos por el freno, los otros ayudaban á descabalgar á aquellos hombres vestidos de hierro que empuñaban en su mano la pesada lanza y el bruñido escudo, que colgada de su arzón llevaban la terrible maza de armas, y sobre cuyo casco flotaban ufanas las plumas de colores.

Avisado de la llegada de esta comitiva, el caballero de La Roca abandonó su sillón, y, bajando al patio, fuése para el conde Arnaldo con los brazos abiertos, y con palabras corteses y grandes exclamaciones de gozo le estrechó contra su c razón.

Era el conde Arnaldo un caballero catalán, cu casa señorial estaba en las cercanías de Ripc

Digitized by Google

Poseía un castillo en la montaña de Mongroy y regresaba á su país después de haber pasado largos años en Provenza, donde se había hecho célebre por sus costumbres desordenadas y por sus escándalos. Era pariente cercano de la madre de Dulce, y se hallaba, á su regreso, con la nueva de haber desaparecido Azalaida y de haber muerto el hijo de En Galcerán, sin haber quedado de este matrimonio más hijo que la niña confiada á la tutela de su abuelo paterno.

Cuando el señor de La Roca hubo dado disposiciones para alojar cumplidamente á los hombres de armas que habían llegado con el conde Arnaldo, tomó familiarmente el brazo de éste, y subieron al salón de recepciones del castillo, donde se hallaba Dulce ocupada en bordar una banda verde. El anciano presentó el conde á la joven como deudo suyo por parte de su madre, y Dulce le recibió con toda cortesía y agrado, haciéndole familiares preguntas sobre sus hechos de armas y aventuras en Provenza, á lo cual contestó el conde Arnaldo con modales finos y caballerescos, pues pocos podía haber que le igualasen en galantería y en el arte de complacer á las damas.

Agradablemente entretenidos pasaron en estas pláticas hasta que la campana del castillo anunció que era llegada la hora de la cena. El conde, que había aprovechado un momento para ir á desembarazarse de su pesada armadura, ofreció galantemente el brazo á la damisela, y la acompañó al comedor, sentándose á su lado en la mesa y sirviéndola con esmerada cortesía. Más de una vez, durante la cena, se hubo de ensombrecer la frente del paje Rogerio que, como de costumbre, se haaba de pie detrás del asiento de Dulce, para ımplir con lo que su cargo en el castillo demanaba. El conde ni siquiera puso en él la atención, ero el paje, sin poder definirse la causa, sintió

Digitized by Google

despertarse en su interior una especie de no comprendida aversión hacia el huésped para quien se habían abierto aquel día las puertas del castillo de La Roca.

Obsequioso y fino anduvo el caballero Arnaldo con su hermosa parienta, á la que, aprovechando la menor ocasión, dirigía galanteadoras frases y corteses lisonjas. Terminada la cena, levantóse la damisela, y después de servir el vino de la hospitalidad en la dorada copa, á la cual aplicó antes los labios como era ceremoniosa y tradicional costumbre en las damas de castillos, abandonó la estancia, retirándose en pos de ella todos los demás á quienes su rango no daba derecho á permanecer allí.

Quedáronse de sobremesa solos, y mano á mano, el señor de La Roca y el conde Arnaldo, delante del cual dejaron los servidores, al retirarse, la dorada copa y un jarro lleno de exquisito vino del país.

El conde, que había seguido con la mirada á Dulce hasta que abandonó la estancia, fué el primero en romper el silencio.

—Por vida mía, dijo, que así Dios me perdone, como no he visto nunca más seductora joven que vuestra nieta y mi parienta.

El buen viejo de La Roca adoraba en su nieta, y aceptó la frase con una sonrisa de placer.

—¿Verdad que no esperabais hallar tan peregrina hermosura en el fondo de un arrinconado castillo?

—No, en mis días, noble En Galcerán, y os aseguro á fe de caballero, que á su lado he sentido latir mi corazón como cuando tenía veinte años.

—Y eso que, si no miente la fama, dijo el señor de La Roca, cuando el conde Arnaldo tenía veinte años hacía la corte á las más bellas damas del país, sin que ninguna lograse fijarle.

—Pasaron ya aquellos tiempos para el conde

Digitized by Google

Arnaldo, exclamó éste. Hoy vuelve á su patria cansado de galanteos y de aventuras, deseando que el cielo le procure una esposa modesta y digna, para ser el ángel de su hogar doméstico.

—¿De veras traéis esta resolución? preguntó el anciano, á cuyos oídos no habían dejado de llegar los rumores, aunque muy debilitados, de los escándalos del conde.

—De veras. Por quien soy os digo que aburrido de mis locos devaneos, anhelo sólo retirarme á mi castillo de Mongrony para pasar en brazos de una esposa querida los días que me dejen libre el servicio de mi príncipe y de mi patria.

—Loable resolución es esta, y yo os la apruebo.

El conde Arnaldo llenó hasta los bordes la copa que tenía delante, y se la bebió de un trago, como si buscase en el vino valor para lo que iba á decir. Luego que hubo apurado aquella más que regular cantidad de líquido, se cruzó de brazos sobre la mesa, y dijo, mirando fijamente al señor de La Roca:

—Oídme, si os place, noble En Galcerán. Voy á comunicaros un proyecto.

—Hablad en buen hora.

—Dada mi resolución de abandonar mis locas costumbres de algún día para retirarme á mi castillo de Mongroy, sin pensar más que en hacer la felicidad de la mujer que á mí se una, ¿qué os parece si eligiera para ello á la hermosa damisela que acaba de salir de esta sala, y os pidiera su mano?

Aquella brusca petición sorprendió al anciano.

—¿Habláis formalmente, conde?

—Formalmente os hablo. Es una idea que se me ha ocurrido mientras estábamos cenando, y han bastado estos breves momentos para que echára en mí tan profundas raíces como si viniera alimentándola de mucho tiempo.

El conde Arnaldo mentía al decir esto. Había

Digitized by Google

ido precisamente al castillo con la firme resolución de obtener la mano de Dulce. La rica heredera de La Roca podía ser una áncora de salvación para el señor de Mongrony, cuya hacienda estaba arruinada y próximos sus restos á caer en manos de implacables acreedores.

—¿Pero habéis pensado en la enorme desproporción de edades, conde? Dulce sólo tiene dieciséis años.

—Y yo cuarenta y cuatro. Esto indica precisamente que mi sobra de edad puede suplir mi experiencia. He corrido el mundo, he viajado, he galanteado, y cuando un hombre que tiene mi experiencia se decide por el matrimonio, es que se halla firmemente resuelto á labrar la felicidad de la esposa que elija.

El anciano señor de La Roca inclinó la cabeza y guardó silencio por algunos instantes. Bastáronle éstos para reflexionar sobre la proposición que se le hacía. Aun cuando al pronto le había repugnado la idea, no le pareció ya tan descabellada, pensándolo mejor. Era él de edad avanzada, tocaba ya en la decrepitud, y antes de cerrar los ojos, cosa que por malaventura no podía retardarse mucho, debía ser de gran solaz para su alma el dejar asegurados el porvenir y la felicidad de su nieta. ¿Qué iba á hacer la pobre niña sola, sin protectores, sin deudos, sin guías, el día que él bajara al sepulcro? A más, el conde Arnaldo era el único pariente de Dulce y su tutor, muerto el caballero de La Roca, según expresa condición puesta en el testamento que, antes de partir para Tierra Santa, hiciera Azalaida. Apresurémonos á decir que el buen anciano ignoraba el fatal estado de la fortuna del conde, y que sus mismas escandalosas aventuras y costumbres habían sólo llegado á él como un rumor sin consistencia y sin grande fundamento.

Digitized by Google

Hechas, aunque rápidamente, estas reflexiones, En Galcerán levantó la cabeza, y dirigiéndose al conde, que esperaba con gran ansiedad el fallo, le dijo:

—Mañana hablaremos, conde Arnaldo. Dejadme meditar y madurar esta noche vuestro proyecto.

El conde respiró. El acento benévolo del anciano parecía indicarle que no estaba lejos de ser aceptada su propuesta.

Prosiguieron en seguida hablando de otros asuntos indiferentes, y al sonar la campana del castillo el toque del retiro, el conde se levantó y, puesto en pie, con la copa llena en la mano, dijo:

—Permitidme el brindis de despedida. ¡A la buena memoria del magnánimo conde de Barcelona Ramón Berenguer III, y á que Dios colme de gloria á su sucesor Berenguer Ramón!

—Así sea, exclamó el señor de La Roca, á quien nada podía ser tan agradable como este brindis, poniéndose también en pie y chocando su copa con la de su huésped antes de apurar el contenido.

Y en seguida los dos nobles se estrecharon cordialmente la mano, retirándose cada uno á su habitación.

Al siguiente día por la mañana, á la hora en que Dulce entraba en el dormitorio de su abuelo con un ramo de frescas flores cogido por ella misma en el parque del castillo y de que hacía cada mañana plácido presente al anciano, éste, sentándose como de costumbre en su lecho, admitió el ramo, y atrayendo hacia sí á la niña, la besó en la frente y la estrechó contra su corazón con más ternura de la que solía.

La damisela levantó sus ojos hacia el noble viejo como pidiéndole en su mudo lenguaje cuenta de aquel exceso de cariño.

Digitized by Google

—Tengo que darte una buena nueva, hija mía, dijo el señor de La Roca. Prepárate á oírla.

—¡Una buena nueva!

Y sin saber porqué, Dulce sintió sobrecogerse su corazón.

—Sí, querida mía. El conde Arnaldo me ha pedido tu mano, y yo he considerado que este enlace podía hacer tu felicidad.

La damisela se quedó de hielo, muda y pálida como una estatua de mármol.

—Tu pariente, prosiguió el anciano, es todavía bastante joven, y ocupa una posición brillante adquirida por su título, por sus bienes y por sus bizarros hechos de armas. Es un buen caballero y una buena lanza. Estás destinada á ser feliz con él, y yo que más que nadie lo deseo, quisiera hallarte un protector antes que mis ojos se cerraran para siempre. ¿Qué te parece mi proyecto?

—Me parece, padre mío, dijo la damisela con una firmeza ejemplar de que ya varias veces había dado pruebas, me parece que no puede realizarse.

—¡Que no puede realizarse! exclamó sorprendido el anciano ¿por qué causa?

—Porque para el enlace que me proponéis son necesarios dos consentimientos, el vuestro y el mío. Vos habréis podido dar el vuestro, pero nunca daré yo el mío.

—¡Nunca! dijo el anciano, que no acertaba á volver en sí.

—Nunca. No es el conde Arnaldo á quien amo.

—¿Luego amas á otro?

—Sí por cierto.

—¿Y se puede saber, hija mía, el nombre de este venturoso mortal?

—Amo á mi paje Rogerio y no quiero separarme de él, dijo la joven sin vacilar y con resolución.

Al oír esto el caballero de La Roca, soltó la más franca y ruidosa carcajada que darse pudiera.

Digitized by Google

—Donosa ocurrencia, ¡por vida mía! exclamó.

Y tornó á entregarse con nueva fuerza á su hilaridad. Dulce, sintiéndose humillada y herida en lo más vivo de su corazón, no contestó una palabra y se retiró á su aposento, donde pasó encerrada todo el resto del día.

El buen anciano de La Roca se quedó profundamente meditabundo. No daba más importancia que la de una niñada á lo dicho por la damisela, que tenía ciertos caprichos y vanidades mujeriles; pero la escena que acababa de tener lugar le aleccionó lo bastante para comprender dos cosas: primeramente, que era necesario apartar al paje; segundo, que era conveniente casar á Dulce, á fin de darle prontamente un protector más vigilante y más experto de lo que podía ser él. La idea de casarla con el conde Arnaldo no había hecho más que sonreírle, y sólo para ver cómo la tomaba su nieta, había emprendido la conversación; pero entonces se fijó en ella y creyó que debía llevarse á cabo.

Aquella misma tarde el paje Rogerio fué despedido del castillo. En Galcerán le llamó y le habló de esta manera:

—Has abusado de la hospitalidad, y con fea ingratitud has pagado la confianza que se te dispensaba. Sin acordarte de lo que me debías y de aquello á que estabas obligado, te has atrevido á alzar los ojos hasta la heredera de La Roca. Pudiera castigar tu audacia mandándote colgar de una almena: me contento con desterrarte para siempre del castillo.

Rogerio quedó tan aturdido, que no acertaba á comprender lo que sucedía.

—Ignoro de lo que me habláis, señor caballero, dijo. Sólo puedo aseguraros que si efectivamente un sentimiento como el que decís ha penetrado en mi corazón, jamás ha subido hasta mis labios.

Digitized by Google

—Basta ya. ¡Despejad! dijo el señor de La Roca.

Y le señaló la puerta de la estancia, por la que se retiró triste y meditabundo el pobre paje.

Comenzaba á bajar la tarde cuando Rogerio salió de la habitación del anciano caballero, y principiaban las sombras á agruparse en los corredores del castillo. Atravesaba el paje con lento paso una de las galerías, cuando sintió un ruido de pasos y vió pasar á una mujer por su lado que se apartó con rapidez después de haber deslizado un objeto en su mano. Creyó reconocer en ella á la dueña de la damisela.

Su corazón latió con violencia, apresuróse á llegar á la modesta habitación que ocupaba en el segundo piso del castillo, y allí, después de haber encendido una luz, clavó ávidamente la vista en el objeto que acababan de introducir en su mano. Eran unas tablillas como las que en aquel tiempo usaban las damas principales. Abriólas impaciente el paje, y halló escritas en una de ellas estas palabras:

«Si os destierran del castillo, hallaos esta noche, una hora después de haber dado la campana el toque del retiro, al pie de la reja que hay en la torre del Pino.»

No decían más las tablillas, pero era lo bastante para llenar de júbilo al paje y para hacerle enloquecer de gozo. La letra de las tablillas era de Dulce, y la torre del Pino, al pie de la cual se le citaba, llamada así por existir un árbol de aquella clase en su cima, tenía una galería que comunicaba con la habitación de la damisela.

Rogerio respiró con toda la libertad de un corazón oprimido por largo tiempo. Eran aquellas palabras la primera declaración de amor.

Por la noche, después de haber pasado la cena sin incidente notable, cuando se quedaron solos

Digitized by Google

de sobremesa el caballero de La Roca y el conde Arnaldo, dijo el primero al segundo:

—Lo he reflexionado ya, conde. Dulce será vuestra esposa.

El corazón del conde Arnaldo dió un salto, no de amor sino de codicia.

Al día siguiente el paje había desaparecido del castillo sin que nadie supiera de él, y la Damisela, sin manifestar ningún sentimiento de pena ó de extrañeza por aquella repentina desaparición, siguió entregándose tranquilamente á sus tareas y diversiones acostumbradas. Una semana después, ya nadie se acordaba de Rogerio, incluso el señor de La Roca, el cual, atendidos los cortos años de Dulce, juzgó que lo del paje había sido un capricho juvenil, tan fácilmente olvidado como fácilmente sentido. Ni le dió siquiera la importancia de participárselo al conde Arnaldo, quien, ignorante de todo lo pasado, prosiguió galanteando á la damisela, en la cual notaba cierta heladora frialdad que creía hija de la timidez y del candor.

IV

De como el hábito no hace el monje.

Una tarde, cuando ya había trascurrido un mes de las escenas referidas, el conde Arnaldo se acercó á Dulce en ocasión de hallarse ésta bordando una banda verde, la misma en que estaba ocupada cuando llegó por vez primera al castillo. Tomó asiento á su lado y le dijo cariñosamente:

—Ya vuestro abuelo os habrá hablado de los

Digitized by Google

designios formados para vuestra futura dicha. Próximo está el momento de que estos designios se realicen. Recibidas las dispensas necesarias, sólo falta que vos, querida mía, fijéis el día de la boda.

—¿Qué boda? preguntó la damisela con la mayor indiferencia y como si no supiese de qué se le hablaba.

—La nuestra.

—Perdonad, conde, dijo entonces la joven con esa varonil firmeza de que á menudo daba muestra, pero yo creía haberle dicho á mi abuelo que en este punto era invariable mi resolución.

—¿Y qué resolución es la vuestra?

—La de miraros como un amigo, como un protector, como un padre, pero no como un esposo.

Y al decir esto, la damisela del castillo tendió su mano al señor de Mongrony. Este no la aceptó. Quedóse extático y mudo, y á los pocos instantes, Dulce retiró su mano que continuaba teniendo extendida, y bajando los ojos siguió su tarea, como si la labor de su banda fuese lo único que la ocupara.

El conde Arnaldo sintió como toda su sangre le refluía al corazón, y ciego de cólera y de despecho se levantó bruscamente disponiéndose á salir á la sala. Sin embargo, al llegar á la puerta se volvió atrás y comenzó á pasear de un ángulo á otro por la estancia.

En cuanto á Dulce, inclinada sobre su labor, nada decía y ni siquiera levantó los ojos.

Largo rato permanecieron así, en esta violenta situación. El conde, serenándose un poco, comprendió que había cometido una falta grave rechazando la mano que le tendiera la damisela. Sin embargo, el daño estaba hecho. Dulce estaba ya convencida de que no era el amor, sino otra pasión ignorada la que había obligado al conde á

Digitized by Google

pretenderla para esposa. Se revistió, pues, de valor y de entereza, y se dispuso á contestar, ya no con frialdad, sino con dureza.

El señor de Mongrony se acercó á ella, y, componiendo su semblante, volvió á sentarse á su lado.

—Bonita banda bordáis, dijo examinando la labor y como para reanudar la conversación, bonita banda y con expresivo lema: *¡Lealtad, amor y esperanza!* Diríase que la destináis para prenda de amores.

—La destino como recuerdo á una persona á quien amo.

—¿Y se puede saber, niña, quién es esa persona? preguntó el conde mordiéndose los labios.

La palabra niña tan inoportunamente introducida por éste en su frase, hirió á la damisela, que contestó con cierto desenfado y sin reflexionar:

—Mi paje Rogerio.

Al oír el señor de Mongrony estas palabras, al ver aquella firmeza, serenidad y desenfado, se puso repentinamente en pie, crispados los puños, pálido el rostro, cárdenos los labios.

—Habéis hecho muy bien en decirme este nombre, niña, exclamó.

Y se salió precipitadamente de la estancia, retirándose á su cámara. El despecho y la cólera le ahogaban. Su enlace con la damisela de La Roca era para él asunto de vida ó muerte. Lo había ya participado á sus acreedores, y éstos habían consentido en esperar á que se efectuase. El rompimiento de esta boda equivalía para el conde Arnaldo á la desesperación y á la ruina.

Hacía ya unos instantes que se hallaba en su cuarto, entregado á profundas meditaciones, apoyados los codos en la mesa y hundida la frente en las palmas, cuando entró su escudero.

—Señor, le dijo, el médico judío Ben Jucef,

Digitized by Google

que ha estado ya dos veces en el castillo esta mañana á preguntar por vuestra señoría, solicita hablaros con instancia.

—Que se vaya enhoramala. No recibo, contestó el conde sin ni siquiera volver la cabeza.

Fuése el criado, pero no tardó en presentarse otra vez.

—Señor, el judío insiste; dice que debe hablar á vuestra señoría de asuntos de la mayor importancia y que no puede abandonar este castillo sin haberos visto.

El conde estuvo un momento pensando en si mandaría arrojar á palos al importuno, pero reflexionó que no era aquella su casa y que el menor escándalo en ella podía serle perjudicial para sus ulteriores proyectos.

—Que entre pues ese hombre, exclamó con aspereza luego que hubo terminado sus meditaciones.

El criado salió á cumplir la orden.

A poco penetraba en la estancia, con lento paso y humilde compostura, el médico rabino Ben Jucef.

Era un hombre ya de bastante edad al parecer, si había de juzgarse por su blanca cabellera, por su talle encorvado, por las arrugas de su frente y por el bastón en que se apoyaba para andar. Usaba el modesto traje que en aquella época vestían sus hermanos, y su nariz sostenía unas redondas y descomunales antiparras verdes.

El conde le abrazó por entero con una mirada de desprecio, y volviendo la cabeza en seguida, como si aquel corto examen le hubiese bastado, le preguntó con marcada indiferencia y con el tono de alta superioridad que tomaban siempre los nobles al dirigirse á un judío:

—¿Quién eres, á qué vienes y qué quieres?

—Después de besar humildemente los pies á vuestra señoría, dijo el rabino con un acento en

Digitized by Google

que se notaba cierta leve expresión de sarcasmo, paso á contestar á vuestras tres preguntas. ¿Quién soy? Los criados de vuestra señoría deben haberle dicho que soy Ben Jucef el médico. ¿A qué vengo? A visitar al noble conde Arnaldo y á ofrecerle mis pobres servicios. ¿Qué quiero? Nada. Yo soy quien espera que vuestra señoría me manifieste lo que quiere de mí.

—¡Yo! ¿Estás loco, anciano? ¿Sé yo quién eres, ni te he llamado por ventura? Te han engañado al decirte que podían serme necesarios tus servicios. No me hacen falta. Puedes retirarte.

Dijo esto el conde levantándose como para dar por concluida la audiencia.

El judío empero no se movió.

—Pues no era esta, dijo, la opinión de mi colega Abraham ben Aben Herza al instarme para que viniera á ponerme á las órdenes de vuestra señoría.

Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo del conde Arnaldo, como si el nombre pronunciado por el judío le hubiese causado cierto sobresalto.

—¡Ah! preguntó fijando en su extraño huésped una mirada escudriñadora, ¿tú conoces á Abraham ben Aben Herza?

—Hace ya dieciocho años que nos conocemos y somos amigos inseparables, sin que haya secretos entre los dos.

Esta respuesta pareció sobresaltar aún más al conde. Guardó éste un instante el silencio, pero sin dejar de interrogar con su mirada al judío, que permanecía impasible y como indiferente al examen.

—¿Y tú...?

El conde Arnaldo iba á hacer visiblemente una pregunta, pero se detuvo de pronto y dió otro giro á la frase.

—¿Y tú, volvió á repetir, has venido á verme por encargo de Abraham ben Aben Herza?

Digitized by Google

—Abraham ha creído que un hombre como yo podía seros útil en las actuales circunstancias.

—¡En las actuales circunstancias! ¿Qué sentido encierran estas palabras? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, que si, como me atrevo á esperar, conseguimos entendernos, acabaremos por ser unos perfectos aliados.

El conde Arnaldo midió de pies á cabeza con la vista al rabino.

—¡Aliados!

—Suplico á su señoría que no se ofenda por la expresión. Sería el modo de no entendernos, y de no concluir nunca. En tratándose de negocios, susceptibilidad á un lado.

—¡Negocios! murmuró el conde con nuevo asombro.

—¿Queréis que me explique claramente, señor? preguntó el judío que cada vez parecía más atrevido en su lenguaje.

—No deseo otra cosa.

—¿Estamos solos?

—Perfectamente solos.

—¿Nadie puede oírnos?

—Nadie. Y te advierto, buen rabino, que como soy de natural poco paciente, es indispensable que abrevies y que me expliques estos misterios, si no quieres exponerte á salir del castillo saltando por encima de la muralla.

—No creo que su señoría hiciera esto con el hombre que hace dieciocho años se hallaba en casa de Abraham, cierta noche que en ella se introdujo misteriosamente á una joven religiosa de San Juan de las Abadesas...

—¡Silencio! gritó el conde poniéndose excesivamente pálido y abalanzándose al judío como con intención de taparle la boca con la mano.

Hubo un instante de silencio, que aprovechó el señor de Mongrony para dominarse y arrojar una

Digitized by Google

mirada en torno suyo, como si quisiera acabar de convencerse que estaban efectivamente solos. En seguida se encaró con su interlocutor.

—¿Sabes tú, dijo bajando la voz, lo que acabas de decir? ¿Sabes que el hombre que ha pronunciado las palabras salidas de tus labios, no puede retirarse vivo de mi presencia si antes no me explica...?

—Cuanto queráis puedo explicaros, señor, contestó con toda tranquilidad el judío. Conozco perfectamente la historia á que me refiero, la conozco con todos sus pormenores y detalles. Oídla, y juzgad sinó.

Y Bén Jucef prosiguió, bajando también la voz, mientras que el conde le escuchaba con profundo silencio, inmóvil y mudo como una estatua.

—En el camino que va de Puigcerdá á Ribas, oculta por unos matorrales, existe la boca de un conducto subterráneo que va á parar al claustro de San Juan de las Abadesas. Hace dieciocho años penetraba cada noche en este subterráneo un noble caballero, á quien llamaban en el país el conde Arnaldo, después de dejar su caballo al cuidado de un servidor del judío Abraham ben Aben Herza, que allí le esperaba hasta el amanecer (1). Una

(1) Histórico, ó tradicional al menos. Es fama que las religiosas del monasterio de San Juan de las Abadesas dieron lugar á graves escándalos con su conducta desarreglada, viéndose obligado el papa Benedicto VIII á expedir una bula de extinción de este convento de monjas, después de haber llamado á Roma á la abadesa y de haberla condenado en rebeldía por no haberse presentado. Una de las tradiciones que existen más vivas y localizadas en Cataluña es la del *compte l' cArnau*, la del conde Arnaldo, á propósito de este monasterio. Dícese que tenía relaciones criminales con una de las monjas y que penetraba en el convento por un conducto subterráneo, cuya entrada se hallaba junto á la carretera que conduce de Ribas á Puigcerdá. Aun hoy se enseña la casa del conde Ar-

Digitized by Google

noche, el caballero volvió á salir á la media hora escasa de haber penetrado en el camino subterráneo, acompañando á una monja, joven y hermosa, que estaba doliente y desfallecida, y que á duras penas pudieron trasladar entre el conde y su servidor hasta la casa del judío Abraham. Una vez allí, la bella religiosa...

—Ni una palabra más, interrumpió el conde que estaba como azorado, pasándose la mano por su frente bañada por una especie de sudor frío de agonía.

El judío se calló y no dijo una sola palabra más, esperando respetuosamente á que el conde rompiese el silencio.

No tardó éste en recobrarse. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, pareció haber tomado su resolución. Volvió á revestirse del desenfado y la soberbia que eran en él naturales, y clavando sus ojos sin pestañear en el médico, le dijo:

---

naldo, situada entre Ripoll y Candevano, que se llama de Parnau ó de Parnal. En la montaña de Mongrony, donde existía su castillo, se levanta hoy una capillita, y en ella se ve un gran cuadro que representa al conde Arnaldo en medio de las llamas del infierno, donde dicen que se halla por sus sacrílegos y criminales devaneos.

Existe una notabilísima canción popular en el país que recuerda el hecho de que se hace aquí mención. Supónese en ella que el conde Arnaldo, algún tiempo después de muerto, se presenta á su viuda.—«¿Por dónde habéis entrado? le pregunta ésta.—Por la ventana enrejada, contesta el conde.—¡Dios me valga! Toda me la habréis quemado, dice la mujer.

Después de una conversación sumamente original entre ambos personajes, en la cual el conde Arnaldo dice que habita en el infierno donde su caballo come almas condenadas en lugar de paja y cebada, termina la canción diciendo el conde:—«He venido sólo para deciros que mandéis cegar aquella mina que conduce al convento de monjas de San Juan, y ahora, como que oigo ya cantar el gallo, estrechémonos las manos por despido.—No en mis días, contesta la viuda, que demasiado me las quemaríais.» Y con este rasgo termina la canción.

Digitized by Google

—¿Sabes en qué estoy pensando?

—¿En qué, señor?

—En que apostaría mi cabeza á que no eres tú un judío como intentas demostrar con tu traje y nombre.

El conde se creyó con esto haber anonadado á su interlocutor, pero estuvo muy lejos de suceder así, pues que el llamado Ben Jucef le contestó con una calma y serenidad que el noble caballero no esperaba:

—Y apostarla podríais sin temor de perderla, porque, en efecto, no soy ningún judío. Gracias á Dios, soy tan buen cristiano como el primero.

Y diciendo esto, el llamado hasta entonces Ben Jucef se quitó sus antiparras verdes y su peluca blanca, mostrando una frente en la cual, si bien no lucía todo el ardor de la juventud, brillaba la enérgica resolución del hombre audaz y dispuesto á todo.

—¡No eres el rabino Ben Jucef! ¿Quién eres pues?

—Soy, señor conde, el criado de Abraham que hace dieciocho años os ayudó á llevar en brazos hasta la casa de su amo á la monja Sor...

—No hay necesidad de pronunciar ningún nombre, se apresuró á decir el conde.

Y en seguida añadió:

—¿Continúas siendo criado de Abraham?

—Hace seis años que Abraham murió. Si he invocado su nombre, ha sido solamente para que me atendierais.

—¿Y con qué objeto has venido á mí?

—Con el de cumplir un juramento de venganza, al propio tiempo que os facilito los medios de conseguir lo que más ardientemente deseáis en la actualidad.

—¿Y sabes tú lo que deseo?

—Obtener la mano de la damisela Dulce. Vues-

Digitized by Google

tra señoría está decidido á casarse con ella, y ella empeñada en no tomaros por esposo. La damisela tiene un carácter firme y resuelto. Ha dicho que no sería vuestra esposa y no lo será. Ahora bien, ¿sabéis por qué no quiere enlazar su suerte con la vuestra?

El conde Arnaldo comenzaba á sentirse dominado por aquel hombre, que parecía ser dueño de todos sus secretos.

—No quiere ser vuestra, continuó, porque ama á otro, y este otro es Rogerio, un joven paje del castillo. Sabedor hace un mes de tales amores el señor de La Roca, y creyéndolos acaso un mero capricho infantil, despidió á Rogerio y le mandó que abandonara en el acto el castillo.

—¡Ah! exclamó el conde, que iba tomando interés en la conversación, aviniéndose á conversar de igual á igual con el antiguo criado del judío Abraham. ¡Ah! ¿el señor de La Roca despidió á Rogerio...?

—Sí, pero el paje no se dió por despedido.

—¡Cómo!

—Casi todas las noches, al sonar la campana del castillo la hora de la queda, da con ella la señal á Rogerio para que pueda acercarse á la torre llamada del Pino, donde tras de una reja le espera la damisela Dulce. Allí pasan la noche los dos amantes, entretenidos en sabrosa y grata conversación. Hasta ahora, señor, la reja ha permanecido entre los dos amantes; pero acaso un día...

—¡Insolente! interrumpió Arnaldo. ¡Estás hablando de la damisela Dulce!

—No quiera Dios, señor, que falte jamás mi respeto á la noble damisela. Quería sólo deciros que hay rejas que también se abren. Recuerde sino vuestra señoría que las del monasterio de San Juan de las Abadesas eran tan fuertes y seguras como pueden ser las de este castillo, y sin embargo

Digitized by Google

no pudieron impedir que un joven y enamorado doncel penetrase en el asilo sagrado de las vírgenes del Señor.

La observación debió parecer muy oportuna al conde Arnaldo, que guardó silencio.

—Ahora bien, prosiguió el extraño huésped, yo sé hasta qué punto os conviene casaros con la damisela Dulce, heredera de vastos dominios y poseedora de pingües tesoros. Siguiendo el plan que os propondré, llegaréis á ser su esposo.

—¿Pero quién eres tú, finalmente, que tanto sabes?

—Soy, ó por mejor decir, he sido escudero del señor de La Roca, á cuyo servicio entré luego de la muerte de mi primer señor Abraham. De seguro permanecería aún en mi puesto, á no haber sido arrojado ignominiosamente del castillo por causa del que hoy es amante de la damisela. Al salir de ésta juré vengarme algún día, y...

—¿Y hoy vienes á cumplir tu juramento?

—Hermanando mi proyecto de venganza con vuestro proyecto de boda.

El conde permaneció un momento entregado á serias reflexiones.

Por fin, clavando sus ojos en Erasmo, porque era el mismo Erasmo á quien ya conocen los lectores, le dijo:

—¿A qué puedes comprometerte?

—A poner en vuestras manos al paje Rogerio, y cuando en vuestro poder se halle, á comunicaros el proyecto que tengo ideado para hacer que la altiva damisela acceda á daros su mano de esposa.

—¿Y qué condiciones pones á esto?

—Ninguna. Me basta para ello satisfacer mi deseo de venganza y serviros, salvo el que, para satisfacción de mi honra lastimada, me volváis á colocar en el puesto que ocupaba, cuando seáis esposo de la damisela.

Digitized by Google

El conde miró á aquel villano que hablaba de su honra lastimada como hubiera podido hacer un noble. Nada dijo empero, porque comenzaba á entrar en sus designios el hacérsele suyo. Erasmo sabía demasiadas cosas para dejarle escapar.

—Necesito, sin embargo, tres cosas, añadió Erasmo.

—¿Cuáles son?

—Que me presentéis al señor de La Roca como un médico judío conocido vuestro, para de esta manera poder habitar en el castillo y llevar á seguro puerto mis planes.

—¿Y qué más?

—Que me concedáis un plazo de ocho días.

—Falta la tercera parte.

—Que pongáis á mis órdenes un hombre de entera confianza, fiel, adicto, resuelto á todo, que nada me pregunte y que me obedezca en todo, un hombre en quien pueda contar como en mí mismo.

El conde hizo seña á Erasmo para que volviera á tomar su disfraz, y en seguida dió una palmada.

Un criado se presentó.

—Que suba Bocanegra, dijo el señor de Mongrony.

Algunos momentos después aparecía un nuevo personaje en el umbral de la puerta. Era un hombre de agigantada estatura, de fornidos miembros, de facciones duras y pronunciadas. Se ocultaba su labio bajo un bigote retorcido, sus ojos casi desaparecían bajo las espesas y pobladas cejas tras de las cuales brillaba el rayo de su sombría mirada, y una enorme cicatriz que aparecía en su frente acababa de darle un aspecto repugnante. Aquel hombre tenía algo de carcelero y algo de verdugo.

El conde se lo indicó con un gesto á Erasmo.

—Me place, dijo éste.

—Acércate, Bocanegra, exclamó entonces el caballero.

Digitized by Google

Bocanegra se adelantó haciendo temblar el suelo con sus pisadas.

—Aquí tienes á un médico judío que se llama Ben Jucef, dijo el conde señalándole á Erasmo. Por ocho días será tu amo y le obedecerás en todo, sin chistar, sin la menor réplica, á ciegas.

Bocanegra se inclinó.

—Ya lo sabes, vete ahora á esperar sus órdenes, le dijo el conde. Y Bocanegra, después de haber saludado, volvió la espalda y se marchó sin despegar los labios.

—Ahora, vamos á ver al señor de La Roca. Pero, ¿estás seguro que no te conocerá?

—Este traje me haría desconocer á las miradas de mi propio padre, contestó Erasmo.

—Vamos pues.

Y entrambos salieron de la estancia.

V

De como acontece á veces ir por lana y volver trasquilado.

Conforme Erasmo dijera al conde, todas las noches, ó la mayor parte de ellas al menos, Rogerio se acercaba á la reja de la torre del Pino, tras de la cual le esperaba la damisela Dulce.

Una noche que había recibido la ordinaria cita por conducto de la bondadosa dueña, Rogerio abandonó la casa de su abuela Amaltrudis, y, envolviéndose en su capa, se dirigió hacia el castillo, cuando la campana de éste precisamente acababa de dar el *seny del lladre*. La señal del ladrón, así

Digitized by Google

llamada, era el toque que á las once de la noche poco más ó menos dejaba oír la campana del castillo señorial para advertir que era llegada la hora del retiro y también la de la vigilancia, por ser la á que acostumbraban salir de sus guaridas los malhechores con objeto de entregarse á sus tropelías.

La damisela estaba ya en su sitio aguardando al paje.

—¿Qué es lo que tienes, Rogerio? exclamó Dulce al verle acercar á la reja pensativo y sombrío. ¿Por qué está nublado tu rostro? ¿Por qué tus ojos no despiden, como otras veces, al llegar, apasionados rayos de amor y de ternura? Mi dueña me ha dicho que esta tarde, cuando ha ido á verte, tenías los ojos hinchados como si hubieses llorado ó velado mucho. ¿Qué es eso, Rogerio?

—Es que estoy triste, damisela Dulce, y en vano me pregunto, y en vano trato de adivinar la causa. Un presentimiento que no me acierto á explicar, me prensa el corazón y me ahoga. Somos bien infelices, damisela. Como los criminales, sólo podemos vernos de noche, y mientras tú pasas el día encerrada en tu solitaria habitación, yo gimo entre los muros de la pobre casa de mi abuela, sin atreverme á salir, porque se me figura que todos han de leer pintado en mi rostro el amor que tengo á la damisela del castillo. ¡Si vieras cuánto envidio la suerte de las avecillas que algunas veces se detienen en el antepecho de mi ventana! ¡Ay! ellas son libres y cantan su libertad.

—¿Deseas pues ser libre, Rogerio? ¿Deseas partir acaso?

—No, eso no. Tu amor puro de ángel recompensa todos mis sufrimientos, paga con usura toda mi esclavitud, pero algunas veces pienso que en lugar de permanecer, tú tras de esa reja, yo en l pobre casa que tiembla cuando pasa el huracár podríamos, libres como el aire, recorrer los prados

Digitized by Google

las vegas, mirándome yo en el cristal de tus ojos, dejando tú caer la frente sobre mi pecho que palpitaría estremecido de amor á su contacto. ¿Qué importa que abandonases un palacio, un séquito de servidores y una nube de guardias? En cambio, yo te daría bóvedas de follaje que, balanceándose sobre nuestras cabezas, nos inundarían como una lluvia de aromas, campos de flores que extenderían sus alfombras á tus plantas. horizontes inmensos que te formarían un rico dosel de azur bordado de estrellas, y pájaros y aves que entre la enramada cantarían nuestro amor y nuestra ventura.

—Rogerio, Rogerio, es un delicioso sueño que ya has tenido otras veces y del que te ha sido forzoso despertar. Yo no puedo, yo no debo abandonar al pobre anciano que, fijos los ojos en el reloj, cuenta los granos de arena que le faltan para bajar á la mansión de los sepulcros.

—Es verdad, murmuró Rogerio, y descansó su abrasada frente en los helados hierros de la reja.

Hubo un instante de silencio entre los dos amantes.

El viento gemía melancólicamente entre el follaje, y de cuando en cuando furiosas ráfagas iban á azotar con hálito abrasador el rostro de nuestros dos amantes. La luna, que poco antes brillaba pura y tersa en el horizonte, se escondió en un torbellino de nubes que invadieron el espacio y que comenzaron á rodar sus negruzcas olas por el cielo. Entre una de las ráfagas que fué impetuosamente á estrellarse en las paredes del edificio y á introducirse con lúgubres silbidos por la reja, llegó, cortada de su tallo, una de esas peregrinas flores de azahar, que, dando contra uno de los hierros de la ventana, ayó marchita casi y descolorida entre los dos jóenes.

Rogerio se bajó á cogerla.

—¡Pobre flor! ¡pobre hermosa planta! dijo. El

Digitized by Google

soplo de la tempestad te ha arrancado á tu nuridora rama, y, combatida por los vientos, juguete de la tormenta, has ido á morir lejos del árbol que perfumabas con tu incienso. ¡Pobre flor! Mi corazón es todo amor como has sido tú todo aroma. Sañudos vientos de borrasca vendrán algún día á combatir este amor, y Dios quiera que no se deshojen sus flores llevadas en alas de los huracanes.

Y Rogerio volvió á dejar caer su frente sobre los hierros de la reja. Dulce pasó su blanca mano por entre la reja y la depositó entre las manos calenturientas de su antiguo paje.

Comenzó entonces entre ambos una conversación llena de encanto y de ternura, de melancolía y de goces íntimos, conversación que duró hasta que el cielo, que desde un principio amenazaba tempestad, comenzó á arrojar gruesas gotas de lluvia sobre su frente.

—Rogerio, exclamó Dulce entregándole una banda, toma esta banda que para tí he bordado. Su lema dice: *Lealtad, amor y esperanza*. Sé pues leal, sé amante, ten esperanza, mi pobre paje, y Dios vendrá en nuestra ayuda.

—Dulce, preguntó el paje, entregado por entero á sus impresiones y tomando maquinalmente la banda que á través de la reja le alargó su amada, ¿quién es un judío que de algunos días á esta parte habita en el castillo?

—Un médico rabino que el conde Arnaldo ha presentado á mi abuelo como un famoso sabio conocedor de muchos secretos y de muchas plantas para alivio de las dolencias.

—Le he sorprendido examinando con mucha atención la casa de mi abuela Amaltrudis.

—Yo vigilaré.

La lluvia que había comenzado á caer se desató entonces con furia. Rogerio puso la banda sobre su corazón, estrechó y llevó á sus labios la mano que

Digitized by Google

le tendió la joven Damisela, y abandonando la reja, se dirigió por bajo las oscuras bóvedas de follaje hacia el pueblo de La Roca, donde estaba la pobre casita de Amaltrudis.

La conversación con su amada había en parte disipado las ideas fúnebres y melancólicas que germinaban en su mente; su corazón, rebosando amor y ternura, pensaba sólo entonces en la vida de felicidad inmensa que podría disfrutar al lado de la damisela, si el horizonte, hasta entonces encapotado, se abría y despejaba benéfico, dando paso á un rayo de sol que fuera á saludar, signo de esperanza, á los dos amantes, como fué un rayo de luz, signo de la misericordia divina, á teñir de sublimes resplandores las frentes de los mártires de Constantina.

Seguía en tanto lloviendo. El bosque por el cual atravesaba Rogerio aparecía lleno de rumores, los árboles temblaban á impulsos del viento y agitaban furiosamente sus ramas como hileras de gigantescos fantasmas con las cabelleras desplegadas; el cielo aparecía oscuro y liso como una bóveda de plomo; sólo algunas veces se entreabría para lanzar de sus entrañas el rayo, y por un momento podía verse entonces, como la realización de un sueño sombrío, negros castillos de nubes cerniéndose en los aires. La lluvia fué arreciando por momentos, comenzó á caer con esa prodigalidad asombrosa que á veces nos hace dudar si estará lloviendo hasta la consumación de los siglos; por todos los puntos del bosque el agua se abría paso, precipitándose en bullente catarata; la senda que seguía el paje estaba convertida en un río; cada vez se iba cerrando más el cielo y se hacía más profunda la oscuridad; los rayos se sucedían sin interrupción, y los truenos se dejaban oír unas veces con sordos y prolongados rugidos y otras con estruendosos y secos estallidos, como si se deshicieran á pedazos y como si las

Digitized by Google

montañas vecinas se rajasen gimiendo de dolor en sus cóncavas profundidades.

Rogerio miró á todos lados en busca de un refugio para dejar pasar la furia de la tempestad, y á la luz de un rayo pudo distinguir inmediata una de esas chozas que á veces se labran los leñadores en el bosque para guarecerse. Se encaminó rápidamente hacia ella. La puerta, construida toscamente con ramas y troncos de árboles, estaba cerrada. El paje, antes de decidirse á forzarla, para procurarse un abrigo, llamó á ella por si la casualidad hacía que estuviese habitada la choza en aquel momento. Debía estarlo, porque le pareció oír cierto rumor extraño. Volvió entonces á repetir los golpes acompañándolos con la voz:

—Buena gente, exclamó, abridme por favor la puerta y dadme asilo hasta que pase la tempestad.

—Seguid vuestro camino, contestó desde el interior una voz bronca.

—No puedo seguirlo; el agua cae á torrentes y lo ha cortado por varios puntos. Dadme asilo por unos momentos y Dios os lo tendrá en cuenta.

Le pareció entonces notar á Rogerio cierto cuchicheo, como de dos personas, en el interior de la choza.

La voz bronca se dejó oír á los pocos instantes.

—Decidnos quién sois. Nosotros no abrimos á gente desconocida.

—Soy un hombre honrado. No temáis. Me llamo Rogerio, y vivo en el vecino pueblo de la Roca, en casa de mi abuela la anciana Amaltrudis.

Como si este nombre hubiese hecho cierta sensación en los habitantes de la choza, percibió entonces Rogerio claramente el rumor de dos ó más personas que se ponían en movimiento, y oyó la voz de una de ellas, pero sin poder distinguir lo que hablaba. Pasóse un largo rato, y se disponía ya Rogerio á aporrear de nuevo la puerta, pues la

Digitized by Google

lluvia arreciaba, cuando sonó la misma bronca voz diciendo:

—Aguardad un poco á que encendamos luz, y os abriremos.

El paje se mantuvo quieto con esta invitación, oyendo como en el interior de la choza sonaba rumor de pasos, notándose cierto movimiento en las personas que la habitaban. La puerta se abrió por fin á medias, dejando sólo el hueco suficiente para dar paso á un hombre, y la misma voz de siempre exclamó:

—¡Adelante!

Ni siquiera observó Rogerio que, lejos de haberse encendido luz, como se le había dicho, la cabaña estaba oscura como boca de lobo. Lo mismo fué hallar entreabierta la puerta que lanzarse al interior, huyendo de la tempestad que se desencadenaba cada vez con más violenta furia.

—¡Alabado sea Dios! dijo el paje al entrar.

Y extendió los brazos como para guiarse en la oscuridad.

—Amén, contestó la voz bronca.

Era el saludo que se acostumbraba entonces al entrar en una casa y la contestación que se recibía.

Sólo dos pasos pudo dar Rogerio. Sus manos no tropezaron con ningún obstáculo, pero no sucedió lo propio á sus pies, que se enredaron en una cuerda atravesada á dos palmos del suelo, haciéndole caer cuan largo era. En el mismo instante le arrojaron una manta encima, y un hombre, al parecer de hercúlea constitución, cayó sobre él en pos de la manta, sujetándole y quitándole el libre uso de sus miembros, mientras que otro acudió en seguida á atarle los pies.

Ni se le dió tiempo á gritar, y todo fué obra de un momento.

Cuando Rogerio se vió libre de la manta que lo

Digitized by Google

ahogaba, fué para sentirse atado estrechamente de pies y manos y cerrada su boca por un tupido lienzo. A más de esto, no contentos aun sus agresores, que debían ser dos por lo menos, le arrastraron hacia la pared de la cabaña y por medio de una nudosa correa le ataron á un garfio de hierro clavado en un poste, dejándole allí sentado en el suelo, en bien difícil sino imposible posición para hacer el menor movimiento.

La oscuridad que reinaba impidió que la víctima pudiera ver los semblantes de sus agresores; pero cuando todo estuvo concluido en medio de un silencio interrumpido sólo por la voz del trueno y el ruido de la lluvia que azotaba el techo de la cabaña, oyó como uno decía al otro:

—Ahora, Bocanegra, á dormir hasta que haya pasado la tempestad.

Una especie de sordo gruñido le contestó, y el llamado Bocanegra, sin decir nada, fué á acomodarse en un rincón de la choza. El otro debió hacer lo mismo, y reinó el mayor silencio en el interior de aquella cabaña, donde no parecía ya que nada hubiese pasado.

No pudo atinar Rogerio, por más cavilaciones á que se entregó, quiénes eran aquellos dos hombres; pero fácilmente lo habrá adivinado el lector. El uno era Erasmo; el otro el gigante Bocanegra, que á las órdenes del primero había puesto el conde Arnaldo. Estaban apostados para sorprender á Rogerio, cuando regresara de su cita de amor, pero la tempestad les hizo buscar un abrigo en la cabaña, á la puerta de la cual, por la misma causa, fué luego á llamar el paje.

Por la mañana el día apareció risueño y despejado, el sol más esplendoroso iluminó valles y montañas; sólo en el parque algunos árboles caídos, algunas plantas abatidas demostraban las huellas de la pasada tempestad.

Digitized by Google

Cerca de medio día, Dulce bajó al jardín á visitar sus queridas flores, las pocas que el huracán había dejado, é inclinada se hallaba arreglando una mata, cuando apareció el conde Arnaldo junto á ella. El conde inspiraba á la damisela un sentimiento instintivo de repulsión, que no era dueña de reprimir cada vez que le veía. Así es que, como siempre, se estremeció ligeramente. El conde notó este movimiento.

—¿Os desagrada mi presencia, damisela Dulce?

—No por cierto, exclamó la joven con indiferencia.

—Me había parecido notar en vos un movimiento...

—Casual si acaso.

El conde no insistió. La damisela dió algunos pasos, y el conde la siguió, colocándose á su lado. ¿Cómo rehusar su compañía?

Así y en silencio marcharon algún trecho.

—¿Habéis pensado bien en lo que me dijisteis el otro día, Dulce? preguntó por fin el señor de Mongrony viendo que la joven se mantenía reservada y silenciosa.

—¿Y qué es lo que os dije, conde?

—¿No recordáis?

—No recuerdo.

—Me dijisteis que nunca seríais mi esposa.

—Es verdad.

—Y... ¿persistís hoy en lo mismo?

—Persisto, contestó con serenidad la damisela. ¿A qué vendría haber variado de opinión?

La cólera chispeó en los ojos del conde Arnaldo.

—Damisela Dulce, exclamó, habéis aprendido en la escuela de la rebeldía á desobedecer las órdenes de vuestro abuelo y señor, y eso os traerá perjuicio. A las niñas desobedientes se las castiga y se las obliga á obedecer.

Digitized by Google

Dulce levantó la cabeza, y con aire de dignidad ofendida miró de hito en hito al conde.

—¿Habéis hablado de castigo, señor conde? preguntó con aparente calma.

—De castigo para vos y para vuestro cómplice.

—¡Mi cómplice! ¿Qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir que tenemos en nuestro poder á cierto rondador nocturno del castillo, el mismo que todas las noches se acercaba á la reja de la torre del Pino...

La damisela se sobresaltó y perdió el color.

—¡Dios mío! dijo, ¿os habéis atrevido...?

—¿A qué, señora? preguntó el conde con toda calma.

—¿Habéis puesto preso á Rogerio?

—Si es así como se llama cierto villano que se había empeñado en apartar del camino de sus deberes á una noble damisela, le hemos puesto preso efectivamente, y á su prisión seguirá en el acto su castigo.

—¿Y ha dado semejante orden mi abuelo? preguntó la asombrada joven.

—La ha dado quien podía darla, contestó el conde eludiendo la pregunta, pues comenzaba á sentirse en terreno firme.

Dulce, por el contrario, iba perdiendo el suyo.

—¡Preso! exclamó con doloroso acento. ¡Rogerio preso! ¡Y por mi causa...! No puede ser... Es imposible.

—Si dudáis de ello, damisela, servíos acercaros conmigo á la torre del Norte, y podréis verlo.

Dijo esto el conde Arnaldo, señalando la torre que se elevaba á un extremo del parque.

Y comenzó á andar hacia ella. Dulce le fué s guiendo, pálida y sobrecogida. El conde golpe con el puño la puertecita de la torre, y abrió puerta una especie de gigante, de mala catadu

Digitized by Google

á quien Dulce no conoció por ninguno de los servidores del castillo. Era Bocanegra.

—¿Dónde está el preso? preguntó el conde.

Bocanegra señaló una puerta baja abierta al pie de la escalera que comunicaba con los pisos superiores de la torre. Un desolador espectáculo se presentó á los ojos de Dulce, así que hubo atravesado el umbral de aquella puerta. El paje Rogerio estaba de pie, atado á un poste, pálido, el vestido destrozado, contraído el rostro por los esfuerzos hechos sin duda para escapar á las ligaduras y á la especie de mordaza que cerraba su boca. A pocos pasos de él había un ataúd abierto y vacío como en disposición de recibir un cadáver, y dos antorchas clavadas en garfios de hierro iluminaban con sombrío resplandor esta escena.

—Conde, exclamó la joven recobrando por un momento la fuerza varonil que parecía haber perdido, mandad que desaten á mi paje y le pongan en libertad.

Una fría sonrisa se dibujó en los labios del señor de Mongrony.

—No está en mi poder el mandar lo que me pedís, Damisela: pero puedo daros un medio para que consigáis vuestro deseo.

—Decid.

—Vamos en el acto á ver á vuestro abuelo, decidle que estáis dispuesta á darme la mano de esposa, y yo os ofrezco que, comprometida vuestra palabra, ese hombre será puesto en libertad.

—Conde, es infame valerse de este medio y apelar á semejantes armas. Yo corro á ver á mi abuelo, me arrojaré á sus pies, le suplicaré, y...

El conde Arnaldo llegó á temer por un momento que llevase á cabo su plan la Damisela, destruyendo así toda su obra. El anciano Galcerán de la Roca nada sabía de lo que pasaba, y demasiado conocía el conde que se irritaría si llegaba á su

Digitized by Google

noticia. Nadie como el señor de La Roca más celoso de su autoridad y de sus derechos. Un hombre como él no perdonaría que alguien se hubiese propasado á actos de autoridad en sus tierras.

—Es inútil, dijo el conde interrumpiendo á la damisela. Antes de que lleguéis á la presencia de vuestro abuelo, el preso habrá dejado de pertenecer al mundo de los vivos. Mirad, ahí tenéis el ataúd que ha de recibir su cadáver, y ese hombre, añadió señalando á Bocanegra, tiene orden de darle muerte en cuanto hayamos salido de este recinto.

Bocanegra hizo un horrible gesto y una señal de asentimiento con su cabeza.

—¡Oh! exclamó sólo la damisela ocultándose el rostro con las manos en medio de la mayor desesperación.

—Decidíos pues, prosiguió el conde, porque los instantes de ese hombre están contados. Si os comprometéis á venir conmigo para decirle á vuestro abuelo que estáis dispuesta á ser mi esposa, ese hombre vivirá, yo os lo fío, y se le facilitarán recursos para pasar á un país extranjero. De lo contrario, antes de diez minutos, aquel ataúd vacío encerrará un cadáver.

Dulce levantó su hermoso rostro bañado en lágrimas, y sin mirar á Rogerio, que estaba clavado en su poste haciendo inútiles esfuerzos y retorciéndose en medio de su impotencia para romper sus ataduras, se dirigió al conde.

—Si hay algo de humano en vuestro corazón, exclamó con el acento del dolor, matadme á mí antes que á él, ó matadnos á los dos al menos.

—A vos no, damisela; á él, si continuáis faltando á vuestro deber.

—¡A nadie! gritó una voz robusta sonando á espaldas de los personajes de esta escena.

Todos se volvieron asombrados.

Digitized by Google

Era la del anciano señor de La Roca, que entraba en la fúnebre estancia adelantándose perezosamente apoyado en su bastón. Había visto desde una ventana del castillo á Dulce en conversación con el conde, y había bajado con objeto de unírseles, llegando tras de ellos á la torre, é introduciéndose por la puerta que Bocanegra no se había cuidado de cerrar. Asombrado con lo que allí pasaba, se había quedado inmóvil un momento en el umbral, y había podido hacerse cargo del asunto.

La joven, á la vista del anciano, dió un grito de júbilo y se arrojó en sus brazos.

—¿Qué es eso, conde Arnaldo? exclamó entonces el anciano caballero. ¿Cómo á tales demasías se atreve un noble en mi castillo? ¿Quién os ha dado autoridad en mis tierras para prender á mis vasallos y hacerles juzgar? Vuestra acción es la de un ruin y mal nacido. Salid pronto de esta mansión que mancháis con vuestra presencia. ¡Fuera, mal caballero, fuera de mi castillo!

El señor de Mongrony se puso cárdeno de ira. Sus ojos brotaban llamas, sus dientes rechinaban, sus puños se crisparon, é hizo hasta ademán de recurrir á la daga que llevaba en el cinto. Detuvo su movimiento, sin embargo, y exclamó, conteniéndose todo cuanto le fué posible:

—Respeto vuestras canas y avanzada edad. A no ser así, os hubiera pedido que midierais vuestras armas con las mías.

—Siempre que gustéis, conde. Aun tiene vigor este brazo de anciano para manejar el acero templado con sangre de enemigos en cien batallas.

Pero el señor de Mongrony no le escuchaba ya. Al pronunciar su última palabra, había salido de la torre en dirección al castillo.

Bocanegra era el que había permanecido en la torre.

—Desátame á ese joven, bribón, le dijo el ca-

Digitized by Google

ballero de La Roca, y vete á reunir con tu noble y digno señor.

Bocanegra se inclinó ceremoniosamente, y obedeció sin pronunciar la menor palabra, según su costumbre. Cortó con el puñal las ligaduras de Rogerio, le quitó la mordaza, le ayudó á sostenerse en pie hasta que sus miembros entumecidos hubieron recobrado su elasticidad, envainó su acero, y haciendo luego un profundo saludo á Dulce y al señor de La Roca, se alejó sin haber desplegado sus labios.

Rogerio se precipitó hacia el anciano y besó su mano, mientras que dirigía una tiernísima mirada de amor á la damisela.

El caballero de La Roca sintió humedecidos sus ojos por una lágrima.

—Si fueras noble, hijo mío, dijo al paje, por oscuro que fuese tu nombre te concedería la mano de mi nieta querida. Pero desgraciadamente no lo eres, y tú no puedes exigir que el último vástago de la casa de La Roca se enlace con un pechero. Vete, pues; abandona este castillo, y olvida á Dulce, como ella me complacerá olvidándote á tí.

Rogerio volvió á mirar á la damisela. Esta le dirigió una mirada que quería decir en su mudo, pero expresivo lenguaje: «¡Oh! no, no te olvidaré jamás.»

—Parte, Rogerio, parte. La bendición del cielo te acompañe. Abandona estos lugares, y yo me encargo de la suerte de tu abuela Amaltrudis.

Dijo el anciano, y tomando el brazo de Dulce se dirigió lenta y trabajosamente hacia el castillo.

Digitized by Google

VI

De como Dios los cría y ellos se juntan.

Rato hacía que la hora de media noche había pasado; reinaba el mayor silencio y todo el mundo dormía ó poco menos en el castillo cuando se dejó ver una luz misteriosa en el fondo de una galería, luz que iba poco á poco avanzando en dirección al ala oriental del edificio. Era despedida por la linterna que un hombre llevaba en la mano.

Avanzaba este personaje con toda precaución como si temiese ser oído, parándose á cada instante para interrogar el silencio, inclinando el cuerpo y la linterna hacia delante para registrar la oscuridad, y procurando mitigar el ruido de sus pisadas que al menor descuido podían hallar un eco traidor en las bóvedas del castillo. De este modo siguió andando y atravesó sin ser notado la galería y varias antesalas hasta llegar á una labrada puerta ante la cual se detuvo. Empujóla suavemente, pero viendo que no cedía á su impulso, dió con su puño cerrado un golpe seco en una de sus hojas. Tres veces hubo de repetir el llamamiento antes que, abriéndose la puerta, le pusiera frente á frente de un hombre que no era otro que el conde Arnaldo.

—¡Ah! ¿eres tú, por fin, bribón? dijo éste volviendo á cerrar la puerta luego que hubo entrado el hombre de la linterna.

—Vuestro obediente servidor, contestó Erasmo inclinándose y dejando en un rincón de la estancia la linterna.

Digitized by Google

El conde se cruzó de brazos y se puso á pasear por la sala con las cejas fruncidas y la mirada centellante, no haciendo en ello sino proseguir la ocupación que tenía antes de llegar Erasmo. Este se quedó á un lado, en pie y respetuoso, aguardando que nuevamente se le volviera á dirigir la palabra. Antes de efectuarlo, el señor de Mongrony dió cinco ó seis vueltas por el aposento. Por fin, parándose repentinamente en mitad de uno de sus paseos, al cruzar por delante del fingido médico hebreo, se encaró con éste y le dijo:

—Ya lo ves, ya estás viendo el fruto producido por tus consejos y por tu diabólico plan que Dios condene. He sido echado del castillo como si fuera un perro, y se me ha hecho semejante afrenta á mí, el conde Arnaldo, sin que haya castigado al imprudente viejo que á tanto se ha atrevido. ¡Hé ahí por cierto una famosa victoria! Yo he perdido todas mis esperanzas y ese maldito paje está en libertad. ¡Ira del cielo!

Y el conde acompañó este juramento con una violenta patada que hizo temblar el pavimento.

—En cuanto á que hayáis perdido las esperanzas, señoría, exclamó Erasmo con burlona sonrisa, no lo juzgo así; y en cuanto á que el paje se halle en libertad, me permitiréis que no sea de vuestro parecer.

—¿Cómo? dijo el conde parándose en mitad de su paseo que había vuelto á continuar.

—El paje, señor, está á buen recaudo. Vuestro gigante Bocanegra tienes unas piernas tan largas como seguros y firmes son sus puños.

—¿Y qué?

—Que ha sido fácil alcanzarle antes que saliera del vecino bosque, y como la ocasión era propicia y el lugar desierto...

—¡Miserables! ¿le habéis asesinado?

—¡Asesinado! ¡Oh! líbrenos Dios, señoría. Bo-

Digitized by Google

canegra se ha contentado sólo con echarle mano y maniatarle, sin abrir los labios, según su costumbre. Tenéis una alhaja en este servidor, señor conde.

El caballero se quedó un momento reflexivo.

—Pésame, dijo á los pocos instantes, pésame que lo hayáis hecho sin consultar mi voluntad. Esto os hubiera evitado tener ahora que soltar al paje.

—¡Soltar al paje! exclamó sorprendido Erasmo.

—En cuanto apunte el día. ¿Para qué necesito tenerlo preso? ¿Qué falta me hace?

El fingido hebreo miraba al señor de Mongrony con asombro.

—Sí, ninguna falta me hace, repito. ¿No me echan de aquí como á un intruso? ¿No tengo mañana mismo que abandonar este edificio?

—¿Y vais á salir del castillo, señor? preguntó Erasmo.

—¿Pues qué mil diablos quieres que haga?

—¿Renunciando á todo?

—A todo.

—¿Y también á la mano de la damisela?

—A todo, ¡voto al demonio! ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Erasmo estaba asombrado.

—Ya que estáis, pues, decidido, no hay que hablar, murmuró, encogiéndose de hombros, y por lo mismo, como ninguna falta os hago, permitid que me retire...

—Y el caso es, dijo el conde como si no hubiera oído á Erasmo, el caso es que esos condenados judíos han accedido sólo á darme treguas con la esperanza de mi enlace con Dulce... ¡Condenación e Dios!

Y se dejó caer en un sitial. Erasmo se le acercó on indiferencia y sangre fría.

—Con vuestro permiso, señor conde.

Digitized by Google

—Oye, Erasmo, exclamó de pronto el señor de Mongrony, sin que al parecer hiciera caso de la pretensión que de retirarse mostraba el fingido médico, oye: tú eres hombre de intriga y puedes darme un consejo. Díme lo que debo hacer.

Erasmo titubeó.

—Habla, habla francamente. Te permito que digas todo lo que piensas sobre mi situación.

—¿Podéis pagar á vuestros acreedores?

—No tengo ningún maravedí para ello.

—Pues entonces, no debéis salir del castillo.

—Ya, pero ¿cómo hacerlo? ¿Qué medio hay?

—Se busca... se busca y se encuentra.

—No estoy yo para ello. Búscamelo tú.

Erasmo miró á todos lados como para asegurarse de que nadie le oía, y se acercó más al conde, hablándole en voz baja y misteriosa:

—Si no estoy mal enterado, quedáis único tutor de la damisela en caso de faltar el señor de La Roca, ¿verdad?

El conde levantó la cabeza y miró á Erasmo.

—Sí, le dijo.

—Si vos fuerais tutor, tendríais un derecho sobre ella y podríais fácilmente obligarla á que os diera la mano.

—Sí.

—El señor de La Roca es viejo, es anciano, está achacoso... y por consiguiente...

—¿Por consiguiente? preguntó el conde incorporándose á medias en su sillón y mirando cara á cara á Erasmo.

El criado sostuvo la mirada del caballero. Pareció por un momento que toda la vida de aquellos dos hombres había pasado á sus ojos, y que sus corazones, dejando de latir, acababan de trasmitir todo su calor y vital animación á sus miradas. Contemplándose estuvieron sin pestañear por algunos segundos. El conde Arnaldo fué el

Digitized by Google

primero en ceder, dejándose caer en el sillón.

¿Se habían comprendido? Difícil sería decirlo, pero es lo cierto que la conversación continuó bajo otro tono más familiar.

—Por consiguiente... repitió el conde cuando se hubo vuelto á sentar.

—Nada, señor, contestó Erasmo dejando caer una á una de sus labios las palabras, como si tratara de dar á todas su valor. Quería sólo indicaros que yo soy el médico del caballero de La Roca y que éste se halla en el día sujeto al régimen que le he trazado, régimen con el cual, y ayudado de Dios, espero calmar sus dolencias y su gota. Sin embargo, señor, el caballero está achacoso, y á su edad no siempre se resisten los disgustos. El que hoy ha tenido, ha influido en él de una manera extraordinaria, y dos veces he sido llamado ya para asistirle y para calmar las convulsiones que le afectaban. Ahora mismo voy á su cuarto y...

—¿Y dónde has aprendido tú el arte de curar?

—En casa de mi antiguo amo, vuestro conocido. Entre judíos se aprende mucho y pronto, señor conde. Son unos grandes maestros y poseen toda clase de secretos. No hay yerba en el campo de que no conozcan á fondo todas sus cualidades, buenas ó malas.

—Decías, pues...

—Decía que voy ahora mismo á la cámara del señor de La Roca, llamado por tercera vez, y pienso administrarle una tisana con ciertas yerbas cuyo mérito me es conocido y que he ido á buscar esta noche yo propio en los alrededores del castillo.

—¿Y esa tisana?

—Debe calmar por completo sus dolores.

—¿Por completo?

—Por completo, señor conde.

—¡Oh! lo deseo en el alma, Erasmo, dijo el

Digitized by Google

conde esforzándose por dar á su voz un tinte de convicción y de dulzura. Cierto es que, como decías hace poco, faltando el caballero de La Roca, me hallo yo tutor de la huérfana damisela, la cual se vería entonces precisada á darme su mano: es también muy cierto que entonces administraría los inmensos bienes que posee la familia de La Roca; pero á pesar de ello, Erasmo, créelo, no deseo la muerte del anciano caballero. Sin embargo, Dios dispondrá de él como tenga por conveniente, y su voluntad será hecha. ¿Tienes, pues, confianza en tu arte?

—Absoluta, señor.

—¿Y crees que esa tisana que me decías...?

—Producirá el mejor resultado, sí, señor.

—Que Dios ponga tiento en tu mano, Erasmo.

—Así sea.

—Puedes ya ahora retirarte. Deseo descansar un poco.

Erasmo se inclinó y cogió su linterna.

—¿Hay necesidad de que se suelte al paje? preguntó.

—No, lo he reflexionado mejor, contestó el conde. Me parece que debemos conservarlo. Es un rehén...

—Y un rehén siempre es un rehén, dijo Erasmo acabando la frase. Buenas noches, señor conde.

—Adiós, Erasmo, dijo el señor de Mongrony afectuosamente.

Erasmo dió algunos pasos como para retirarse.

—¡Ah! exclamó el conde, oye. Si algún día quisiera Dios que por muerte del señor de La Roca me encontrase tutor de la damisela y administrador de sus bienes, te nombraré á tí mi mayordomo en jefe. Será una recompensa debida á la solicitud y esmero con que cuidas ahora del buen anciano.

—Señor... dijo Erasmo inclinándose hipócritamente en señal de gratitud.

Digitized by Google

—Ve, Erasmo, ve á velar el sueño del caballero. El lugar del médico debe ser junto al enfermo.

Erasmo volvió á saludar respetuosamente, y atravesando la habitación y cerrando tras sí la puerta, partió murmurando entre dientes:

—¡Ya eres mío!

En cuanto al conde Arnaldo, que se había levantado en seguida de salir Erasmo, se puso á pasear por el aposento, inquieto y agitado. Largo rato pasó en esta ocupación. Por fin, se acercó á su lecho y descorrió las pesadas cortinas que lo cubrían. Entonces fué cuando se desplegaron sus labios para decir:

—Ese hombre es un malvado, y no daría un maravedí por su pellejo. Pero, ayúdeme en mis proyectos y allá se las componga con su conciencia.

VII

De como nadie puede decir, de esa agua no beberé.

El conde se había tendido en su cama sin desnudarse, pero sonreía ya el alba cuando consiguió quedarse dormido. Su sueño fué fatigoso y pesado, y hacía ya mucho rato que el sol señoreaba el horizonte, cuando le despertó el ir y venir de los criados por la galería y cierta agitación que reinar parecía en el castillo.

Incorporóse en su lecho tratando de coordinar sus ideas, confusas por el agitado sueño, y acababa apenas de saltar de la cama, cuando entró uno de sus servidores en la estancia.

Digitized by Google

—¿Qué sucede, Beltrán? le preguntó el conde.

—Señor, exclamó el criado, el caballero de La Roca ha muerto.

—¡Muerto!

Y el conde palideció y vaciló, teniendo que apoyarse en uno de los macizos pilares del lecho para no dar en tierra con su cuerpo.

—Es imposible, murmuró á los pocos instantes.

—Desgraciadamente, señor conde, nada es más cierto, dijo en esto inclinándose el médico judío, que acababa de entrar en la habitación.

—¡Ah! exclamó el conde retrocediendo un paso.

—El señor le ha llamado á sí, dijo el médico con hipócrita semblante. Ayer noche, á favor de una poción calmante que le dí, consiguió conciliar un sueño profundo y perfectamente tranquilo, pero esta mañana ha muerto repentinamente en medio de una convulsión. La gota le ha ahogado.

El conde Arnaldo hizo señal al criado para que se retirase. Cuando se quedó solo con Erasmo, se adelantó á él y le dijo con voz trémula de emoción:

—Sal del castillo para quitarte este traje: es preciso que todos vean partir al médico judío. Mañana te volverás á presentar. Te aguarda la plaza de mayordomo.

En seguida llamó, y presentáronse sus criados.

—Acompañadme á ese hombre, les dijo, hasta la puerta. El médico que no ha sabido curar al anciano caballero, no debe permanecer por más tiempo en su castillo.

Cuando hubieron sido cumplidas sus órdenes, el conde Arnaldo hizo pasar un recado á Dulce por uno de sus pajes; pero la damisela, entregada por entero al sentimiento de la muerte de su abuelo, no quiso recibirle.

Comenzó entonces el conde á dar órdenes y disposiciones, y júzguese de la sorpresa y asombro de todos en el castillo, cuando al siguiente día vieron

Digitized by Google

presentarse á Erasmo, el antiguo escudero del señor de La Roca, al cual, no bien hubo llegado, le concedió el conde la plaza de mayordomo. Erasmo, que en su antiguo empleo era orgulloso, se manifestó en el nuevo insolente, y empezó á despedir, uno tras otro, á los servidores de la casa, dándose tan buena maña, que á los dos días toda la servidumbre había sido cambiada en el castillo.

Por cuatro ó seis veces distintas se había presentado el conde á la puerta de la habitación de Dulce, siéndole siempre negada la entrada. La damisela quería dejar correr á solas sus lágrimas. El señor de Mongrony aguardó con la posible calma á que se dignara estar visible para él, pero no obstante, cada día enviaba á preguntar por su salud, lo menos dos veces.

Así trascurrieron ocho.

—A la mañana del noveno, Beltrán entró en la estancia del conde y le dijo que la damisela Dulce de La Roca preguntaba si podía concederle una entrevista.

—Al momento, contestó el conde. Voy allá, Beltrán, dí que voy al instante.

—Es que ella está aquí.

—¿Quién?

—La damisela Dulce.

—¡Ella!

—Ella misma. Ha venido en persona á hacer esta pregunta.

—¡Oh! que pase, Beltrán, que pase, exclamó el conde atónito.

Dulce entró. El conde no la había visto desde la violenta escena que había tenido lugar en la torre. Su semblante pálido hacía traición, pero por medio de un nuevo encanto, á las emociones que había experimentado durante aquellos días su tierno corazón: sus ojos, fatigados de llorar, se velaban melancólicos bajo sus sedosas pestañas; un

Digitized by Google

suave tinte de dulce tristeza se veía esparcido por su agraciado rostro. Sin vacilar, y con un ademán de majestuosa dignidad, que no tenía sin embargo nada de orgullo, se adelantó hacia el conde Arnaldo, á quien arrojó una penetrante mirada. El señor de Mongrony, cuya conciencia, en medio de lo empedernida, distaba mucho de estar tranquila, se sintió turbado ante aquella mirada interrogadora, cuyo sentido desconocía.

—Señor conde, dijo la damisela con voz dulce y al mismo tiempo firme, vos sois mi tutor, pero como me consta que deseáis tener con respeto á mí un título más tierno, vengo yo misma á adelantarme en vuestros deseos. Hé ahí mi mano.

—¡Damisela...! balbuceó el conde, sin saber lo que le pasaba.

—De esta manera, prosiguió Dulce, evito una acción indigna á un caballero.

—¡Damisela Dulce!

—¡Oh! sé que no hubierais retrocedido ante nada, y que toda violencia os hubiera parecido buena para obligarme á ser vuestra esposa. Atreveos sino á negarlo.

Y la mirada de Dulce se clavó severa é interrogadora en el conde. A éste le pareció que brotaba fuego de aquellos ojos fijos en él, según el calor que sintió en el rostro.

Se calló.

La damisela prosiguió, con aquella energía y resuelto ademán que le conocemos:

—Tendría que acabar por rendirme; prefiero capitular. Voy á deciros las dos condiciones con las cuales os otorgaré libremente mi mano, y con mi mano los bienes que codiciáis.

En medio de su impudencia, el conde Arnaldo estaba asombrado. No sabía qué decir ni qué contestar á aquella mujer, la cual prosiguió tranquilamente:

Digitized by Google

—Mi primera condición es, que luego de habernos unido el sacerdote, vos tengáis vuestra habitación y yo la mía, sin mediar entre nosotros más relaciones que las que pudiéramos tener hoy mismo.

El conde continuó guardando silencio.

—Mi segunda condición es con referencia al paje Rogerio. Me consta que no ha vuelto á casa de su abuela Amaltrudis, y de seguro sabéis vos dónde se halla. Pediros su libertad ahora, sería inútil. No me la concederíais. Ofrecedme que el día de nuestro enlace será puesto en libertad, facilitándole los medios para pasar á un país extranjero.

—Pero, damisela...

—Sólo con estas condiciones la damisela Dulce de La Roca, otorgará su mano al conde Arnaldo de Mongrony. ¿Aceptáis?

—Permitidme antes deciros...

—No debéis advertirme nada, ni nada tengo que escucharos. ¿Aceptáis?

—Acepto.

—¿Me ofrecéis que ambas condiciones quedarán cumplidas?

—Os lo ofrezco.

—¿Por vuestra palabra de honor y vuestra fe de caballero?

—Por mi honor y por mi nombre de caballero.

—Entonces, disponed de mi mano.

—Pues bien, dijo el conde gozoso, mañana mismo la ceremonia nupcial.

—¡Dejad al menos que se enfríen las cenizas de los muertos! exclamó Dulce con otra mirada que dejó clavado al conde en su sitio.

Y sin añadir más palabra, se salió de la estancia. A la puerta encontró á Erasmo, que se inclinó profundamente. Dulce volvió el rostro con dignidad, pero sin desprecio.

Digitized by Google

Cuando la damisela llegó á su habitación, se dejó caer en un sitial y dió rienda suelta á sus lágrimas, largo tiempo comprimidas por la fuerza poderosa de su voluntad. En su propia desesperación había buscado su energía y dignidad para llevar á cabo el sacrificio, pero consumado éste, los tiernos sentimientos de su infancia volvían á hacerse lugar en el corazón de la mujer que no hallaba sino en las lágrimas su consuelo y su recurso. Dulce lloró, lloró amargamente, con esas lágrimas de hiel, mudas y silenciosas, que se derraman en el retiro y en la soledad, y aquel llanto fué como un triste y postrimer adiós á sus ilusiones perdidas, á sus días pasados, á sus esperanzas tronchadas en flor. El porvenir se le presentaba á la pobre joven bien triste, pero sentíase sin embargo con un fondo de valor suficiente para dejarse arrastrar tranquila y firme por la desgracia, como la barca que, perdido su timón y su velamen, se deja llevar por la tempestad.

Por esto es que, cuando vió bajar repentinamente al sepulcro á su abuelo y extenderse para siempre sobre él la fría mortaja, Dulce abrazó de una mirada todo su presente y porvenir, y como si los dos hubiesen rasgado el velo que los encubría, los dos se mostraron á los ojos de la damisela con toda su espantosa desnudez y realidad. Dulce entonces, viendo ir hacia ella el peligro, tuvo el magnánimo valor de lanzarse resuelta y osadamente á su encuentro. Conociendo que tendría que ceder, como ella misma había dicho, prefirió capitular.

Dulce lloró después, ya lo hemos dicho, lloró en abundancia y con amargura, pero también se prometió que aquellas lágrimas serían las últimas. Iba á dejar de ser niña para convertirse en mujer, y juró resguardar su corazón con la triple coraza con que las hijas de Ondino se lo envolvían para

Digitized by Google

no sentirse conmovidas cuando iban á recorrer los campos de batalla para gozarse en los últimos suspiros de sus agonizantes enemigos.

En cuanto al paje, la damisela le juró en el fondo de su alma un eternal recuerdo. Era todo lo que podía hacer. La mortaja que había caído sobre el cuerpo de En Galcerán de La Roca, había caído también sobre los tiernos amores de Dulce y de Rogerio.

Llegó el día de la nupcial ceremonia, y la halló dispuesta con la muda resignación de la vestal pronta al sacrificio. Se la vistió de blanco y ciñeron su frente con la modesta corona de vírgenes flores. Se dejó vestir, engalanar, ataviar, muda y silenciosa, insensible á todo, pálida como las flores que acababan de prender á su cabeza. Concluido su tocado, se levantó sin decir una palabra, envolvióse en los anchos pliegues de su níveo velo, y cruzando leve y sin ruido como una sombra los corredores del castillo, bajó á la capilla donde le aguardaban al pie del altar el sacerdote y el conde Arnaldo. Erasmo era uno de los testigos.

Dulce subió lentamente pero sin titubear las dos gradas que debían conducirla al sitio que la reclamaba. Al hallarse frente al conde, se inclinó y le preguntó con voz débil como si exhalara un suspiro:

—¿Y Rogerio?

—Libre, contestó el conde volviéndose hacia Erasmo, é interrogándole con la mirada como para mayor seguridad de la damisela.

—Y ausente, añadió Erasmo inclinándose hipócritamente.

Dulce dejó caer el velo de sus pestañas sobre sus ojos, y alargando la mano como hubiera podido hacerlo una estatua de piedra, la depositó, fría y helada como la de una estatua también, en la del conde, que se estremeció á su contacto.

Digitized by Google

Pocos minutos después, la sagrada ceremonia había terminado.

Los espectadores habían creído asistir á un entierro.

VIII

De como no es cierto lo de que á muertos y á idos no hay amigos.

¡Pobre damisela Dulce! Había nacido para ser libre, para ser feliz, para brillar deslumbradora y envidiada, hermosa entre las hermosas, reina en las fiestas y torneos. Pero ¡ay! ¡cuán otra fué desde aquel día su existencia! Encerrada en el viejo castillo de sus padres como en un sepulcro, enlazada á un hombre de hierro como su armadura, á quien aborrecía y que jamás había tenido para ella ni una palabra de consuelo ni una sonrisa de amor, la pobre joven comenzó á languidecer como una flor que se marchita falta de aire y de sol; como languidece el pobre ruiseñor á quien se encarcela en la jaula falto de espacio en que tender libre sus juguetonas alas.

¡Pobre damisela Dulce! Despidieron á todos sus antiguos sirvientes, á todos los que siempre la habían rodeado, y ya sólo vió junto á ella rostros extraños y severos que la miraban con hipócrita compasión, criados que la servían con indiferencia y desdén. Seguían en estò la conducta del conde, que era de hielo con ella, y que, oponiendo un aspecto siempre glacial á la belleza pálida y suave

Digitized by Google

de la joven, la miraba con el mismo desdén que al último de sus servidores.

La infeliz joven pasaba la vida entre humillaciones continuas, y sin embargo, nunca se la oyó exhalar un suspiro, balbucear una queja, jamás se la vió derramar una lágrima. En el silencio y en la soledad era donde aquella mártir de su heroísmo las derramaba abundantes. Dotada, como ya sabemos, de una energía de carácter verdaderamente varonil, de una fuerza de voluntad verdaderamente extraordinaria, todo lo sufría en silencio, con esa pasmosa y sublime resignación que convierte á una mujer en una mártir.

Triste, sola, aislada, veía deslizarse los días monótonos y fríos, sucediéndose unos á otros sin ningún atractivo, sin variación alguna, sin emociones de ninguna clase que pudieran distraerla ó que pudieran prestar algún alivio á su pecho dolorosamente acongojado, á su alma cruelmente herida. Inclinada siempre sobre los bordados de tapicería á que se entregaba y que le proporcionaban algunos momentos de grata distracción, permanecía sola en su estancia, sin ver entrar apenas á nadie, sin hablar con persona alguna muchos días. Mejor que la dama de la Roca, era la prisionera del castillo.

¡Y qué triste es el dolor en la soledad!

Algunas veces, á la caída de la tarde, se aproximaba á una de las ventanas de su habitación que daba al parque, y entonces le sucedía soltar descuidada la tapicería que bordaba, y, levantando la cabeza, pasear su mirada distraída por la rica y espléndida verdura del jardín que enviaba hasta ella, como un saludo misterioso, sus perfumes. La damisela aspiraba la odorífera fragancia que despedían las plantas, con aquella especie de febril entusiasmo que sienten por las flores las naturalezas excesivamente nerviosas, y mientras su mi-

Digitized by Google

rada recorría los grupos peregrinos de follaje, acaecíale fijarla á menudo en la esbelta torre del Pino que se alzaba gigantesca, y que era para ella un viviente recuerdo.

Entonces sentía Dulce que su corazón se oprimía, como si una invisible mano de hierro se lo estrujara, y un estremecimiento nervioso recorría todo su cuerpo. Cerraba entristecida los ojos para no recordar, y, como sucede siempre en casos tales, cuanto más pronto quería olvidar, más pronto y más minuciosamente recordaba. Con los ojos cerrados, veía pasar por delante de ella, grata y dulce visión, la imagen querida de su paje, con su lánguida mirada, su frente pálida, su sedosa cabellera, sus labios entreabiertos para murmurar palabras de amor y de ternura; recordaba aquella triste y melancólica trova catalana que con dulce expresión y singular sentimiento entonaba Rogerio; sentíase trasportada á otro tiempo cuando, las manos en las manos, los ojos en los ojos, gozaban los dos amantes, á través de la reja, momentos de inefable delicia; y en aquellos momentos, fugaces y pasajeros como un rayo de sol en un día nebuloso, Dulce sentía ensancharse su corazón, y abrirse expansivo á aquel recuerdo de amor, lo mismo que ciertas flores macilentas abren su aromado cáliz al rayo de sol que va á abrazarlas con su beso.

De esa especie de obsesión del alma, Dulce se despertaba siempre con los ojos bañados en lágrimas. ¡Ay! ¿qué se había hecho aquel hombre por ella tan ardientemente amado? ¿Dónde estaba? ¿En qué regiones desconocidas vivía...? A veces Dulce se formaba la ilusión de que no podía haber sido olvidada, y acaecíale alguna noche asomarse á la ventana y clavar sus ojos en la luna, creyendo que á aquella hora y desde un punto remoto fijaba también en ella los suyos aquel hombre, cuyo nombre no estaba jamás en sus labios, pero cuyo

Digitized by Google

recuerdo vivía eterno en su corazón. Le parecía entonces sentir el contacto de estas dos miradas, y se apartaba desolada de la ventana, presa de un estremecimiento de terror y velándose el rostro con las manos, como si sólo con aquel casto roce creyese ya haber faltado á sus deberes de esposa.

Una tarde, al abrir sus ojos después de una de esas tan plácidas como raras expansiones con que daba treguas á su dolor, la damisela vió delante de sí, en pie y clavando en ella su mirada de sátiro, á Erasmo, el hombre de confianza, el brazo, y de seguro también el alma, del conde Arnaldo. Dulce, que sentía un invencible y secreto sentimiento de horror hacia ese hombre, no le dirigía jamás la palabra, y contestaba siempre con laconismo á las preguntas y observaciones que á veces aquél le hacía, por causa de su empleo en el castillo.

Estaba Dulce, la tarde de que hablamos, sentada en el salón del homenaje, y, desvanecida por su obsesión, había dejado descansar en su falda la tapicería en que se ocupaba. Al ver á Erasmo se estremeció, é inclinándose sobre su bordado, como si no hubiese reparado en la persona que allí se hallaba, púsose tranquilamente la damisela á continuar su tarea.

Una fugitiva chispa de cólera iluminó con siniestro resplandor los ojos de Erasmo, ante aquella señalada muestra de profundo desdén.

—Señora... dijo el mayordomo.

La damisela hizo como que no hubiese oído.

—Señora, repitió Erasmo, mi noble señor ha observado que bajáis á rezar todos los días á la pilla, y os previene que de hoy en adelante tenéis que suspenderlo.

—¿Que suspenderlo? preguntó con voz levemente amovida. ¿Se prohibe también á la hija ir á orar

Digitized by Google

al pie de los altares para el descanso eterno de sus padres?

—Señora... balbuceó Erasmo, turbado ante aquella mirada.

—¿No bastan, pues, prosiguió la damisela, las humillaciones que se me hacen sufrir, los insultos y desprecios á que se me expone, sino que hasta se me niega mi último consuelo, el de la religión, el del rezo? Pues bien, decidle al conde que deseo hablarle. Quiero oír de sus propios labios esta prohibición.

—El conde está de caza y no volverá hasta mañana.

—¡Siempre la misma respuesta cuando yo deseo verle! ¡siempre ausente del castillo!

—Permitidme deciros, señora, que el objeto del conde era sólo advertiros que se han de hacer reparaciones indispensables en la capilla y suplicaros que suspendierais bajar á ella ínterin se efectúen estos trabajos. Por otra parte, si queréis hacerlo podéis bajar á hora en que no se trabaje, de noche por ejemplo. Aquí nadie se opone á vuestra voluntad, señora; todos os obedecen, y yo el primero.

Y dichas estas palabras con un tono que tenía algo de sarcástico, Erasmo saludó y partió.

Aquella misma noche la damisela, que por nada en el mundo hubiera dejado de ir á rezar en la capilla donde descansaban las cenizas de su padre y abuelo, fué como tenía de costumbre á cumplir el religioso deber que se había impuesto. Erasmo no la había engañado. Las reparaciones comenzadas en la capilla hacían que la nave se hallase obstruida por andamios, escaleras y maderos, por entre todo lo cual tuvo Dulce que atravesar para llegar al sitio donde ordinariamente doblaba la rodilla y donde cada día, buscando en el rezo un alivio á las penas, pedía á la religión la necesaria fortaleza

Digitized by Google

para continuar soportando con valor y serenidad sus sufrimientos.

Desde entonces prosiguió la damisela bajando todas las noches á la capilla, en lugar de hacerlo por la mañana como antes, y esta hora de consuelo y paz en que se entregaba con expansión á todas las dulzuras que guarda la fe para un corazón lacerado, era esperada todo el día con impaciencia por aquella pobre alma que no hacía otra cosa que sufrir y callar, que resignarse y morir.

Cierta noche estaba orando, no por ella, no por sus padres, sino por otra persona que jamás se habían abierto sus labios para nombrar, pero cuyo nombre estaba grabado con caracteres indelebles en su corazón. Por Rogerio. Creíale ausente de su país, guerreando en distintas tierras, lejos para siempre de su país natal, y por esto la pobre damisela, que tanto le había querido, la pobre mujer que tanto le había amado, consagrábale de vez en cuando un recuerdo envuelto en la virginal vestidura de la oración, y pedía tiernamente á Dios victorias para su brazo, laureles para su frente, honra y prez para su nombre.

La noche de que hacemos mención, Dulce estaba triste, triste como una mañana sin sol, como un corazón sin amor, y cuando hubo concluido su amorosa plegaria, cuando hubo demandado al cielo con todo el fervor de un alma cristiana amparo y protección para su antiguo paje, inclinó su frente pensativa y cargada de recuerdos hasta apoyarla en el mármol del altar, como la flor que al caer las sombras se doblega entristecida bajo el relente nocturno.

Acababa apenas de sentir refrescada su ardorosa frente por el frío contacto del mármol, cuando le pareció que la caja del altar se estremecía con aquella especie de oscilación, que, cual si fuese animada, parece comunicar á una bóveda una sola

Digitized by Google

voz vibrando en el vacío. Permaneció inmóvil la damisela, y no tardó en adquirir de ello una certeza, llegando hasta á distinguir el ligero murmullo lejano y continuo de una voz que se prolongaba como si entonara un canto.

Dulce sintió helarse su corazón á aquel eco profundo y subterráneo que llegaba misterioso hasta ella como una voz del otro mundo.

Movida por la curiosidad, deseosa de cerciorarse, impelida por un secreto movimiento, aplicó su oído, no ya al mármol, sino á la tabla que servia de frontal al altar, y un grito se escapó de sus labios. Allí la voz subterránea se oía clara, perfecta, distinta, contribuyendo á ello el silencio de la noche y la calma profunda que reinaban en la capilla y en sus alrededores. Cuando su oído se hubo acostumbrado, no sólo fué ya el murmullo de la voz lo que oyó, sino que alcanzó á recoger muchas palabras de aquel canto misterioso.

Era una melancólica trova catalana, que la damisela conoció perfectamente á las pocas palabras:

Ja son pare se 'ls presenta,
de sos ulls brollantne foch:
—«¡Mal robador de doncellas
que Dèu te dó mala mort!»
Al dematí 'ls enterraban
en una tomba á tots dos.
Caminant, quan aquí passes
digasne: «Dèu los perdó.»

La nineta n' era rossa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor!

¿Qué voz era aquella que iba á turbar á la damisela en su religiosa meditación...? ¿Qué voz s- lida de las entrañas de la tierra respondía como u eco á su más íntimo pensamiento...? ¿Qué voz mi teriosa era la que hacía vibrar una cuerda simp

Digitized by Google

tica y por largo tiempo dormida en su corazón, recordándole como en sueños una voz amada...? ¿Qué voz, en fin, la que repetía con melancólicas modulaciones una trova tristísima que vivía en los recuerdos de aquella pobre mujer...?

Una sospecha vaga como el rayo, un recelo asesino como la duda, penetró en el alma de Dulce. Sin embargo, lo desechó como quien arroja de sí un mal pensamiento.

—¡No puede ser...! ¡no puede ser! dijo.

Y, convencida de que había cesado la voz, dió algunos pasos para retirarse. En aquel momento el rumor de unas fuertes pisadas sonó fuera de la capilla. Alguien se acercaba.

Dulce, sobrecogida y asustada, obedeciendo al primer impulso del corazón, que suele ser siempre el mejor porque es siempre el más sano, Dulce, decimos, se precipitó tras de un altar.

Un secreto instinto le decía que iba allí á pasar algo que la interesaba.

Los pasos fueron acercándose monótonos, firmes y pausados. Abrióse la puerta de la capilla rechinando sobre sus goznes, y apareció un hombre que, á la escasa luz de las dos lámparas que alumbraban el santuario, fué conocido de Dulce como uno de los servidores del conde Arnaldo.

En efecto, era Bocanegra.

También llevaba una lámpara en la mano, y atravesando la nave en toda su extensión, se dirigió en línea recta al altar donde momentos antes había estado arrodillada la damisela. Una vez allí, paseó una mirada sombría y siniestra por todas partes como tratando de asegurarse que estaba solo.

—¡Dios mío! se dijo Dulce. ¿Qué va á hacer ese hombre?

Luego que Bocanegra creyó estar seguro de que nadie le acechaba, subió las gradas del altar, y á la luz de la lámpara que ante éste pendía y á la

Digitized by Google

luz misma de la que llevaba en la mano el recién llegado, vióle la damisela inclinarse, pasar la mano por las molduras que ribeteaban los puntos extremos del frontal, apretar un botón secreto, y. descorriéndose la tabla del altar, abrir un ancho boquete á los ojos atónitos de la joven que estuvo á punto de venderse lanzando un grito.

Bocanegra se introdujo sin vacilar por aquella abertura, llevándose la lámpara y una cesta en la que Dulce no había reparado hasta entonces. En cuanto hubo desaparecido, la tabla volvió á cerrarse.

—¿Qué es eso, Dios mío, qué es eso? se dijo la joven cayendo de rodillas tras de su protector altar, sobrecogida de terror y de sorpresa. Ese hombre es hechura del malvado Erasmo... ¿Dónde se dirige? ¿A dónde guía esa entrada misteriosa...?

Dulce recordó entonces haber oído hablar de unos subterráneos, especie de catacumbas, que debían existir debajo de la capilla, en los cuales, por lo que se decía, habían sido encerrados una vez diez moros prisioneros á quienes se había dejado perecer allí de hambre y de sed, enterrándoles en vida. Punzante y desconsoladora, la más negra sospecha entró en su alma. Resolvió, pues, no salir de la capilla sin haber averiguado aquel misterio.

Al cabo de unos diez minutos de angustia y de zozobra, tornó á correrse la tabla inferior del altar, y, descubierta de nuevo la abertura, salió Bocanegra sin la cesta, volvió á cerrar, atravesó la capilla con paso lento, y desapareció, persuadido de que nadie había visto su maniobra.

Cuando hubo dejado de oírse el rumor de sus pasos, corrió Dulce al altar, y palpitante el corazón, empezó á tantear con trémula mano todas las molduras de la tabla. Allí debía estar el secreto, perdido entre el follaje toscamente labrado. Largo

Digitized by Google

rato estuvo buscándolo sin poder dar con él. Sus dedos tropezaron, por fin, con una hoja más abultada que las otras, y en medio con un botoncito de madera. Tiró de este botón y corrióse la tabla.

La abertura, de la cual se escapó una bocanada de aire espeso y húmedo como un vapor, ofreció á la vista de la joven un subterráneo con una escalera que se perdía en sus profundidades.

Descolgó la damisela la lámpara que iluminaba el altar, y resuelta, firme, varonil, se introdujo por el camino que Dios ó la fatalidad le deparaban y comenzó á bajar los escalones.

—¡Dios mío! ¿qué voy á saber? se decía.

A medida que iba bajando, le parecía oir como un ruido sordo y continuo, parecido al que hace un minero trabajando en las entrañas de la tierra. A cada paso que daba se iba haciendo más claro y distinto el ruido.

En cuanto hubo acabado de bajar la escalera, se encontró la damisela con una galería subterránea. De pronto, en el instante en que iba á doblar la esquina del camino que seguía, un estrépito fuerte como un desplome retumbó por bajo las bóvedas, y una corriente de aire fresco y puro fué á azotar el rostro de Dulce. El estrépito fué seguido de un grito ahogado de satisfacción.

La Damisela se lanzó hacia el punto de donde partiera el rumor, pero tropezó á su paso con una reja de hierro. Fácil era, sin embargo, atravesar esta reja, pues le faltaban dos gruesos barrotes que vió la joven uno á los pies y otro en las manos de un hombre que, vuelto de espaldas á ella, acababa, sin duda con auxilio de aquellos hierros, de llevar á cabo la obra que placentero estaba contemplando. Alzábase á sus pies un montón de escombros que en escabrosa pendiente, iban á comunicar con un boquete bastante capaz, abierto en un rincón del

Digitized by Google

techo, y por el cual penetraban el aire fresco de la noche y los rayos de la luna.

Dulce hizo un movimiento agarrándose á la reja. A este movimiento el hombre del subterráneo se volvió.

—¿Quién va? dijo.

Y adelantóse blandiendo uno de los barrotes.

La damisela retrocedió un paso y dejó escapar un gemido. Había conocido aquella voz.

IX

De como antes de que te cases, has de mirar lo que haces.

—¡Dulce! ¡Dulce! exclamó el desconocido reconociendo, á la luz de la lámpara, á la mujer que ante sus ojos se presentaba. ¡Oh! ¡es Dulce!

Y pasando por la abertura de la reja, fué á caer á sus pies, que besó y estrechó con frenético delirio.

—¡Rogerio! murmuró con voz débil la condesa. ¡Vos, vos aquí, Rogerio!

—¡Oh! Te he visto, Dulce, te he visto y todo está olvidado. Miserias y torturas, penas y dolores... ¡todo! Este solo instante paga una eternidad entera de sufrimientos.

Dulce llevó su mano al corazón, como si en mitad de él hubiese recibido una herida.

—¡Los infames! exclamó con amargura. Me habían dicho que estabais libre, ausente.

—¡Libre! ¡ausente! repitió Rogerio con voz sombría. ¡Oh! sólo Dios sabe lo que he sufrido.

Digitized by Google

Desde aquel funesto día en que os amenazaron con mi muerte para obligaros á ceder, desde aquel día me hallo gimiendo en este oscuro subterráneo, falto de luz, de aire, de amor, de vida. ¡Ay! ¡han sido muy crueles conmigo, señora, muy crueles! Me han dejado aquí, en esta mazmorra, muriéndome unas veces de frío, ahogándome otras de calor, y sin ver á nadie más que á ese hombre constituido en mi carcelero, que constantemente me ha dejado la comida sin dirigirme nunca la palabra, mudo á todas mis preguntas, de mármol ante mis súplicas, insensible hasta á mis lágrimas... hasta á mis lágrimas, sí, porque yo he llorado revolcándome á sus pies, Dulce, he llorado como un niño, como un insensato... ¡Y es que mientras he vivido toda la eternidad de un año, ignorado de todo el mundo, en este subterráneo, mi abuela, Dulce, mi pobre abuela, falta de auxilios, habrá acaso perecido de hambre!

Y el paje dejó caer la frente entre sus manos, mientras que la condesa, pálida como un cadáver, tenía que apoyarse en la pared por sentirse falta de fuerzas.

—¿Y todo por qué, damisela Dulce? prosiguió Rogerio con fuego y levantando hacia ella unos ojos impregnados de ternura y de lágrimas. Porque no he querido ahogar los latidos de mi corazón, porque he amado á una mujer más que á mi vida, porque no he querido arrancar del alma este amor ardiente, inextinguible, inmenso, que fué mi delicia cuando estaba en libertad, y que ha sido mi tesoro mientras he gemido prisionero. ¡Ay! sí, á todas horas, á todos momentos, en la oscuridad de mi noche eterna jamás he dejado de verte, Dulce, resplandeciente de belleza como un ángel, vestida de luz como el buen genio que se me presentaba por guía. El amor me ha elevado sobre mis sufrimientos, el amor me ha hecho fuerte en mis do-

Digitized by Google

lores, el amor me ha dado vida para ir lentamente alimentándome en medio de esa agonía incansable, trabajosa y prolongada que mina el corazón de los presos.

Las palabras de Rogerio penetraban como puntas aceradas en el pecho de Dulce, que permanecía inmóvil y muda, pero revelando lo que sufría por medio de ligeros estremecimientos. El paje prosiguió, como si contestara á una pregunta que no se le había hecho:

—Si habré sufrido yo, ¡Dios mío...! ¡Ay! he ido perdiendo las ilusiones una á una, como ve caer poco á poco el rosal, marchitas y abrasadas, las rosas que fueron un día su esplendor y su orgullo. Sin embargo, desde que entré aquí, desde que aquí me sepultaron, una idea fija me ha perseguido, tenaz é inclemente, la libertad, porque la libertad era verte, Dulce; la libertad era tu amor, era bañarme á los rayos del sol de tu mirada, era vivir delirando á tus pies ó morir suspirando al pie de tus rejas. Mira, añadió el paje señalando la reja y abertura por la cual había pasado poco antes; más de medio año he tardado en limar esos hierros, y con su auxilio más de otro medio año he tardado en abrir en un ángulo de mi prisión el camino que hace poco acaba de ofrecer una puerta á mis esperanzas.

Dulce miró los escombros y el agujero; contempló los hierros arrancados de la reja; era una obra de gigante.

Rogerio leyó su pensamiento.

—A los pocos días de estar aquí, dijo, traté de salvarme á toda costa, porque demasiado bien me decía mi corazón que mis verdugos jamás bajarían á abrirme la puerta de la prisión, que ellos consideraban como mi tumba. Comencé, pues, á limar los hierros, ansioso de abrirme paso y salir por el camino que seguía siempre mi carcelero. La re-

Digitized by Google

flexión vino, sin embargo, á hacerme variar de idea. El sitio por donde entraba el hombre que me traía la comida, debía necesariamente comunicar con el castillo, según la disposición de estos subterráneos. Estaba pues perdido sin remedio, tratando de salvarme por allí. Era forzoso que mis tentativas se dirigieran por otra parte. Tenía observado que algunas veces un rumor sordo, ahogado y continuo se dejaba sentir sobre mi cabeza cuando me reclinaba en aquel ángulo, y á fuerza de pensar en ello conocí que no podía provenir de otra causa que de la lluvia. Ahora bien, si era la lluvia, la parte del subterráneo que yo habitaba debía salirse del castillo y penetrar en el campo. Resolví entonces agujerear la pared en aquel ángulo mismo y cerca del techo, trabajo ímprobo que he llevado á cabo con toda la paciencia y la fuerza de voluntad que podía sólo inspirarme el amor. Esta mañana he conocido que mi obra tocaba á su término y que bastarían sólo algunos minutos de trabajo para que, desmoronándose parte del techo, se abriera á mis ojos un camino de salvación. Decidí esperar que me hubiese hecho el carcelero su visita diaria para obtener este resultado, y decidí bien... porque hé ahí la libertad y hé aquí el amor, exclamó Rogerio señalando el agujero y clavando sus ojos en la damisela; las dos cosas á un tiempo. Mi alma late de júbilo y placer, y estoy loco, verdaderamente loco de alegría. ¡La libertad! ¡el amor! ¡mi sueño eterno! mis únicos pensamientos, en la soledad de este vasto sepulcro donde me habían enterrado.

Rogerio se apoderó con febril entusiasmo de una de las manos de Dulce, que ésta no se atrevió á retirarle, y que el paje bañó con sus lágrimas. Un religioso y sublime silencio reinó por breves instantes entre aquellas dos tiernas criaturas nacidas la una para la otra, y que sin embargo la fatalidad

Digitized by Google

se había empeñado en separar, haciendo que ambas á dos se fortalecieran, sufriendo la una el martirio y la otra la agonía del amor.

Rogerio no pensaba nada en aquel instante, no pensaba en otra cosa que en dar expansión á su alma por tanto tiempo comprimida. Tenía allí á Dulce, al ídolo de sus sueños, á la que había poblado con su imagen su soledad y con su recuerdo su vida, y por consiguiente lo tenía todo. Sólo que cerraba los ojos é imprimía con delirio sus labios en aquella mano que descansaba entre las suyas, porque temía verla desaparecer como un sueño, huir como una visión y tener entonces que tornar á sus angustias y tormentos.

En cuanto á la damisela, sufría en silencio, desde que había vuelto á ver al paje, una de aquellas luchas horribles, tempestades espantosas que se desencadenan en el corazón de la mujer, y que á veces ¡ay! á veces acaban por secarle como seca el sol de julio la hoja desprendida del árbol. La fuerza de voluntad que acudía en auxilio de Dulce cuando más difíciles y amargas se le presentaban las situaciones de su vida, acudió también esta vez en su auxilio. La hermosa joven desprendió su mano que el paje tenía entre las suyas, y exclamó, imprimiendo á su voz un particular acento de indecible melancolía:

—Mucho habréis padecido, Rogerio; mucho habréis llorado, pero ya Dios pone término á vuestros sufrimientos. Ante vos, y gracias á vuestra constancia y esfuerzos, se abre el camino de la libertad, añadió señalándole la abertura. ¡Partid pues, Rogerio, partid... y sed feliz!

La damisela no prosiguió, porque el corazón iba á venderla, porque la voz comenzaba á ahogarse en su garganta, porque rebeldes lágrimas se agolpaban denunciadoras á sus abrasados ojos.

Al oír Rogerio las palabras que acababan de

Digitized by Google

salir de los labios de la joven, sintió como una montaña de hielo desprenderse sobre él, y aturdido, asombrado, clavó en Dulce su mirada limpia é interrogadora..

—¡Partir! ¡ser feliz! murmuró. ¿Por qué me habláis así, Damisela Dulce?

El pobre paje tenía miedo de adivinar. Dulce reunió todas las fuerzas de su corazón y dió un paso hacia Rogerio.

—¿Jamás, desde que aquí os bajaron, le preguntó, habéis visto á nadie?

—A mi carcelero sólo y á nadie más.

—¿Y éste no os ha dirigido nunca la palabra?

—Nunca.

—¿Nada os ha dicho? continuó Dulce insistiendo.

—Nada, contestó Rogerio que no comprendía, pero á quien su leal corazón le decía que algo triste se preparaba.

—Pues entonces, Rogerio, dadle gracias á Dios por haberos evitado uno de los más atroces tormentos, por haber ignorado hasta ahora que la mujer que os juró un amor eterno, que esta mujer, Rogerio...

La voz de la damisela se veló: se conocía que estaba impregnada de sollozos. El paje estaba pendiente de sus palabras.

—Que esta mujer... dijo débilmente como un eco.

—Pertenece á otro, murmuró Dulce con voz ahogada.

—¡A otro...! ¡á otro...! ¡á otro...! repitió Rogerio, como si á medida sólo de irlo repitiendo fuese haciéndose cargo.

—Delante de vos tenéis á la esposa del conde Arnaldo.

—¡Oh!

Y el pobre cautivo llevó las manos á su abrasada frente. Se sentía morir. Hubo entonces otro

Digitized by Google

momento de silencio que Rogerio fué el primero en romper.

—¡Que Dios tenga misericordia de mí! exclamó. ¡Me vuelvo loco!

Dulce exhaló un suspiro arrancado del fondo de su alma. En seguida, levantando los ojos al cielo con una expresión indefinible, armándose de resolución, imponiendo silencio al grito del amor que gemía en el interior de su pecho, adelantóse firme, serena, sublime, y tocando con el dedo la frente del paje y haciéndole levantar la cabeza,

—Os he dicho que partierais, Rogerio, exclamó resueltamente; os lo repito, y ahora oíd, oíd, y para oírme miradme cara á cara. Os he amado como puede amar una mujer, con la virginidad, con el embeleso, con la idolatría de un primer amor; pero decidme, y decídmelo por vuestra honra y conciencia; ¿creéis que pueda yo, la esposa del conde Arnaldo, dirigiros otras palabras que las de: «Partid, y sed feliz»?

Rogerio se calló.

—¿Creéis que yo, yo, la esposa de otro hombre, prosiguió Dulce, aun cuando no sea suya más que en el nombre, aun cuando ese hombre me haya engañado, ultrajado, vendido, creéis que yo pueda dirigirle á nadie una sola palabra de amor ó de consuelo? ¿Creéis, en fin, añadió como si penetrara en las secretas intenciones del paje, que pueda yo partir con vos... yo?

Rogerio se estremeció, pero calló también.

—No, vos no lo creéis como yo no lo creo. Podré sufrir, agonizar, morir, pero me quedaré. Mi puesto está aquí, como el vuestro está lejos de la mujer que os ha amado y... que os ama aún. ¿Lo entendéis, Rogerio? que os ama aún.

El paje hizo un movimiento como para arrojarse hacia ella, pero Dulce le detuvo con la mirada.

Digitized by Google

—Por esto os dice esta mujer: ¡Adiós, Rogerio! ¡Partid! ¡No olvidéis, pero partid!

—¡Dulce! murmuró el paje con voz débil y suplicante.

Una febril impaciencia se pintó en el rostro de la damisela, que, sin separar la vista, pero acentuando enérgicamente la voz, le dijo al joven:

—Rogerio; ¿tenéis corazón? Pues entonces partid, partid lejos, muy lejos, donde yo no pueda veros ni saber de vos. ¿No os he dicho que os amaba aún...? ¿qué más queréis ni qué más podéis decirme? Marcados están nuestros deberes, como trazado por el dedo de Dios está nuestro camino. ¡Partid...! ¿Quisierais mejor que un día tuviera que inclinar mi frente avergonzada y que cayera sobre mí la mancha de la esposa culpable, esa mancha que no se borra jamás, aunque se lave con sangre? Verdaderamente, Rogerio, prosiguió Dulce con un acento desgarrador, verdaderamente no tenéis piedad ni corazón si no partís, y si no partís perdonando á los que tanto os han dañado, como yo les perdono, yo que aquí me quedo, víctima sumisa, mártir obediente, esclava de mi deber y de mi conciencia. ¡Oh! Rogerio, Rogerio, ¿quién de entrambos es más digno de compasión? ¿Vos que partís, ó yo que me quedo?

El paje se sintió conmovido. Había toda la grandeza admirable y toda la resignación sublime del sacrificio en aquella mujer que suplicaba con el viril acento de un corazón destrozado, pero mudo, de un corazón que ahoga la voz de sus pasiones impetuosas para dejar hablar sólo la del rígido deber. Costábale, sin embargo, á Rogerio resolverse. Lo que se le pedía era superior á sus fuerzas, era un sacrificio inmenso después de un siglo de dolor, era la muerte de todas sus esperanzas después de una vida toda pasada en alimentarlas.

—¡Dulce! ¡Dulce! insistió el joven levantando

Digitized by Google

hacia ella unos ojos que parecían bañarse en un mar de estática dulzura é imprimiendo á sus palabras todo cuanto puede haber de tristeza desgarradora en una voz, de lágrimas amargas ocultas en un acento. ¡Dulce! ¡Dulce! ¿Y qué será de mí en el mundo? ¿Para qué habré pasado yo toda esa eternidad de más de un año en limar esos hierros y en destruir esa bóveda?

—¿Y yo, Rogerio, creéis que me espera á mí un lecho de rosas? ¿Y yo, Rogerio, decid, cómo creéis que pudiera yo parecer un día ante el juicio de Dios? ¿Queréis para el ídolo de vuestros sueños y de vuestra infancia la marca infame del adulterio mejor que la espléndida corona del martirio? ¿Qué será de vos en el mundo, decís...? ¿Y de mí? ¿Qué será de mí, enterrada viva en la tumba de este castillo?

Rogerio bajó la cabeza, y una abrasadora lágrima tembló en sus párpados, deslizándose á lo largo de sus mejillas.

—Tenéis razón, dijo con voz apagada, tenéis razón. Debo partir.

Y revistiéndose de valor con la ficticia y poco duradera fuerza de voluntad que le infundieron las palabras y el acento de desgarradora convicción de la damisela, Rogerio impuso silencio á la voz de su alma que gemía muy alto y muy dolorosamente, y acercándose á Dulce cogió una de sus manos que temblaba á impulsos de un estremecimiento nervioso y aplicó en ella un beso de fuego. Un doloroso choque retumbó en el corazón de la joven, que retiró su mano como si en ella hubiese caído una gota de plomo derretido.

—¡Adiós, Dulce! ¡Adiós para siempre! murmuró la voz ahogada y sentimental del paje.

Pronunciado este adiós con un supremo acento de dolor, Rogerio, bamboleándose como un hombre ebrio, se dirigió hacia la abertura, en tanto que

Digitized by Google

Dulce le miraba partir, inmóvil pero pálida como un espectro.

En aquel momento...

Pero nos son indispensables algunas explicaciones previas para saber lo que pasó en aquel momento.

X

De como tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se rompe.

Comenzaba á cerrar la noche cuando el conde Arnaldo llegó al castillo, seguido de su gente, escuderos y monteros, y de sus cincuenta perros de caza, porque es fuerza saber que el conde era muy lujoso y espléndido en asuntos de montería. Una ensangrentada cabeza de jabalí colgaba del arzón de su silla, pero ni en su rostro ni en los de sus compañeros brillaban la alegría y el contento de otras veces.

En efecto, la caza había sido poco feliz, y el conde regresaba de un humor insoportable á su morada; así es que, no bien estuvo en el patio, cuando descabalgó á toda prisa, y subiendo la escalera, se entró en su aposento, dejándose caer en un sillón sin ni siquiera despojarse de sus arreos de caza. Teniendo en consideración el carácter del conde, la cosa no era para menos. Había empleado con toda su gente la mitad de la jornada en perseguir á una condenada jabalina que lograra escapar á todas las persecuciones, deshaciéndose unas veces de los perros que más de cerca la seguían,

Digitized by Google

burlando otras la astucia de los cazadores, y desapareciendo en fin y haciéndoles perder la pista como si se la hubiese tragado la tierra. Varios perros habían quedado estropeados y fuera de combate, dos monteros estaban mal heridos. El conde estaba furioso con la jabalina, con sus cazadores, con su jauría y hasta consigo mismo.

Beltrán le había seguido hasta su habitación y permanecía de pie, inmóvil en el umbral. El conde le vió al cabo de un largo rato y frunció las cejas.

—¿Qué haces ahí? exclamó con voz colérica.

—Señor, contestó temblando el servidor, estaba esperando las órdenes de vuestra señoría.

—No quiero nada.

Beltrán se inclinó profundamente y se dispuso á salir. El conde dió una furiosa patada en el suelo, que hizo volver en redondo al criado.

—¿Quién te ha dicho que te fueras? gritó el conde amenazándole con el puño.

—Señor... balbuceó el criado, trémulo, como me habíais dicho...

—Yo no he dicho nada.

Beltrán se inclinó, quedándose clavado en su sitio. El conde permaneció mudo unos instantes.

—¡Que suba Jorge, en seguida! exclamó por fin, sin volver la cabeza y con un acento breve é imperioso que bien daba á entender que no admitía dilación.

Beltrán partió como un rayo, bajando de cuatro en cuatro los escalones, para ir á cumplir la orden de su señor.

Un minuto después, Jorge se presentó en la habitación. Jorge era el montero mayor del conde, quien así le dijo en cuanto le vió aparecer:

—Que partan en seguida seis hombres, diez, veinte si es necesario. Mándalos apostar en el bosque, que estén en acecho y que no vuelvan sin haber dado con la pista ó sin traer indicios de

Digitized by Google

esa condenada jabalina. Ya estás enterado, vete.

Jorge salió. Demasiado sabía que las órdenes del conde no admitían jamás demora ni réplica. Era su noble señor inflexible como un guante de hierro.

Pocos instantes después de haber salido el montero, los cuernos de caza llamando á recoger los perros, hacían estremecer desde el patio todos los ecos del castillo.

Tres horas hacía lo menos que el conde estaba de regreso, y en lugar de calmarse, su mal humor se había aumentado.

Oyóse repentinamente ruido de pasos precipitados en la antesala, y la puerta de la estancia se abrió. Quien de tal modo llegaba no podía ser otro que Erasmo. Nadie sino él tenía derecho de penetrar en la cámara del conde sin hacerse anunciar.

Era el mayordomo, en efecto.

Al verle, el conde sintió un movimiento de júbilo por hallarse al fin con alguno en quien desfogar su cólera. Así es que, encarándose con él antes de darle tiempo para pronunciar la menor palabra,

—Gracias al demonio que por fin os veo, señor Erasmo, exclamó. Estoy muy disgustado, estoy furioso con vos. ¡Que no os vuelva á suceder jamás dejar de venir á la caza conmigo!

—Bien, señor, bien, exclamó Erasmo interrumpiendo al conde en mitad de su razonamiento, no me sucederá más. ¿Pero sabéis lo que pasa? Estamos vendidos.

—¿Qué hay? preguntó el conde viendo pintada una nueva de importancia en el azorado semblante del mayordomo.

—Que pasando hace un momento por delante de la puerta de la capilla, me han dado intenciones de entrar y he visto...

Digitized by Google

—¿Qué has visto?

—He visto abierta la trampa.

—¿Qué trampa?

—La del subterráneo.

—¿Qué subterráneo?

—El que sirve de prisión al paje.

—¿Pero qué paje...? ¿De qué mil demonios me hablas?

En efecto, el conde no se acordaba de nada.

—¿Es posible, señor...? ¿Habéis olvidado ya al paje Rogerio?

—¿Al que requería de amores á la damisela Dulce antes de ser mi esposa?

—Al mismo.

—Bien ¿y qué?

—Vos me llamasteis el día de vuestra boda y me dijisteis: «Erasmo, le diremos á esa locuela que el paje está en libertad y ausente, pero nos guardaremos de soltarle. Cuando se hayan pasado tres ó cuatro años, entonces... entonces veremos.» Decid, ¿es esto lo que me dijisteis? ¿Os acordáis ahora?

—Sí, sí, adelante.

—Pues bien, he entrado hace poco en la capilla. Ya sabéis que en el altar mayor hay una trampa que se abre por medio de un resorte y que comunica con uno de los subterráneos del castillo. La trampa estaba abierta.

—¡Ah!

—Me he introducido por ella. Voces confusas llegaban hasta mis oídos. He ido adelantándome en la sombra poco á poco, cauteloso como una serpiente, y he visto, señor, á vuestra esposa en conversación con el preso, el cual le tenía cogida y besaba una de sus manos.

—¡Rayos del cielo!

—Y no es esto todo. Se conoce que el pajecito es travieso, y el hombre encargado de bajarle cada

Digitized by Google

día la comida muy poco avispado. A costa sin duda de trabajos y de esfuerzos sobrehumanos, Rogerio ha abierto un agujero en la pared y este agujero da al campo.

—¡Ira de Dios! ¡se habrá ya escapado!

Una sardónica sonrisa se dibujó en los labios de Erasmo.

—¿Por quién me tomáis á mí, señor conde? Antes de venir á avisaros he ido á apostar cuatro hombres en el campo allí donde se abre la brecha, y he dejado á su custodia la puerta de la capilla. Están cogidos en la jaula.

—¡Oh! me he de vengar cruelmente, exclamó el conde, cuyo rostro iluminó un fugaz resplandor de salvaje alegría. ¡Sígueme!

—¿Qué intentáis?

—¡Silencio! ¡Sígueme!

Y se salió de la estancia seguido del mayordomo.

Tal es lo que había pasado durante la conversación de nuestros dos amantes en el subterráneo.

Por esto, pues, íbamos diciendo que cuando el joven, angustiado, herido, despedazado el pecho de dolor, se retiraba obediente á la voz de la mujer que para él lo era todo, vió perfilarse en aquel momento una sombra entre las sombras.

Era el conde que avanzaba, los brazos cruzados, la cabeza alta, los ojos malignos, y vestido aun con su traje de caza, manchado en varias partes por la sangre del jabalí, cuya cabeza, según hemos dicho, había traído colgada del arzón de su silla.

Rogerio lanzó un grito. En cuanto á la damisela, ni siquiera pareció conmoverse; pero quedó tan inmóvil de estupor que cualquiera hubiera podido creerla petrificada.

El conde no dijo por de pronto una sola palabra. Se quedó inmóvil, cruzado de brazos, mirando de hito en hito á su esposa y al paje. Vióse entonces asomar detrás del señor de Mongrony el

Digitized by Google

rostro maligno de Erasmo, y detrás de Erasmo seis hombres de armas.

—Señora, dijo el conde rompiendo el silencio y dirigiéndose á Dulce, os habéis adelantado á mis deseos. Pensaba hoy mismo invitaros á bajar á este subterráneo para que presenciarais cómo vuestro esposo sabe administrar justicia.

Dulce no contestó más que con una mirada, pero fué una mirada llena de dignidad, de orgullo, de soberbia.

—Esa lámpara alumbra mal, dijo el conde con una calma feroz y señalando la lámpara que Dulce había dejado en el suelo. ¡Luces!

Un instante después, dos hombres llevando antorchas encendidas penetraban en el subterráneo é iluminábanse con rojizos resplandores los rostros de los héroes de aquel drama.

A la sanguinosa luz de las teas, Rogerio paseó su mirada por el subterráneo. A más del conde y de Erasmo, á más de los dos que llevaban las antorchas, seis hombres de armas cubiertos de hierro se presentaban á sus ojos.

—¡Oh! todo lo comprendo, pensó, quieren asesinarme. Tendré fuerzas para matar á dos, pero los demás me matarán.

Y luego que hubo pensado esto, retrocedió hasta el sitio donde había dejado caer uno de los barrotes de la reja. No tardó en tocarlo con el pie. Entonces permaneció quieto.

—Señora, dijo el conde Arnaldo cogiendo á Dulce de un brazo y arrastrándola hasta un ángulo, venid, venid, yo os colocaré en sitio donde podáis ver el espectáculo.

—¡Oh! ¿qué vais á hacer? exclamó la pobre joven con angustia.

—¡Ya veréis! ¡ya veréis! contestó el conde siempre con la misma calma y la misma risa irónica.

Digitized by Google

—¡Ah! ¡queréis asesinarle! gritó Dulce con acento desgarrador.

—No gritéis, querida mía, dijo el conde, no deis voces ó me veré obligado á mandaros poner una mordaza.

Dulce sintió afluir toda su sangre á su cabeza y rostro. Sus ojos parecieron quererle saltar de las órbitas.

—¡Oh! sí, sí, vais á asesinarle como infame y mal caballero que sois.

—¡Adelante, mis valientes! gritó el conde dirigiéndose á los seis hombres. ¡Hágase justicia!

Los hombres de armas se adelantaron espada en mano hacia Rogerio, que permanecía inmóvil, como si, resignado á su suerte, no tratara de hacer la menor resistencia.

Dulce dejó escapar un grito, un grito agudo lleno de desesperación y angustia, y cayó de rodillas abrazándose á los pies del conde.

—Señor, señor, exclamó, lo que vais á hacer es una infamia, una infamia de que Dios os pedirá cuenta el día de su eterno juicio. ¡Oh! ¡perdón, señor, perdón!

El conde cogió á su esposa por un brazo y trató de levantarla, pero fué en vano. Destrozó la tierna muñeca de la joven con su mano de hierro, pero no la alzó del suelo.

En aquel momento resonó por bajo las bóvedas un golpe horrible seguido de un lamento ahogado y del ruido de un cuerpo cayendo en el suelo y haciéndole temblar con el choque de su armadura.

Era que Rogerio, al acercarse sus verdugos y al tenerlos á distancia, se bajó con rapidez, empuñó con ambas manos la barra de hierro, y en seguida, levantándola en alto, descargó un golpe terrible sobre el primero que se le aproximó. La barra cayó sobre la cabeza del soldado como la maza de un gigante.

Digitized by Google

—¡Uno! gritó el paje, al verle rodar á sus pies.

—¡Hola! ¡hola! exclamó el conde siempre con su eterna frialdad y su risita que helaba la sangre de Dulce: ¡hola! ¡hola! el bribón parece que se defiende. Vamos, valientes míos, añadió el conde animando á su gente, ¡despachadme á ese canalla!

Pero no era obra tan fácil como creía el señor de Mongrony. Rogerio se había colocado de espaldas á la pared, y su barra de hierro, que manejaba como una caña, describía círculos á su alrededor, con una prontitud y una celeridad que no daba tiempo á ninguna espada para llegar á su cuerpo. El combate comenzó, terrible y encarnizado. Atacaban los unos como tigres, defendíase el paje como león, y dábale nuevas fuerzas la presencia de su amada.

Esta, aprisionado su brazo entre las manos del conde, continuaba abrazada á sus rodillas, pero ya no suplicaba, ya no gemía, ya no profería el menor grito. Conocíase que esperaba ansiosa, sin mirarlo, el fin de aquel combate horrible, y cada golpe que retumbaba era una puñalada para su corazón.

Resonó un grito de rabia que fué contestado por otro de triunfo. La barra de hierro del paje se había encontrado á su paso con una espada y la había roto en mil pedazos como si fuera de vidrio; enseguida, hallándose con un hombro lo había cruelmente estropeado. El soldado herido se dejó caer al suelo dando lastimeros quejidos.

—¡Dos! murmuró Rogerio.

—¡Señor, señor! exclamó entonces Dulce levantando hacia el conde un rostro horriblemente desfigurado por la agonía de aquellos momentos; no tenéis piedad al hacerme sufrir así. Sois el más miserable entre los miserables.

—¡Callad, señora! dijo el conde estrujando el débil brazo de su víctima.

Digitized by Google

Terrible fué el dolor que sintió la damisela, pero no se abrieron sus labios para pronunciar un grito.

En aquel instante, Rogerio, que empezaba á sentir cansado su brazo, cambió por un momento de táctica. En vez de defenderse, atacó. Avanzó el brazo en línea recta valiéndose de su barrote como de un ariete. Un pecho se halló en mitad de su camino, y un hombre fué á caer á seis pasos de distancia, arrojando una bocanada de sangre y quedando inerte en el suelo.

—¡Tres! gritó con una exclamación de júbilo el paje. ¡Oh! comienzo á creer que podré escaparme.

Y en efecto, trató, sin dejar de combatir, de dirigirse hacia la reja con objeto de atravesarla y ganar la abertura.

El conde, al ver caer á su tercer soldado, dejó escapar un verdadero rugido.

—Erasmo, amigo mío, exclamó dirigiéndose al mayordomo que permanecía impasible espectador, será preciso que ayudes á esos cobardes que se dejan vencer por un hombre sólo.

El mayordomo desnudó lentamente su espada, una espada de tan buen temple y de tan fino acero que era capaz de abrir las corazas más fuertes, y se adelantó hacia el lugar de la lucha.

Rogerio acababa de ser herido en el brazo izquierdo y en una pierna, pero el calor del combate le impedía sentir la molestia de sus dos heridas, y, firme su diestra, continuaba descargando terribles golpes sobre sus adversarios. Estos, cediendo un poco ante aquella desesperada defensa, le habían permitido llegar hasta la reja, á la cual se había cogido con su mano izquierda. Intentó entonces el paje hacer por segunda vez lo que tan bien le había salido la primera, es decir, atacar en vez de defenderse. Bajó el brazo en efecto y lo tendió cuan largo era hacia adelante. La barra halló resistencia, y un gemido le contestó, pero casi al mismo tiem-

Digitized by Google

po, una espada, describiendo en el aire un semicírculo, bajó silbando como una saeta y cayó rápida como un rayo sobre el brazo extendido de Rogerio. Un grito de dolor y desesperación salió de sus labios.. Una mano cogida á un barrote cayó al suelo. Rogerio ya sólo blandió en el aire su mutilada muñeca de la que se escapaba un surtidor de sangre.

La espada de Erasmo había obrado aquel cambio.

El paje se dejó caer de rodillas junto á la reja, murmurando con acento ahogado:

—¡Dulce! ¡Dulce!

Pero Dulce no podía oirle ya. Combatido aquel firme corazón por tan encontradas emociones, despedazado por tan crueles luchas, había acabado por ceder. La condesa yacía exánime á los pies del conde, que había soltado su destrozado brazo.

Los hombres de armas, carniceros como todos cuantos se sienten embriagados por el olor de la sangre y el ardor del combate, se arrojaron sobre el paje así que le vieron desarmado. Este les presentó como única defensa su brazo mutilado. En tanto Erasmo cumplida ya su obra y dejando á los demás que le remataran, enjugó su espada, envainóla, y volvió la espalda, con una calma de hielo, para ir lentamente á ocupar su antiguo sitio de espectador cerca del conde.

Hasta seis veces introdujeron los asesinos su acero en el cuerpo del paje. A cada herida que recibía, murmuraba Rogerio con voz que se iba por grados debilitando:

—¡Dulce! ¡oh! ¡Dulce!

Cuando su mano izquierda soltó la reja á que estaba asido, cuando el infeliz rodó por el suelo acribillado de heridas, su acento, ahogado por estertor de la agonía, llegó hasta el señor de Mo grony, que estaba con el cuerpo inclinado hac adelante, esperando ansioso el desenlace.

Digitized by Google

—Conde Arnaldo, te perdono mi muerte, balbuceó el paje. ¡Dulce... Dulce... adiós!

Y espiró revolcándose en su sangre.

XI

De como el hombre propone y Dios dispone.

La mañana que siguió á esta sangrienta noche, se presentó rica de luz y de pompa. El sol se balanceaba en el azúreo horizonte, yendo á amortajar con sus rayos de fuego el cadáver mutilado del paje, que había sido expuesto en el glasis del castillo, junto á un poste del cual colgaba un cartel con la siguiente inscripción: *Justicia del señor de Mongrony.*

Varios campesinos se detuvieron á contemplar este espectáculo, muy frecuente á la verdad y nada extraño en aquellos tiempos, y no faltó quien, reconociendo en el muerto al antiguo paje del castillo, Rogerio, tomó á toda prisa el camino de la vecina aldea murmurando:

—¡Mala nueva, mala nueva voy á dar á la vieja Amaltrudis!

Al llegar nuestro campesino á su aldea, se dirigió á una casita, entre todas quizá la más pobre y miserable, y llamó con tiento á una puerta medio carcomida, por la que asomó su arrugado rostro una mujer de edad avanzada y vestida de harapos.

—Vecina Amaltrudis, dijo el recién llegado titubeando, en el palacio del castillo ha aparecido esta mañana un cadáver.

—¡Un cadáver! contestó la vieja. ¿Y qué?

Digitized by Google

—Que sería bueno que fueseis á verlo.

—¡Yo! preguntó Amaltrudis sorprendida.

Pero, de pronto, como sintiendo una corazonada, sus ojos se velaron y puso sus trémulas manos entre las del que la había llamado su vecina.

—Más de un año hace que no sé de mi Rogerio, amigo mío, le dijo mirándole fijamente.

—¡Qué demontre! contestó el otro con ruda franqueza, puede que no tardéis en saber.

—¿Y ese cadáver que me decíais?

—¡Id á verlo! ¡id á verlo!

Y el campesino se escapó sin añadir más palabra.

Amaltrudis quedó un rato pensativa y como meditando. En seguida, haciendo un significativo movimiento de hombros, cerró la puerta de su morada y con paso rápido se dirigió hacia la esplanada del castillo de La Roca. Halló allí el cadáver, y echándose hacia atrás, lanzó un grito de dolor. Lo había reconocido.

—¡Pobre Rogerio! murmuró.

Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. En seguida, murmurando unas palabras extrañas que nadie hubiera podido comprender, se acercó al cuerpo inanimado del joven, lo tomó en sus brazos sin temor á los ballesteros del castillo, que podían tener orden de tirar sobre cualquiera que tocase el cadáver, y cargándoselo al hombro con una fuerza verdaderamente varonil, se dirigió lentamente hacia el cementerio de la aldea.

Allí, le registró cuidadosamente, apoderándose de un rico medallón que colgaba de su cuello, joya de valor que nunca comprendiera el joven por qué estaba en su poder y por qué su abuela, tan pobre como era, le exigía que guardase siempre sobre pecho como prenda de alto precio. Poco despu pidió á un sacerdote que acertó á pasar, una o ción para el pobre muerto, y concluida, le hi

Digitized by Google

enterrar en un rincón del cementerio, clavando ella misma sobre la tierra removida una tosca cruz de madera.

Luego de terminados estos detalles, enjugó sus ojos que no habían cesado de verter lágrimas, guardó el medallón que había hallado sobre el cadáver, y se dirigió en línea recta hacia el castillo de La Roca.

Diòle un brusco empujón el primer hombre de armas con quien tropezó.

—¡Eh! ¿á dónde va la vieja? dijo con rudeza.

—Quisiera ver al conde Arnaldo, contestó con dulzura la anciana.

—Al conde no le gustan las viejas, exclamó el centinela riéndose de su grosera chanza.

—Ni las brujas, añadió un soldado que acertaba á pasar en aquel momento.

—Sin embargo, insistió la mujer, me interesa hablarle.

—¡Eh! ¡fuera! dijo el centinela empujando á Amaltrudis, que probaba á entrar. Aquí no se entra. Si tenéis que verle, aguardad á que salga.

—¿Y cuándo saldrá?

—¡Qué sé yo! hoy ó mañana ó dentro de ocho días quizá.

—Bueno, dijo la resignada anciana, le esperaré.

Y con una calma que no dejaba de tener algo de dignidad, sentóse en una piedra que había arrimada junto al muro, dispuesta á esperar aun cuando tuviese que estarse allí hasta la consumación de los siglos.

Aquella misma tarde el conde Arnaldo oyó llamar á la puerta de su estancia, donde se había retirado desde la escena de la noche anterior y donde había siempre permanecido, presa de una extraña alucinación, de un singular delirio, perseguido por una idea fija, sin poderse arrancar del alma, cual si allí se las hubieran grabado con un

Digitized by Google

hierro ardiendo, las palabras de perdón, salidas entre el estertor de la agonía, de los labios trémulos del paje Rogerio.

Había dado orden de que nadie se le presentase, ni aun Erasmo, y que por nada se le interrumpiera. Así es que, al oír llamar, frunció coléricamente sus cejas.

—¿Quién va? preguntó imprimiendo á su voz un tinte de desagrado.

—Jorge, contestó desde fuera el montero.

—¡Ah! exclamó el conde que había olvidado y á quién la voz sola del montero le devolvió su frenesí por la caza recordándole sus últimas órdenes.

Y se apresuró á descorrer el cerrojo que sujetaba la entallada puerta. Jorge apareció respetuoso en el dintel.

—¿Qué hay? preguntó el conde.

—Señor, se la ha visto, exclamó el montero.

—¡Ah, se la ha visto!

—Sí, señor.

—¿Es la misma jabalina?

—La misma.

—¿Dónde?

—En el Pinar negro, á la izquierda y á una legua de la aldea que se levanta al pie del castillo.

—¿Y crees que estará todavía?

—Sin duda. Estaba muy fatigada, y á más se la ha cercado de manera que le sea imposible escaparse.

—¡Oh! entonces á caballo todo el mundo, que toquen los cuernos llamando á la jauría; que se disponga todo; dentro de un cuarto de hora, en marcha.

—Pero, señor, la tarde va á caer y antes de dos horas es ya de noche.

—No importa. Si está muy oscuro pegaremos fuego al bosque para ver mejor. ¡A caballo todo

Digitized by Google

y en seguida! No quiero retardar de un minuto el placer de dar caza á esa condenada jabalina.

Tal era el conde Arnaldo. El entusiasmo de la caza le arrastraba, y en satisfacer este gusto lo cifraba todo. Ya no se acordaba entonces ni de la sangrienta escena de la víspera, ni del paje asesinado, ni de su esposa moribunda. Todo había desaparecido á su vista.

No tardó en presentarse en el patio con todos los arreos de caza; pero por prisa que se diera, ya todos estaban en su puesto aguardándole. Era el conde demasiado temido para que dejasen de ejecutarse sus menores órdenes con la rapidez del rayo. Paseó, pues, una mirada de satisfacción por las filas de sus monteros y picadores, acarició á dos ó tres de sus perros más famosos, y después de haber estado un momento como buscando con la vista á alguno, se volvió hacia Jorge:

—¿Y Erasmo? le preguntó.

—Hame encargado decir á vuestra señoría que nos alcanzaría antes que llegásemos al Pinar negro.

El conde frunció las cejas, que era la manera en él habitual de manifestar su desagrado.

Sin embargo, no dijo nada, y montando á caballo dió la voz de marcha precipitándose el primero hacia la puerta.

Allí encontró á la vieja Amaltrudis que levantándose, al verle salir, de la piedra donde desde por la mañana estaba sentada, se irguió ante él como una sombra.

Al ver el conde á aquella mujer cubierta de harapos que se adelantaba hacia él, ladeó su caballo para pasar adelante.

—Señor... dijo la anciana.

—¿Qué me quiere esa bruja? exclamó el señor de Mongrony mirándola de soslayo.

—Señor, me conviene hablaros. Soy...

—Bueno, bueno, ya me lo dirás en otro mo-

Digitized by Google

mento. Ahora no puedo detenerme. ¡Adelante!

Y el conde dió de espuelas á su caballo que se precipitó por la esplanada disparado como una saeta. Monteros, picadores, escuderos y jauría todos se lanzaron como un torrente desbordado tras su noble señor, faltando poco como no pasaron por encima del cuerpo de Amaltrudis.

Cuando aquella especie de avalancha hubo cruzado, envuelta entre una nube de polvo, por delante de la anciana, ésta se dirigió al centinela.

—¿Acostumbra á pasar mucho tiempo en la caza el noble conde? le preguntó.

—¡Oh! á veces tarda en regresar seis días, le contestó el soldado.

—Pues entonces le seguiré, exclamó como hablándose á sí misma la pobre Amaltrudis, yo no puedo esperar. He de verle hoy mismo.

Y confiándose á sus pies, empezó á correr tras la desatada y bulliciosa turba que se dirigía hacia la izquierda de la aldea.

—¡Oh! ¡le alcanzaré, le alcanzaré! murmuraba la anciana sin dejar de correr, ¡y le obligaré á escucharme!

En el interin, otra escena de bien distinta especie tenía lugar en el castillo, y preciso es que dejemos de seguir al conde y á la pobre vieja que corría acelerada á sus alcances, para volver nuestras miradas hacia la heroína de esta historia, á la que perdimos de vista en el instante en que la trasportaban sin sentido á su estancia.

Más de tres horas permaneció sin volver en sí, sometida al influjo de un síncope que podía ser mortal y entregada al cuidado de sus doncellas.

Poco á poco la vida volvió á su corazón, sus sienes empezaron á recobrar cierto calor, y, abriéndose lentamente sus ojos, pasearon una mirada fija y errante, una mirada imbécil por la estancia, pero una mirada tal de atonía y extrañeza, que asusta-

Digitized by Google

das las mujeres que la cuidaban, abandonaron la habitación dejando sola á Dulce.

Esta se incorporó entonces y aplicó sus manos á su frente como si de reunir tratara sus recuerdos. A fuerza de sentir, la pobre mujer se había hecho insensible. Espesas sombras cubrían su imaginación, y su pensamiento rodaba entre un caos de vapores, como en una noche de tormenta rueda opaca y sombría la luna entre las nubes.

Bajó de su lecho, se acercó á una de las ventanas de su estancia y allí permaneció asomada toda la noche dejando errar su vista por el cielo, por las murallas, por la esplanada del castillo, por las llanuras inmediatas y por las montañas que en el fondo y á la luz de la luna dibujaban en un horizonte de azul sus dentelladas crestas. La joven damisela ni tenía siquiera el sentimiento de lo que le pasaba.

La conmoción violenta que había sufrido después de tantas conmociones como las que habían destrozado su corazón, influyera en ella terriblemente. Sin haberse vuelto loca, se hallaba en un estado muy cercano de la imbecilidad.

Era una cosa horrible, espantosa, ver aquella pobre joven, en la primavera de sus días y de su belleza, sucumbir pálida y desfigurada al peso insoportable del dolor, del dolor que había ido gastando una á una las fibras de su alma.

El viento fresco de la noche se estrellaba en su frente sin arrancarle un rayo de inteligencia, su mirada vagaba fría por el espacio sin que dejara brotar una chispa; su corazón permanecía mudo á los encantos de la naturaleza sin exhalar un consolador suspiro.

Así como allá, á la otra parte de los mares, en ejanas comarcas pasa á veces una ráfaga que rrancando árboles y plantas arrasa una llanura y a convierte en una sábana de estéril arena, así

Digitized by Google

una ráfaga había pasado por el alma de Dulce llevándose, envueltos en sus pliegues, sus ilusiones, sus sueños, su felicidad, su vida.

El naciente crepúsculo, al dar á la naturaleza toda la suave palidez de la joven desposada que amante despierta en un lecho de flores, la halló todavía asomada á la ventana como á Julieta después de una eterna noche en vela trascurrida en aguardar á su amante, ó mejor aun como á Ofelia buscando con la vista las flores más blancas y más pálidas para tejer su última guirnalda.

No nos detendremos á pintar toda la inmensidad de dolor y amargura que había en aquella mujer; demasiado se comprende, demasiado se adivina. Hay veces en que al escritor le basta perfilar sólo una doliente figura, como un pintor bosqueja en el fondo de un cuadro un ángel que vaga perdido entre la poesía de un nebuloso horizonte. A más, los acontecimientos de esta historia marchan rápidamente á su desenlace, y esto nos impide ser demasiado minuciosos en detalles.

Sólo una vez la mirada errante de Dulce pareció fijarse en un punto y cobrar, aunque momentáneamente, cierta vida, y sobre todo cierta inteligencia superior á su estado. Desde la ventana á que se hallaba asomada, veía el glasis del castillo, el vecino bosque, la aldea en que había corrido juguetona la infancia del paje Rogerio.

Tendido en la esplanada se hallaba el cuerpo de un hombre y á su alrededor se agitaban extraños pájaros batiendo sus alas y dando agudos chillidos. De cuando en cuando algún matinal transeunte se detenía, arrojaba una mirada de piedad al cadáver y seguía apresurado su camino, atreviéndose sólo á volver alguna que otra vez un rostro en que se pintaban el terror y la compasión.

Adelantada estaba ya la mañana, cuando una mujer, una anciana que parecía llegar de la aldea,

Digitized by Google

se acercó al punto donde tenía fijas las miradas la joven, reconoció el cadáver, cargóselo sobre sus hombros y volvió á emprender el camino que había seguido, llegando á la población y entrando en un cercado sobre cuya puerta se alzaba una gran cruz negra, como si de revelar tratara que era aquella la mansión de los muertos.

Dulce había seguido toda esta escena con una mirada fría como la hoja de un puñal, pero maquinalmente, como impelida por un resorte superior á sus fuerzas, con cierta inteligencia vaga, incomprensible, nebulosa, pero sin poderse dar cuenta de nada, insensible á todo, á todo muda.

Cuando la anciana y el cadáver hubieron desaparecido cual si se los hubiese tragado á entrambos la abierta boca del cementerio, la condesa se retiró de la ventana y se dejó caer en un sitial llevando la mano á su frente.

Por vez primera, desde la escena terrible del subterráneo, se había estremecido.

El día trascurrió como había trascurrido la noche.

La misma inmovilidad, la misma atmósfera de plomo en torno de la joven, el mismo silencio, el mismo espantoso silencio por su parte.

Todas las preguntas que se hicieron á la damisela quedaron sin respuesta; para nada se desplegaron sus labios; sólo alguna vez abrió su boca y dejó escapar un sonido ronco, indefinible, algo como el grito de un mudo.

Por la tarde un hombre entró resueltamente en la estancia, echó el cerrojo á la puerta luego que estuvo dentro, y se adelantó hacia Dulce.

Era Erasmo.

Erasmo con su mirada de hiena, con su rostro de sátiro.

Dulce no hizo movimiento alguno, y el mayordomo se detuvo á dos pasos de ella, asombrado

Digitized by Google

ante la expresión suprema del dolor que aparecía pintada en aquel rostro, como el sello imborrable del anatema celeste apareciera un día marcado para siempre en la frente de la raza errante.

Erasmo dobló una rodilla en el suelo.

—Señora, dijo endulzando su voz todo lo que le fué posible.

La damisela se estremeció al són agrio y bien conocido de aquella voz, pero no se movió.

—Señora, continuó Erasmo sin mirarla, vengo á pediros humildemente perdón por todos los dolores que os he causado, por todo el mal que os he hecho.

Dulce se calló.

—¡Si supierais, señora! prosiguió el osado servidor que en tan humilde postura demandaba perdón, pero en cuya voz no se comprendía ni la más leve sombra de arrepentimiento: yo he sufrido más que vos aun de todas vuestras angustias, de todas vuestras penas. Pero ¡ay! yo aborrecía mortalmente á un sér sobre la tierra, le odiaba hasta el punto de comprender que no cabíamos los dos en el mundo y que uno de entrambos había de cejar y retirarse ante el paso vencedor del otro. Ya comprenderéis, señora, que quiero hablar de Rogerio.

El mismo silencio, la misma inmovilidad por parte de la damisela. Ante ese nombre que otras veces hacía latir apresurado su corazón, ni uno de sus músculos se contrajo.

—¿Y sabéis por qué le odiaba, por qué le aborrecía á muerte? continuó Erasmo á quien parecía dar valor aquel silencio. ¡Porque... porque tenía celos!

Y se detuvo, pronunciada esta palabra, esperando su efecto. Dulce no se movió. Entonces Erasmo levantó la cabeza. Empezaba á asustarse de aquel continuado silencio.

—¡Celos, señora, celos! añadió con ímpetu. Ha

Digitized by Google

llegado ya el momento de decíroslo y descubriros el fondo de mi corazón. Yo os amo, damisela Dulce, os amo con toda la firmeza que puede haber en un corazón enérgico como el mío. Hace años que nutro en silencio mi amor hacia vos en el fondo de mi alma. Esto ha sido el móvil de mi vida, de todas mis acciones y... mirad, ¿queréis que os abra del todo mi pecho, que os deje leer hasta en el último de sus pliegues? Pues bien, yo fuí quien impelí al conde á casarse con vos, yo quien he allanado todos los obstáculos, quien le he aconsejado la reserva y apartamiento que ha guardado siempre para con vos, yo en fin quien he acabado con ese pajecillo, niño orgulloso y fatuo que os deshonraba con su amor. ¡Juzgad, pues, si os amaré, yo que he hecho todo esto! si os amo, yo que he guardado paciente, resignado, que se me presentara la ocasión de arrojarme á vuestros pies y de pediros, señora, una mirada compasiva para el que tanto ha sufrido esperando tanto.

Y Erasmo, arrastrándose de rodillas, se acercó á Dulce y besó la orla de su falda. Hacía tiempo en efecto que el mayordomo llevaba á cabo un plan meditado con toda la sangre fría de un alma ruin y baja: tiempo hacía que con la astucia del chacal codiciaba su presa y le tendía mañoso lazo en que, según él, no podía menos de prenderse. Erasmo, como todos los hombres que obran con cálculo y con segundos fines, había tratado de aislar á Dulce para que aborreciera su propia existencia, para que odiara al que era causador de la vida triste y solitaria que pasaba.

La escena del subterráneo, según él, hablaba en su favor. La condesa estaría exasperada, querría vengarse, buscaría todos los medios, acogería la primera mano de amigo que se le tendiera... Ninguna ocasión, pues, más propicia. Erasmo decidió presentarse y ser franco, franco hasta la impu-

Digitized by Google

dencia, para que se hallara al menos en el mérito de su franqueza un gaje de fidelidad para el porvenir.

Erasmo había calculado todo esto con la balanza del raciocinio, pero no se había acordado para nada del corazón.

Cuando hubo pronunciado, con un fuego que le dejó satisfecho, sus últimas palabras, cuando hubo besado el vestido de Dulce, levantó sus ojos y vió á la damisela ponerse en pie, atravesar por delante de él sin mirarle, sin dirigirle la menor palabra, como si no le hubiese visto ni oído, cruzar la estancia, encaminarse á la puerta, descorrer el cerrojo y salir de la habitación con la ligereza de una ondina, y sin ruido como una sombra.

Erasmo se quedó atónito, asombrado, herido en mitad del corazón por aquel desprecio y silencio. Le parecía tan increíble aquel desenlace, tan contrario sobre todo al que esperaba y se había imaginado, que estuvo absorto y como fuera de sí un largo espacio. Levantóse por fin y se precipitó hacia la puerta. La damisela no estaba en el corredor.

Recorrió el castillo, indagó, preguntó, registró. Nadie había visto á Dulce. Sólo un hombre de armas le dijo que desde una almena le había parecido ver á una mujer atravesar el patio y dirigirse al puente levadizo. Erasmo bajó, preguntó al centinela. En efecto, una dama horrorosamente pálida y que al soldado se le figuraba tener cierta semejanza con la condesa, había salido del castillo.

—¡Oh! ¡un caballo! ¡pronto, un caballo! gritó Erasmo, cuyo primer pensamiento fué el de que Dulce había ido en busca del conde Arnaldo para referirle la escena que acababa de tener lugar entre ambos.

En un momento estuvo pronto el caballo. Erasmo montó en él y salió á todo escape del castillo dirigiéndose hacia el punto donde se oían resonar lejanos toques de caza.

Digitized by Google

XII

De como quien mal anda mal acaba.

Al salir del castillo, el conde Arnaldo siguió la indicación de su montero Jorge, y dominado por un entusiasmo febril de caza, se encaminó hacia el Pinar negro. Llegado á los umbrales del bosque con toda su comitiva, mandó hacer alto, y enterándose del punto donde la jabalina había sido vista, tomó sus medidas en consecuencia. Sus tres mejores perros fueron puestos á disposición de Jorge y de otro picador, que partieron en busca de la pieza, mientras que toda la demás gente quedaba apostada y el conde Arnaldo esperando, armado de su mejor venablo y rodeado de un grupo de perros que movían impacientes sus colas y que parecían fijar una mirada inteligente en su señor, como aguardando la señal.

No tardó Jorge en ir á anunciarle que se había dado con la jabalina. El conde se puso entonces en marcha, y llegando al sitio donde las huellas se hundían en el corazón del bosque, colocóse á los perros en el rastro. Toda la jauría se precipitó unida y compacta. Ocho minutos después la jabalina desembocaba furiosa y con el pelo erizado. Al verla el conde, acercó el cuerno á sus labios y dejó oír un vigoroso sonido. Todos los cuernos le contestaron; todos los perros elevaron su voz, y en medio de aquel ruido infernal que hizo temblar el bosque, el conde Arnaldo, seguido de todo su acompañamiento, se precipitó impetuosamente tras la jabalina y tras la jauría.

Digitized by Google

Por largo rato todo fué perfectamente á pedir de boca. La caza proseguía con una animación que ponía al conde loco de contento; pero sucedió que la jabalina no parecía tener intención de dejarse coger, y perros y cazadores, tras una persecución tan larga, tan encarnizada y sin descanso, empezaron á sentirse fatigados. Los sonidos del cuerno se fueron haciendo menos frecuentes, las voces de los monteros comenzaron á debilitarse enronquecidas y los caballos á moderar su ímpetu.

Para más desgracia, la noche amenazaba echarse encima antes de que pudiera el conde ver logrado su objeto.

—Señor, le dijo Jorge, paréceme que tendréis que abandonar vuestro intento.

—Aunque se me opusiera el diablo en persona, contestó el conde.

—Es que hé ahí la noche.

—Y hé ahí la luna, dijo el conde señalando el astro nocturno que aparecía en la inmensidad de los cielos. Cazaremos á la luz de la luna. ¡Debe ser delicioso!

Y con fuerte resoplido, imprimió un nuevo estrepitoso acento á su cuerno para advertir al resto de la caza; pero todo estaba perdido ó extraviado; monteros, picadores, perros: de modo que sólo dos cuernos contestaron á los suyos y cuatro perros dejaron oír un débil aullido.

La jabalina era infatigable, pero tenía aquella vez que habérselas con un cazador de bronce. El conde había jurado darla caza mientras tuviera fuerzas para acercar su cuerno á los labios.

Rato hacía ya que la persecución se hacía á la luz de la luna y casi en silencio; de manera que era una cosa bien triste ver á aquellos hombres que se deslizaban rápidos como espectros por entre los árboles.

No tardó el conde en ver que uno de sus com-

Digitized by Google

pañeros caía del caballo. Poco después, el noble bruto que montaba Jorge se doblegaba bajo el peso de su ginete y no quiso levantarse más. Jorge, que, como la mayoría de los hombres entonces, era supersticioso, comenzaba á creer que bien podía haber algo de magia en la infatigable celeridad de aquella jabalina, y gritó al conde que cesara en la persecución; pero el señor de Mongrony, arrastrado por la carrera, no oyó sus palabras, y aun cuando las hubiese oído, es de suponer que no hubieran hecho mella alguna en su esforzado ánimo y decidido empeño.

El conde Arnaldo prosiguió su carrera echando espuma por la boca. De vez en cuando acercaba el cuerno á sus labios, pero viendo al fin que ninguno le respondía y que aquel silencio era espantoso, dejó de tocar y se entregó por entero á su carrera fantástica á través de árboles y malezas. La luna le permitía distinguir bien la jabalina y los cuatro perros que, como otras tantas sombras, le seguían. Bien pronto no vió más que tres, luego dos, después uno solo, por fin, ninguno.

—¿Tiene el demonio en el cuerpo esa jabalina? se dijo el conde, que comenzaba á sentirse sobrecogido.

Debía ser cosa bien espantosa de ver aquella persecución encarnizada á la luz de la luna y aquella carrera misteriosa, sin tregua ni descanso, de una jabalina que parecía tener alas, y de un caballo y ginete que parecían avanzar al viento. Era una carrera fantástica, sobrenatural.

De pronto le pareció ver al conde algunos edificios que cruzaban por delante su vista, y se le figuró que su caballo pasaba rozando casi una elevada cerca. Iba á fijarse en ello cuando, tropezando su montura en una piedra, se dejó caer de rodillas, y de un bote lanzó al ginete de la silla, enviándole á caer á cuatro pasos de distancia. Una exclamación

Digitized by Google

de sorpresa llegó hasta el caballero, que se levantó precipitadamente y paseó una mirada atónita por su alrededor.

La luz de la luna le permitió hacerse cargo de todo.

La jabalina había desaparecido en el torrente de su impetuosa carrera; el caballo, que diera un bote para levantarse, se había vuelto á dejar caer y yacía tendido; una puerta, coronada por una gigantesca cruz negra, se abría misteriosa ante el conde, quien, arrojando por ella la vista, distinguió una porción de cruces surgiendo del suelo y destacándose de entre grupos de maleza iluminados por la luna; y por fin, una mujer de cabellos blancos y sueltos, de rostro pálido, de traje hecho girones, á quien contribuía á dar cierta apariencia sobrenatural la hora, el sitio, el misterio y la luz de la luna, se presentaba como guarda de los sepulcros junto á la puerta de aquella mansión de los muertos.

Era la que había lanzado la exclamación de sorpresa al ver caer al conde.

El cazador nocturno, sobrecogido, quizás por vez primera en su vida, de una especie de estupor, reconoció en aquella anciana á la que casi había atropellado con su caballo aquella tarde al salir del castillo.

—¡Oh! ¡Dios me le envía! exclamó Amaltrudis.

Y se dirigió hacia el señor de Mongrony, que permanecía inmóvil, atónito ante lo que veía, absorto ante lo que pasaba.

—Conde Arnaldo, prosiguió la anciana con cierta solemnidad en su acento; esta tarde he seguido tu caballo mientras he tenido fuerzas, y cuando he visto que me faltaban y que me sería imposible alcanzarte, me he arrastrado hasta la puerta de este cementerio. Algo me decía en mi interior que un día supremo como éste no se termi-

Digitized by Google

naría sin que yo te viera y que Dios te enviara á mí. Dios te ha enviado. Óyeme, pues, conde Arnaldo.

El conde contempló á aquella mujer que se le aparecía como una Pitonisa antigua, y volvió también á mirar en torno suyo. Trató de hacerse fuerte, de rebelarse contra la especie de congoja que sentía y la especie de autoridad con que le hablaba la anciana.

—¿Qué lugar es este? exclamó. ¿Quién eres tú que me hablas en nombre de Dios?

—¿Quién soy yo? dijo Amaltrudis con amargo acento. Es inútil que te diga mi nombre, no le conocerías; pero en este momento soy... acaso la voz de tu conciencia. Seré breve, continuó la anciana, ¡óyeme! ¿Conoces este medallón?

Y Amaltrudis adelantándose hacia el conde le mostró á la luz de la luna el medallón que le hemos visto arrebatar al cadáver de Rogerio. El de Mongrony lanzó un grito, cogió la joya, y examinándola, exclamó:

—¡Dios eterno! ¿Cómo ha venido á parar á tus manos...? Este medallón...

—Este medallón se lo diste tú, hará veinte años, á una infeliz joven que se llamaba Elda.

—¡Oh! exclamó el conde cubriéndose el rostro con las manos, como si la anciana hubiera evocado con aquel solo nombre un recuerdo fatal de su historia.

—Sí, dijo Amaltrudis solemnemente, bien puedes ocultar el rostro, conde Arnaldo, para que la luz de la luna no descubra tu confusión y tu vergüenza. ¿Te acuerdas, no es verdad, te acuerdas de Elda, aquella pobre niña inocente, casta como el primer rayo del sol, á quien yo, servidora antigua de su casa, arrullé en la cuna con mis cantos y mecí en la falda con mis caricias?

El conde parecía aterrado. Amaltrudis prosiguió con voz sombría:

Digitized by Google

—Para robarla á tu persecución, sus padres la enviaron al monasterio de San Juan de las Abadesas. No queriendo dártela por manceba, la dieron por esposa al Señor. ¡Ay, que ellos ignoraban lo que sucedía en el monasterio de San Juan! ¡Ay! ellos no sabían, nadie sabía que el claustro de aquellas vírgenes del Señor recibía á deshora de la noche las visitas misteriosas del conde Arnaldo y de otros amigos suyos tan descastados como él, y como él tan impíos y sacrílegos. El rayo del cielo y la ira del Supremo Pontífice han caído por fin sobre aquel sitio, convertido por vosotros en teatro de horrores y de iniquidades. Elda, la inocente, la pura, la hermosa Elda fué tu víctima. No pudiste robársela á sus padres y fuiste infame y sacrílegamente á robársela al Señor. Cierta noche la sacaste del monasterio por un camino subterráneo y la llevaste á casa del judío Abraham ben Aben Herza, y allí, entre la desesperación, la vergüenza y el llanto que jamás se borraba de sus ojos, la infeliz Elda dió á luz un hijo que me fué confiado. En aquellos momentos supremos la pobre joven se acordó de la antigua servidora de su casa, y me envió á buscar. Abandonada por tí en la morada inmunda de un judío, que no se cuidaba de ella, perdida, deshonrada, despreciada de todos, destrozada su conciencia por el remordimiento de haber faltado á Dios, á sus padres y á su virtud, Elda murió en mis brazos, encargándome su hijo. Al espirar me llamó y me dijo: «Mi hijo será tu hijo: que jamás sepa á quién debe el sér, que no tenga nunca que bajar la cabeza avergonzado ante la falta de su madre y que sentirse estremecer de cólera ante el crimen horrible de su padre. Si algún día, no obstante, la misericordia de Dios quiere hacerle bajar al sepulcro antes de tiempo, y te conserva á tí la vida para amortajar al hijo como hoy amortajarás á la madre, enton-

Digitized by Google

ces recoge el medallón que lleva al cuello, corre á buscar á su padre, aunque sea al cabo del mundo, y díle: ¡Tu hijo ha muerto; este es el medallón que diste á su madre!»

—¡Cielos! gritó el conde Arnaldo apartando las manos de su rostro y dejando ver sus facciones horriblemente lívidas; ¡cielos! mi hijo...

—¡Tu hijo ha muerto! repitió lentamente la anciana. Este es el medallón que diste á su madre.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo muerto, y acaso vivía cerca de mí, en esta aldea...! ¡Y yo lo ignoraba...! ¡Mi hijo! ¡Oh! anciana, díme, díme, ¿dónde está mi hijo...?

—Tú debes saberlo, contestó fríamente Amaltrudis, pues que esta mañana tu justicia le ha expuesto cadáver en la esplanada del castillo.

—¡En la esplanada...! ¡cadáver...! ¡mi justicia...! balbuceó el conde que creía estar delirando. ¡No te comprendo, anciana! Dí, dí por tu vida, prosiguió clavando en ella una horrible mirada de angustia, ¿cómo le llamabas...? ¿qué nombre le habías dado á mi hijo...?

—Rogerio.

No fué un grito, fué un rugido lo que se escapó de los labios del conde. La sangre se agolpó en choque tan violento, en tan espantosa oleada á su cabeza, que sus ojos llegaron á inyectarse de ella.

—¡Horror! ¡horror! ¡y yo soy su asesino! murmuró con un acento imposible de explicar, cayendo de rodillas junto á la puerta del cementerio.

Amaltrudis se echó dos pasos atrás, las facciones desencajadas, la cabellera flotante y en desorden, brotando fuego sus ojos. En seguida, crispados sus puños, adelantando sus nervudos brazos y extendiéndolos sobre la frente inclinada del conde, imponente de indignación, de cólera, de majestad, perfilándose su sombra á la luz de la luna que pa-

Digitized by Google

recía vestirla con un manto ondulante de mágica luz, exclamó con acento febril y nervioso:

—¡Asesino del hijo, yo en nombre de su madre, por tí deshonrada y perdida, yo, yo te maldigo!

El conde Arnaldo lanzó un grito ahogado y desgarrador ante aquel anatema; pero en el mismo momento una sombra blanca se dibujó en la puerta del cementerio, una mano trémula se extendió también sobre la frente del conde, y una voz, una voz dulce como el suspiro de una virgen, melancólica como la vibración de una lira, débil como el susurro de la brisa, una voz pronunció:

—¡Y yo, conde Arnaldo, en nombre de tu hijo, yo te perdono!

Y dichas estas palabras, la sombra blanca retrocedió algunos pasos y se volvió á dejar caer, pálida como su vestidura, sobre la huesa de encima la cual se había levantado.

Era la damisela Dulce.

La damisela Dulce, que mientras Erasmo corría tras ella hacia el Pinar negro, se dirigía al cementerio de la aldea donde por la mañana había visto penetrar á la anciana con el cadáver de Rogerio. Al llegar vió una huesa con la tierra recientemente removida junto á la puerta, y una tosca cruz clavada por una mano caritativa. Dulce comprendió por instinto que era aquella la tumba que buscaba, y se dejó caer, estallando entonces su corazón en lágrimas y suspiros, como revienta en el bosque la granada demasiado llena, lanzando su lluvia de rubíes. Allí había permanecido hasta la noche, desde allí había oído la conversación que tuvo lugar en la puerta del cementerio, y ya la hemos visto levantarse en un ímpetu de calenturiento entusiasmo para ir á pronunciar, ángel de perdón y de misericordia, palabras de consoladora dulzura.

Digitized by Google

Falta saber ahora cuál fué el fin de los personajes de esta historia.

La noche de que acabamos de hablar fué la última del conde Arnaldo. Murió de una manera horrible. Al retirarse del cementerio se introdujo en el bosque vecino, errante, desvanecido, fuera de sí, sin saber en qué sitio se hallaba ni á dónde iba. Allí tropezaron con él sus propios perros, que vagaban errantes también, fatigados de la caza de aquella tarde, y hambrientos, y arrojándose sobre él sin conocerle, le destrozaron y despedazaron como fieras.

La tradición del conde Arnaldo ha quedado viva y localizada en el país, y ya hemos hablado de una canción catalana que la recuerda. En el patio del monasterio de Ripoll se estuvo dando por espacio de largos años una limosna instituida por la familia del conde, la cual habían de recibir los pobres sin poder contestar *Dios se lo pague*, como era costumbre al recibir otras limosnas. En un bosque cercano á Mongrony es fama que, durante ciertas noches de tempestad, se oyen aullidos de perros mezclados con gritos humanos y toques de caza. Se dice que es el conde Arnaldo, condenado por Dios á vagar por el bosque perseguido por sus perros. El vulgo cree en esto á ojos cerrados.

Por lo que toca á Erasmo, no volvió á aparecer. Jamás se supo qué había sido de él. Hubo quien aseguró que había muerto ahogado al querer atravesar un río á caballo, y que habiendo éste perdido el vado, ginete y montura fueron arrastrados por la corriente.

La anciana Amaltrudis pasó á habitar el castillo de La Roca, donde á los dos años murió en paz y tranquila, al lado de la damisela Dulce.

Para ésta corrieron aún días felices. Dios, en su divina misericordia, envió un bálsamo consolador

Digitized by Google

al corazón de esta pobre joven que tanto había sufrido y que tanto había llorado. Jamás, sin embargo, mientras vivió, pudo olvidar el recuerdo de Rogerio, que guardó eterno en su alma. Muy á menudo los servidores del castillo la oían murmurar aquella melancólica trova, que había aprendido del paje, y cuyo estribillo era:

La nineta n' era rossa,
n' era rossa com un sol.
¡Amorosa Agna María,
robadora del mèu cor!

Barcelona.—1850.

FIN DE «LA DAMISELA DEL CASTILLO».

Digitized by Google

UN CUENTO DE HADAS

(Escrito para mi sobrino Víctor.)

I

La estrella de plata.

No hay que preguntar en qué época pasó lo que voy á contar. Es una de esas leyendas sin padre y sin nombre que el montañés cuenta á sus hijos reunidos junto al hogar doméstico mientras que el huracán bate con furia las ventanas y barre la tempestad la cumbre de la montaña; es una de esas peregrinas tradiciones, joya que he desprendido del aderezo de perlas con que en sus días de fiesta se adorna la poesía popular de nuestro país.

Posado en la cima de una colina como un buitre que acecha una presa, se veía á un castillo feudal elevar sus ennegrecidas almenas, de entre las que brotaba gigantesca y orgullosa la señorial torre del homenaje. Era el castillo del barón de la comarca, la morada de Guillermo *el bueno*, que tenía tres hijos llamados el primero Galcerán *el tuerto,* el segundo Roberto *el malo* y el tercero Berenguer *el rubio*. Tan queridos como eran de los paisanos el barón Guillermo y su tercer hijo

Digitized by Google

Berenguer, tan aborrecidos eran Galcerán y Roberto, á quienes parecía que el averno había tenido cuidado de dar todos los instintos malos, todas las más desenvueltas pasiones y más salvajes deseos.

Los habitantes del país temblaban oyendo sólo su nombre, y es fama que cuando se les veía pasar, no faltaba quien hacía la señal de la cruz como si fueran un maligno espíritu.

Los mismos placeres, los mismos salvajes goces, las mismas crueles diversiones y hasta los mismos odios, unían estrechamente á Galcerán *el tuerto* y á Roberto *el malo*, mientras que ideas de un género distinto hacían que Berenguer *el rubio* huyera de la compañía de sus hermanos. En efecto, un ángel no puede unirse con los demonios.

Todo era en Berenguer dulzura, suavidad, cariño, poesía. Gustaba de pasearse por las selvas murmurando sentidas trovas de amores y fijando en el cielo sus límpidas miradas, reflejo de un alma tranquila y serena. Complacíase en seguir el curso vagabundo de los arroyos, y pasaba largas y dulces horas sentado en una roca junto á alguna rugiente cascada que desplegaba á los rayos del sol su revuelta cabellera.

Todo lo contrario hacían sus hermanos, quienes empleaban sus horas de ocio persiguiendo á las fieras del bosque y aterrando á la comarca con sus raptos, tributos y exacciones, pues que lo mismo osaban á la hacienda de un rico paisano, que al honor de una hermosa campesina.

Era fama en el país que extrañas y particulares circunstancias habían acompañado en su nacimiento á cada uno de los tres hermanos.

Decíase—es el vulgo muy decidor y muy c dulo—que la nodriza de Galcerán viera un c junto á su cuna, y al señalar media noche la ca pana del castillo, una figura encarnada que t

Digitized by Google

zaba extraños y misteriosos signos sobre la frente del niño.

Decíase también que otra noche se vió saltar de la cuna de Roberto un gato negro con ojos encendidos como ascuas, que arañó al niño en la mejilla. La señal de este arañazo no se le borró jamás. De estas dos circunstancias databa el maleficio á cuya secreta é irresistible influencia se creía que obedecían sumisos y cautivos los dos jóvenes.

Muy al contrario era lo que de Berenguer se contaba.

La noche misma de su nacimiento varias personas dijeron haber visto sentada junto á su cuna, clavando cariñosa en el niño una mirada amante, á una mujer deslumbradoramente hermosa, vestida con una túnica blanca ceñida al talle por medio de un cinturón de plata, y envuelta en un ancho manto verde sembrado de estrellas. Esta aparición era fama que se había renovado varias veces; y todos decían que no era otra cosa sino *la hada verde* que se había decidido á ser la protectora del niño Berenguer.

Ahora bien,—siempre según las consejas del país,—*la hada verde* era una buena y digna hada que desde tiempos remotos protegía á la familia del barón Guillermo. Habitaba la montaña y tenía su palacio subterráneo bajo un cañaveral que crecía á orillas de un tranquilo lago.

La hada verde había permanecido ausente del país por espacio de algunos años, y durante esta ausencia nacieron los dos hijos del barón Guillermo. No pudo, pues, asistir á su nacimiento y acordarles desde el principio su protección, y tuvo el sentimiento de saber que sus enemigas *las elfas*, espíritus malignos y dañinos que cabalgan sobre rayos cuando ruje la tempestad, habían aprovechado la ocasión para hacerse dueños de Galcerán

Digitized by Google

y de Roberto. Afortunadamente, llegó á tiempo para cobijar con su manto verde al niño Berenguer.

La protección decidida y constante acordada por la hada á la familia del barón Guillermo, provenía de un episodio que la tradición contaba del modo que voy á relatar.

Uno de los antecesores del barón Guillermo había sido Beltrán *el rojo*, Beltrán, incansable y resuelto cazador que cada día hacía estremecer los ecos del bosque con los sonidos de sus cuernos de caza y los aullidos de su jauría. Nadie era más atrevido que Beltrán, nadie era capaz de seguirle cuando montaba á caballo y se lanzaba á escape por la llanura con la rapidez de una saeta, nadie tenía más certera mano cuando arrojaba la jabalina, nadie, en fin, sabía con su horquilla aprisionar mejor el hocico de un jabalí ó clavar mejor su cuchillo de monte en las entrañas de un gamo.

Un día Beltrán perseguía á un pobre ciervo herido y fatigado que, creyendo escapar á tan encarnizada persecución, se introdujo medroso en el cañaveral que crecía á orillas de la montaña. Beltrán iba con su caballo encubertado á abrirse paso por entre las cañas, cuando vió brotar del suelo la hermosa figura de *la hada verde*.

—¿Adónde vas, temerario? le gritó la aparición. ¡Atrás! ¡Atrás! Este cañaveral es mi palacio, y debe serte sagrado como un templo. Teme mi furia si osas dar un paso más tan sólo.

Beltrán se había quedado absorto. Estuvo un instante sin contestar, pero rompiendo por fin el silencio,

—Me retiro, dijo, y me retiro no por temor á tu furia, sino por consideración á tu belleza. Yo soy galante desde que soy caballero, y cuando me calzaron mis espuelas de oro me enseñaron á respetar á las damas. Tú tienes la forma de tal y esto

Digitized by Google

me basta. Mujer ó espíritu, ya que esta es tu morada, Beltrán *el rojo* te jura respetarla mientras viva. Sea quien fuere de hoy en adelante el que se refugie en este cañaveral, hombre ó fiera, aun cuando fuese mi más encarnizado enemigo, será sagrado para mí. Doyte en prenda mi manopla, y en fe mi palabra de caballero.

—Gracias, Beltrán *el rojo*, contestó la hada, gracias. Agrádame tu cortesía y acepto tu manopla y tu palabra. En cambio, acepta tú, esta estrella de mi parte.—Dijo esto la hada arrancando una de las estrellas de plata que estaban sembradas en su manto y alargándola al caballero.—Mientras esta prenda se halle en poder de tu familia, y no esté yo ausente del país, tenéis segura mi protección tú y todos los tuyos y todos los que desciendan de los tuyos. Algún día llegará en que *la hada verde* pueda pagar una cortesía con un beneficio.

Dijo, y desapareció.

Beltrán guardó la estrella que fué pasando de barón en barón hasta llegar á poder de Guillermo, que era quien la conservaba cuando comienza nuestra leyenda.

Berenguer era el único de la familia que sabía dónde estaba la estrella y que conocía, por habérsela contado su padre, la escena de *la hada verde* con uno de sus antepasados. Sus hermanos Galcerán y Roberto ignoraban estas circunstancias.

Digitized by Google

II

DONDE SE VE QUE NO SIEMPRE LA PROSA ES PROSA, PUES QUE, SEGÚN DICE EL REFRÁN, NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE.

Hermosa y dulce es la noche, queridito mío. La límpida y tersa superficie de la bóveda azul no se ve arrugada ni por el pliegue siquiera de una nube; las estrellas brillan como chispas de diamantes, y todo es calma y tranquilidad como en tu inocente corazón.

Yo amo estas noches en que las ramas de los árboles no se menean siquiera al soplo de la brisa; en que todo es silencio, misterio, oscuridad; en que la luna no viene á sorprender imprudente la cita de un enamorado doncel; en que todo calla y duerme, la mariposa en el seno de la noche, y la noche en el seno de Dios! ¡Oh! sí, yo amo estas noches—porque ¡cuántas, ¡ay! como esta yo he pasado—suspirando mis cántigas de amores,—sintiendo el corazón despedazado—por la espina cruel de sus rigores!—¡Cuántas veces al cielo alcé los ojos—por dolencia de amor entristecido!—¡Cuántas y cuántas, ¡ay! me hinqué de hinojos,—rugiendo de dolor cual tigre herido!

Pero, ¡cuántas también, loco y ardiente—á sus pies entusiasta me arrojaba,—y su mano posábase en mi frente,—y su boca dulcísima exhalaba blandos suspiros, quejas repetidas,—palabras de ternura y ambrosía,—gotas de miel del alma de

Digitized by Google

prendidas—que en sus amantes labios yo bebía!—Todo era entonces dichas é ilusiones—de simpático arrullo misterioso,—y yo vagaba al són de mis canciones—por el verjel del mundo delicioso,—que una mujer tenía que me guiaba,—faro brillante y puro del destino,—que mi pecho de amores inundaba—y sembraba de flores mi camino.

¡Bello es vivir, entonces me decía,—ya que como la errante mariposa—que libre vaga por la selva umbría,—volar puedo también de rosa en rosa!—¡Bello es vivir si hay pájaros y hay flores—y sombra en las florestas y frescura,—y si en fuente purísima de amores—echar puedo de mi alma la amargura!

¡Oh bellas noches de mi amor pasado!—¡Cuánto mi pecho triste,—al recordar vuestras tranquilas horas,—con lágrimas de hiel os he llorado!—Mis días se pasaban—sin sombra de dolor, como las ondas—tranquilas de una fuente—que entre rosas y juncos se desliza,—y corre lentamente,—olvidando sus márgenes amenas,—á morir sola y pobre—de la playa del mar en las arenas.—De mi pena y quebranto—despedido me había,—que una mujer de amores hechicera—borraba de mis párpados el llanto—y tierna me decía:—«En el mundo seré tu compañera.»

Mas, ¡ay! delirios, sí, delirios de la mente—que en vano el alma en recordar se afana!—De la lira que gime, el són doliente—ecos no encuentra que evocar mañana.—Memorias son que nada me dejaron,—recuerdos, como el humo pasajeros,—que un día con sus goces me arrullaron—é infieles otro día me mintieron!—Descansad bajo el manto del olvido:—no vengáis importunos—á lacerar mi corazón. La noche misma de calma y de misterio llena—que á sus pies me vió un día,—hoy me ve levantar, pura y serena,—la frente que en sus manos—yo descansar solía.—¡Huid, recuerdos de

Digitized by Google

una muerta historia!—Mi amor hundí en la tumba —y os robé para siempre á mi memoria!...

Ven, Víctor, ven, y siéntate á mi lado;—la noche nos convida.—Ese cielo estrellado—que con su manto azul envuelve al mundo,—su techo nos dará por un momento.—Ven, pues, y escucha atento,—ya que de *la hada verde*—y Berenguer el *rubio*—voy á seguir el misterioso cuento.

Una mañana, mientras sus dos hermanos estaban de caza, Berenguer se dirigió hacia la selva.

Era una hermosa mañana de mayo. El sol vestía el campo con su rico traje de oro, las aves piaban entre los árboles, y la esperanza cantaba en el corazón de Berenguer. Nuestro joven iba apresurando el paso como si le tardara llegar al punto donde se dirigía.

Posada á la falda de un monte y en una deliciosa posición se veía una cabaña muy capaz, donde vivía tal vez algún arrendador del barón Guillermo. Berenguer se detuvo no lejos de esta habitación, clavó en ella la vista, permaneció un rato inmóvil y silencioso, y en seguida, alzando la voz, empezó á cantar una sentida melancólica trova, á la que contestó con otra trova más sentida aún, una dulce voz que salía del interior de la cabaña.

Poco después una joven, bella como la luz del alba, salía de la habitación y corría presurosa hacia Berenguer.

—¡Señor caballero! le dijo sólo al llegar junto á él.

—¡Estrella mía! contestó Berenguer besándola en la frente y haciendo que con este beso se tiñeran de púrpura las mejillas de la hermosa.

La joven se llamaba Estrella, en efecto. Era una pobre campesina que no tenía más riqueza que su hermosura ni más dote que su virginidad de paloma. Había visto á Berenguer y le amaba desde

Digitized by Google

el primer día; pero le amaba con ese amor tímido y respetuoso, puro é inocente, fraternal y casto que eleva el alma y la sublima. Berenguer amaba también á Estrella, pero con pasión, con delirio, con arrebato.

La joven apoyó su brazo en el caballero y ambos se dirigieron hacia el bosque en silencio, yéndose á sentar al pie de una encina que alzaba corpulenta sus robustas ramas coronadas de verdura.

—Estrella, dijo Berenguer rompiendo el primero el silencio, te encuentro triste. ¿Qué tienes, amada mía?

—No estoy triste, señor caballero. Es que no puedo apartar de mi memoria un sueño que esta noche he tenido.

—¿Quieres contarme ese sueño?

La joven vaciló.

—¿No quieres? Pues qué, ¿no tienes confianza en mí? ¿no soy tu desposado? ¿no te he jurado que el capellán del castillo uniría un día nuestras manos ante el altar, invocando la bendición del cielo sobre nuestra boda?

—Sí, sí, señor caballero, tengo confianza en vos, os amo más que á mi vida, seré vuestra con más orgullo que sería reina, pero...

—¿Pero?...

Estrella bajó la cabeza, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

—¡Vida mía! exclamó el joven alarmado.

Estrella continuaba llorando. Berenguer clavó en ella su mirada como si quisiese arrancarle un secreto á su alma tierna y virginal.

—No, dijo al cabo de un momento, no, Estrella, tú no has soñado nada, y sin embargo algo te pasa. No llorarías así por un sueño falaz y mentido, por una vana ilusión de nuestros sentidos. Cuéntame lo que te ha sucedido, depositalo en mi

Digitized by Google

pecho, confíalo á la discreción de tu desposado. ¿Verdad que no ha sido un sueño?

—Tenéis razón, señor caballero: yo no sé mentir. No ha sido sueño, no, sino realidad y ¡ay! realidad bien dura y bien amarga.

La mirada de Berenguer interrogó imperiosamente á la joven.

—Leo en vuestros ojos la impaciencia, dijo Estrella. Voy, pues, á contaros lo sucedido. Ayer noche mi padre me mandó al bosque á buscar una planta medicinal que necesitaba para aliviarse de cierta pasajera dolencia que le aquejaba. Cuando volvía á mi casa, al pasar cerca de la misma encina que ahora nos cobija con su sombra, se me presentó de repente un caballero.

—¡Un caballero!

—Sí, un caballero, de traje al menos ya que no de alma, que no es oro todo lo que luce, ni son caballeros todos los que aparentan serlo, dijo la joven.

—Prosigue, ¡oh! prosigue, Estrella, exclamó Berenguer.

—Aquel caballero me habló de amor, procuró endulzar su voz ronca para hablarme con afecto y con ternura, y me ofreció honores, riquezas y posición si quería corresponder á su cariño. Yo no contesté siquiera. Me cogió la mano, quería que en el acto le jurase amor eterno y me estrujó la mano con su guante de hierro hasta el punto de hacerme lanzar un grito.—Soltadme, le dije, ó mi voz, llegando hasta la cabaña, hará salir á mi padre. Entonces me soltó y se apartó, pero fué jurando por todos los demonios del infierno que no tardaría tres días en ser suya. Trémula y agitada, eché á correr hacia mi casa, pero á los pocos pasos otro caballero me salió al encuentro, me cogió la mano como el primero, me habló también de amor, pero con lenguaje más rudo, y se apartó

Digitized by Google

rando como el otro que sería suya aun cuando el cielo se tuviese que oponer á sus designios. Yo llegué á mi casa pálida, trémula, aterrada, temblando por mí, por mi padre, por vos, por todos...

Berenguer, que había escuchado la relación sin pestañear, preguntó á Estrella:

—¿Conociste, pues, á esos caballeros?

—¡Oh! sí.

—¿Cómo se llaman?

La joven titubeó en contestar, porque vió brillar una extraña y siniestra llama en los ojos, por lo común impregnados de dulzura, de su amante.

—¿Cómo se llaman? repitió con imperio Berenguer.

—El primero, dijo Estrella, era vuestro hermano Galcerán, el segundo vuestro hermano Roberto.

Un rayo que hubiese caído á sus pies no bubiera aterrado tanto á Berenguer como los dos nombres que acababa de oír.

—¡Mis hermanos! murmuró.

Hubo un largo rato de silencio. Berenguer fué también quien lo rompió. Estrella no se hubiera atrevido jamás á hacerlo.

—Amada mía, dijo el joven que había recobrado su voz dulce y su tierna mirada, vuelve á tu cabaña y advierte á tu padre que te tomo por esposa. Mañana mismo, al caer la tarde, nos unirá el capellán del castillo, y las sombras de la noche nos protejerán para huir de este país. Corre á decírselo á tu padre, á pedirle su permiso y bendición: yo vuelvo al castillo á prepararlo todo.

Estrella no pudo contestar siquiera; la alegría y la emoción habían robado su voz. Aceptó, inclinando su frente como una rosa, el casto beso que le dió su amante, y partió gozosa hacia su cabaña, mientras que Berenguer tomaba opuesta dirección.

Había andado apenas este último unos cien pasos, cuando se estremeció de repente creyendo ha-

Digitized by Google

ber oído un grito. Prestó el oído, y otro grito supremo de desesperación y agonía rasgó los aires. Berenguer se volvió como un león herido y corrió precipitadamente hacia la cabaña; pero cuando llegó al umbral del bosque y pudo pasear su mirada por el valle, vió á lo lejos dos ginetes que huían á todo escape de sus nobles caballos. Uno de estos ginetes llevaba en brazos una mujer, y esta mujer era Estrella.

—¡Infames! ¡infames! ¡me la roban! gritó Berenguer.

Y en su desesperación, viendo y conociendo que era imposible alcanzar á los raptores, se dió, loco de rabia, con la frente contra un árbol. El golpe le aturdió y le hizo caer desvanecido.

III

Proyectos.

Cuando Berenguer volvió en sí de su desmayo, el sol estaba ya á más de la mitad de su carrera. Se levantó tambaleándose como un hombre embriagado, llevó la mano á su frente donde sentía un vivo dolor, y se dirigió poco á poco hacia el castillo.

Sus dos hermanos no habían regresado aún.

Berenguer empezó á recorrer el parque entregándose libremente á su dolor y desesperación. ¡Pobre joven! Le acababan de arrebatar lo que más quería en el mundo; almas desapiadadas acababan de romper el único lazo que le ligaba á la vida. ¡Qué había ya para él más que un porvenir de luto y de

Digitized by Google

dolor? ¿Dónde podían ya ir á beber sus sedientos y abrasados labios la felicidad y la dicha que pasajeros sueños le habían mentido? No hay nada más triste ni más desgarrador para un alma que se entrega libremente y de buena fe á las ilusiones, que verse de pronto arrancada á sus sueños por una mano de hierro y trasportada á un mundo desconocido á su imaginación, donde todo es frío, cruel, implacable, donde todo es tristeza, dolor y amargura.

Vosotros sabéis esto, vosotros los que gota á gota habéis apurado la hiel del cáliz de la amargura, vosotros, pobres proscritos de la sociedad, que en un día de desgracia os habéis visto repudiados por la ilusión y maldecidos por la ventura...

Berenguer procuró calmarse, hizo un esfuerzo sobre sí para dominar sus sentimientos, y volvióse al castillo en cuya sala de armas encontró á su anciano padre. Este vió huellas de lágrimas en sus ojos é iba á preguntarle con afectuosidad,—pues que era Berenguer su hijo más querido,—cuando entraron de pronto en la estancia Galcerán y Roberto.

A su vista, Berenguer se estremeció y casi dió un salto como si le hubiesen aplicado á las carnes un hierro encendido. Las frentes de sus hermanos estaban sombrías como un cielo encapotado, sus ojos brillaban con llama siniestra como la de los fuegos fatuos que vagan errantes por un cementerio.

—Muy tarde llegáis, les dijo el barón Guillermo revistiéndose de cierta severidad y abandonando por lo mismo el aire dulce que había tomado para interrogar á Berenguer.

—La caza nos ha detenido, contestó Galcerán.

—Nos hemos alejado demasiado persiguiendo á un jabalí, añadió Roberto.

—Hijos míos, dijo el barón, veo con disgusto

Digitized by Google

que os entregáis demasiado á menudo al placer de la caza. La caza acaba por hacer duro y despiadado el corazón del hombre.

—Creo que os engañáis, padre, dijo Galcerán. La caza es por el contrario lo que más contribuye á hacer de un hombre un cumplido caballero.

—Y todo buen caballero, añadió Roberto, debe saber perseguir á un jabalí si quiere acostumbrarse á no temblar ante un hombre.

Berenguer alzó entonces su voz que temblaba ligeramente.

—Sólo que vosotros, hermanos míos, dijo, perseguís también á las mujeres creyendo que es una caza como otra cualquiera; sólo que vosotros pretendéis ser caballeros, y sois indignos de calzar espuela de oro.

—¡Berenguer! gritó furioso Roberto, llevando mano al cuchillo de monte cuyo labrado puño asomaba en su cinto.

—¿Qué es eso? exclamó el barón levantándose de su asiento. Hijo indigno, añadió dirigiéndose á Roberto, ¿cómo te has atrevido á llevar mano á tu cuchillo? ¿Es así como un hermano contesta á su hermano? ¿Es así como responde un hombre á otro hombre por cuyas venas corre la misma sangre?...

—Me ha insultado, contestó Roberto con soberbia, y el hombre que me insulta es mi enemigo.

—Tiene razón y yo lo apruebo, dijo en esto Galcerán.

—¡Infelices! exclamó el barón. ¡Señor Dios mío, perdonadles sus blasfemias! ¡No saben lo que se dicen, Señor! La cólera les ciega, y no ven que con sus palabras llaman sobre su frente vuestra justa indignación.

Hubo un rato de silencio. Berenguer había abierto sus labios para decir algo, pero una mirada de su padre había detenido las palabras que iban á salir de su boca. Galcerán y Roberto se mante-

Digitized by Google

nían fieros y orgullosos mirando á Berenguer con enojo.

—Galcerán, Roberto, dijo el barón, me habéis faltado como á vuestro padre y me habéis ofendido como á un anciano. Habéis proferido en mi presencia palabras de odio y de venganza contra un hermano vuestro. ¡Qué es esto! ¿Qué demonio ha inspirado á vuestro corazón tan fatales y sacrílegas ideas?

—Padre, empezó á decir Galcerán.

—¡Silencio!

Y dicho esto el barón se volvió hacia Berenguer.

—Vas á darme cuenta, le dijo, de las palabras extrañas que has pronunciado y que han despertado su indignación. ¿Qué has querido decir? ¿A qué has aludido? Explícate, pero explícate en seguida.

—Que se explique, sí, pero no en mi presencia, exclamó el orgulloso Roberto. Me figuro lo que va á decir, y la calumnia va á manchar sus labios. Si le oyera hablar, no podría contenerme y...

—¡Cállate, cállate, hijo descreído! Sal, pues, de mi presencia antes que crezca mi cólera. ¡Vete!

Roberto no se lo hizo repetir. Sin abandonar su continente altanero volvió la espalda y salió de la estancia. Galcerán le siguió. El barón les vió partir, una lágrima de dolor mojó sus pestañas, y se dejó caer en su sitial.

Berenguer se le acercó, trató de consolarle lo mejor que pudo, y empezó en seguida á contarle la historia de sus amores y el rapto de Estrella.

En el ínterin Galcerán y Roberto se habían bajado al parque para poder hablar á solas y sin testigos.

—Todo lo sabe, dijo Roberto.

—Todo lo sabe, contestó Galcerán con voz sombría como un eco.

—Nos habrá visto en el momento en que nos la llevábamos.

Digitized by Google

—Y acaso sabe ya también el sitio en que la tenemos.

—Y el infame se lo va á contar todo á nuestro padre.

—Y nuestro padre, Roberto, que ya nos quiere poco, va en su indignación á desheredarnos.

—A arrojarnos de su castillo como á unos huéspedes importunos.

—A cerrarnos la puerta de su casa como á unos extraños.

—Es preciso tomar una resolución.

—Es fuerza decidirnos á dar un golpe.

—Es indispensable vengarnos.

Aquí llegaban de su diálogo cuando vieron que se les acercaba una mujer cubierta de harapos, una mendiga á la que habían ya encontrado aquella misma tarde en el bosque.

—Roberto, dijo Galcerán que fué el primero que la divisó, ¿no es aquella la mujer que nos ha hablado esta tarde?

—¡Oh! ¡sí, y el infierno nos la envía!

Dijo, y se lanzó hacia ella acortándole la mitad del camino.

—Oíd, buena mujer, díjole Robrto. Esta tarde nos habéis ofrecido vendernos una yerba venenosa que mata una persona á los dos días sin dejar rastro de veneno.

—Así es la verdad, contestó la mendiga.

—¿Traéis con vos esa yerba?

—Siempre.

—Dadme entonces una cantidad necesaria.

—Una advertencia debo haceros, señor caballero. Mi yerba es tan eficaz y tan mortal, que no hay en el mundo más que una cosa sola que pueda dejarla sin efecto.

—¿Y qué cosa es?

—Hay en la montaña, junto á un lago, un bosque de cañas dulces. Tened cuidado que el que

Digitized by Google

coma esta yerba, no acerque á sus labios ni una sola de aquellas cañas, si verdaderamente queréis su muerte. El pedazo más insignificante de caña dulce puesto sólo en su boca, bastaría para detener todos los efectos del veneno.

—Está bien.

La mendiga entonces puso en manos de Roberto un puñado de yerbas y desapareció como por encanto sin aguardar la retribución.

Es que aquella mendiga, Víctor, era una de las *elfas* enemigas de *la hada verde*.

—No acabo de comprender, dijo Galcerán. ¿Para quién quieres estas yerbas? ¿Para Berenguer?

—No.

—Pues entonces, ¿á quién destinas el veneno?

Roberto miró á su hermano con expresión siniestra, y bajando la voz le dijo:

—Lo destino al barón, nuestro padre.

Galcerán se estremeció.

—¡Silencio! añadió Roberto. Es el único medio que tenemos, si no queremos vernos desheredados y arrojados del castillo como unos perros.

Galcerán inclinó la cabeza y se calló.

Ambos hermanos se separaron en seguida sin decirse más palabra.

Mientras que esta escena había tenido lugar en el parque, Berenguer había contado á su padre la historia del rapto, y el barón le había dicho:

—Recurre á la estrella de plata que se guarda en mi familia desde la época de mi noble antepasado Beltrán *el rojo*. Con esta estrella podrás obligar á *la hada verde* á que se presente y ella te dirá dónde han ido á ocultar su presa Galcerán y Roberto.

El barón, luego de haber dicho estas palabras, esprendió de su cuello una llavecita de oro y se la dió á Berenguer. Era la llave de un cajoncito de madera de rosa donde se guardaba la estrella de plata.

Digitized by Google

Corrió el joven, henchido de esperanza, al aposento de su padre, tomó el cajón, introdujo con mano trémula la llave en la cerradura, y abrió.

El cajón estaba vacío: la estrella había desaparecido.

IV

Doble crimen.

La desaparición de la estrella de plata era obra también de las *elfas*. Estas habían decidido proteger á sus favoritos Galcerán y Roberto por cuantos medios estuviesen á su alcance, y como temían el poder de *la hada verde,* que era mayor que el suyo, creyeron inutilizar este poder haciendo desaparecer la estrella que era el único medio por el cual se la podía evocar.

Hé aquí que ya tenemos á Berenguer sumergido otra vez en la desesperación, llorando su desventura, maldiciendo su suerte, clamando al cielo que permanecía sordo á sus lamentos.

La *hada verde,* es muy cierto, había prometido protección y amparo á cualquiera de la familia del barón que la invocase, pero era indispensable, para adquirirse esta protección, que la estrella de plata estuviese en manos del que la solicitase. Falto de este recurso, Berenguer se vió perdido. ¿Cómo implorar ya el socorro de la hada bienhechora? ¿cómo saber dónde estaba Estrella? y aun sabiéndolo, ¿cómo arrancarla del poder de sus infames raptores?...

El joven pasó la mayor parte de la noche entre

Digitized by Google

agitación, angustia y desconsuelo, pero acabó por rendirse y entonces se tendió vestido sobre el lecho. Un sueño reparador no tardó en ir á posarse silencioso y ligero sobre sus párpados.

Hacía ya algunas horas que dormía, y empezaban las primeras luces del alba á pintar de ópalo y de rosa los cristales de las ojivas, cuando se despertó, sobresaltado, oyendo llamar á la puerta de su cuarto. Saltó de la cama con precipitación y abrió. En el umbral de la puerta apareció entonces un joven paje de rostro casi femenil, de plácida hermosura, de mirada suave y de boca sonriente. Iba vestido con un caprichoso traje de color verde y rosa, abotonado sobre el pecho con unos alamares en forma de estrellas. Berenguer no recordaba haberle visto nunca y le preguntó con asombro lo que quería.

—Soy el paje de *la hada verde* del lago, y he venido á comunicaros nuevas de gran importancia.

Berenguer le hizo entrar entonces en su habitación, diciéndole:

—¡Oh! ¡hablad! ¡hablad!

—La hada ha tenido noticia de todo lo que aquí sucedía. No puede presentarse ante vos, gentil caballero, porque os falta la estrella de plata que las *elfas* os han robado, y por la misma razón no puede tampoco protegeros. Pero en cambio, ya que nada puede hacer por vos directamente, todo lo puede hacer por vuestra desposada Estrella que permanece aún extraña á vuestra familia y que puede, mientras á vos no esté ligada, ser de ella protegida. Estrella está muy lejos de aquí, en la torre de un amigo de vuestros hermanos. Allí ha partido la hada ahora mismo, y dentro cuatro horas estará de vuelta con vuestra desposada, á la que hallaréis en la cabaña de su padre. Lo que vos debéis hacer, buen caballero, mientras esperáis la hora de ir á besar en la frente á vuestra

Digitized by Google

amada, es correr al cañaveral que crece junto al lago de la montaña y bajo el cual se halla el palacio subterráneo de la hada verde; arrancaréis una de sus cañas y la traeréis en seguida á vuestro padre á quien haréis mascar un pedazo. Que no se os olvide esto sobre todo, pues que de ello depende la vida del barón.

—¡La vida de mi padre!

—Sí.

—¿Corre peligro?

—Inminente.

—Explicadme.

—No me pidáis explicaciones que no podría daros.

—Pero...

—Lo único que puedo deciros es que esta noche pasada ha tomado un veneno, y que para destruir sus efectos no tiene otro recurso que mascar un pedazo de caña dulce de las que crecen junto al lago de la montaña.

—¡Dios mío! ¿y quién le ha envenenado?

El paje se calló.

—¡Decídmelo por caridad!

—Corred en busca de lo que os he dicho, haced lo que os he prevenido y no temáis por la vida del barón. Seguro podéis partir entonces para abrazar á vuestra amada.

—¡Oh! sí, sí, vuelo en seguida.

Berenguer fué en busca de su capa y de su gorra; cuando volvió, el paje mensajero había ya desaparecido. El joven salió del castillo dirigiéndose precipitadamente hacia la montaña. Como no tomó ninguna precaución para recatarse, puesto que el paje no se lo había advertido, un criado de su hermano Galcerán le vió salir y corrió á avisar á su amo. Galcerán llamó á Roberto y entrambos se lanzaron fuera del castillo en seguimiento de su hermano menor. Les pareció tan extraño que Be-

Digitized by Google

renguer saliera á aquella hora matinal, que recelaron algo y se decidieron á no perderle de vista.

El joven, preocupado con sus ideas y entregado á sus reflexiones, siguió su camino sin notar que le observaban y vigilaban. Verdad es también que sus dos hermanos tuvieron buen cuidado en no ser descubiertos.

Después de haber andado largo rato, cuando ya casi se pudo fijar la dirección que tomaba Berenguer, y adivinar ó sospechar al menos el punto al cual se encaminaba, Galcerán palideció de pronto y estrechando fuertemente el brazo de su hermano,

—Roberto, le dijo; estamos perdidos.

Roberto clavó en Galcerán una mirada severa pero interrogadora.

—Estamos perdidos, le dijo, Berenguer sabe nuestro secreto.

—¿Quién puede habérselo dicho?

—El infierno quizá. Lo sabe.

—Explícate.

—¿No ves que toma la dirección del lago?

—¿Y qué?

—Irá en busca de una caña dulce para salvar á nuestro padre. La mendiga nos dijo que la caña era el único contraveneno que existía. ¿Lo ves?... se dirige al lago.

—¡Casualidad!

—No, no, mi corazón me dice que hemos sido vendidos. Nuestro hermano sabe ya que nuestro padre ha sido envenenado y que sólo un pedazo de caña del lago de la montaña puede salvarle.

Una nube oscureció la frente de Roberto. Sus ojos chispearon diabólicamente, su fisonomía toda se cubrió de una expresión verdaderamente satánica, y, como arrastrado por una idea interior, se puso á andar muy aprisa. Su hermano apenas podía seguirle.

No se había engañado Galcerán. Berenguer se

Digitized by Google

dirigió al lago, se acercó al cañaveral, arrancó una caña y se dispuso á volver atrás regresando al castillo. Al volverse se encontró cara á cara con sus dos hermanos.

Galcerán estaba pálido de emoción. Roberto rojo de ira.

—¿A qué has venido aquí? dijo Galcerán.

—¿Por qué has arrancado esta caña? le preguntó Roberto.

A la vista de sus dos hermanos, Berenguer se estremeció pareciendo como que le quitaran una venda de sus ojos.

—Si fuesen ellos, ¡Dios mío! murmuró entre sí.

—¡Responde!

—¡Explícate!

—¿Con qué derecho me preguntáis? dijo Berenguer. He venido aquí porque tal ha sido mi voluntad. Nada más debo deciros mientras me dirijáis la palabra con ese tono de superioridad y altanería.

—¡Insolente! exclamó Roberto que temblaba de ira.

—¿Te atreves á insultarnos? añadió Galcerán.

—Lejos de mí toda idea de provocación. Contesto sólo con orgullo á la pregunta que con orgullo se me hace.

—¡Otra vez! dijo Galcerán.

—Hermano, replicó Roberto cruzándose de brazos y adelantándose dos pasos, es preciso que nos expliques tu extraña conducta si quieres vivir.

Berenguer miró á Roberto con asombro.

—¡Si quiero vivir! ¿Pues qué, seriais capaces?...

—No nos preguntes de qué somos capaces. Lo somos de todo. Berenguer, si en algo estimas tu vida, responde, pero responde pronto.

El joven fijó una mirada en sus hermanos, un baño de tristeza cubría su semblante, bajó en seguida los ojos, inclinó la cabeza y se cruzó de bra-

Digitized by Google

zos. Hizo como el mártir que se dispone á morir y que aparta la vista para no conocer á sus asesinos.

—¿Contestas? le preguntó Roberto con voz ronca.

Berenguer se calló.

—¿Persistes en no hablar? añadió Roberto.

El mismo silencio por parte de Berenguer.

—¡Que juegas tu vida, hermano! ¡Contesta por piedad! dijo Galcerán que, de corazón menos cruel que Roberto, estaba visiblemente conmovido.

Berenguer hizo con la cabeza señal de que no contestaría. Este silencio acabó de enfurecer al malvado Roberto.

—¿Con que no?

—No, dijo Berenguer con otra señal de cabeza.

—Pues entonces, ¡enmudece para siempre!

Así dijo Roberto, y tirando de su puñal, lo sepultó en el seno de su hermano.

La hada verde no estaba allí para protegerle. El joven cayó muerto sin exhalar un lamento. El puñal de su hermano le había herido en mitad del corazón.

Arboles seculares que prestáis vuestra rizada cabellera al viento para que juegue con ella, ¿cómo no os rajasteis de dolor al ver al hermano enarbolar el puñal contra su hermano?... Rocas colosales que amontonáis vuestras enormes piedras cual si quisieseis labrar una escalera para que un gigante pueda subir al cielo, ¿cómo no os desplomasteis á un tiempo sobre el malvado asesino?... Aguas tranquilas del lago de la montaña que dormís con calma encerradas en un marco de verdura, ¿cómo no agitasteis vuestras olas levantándoos tempestuosas cual si fuerais un monstruo para tragaros y borrar de la lista de los vivientes al fratricida?

¡Crimen nefando! ¡Asesinato impío!...

Digitized by Google

Luego que Berenguer hubo caído exánime, los dos hermanos permanecieron un momento aterrados y como heridos de estupor.

—Es preciso hacer desaparecer el cadáver, dijo por fin Galcerán con voz sombría.

—Aquí mismo le abriremos una huesa, contestó Roberto.

Y en efecto, al instante puso manos á la obra. Se cavó la tierra, se le abrió la tumba junto al mismo cañaveral y allí le enterraron.

—Los muertos no hablan, exclamó Roberto así que hubo arrojado sobre el cuerpo de Berenguer el último puñado de tierra.

Los dos hermanos se apartaron de aquel sitio y bajaron en silencio la montaña. Se acercaron al castillo tan sólo para pedir sus caballos, cabalgaron en ellos y partieron hacia la torre de su amigo donde habían dejado el día anterior á Estrella. Aquellos dos corazones inhumanos, á quienes la idea de un fratricidio no había conmovido, temblaban al aproximarse al punto donde estaba la mujer que les había cautivado. ¡Cosa particular! hay hombres que permanecen impasibles ante las miserias mayores del mundo, que asisten con serenidad á los mayores peligros, que son capaces como Roberto de hundir el puñal en el seno de un hermano, y que sin embargo tiemblan ante una mujer y caen á sus pies pidiendo clemencia como un reo.

Al llegar á la torre la encontraron desierta. Estrella había huido. Galcerán y Roberto lanzaron un rugido de indignación y empezaron á recorrer los alrededores para averiguar el sitio donde podía haberse escondido la fugitiva. Sus pesquisas fueron inútiles.

En el ínterin que esto sucedía, el barón Guillermo, sintiendo ya los efectos del veneno, se revolcaba en su cama presa de los más crueles

Digitized by Google

tormentos. Ninguno de sus hijos acudió á la cabecera de su lecho de muerte. El único que hubiera ido, le había ya precedido en el camino de la eternidad.

Después de atroces torturas é insufribles martirios, el barón exhaló el último suspiro. Murió perdonando á sus hijos ausentes.

V

La lira de caña.

Un mes había trascurrido después de la muerte del buen anciano Guillermo.

Era un día al amanecer. El cielo estaba triste y sombrío y su rica extensión había desaparecido bajo esa cobriza capa con que á veces se cubre para duelo de la naturaleza. El sol sólo podía hacer filtrar á través de las nubes un enfermizo rayo; las arboledas de los campos no tenían rumores; las cascadas se precipitaban por entre las rocas con un movimiento seco y con un murmullo lúgubre; las aves no dejaban oír sus alegres cantos sino que se escondían silenciosas en sus nidos; las flores se erguían severas sobre sus empinados tallos aguardando en vano que un soplo de brisa fuera á mecerlas, que un rayo de sol fuera á acariciarlas ó que una pintada mariposa fuera, batiendo sus alas, á hacerles la corte; las aguas del lago de la montaña aparecían tranquilas como una lámina, sin olas, sin pliegues, sin movimiento.

Todo estaba triste, triste como el corazón de Estrella, que iba subiendo lentamente la montaña.

Digitized by Google

Iba vestida de hombre. Su traje en nada se diferenciaba del de los jóvenes trovadores que pasaban entonces la vida recorriendo los castillos y cantando trovas de amores á las bellas castellanas, y guerreros y marciales himnos á los opulentos barones. Llevaba los azules botines de elegante y retorcida punta, los ajustados pantalones de dos colores, la rica cota de terciopelo negro con anchas y flotantes mangas perdidas, el cabello rizado y suelto cayendo graciosamente sobre los hombros, la cabeza cubierta con la gorrita negra y amarilla de la cual pendía la simbólica cigarra de oro. Sólo le faltaba la lira para ser verdaderamente un apuesto y gallardo trovador. Hasta su rostro parecía haber cobrado cierta franca y varonil desenvoltura y nada había en él que revelase á la tímida mujer.

Fué subiendo poco á poco la montaña y acercándose hacia el cañaveral de *la hada verde,* donde un mes antes había tenido lugar la terrible escena entre los tres hermanos, á la cual hemos asistido.

Los ojos de Estrella se clavaron en un sitio donde la tierra parecía haber sido recientemente removida. Conoció que aquel era el lugar en que descansaba el pobre Berenguer, y fué á hincarse allí mismo de rodillas, bajando la cabeza y escondiendo la frente entre sus manos. Permaneció largo rato orando, y más de una lágrima se deslizó de sus bellos ojos.

Luego que hubo concluido su plegaria, se levantó, formó una cruz con dos palos y la clavó reverentemente sobre la huesa de su pobre é infortunado amante.

En seguida sacó una daga de su cinto, y acercándose al cañaveral, empezó á cortar cañas, sin que *la hada verde* se presentase á protestar contra aquella profanación de su territorio. Estrella, á medida que iba cortando cañas, iba haciendo con

Digitized by Google

ellas un instrumento que bien pronto fué tomando la forma de una lira. Empleó un buen rato en la obra, pero dejóla por fin corriente y pronta. Era una lira completa, tal como las que usaban los trovadores: no le faltaban sino cuerdas. Estrella se las hizo tejiendo y arreglando las hojas verdes de las mismas cañas. ¡Extraña lira por cierto! Sin embargo, la joven pareció quedar muy contenta y muy satisfecha de su obra, se la colgó á la espalda, se arrodilló otra vez sobre la tumba, besó con lágrimas en los ojos la tierra de la huesa y la cruz de palo que había allí colocado, hizo un signo amistoso de despedida volviéndose hacia el cañaveral, como si escondido en él hubiese alguien que la estuviera mirando, y púsose pausadamente á bajar la montaña dirigiéndose al llano.

Llegó á las puertas del castillo que había sido del barón Guillermo.

—Centinela, buen centinela, dijo al arquero que asomó su cabeza por encima la barbacana de un torreón, por vuestra vida que digáis á vuestros amos que un trovador desea cantarles una trova de amores para alegrar su corazón y hacer sonreír la esperanza que abriga su alma de complacer á algún par de negros ojos.

—Trovador, buen trovador, contestó el arquero, seguid en paz vuestro camino, que no quieren mis señores trovas de amor ni de ventura. Han pasado la noche junto á la mesa del festín, y mal recibido sería quien fuese á interrumpirles en su sueño.

—Arquero, así premie un día vuestro amor la ingrata belleza que os desdeña y os tortura, como vayáis á despertar á vuestros señores, que no recibirán mal al trovador, pues que no sucede cada día llegar un trovador á las puertas de un castillo para alegrar á sus habitantes con cántigas placenteras.

Estas palabras fueron acompañadas de una mo-

Digitized by Google

neda de oro que el fingido cantor arrojó al soldado. El arquero recibió el regalo sonriendo y contestó:

—Por mi vida que jamás había visto trovador más amable ni gentil, y aun cuando me cueste salir del castillo é ir á buscar servicio en otra bandera, he de despertar á mis señores y darles el recado de tan gallardo mancebo. Aguardad aquí mi regreso, trovador.

El arquero tardó bastante en volver.

—Mucho me he expuesto por tí, mancebo, díjole, he despertado á mis señores que han rugido de cólera como dos leones, pero consienten en recibirte y en oír tus cantos. ¡Guay, sin embargo, si éstos les desagradan! Templa bien tu lira, mozo, y procura que tus trovas les embelesen, si no quieres que te despojen de tu piel, como hacen los cazadores con la de una cebra, y la cuelguen de una almena para trofeo.

El trovador se sonrió y atravesó el puente levadizo con la cabeza erguida y con el gentil desenfado del que sabe que á cualquier hora puede llegar, seguro de ser siempre bien recibido.

Los dos hermanos esperaban al trovador con las cejas fruncidas y con el ceño en su rostro. Una especie de simpático estremecimiento les agitó á los dos á un tiempo, así que el mancebo de la lira de caña pisó el umbral de la estancia.

Galcerán se acercó á Roberto.

—Hermano, ¿no te parece ver en el rostro de ese trovador...

—Las facciones de Estrella, contestó Roberto. Juraría que es ella misma.

—Asombrosa es la semejanza.

—Señores caballeros, dijo el cantor, perdon: si he interrumpido vuestro sueño, pero siemp. los trovadores se levantan con el día para salud: al sol que nace y oír los himnos que á su despe

Digitized by Google

tar le cantan cada día las aves y la naturaleza. Yo procuraré que mi canto os sea grato como los perfumes que se exhalan del ramillete tejido por una hermosa dama.

—Es su voz, dijo Roberto, bajo á Galcerán.

Galcerán no contestó.

—¿Qué preferís? prosiguió diciendo el trovador. ¿Una trova de guerra? ¿un canto de amores? ¿la leyenda de la reina mora?... Aguardad, voy á cantaros una trova melancólica que he compuesto sobre un hecho histórico y reciente. Prestadme atención, señores caballeros.

Y Estrella colocó su lira de caña en disposición de arrancar de ella los sonidos que necesitaba para acompañar su canto. ¡Cosa extraña! sus dedos no hicieron más que acercarse á las cuerdas sin herirlas, y éstas comenzaron á despedir sones dulces y suaves como los de la mejor y más templada lira. Y, ¡cosa más extraña aun! Estrella no abrió los labios, y sin embargo, una voz triste como el recuerdo de una muerta ilusión empezó á murmurar un misterioso canto. La voz salía de la lira de caña, la lira de caña era la que cantaba, y cantaba así:

Venid todos junto á mí
mi triste historia á escuchar,
que es más triste que la niebla
que hoy envuelve á la ciudad.
Vine á buscar una caña
en este cañaveral.
¡Broten lágrimas mis ojos
más que arenas tiene el mar!

—

La caña es para mi padre
que envenenado le han,
para mi padre y señor,
que Dios le guarde de mal.
¡Broten lágrimas mis ojos
más que arenas tiene el mar!

—

Digitized by Google

Mis dos hermanos se acercan,
—¿Qué me queréis? ¿qué buscáis?
—En busca tuya venimos
para clavarte el puñal,
y pues que vas á morir,
hermano, empieza á rezar.
¡Verted lágrimas sin cuento,
llorad, mis ojos, llorad!

—¿Qué decís, hermanos míos?
¿por qué así de mí os burláis?
Al contrario, abridme paso,
dejadme, hermanos, marchar,
que nuestro padre y señor
muriendo en su lecho está,
de un veneno que comienza
sus entrañas á abrasar.
¡Broten lágrimas mis ojos
más que arenas tiene el mar!

—Cuando nuestro padre muera,
tú en la tumba ya estarás.
—¡No os comprendo, hermanos míos!
—Hermano, ¿has rezado ya?
Y el puñal brilla en sus manos;
hundido en mi seno lo há.
Muerto soy. Me han enterrado
junto á este cañaveral.
Los que esta historia escuchasteis,
¡llorad, ¡ay! llorad, llorad!

Así fué cómo cantó la lira de caña. Los dos hermanos Roberto y Galcerán oyeron la trova mudos de sorpresa, extáticos de asombro. Un sudor frío bañó su rostro desde que oyeron las primeras palabras: era la voz de Berenguer la que sonaba á sus oídos.

Cuando volvieron en sí, el trovador había desaparecido.

—¡A caballo, hermano! gritó con voz ronca Roberto. ¡Corramos tras del cantor!

Bajaron precipitadamente al patio del castillo, donde había siempre dos caballos ensillados para

Digitized by Google

que estuviesen prontos á cualquier hora que se necesitasen. Cabalgaron en ellos y se precipitaron fuera del castillo, partiendo rápidamente en opuesta dirección.

Todo aquel día estuvieron aguardándoles sus gentes, pero ni aquel ni al otro volvieron. Jamás volvió á saberse de ellos.

La hada verde, que no había podido evitar el doble crimen de aquellos malvados, por el robo de la estrella de plata, hizo que sus caballos les pricipitaran en el lago de la montaña donde se ahogaron.

El castillo quedó desierto y abandonado, como si una maldición hubiese caído sobre él.

Estrella pasó toda su vida llorando á su desposado.

FIN DE «UN CUENTO DE HADAS».

Digitized by Google

Digitized by Google

EL ÁNGEL DE LOS CENTELLAS

I

La paloma y el gavilán.

Al salir del *Congost*, de ese camino triste y lúgubre que se abre paso por entre una ciudad de gigantes peñas, se ve aparecer el arruinado castillo de los Centellas, de los Centellas, familia noble entre las nobles y grande entre las grandes, raza de héroes que ha dejado su nombre estampado en todas las crónicas, cuna de caballeros que han hecho oír su grito de guerra en todas las batallas, hogar feudal de unos condes que, al igual de los Cardonas, podían también con orgullo titularse condes sólo entre los reyes, pero reyes entre los condes.

Un día este castillo elevaba al cielo sus torres altaneras y se ofrecía ceñido con el cinturón de inexpugnables muros que era su adorno y su defensa. Hombres cubiertos de hierro velaban á sus puertas, el pendón señorial tremolaba en su torre de homenaje, sus patios estaban llenos de arqueos, sus antesalas llenas de pajes.

El castillo era entonces habitado sólo por el

Digitized by Google

buen anciano Guillén de Centellas y su hija Constanza.

Guillén de Centellas, abrumado por la edad y por las enfermedades, se había retirado allí, dejando á sus dos hijos que perpetuaran su nombre entre el esplendor de las cortes y la algazara de los campos de batalla. El buen anciano se había reunido con su hija que jamás saliera de aquel castillo donde había muerto su madre.

Acababa Constanza de entrar en los diecinueve años. Educada en el castillo por su digna madre que tanto la quería y á quien perdió cuando sólo tenía diez años, sin haberse separado jamás de aquella comarca, había oído hablar del mundo y de las cortes, de los tronos y de las ciudades, sin jamás haber fijado la atención. Ignorante é ignorada, vivía en el fondo de aquel solitario castillo envuelto entre mantos de selvas y montañas, cual duerme una perla escondida en la concha que guardan los abismos del mar.

Sabía que existía una grande y poderosa ciudad llamada Barcelona, no lejos del castillo, pero nunca la había visto, ni nunca tampoco había sentido curiosidad por verla. Todo su horizonte, todo su mundo estaba allí. Allí tenía su parque, allí sus flores, allí los bosques que le gustaba recorrer, montada á caballo, allí los arroyos cuyo curso le agradaba seguir juguetona y alegre... ¿Qué más podía pues ambicionar?

Era benéfica, compasiva, caritativa. No se alzaba ni una choza en la comarca que, en un día de luto ó de desgracia, no hubiese visto entrar á Constanza dispuesta á remediar la miseria abriendo su escarcela para derramar el oro á manos llenas, á calmar la amargura abriendo sus labios para dar paso á bienhechoras palabras de consuelo, á tomar parte en el duelo dejando escapar dos arroyos de lágrimas de sus ojos. Todo el país la

Digitized by Google

conocía, todo el país la adoraba. Los campesinos cien veces socorridos por sus beneficios, la habían dado, en su respeto y adhesión, un bello y simpático nombre... la habían llamado *el ángel de los Centellas*.

Acababa de llegar la primavera, la época de las flores. Era una dulce mañana de mayo. El sol brillaba, los prados sonreían, los arroyos murmuraban, los árboles gemían y los pájaros cantaban ocultos en el corazón de la enramada.

Las puertas del castillo se han abierto, y dos personas han aparecido. Son Constanza y su escudero, antiguo servidor de la casa. La joven monta un caballo blanco como el velo que cuelga de su cabeza. El escudero la sigue respetuoso á algunos pasos de distancia, ginete en negro potro.

¿A dónde va tan de mañana la bella joven? ¿á dónde encamina sus pasos? Va á respirar el aire puro y libre de la campiña, y gozar los esplendores de un horizonte sereno, á disfrutar las delicias de un peregrino día de mayo.

Una población compuesta casi toda de pobres chozas, yacía al pie de la eminencia donde se alzaba el castillo, á un tiro de ballesta de éste.

Constanza atraviesa la población. Todos los habitantes salen á sus puertas, se inclinan respetuosamente á su paso, algunos la detienen para bendecirla, otros se acercan para saludarla, los más se adelantan á besar la orla de su traje. Su paso por entre aquella sencilla gente es un triunfo. A todos contesta Constanza, á todos llama por su nombre, á todos sonríe.

Su corazón palpita de gozo; su alma, pura como la primera plegaria de un niño, siente una emoción de júbilo inexplicable: bulle de alegría en el pecho que la encierra, como se revuelve inquieto un pájaro en la jaula que le guarda. Objeto del cariño y de la veneración de toda aquella gente

Digitized by Google

que recuerda sus beneficios, *el ángel de los Centellas* es feliz.

De pronto, una nube cruza rápida por su frente que se oscurece, un velo cubre sus ojos que dejan escapar una lágrima. Constanza recuerda á su pobre padre que está enfermo, y su corazón se ha estremecido de dolor al pensar en el autor de sus días que yace postrado en el sitial donde le han clavado sus achaques.

Los campesinos ven la lágrima que tiembla como una gota de rocío en las pestañas de su bienhechora, y la comprenden. Respetan su dolor, y del fondo de su alma se adhieren todos al filial sentimiento.

Reina por un instante el más religioso silencio en aquel grupo. Constanza, que ha escondido su frente entre sus manos, la levanta y muestra á todos un rostro bañado en sus lágrimas. ¡Cuán hermosa está en aquel momento!

—¡Amigos míos, exclama paseando por todos sus cándidas miradas: amigos míos, rogad á Dios por el alivio de mi padre!

Dice, atraviesa por entre el grupo y parte como un rayo.

De pie y arrimado á un árbol, un hombre ha contemplado aquella tierna y simpática escena. Viste un lujoso traje de caza. Parece persona de distinción y de elevada cuna, pero un rayo sombrío ilumina tétricamente su rostro. Tiene un aire de nobleza, pero hay algo en él que repugna. Ni un momento ha apartado los ojos del grupo, ni un solo instante ha dejado de mirar á Constanza, pero sus ojos se han clavado codiciosos en *el ángel de los Centellas*, con el mismo afán con que se hubieran clavado los del tigre en una presa.

Hase acercado el cazador á un campesino que acaba de separarse del grupo. Su voz tiene un tinte de altanería y de orgullo. Diríase que jamás

Digitized by Google

ha conocido la afabilidad y que, acostumbrada al mando, es una voz que no pregunta, sino que exige.

—Dime, vasallo, ¿sabes quién es esa joven del caballo blanco?

—¿Si sé quién es? ¡Virgen santa! Lo sabe toda la comarca.

—¿Luego todos la conocen?

—Sí, porque todos la aman.

—¿Y por qué la aman?

—Porque es un ángel.

—¿Cómo se llama pues?

—*El ángel de los Centellas.*

—Yo no te pregunto esto, vasallo.

—Me habéis pedido su nombre...

—Su nombre de familia, el de su alcurnia, el de su cuna.

—Es hija de los condes de Centellas.

—¡Ah!

—En cuanto á su nombre, creo que se llama Constanza.

—¿No haces más que creerlo?

—No hago más. Entre nosotros sólo es conocida por *el ángel.*

—Está bien.

Y el cazador despide con un gesto imperioso al campesino, que se aleja después de haber saludado.

—¡Constanza de Centellas! murmura el cazador así que ha quedado solo; Constanza de Centellas, repite, tú eres la primera mujer que ha hecho latir de amor mi corazón. Sólo un instante te he visto, pero basta para que caiga loco, frenético á tus pies. Constanza, ¡tú serás mía! Te llaman *el ángel,* me dicen. Y bien, mejor, á mí me llaman el *demonio.*

—Y el cazador lanza una estrepitosa carcajada.

Abandona en seguida el árbol en que se apoya,

Digitized by Google

y parte en dirección al punto por donde ha desaparecido Constanza.

¡Huye, huye, pobre paloma! Te ha visto ya el gavilán.

II

El trovador.

El cazador se ha sentado en una piedra á orilla del camino, y ha hundido su cabeza entre las manos. No puede olvidar al *Angel de los Centellas*. Honda impresión ha hecho en él su hermosura. ¿Qué importa que sólo la haya visto un instante, si este instante ha bastado para decidir de su porvenir? No es ya para él posible la existencia sin partirla con Constanza: no puede vivir sin poseerla. Es hombre de pasiones violentas, de voluntad á toda prueba, de firmeza sin igual. Ha dicho: ¡Constanza, serás mía! y... Constanza, ¡prepárate á ser suya!

Dos horas ha permanecido el cazador ensimismado, los ojos fijos, la frente entre las palmas, las armas á sus pies. Suenan pisadas de caballos. Es Constanza que regresa.

El cazador se adelanta, dobla en tierra la rodilla y detiene el corcel de la joven. Constanza le mira asombrada.

—Noble doncella, dice el cazador, si necesitáis un corazón adicto á toda prueba, un brazo leal en todas ocasiones, un paladín dispuesto á rendiros homenaje y á proclamar lanza en ristre y uno á uno que sois la más hermosa entre las hermosas, disponed de mí, que no pido sino ser vuestro caba-

Digitized by Google

llero, y morir á vuestros pies donde me encadenan vuestras miradas. Soy el caballero del Prado.

El Prado es una posesión allí cercana, y su dueño es un hombre cruel, inexorable, malo con sus vasallos. Por eso en el país le han dado por nombre *el demonio* del Prado.

La hija de los condes de Centellas ha sentido que sus mejillas se teñían del más vivo encarnado. Es la primera vez que se le dirigen palabras semejantes, es la primera vez que oye á un caballero requerirla de amores. Se atreve apenas á mirar al cazador que está á sus pies. El lenguaje del caballero ha sido respetuoso y galante, pero hay en su voz una expresión que ha desagradado á Constanza. Las palabras del cazador están muy lejos de haber herido la cuerda sensible del corazón de la doncella.

—Caballero del Prado, dice Constanza, cosas me habéis dicho que jamás habían resonado en mis oídos, que no comprendo y que acaso no debo comprender tampoco. Sea como sea, no es bien que una doncella escuche en medio de un camino los galantes requiebros del primer galán que á ella se presente.

Dice, pica su caballo, y ya está lejos del cazador el *Angel de los Centellas.*

En todo el día no ha vuelto en sí Constanza de la sorpresa que le han causado las palabras del caballero. Ha sentido una emoción desconocida, hija de una momentánea vanidad mujeril. Pero nada más. Su corazón apenas ha tomado parte. El amor puede haber inspirado su acción al caballero, pero la indiferencia ha dictado las palabras de la doncella. Si recuerda la escena, es por el asombro que le ha causado, no por la simpatía que en ella ha infundido. Hay en el del Prado una vaga expresión de orgullo y de soberbia, de sarcasmo y altivez que ha herido á Constanza. Sus palabras, aunque

Digitized by Google

humildes y corteses, han sido pronunciadas más bien que en el tono del galán que implora, con el acento del soberano que manda.

El *Angel de los Centellas* se dice que nunca podrá amar á aquel hombre.

La familia del caballero del Prado es antigua conocida de don Guillén de Centellas. El padre de aquél ha sido su compañero en las batallas, su hermano de armas. Invocando el nombre de su padre, que no podrá menos de resonar como un eco de gloria á oídos del anciano, el joven caballero se presenta al conde de Centellas, á quien sus achaques tienen clavado en el sillón junto á la labrada y magnífica chimenea de su sala de armas.

No ha necesitado instar mucho para que don Guillén le prometiera la mano de su hija. Han hablado en favor del pretendiente su mocedad, su galantería, su gallardía, su cuna y el antiguo recuerdo de su padre. Sólo una condición ha puesto el anciano. Casi por mera formalidad y no más que para cumplir con las costumbres caballerescas de la época, á las puertas del castillo se alzará un palenque, y el caballero del Prado se presentará allí el día que se designe á proclamar que Constanza es la hermosa entre las hermosas y que él se dispone á hacer morder el polvo á cualquiera que lo contrario sostenga. El caballero acepta, y parte del castillo con un cielo en el alma.

Ya es suyo el *Angel de los Centellas*.

El buen anciano, que ha creído asegurar la felicidad de Constanza, le ha participado su resolución, y la virgen ha sentido cubrirse su alma de luto... Ha inclinado la frente como la caña que el viento doblega, su corazón se ha comprimido como el cáliz de la flor á la que falta un rayo de sol y una ráfaga de consoladora brisa. ¡Pobre Constanza! Obedecerá á su padre; puede que le cueste la vida, pero obedecerá!

Digitized by Google

Casi todos los días se ve obligada á escuchar las ternezas y galanterías del caballero en el gótico salón del castillo y á presencia de su padre. Son instantes de sufrimiento para la doncella, que cada vez siente aumentarse su odio hacia su prometido. Su odio, sí... cáusale horror á la virgen el caballero. Es un abismo que se interpone entre ella y sus sueños de ventura.

La idea de la corte en la cual brillará cuando sea su esposa, no la deslumbra; el pensamiento de ser la reina en los torneos y en las fiestas, no la lisonjea; el amor que el caballero la promete, no la seduce.

Constanza está triste. Su padre lo conoce, pero ignora la causa.

Padre é hija están sentados junto á una ventana por la cual entra el perfume de los mirtos y naranjos que pueblan el inmediato jardín. Un canto triste y lejano rasga los aires.

—¿Qué es eso? pregunta don Guillén á uno de sus servidores.

—¡Un trovador se ha presentado á las puertas del castillo á demandar hospitalidad!

—Dadle entrada, dice el anciano, distraerá con sus trovas á mi Constanza.

El trovador ha penetrado en la estancia, pero el *Angel de los Centellas* no ha vuelto siquiera los ojos, distraída en mirar el horizonte por cuya extensión se pierden sus melancólicas miradas.

—¿De dónde llegas, trovador? pregúntale don Guillén.

—De la Tierra Santa, señor, á donde fuí en cumplimiento de un voto.

Así ha contestado el trovador, en voz dulce y simpática, y esta voz ha hecho estremecer á Constanza. Le parece que no es la primera vez que ha resonado en sus oídos aquel acento.

Ha vuelto la cabeza la virgen y examina al tro-

Digitized by Google

vador. Va vestido con la coquetería de una mujer, sin embargo de brillar en su rostro la decisión y la arrogancia más varoniles. Viste un jubón bordado en oro, y de su cinturón de terciopelo negro cuelga la espada de gala; una banda verde que sirve para suspender su bandola cruza su pecho; sus cabellos, que caen en largos y espesos rizos, flotan sobre su cuello y descansan en sus hombros; en su rostro está pintada la emoción; lucen sus ojos con la fuerza de dos rayos.

Constanza le contempla en silencio y hace esfuerzos para recordar en qué época de su vida ó en qué sueño de sus noches ha visto aquel rostro que no le es desconocido y ha oído aquella voz que casi le es familiar.

El trovador se ha turbado ante la mirada interrogadora de Constanza, y descolgando su bandola ha preguntado qué puede cantar que grato sea al buen anciano y dulce á la hermosa doncella.

—Cántanos lo que á tí te plazca, le ha contestado don Guillén.

Los dedos del trovador pulsan las armónicas cuerdas, alza los ojos al artesonado, y después de un sentido preludio entona un canto.

Es un canto de amor sencillo y triste.

«Al pie de la verde colina sobre la cual se extiende un mar de pinos que libran á los juegos del viento sus crespas cabelleras, hay una cruz gótica que eleva sus dos tallados brazos y que se dibuja misteriosa sobre el azul del cielo.

»Allí va cada tarde á sentarse la hermosa Ida, blanca paloma, corazón puro, belleza simpática, á cuyos pies ha caído loco de amor el enamorado paladín.

»No hay dos almas más estrechamente unidas, no hay dos corazones más íntimamente enlazados, no hay dos amantes que mejor se amen, ni con más ternura y delirio se idolatren.

Digitized by Google

»¡Qué dulces trascurren las horas para ellos, sentados al pie de la cruz que los cobija y que sólo castos pensamientos les inspira! No hay felicidad igual á la suya.

»Una tarde el paladín llega á la hora acostumbrada y su Ida no está allí. Vuelve á todas partes los ojos, busca con inquietud á la amada de su corazón y... ¡justicia del cielo! sabe que los piratas han venido, que han desembarcado, que han encontrado sola á la hermosa al pie de la cruz, y que sin respeto á su virtud, á sus lágrimas y á sus lamentos, se la han llevado en su barca mar adentro.

»¿Habéis visto un león herido que se revuelca?... Peor era el paladín. Rugió, se desesperó, se revolvió furioso por el suelo, y por fin ¡loco insensato! se arrojó al mar.

»Ida murió de dolor y de desesperación en manos de los piratas.

»La cruz quedó sola con sus tallados brazos al pie de la colina, dibujando sobre el azul del horizonte su sombrío perfil.»

La voz del trovador ha vibrado dulce y sonora en el espacio. Tiempo hace que ha concluido ya, y Constanza escucha aún. Siente el *Angel de los Centellas* una emoción desconocida, su corazón late acelerado, sus ojos parecen velados tras de una gasa, una vez sólo ha mirado la joven al trovador mientras cantaba, y el fuego de sus ojos ha turbado á la hija de don Guillén.

¿Qué misterio reina allí?

—Trovador, dice el anciano, si descansar quieres bajo el techo de mis mayores, mis gentes cuidarán de darte cómoda hospitalidad.

El joven ha aceptado y ha seguido á un escudero, después de haber lanzado á Constanza una nueva y penetrante mirada.

El *Angel de los Centellas* se ha acercado á su

Digitized by Google

padre para recibir el beso que cada noche imprimen sobre su frente los descoloridos labios del anciano.

—¡Adiós, hija mía! le ha dicho el viejo caballero.

Constanza se retira á su estancia, inquieta, sobresaltada, sintiendo un malestar que no se explica. Apenas puede darse cuenta de lo que pasa en su corazón; es una cosa extraña, inexplicable. El joven trovador la ha vivamente impresionado.

Es que ha sonado para el *Angel de los Centellas* la hora del amor.

III

Junto al sepulcro.

La noche ha extendido un sombrío manto sobre la naturaleza toda. Reina el silencio más completo. Las estrellas de que el cielo se muestra tachonado despiden chispeantes su luz vivísima, y el aire al introducirse por entre el ramaje lo agita suavemente para no turbar el silencio sepulcral que allí domina.

¡Cuán dulces son al alma, la calma y tranquilidad de la noche! ¡Qué goce más suave y qué inefable placer siente el pecho al respirar la nocturna y amorosa brisa que viene á estrellarse acariciadora en nuestra frente!—¡Peregrinas noches del suelo meridional, cuántos misterios encerráis, pero también cuántas delicias!

Es la hora de la visita al sepulcro maternal. La virgen coge una linterna y atraviesa furtiva los co-

Digitized by Google

rredores del castillo. El viento se introduce silbando por entre los arcos de las galerías, la luna ilumina á trechos las arcadas y hace que dibujen en el suelo fantásticas y movedizas formas. Cruza Constanza el panteón y pasa sin temor por entre las hileras de sepulcros donde descansan en paz sus nobles abuelos, custodiados sus restos por colosales estatuas envueltas en sudario de mármol.

Al atravesar por delante la tumba de uno de sus antepasados, le ha parecido oír un rumor y se le ha figurado ver cruzar como una sombra por entre los fúnebres monumentos. Ha parado su paso estremeciéndose. Nada más ha vuelto á interrumpir el silencio de las tumbas: sólo el viento sopla allí de una manera lúgubre y tenebrosa.

Apresúrase la joven á llegar al sitio donde descansa su madre, y se postra de rodillas sobre la blanca piedra. Largo rato permanece en oración, inclinada la cabeza sobre el pecho, húmedos los ojos de lágrimas. La luna la baña de poética luz, y, en su inmovilidad, se la tomaría por una estatua fúnebre entre sauces y cipreses.

De pronto su mirada brilla, alza su cabeza, dobla su talle como para buscar algo sobre el mausoleo. ¡Cielos! ha desaparecido el ramo de flores que aquella mañana había depositado ella misma sobre el monumento, según piadosa ofrenda que todos los días tributa á su madre.

¿Qué mano impía puede haber osado arrebatar un depósito al sepulcro, una ofrenda á la muerte?

Constanza se pierde en conjeturas. Vuelve los ojos en torno, como si tratara de buscar el misterioso ladrón, y... ¡cielo santo! ve alzarse la majestuosa figura de un hombre al pie de un sauce inmediato. Parece también la estatua de un monumento fúnebre.

Es el trovador. No mira á Constanza; sus ojos, llenos de una vaga expresión de ternura, están cla-

Digitized by Google

vados en el mausoleo, sus brazos están cruzados sobre el pecho, no cuelga de sus hombros la bandola, y su cabeza desnuda deja que la brisa de la noche agite sus negros cabellos. ¡Cuán interesante está en aquella actitud, iluminado por un melancólico rayo de luna, y cuán hermoso aparece destacando su triste figura junto al árbol sepulcral!

La virgen aprovecha el instante en que el trovador tiene su vista fija en el sepulcro de su madre para examinarle con alguna detención. Sí, no le queda duda, ella conoce á aquel hombre, pero ¿cómo, dónde, cuándo le ha visto? Esto es lo que no sabe decirse. Repasa uno á uno todos sus recuerdos, interroga su pasado, esfuerza su memoria... nada, no puede comprender.

Parécele á la hija de don Guillén que una lágrima se ha desprendido de los ojos del trovador, cayendo sobre la tumba de su madre. Esta lágrima ha hecho todo lo que no han podido hacer sus reiterados esfuerzos; esta lágrima es una revelación, esta lágrima es toda una historia. Rásgase el velo del pasado á los ojos de Constanza. La luz espléndida de sus recuerdos ilumina todo lo que hasta entonces se le presentara confuso, sombrío y misterioso.

No vacila ya, se lanza hacia el trovador y, alargándole la mano, dice con voz conmovida:

—¡Arnaldo!

El joven se ha estremecido de gozo y de delirio, estrecha entusiasta la mano que se le tiende, acerca á ella sus labios de fuego y exclama:

—¡Se ha acordado!... ¡Me ha conocido!...

Y plegando sus manos, alza los ojos al cielo y eleva en su interior una plegaria de agradecimiento á Dios.

Constanza le contempla en silencio, pero al fin vuelve á romperle para repetir con voz dulce como el quejido de una lira:

Digitized by Google

—¡Arnaldo!

—Sí, contesta el joven Arnaldo, el desterrado, Arnaldo de Rocafort el proscrito.

—No, no; Arnaldo de Rocafort, el compañero de infancia, el amigo de mi madre.

—El amigo de vuestra madre, bien habéis dicho, Constanza. En otro tiempo la que hoy descansa en esa tumba presenció nuestros juegos infantiles, sonrió al ver desarrollarse nuestro amor puro como el primer rayo del alba, y, en su secreto pensamiento, intentó enlazar un día nuestras manos, como lo estaban ya nuestros corazones. La fatalidad lo quiso de otro modo. La muerte se la llevó, como el huracán se lleva una flor que arranca de su tallo, y al mismo tiempo mi pariente desalmado me echaba á mí del hogar de mis mayores, apoderándose de los bienes que fueron de mis padres. Cinco años he vagado errante y peregrino, viviendo de mi bandola y de mi espada, cinco años le he dejado disfrutar en reposo de mis bienes y de mi herencia; pero ¡ay de él! mi paciencia se ha acabado, el niño se ha hecho hombre, el cordero león, y, si es menester, el león sabrá para él volverse tigre.

—¡Cuánto habréis sufrido, Arnaldo!

—Lo que no es dable imaginar, Constanza. He apurado mi copa de hiel hasta la última gota. He visto cara á cara la desgracia y he luchado con ella á brazo partido. Afortunadamente, he tenido siempre ante mis ojos vuestra imagen para consolarme y fortalecerme. Os veía desde lejos tal como sois, hermosa, pura, mirándome para darme esperanza y sonriéndome para infundirme valor. Jamás vuestro recuerdo se ha separado de mí. Hubiera sido preciso, para conseguirlo, que me hubiesen arrancado á pedazos el corazón. Y es que, aun cuando os dejé niña, os miraba, Constanza, como mi prometida. Un ángel me proteje, me decía, el *Angel*

Digitized by Google

de los Centellas me ampara, y todo me parecía fácil y posible á esta idea consoladora.

Dice, y el trovador estrecha con cariño la mano de la virgen, que descansa aún entre las suyas. Una nube ha cruzado por la frente de Constanza, su frente se ha inclinado, su mano ha temblado entre las del enamorado doncel. El ángel del dolor acaba de cubrir con su manto al *Angel de los Centellas*.

—¡Constanza, amada mía!

Y el trovador no dice más, pero demasiado preguntan sus ojos lo que su boca calla.

—Arnaldo, exclama la virgen, con voz doliente, ¿por qué habéis venido tan tarde?

—¡Tarde! ¿qué es eso? ¿qué quiere decir eso?... ¡Por piedad!...

—Arnaldo, mi padre ha ofrecido mi mano... Soy la prometida del caballero del Prado.

El doncel, al oír estas palabras, se ha hecho atrás con espanto, como si hubiese visto alzarse un espectro de una de las tumbas que le rodean.

—¡Del caballero del Prado! murmura. Mi Constanza, mi amiga y mi prometida de la infancia, esposa del infame traidor que me robó mi herencia!

—¡Cómo!

—Sí, el caballero del Prado es el vil pariente que aprovechó mi orfandad para apoderarse con fingidos títulos de la herencia de los Rocafort; sí, el caballero del Prado es el hombre desleal é inicuo en busca del cual he venido. ¡Oh! necesito su vida y la tendré! Si hay en el mundo una venganza justa, es seguramente la mía. Constanza, no, tú no serás jamás del caballero del Prado. Si le tendieras ante el altar tu mano de ángel para enlazarla con la suya de demonio, la que descansa en esa tumba rompería su losa y saldría para desunirte. ¡Fatalidad! ¡fatalidad! ¡el infierno me persigue! ¡El hombre que me ha robado mi herencia,

Digitized by Google

quiere también robarme mi prometida! Pero, no será ¿verdad? Constanza, tú no quieres á ese hombre... Constanza, tú eres fiel á los recuerdos y á los amigos de tu infancia... Dime que no le amas, Constanza; dime que, cumpliendo el secreto pensamiento de tu madre, sólo has de ser mía!...

La emoción se ha apoderado de la virgen, quiere hablar, pero su garganta se niega á dar paso á su voz. Un torrente de lágrimas se escapa de sus ojos, y tendiendo de nuevo su blanca mano al trovador, sólo puede murmurar su nombre:

—¡Arnaldo!

Nada más ha dicho, pero todo lo ha comprendido el joven. ¿Qué más podía exigirle? ¿Qué más que no se lo hayan expresado aquella emoción, aquel rubor, aquellas mismas lágrimas?...

¡Feliz eres, Arnaldo de Rocafort, feliz y afortunado! El amor que guarda Constanza en su corazón, como guarda sus perfumes el cáliz de una flor, te está consagrado. Bendice á la Providencia que te da las primicias del amor puro y santo de una virgen.

La conmoción de la hermosa se ha apoderado también del doncel; sus ojos se llenan asimismo de lágrimas, y ambos amantes caen á un tiempo de rodillas, uniendo sus rezos dirigidos á la que de entrambos fué madre un día, á la que de entrambos aprobara el amor, invocando sobre su frente infantil las bendiciones de los cielos.

Largo rato han permanecido en silencio, pero ha sido un silencio expresivo como un canto inmenso de amor, sublime como una epopeya llena de heroicos episodios.

Arnaldo ha sido el primero en ponerse en pie.

—Constanza, dice, antes que tú llegaras, he recogido de encima de esta tumba un ramo de flores que habían regado tus lágrimas. Mírale, está aquí, junto á este corazón que no ha dejado de amarte,

Digitized by Google

que ha latido de amor por tí desde la infancia, y que de amor latirá hasta la muerte. Me llevaré este ramo, Constanza; él será el lazo que nos una, el nudo de amores que ha de mantener enlazadas para siempre nuestras existencias.

—¡Ay! dice la joven con voz triste, esas flores se las había yo dado á mi madre.

—Ella que aprobó mi amor y que te destinaba para mí, me las da del fondo de su tumba.

—Pero, Arnaldo, esas flores pertenecen al sepulcro.

—¡Qué importa!

—Es un triste presagio.

—No, amada mía. El corazón me dice que han de lucir días de felicidad para nosotros, y el corazón no engaña. Un hombre se interpone ahora entre nuestra dicha, pero yo destruiré á ese hombre, como una caña que rompe el viento. Tu amor es sólo para mí, ¿no es verdad, *Angel de los Centellas?*

—Para tí tan sólo. El caballero del Prado me es odioso. En sus miradas brota un rayo de salvaje expresión cuando en mí clava sus ojos; sus labios tienen la sonrisa de la hiena cuando me dirige la palabra. Arnaldo, te lo confieso, ese hombre me da miedo. Nunca, lo fío, ¡nunca Constanza pertenecerá á ese hombre!

Y dicho esto, el *Angel de los Centellas*, brillantes los ojos, iluminado el semblante por una inspiración de amor, extiende su mano sobre el mausoleo de su madre.

—Aquí, Arnaldo, dice Constanza solemnemente, sobre esta tumba que guarda los restos de la que tanto nos ha querido, te juro ser tuya...

En este momento el son de una campana que rasga repentinamente los aires, ha venido á interrumpir á la joven. Es la campana del vecino monasterio de monjas que canta el *Angelus*. Su voz

Digitized by Google

vibra triste y acompasada en el aire, su lengua de metal proclama la grandeza del Señor. El melancólico sonido que hasta allí lleva el viento, inspira una resolución á la joven.

—Sí, repite Constanza, sí; ¡seré tuya... ó de Dios!

Y el *Angel de los Centellas*, al decir esto, ha extendido su mano en dirección de donde parten los misteriosos sones de la campana.

Esta, como si hubiese oído la promesa que acababan de formular los labios de la virgen, acelera sus sones y menudea sus voces. Diríase que acepta la oferta y que entona himnos de gracias.

Arnaldo se apodera de una de las manos de la joven, y dobla una rodilla sobre el sepulcro.

—¡Dios y nuestra madre han recibido tu juramento, amada mía! dice.

—¡Tuya ó de Dios! repite Constanza, y ligera como la cervatilla de las selvas, huye hacia la puerta.

—¡Constanza! ¡Constanza! grita lánguidamente el enamorado trovador, que ha visto desaparecer el vestido blanco de su amada á través de los árboles y de las estatuas.

La joven ha llegado á la puerta, se vuelve, pero no divisa ya á Arnaldo. Los monumentos fúnebres, que alzan sombríos sus sarcófagos y estatuas, se lo impiden. Sin embargo, sabe que le oirá, y confía al viento de la noche estas palabras que la brisa, fiel y sumisa, lleva como mensajera de amor á oídos del amante doncel:

—Arnaldo, ¡tuya ó de Dios!

Dice, y desaparece como una sombra. El *Angel de los Centellas* está ya fuera de la mansión de los sepulcros.

Digitized by Google

IV

El demonio del Prado.

¡Con qué rapidez trascurren las horas de felicidad y dicha!

¡Qué pasajeras son, y qué voladoras cruzan esas pocas horas alegres y risueñas que se ciernen sobre nuestra frente como pintadas mariposas en torno á una flor! La dicha nunca es duradera, y cuando el hombre es más feliz, es cuando más cerca se halla del abismo.

Arnaldo, así que ha partido su amada, se pone de rodillas para rezar una plegaria por la que descansa en aquella tumba. Permanece un buen rato en esta postura, la frente hundida entre las manos, y aun cuando sus ojos se llenan de lágrimas al recuerdo de la que allí yace, en su corazón vive la felicidad más completa.

El trovador concluye su rezo, se levanta y va á salir de la mansión de los muertos.

¡Cielos! ¿Qué es lo que ve de pronto? Una figura agigantada se alza en el umbral, impidiéndole la salida. Avanza hacia Arnaldo, tras de ella avanza otra, y otras y otras, hasta nueve. Los últimos que penetran, llevan antorchas que disipan la oscuridad con su rojizo resplandor.

Arnaldo cree estar soñando.

El que parece el jefe de los demás se dirige al trovador. Viste completa armadura, sobre su casco flota un plumaje negro como un penacho de luto sobre un sarcófago.

Digitized by Google

—Escondido tras de vosotros, dice, he oído vuestra conversación de amor. Ninguna palabra se me ha escapado.

—¡Cielos!

—Arnaldo de Rocafort, estás en mi poder.

—¡En tu poder... yo!

—Prepárate á seguirme.

—¿Y quién eres tú?

—¿No te lo ha dicho aún tu odio?

—¡Dios mío! eres...

—Soy aquel á quien ella y tú aborrecéis.

—¡El caballero del Prado!

—Sí, pero tengo aún otro nombre.

—¿Cuál?

—El de *Demonio del Prado*.

Y á una seña, los nueve hombres que le siguen, se arrojan todos sobre Arnaldo. Indefenso se halla; no tarda en sucumbir cediendo al número. Han atado sus brazos á la espalda, han atado sus pies, una mordaza ahoga sus gritos. La lucha ha sido breve pero desesperada.

—¡Llevadle! dice la voz sombría del *Demonio del Prado*.

Todos han partido.

Las tumbas que han sentido su tranquilidad eterna momentáneamente turbada, han vuelto á quedar en las tinieblas y en la calma.

Ya no reina allí más que el silencio de la muerte.

Todos han salido del panteón, han atravesado silenciosamente el patio, han salido por una poterna que se ha apresurado á abrir un guardia, en cuya mano el del Prado ha dejado caer un bolsón, y cruzan el valle dirigiéndose hacia el castillo del caballero.

Al llegar al pie de sus muros, suena la bocina que cuelga de los hombros del jefe, baja el puente levadizo y la comitiva se introduce en el castillo.

Digitized by Google

—Que venga Germán, dice el caballero del Prado así que está en su habitación.

Germán es el mayordomo, hombre de corazón duro, cruel é insensible como su mismo señor.

Se ha apresurado á presentarse y á obedecer.

—Germán, dice el *Demonio del Prado;* ¿cuentas entre tus hombres uno que tenga firme el corazón para contribuir á un asesinato, y segura la mano para hundir el puñal en un pecho?

Germán permanece un rato en silencio, pero no tarda en decir:

—Uno tengo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Se le puede confiar una ejecución?

—Sin temor alguno.

—Pues entonces llama á tu hombre y que me desembarace del prisionero que ha entrado conmigo en el castillo. Yo estaré asomado á esa ventana de mi cuarto que da sobre el torrente. Cuando haya muerto arrojad su cuerpo al agua, de modo que yo lo pueda ver desde aquí á la luz de la luna. Ve á cumplir mis órdenes, y dile á tu hombre que le doy media hora de tiempo y cien florines aragoneses.

—Está bien, dice el mayordomo que se inclina y parte.

Después de haber dado tan cruel y despiadada orden, el caballero del Prado se asoma á la ventana cruzándose de brazos sobre su antepecho. La noche es tranquila, apacible; la naturaleza parece inspirar sólo ideas de dulzura y calma, y sin embargo en el corazón del dueño del castillo rugen el odio, el rencor y la venganza.

Mucho rato ha pasado. El *Demonio del Prado* está impaciente, va á llamar, cuando de pronto le parece oír como el ruido de una lucha en el piso inferior, avanza su cuerpo fuera de la ventana,

Digitized by Google

oye un grito desgarrador, un lamento lúgubre que hiende las sombras, y en seguida sucede el silencio más completo.

Abrese la ventana que está bajo la suya, y un cuerpo rueda hasta el fondo del torrente que se abre mugidor para recibirle.

—Caballero del Prado, grita entonces una voz, se ha hecho justicia.

En medio de su crueldad y de su dureza, el caballero no puede menos de sentir un estremecimiento: un extraño hielo circula por sus venas y paraliza todas sus facultades.

¡Oh! es que su orden acaba de dar muerte á su pariente.

—¡Afuera remordimientos! exclama al cabo de un rato pasándose la mano por la frente como para disipar la nube sombría que en ella se ha posado. He triunfado ya. Mía es la herencia de los Rocafort y mío el *Angel de los Centellas*. ¡Qué mucho que haya tenido que recurrir á un homicidio para obtener esto!

Dice, cierra la ventana, y se tiende tranquilamente sobre el lecho, llamando al sueño para que baje á cerrar sus párpados.

V

El paso de armas.

¡Cuán triste ha quedado el *Angel de los Centellas!* La felicidad le ha sonreído por un momento, pero este momento ha sido fatal pues que ha nacido sólo para hacer comprender mejor toda la

Digitized by Google

amargura de su situación. Así cruza rápidamente un rayo las tinieblas rasgándolas atrevido y sólo sirve su recuerdo para hacerlas más palpables y misteriosas.

Constanza sufre en silencio y llora. Arnaldo, el amigo de su infancia, el galán caballero á quien desde niño su madre tenía ya destinado para su esposo, el amante trovador que delirante de alegría ha caído á sus pies jurándole un amor eterno, Arnaldo, ha desaparecido después de la escena de los sepulcros y nadie ha sabido más de él. Es en vano que indague y que pregunte. Ningún servidor le ha visto salir del castillo, ningún paje le ha abierto la puerta. El misterio de su desaparición hace temblar á Constanza.

Van pasando días, días eternos para el corazón que sufre y espera. Arnaldo no llega. Sólo ha llegado el día del torneo ó del paso de armas, elegido de común acuerdo con el señor del Prado por el conde de Centellas. En este paso de armas, el caballero del Prado se presentará como mantenedor á sostener que no hay mujer ni más hermosa ni más noble que Constanza. Si no se presenta nadie á combatir ó, aun cuando haya combate, si el del Prado no queda vencido, Constanza será suya. El conde de Centellas lo ha prometido así, y no hay memoria de que jamás un Centellas haya faltado á su palabra.

Sin embargo, Constanza ha jurado solemnemente á otro hombre, y se lo ha jurado á la faz del cielo, y sobre la tumba de su madre, ¡que sería suya ó de Dios! También Constanza es de la sangre de los Centellas, y no olvidará, no, su juramento.

Luce la aurora del día designado para que tenga lugar el paso de armas. Hermoso brilla el sol y el cielo se ostenta sin nubes.

Un palenque se ha levantado á las puertas del

Digitized by Google

castillo, y en él se presenta armado de todas armas el caballero del Prado. Saluda á la bella Constanza que se sienta en un estrado junto á su anciano padre, y pasa á ocupar su puesto en la liza. Constanza está pálida como un sudario, sus ojos se fijan en el suelo pensativos, la sonrisa se ha desterrado de sus labios como la alegría de su corazón, y su frente se dobla cargada de pensamientos, como marchita se inclina una flor sobre el mismo tallo que ufana la ha visto alzarse un día.

Su padre la mira en silencio y procura en vano adivinar la causa de la tristeza que atormenta á su hija. ¡Ay! ¡el secreto dolor de una hija no lo acierta más que el secreto pensamiento de una madre! Los hombres no entienden nada de lo que pasa en el corazón de las mujeres.

Los heraldos han recorrido con anticipación la comarca, y al son de las trompetas han anunciado por todas partes que el caballero del Prado se dispone á sostener en palenque abierto, á pie ó á caballo, con lanza ó con espada, que Constanza de Centellas es la más hermosa entre las más hermosas y de las más nobles entre las más nobles. Por boca de los heraldos, el señor del Prado ha invitado á todos los buenos caballeros á ir al paso de armas de Centellas para romper una lanza en honor de la dama de sus pensamientos.

Ha llegado el día y ha dado la hora. Suena con bélico orgullo el clarín de reto del mantenedor, y ufano pasea el del Prado la arena con su caballo encubertado.

Un clarín responde al suyo. Se presenta un joven caballero de los alrededores aceptando el desafío, pero al primer choque, caballo y ginete han rodado por el polvo. Un segundo paladín no tiene mejor suerte que el primero. El señor del Prado triunfa, alza erguida su cabeza, lanzan rayos de

Digitized by Google

orgullo sus ojos, y clava en Constanza la mirada codiciosa del tigre que ve segura ya su presa, y que por lo mismo no se afana ya ni se apresura para alcanzarla.

Por dos veces ha sonado nuevamente el clarín de reto sin que haya tenido más respuesta que el silencio. El del Prado empieza á creer que ya no se presentará ningún campeón á disputarle el premio.

Se engaña. Apenas tercera vez ha rasgado el clarín los aires, cuando la voz aguda de otro le contesta, y la barrera se abre para dar paso á un caballero que se lanza al palenque, baja la visera y cubierto con una armadura negra como las alas de un cuervo. Un penacho de plumas, negras también, flota sobre su casco, su escudo muestra un féretro del que sale un esqueleto con esta divisa, *La venganza me resucita*. Los ojos del desconocido brillan como dos ascuas á través de los hierros de su visera.

¿Quién puede ser ese fúnebre campeón?... El señor del Prado lo ignora, pero sin embargo un estremecimiento del hielo recorre todos sus miembros.

El caballero de la muerte,—tal nombre le han dado los espectadores al verle,—saluda á la hermosa Constanza que clava en él su mirada con cierto interés, y va á colocarse frente al del Prado, que vuelto en sí de su primer indefinible movimiento de asombro, enristra ya la lanza.

Los dos campeones, al oír la señal, se precipitan disparados uno contra otro, siendo tan tremendo el choque, que no se diría sino que son dos montañas de hierro que se han encontrado, rechazándose una á otra. La lanza del mantenedor ha dado en el escudo de su contrario con tal fuerza que le ha hecho bambolear en la silla; pero la del desconocido ha dado en el yelmo del caballero del Pra-

Digitized by Google

do, haciéndole perder los estribos y enviándole á morder la arena.

Ha sido en el del Prado casi tan instantáneo el caer como el ponerse de pie. La rabia le devora, desenvaina su espada y se arroja como un león sobre su contrario, que descabalga, gritándole:

—¡A muerte!

—¡Qué me importa si la muerte soy yo! dice el de la negra armadura.

El combate empieza de nuevo y más terrible. Los aceros descargan horribles golpes haciendo brotar millares de chispas de sus hojas. El caballero del Prado, cuya hercúlea fuerza doblan su rabia y su deseo de venganza, se decide á acabar, empuña con ambas manos su espada y la deja caer desplomada cual una maza sobre el yelmo de su contrario, que se abre y parte en dos mitades. El rostro del caballero de la muerte queda descubierto.

Pero en el mismo instante en que el del Prado ha levantado sus brazos para descargar el furioso golpe, la mirada certera de su enemigo ha aprovechado el momento propicio y le ha introducido la punta de la espada por la abertura del sobaco.

El del Prado cae revolcándose en su sangre, y al caer lanza un grito de terror. Es que, gracias al casco que se ha hendido en dos mitades, ha reconocido en su contrario á Arnaldo de Rocafort, al mismo cuyo asesinato ha mandado cometer pocos días antes, al mismo cuyo cuerpo ha visto rodar entre las aguas espumosas del torrente.

—Los muertos resucitan, ¡Dios mío! murmura aterrado el caballero, que por primera vez en su vida invoca acaso el nombre del Señor.

—Sí, los muertos resucitan para vengarse, dice su contrario aludiendo á su divisa.

Los pajes y escuderos se arrojan hacia su amo herido que acaba de perder el conocimiento, y lo

Digitized by Google

levantan en brazos para retirarle del palenque. Arnaldo monta á caballo, dirige con la mano una seña de despedida al estrado en que está Constanza, se hace abrir la barrera y parte como un rayo, perdiéndose pronto á lo lejos entre una nube de polvo.

El *Angel de los Centellas* ha oído las extrañas palabras pronunciadas al caer por el caballero del Prado, y sus ojos, al fijarse con sorpresa en el semblante de Arnaldo, han visto la rara capa de palidez que le velaba. Esto unido á la rápida desaparición de su amante, con su armadura negra, con el esqueleto pintado en su escudo con la divisa que en él se leía, sumerge á Constanza en un mar de dudas. La pobre niña tiembla, un velo se extiende ante sus ojos, su corazón se desgarra.

—¡Era un espectro!

—¡Era un muerto!

—¡No hay duda, no; era un aparecido!

Tales son las voces que el *Angel de los Centellas* oye resonar en torno suyo. El vulgo, siempre crédulo y siempre inclinado á lo misterioso y á lo inverosímil, comenta de mil modos lo que acaba de pasar. La noticia circula de boca en boca, todos la dan crédito, y llega en fin á tomar tal importancia, que el mismo anciano conde de Centellas llega á darle fe.

—Hija mía, dice volviéndose á Constanza, y haciendo devotamente la señal de la cruz, ¿no sabes?... Era un muerto.

—¡Ay! sí, ya lo sé, murmura débilmente Constanza. Si no fuera muerto le hubiera yo visto antes del torneo y le vería ya á mis pies.

Dice, y se apartan de sus mejillas los pocos colores que aun las tiñen, y cae desmayada en brazos de su padre, que se apresura alarmado á prestarle los auxilios que su estado demanda.

Durante todo aquel día no se habló sino del

Digitized by Google

muerto que había salido de la tumba para vencer al caballero del Prado. Nadie había visto al vencedor después del paso de armas: la tierra parecía habérsele tragado. Lo que era al principio sospecha pasó á creencia, la creencia se convirtió poco á poco en realidad al decir de las gentes, y esta realidad fué arraigándose de tal modo en el ánimo sencillo de los buenos campesinos, que aun hoy en aquella comarca se conserva memoria tradicional del muerto que se presentó á vencer al mantenedor de un torneo.

Nuestro próximo capítulo explicará el misterio.

VI

El hombre propone y Dios dispone.

El misterio se va á comprender fácilmente.

Luego de haber recibido la orden terminante de su señor, Germán bajó al cuerpo de guardia donde velaban siempre siete ú ocho hombres decididos que formaban parte de la compañía de aventureros y asesinos que á sueldo tenía el señor del Prado. Germán era aborrecido de todos, pero todos, sin embargo, le obedecían con respeto. Todo dependía de él, la menor de sus órdenes era acatada como una ley.

Asomó, pues, Germán su cabeza por la puerta del cuerpo de guardia, y llamó:

—¡Norberto!

Un hombre de atléticas formas se separó del grupo en que todos los de la guardia estaban reunidos jugando á dados, y se dirigió hacia el mayordomo.

Digitized by Google

—¿Qué se ofrece? dijo con voz áspera.

—¿Llevas el puñal contigo?

—El desposado no se separa nunca de su novia.

—Sígueme, pues.

Y comenzó á andar delante de Norberto.

El prisionero había sido ya trasladado á la estancia que existía debajo de la que habitaba el caballero del Prado. Germán se paró antes de llegar á la puerta, y se volvió hacia Norberto.

—Aquí dentro, le dijo, hay un hombre. Tu señor quiere que muera. Desembarázale de él, y la recompensa será proporcionada al servicio.

Norberto se cruzó de brazos con toda tranquilidad.

—Entendámonos, dijo.

—¿Qué quieres?

—Quiero saber la clase de recompensa que se me destina y qué es lo que se me da en arras.

—¡Miserable! ¿desconfías de la palabra del caballero del Prado?

—Dios me libre, pero como no tengo el honor de recibir la orden de su propia boca...

—¡Luego dudas de la mía, infame!

—El dudar es de hombres sabios, contestó Norberto cruzándose de brazos.

Germán se puso cárdeno de cólera. La ira le abrasaba. Sin embargo, conoció que debía reprimirse si quería sacar partido. Metió, pues, la mano en su bolsillo y sacó un bolso que arrojó á los pies de Norberto.

—Ahí va por adelantado la mitad de tu paga, le dijo.

Norberto se bajó, recogió el bolso, lo abrió para asegurarse de que efectivamente era oro, y dijo:

—Ábreme la puerta, y rezar puedes ya por el hombre que hay aquí dentro.

—Escucha. En seguida que le hayas muerto arrójalo al torrente por la ventana. El caballero

Digitized by Google

está en la de su cuarto esperando presenciar el acto.

—Está bien.

Germán abrió la puerta, y el asesino se introdujo en la estancia.

Arnaldo, que permanecía aún con las manos atadas y con la mordaza, se hallaba junto á la ventana. La luna iluminaba con sus rayos melancólicos su noble y sereno rostro en el que no se leía la menor sombra de angustia. Arnaldo de Rocafort era todo un valiente. Segura, en su situación, podía creer la muerte, pero no temblaba, y antes al contrario, esperábala con valor.

Al ruido que hizo la puerta girando sobre sus goznes, volvió la cabeza, y á este movimiento, el que acababa de entrar en el cuarto lanzó una especie de gruñido indefinible. Arnaldo, en la disposición en que estaba junto á la ventana, no podía distinguir bien, pero podía ser visto perfectamente, gracias á la luz de la luna que le bañaba por completo.

Norberto se precipitó hacia el trovador.

—¡Es él, sí, es él!... ¡no puede ser otro!... ¡Dios mío! ¡es él! exclamaba el asesino mirando á Arnaldo cara á cara. Viene á recobrar la herencia de sus padres... ¡viene á librar la comarca del *Demonio del Prado!* ¡es él! ¡es él!

Y el asesino se entregaba al gozo y á la alegría como si fuera un niño. Arnaldo, que no podía hablar, mostraba en sus ojos la extrañeza y asombro que aquella escena le causaba.

Norberto, sin saber casi lo que se hacía, sin acordarse ya del motivo á que había entrado allí, desató las manos del preso y le quitó la mordaza. No mostraba ya la ferocidad de un asesino, sino la solicitud amante y cariñosa de un hijo que recobra á su padre perdido.

—Vois sois un Rocafort, ¿no es verdad?... ¡oh!

Digitized by Google

¡decid! ¡decid! Sois el heredero de los Rocaforts.

—En efecto, soy Arnaldo de Rocafort. Pero vos ¿quién sois?

—No me conocéis, señor, contestó Norberto. En mi juventud fuí arquero de vuestro padre, que un día me salvó la vida. Hoy le pagaré la deuda que contraje con él entonces, salvando la de su hijo. Verdaderamente hay un Dios, pues que me permite llevar á cabo una buena acción que borrará con su brillo todos los males que he cometido.

—Explicadme...

—No os había visto desde niño, y sin embargo, os he conocido. El valor y el orgullo de vuestra raza están pintados en vuestro rostro. ¡Arnaldo de Rocafort, bien venido seáis á la tierra de vuestros mayores! ¡Bien venido seáis, si venís con ánimo de castigar al usurpador infame que se ha apoderado de vuestros bienes, arrojándole á él del mundo, como él os arrojó un día de vuestro castillo!

—¡Oh! sí, dispuesto llego á vengarme de él. Me lo exige la memoria de mi padre.

Norberto había ya olvidado completamente el objeto que allí le trajera y el sitio en que se hallaba. Bajo su ruda y áspera corteza de asesino abrigaba un corazón que había sido bueno y que podía aún volverlo á ser.

La voz de Germán le hizo recobrar la memoria.

—¿Qué sucede aquí? exclamó el mayordomo que al oír hablar había empujado la puerta y se había introducido atónito en la estancia.

En efecto, había para asombrarse. La víctima estaba en íntima conversación con el asesino, y éste lleno de deferencia hacia el hombre que debía morir á sus manos.

—¿Qué es lo que sucede aquí? volvió á repe Germán.

Norberto, así que entró Germán, se acordó

Digitized by Google

todo; recordó que el caballero del Prado estaba quizá asomado á la ventana de su cuarto esperando que el torrente se tragara la víctima, creyó que si esto tardaba en tener lugar podría motivar que aquél bajara en persona á averiguar la causa del retardo, y por lo mismo, con aquella rapidez de pensamiento que distingue á los hombres de acción, tomó desde el momento su partido.

Bajó la cabeza como confuso y amilanado á la segunda vez que Germán dejó oír su exclamación. El mayordomo se dirigió entonces á la ventana para desde ella llamar á su señor que estaba en la de arriba, pero Norberto, aprovechando la ocasión en que pasaba cerca de él, se le arrojó encima con la misma velocidad con que el águila hiende los aires arrojándose sobre la presa. Hubo un breve momento de lucha. Germán quiso gritar, pero Norberto le tapó la boca con su mano izquierda mientras que con la derecha le derribaba de una puñalada. Levantando en seguida entre sus brazos el cadáver, lo arrojó al torrente por la ventana, dejando oír las palabras de:

—¡Se ha hecho justicia! que llegaron á oídos del caballero del Prado, como ya sabemos.

Esta escena pasó tan rápida que el mismo Arnaldo no tuvo tiempo de tomar parte en ella.

Cuando todo hubo concluido, Norberto, dirigiéndose al hijo de su antiguo amo, le dijo:

—Venid ahora conmigo y os haré salir del castillo.

—Me has salvado la vida. Fija tú mismo la recompensa. Te daré cuanto pidas y yo pueda darte.

—Sólo una cosa quisiera en pago.

—Te doy de antemano mi palabra de caballero.

—Que guardéis el secreto de vuestra libertad. Que nadie en el mundo sepa que vivís hasta dentro de cinco meses en que concluye mi compromiso como guardia del caballero del Prado. Si se

Digitized by Google

supiese que vivíais, me perderíais. El demonio de este castillo me haría colgar en una de sus almenas para escarmiento. Cinco meses me faltan sólo para cumplir mi servicio. Ofrecedme que á los ojos de todos pasaréis por muerto.

—Te he dado ya mi palabra de caballero y te la cumpliré con la misma lealtad con que se la cumpliría á un rey. Ni mi amada ha de saber que estoy vivo.

—¡Gracias!

El caballero cumplió exactamente su palabra. Se presentó en el paso de armas creyendo que no sería conocido, pero aunque un fatal accidente le puso en evidencia, lo remedió, sin embargo, desapareciendo en seguida, y dando margen con esa desaparición á que se creyera que había sido un espectro. Para más seguridad, al día siguiente del torneo estaba ya fuera de la comarca, dispuesto á no regresar hasta pasados los cinco meses.

VII

Castigo de Dios.

No sólo han pasado cinco meses, sino ocho. Bien muerto está, en efecto, para Constanza, Arnaldo de Rocafort, pues que en todo este tiempo no se ha presentado.

Durante estos ocho meses, el panteón de los Centellas ha visto aumentarse con uno más el número de cadáveres. El anciano conde ha bajado á la mansión de los sepulcros á unirse con sus padres y su esposa.

Digitized by Google

Constanza ha quedado sola y triste. El caballero del Prado, aliviado ya de la herida que recibiera en el paso de armas, ha ido varias veces á visitar al *Angel de los Centellas*, pero nunca ha sido recibido.

Es que Constanza, en una noche de entusiasmo y de ternura, ha dicho á Arnaldo que sería suya ó de Dios!... Pues bien, ya que no puede ser de Arnaldo, será de Dios! Abandonará el mundo que nada le ofrece más que amargura y desencanto, se sepultará en una celda á rezar y llorar, será la esposa del Señor.

Una mañana llega el caballero del Prado al pie del castillo de los Centellas. Abrense las puertas de la fortaleza para dar paso á un escudero que divisa al caballero y se dirige hacia él.

—¿Buscáis á mi noble dama?

—Sí, contesta el del Prado.

—Se ha ausentado.

—¡Ella! ¿y dónde está?

—¡Ay! ¡lejos, muy lejos!

—Iré á buscarla.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—No se vuelve de allí á donde ha ido.

—Me haces estremecer. ¿Estaría muerta?

—Para el mundo sí.

—¡Para el mundo!

—Es la esposa de Dios.

El *Demonio del Prado* ha quedado mudo de sorpresa. La noche que en el panteón asistiera á la escena de los dos amantes oyera, es verdad, á Constanza decirle á Arnaldo: *¡Tuya... ó de Dios!* pero había creído que la muerte de Rocafort sería bastante para que olvidara á su antiguo amante, buscando un nuevo amor en el que apasionado le ofrecía el corazón de caballero.

Las últimas palabras del escudero han penetrado

Digitized by Google

como un hierro agudo en su corazón. Ve escaparse la presa que creía ya segura y lanza el rugido de la hiena. Constanza ha de ser suya... lo ha jurado. No sabe cómo ni de qué modo, pero aun cuando se opongan el cielo y el infierno, Constanza será suya.

Regresa el caballero á su castillo meditando terribles planes de venganza, y pasa muchos días coordinando sus terribles proyectos que sólo necesitan una ocasión propicia para verse cumplidos.

En tanto, las horas trascurren monótonas y tristes para la pobre Constanza que en el silencio y recogimiento de su celda ruega sin cesar á Dios que apague la última centella de amor que todavía siente arder en su alma. La infeliz huérfana quiere desprenderse de todos los lazos que la unen al mundo para no pensar más que en Dios. Esposa del Señor, el amor divino debe ser de allí en adelante su único refugio: en él debe hallar el olvido del pasado, en él el bálsamo milagroso que ha de curar la llaga de su desgraciada pasión. Ya entre Constanza y el mundo media un abismo.

Una noche en que la bella Constanza se halla rezando en su celda solitaria, se siente de repente cogida entre los robustos brazos de dos enmascarados que con un pañuelo que atan á su boca ahogan el grito pronto á escaparse de sus labios.

¿Cómo han entrado aquellos sacrílegos en la mansión de las palomas del Señor?...

Esto es lo que no ha podido saberse nunca. Las tinieblas lo han siempre envuelto con su más profundo misterio.

Constanza es conducida al castillo del *Demonio del Prado*. La paloma se halla ya entre las garras del gavilán. Es encerrada en una estancia donde no tarda en presentarse el caballero mismo.

—¡Ah! exclama al verle el *Angel de los Centellas*, ya me lo esperaba. ¿Qué otro podía haber tan

Digitized by Google

audaz y tan impío para osar arrancar á una virgen del Señor de la casa de su divino espsso?

—Constanza, dice amorosamente el caballero, la violencia de mi pasión me servirá de excusa.

—¡Atrás, no os acerquéis, grita la joven, me causa horror vuestra presencia, raptor de vírgenes!

—¡Constanza, perdón! Os amo como un insensato y sólo mi amor es el que me ha hecho osar á tanto.

—Antes moriré mil veces que ceder á tu cariño de hiena. ¿Qué has hecho de mi amante, asesino de los Rocafort?

—¡Constanza!

—¡Atrás! ¡Te digo que tu presencia me causa horror y espanto!

El del Prado no quiere irritar más á la vírgen y se retira. Constanza se postra de rodillas é implora en tan apurado trance el auxilio del Señor.

Acaba de declararse una furiosa tormenta, una de esas terribles tempestades, frecuentes huéspedes de nuestras montañas. El viento sopla con furia bajo las bóvedas del castillo, el cielo está cubierto de espesas nubes, terribles y amenazadoras, que como el caballo de Troya llevan la muerte y la destrucción en sus entrañas. Todo tiembla ante el desorden de los elementos: el viejo castillo parece estremecerse en su base.

El agua que cae á torrentes hace bajar impetuosos ríos de la montaña que se precipitan en el valle con un estrépito terrible. Oyese el crugido de los centenarios pinos que caen al soplo destructor de la borrasca, los rayos se desprenden serpenteadores de las nubes y cruzan el espacio acompañados de su horrible estampido. Todo es horror, todo destrucción y muerte.

¿Sería que hubiese llegado el fin de los siglos? ¿Sería que las trompetas del Señor hubiesen anunciado al mundo su hora postrera?...

Digitized by Google

En medio del furor de la tempestad un rayo ha caído sobre una torre del castillo, la ha derribado en parte y ha prendido fuego al edificio...

¿Quién puede bastar á describir la escena de horror que tuvo lugar entonces, en medio de los desencadenados elementos, en medio del espantoso cuadro de la naturaleza?

El caballero del Prado, al frente de sus hombres de armas, hace los mayores esfuerzos para apagar el fuego que va tomando incremento.

Constanza, sorprendida en medio de la oración por el resplandor del incendio, se asoma á una enrejada ventana.

—Pérfido caballero, grita al del Prado que está rodeado de un mar de llamas tratando de cortar sus progresos, el fuego del cielo devora la casa del sacrílego y profano. ¡Anatema sobre la frente del impío!

—¡Anatema sobre el asesino! grita una voz varonil, contestando como un eco á la de Constanza.

Es la de Arnaldo de Rocafort, que acaba de presentarse en el lugar del incendio, seguido de su escudero Norberto.

Aquellas dos voces han sonado como un aviso de muerte á los oídos del caballero del Prado. La voz del *Angel de los Centellas,* que ha salido de entre las llamas como un aviso del cielo, y la voz de Arnaldo, que ha sonado agorera como la maldición del Eterno, han penetrado en el corazón del raptor, que tiembla y vacila por vez primera en su vida.

En efecto, una enorme viga incendiada se desprende del techo, y cayendo sobre el conde le hiere mortalmente. Bien pronto doblará por él la campana fúnebre del vecino monasterio. El impío y el asesino ha caído pulverizado por el fuego del cielo.

Seis hombres de armas se precipitan, arrancan

Digitized by Google

al caballero de entre las llamas y le transportan sin sentido á su lecho.

Al cabo de tres horas de esfuerzos desesperados, consiguen hacerse dueños del fuego. El peligro ha desaparecido, pero el caballero del Prado está agonizando...

EPÍLOGO

En su lecho de muerte, para alcanzar el perdón de Dios, el caballero del Prado, sabedor ya de que Arnaldo de Rocafort no era un espectro, como había creído al pronto, dispuso que se le volviese la herencia que le había usurpado.

Arnaldo no había regresado á los cinco meses, época á que con juramento se había obligado á permanecer ausente, porque una enfermedad le había postrado por largo tiempo en el lecho del dolor.

Regresó por fin y se dirigía anhelante al castillo de los Centellas, cuando acertó á pasar por junto á la mansión del del Prado en el momento en que era presa de las llamas. La casualidad le reunió á su Constanza, ¡pero ay! era ya demasiado tarde.

El *Angel de los Centellas* pertenecía ya al Señor. Por un permiso especial del Sumo Pontífice se había abreviado el tiempo de su noviciado, y nudos indisolubles ya la ligaban al servicio del altar.

Desgarradora fué la realidad para aquellos dos pobres corazones entusiastas. Rompiéronse de dolor, pero se inclinaron ante el deber. Su sufrimiento llegó al heroísmo del martirio.

Digitized by Google

Constanza regresó al monasterio, y Arnaldo, luego que hubo arreglado la hacienda de sus padres, partió á la Tierra Santa, donde murió como soldado de la cruz.

Barcelona, 1851.

FIN DE «EL ÁNGEL DE LOS CENTELLAS».

Digitized by Google

EL ANCIANO DE FAVENCIA

Roma designaba bajo el nombre de lupercal una cueva ó caverna del monte Palatino, donde el pueblo creía que los dos hermanos Rómulo y Remo habían sido amamantados por una loba á la sombra de una higuera. Siguiendo esta tradición, y á ejemplo de los pueblos de la Arcadia, que sacrificaban una cabra al dios Pan, guardián de los rebaños, la juventud romana fué á celebrar en dicho sitio una fiesta á la misma divinidad, bajo el título de *lupercal,* porque se invocaba al Dios de los pies de cabra, y se le pedía protección contra los lobos, de que largo tiempo se vió el país infestado.

Los adoradores de Pan en estas fiestas, creían complacer y agradar más á su divinidad tomando su traje, es decir quedándose durante la solemnidad poco menos que desnudos.

Asegúrase que la palabra *febrero,* dada al segundo mes del año, proviene de esta fiesta que se celebraba en dicho mes, *á die februato quod tum februatur populus,* día durante el cual hacía el pueblo sacrificios; pero mal que les pese á los sabios, nosotros casi creemos que debe originarse esta palabra de *febrile,* tener *fiebre,* porque era en verdad preciso que todo el pueblo se viera bajo el dominio de la fiebre para correr como lo hacía, desde el rayar del alba, por valles y montañas, mostrando su desnudez y golpeando con unas correas á todas las mujeres que á su paso se hallaban.

Digitized by Google

Los sacerdotes del paganismo, que sabían sacar partido de todo, quisieron presidir esta fiesta y se consagraron en seguida al dios Pan para tener el derecho de ponerse al frente de esta orgía matinal y admitida por su religión.

Debía ser, no hay duda, un singular espectáculo el de una multitud de jóvenes sacerdotes que, después de haber sacrificado varias cabras, abandonaban sus trajes para vestir las pieles todavía sangrientas de los animales inmolados, haciéndose con ellas una especie de cinturón que les caía sobre las caderas.

Fuese su carácter de rara originalidad, fuese la facilidad con que podían convertirse en verdaderas orgías, lo cierto es que estas fiestas fueron tan célebres, y adquirieron tal boga, que no había apenas pueblo alguno sujeto á la conquistadora Roma, que no admitiese las lupercales y que no las celebrase con toda su pompa y aparato.

En Barcelona ó Favencia, como la llamaban los romanos, que era en uno de los puntos donde más se habían arraigado, se efectuaban el primero de febrero, habiendo con el tiempo llegado á confundirse con el aniversario de la fiesta instituida por Terreum para celebrar la inauguración del templo de Proserpina.

En 159 ya las dos fiestas no hacían más que una, y por esto el 1.° de febrero de dicho año los primeros rayos del sol vieron reunidos en el umbral del bosque sagrado á todos, hombres y mujeres, á todos los que debían asistir á las solemnidades del dios Pan y á los misterios del aniversario.

Si en su principio las lupercales no habían sido otra cosa más que unas fiestas pastoriles, ya entonces, habiéndose mezclado la superstición y el desorden, se habían trocado casi en unas continuadas orgías.

Digitized by Google

Cuando, según hemos dicho, los primeros rayos del sol fueron á sorprender á toda aquella muchedumbre que pululaba junto al bosque sagrado, las fiestas acababan de empezar, pues que era ley que comenzasen al reír el alba.

Era un cuadro casi imposible de describir el que presentaban aquel día los alrededores de Barcelona.

Trataremos, sin embargo, de pintarlo, aunque no con todos aquellos colores de que para ello pudiera echar mano nuestra paleta.

Sobre un montón de piedras figurando el pedestal de una columna, se había colocado la estatua del dios, y á su pie, sobre el trípode dorado, se veía arder el fuego al cual de cuando en cuando arrojaban los sacerdotes algunas gotas de la sangre que manaban los inocentes animales degollados.

Mientras unos se entregaban á sus deberes del sacrificio, otro ceremonial bastante singular también tenía lugar á derecha de la pagana estatua. Un sacerdote cubierto sólo con la piel de cabra, coronada la frente de una rama de encina, mojaba la punta de una espada en la sangre de las víctimas y en seguida hacía una señal en la frente de un joven, al cual no tardaba en acercarse otro sacerdote que lavaba con leche su ensangrentada mancha. Concluida esta ceremonia, con la cual se pretendía hacer conocer á la juventud que el oficio de las armas no excluía las apacibles virtudes, el joven recibido lupercal, corría á mezclarse con sus compañeros que veía cruzar en todas direcciones el bosque, entregándose á los delirios de la fiesta.

La animación no podía ser mayor. Multitud de hombres casi desnudos iban en desatada carrera como locos, dando vuelta alrededor del bosque, penetrando en él, volviendo á salir, gritando, cantando, bailando, gesticulando, acercándose, alejándose, moviéndose en todas direcciones, sentán-

Digitized by Google

dose en el suelo para enjugar el sudor que goteaba su rostro, volviendo luego á entregarse á su carrera, saludando á la estatua del dios que les presidía, lanzando por fin clamores que unas veces parecían rugidos, otras chillidos de terror ó de alegría.

Entretanto las jóvenes recién casadas se colocaban en sitios donde tuviera que pasar alguno de aquellos hombres medio ebrios de delirio, y descubrían su seno para recibir los golpes que les aplicaban los lupercales. Creían con esto las recién esposas que, golpeadas por los lupercales, serían más pronto fecundas, y hé ahí por qué los hombres que tomaban parte en estas fiestas armaban su mano de la piel de cabra en forma de férula con la que aplicaban leves golpes sobre los brazos y desnudas gargantas de las más hermosas matronas.

Mientras todo esto tenía lugar en los alrededores del bosque sagrado, una joven pareja, como si reprobara aquella torpe y lúbrica fiesta, á la cual, sin embargo, las leyes obligaban á asistir á todos, permanecía bastante retirada de la multitud y paseábase entregada á los placeres de la conversación íntima, por bajo el frondoso ramaje de una alameda que se agitaba rumorosa cual si saludar pretendiera la venida del sol.

Entrambos debían pertenecer á una clase elevada, á juzgar por sus trajes.

Vestía ella una *toga* larga de finísima lana, cuya blancura podía envidiar la más alba paloma de los bosques; encima de la toga, de modo que sólo le llegaba hasta poco más arriba de las rodillas, llevaba la túnica *pretexta* bordada de púrpura, con lo cual indicaba ser una doncella; las mangas de esta túnica, formando miles de pliegues y cubriendo sólo poco más de la raíz de los brazos, dejaban que éstos se escaparan deslumbrantes de blancura;

Digitized by Google

una *stola* de color amarillo con ribetes encarnados le hacía veces de cintura y permitía dibujar toda la esbeltez de su talle, y un manto de un azul claro se desprendía desde su cabeza á sus pies, mientras que sus cabellos, divididos en trenzas, se enroscaban unos alrededor de la frente, en tanto que los otros caían sobre su garganta púdicamente velada con la túnica.

Era esta doncella la hermosa Sextilia, hija del cuestor de Barcelona, joven conocida por su belleza, amada por sus dotes, celebrada por sus virtudes.

Vestía él una túnica flotante que le caía hasta los pies con extrema gracia, llevando por único adorno el *pallium* ó manto, cuya elegancia hacía resaltar un bordado que recorría serpenteando toda la orilla del mismo.

Era este joven un caballero llamado Cornelio.

Ahora bien, Cornelio y Sextilia se amaban, y se amaban con toda la riqueza y la virginidad de dos almas nobles y de un primer amor.

Mientras veían á los demás entregados á los fanáticos delirios de la fiesta religiosa, ellos buscaban la sombra de los árboles, y mientras piaban las aves, y mientras susurraban balanceadoras las ramas y murmuraban flébiles las fuentes que iban á engrosar los arroyos, ellos se decían esas ternezas que no se comprenden más que en un instante dado, y se entregaban con entusiasmo á todas esas puerilidades del amor que hacen pasar tan rápidos los instantes y hacen tan felices á los hombres.

Nunca se les acababan las palabras, y si bien algunas veces marchaban por largo rato en silencio uno al lado del otro, no era que interrumpiesen su conversación los gritos y chillidos de los adoradores de Pan, no era que faltasen voces á sus labios; era que hallaban un secreto goce en permanecer por un momento entregados al placer inefable

Digitized by Google

del silencio, para hablarse sólo con el magnético lenguaje del pensamiento, con la muda elocuencia de los ojos.

Tiempo hacía que aquellos dos jóvenes se amaban, tiempo hacía que se habían jurado un amor eterno, y tiempo hacía también que anhelaban el suspirado momento de romper la paja ante los altares de Juno, dándole él y recibiendo ella el anillo con la llavecita de oro que debía hacerles para siempre el uno del otro, consagrando sus votos y uniendo su existencia.

Su enlace, sin embargo, se había retrasado por la ausencia del padre de Sextilia, á quien intereses del Estado habían llamado á Roma, y sólo aguardaban su vuelta para entregarse muellemente en brazos del amor conyugal y seguir felices la senda de flores con que les brindaba su brillante porvenir.

Hacía ya, cuando les encontramos, un momento que paseaban entregados á uno de sus nuevos y expresivos silencios, y había ya, en el interin, ido adelantándose la mañana, cuando el acorde y vibrador sonido de cuatro ó cinco flautas rasgó de pronto los aires.

Eran los *tibicinii* que con sus instrumentos perfumados anunciaban haberse concluido las fiestas del dios Pan para empezar las del aniversario de la fundación del templo.

A este sonido los gritos cesaron como por encanto, los hombres corrieron en busca de sus túnicas, las mujeres ocultaron sus senos bajo sus togas, y Cornelio se detuvo estremeciéndose.

Su estremecimiento tenía una causa.

Iba á empezar la fiesta en que, según su fundador Terreum, debían elegirse dos doncellas para ser sacrificadas ante el ara de Proserpina, en holocausto de la diosa.

Sextilia comprendió lo que decir quería la pali-

Digitized by Google

dez mortal que había repentinamente cubierto el rostro de su amante, y por lo mismo arrojóle una dulce mirada que se desprendió como un rayo de amor de sus ojos medio velados por la sombra de sus largas y aterciopeladas pestañas.

—¡Oh! Sextilia, murmuró Cornelio con voz extrañamente sombría, va á comenzar la fiesta de Proserpina.

—¿Y bien? contestó la joven haciendo esfuerzos para que asomara en sus labios una pálida sonrisa.

—Es una fiesta bien cruel, y muy bárbaro debía ser el gobernador que la instituyó... Sextilia, dijo de pronto el joven no pudiendo resistir á la impetuosidad de su pensamiento que arrojó las palabras á sus labios, Sextilia, ¿y si tú fueras una de las elegidas?

—¡Oh! murmuró la hermosa, no puede ser. Los dioses, Cornelio, y al decir esto la joven temblaba y sus labios se ponían cárdenos, tendrán piedad de nuestra dicha y nos dejarán gozar tranquilos de nuestro porvenir.

—¡Los dioses! ¡oh! ¡los dioses!

Y Cornelio se detuvo porque temió que brotase una blasfemia de su boca.

La joven le miró aterrada.

—Vamos, Sextilia, continuó el joven tratando de serenarse, vamos donde te esperan las demás doncellas. Júpiter no querrá que blasfeme de la religión de mis padres, y permitirá que tú te conserves para mí ¡Oh! yo no podría ver, Sextilia, te lo juro, no podría ver que te arrancasen de mi lado, que te arrastrasen al altar y que allí un sacerdote rodeado de una turba cruel rasgase tu seno para consultar en tus entrañas palpitantes á los dioses. ¡Oh! no, balbuceó el joven acrecentándose por grados y girando con furor los ojos en torno suyo, si tal viera, si tal sucediera, si la suerte te designara á tí por víctima, créelo, yo me arro-

Digitized by Google

jaría por entre todos hasta el ara, derribaría la estatua de la impía diosa, y con el mismo cuchillo dispuesto para desgarrar tu carne, atravesaría el corazón del aurúspice que está en las gradas del templo esperando como fiera hambrienta que le conduzcan las víctimas.

—¡Oh! ¡calla, calla! ¡por los dioses! murmuró la joven pálida de terror, no tanto del suplicio que le pintaba su amante como de la imprudencia de sus palabras,—si te hubiesen oído, ¡desgraciado! ¡Blasfemar así de nuestros sacrificios, de nuestros templos, de nuestros dioses! ¡Oh! ¡calla! me horroriza el pensar que pueden haber sido oídas tus palabras.

—Pero si te eligiese á tí la suerte, Sextilia... dí, ¿qué harías?

La joven vaciló.

—Dí, prosiguió el joven.

—Moriría.

—¡Morirías tú! ¡tan pura, tan hermosa, tan amada!... Morirías sin gritar, sin llorar, sin llamar á voces á tu Cornelio para que acudiera á arrancarte de las garras...

—No blasfemes, Cornelio. Moriría contenta, créelo.

—¡Contenta!

—Los dioses lo exigirían.

—¡Oh! murmuró el joven, ¡religión impía! ¡religión que necesita regar con sangre las piedras de sus aras!

—¡Cornelio! ¡estás delirando!

—Oye, Sextilia; la otra noche en casa de uno de mis amigos ví á un hombre venerable, á un anciano de larga barba y despejada frente en que lucía un rayo de inteligencia extrema, y cuyos ojos tenían una dulzura que cautivaba y seducía. Yo no sé cómo fué que hablé con ese anciano á quien jamás había visto. Su voz tenía una elo-

Digitized by Google

cuencia irresistible, sus palabras eran suaves y gratas al corazón como al paladar el vino de Siracusa. Yo no recuerdo bien lo que habló, lo que me dijo, pero sé que me contó no sé qué de una religión, espíritu del porvenir, símbolo de la igualdad, ley de la fraternidad y libertad de todos los hombres, ante la cual debían caer un día todas las divinidades que sólo son símbolos de las pasiones humanas. Yo le escuché sin atreverme á contestarle, Sextilia, le escuché decir cosas que no comprendí, pero que deben necesariamente ser buenas, pues mi corazón, que es bueno, no se rebeló contra ellas, puesto que habló de nuestros dioses como de falsos dioses, y sin embargo, ni mi amigo ni yo nos atrevimos á contradecirle. ¡Oh! ¡te he de hacer conocer á ese anciano, Sextilia!...

Iba la joven á contestar, cuando segunda vez dejaron oír los *tibicinii* su armonía. Era el último toque, la postrera señal de aviso para las doncellas retardadas.

La joven miró amorosamente á Cornelio y le dijo:

—Ya ves, me están llamando. Las leyes castigan á la doncella que no se apresura á obedecer las órdenes de los dioses. Luego nos volveremos á ver, Cornelio.

Y envolviéndose coquetamente en su manto, la hermosa partió veloz á reunirse con el grupo de doncellas que estaban en el valle, al extremo del bosque sagrado donde acababan de celebrar los misterios del dios Pan.

En cuanto al joven, fué también á reunirse á los caballeros que esperaban cerca las gradas del templo el comienzo de la ceremonia. Mezclóse con sus grupos, quiso tomar parte en las conversaciones, pero si bien hizo cuanto le fué dable para serenarse, no consiguió ni alejar de su alma una especie de torcedor presentimiento, ni dar á su rostro

Digitized by Google

aquella calma habitual al hombre que no se doblega bajo la carga de un pesar.

Mientras sus amigos los patricios hablaban unos de los juegos del anfiteatro, otros de los placeres que les aguardaban por la noche en sus *diversoriola* ó casas de recreo y de reposo, otros en fin del premio que pensaban alcanzar en el circo con sus *rhedæ* ó carruajes de lujo, Cornelio, indiferente á todo, á todo distraído, para todos desdeñoso, arrojaba sin cesar miradas ardientes al bosque sacro, tras del cual se habían retirado las doncellas para echar suertes y conocer á cuáles de entre ellas habían de antemano elegido los dioses para ser sacrificadas ante el ara de Proserpina.

Cornelio sentía un desasosiego que no podía explicarse, una angustia de que á punto fijo no acertaba á darse cuenta, y miraba con ojos extraviados el pueblo que rodeaba el templo, los patricios que hacían gala de su lujo en las gradas, los sacerdotes *flamines* que, de pie ante los altares, esperaban á las víctimas, los *aurúspices* que, algo retirados y con la cabeza baja, se disponían para interrogar el porvenir en las entrañas de la inmolada doncella, y por fin el ara donde iban á tender á la infeliz que debía teñir con su sangre la pulida blancura de la piedra. Cuando todo lo había mirado, cuando todo lo había abrasado con su devorante vista, volvía los ojos hacia el bosque y le impacientaba aquella cortina de árboles que impedía avanzar á su mirada, y hubiera querido tener el poder de rasgarla de un solo golpe para saber cuanto antes á quién había deparado la suerte el papel principal en el sangriento drama que iba á ejecutarse en aquellos lugares.

Su pecho oprimido sólo dejaba que una lenta cortada respiración subiera á sus labios, su cuerpo todo temblaba por intervalos, obedeciendo á nerviosos sacudimientos, como si le aquejase la fiebre

Digitized by Google

su frente se inclinaba como bajo un peso y sentía en ella un dolor agudo, cual si la acabaran de sellar con el hierro rojo con que marcaban á los esclavos fugitivos. Era una inquietud continua, una zozobra mortal, una angustia indescifrable.

Y mientras tanto, todos los que estaban á su alrededor se ocupaban apenas de la ceremonia que iba á tener lugar, como si ello fuera la cosa menos extraña y más vulgar del mundo. En efecto, si alguno pensaba en las víctimas que iban á ser sacrificadas, era sólo por envidiar su suerte. Era común opinión entre el pueblo que las doncellas á quienes tocase ser degolladas, iban á gozar de la felicidad de los Campos Elíseos, mimadas y queridas por los dioses. Hé aquí por qué no se acordaban ni del dolor que pudieran sentir, ni del llanto que podía derramar una madre, ni de la desesperación que podía abrigar el alma de un amante; creían buenamente que se debía envidiar á la doncella elegida por la suerte, en lugar de compadecerla.

Y no sólo esto. El pueblo en general, bien lejos de sentir que se acercara el momento del sacrificio, lo esperaba por el contrario, con impaciencia, pues se reputaba feliz aquel que podía recoger algún poco de la sangre de las dos doncellas para después mezclarla con agua y beberla. Era vulgar creencia que esta bebida curaba las enfermedades y preservaba de los males venideros.

La mente se rebela casi á creerlo; el corazón se llena de amargura al pensar en toda la impiedad, pero sobre todo en la criminalidad de los profanos misterios de aquellos hombres, cuya planta se había posado vencedora en lo alto de todos los montes del mundo y cuyas águilas asomaban en los torreones de todas las ciudades. Allí estaba aquella población casi nómada, allí estaba rodeando gozosa el atrio del templo, esperando á las dos elegidas con

Digitized by Google

su cortejo de doncellas, de victimarios y de sacerdotes, y esperándolas para ver con rostro risueño, con ojos de envidia, cómo las tendían sobre el ara santa, cómo hundían el cuchillo en su seno de alabastro, cómo contaban los *aurúspices* las palpitaciones de su corazón para luego contar las líneas de sus entrañas, para verlas, en fin, ser cobardemente asesinadas, teniendo ellas que morir con la serenidad en la frente, con la resignación en la mirada, con la sonrisa en los labios, pues de otra manera no eran buenos sacrificios, de otra manera no eran ofertas dignas de Proserpina. Los dioses sólo aceptaban los homenajes, las ofrendas, los crímenes voluntarios.

Hé ahí lo que era aquel pueblo. Primero se había reunido junto al bosque para la orgía de la mañana; entonces se agrupaba alrededor del templo para el crimen del mediodía.

Por fin, todas las conversaciones se suspendieron, toda impaciencia cesó y todas las cabezas se volvieron al oír el ronco, duro y espantoso són de la *bucine*. Este sonido que pudo oírse á larga distancia, anunció que la suerte había ya designado las dos doncellas y que el cortejo iba á ponerse en marcha dirigiéndose al templo.

Hubo entonces un movimiento ondulatorio en aquella multitud, una especie de flujo y reflujo en aquel mar de cabezas. La gente se apiñó, abriendo una especie de serpenteadora calle en medio de dos paredes humanas, para que libremente pudiese pasar la comitiva. Cornelio consiguió colocarse en primera línea, mostrando á la luz del sol su rostro no pálido, sino lívido.

La comitiva emprendió su camino, saliendo ya en orden del bosque sagrado.

Iban primero los lictores con sus haces de ramas de olmo fuertemente atadas y coronadas de un hacha. Seis eran como si marcharan delante

Digitized by Google

de un procónsul ó de un general de ejército. No caminaban dos ó tres de fondo, sino uno tras otro, y el primero iba diciendo cada siete ú ocho pasos, con voz mesurada y á la cual trataba de dar cierto sello de religiosa solemnidad:

—Ciudadanos, abrid paso si gustáis.

Era la fórmula. Fórmula política y cortés, no cabe duda.

Detrás de ellos, una á una también, iban varias mujeres con flotantes y blancas túnicas, tocando los instrumentos favoritos del pueblo romano y los que éste usaba para las fiestas y grandes solemnidades. Una tocaba el sonoro *plectrum*, otra la doble flauta, otra los címbalos, otra en fin los chillones crótalos.

En pos, y sin guardar orden, venían los victimarios ó personas destinadas á cumplir el sacrificio degollando á las víctimas.

Seguían luego los sacerdotes, y por fin, una tras otra, las doncellas todas de la población, con túnicas blancas, desnudos los brazos y cruzada en forma de banda la *stola*, mientras que el manto flotaba suelto sobre sus hombros y espaldas, prendido sólo á la cabeza por alfileres de oro.

Cornelio vió pasar á todas las doncellas, examinándolas todas una á una, buscando en su larga fila, con ansiedad que iba en aumento á medida que iba recibiendo desengaños, á la amada de su corazón, á aquella de quien había recibido los primeros juramentos de amor y de ternura.

¡Ay! la larga procesión desfiló por delante de él sin que pasara su amada.

Desde aquel instante sus ojos dejaron de vagar para cobrar una especie de fijeza vidriosa; su corazón dejó de dar los latidos fuertes y extraordinarios que hasta entonces había sentido, para darlos sólo débiles y tenues, como si su sangre toda

Digitized by Google

se hubiese retirado; su cabeza empezó á arder de una manera devoradora...

Ultimamente, llegó, conducida por el *cultarius*, la vaca negra que era costumbre sacrificar á Proserpina antes que las dos jóvenes, y detrás de este grupo, entre varias matronas, todos los circunstantes pudieron ver marchar las dos doncellas elegidas por la suerte, vestidas con una toga blanca y puesto el *flammeum* ó largo velo de color de fuego, ceñido á su frente por una corona de laurel en forma de diadema.

Un grito, un grito horroroso que acababa de dar uno de los espectadores hizo volver á todos la cabeza.

Era Cornelio, que había reconocido á Sextilia en una de las dos víctimas destinadas al sacrificio.

Los patricios amigos del joven, que, sabedores de sus amores, conocieron al momento la causa de aquella desesperación súbita, quisieron arrancarle de allí, arrancándole al mismo tiempo del borde del abismo á donde iba tal vez á colocarle su delirio, pero en vano le cogieron y le arrastraron fuera del grupo. Cornelio, que había resistido con todas sus fuerzas, pudo por fin librarse, y penetrando por entre las filas de curiosos, logró alcanzar á su amada que dulce y resignada subía ya las gradas del templo.

Al llegar á ella, cogióla fuertemente del brazo y por un movimiento repentino la puso tras de sí, como si tratara de ocultarla á las miradas todas.

—¡Cornelio! ¡Cornelio! exclamó con voz suave la hermosa hija del cuestor de Barcelona, te pierdes sin salvarme. ¡Retírate, Cornelio!

El romano, en lugar de responder, empezó á rechinar los dientes y á pasear su mirada por toda aquella multitud, asombrada de su audacia, como desafiando á cualquiera que se acercase para robarle su querida. La posición del joven era or-

Digitized by Google

gullosa y altanera, su rostro estaba salvaje de ira, sus puños crispados prontos á caer como dos martillos de hierro sobre el imprudente que tuviera el primero la temeridad de aproximársele.

—¡Cornelio! ¡Cornelio! volvió á repetir la voz de Sextilia ya entonces impregnada de sollozos. ¡Te pierdes! Abandóname á mi suerte. Los dioses lo quieren y yo muero contenta, puesto que mi sacrificio les es grato.

—¡Oh! no, no, dijo entonces el joven suavizando, para hablarla y contemplarla, su voz y su mirada, tú no irás ó iremos entrambos. Juntos hemos soñado en un porvenir de amores, juntos hemos de alcanzarlo ó morir debemos juntos.

Y en esto, el pueblo que sorprendido de aquella osadía inaudita, habíase quedado un momento petrificado, ya en esto, decimos, el pueblo vuelto en sí empezaba á dejar oír un acusador murmullo que iba aumentándose por grados, que iba tal vez á trocarse en gritos contra el sacrílego que osaba interrumpir la sagrada ceremonia atreviéndose á poner la mano sobre una doncella que, desde el momento de ser la elegida, pertenecía irrevocablemente al ara de Proserpina.

Al notar el murmullo del pueblo, el romano, que tenía fija su vista en Sextilia, volvió repentinamente la cabeza, y tal ferocidad ó tal expresión de odio salvaje hubo de pintarse en su rostro, que los que estaban más cerca de él retrocedieron aterrados.

—Ciudadanos, gritó Cornelio con voz ronca, antes de pertenecer á los dioses esta joven me pertenecía á mí, es mi desposada; yo la arranco, es verdad, del pie de los altares á donde bárbaramente se la quiere conducir, pero en cambio, puesto que robo una víctima á Proserpina, le ofrezco y prometo solemnemente cien vacas negras como la noche, que podrán ser sacrificadas mañana mismo, y

Digitized by Google

esta tarde mi intendente repartirá entre el pueblo seis mil sestercios para que pueda alegremente disfrutar las fiestas. Así lo prometo, ciudadanos, yo, Cornelio, caballero de Favencia, y así cumplir lo juro por Júpiter padre de los dioses y los hombres.

Un murmullo que tenía parte de aprobación y de reprobación acogió estas palabras, y los patricios amigos de Cornelio, aprovechando aquel instante de suspensión que en el pueblo motivaron sus palabras, trataban ya de abrir un paso entre aquel mar humano por donde pudiera escapar el joven con su amada, cuando se presentó repentinamente un aurúspice en la puerta del templo, empuñando su mano el sagrado *lituus* ó bastón encorvado.

—¡Qué es eso! dijo el sacerdote con voz altiva y orgulloso continente, ¡quién á interrumpir se atreve la santa ceremonia! ¡quién osa dirigir su voz al pueblo desde las gradas del templo de Proserpina! ¡Qué quiere ese hombre y por qué pone una mano audaz sobre una doncella consagrada al sacrificio!...

Cornelio miró cara á cara al sacerdote, y sus ojos se inyectaron de sangre, un torbellino de cólera le cegó por completo, y tuvo por un momento la idea de arrojarse sobre él y despedazarle como una fiera. Contúvole sin embargo por una parte el respeto innato que sentía su corazón hacia los ministros de su religiosa creencia, por otra el temor de perder con la violencia el terreno que pudieran hacerle adelantar sus ofertas. Sosegó, pues, su espíritu irritado, tranquilizó en cuanto pudo su ánimo, y moderó todo lo que le fué posible su voz para decirle:

—Sacerdote, soy yo, Cayo Cornelio, caballer de Favencia. Pésame en verdad haber interrum pido la ceremonia sagrada; y diciendo esto el jo ven se esforzaba en dar á su voz y tono una hu

Digitized by Google

mildad que no tenía su continente; pero es que veía conducir al pie de las aras á mi desposada, y mi alma se ha rebelado contra ello. Perdóname, sacerdote, y en cambio de mi Sextilia que me llevo, yo te enviaré esta tarde cien vacas negras sin mancha de ninguna clase, como quiere Proserpina que sean las que se sacrifiquen en sus altares.

El aurúspice se puso encarnado de cólera, sus ojos giraron espantosamente en sus órbitas como si quisieran saltar de su sitio, su boca dejó escapar una especie de sordo gruñido, como si la ira no le permitiera romper el habla. Al mismo tiempo dió un paso y levantó al cielo sus brazos, con los puños apretados, enarbolando con la mano derecha el reverenciado *lituus*. En aquel momento los *flamines* se taparon el rostro con su *galerus* ó toca blanca, al mismo tiempo que los demás sacerdotes lo ocultaban con su velo color de llama, y que el pueblo bajaba la cabeza y se cubría los ojos con las manos, porque al ver la actitud del aurúspice y al verle sobre todo tremolar en alto el *lituus*, todos conocieron que iba á lanzar una imprecación contra el impío.

Sextilia cayó entonces de rodillas murmurando:

—¡Ay! ¡perdido! ¡perdido!

Y rompió en sollozos que dominaron el imponente silencio que de pronto reinó en toda la multitud.

En medio de todo aquel silencio de muerte sucedido como por encanto á los murmullos, el aurúspice dió otro paso hacia Cornelio que, aterrado, miró al ministro del porvenir y quiso murmurar:

—Óyeme, sacerdote...

La voz de éste, vibrando sonora, le impidió proseguir.

—¡Atrás, atrás el impío! gritó el aurúspice; ¡atrás el sacrílego que osa convertir el templo en

Digitized by Google

un mercado y quiere llevarse á una víctima destinada al ara, ofreciendo mentidamente en cambio cien vacas negras como no las hay en toda la comarca! En nombre de Júpiter padre de los dioses y los hombres, yo condeno al profano, yo invito al pueblo á que le trate como enemigo, á que rasgue sus vestiduras, á que le arroje de sus casas, á que le despedace como á un tigre rabioso para que, después de su muerte, puedan las furias recibirle y torturarle como marcado con el sello de la reprobación de los dioses y los hombres!

Dijo, y bajó su *lituus*.

Entonces el pueblo lanzó una especie de rugido y se movió como una gruesa serpiente que desenrosca sus monstruosos anillos. La maldición del sacerdote sobre Cornelio parecía haber tenido el dón de trocar en fieras á todos los hombres, porque todos los rostros se volvieron hacia él, espantosos de cólera, y todos los puños, crispados, le amenazaron. Algunos más atrevidos hicieron ademán de arrojarse sobre el hombre que entregaban á su saña los dioses por la voz del sacerdote, y á este movimiento, Sextilia, la infeliz Sextilia, causa involuntaria de todo, se arrastró de rodillas como se hallaba hasta ponerse delante de su amado, y extendiendo los brazos y dirigiendo á todos miradas suplicantes á través de las lágrimas que brotaban de sus ojos, exclamó:

—¡Perdón! ¡Perdón!

No dijo nada más; pero su voz era tan dulce al pronunciar estas palabras, su desesperación tan elocuente, sus lágrimas tan conmovedoras, su actitud tan desolada, que los que más cerca se hallaban de las gradas detuviéronse como vacilando ante aquella virgen que á tan sublime y al mismo tiempo desgarrador desconsuelo se había entregado.

En el ínterin, al primer movimiento de las ma-

Digitized by Google

sas populares, todos los patricios decididos por su amistad á Cornelio, que era de todos querido y amado, corrieron por un impulso natural á ponerse á su lado y, arrostrando la maldición del sacerdote que podía envolverles, se manifestaron dispuestos á defender á su amigo y á rechazar el ataque del pueblo.

En cuanto al joven caballero, si bien había inclinado la cabeza ante la maldición del sacerdote que le hería como un rayo, la levantó imponente y orgullosa desde el momento en que el rugido del pueblo le indicó la proximidad del peligro, como se la revela al viajero extraviado el gruñido cercano de una fiera. Se cruzó de brazos, y en una altanera posición, que descubría todo el valor y toda la superioridad de su alma, esperó tranquilo é indomable á que se le acercaran los más audaces.

Las palabras del sacerdote iban á promover un conflicto general, iban á motivar que aquellos hombres se arrojaran unos contra otros, allí mismo, al pie del templo cuyas gradas iban tal vez á ser ensangrentadas con docenas de víctimas.

Los más decididos del pueblo, los que habían dado la señal de arrojarse contra Cornelio, empezaron á mirarse unos á otros como avergonzados de que fuera bastante á detenerles el dolor de una débil mujer, el llanto de una infeliz doncella, y volviendo en sí de su admiración y de su pasmo, buscaron en los ojos unos de otros la fiereza que les había abandonado, y decidieron como de común acuerdo precipitarse venciendo todos los obstáculos.

Iban á hacerlo... Un momento más y la lucha se trababa.

Entonces, en aquel instante supremo, en aquel breve instante de combate para todos los corazones y de fiebre para todo un pueblo, un hombre se adelantó apartando los grupos sin esfuerzo,

Digitized by Google

como corta la quilla de un buque las moles de agua de una mar irritada, y fué á colocarse en el espacio que mediaba entre Cornelio y el populacho, es decir, entre la víctima y los verdugos.

La súbita aparición de aquel hombre dejó suspensos á todos.

Era un anciano. Su barba blanca le caía hasta la cintura, sus ojos despedían tibios y dulces rayos, su calva venerable infundía cierto irresistible respeto, vestía una especie de saco atado á su cintura por una cuerda, y apoyaba sus débiles pasos y su talla encorvada con un cayado.

Si los ojos de todos pintaron la extrañeza, los de Cornelio sólo la sorpresa.

Era que le había reconocido, y por esto murmuró, dando un paso atrás, como admirado:

—¡Es el anciano, Sextilia, es el anciano!

El recién llegado se paró, como hemos dicho, en el espacio vacío, y empezó á pasear la mirada por todos lados. Cuando vió á todos aquellos hombres que le miraban como sorprendidos, entonces alzó su voz.

Era una voz dulce y simpática como sus facciones, como su aspecto todo.

—El reinado de la paz y de la libertad se acerca, murmuró; deponed vuestros odios, despojaos de vuestros deseos de venganza como arrojáis el traje manchado con que habéis asistido á una orgía. Hombres, hombres, miserables gusanos de la tierra, pobres orugas del mundo, no elevéis tan alto la voz de vuestras discordias por miedo de despertar la cólera del cielo. Hombres, hombres, sois todos enemigos y debierais ser todos hermanos.

El viejo se detuvo como para tomar aliento. Su voz había conmovido al pueblo, su acento inspirado había parecido despertar ciertas fibras en corazón de todos. Nadie le entendía, pero todos escuchaban. Hubiérase dicho que llevaba consig

Digitized by Google

algún encanto oculto que infundía respeto y obligaba á la admiración ante aquel hombre.

Sin embargo, el aurúspice, el sacerdote mismo que había arrojado su poderosa maldición sobre la frente de Cornelio, se adelantó y le dijo:

—¿Quién eres tú, viejo? ¿A qué vienes á mezclarte en nuestros actos?

El anciano le miró y contestóle, sin abandonar su acento suave y persuasivo:

—Soy un discípulo de Aquel que ha espirado sobre la cruz, muriendo por salvar al género humano; soy un siervo del que ha dicho: «Los dioses que adoráis son falsos dioses, no hay más que un Dios único y Todopoderoso que ha creado el mundo, y este Dios es mi Padre, porque yo soy el Mesías que os ha sido prometido por las Escrituras.»

La voz del viejo vibraba dulce y solemne al pronunciar estas palabras.

—¡Un cristiano! murmuró el sacerdote de Júpiter retrocediendo.

—Sí, un cristiano, un cristiano que viene á sorprenderos en el seno de vuestras criminales ceremonias y que os dice á todos: Desgarrad la venda que ciega vuestros ojos, ved el abismo que se abre ante vuestras plantas, dejad de adorar á vuestros dioses de barro y de bañar sus aras con arroyos de sangre inocente; prosternaos sólo ante el Dios único y grande, ante el Sér infinitamente poderoso que reprueba vuestros groseros misterios, vuestros inicuos asesinatos, vuestras degradantes orgías. Mirad sino; Dios, el verdadero Dios ha tendido las nubes sobre ese cielo por la mañana puro y trasparente, como arrojando un velo entre sus ojos y vuestros delitos. Mirad sino; Dios, el verdadero Dios, es el que guía con su dedo aquella nube negra que asoma en el horizonte y que avanza preñada del rayo y del trueno que lanzará sobre

Digitized by Google

vuestras cabezas para haceros comprender su poderío.

En efecto, el cielo se había ido poco á poco encapotando, poco á poco cubriendo de espantosas y negras nubes. El sol había desaparecido escondiendo sus rayos de oro; las aves, llenas de tristeza, no cantaban posadas en los árboles de la vecina selva; el viento silbaba lúgubremente en el espacio; una luz de tempestad iluminábalo todo con sus siniestros resplandores.

El pueblo parecía aterrado, y, sin saber por qué, no acertaba á levantar la voz contra aquel anciano que, en presencia de todos, maldecía á sus dioses; la hermosa Sextilia, de rodillas, detenidas las lágrimas como un hilo de perlas al borde de sus ojos, miraba al anciano, y le oía, y su voz le era dulce y grata; Cornelio y los patricios escuchaban todos con admiración; los sacerdotes, como sobrecogidos de un vago estupor, se miraban unos á otros sin atreverse á mandar castigar al atrevido, y por fin, los lictores, inclinadas sus haces, parecían cambiados en figuras de piedra.

Aquello era incomprensible.

¿Quién detenía á aquellos hombres, prontos hacia un momento á desencadenarse como un tropel de lobos sobre un cordero? ¿Quién les había hecho cambiar sus amenazas en respeto? ¿Quién hacia enmudecer á aquellos sacerdotes? ¿Quién tenía suspenso á todo aquel pueblo?

Un anciano solo había obrado aquel prodigio.

¿Pero quién era aquel anciano, qué poder de encantos le rodeaba, qué fuerzas misteriosas le prestaban socorro y secreto auxilio para ligar con una invisible cadena todos los brazos, para sellar con una invisible mordaza todas las bocas?

Ningún encanto, ningún poder mágico, ningu misteriosa fuerza.

Era sólo un cristiano y hablaba de Dios.

Digitized by Google

Esta era toda su hechicería, toda su magia.

Luego que hubo pronunciado sus últimas palabras, el anciano cayó de rodillas exclamando:

—Señor, Señor Dios de los cielos y la tierra, Señor Dios de los ejércitos, Señor de todo lo criado, tú que has permitido que tu Hijo divino muriese en cruz ignominiosa para redimir á los hombres, tú que tienes á tu disposición el trueno y el rayo, mira con ojos compasivos á toda esa multitud de incrédulos; abre sus ojos á la fe, tú que abres paso á los torrentes por entre las montañas para que precipiten sus espumosas cataratas; rasga las vendas que cubren su vista como rasga las nubes el rayo, y haz que nazcan á la luz para que nazca al mismo tiempo su corazón á la paz, á la libertad y á la misericordia. Un prodigio, ¡Señor Dios, tu siervo te lo pide! ¡Un prodigio que les muestre tu divino poder, la inmensidad de tu grandeza! ¡Un prodigio, Señor, como el que hiciste por Moisés en el desierto, como el que tu Hijo magnánimo hizo por Pedro en el lago, un prodigio por tu siervo que pueda probar tu omnipotencia á toda esa muchedumbre de incrédulos aquí reunidos para sus torpes y sangrientas ceremonias, y tu humilde siervo, Señor, acabará sus días en la penitencia más austera para ganar la gloria de tu supremo cielo!

A todo esto, el pueblo miraba con asombro cada vez más creciente á aquel hombre que, hundida la frente en el polvo, imploraba con sentidas palabras la omnipotencia de su Dios.

En aquel instante la nube que el anciano designara se había ido acercando y se paró sobre el templo, extendiéndose como una gran mancha negra sobre el cielo y haciendo más sombrío el color triste y melancólico que había tomado el espacio.

Mucha parte del pueblo empezó instintivamente

Digitized by Google

á temblar. Les parecía que allí iba á suceder algo, algo terrible, misterioso, nefasto.

Y es que estaba verdaderamente imponente el cielo con su color aplomado y su nube negra, el viento con sus silbidos lúgubres como los de la sierpe hambrienta, los sacerdotes con su silencio sepulcral que ellos mismos no comprendían, los soldados inmóviles con sus armas, la multitud con sus rostros en que se pintaba el estupor y el pasmo, y por fin, allí, en medio de todos, de rodillas sobre el duro suelo, aquel anciano que lloraba, que gemía y que se golpeaba el pecho con los puños!

¡Cuadro verdaderamente portentoso!

Millares de hombres sin voz, sin aliento, sin deseos ante un viejo encorvado y débil. ¡Una manada de tigres detenida por un cordero!...

¿No pedía el anciano un prodigio al Señor?

¿Pues, qué mayor prodigio?...

De pronto un trueno se dejó oír, un trueno horroroso, terrible, prolongado. Otro trueno retumbó más próximo, más cercano, que hizo estremecer la tierra en sus cimientos, y en seguida...

En seguida la nube abrió sus flancos negros como la noche, púdose ver en sus entrañas algo como una fragua provocando torrentes de llama, una serpiente de fuego cruzó describiendo surcos y rasgando los aires, resonó un bronco estampido, y el rayo bajó veloz de las nubes, hundióse en el templo derribando muertos al paso dos sacerdotes, destrozó el ara y la estatua de Proserpina, recorrió el idólatra santuario lamiendo con su lengua de fuego las paredes, y por fin se abrió paso por la bóveda destruyéndola en parte.

Todo ello fué obra de un momento.

Un clamor general se siguió, un grito de terror, de miedo, de asombro.

Toda la masa del pueblo se dispersó como si por entre ella hubiera cruzado el rayo. Los unos

Digitized by Google

huían hacia el bosque, los otros hacia la villa. los otros corrían desalados por el valle, todos gritando: ¡prodigio! todos huyendo del fuego del cielo, evocado, no les quedaba duda, por el rezo del anciano.

Mientras tanto, mientras todos desaparecían, mientras el templo quedaba desierto de doncellas, de sacerdotes, de soldados, permaneciendo sólo en él los dos cadáveres, un gran número de gente se arrojaba de rodillas junto al viejo que había hundido su frente en el polvo llorando de gozo y balbuceando alabanzas al Señor.

Sextilia fué la primera que se arrastró de rodillas hasta donde estaba el venerable siervo de Cristo, y le decía, plegadas las manos.

—¿Cómo te llamas, anciano? ¿Dime tu nombre para que lo bendiga?

—Paciano, contestó el viejo.

—¡Oh! ¡Paciano! no se me olvidará. Y dime, anciano, dime el nombre de tu Dios para que sea el mío.

—Cristo, dijo lacónicamente el anciano. .

—¡Cristo! ¡Cristo! Yo quiero ser su sierva de aquí en adelante; quiero como tú conocer su omnipotencia, hacerme digna de su amor y de su cielo!

En aquel instante, Cornelio prosternándose humilde ante Paciano, le dijo con voz dulce:

—¡Bendíceme, Paciano! ¡yo quiero ser cristiano!

Y los hombres que se habían postrado de hinojos, plegaron sus manos, y alzando sus miradas al cielo, exclamaron todos:

—¡Nosotros queremos ser cristianos!

Pocos momentos después, la nube negra había desaparecido y la niebla iba adelgazándose gradualmente hasta quedar como una gasa, á través de la cual se veía el azul del cielo resplandeciente

Digitized by Google

de luz. El templo había quedado desierto; la multitud habíase fugado...

Sólo quedaban en el valle un grupo de hombres que rezaban siguiendo las palabras del anciano, á quien hoy venera Barcelona en sus altares como santo.

Barcelona, 1853.

FIN DE «EL ANCIANO DE FAVENCIA».

Digitized by Google

HISTORIA DE UN PAÑUELO.

I

Que el autor consagra por entero á sus bellas lectoras.

La historia que se va á leer, el autor empieza por confesarlo, se dirige más que á los hombres, á las mujeres; á esa deliciosa mitad del género humano destinada, por inexcrutables designios, á burlarse de la otra mitad.

Por lo tanto, siendo escrita para *ellas* y no para *ellos*, el autor cree poder permitirse algunas ligeras observaciones.

Una flor, una de esas delicadas flores que se abren por la mañana á los primeros rayos del sol, no está tan henchida de aromas recogidos en su seno durante la noche, como lleno de curiosidad está el corazón de la mujer.

El autor se apresura á declarar que está muy lejos de mirar esto como un defecto. La curiosidad es otra de esas mil y una encantadoras cualidades del bello sexo. ¡Infelices de nosotros si las mujeres no fueran curiosas!

Esto no obstante, por muy loable que pueda

Digitized by Google

parecerle la curiosidad en el sexo débil, se ve en la dura precisión de reservar dos circunstancias en esta historia.

El lugar de la escena, el año en que acaeció.

Sólo con estas condiciones y con la de suprimir los verdaderos nombres, se le permitió al autor publicarla.

Sensible le es, en su consecuencia, no poder satisfacer, tocante á estos puntos, la curiosidad de sus lectoras. Libre es, sin embargo, cada una de ellas, de fijar fecha y sitio donde mejor se le antoje ó más conveniente le parezca.

Dicho esto, pasemos á la historia.

II

En el que ya es cuestión del pañuelo y de su linda propietaria.

Empezaba á anochecer. Alberto de Ródez, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones, se sentía ya cansado de vagar por entre los árboles del paseo, donde tres mortales horas hacía que paseaba su fastidio y su indiferencia.

Tres mortales horas hacía también que, según su costumbre, estaba pensando en lo que podría hacer.

—¿En qué diablos mataré yo el tiempo? se dijo de repente deteniéndose.

Pero no tardó en volver á emprender su paso sosegado.

—Pues señor, continuó, me decido, por el pron-

Digitized by Google

to, á entrar en el café y encender un puro. Algo se me ocurrirá fumando.

Entró en el café, encendió su tabaco y volvió á salir quedándose clavadito en la puerta. Pocos minutos hacía que estaba allí cuando cruzó por delante de sus ojos una lujosa carretela al rápido paso de dos soberbios tordos. No fué, sin embargo, tan rauda en cruzar, que no le permitiera distinguir á una mujer coquetamente reclinada en los muelles cojines del coche y perdida entre una nube de encajes.

—¡Calla! ¿dónde irá la vizcondesa? se dijo.

Y siguió con la vista el carruaje, que no tardó en detenerse á la puerta del teatro.

—Ya me lo figuraba yo. Pues señor, ya sé donde ir. Voime al teatro.

Y Alberto empezó á andar, dándole con el dedo meñique á la ceniza de su cigarro.

—¡Hola, Alberto! ¿Dónde bueno? le gritó en aquel momento un joven de cabello rizado y vestido á *la dernière*, que se detuvo en la puerta del café, en el sitio que precisamente acababa de abandonar de Ródez.

Alberto volvió la cabeza con la misma lentitud y gravedad que presidía á sus movimientos todos.

—Al teatro, contestó.

—¡Ay! ¿vas al teatro? Hombre, sí, haces bien, te aconsejo que vayas.

—Y yo te suplico creer que me es completamente indiferente tu consejo, dijo Alberto. Antes que me le dieras, estaba ya decidido á ir.

—Pues yo, continuó el recién llegado haciendo silbar el junco que sostenía su mano, pues yo me quedo un rato en el café. Luego iré por allí. Es una magnífica función.

—No sé qué función echan.

—¡Toma! pues entonces ¿á qué vas al teatro no sabiendo la función?

Digitized by Google

—Para ir á alguna parte. ¿Necesito saber acaso qué función representan para fastidiarme?

—¿Has visto alguna vez *Il Bravo?* preguntó el joven.

—¡Qué sé yo! No me acuerdo.

—Te lo digo porque es la función de hoy. ¡Magnífica ópera! ¡oh! ¡Mercadante! ¡Mercadante! Nos hicimos muy amigos en Italia. Es la tercera representación. Laura está divina, y Gualtero inimitable en su romanza del primer acto, en aquella romanza... Oye, verás qué canto tan tierno.

Y se puso á tararear:

Della vita nel sentiero
vidi un angelo del cielo,
io no ebbi...

—Conque, adiós, Paulo, exclamó Alberto echando al aire una bocanada de humo y dejando con la melodía en la boca al elegante filarmónico.

Paulo se quedó asombrado mirándole alejarse. En seguida entró en el café, murmurando:—Todos tienen á ese hombre por un espiritual, por un excéntrico, y yo le tengo por un necio!

Alberto tuvo todos los trabajos del mundo para poder penetrar á través del gentío que se agolpaba á las puertas del teatro. Es que, en efecto, se daba la tercera representación de *Il Bravo*, de una ópera que había hecho furor, que había causado uno de esos entusiasmos que forman época en los anales de un público filarmónico. Verdad es que el público no sabía á punto fijo si lo que había causado su entusiasmo era la música de Mercadante, ó la ejecución de sus dos artistas favoritos, la prima donna Laura Gioberti y el barítono Gualtero di Stella.

Cuando Alberto llegó á su asiento del anfiteatro, toda la sala estaba ya llena. Ni un sillón vacío, ni un solo palco desocupado. Tocante al patio,

Digitized by Google

sólo se veía un mar de ondulantes cabezas. Parecía que toda la elegancia de la capital se hubiese dado cita aquella noche en el teatro. Las miradas vagaban errantes de una en otra hermosura, de uno en otro prendido: era un aspecto deslumbrador el que ofrecía la sala.

Alberto recorrió con la vista todas las localidades, y con algunas ligeras inclinaciones de cabeza contestó á varios saludos que se le dirigieron. Sus ojos, cansados por fin de vagar, se quedaron clavados en un palco principal de la embocadura. Acaso había dado con lo que buscaba. Este palco, al revés de los otros que estaban llenos de gente, sólo era ocupado por una mujer, ó mejor dicho por una niña, porque veinte años podía tener todo lo más aquella hermosa cabeza que se lanzaba, enérgicamente modelada, de los hombros más hechiceros del mundo, traidoramente descubiertos por una manteleta de encajes al resbalar sobre unos brazos desnudos y puede que sin rivales.

La mirada de Alberto, esa mirada fría é impasible, provocadora de desdén, que acostumbraba á pasear con la mayor indiferencia por todos los rostros y que no le abandonaba jamás en ninguna circunstancia, la mirada de Alberto cobró cierto tinte de dulzura y de tristeza al clavarse en el rostro de aquella encantadora criatura.

Mientras que de Ródez permanecía sin pestañear en esta muda contemplación, la dama del palco dejaba errar sus ojos del patio al anfiteatro, de la platea á las galerías, con esa sonrisa atractiva y dulce que la felicidad da á guardar á los labios de las mujeres que á su pabellón se amparan; estaba como acurrucada en el fondo del palco, en una postura llena de gracia y abandono, una de esas posturas que las mujeres poseen el secreto de llegar á hacer naturales á fuerza de estudio; envolvíase en los pliegues ondulantes de un vestido

Digitized by Google

blanco, como hubiera podido hacer una ninfa antigua con su ropaje de mármol; la serpiente de encaje que corría todo al rededor de su pecho lamiendo su garganta, era casi invisible, tanta era la brillante blancura que tenía la piel nacarada de la dama; su manteleta de blondas la envolvía como una nube diáfana: tal debía ser Venus cuando fué escupida á la arena por la espuma de los mares.

Parecióle de pronto á Alberto que una ráfaga de una sensación desconocida acababa de pasar por aquel rostro de un óvalo perfecto, bajo el cual se trasparentaban las azúreas venas; la dama hizo un movimiento imperceptible casi; su sonrisa desapareció, sus ojos fueron á buscar la sombra de los párpados, que se inclinaron como si desearan proteger la meditación ó la melancolía de la hermosa.

Las primeras notas de esa música fresca y original que Mercadante ha sabido encontrar para *Il Bravo*, acababan de oscilar en el aire, partiendo como un puñado de chispas de la orquesta. Efectuóse un movimiento general. Albèrto se sentó, pero sus ojos no abandonaron el palco del proscenio.

La bella introducción de la ópera pasó como pasan todas las introducciones en un teatro lleno de gente, entre los murmullos que van apagándose, entre el chirrido de los abanicos que abren y cierran delicadas manos, entre el ruido de los que llegan, entre los saludos de los que pasan.

Las robustas y nutridas voces de los coros retumbaban en la sala; las más brillantes melodías partían de la orquesta; el monstruo lleno de luces que pendía en medio del salón enviaba á todas partes sus fastuosas claridades; la vida, la alegría, la juventud se agitaban en todos los puntos. Repentinamente una chispa eléctrica pareció cruzar por toda aquella reunión: las paredes se estremecieron, las luces oscilaron al torrente de aplausos que sa-

Digitized by Google

ludó la aparición en la escena del personaje *Fóscari*.

Alberto había separado sus ojos del palco para fijarlos un momento en el artista que aparecía en la escena envuelto graciosamente en su capa y con la orgullosa petulancia de un patricio veneciano. Cuando volvió á elevarlos, el rostro que buscaba había desaparecido tras un abanico que la joven había extendido graciosamente como un velo ante su rostro, cual si hubiera querido robar á todas las miradas su emoción.

Los aplausos continuaron largo rato, y aun cuando momentáneamente se suspendieran, de nuevo volvían á empezar con igual furia. Gualtero di Stella, que era el artista encargado del personaje *Fóscari*, se deshacía en saludos.

—¡Bravo! ¡bravo, mío caro Gualtero! gritó una voz al lado de Alberto.

Este volvió la cabeza. Era Paulo, que acababa de llegar y tenía su asiento inmediato al de Ródez.

El entusiasmo se calmó por fin. Di Stella, con la voz algo trémula por la emoción que acababa de experimentar ante aquel bello triunfo, dijo su recitado hasta llegar á aquellas palabras con que termina:

Ma costei vidi, e l' amor mio disparve.

Entonces el silencio más sepulcral reinó en la sala. Iba á empezar su romanza. Pareció como que todos los corazones habían dejado de latir. Alberto vió á Di Stella acercarse majestuosamente al proscenio y clavar pausadamente sus ojos en el palco objeto de la contemplación de de Ródez. Alberto vió también á la joven abandonar su indolente postura, y como impelida por una atracción magnética, acercarse al antepecho y apoyarse en la baranda del palco. El artista y la desconocida se hallaban de este modo frente á frente.

Digitized by Google

Nada más dulce ni más tierno que la romanza de *Fóscari* en la introducción de *Il Bravo;* todo el mundo lo sabe; es acaso donde el *maestro* ha vertido más pasión, más fuego, más sentimiento. Di Stella empezó; su voz era fresca, hermosa, magnífica, de expresión apasionada, rica de dulce transporte. Hé aquí la letra:

Della vita nel sentiero
vidi un ángelo del cielo;
io non ebbi che un pensiero,
sul passato posi un velo.
Tutto il mondo avrei sfidato
per poterla posseder.

Este andante fué cantado como el público no había oído nunca, y fué cantado mirando el artista á la desconocida, mirándola de manera á establecer una corriente magnética de unos ojos á los otros. El público no reparó en esta circunstancia, pero Alberto adivinó una declaración.

Una declaración, sí. Alberto había visto toda aquella escena episódica sin perder un gesto, un movimiento; había visto brotar un rayo de los ojos del cantante y resbalar por la cadena invisible que unía unos ojos á los otros; había conocido que no es menos rápido el pensamiento, de lo que fué ese contacto eléctrico que prendió en el corazón de la hermosa del palco como una chispa en un montón de pólvora.

La joven se acercó aún más al antepecho, inclinando todo el cuerpo fuera del palco, dominada, atraída, arrastrada, fascinada por esa influencia mágica que, momentáneamente al menos, la hacía esclava del artista.

Si era verdad que éste, dirigiéndose á todo el público, se había dirigido en particular á la joven, su triunfo no podía ser mayor. Recibió con modestia los aplausos unánimes que le valió el andante, y ebrio de alegría, fuera de sí, en un rapto

Digitized by Google

de pasión que el público pudo creer fingido y que aplaudió como la sublimidad del arte, Gualtero se lanzó al proscenio y cantó con una expresión indecible:

Abbellita da un tuo riso
fía la terra un paradiso;
fra mortali il piu felice
per te, ó cara, diverró.
Se il cor tuo sperar mi lice
non invidio á regi il trono:
io beato di tal dono
quanti beni ha il cielo avró.

Al concluir este alegro ya no fueron aplausos, fueron gritos, fueron rugidos. Todo el público se levantó entusiasmado como un solo hombre. El artista había estado sublime de expresión y de sentimiento.

Dos ó tres ramos cayeron á sus pies, y un pañuelo blanco, saliendo de un palco de proscenio, fué á unirse á estos ramos. Gualtero dió un salto casi y se bajó á cogerlo pisando los ramos.

El público pudo ver caer este pañuelo; pero no lo juzgó más que bajo el punto de vista del entusiasmo de una aficionada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamó Paulo riendo á carcajadas. A Adela se le ha caído el pañuelo. ¡Qué tonta!

—¡Qué imprudente! pensó Alberto.

Gualtero en tanto, acercando á su corazón el pañuelo por un movimiento natural, dijo, con un acento que no hay palabras para explicar, aquellos versos de:

E tu al fine mia serai:
¡non resisto á tal piacer!

Sin embargo, los dijo inútilmente. Aquella á quien los dirigió, la joven del palco de embocadura, luego de haber arrojado ó de habérsele caído el pañuelo, se había hundido en el fondo del palco.

Digitized by Google

El público aplaudía con frenesí. Alberto se levantó para salir mientras el cantante era llamado á la escena.

De Ródez se creía el único que había comprendido toda la escena que acababa de tener lugar. Se engañaba. Una mujer había seguido desde un palco del segundo piso todos los movimientos de los personajes, y su mirada inteligente todo lo había comprendido, todo lo había adivinado.

III

EN EL CUAL, QUIEN BIEN LO OBSERVE, ENCONTRARÁ UNA EXACTA APLICACIÓN DEL REFRÁN: EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

Una mujer, hemos dicho, había seguido desde un palco de segundo piso toda aquella escena, viéndolo todo, adivinándolo todo. Aquella mujer, apenas hubo visto á Di Stella coger el pañuelo y llevarlo á su corazón con una imprudencia que el público no reparó, se levantó bruscamente y abandonó el palco en un arrebato que cualquiera hubiera podido notar, si precisamente en aquel momento no hubiese estado fija toda la atención en el artista, que ya por segunda vez era llamado á la escena á recibir la ovación más completa y lisonjera.

Aquella mujer era una joven actriz de la compañía de verso, bastante linda para ser llamada tal, bastante agraciada para haberse adquirido lo que se llama un partido, bastante inteligente en

Digitized by Google

el arte para ver prolongarse siempre en las columnas de los periódicos el eco de los aplausos que á su aparición en la escena resonaban en el teatro. Se llamaba Carolina y largo tiempo había sido obsequiada sin fruto por Gualtero; pero un día, por una de esas reacciones tan súbitas en el alma de las mujeres, por uno de esos sentimientos instantáneos y sin nombre que nacen en el corazón de la mujer con la rapidez del rayo que brota de una nube y que como el rayo abrasan, un día Carolina había dejado de mostrarse esquiva á los amorosos obsequios del artista. Desde aquel día, nunca jamás hombre alguno había sido amado con más pasión ni más delirio de lo que fué Gualtero por Carolina. Toda la constancia que pusiera al principio en evitarle, puso luego la joven en amarle.

Sin embargo, forzoso es decirlo, tanto más cuando que no es este el primer ejemplo; Gualtero, que quince días antes hubiera dado la vida por una mirada de aquella mujer, recibió entonces con indiferencia el juramento de fidelidad y de amor que sus protestas reiteradas habían acabado por arrancar á los labios y también al corazón de la pobre Carolina.

Las mujeres tienen un gran instinto, comprenden admirablemente el corazón humano. Carolina conoció lo que pasaba en el interior de su amante, sabía por otra parte toda la inconstancia, toda la frivolidad que había en su carácter, y no ignoraba finalmente que Gualtero vivía entre el desorden y los vicios, arrastrando una vida indigna de un artista de talento superior. Esto, que hubiera hecho retroceder á cualquiera mujer de ánimo más vulgar, la empujó por el contrario á ella á seguir adelante. Carolina fué á buscar la fuerza, la energía misma de su amor en lo profundo, digámoslo así, de la indiferencia que ya por ella sentía Di

Digitized by Google

Stella. Creyó que le estaba confiada una gran misión, la de rehabilitar á aquel hombre á los ojos de sus compañeros, la de arrancar el alma del artista del cieno en que vivía, la de volver á aquel pobre peregrino extraviado á la senda de la virtud. Decidióse pues á ser su ángel bueno, tomó sobre sus débiles hombros de mujer tan pesada carga, y se arrojó resuelta á la tarea, confiada sólo en su amor, con la misma tranquilidad y esperanza con que hubo sin duda de arrojarse David al combate con el gigante, confiado sólo en su fe.

La pobre joven empezaba acaso á sacar algún fruto de su adhesión y de su constancia, empezaba quizá á vislumbrar la esperanza de un porvenir, cuando llegó la noche de la tercera representación de *Il Bravo*, y con ella la escena que en nuestro anterior capítulo hemos tratado de contar.

Carolina, notando que Gualtero, al cantar su aria de amor, clavaba con pasión los ojos en una mujer que no era ella, sintió como una montaña de hielo pesar sobre su corazón; Carolina, al ver á la dama del palco principal arrojar su pañuelo á los pies del artista, se hizo atrás como si hubiese pisado una víbora; Carolina, al ver á Di Stella recoger el pañuelo y llevarlo precipitadamente á su corazón, se irguió cuán alta era, como si un violento choque eléctrico la hubiese puesto en pie.

Poco después, ya la hemos visto salir de su palco, presa de una extraña emoción. Precisamente en aquel momento un hombre abría la puerta del de la dama del pañuelo. Era Alberto que, saludando profundamente á la linda joven, se sentaba sin decir palabra y sin que ella le tendiera la mano que siempre acostumbraba presentar á de Ródez.

En tanto Di Stella, dejando al público fatigado y ronco á fuerza de aplaudirle y vitorearle, se retiraba á su cuarto con no menos agitación que la

Digitized by Google

que dominaba en aquel momento á todos los personajes llamados á representar un papel importante en esta historia.

En uno de los bastidores encontró Gualtero á un mozo del teatro y, cogiéndole del brazo, le hizo seguir hasta su cuarto, donde después de haber entrado en él y corrido la cortina, le dijo:

—Corre á informarte quién es la persona que ocupa hoy el palco principal de la embocadura izquierda. Vuela, ya debieras estar de vuelta.

Y le empujó bruscamente hacia la puerta, acompañando el empujón con algo como una moneda de oro que deslizó en su mano. El mozo, al hallarse fuera del cuarto, lo primero que hizo fué abrir su mano, mirar la moneda y, al ver relucir su rubia redondez, frotarse los ojos para estar seguro de que no se engañaba. En seguida, animado por este examen, partió como un rayo á cumplir su comisión. Por el corredor tropezó con Carolina, que entraba en el vestuario y que ni siquiera reparó en él.

Gualtero se quedó inmóvil al ver una mano de mujer apartar la cortina de su cuarto y aparecer súbitamente Carolina: en medio de su triunfo la había olvidado. Aquella mujer presentándose á sus ojos, muda é impasible como la personificación de su conciencia, le causó un sentimiento de repulsión que hubo de traducir su rostro.

Carolina lo leyó en la frente y en la mirada del artista, pero no dijo nada. Al contrario, su voz vibró dulce, tranquila, ingenua.

—Otro nuevo triunfo, amigo mío. ¡Y qué triunfo! En verdad que eres el hijo mimado del público.

—¿Estás en la sala? preguntó Gualtero clavando en Carolina una mirada penetrante.

—No, contestó la joven naturalmente, pero llego ahora y he oído los gritos y las palmadas. ¡Oh! ¡es un bello triunfo!... repitió maquinalmente di-

Digitized by Google

rigiendo á todas partes sus inquietos ojos, como si buscara algo. ¡Un bello triunfo! volvió á decir fijando su vista en un objeto que estaba sobre la mesa del artista.

Su mirada había tropezado con el pañuelo, Gualtero vió la mirada y aquella mirada le dió miedo, ¡tantas cosas encerraba! La joven se deslizó hasta la mesa con la astucia de una serpiente que ve una presa.

—¡Hola! ¿qué es eso? exclamó con una voz melosa en que Di Stella leyó una multitud de cosas. ¡Qué hermoso bordado el de este pañuelo! ¿Y cómo se halla aquí?... ¡Ah! ya comprendo, añadió volviéndose rápidamente hacia Gualtero, es una sorpresa que me preparabas, un regalo que pensabas hacerme...

—Te engañas, Carolina, exclamó Gualtero; ese pañuelo no es mío.

Y adelantó la mano para recobrarlo.

—¡Ah! ¿no estaba destinado para mí?

—¿Como podía destinártelo si no me pertenece?

—¿Pues á quién pertenece? preguntó Carolina dejando caer sobre él una mirada terrible.

—¡A quién! ¡á quién!... ¿Qué te importa?

—¿Cómo qué me importa? ¡Hallo un pañuelo bordado, es decir, un dije de mujer en tu cuarto y no me importa saber á quién pertenece!

—Carolina, devuélveme ese pañuelo.

—¿Su nombre?

—Carolina, ¿me lo devuelves? gritó Gualtero con una cólera que procuraba, no obstante, reprimir.

—No te acerques, exclamó Carolina viendo que el artista se le aproximaba pálido de ira; no trates de arrancármelo ó lo hago pedazos.

A esta amenaza, Gualtero se detuvo. Conocía á la joven por muy capaz de cumplir su promesa. Sin embargo, repitió con nueva furia:

Digitized by Google

—¡El pañuelo!

—Su nombre primero. ¡Su nombre! ¡quiero saber su nombre!

En este momento corrióse la cortina del cuarto y asomó la cabeza el mozo.

—Señor, dijo á Gualtero, el palco principal de la embocadura izquierda por el cual me ha encargado V. preguntar, ha sido tomado por la vizcondesa de Aurioles.

Era todo lo que Carolina quería saber. El avisador se retiró.

—¡Ah! es la vizcondesa de Aurioles, exclamó la joven con un acento inexplicable. ¡La vizcondesa de Aurioles! Bien está. Yo me encargo de devolverle el pañuelo.

—¡Carolina! gritó Di Stella.

—¡Caballero! contestó con arrogancia la joven actriz.

—Ese pañuelo es mío y vas á dármelo.

—Este pañuelo pertenece á la señora vizcondesa de Aurioles, y voy con este paso á devolvérselo yo misma.

—¡Oh! tú no lo harás, gritó Gualtero en el colmo de la desesperación poniéndose ante la puerta; tú no saldrás de este cuarto. Primero...

—¡Fóscari á la escena! gritó en este momento la voz del segundo apunte desde el corredor.

—¿Lo ha oído V., señor Gualtero? dijo la actriz con ironía. La escena reclama á Fóscari.

—¡El pañuelo!

—¿No le he dicho á V. que me encargaba yo propia de devolverlo?

—¡El pañuelo! gritó Di Stella con la voz ronca por el furor y presa sus miembros de un estremecimiento convulsivo.

—¡Pronto, pronto! ¡á la escena! repitió la voz del apunte.

—¡Carolina, quiero el pañuelo! Quiero...

Digitized by Google

Carolina se cruzó de brazos con la mayor impasibilidad y no contestó. Gualtero, ciego de cólera. se arrojó sobre ella y levantó sobre su cabeza sus crispados puños.

Precisamente en aquel instante dos hombres se precipitaron en el cuarto del artista. Eran el director de escena y el segundo apunte.

—¿Qué diablos está V. haciendo? ¡Está V. sordo! gritaron. La música está suspensa. Dos minutos hace que debiera estar V. en escena.

Y le empujaron violentamente hacia los bastidores, arrojándole, así puede decirse, á la escena.

En cuanto hubo Gualtero salido del cuarto. Carolina salió á su vez de él con paso ligero, y atravesando la puerta del vestuario penetró en el teatro.

IV

En el que se perfilan dos personajes.

Dejemos á Carolina que siga su camino, y penetremos en el palco de la vizcondesa de Aurioles.

Allí estaba Alberto, mudo, impasible, solemne. asomando su semblante triste, pálido, por detrás de aquel rostro perfecto de mujer sobre el cual pasaban ligeras oleadas de rosa que lo bañaban todo entero.

Adela de Aurioles, la linda vizcondesa, no prestaba ciertamente á la representación de *Il Bravo* toda aquella señalada atención que había fijado en las primeras escenas y que había terminado con la caída del dichoso pañuelo. Había variado de sitio:

Digitized by Google

daba, cuando volvemos á encontrarla, la espalda al proscenio, y sus miradas recorrían como atónitas la sala llena de gente, de luces, de melodía. En vano Gualtero al final del acto hizo brillar su hermosa voz con una armonía tan dulce como desgarradora, en vano los aplausos más nutridos y unánimes saludaron al artista, en vano éste interrogó con los ojos el palco de la hermosa joven: la vizcondesa no se movió, como si hubiera sido de mármol, y el cantante se vió condenado á admirar tan sólo el perfil de la elegante dama, medio oculta tras de un brazo modelado y una enguantada mano que, partiendo del antepecho, sostenían aquel rostro vuelto implacablemente hacia todos los puntos que no fuesen el escenario. Hubiérase dicho que Adela era insensible á todo; hubiérase dicho que sus ideas, sin fijarse en nada, rodaban vacías de sentido como ruedan por la cabeza de un demente, como rueda sin detenerse una bola de cristal por la pendiente de una lámina de acero. Esto no hubiera podido creerse, pero es lo cierto que Adela sufría como puede, como sabe sufrir un corazón de mujer.

En cuanto á Alberto, se callaba. Era Alberto hombre que comprendia el silencio, es decir, la poesía más exquisita de las mujeres.

No será por demás aquí una mirada retrospectiva. Algunos párrafos sobre la vizcondesa nos son necesarios para evitar el fastidio de algunos capítulos.

Adela acababa de salir del colegio, y del colegio sus padres la condujeron al pie del altar. Allí pusieron su mano entre las de un hombre.—Este hombre es tu marido, le dijeron. Debes guardarle amor y fidelidad.

Y, bien lo sabe Dios, de todo corazón juró su alma de niña amor y fidelidad á aquel hombre, y de todo corazón se la guardó.

Digitized by Google

Al día siguiente de su enlace, el vizconde de Aurioles dijo á su mujer:—Mañana partiremos para mi quinta de***

Adela aventuró algunas observaciones. ¡Ay! ¡le era tan triste separarse de sus padres, es decir, de los únicos seres que hasta entonces le habían demostrado un poco de amor en este mundo! El vizconde fué inflexible á los ruegos de su tierna esposa y dió fin á la discusión con ese famoso *yo lo quiero,* que es la espada que corta todos los nudos gordianos de un matrimonio; ese *yo lo quiero* que encierra todo el sistema constitucional de un esposo.

Adela partió para la lejana quinta, y á poco de llegar á ella, las fatigas de la caza hicieron notar al vizconde los primeros síntomas de una enfermedad que hizo bien pronto grandes y terribles progresos, progresos que no tardaron en dejar á Adela viuda, rica y vizcondesa. La joven, pues, sólo tenía una incompleta prueba de lo que era el matrimonio.

Tal era la historia entera de aquella mujer de corazón ingenuo, que atravesaba sola y sin apoyo el mar borrascoso de la sociedad, resguardada únicamente por su triple coraza de virtud, de candor y de inocencia.

Alberto había conocido á Adela poco tiempo después de la muerte del vizconde; había sondeado con su profunda é investigadora mirada hasta los rincones más apartados de su corazón, y se había dicho que era aquella linda joven una tierna planta, un pobre y solitario arbolillo en flor que no tardaría el viento en tronchar, si no hallaba una encina que le apoyara con su tronco y le prestara sombra con sus ramas.

Alberto decidió ser esta encina. Y no por amor hacia ella, no; porque el corazón de Alberto no podía amar desde que muy temprano, en su juven-

Digitized by Google

tud y en una época triste de su historia, una mujer se había complacido en hacerlo pedazos, sino porque Alberto era uno de esos hombres cuya fría apariencia, cuyo exterior insensible encierran, como una caja que guarda una gran joya, la sublimidad de un héroe ó la resignación de un mártir.

Adela no tardó en conocer esa especie de apoyo indirecto que Alberto le prestaba, y la pobre joven hubo de agradecérselo en su interior, pero con la gratitud de una hija para un padre. En efecto; aunque de Ródez era joven, su amor, si acaso podía sentir alguno, debía ser un amor puramente paternal.

Hé ahí cuál era la situación de los dos personajes que se hallaban en el palco del proscenio la noche de la tercera representación de *Il Bravo*.

El telón acababa de caer, y el público, esperando el segundo acto, invadía como un torrente los corredores del teatro. Adela se volvió hacia de Ródez y dijo, casi sin mirarle:

—Amigo mío, no sé, pero todo ese ruido, todo ese barullo retumba en mi cabeza de una manera extraña. Deseo retirarme. ¿Quiere V. hacerme el obsequio de pedir mi coche?

Alberto se levantó y descorriendo la cortina del palco, dijo al lacayo que se mantenía en pie é inmóvil frente á la puerta:

—¡José, el coche de la señora!

El lacayo partió.

Alberto arrojó la manteleta de pieles sobre los hombros de la vizcondesa y le presentó su brazo en el que apoyó Adela su trémula mano. Habían dado apenas cuatro pasos por el corredor, cuando de pronto una joven, que no dejaba de ser linda, pero cuyo rostro estaba alterado por una agitación cualquiera y alterado de una manera visible, se presentó ante ellos. Era Carolina y llevaba el fatal pañuelo.

Digitized by Google

Sin duda lo conoció la vizcondesa, pues que su cuerpo adquirió un temblor tal, que Alberto tuvo que hacer un movimiento con su brazo para que de él no se deslizara la mano de Adela.

Carolina se adelantó con descaro.

—Señora, dijo con una mirada y una voz ofensivas, ¿es de V. ese pañuelo?

La joven no contestó, no hubiera podido contestar. Una cosa como la punta de un puñal penetró en su corazón y heló su sangre. Alberto, con la mayor indiferencia, con la mayor serenidad, con la más cándida apariencia de buena fe, tomó el pañuelo que Carolina presentaba á la vizcondesa y exclamó:

—¡Ah! sí, es el pañuelo que hace un momento se le ha caído á la señora. ¿Venía V. á devolvérselo? añadió mirando á Carolina; es mucha amabilidad y no debía V. tomarse esta molestia. La señora hubiera mandado por él á uno de sus criados. Sin embargo, reciba V. mil gracias, señorita.

Y Alberto saludó con la sonrisa en los labios, y pasó de largo arrastrando casi á Adela que se dejó llevar maquinalmente, pálida como un espectro.

En cuanto á Carolina, se quedó clavada como una estatua.

Al ir á bajar la escalera, se encontraron con Paulo, que se acercó haciendo cortesías.

—¡Hola, Paulo! dijo Alberto, ¿vas hoy á las máscaras?

—Puede, dijo Paulo con aquella fatuidad que él no necesitaba buscar para vestir sus expresiones.

—Ahí tiene V. al hombre de las buenas fortunas, vizcondesa, dijo Alberto.

Adela intentó sonreír, pero su esfuerzo sólo produjo un bosquejo de sonrisa en sus labios. En cambio casi asomó una lágrima en sus ojos. Alberto lo vió; Alberto lo veía todo.

—Es un bribón, continuó de Ródez, que sabe

Digitized by Google

hacerse desear por las hermosas lo mismo en un salón de baile que en un salón de máscaras. ¡Todo se sabe, amigo mío, todo se sabe!

Paulo se inclinó. Estaba en sus glorias. Su frente se elevó risueña y radiante. De buena gana hubiera dado un beso á Alberto.

En esto llegaron al coche. Paulo iba á dar la mano á Adela, pero se apresuró Alberto. La vizcondesa, reuniendo todas las fuerzas de su ánimo, encontró algunas palabras para despedirse y se dejó caer sobre los almohadones del carruaje que partió como un rayo.

Adela llevó ambas manos á su rostro, que de pálido que estaba poco antes se acababa de encender como la grana. Permaneció así algunos instantes, pero sus brazos no tardaron en caer desfallecidos.

Un débil grito se escapó de los labios de la joven. Su mano, al reposar en el almohadón, acababa de tropezar con un objeto. Era el pañuelo que allí había dejado Alberto, sin decir nada, en el acto de darle la mano para subir al coche.

La vizcondesa, que se había un momento incorporado, volvió á dejarse caer en el fondo de su carruaje, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuánto sufro!

El pañuelo, con este motivo, rodó á sus pies.

Digitized by Google

V

De como también en los bailes de máscara pasan escenas de melodrama.

Dos días habían trascurrido después de las escenas que en los capítulos precedentes hemos referido, dos días en que la joven y linda vizcondesa de Aurioles no había estado visible para Alberto. Este, por su parte, no había insistido: demasiado comprendía todo lo que podía pasar en aquel delicado corazón de mujer.

En efecto, Adela había sufrido la noche aquella lo que no es dado decir, lo que no es posible expresar. Su imprudencia en lanzar el pañuelo al artista le había valido el que una mujer que no sabía quien era, ni quería saberlo tampoco, se le presentara insolentemente con intención bien decidida sin duda de ir más allá de unos límites que la prudencia y esquisita delicadeza de Alberto le impidieron traspasar.

Al llegar á su casa, Adela se dejó caer rendida, abrumada sobre un sitial, y ocultando su rostro entre ambas manos, dió rienda suelta á sus lágrimas. La penosa impresión, el choque terrible que su alma había recibido, dió el último golpe á su ficticio valor, que no era otra cosa que la fiebre, y al verse sola, cara á cara consigo misma, al sondear toda la inmensa profundidad del abismo á que le arrastrara su imprudencia, la vizcondesa se puso á temblar como una niña á quien se sorprende en una travesura, y lloró mucho, lloró abundante-

Digitized by Google

mente, lloró lágrimas de hiel que se agotaron al fin por su violencia misma. Cuando esa crisis nerviosa terminó, cuando la ciega exaltación que la dominara hubo hecho lugar á un estado de mayor calma y lucidez, entonces Adela entró en un interrogatorio consigo misma, y, forzoso es decirlo, se sintió morir de confusión y de vergüenza. ¿Qué había hecho y qué se iba á pensar de ella? ¿Quién sería bastante á calmar su inquietud, á sostenerla con sus consejos, quien la protegería contra sí misma, quién detendría su razón pronta á extraviarse?... En la pendiente rápida y resbaladiza á que la arrojaba aquella tan funesta como invencible pasión, tenía necesidad de apoyarse en alguno para no caer, y este apoyo sólo podía prestárselo de Ròdez, cuya ternura enteramente paternal debía inspirarle la mayor y más sincera confianza.

Sin embargo, cosa que sucede frecuentemente en las organizaciones débiles y delicadas, sin embargo, la vizcondesa sintió encenderse de rubor su frente al solo pensamiento de tener que confesar á un hombre lo que ya este mismo hombre había adivinado, temió aquella mirada de águila escudriñadora y profunda que Alberto dejaba caer como la fría hoja de un puñal, temió tener que avergonzarse delante de uno que no era ni su pariente siquiera, y por lo mismo se armó de resignación y se decidió á luchar sola.

¡Luchar! ¡Ay! las mujeres no comprenden á todo lo que puede arrastrar una lucha cuando en ella toma parte el corazón.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! había dicho Adela, dando fin con estas palabras á su meditación.

Al siguiente día, Alberto se había presentado en casa de la vizcondesa pocos momentos antes de efectuarlo también Gualtero Di Stella. A entrambos les dijera el criado que su señora no quería recibir á nadie.

Digitized by Google

Alberto se encogió de hombros y volvió al otro día. Tampoco estaba visible la vizcondesa. Entonces de Ródez, con esa imperturbabilidad que jamás le abandonaba, encendió un puro y se fué tranquilamente á vagar, como decían sus amigos, á pasear por alguna parte su fastidio, como decía él.

Aquella noche había baile de máscaras.

—¡Pardiez! ¿por qué no he de ir á las máscaras? se dijo Alberto cansado de estar en el café y de saborear habanos.

Y fué.

El salón estaba ya casi lleno cuando entró. La confusión era indecible, el bullicio aturdidor. Por todas partes se veían figuras extrañas, trajes grotescos, disfraces de varios colores formando un conjunto que á nada humano se parecía. Allí había grandes señoras, bellezas deslumbradoras por su atractivo, jóvenes dandys cubiertos con los trajes de polichinelas, arlequines, marineros... todos revueltos en pasmosa igualdad, todos codeándose, todos chillando desaforadamente. Y luego rompía la música, y entonces era de ver como aquellas extrañas figuras se hablaban, se llamaban, se cogían, y riendo á carcajadas se agitaban cruzando el salón con increíble velocidad, danzando como frenéticos, gesticulando como locos, chillando como desesperados, lanzándose por entre la confusión al impulso de una música atronadora como una legión de condenados perseguidos por el látigo flamíjero de los demonios.

En un ángulo del salón, dos máscaras, sin que al parecer hicieran caso del ruido y de la algazara, departían entre sí con un calor que hacía comprender no estar ajena de interés su conversación.

Si mis lectores gustan, nos acercaremos de puntillas y aplicaremos el oído. Precisamente en el momento que escogemos, la mujer—porque eran hombre y mujer—la mujer era la que estaba hablando.

Digitized by Google

—Eres un infame, Gualtero, decía una voz dulce pero irritada por la cólera; eres un infame. Te lo digo yo, la que tú llamabas un día tú Carolina, la que por tí lo ha sacrificado todo... ¡Eres un infame!

—Carolina, repara que estás en un baile, que pueden oírnos...

—¡Y qué me importa á mí que nos oigan! ¿Por ventura crees tú que yo no lo sé todo? ¿te imaginas acaso que ignoro cómo se ha formado, como ha crecido tu amor hacia esa mujer?... ¡Oh! no, todo lo sé, todo lo he sabido... ¿Quieres que te lo cuente? Pues oye...

—¡Carolina!

—No, quiero contártelo, quiero que veas como no me es desconocido ni el menor detalle de esa historia... Porque es toda una historia, una historia romancesca pasada en presencia del público entre un artista y una gran señora, oye; es muy linda, por otra parte.

Gualtero se encogió de hombros, Carolina, cuyos ojos chispeaban á través de la careta, al impulso de una de esas terribles cóleras femeniles, empezó así:

—Una noche, el artista notó desde la escena que una dama, una hermosa dama que ocupaba un palco de proscenio, le miraba con singular atención. El artista la pagó con igual moneda. Esto duró tres noches; en su corazón y en el corazón de la dama bastaron estas tres noches para formar un misterioso lazo de amor. ¡Oh! ¡el amor acostumbra á ir siempre muy de prisa! Tú debes saberlo y yo también... sí, yo también lo sé. A la cuarta noche, el artista cantó tan bien, con tal expresión de ternura dirigiéndose á ella, que ella, subyugada, perdida, loca, en un momento de arrebato y de imprudencia, le arrojó un pañuelo, un lindo pañuelo bordado, muy curioso por otra parte, que

Digitized by Google

una querida del artista, una mujer cualquiera, se encargó de devolverle y... y que se lo devolvió.

—¡Carolina, por Dios!

—Y no paró aquí la historia. El artista al día siguiente se presentó en su casa, pero no fué recibido. Iba sin duda á pedirle perdón por la insolencia de la mujer que le había devuelto el pañuelo. Cuando no se puede hablar, se puede escribir. Esto es lo que pensó el artista. La dama del palco estaba aquella misma tarde en su habitación, cuando un ruido repentino la hizo dar un grito. Un cristal de su balcón había volado hecho pedazos, y una piedra con un papel atado á ella cayó á sus pies. El papel decía poco más ó menos estas palabras: «Señora, si no quiere V. que un desgraciado se haga saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo, esta misma noche á las doce y al pie de sus balcones de V., que á esta hora caiga un pañuelo, una cinta, una flor, cualquier cosa que le diga al que sufre: *¡Esperanza!*—Gualtero.» Sí, firmaba Gualtero! ¿No es verdad que era romántico el billete?

—¡Carolina!

—Y no paró tampoco aquí. A las doce de la noche Gualtero fué puntual á la cita que había dado, y al sonar la última campanada de la hora de los fantasmas, cuidando de hacer todo el mayor ruido posible, amartilló una pistola y se oyó...

—¡Por Dios, señora!

—¡Oh! no temas, no fué el tiro lo que se oyó; no era Gualtero tan loco que lo tomase de veras!... lo que se oyó fué un grito que salió del balcón de la dama, y un pañuelo cayó á los pies del artista, el mismo pañuelo bordado que ya se había arrojado desde un palco al artista. Sólo que esta vez iba acompañado de un billete, y este billete decía: «Si en el baile de máscaras de mañana, después de las dos, una máscara se pasea por el salón con

Digitized by Google

este pañuelo en la mano, la *Esperanza* acudirá en su auxilio.» Y Gualtero, loco de alegría, ha venido hoy al baile con el pañuelo guardado, para ostentarlo triunfante en cuanto el reloj haya señalado la hora. ¿Dí, es esta la historia? ¿No es así como ha pasado? ¿Falta algún detalle?

—Carolina, dijo entonces Gualtero con tranquilidad y con acento enérgicamente pronunciado, te he dejado concluir sin interrumpirte...

—Es que no he concluido aún, dijo vivamente la joven: te he dicho el objeto con que has venido al baile, pero me falta decirte que yo, la mujer ultrajada, yo, la única que tengo derecho á tu amor, yo no te abandonaré un solo instante en toda la noche; y cuando venga esa dama, esa señora, esa vizcondesa, hallará á la pobre cómica al lado del artista.

—Carolina, siento tener que decirte que mi paciencia está próxima á concluirse; siento tener que decirte que para tí, para mí, para entrambos, sería mejor que te marcharas buenamente, porque...

—¿Por qué?

—Porque no respondo de mí como te quedes.

—¡Oh! pues te seguiré, te seguiré como tu sombra, como tu conciencia.

—¡Señora!

—Me cogeré á tu brazo, no te abandonaré un instante...

—¡Te he dicho que te fueras! exclamó Gualtero palideciendo de cólera bajo su máscara.

—No, en vano lo intentas.

—Pues me iré yo entonces.

Y rechazando tan violenta como brutalmente á la joven, la hizo caer sobre el banco junto al cual había pasado la conversación, y se perdió entre las máscaras.

Carolina no acabó de caer al empuje brusco y repentino que le diera Gualtero. Un brazo la de-

Digitized by Google

tuvo. Era Alberto que precipitadamente la arrastró consigo fuera del baile, para robarla á la curiosidad de aquellos que á las últimas palabras de los dos amantes, pronunciadas en voz alta, se habían acercado presenciando el desenlace de la escena.

Al estar fuera del salón, Alberto dijo á Carolina:

—Señora, su preocupación de V. le ha impedido ver que yo estaba cerca de V. escuchándola. He asistido á parte de la escena que acaba V. de tener con ese hombre, pero lo que he oído no me basta. Dios sin duda me ha llevado á pasar por delante de ustedes dos, en ocasión en que pronunciaba un nombre que me ha impelido á escuchar. Señora, hay acaso una mujer en este momento que es más desgraciada que V., que sufre más que V., que se ve arrastrada por una pasión tan insensata como invencible, hacia un abismo en el que puede caer si una mano no acude á tiempo para salvarla. Yo puedo ser esta mano, señora. ¡En nombre de Dios, repítame V. lo que há poco contaba V.; que yo me entere, que yo lo sepa, que no se me oculte nada!

Había un acento tal de sinceridad en las palabras de Alberto, un sentimiento tal de tierna y verídica expresión, que Carolina creyó hallar un salvador en aquel hombre que de improviso se le presentaba en tan duro trance, como una tabla se ofrece de pronto á un náufrago sin aliento que á ella se agarra con la postrera desesperación de la agonía.

Todo se lo contó.

—Señora, dijo Alberto cuando hubo concluido Carolina; señora, yo la restituiré á V. el amor de Gualtero, yo salvaré á la pobre mujer que se ha aventurado en el mar de la vida con un corazón ingenuo y franco.

Y acompañando á Carolina hasta un coche en

Digitized by Google

el que la hizo subir, Alberto, devolviendo la serenidad á su rostro, entró nuevamente en el salón del baile.

VI

EN QUE ALBERTO DE RÓDEZ SE PROPONE DEMOSTRAR QUE ES MUY FÁCIL IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Alberto acababa de entrar en el salón, cuando sintió que le cogían del brazo. Era Paulo, Paulo alegre, risueño, triunfante, perfumado, acicalado, rizado, de veinticinco mil alfileres en fin.

Hemos entrado en la descripción de los personajes que figuran en esta historia, y nada ó poco hemos dicho de Paulo, siendo así que bien merece en verdad que le consagremos un par de líneas.

Paulo era uno de aquellos hombres cuya más exacta definición está en ellos mismos; era uno de tantos, era un tipo como los proporciona á cada paso en los salones la vida de sociedad. ¿Se hablaba de música? él era músico, había tenido largas conversaciones en París con Meyerbeer, y Rossini, á su paso por Italia, le había hospedado en su casa de campo. ¿Se hablaba de pintura? él era un profundo *amateur* de las artes; un día había observado un defecto en un cuadro de Horacio Vernet, y éste, á su sola indicación, lo había enmendado en seguida. ¿Se hablaba de poesía? allí estaba él, el que era íntimo de Pepe y que se carteaba con Ventura;—que así llamaba familiarmen-

Digitized by Google

te, citándolos sólo por sus nombres, á Zorrilla y Ventura de la Vega. Por lo demás, ni conocía á Vega ni á Zorrilla, ni había visto jamás á Vernet, ni nunca había saludado siquiera á Meyerbeer ni á Rossini.

Paulo era, por otra parte, un hombre feliz. Todo su afán consistía en darse importancia, en creerse necesario, en figurarse que pasaba por una inteligencia. Su verdadero nombre era Francisco de Paula, pero lo encontraba tan vulgar y tan ordinario, tan clásico en fin, que se hacía llamar Paulo, nombre más breve y más armónico también.

Era, para completar la idea que de él se pueden formar los lectores, era en fin uno de esos hombres que juegan con el abanico ó con el *bouquet* de una dama á quien acaban de ser presentados; que no se separan del lado de una recién casada en los bailes y paseos los primeros días de su enlace, fastidiando á la mujer y haciendo fruncir el gesto al marido; uno de esos hombres que sonríe desde la luneta á una bella de un palco, volviéndose en seguida como para decir á los que le rodean:—¿No habéis visto? me he sonreído con la***; uno de esos hombres que si va á vuestra casa descuelga todos los pequeños cuadros de vuestro gabinete para acercarlos á la luz y dar su parecer: uno de esos hombres que fumando os arrojan al rostro bocanadas de humo y os hacen fumar á pesar vuestro; uno de esos hombres, finalmente, que si os ve en un baile, se llega á haceros preguntas sobre vuestras penas, cambiando una hora de placer en una hora de tortura.

Júzguese cómo recibiría pues Alberto á Paulo. Ni siquiera le saludó, más que con una inclinación de cabeza. El joven se colgó de su brazo, no fijándose en la fría recepción que le hiciera de Ródez.

—¡Hola! ¿conque has venido al baile, Alberto? Me alegro, cenarás con nosotros.

Digitized by Google

—Yo no ceno, dijo Alberto.

—Bueno, tomarás una copita. Somos una infinidad, una porción de artistas. Gualtero ha dirigido la función.

—¡Gualtero!

—Sí, Di Stella, nuestro famoso barítono.

—¡Ah!

—Sí, y por cierto que hemos quedado á las doce en punto.

—¡Las doce! pues si ya son.

—Por lo mismo nos iremos acercando hacia el ambigú. Ven, ven conmigo, Alberto.

Y de Ródez se dejó llevar sin oposición. El nombre de Gualtero había hecho su efecto. Cruzaron el salón por entre las máscaras, contando Paulo neciamente á Alberto una multitud de conquistas hechas por él aquella misma noche, y oyendo Alberto la relación acalorada que le hacía su compañero, sin pestañear siquiera. Paulo se figuraba tener un oyente el más atento, y sólo tenía á su lado un distraído el más completo.

Llegaron al ambigú. Ya estaban todos reunidos. Eran Gualtero y una porción de jóvenes, antiguos compañeros de sus orjías y locas aventuras. Paulo presentó á Alberto, y se sentaron á la mesa.

La conversación rodó al principio sobre el baile, y Paulo estuvo admirable, admirable de necedad y tontería. Cien lindas máscaras se le habían declarado y el pobre había tomado la decisión de no volver á entrar en la sala por no verse perseguido por todos lados. Alberto, según su costumbre, callaba.

La conversación fué animándose, el Champagne empezó á desatar las lenguas, y Gualtero, que sin duda quería ahogar en el aturdimiento la escena que acababa de tener con Carolina, Gualtero bebía y guardaba un sombrío silencio. Alberto le observaba, mirándole de reojo.

Digitized by Google

Los demás convidados, al contrario, movían un estruendo y una algazara que no había más que pedir.

—Señores, dijo Paulo, todos nosotros contamos buenamente nuestras aventuras, pero apuesto á que no falta quién se está muy callado, sin embargo de que acaso tendría que contar más que nosotros.

Todas las miradas se volvieron á Gualtero.

—Si hablas por mí, Paulo, dijo éste, contestaré que no. Hace poco que he entrado en el baile y ninguna máscara me ha dicho nada á fe mía.

—Pues entonces, dijo un joven militar que formaba parte de la reunión, explícame cómo es que has venido al baile disfrazado, siendo así que nosotros no. ¿Cómo es que á tí te vemos con dominó? Seguramente que no será para embromar.

—¡Oh! no, es porque tengo una cita, dijo Gualtero sonriendo.

Toda la sangre de Alberto, al oír esto, se agolpó en su corazón.

—¡Una cita! gritaron todos. Sepamos esa cita.

—Señores, es un secreto, dijo Gualtero.

—Queda prohibido tener secretos, gritó un joven empleado.

—Cada uno de nosotros, Gualtero, exclamó Paulo, hemos abierto en común nuestro corazón y nuestro libro de memorias.

—Sí, venga la historia de la cita, gritaron varias voces.

—Por de pronto, señores, interrumpió el militar, un brindis á la desconocida.

—¡Un brindis! ¡bien pensado! ¡A la desconocida de Gualtero!

Y todos se pusieron en pie y vaciaron sus copas. Alberto lo mismo que los otros.

—Y ahora que hemos hecho honor á la desconocida, dijo Paulo, venga la historia.

Digitized by Google

—Es corta, dijo Gualtero; un día cantaba yo una ópera, y en el aria que acostumbraba recibir más aplausos, cayeron á mis pies algunos ramilletes de flores y un pañuelo blanco.

—¡Un pañuelo! interrumpió Paulo.

Alberto palideció y sus ojos chispearon. Hé aquí que aquel hombre iba en su imprudencia á contar una aventura donde el honor de una dama podía estar comprometido, donde el nombre de una mujer iba tal vez á dar la vuelta á la mesa repetido por todos los labios entre mofas y carcajadas. Alberto no había aún reparado que dos ó tres máscaras de las que siempre estaban cruzando los salones del ambigú, se habían detenido por curiosidad acaso y estaban escuchando.

—Adelante, dijo el empleado.

—Pues señor, continuó Gualtero, el pañuelo me lo había arrojado una linda dama...

—Que yo conozco, interrumpió Paulo, recordando la escena de *Il Bravo* contada en nuestro segundo capítulo y á la que él había asistido.

—Se lo devolví, prosiguió Gualtero.

—Muy mal hecho, dijo uno de los convidados. Esas cosas jamás se devuelven.

—Se lo devolví, á pesar mío, se apresuró á decir Gualtero. Sin embargo, escribí un billete, lo até á una piedra, y piedra y billete fueron al día siguiente á parar á su cuarto después de haber roto un cristal del balcón.

—¡Hombre, ese sí que es un correo ingenioso! dijo uno.

—¿Y el billete decía...? preguntó otro.

—El billete decía, continuó Gualtero, que si no quería verme morir al pie de sus balcones, me arrojara aquella noche un objeto cualquiera que pudiera ser una esperanza.

—Llegó la noche... dijo en esto un periodista

Digitized by Google

satírico que había en la reunión y que pocas palabras había dicho hasta entonces.

—Llegó la noche y me coloqué al pie del balcón. Este se abrió y ví caer...

—¿Un paquete de dulces? dijo el periodista.

—El mismo pañuelo bordado que ya me había sido arrojado una vez á la escena.

—¿Y cayó sin acompañamiento? preguntó el militar.

—No; iba acompañado de un billete dándome una cita para el baile de máscaras próximo, para hoy. Hé ahí porqué me veis disfrazado.

—Y sin duda te pedían en el billete que llevaras el pañuelo, porque lo veo asomar por entre tu dominó, dijo Paulo alargando la mano y sacando del pecho de Gualtero el pañuelo de Adela.

—¡Oh! ¡oh! ¡el pañuelo! gritaron todos.

Alberto se puso pálido como un cadáver. El pañuelo corrió de mano en mano entre sonoras carcajadas.

—¡Ahora el nombre! gritó una voz.

—Sí, el nombre de la dueña del pañuelo, repitieron varias.

—Señores, ya he dicho que era un secreto.

—¡Fuera secretos! exclamaron varios.

El pañuelo en tanto había llegado á manos de Alberto, después de haber dado vuelta á la mesa. Paulo se levantó.

—Señores, si Gualtero es reservado, yo no debo serlo. Yo sé quién es la dama del pañuelo, yo sé quién es la que ha escrito el billete dando una cita á Di Stella en el baile de máscaras.

—¿Quién es?

—Se supone que confío el nombre á la hidalguía de todos Vds., y que no debe salir de entre nosotros. Es en reserva.

—¡Por supuesto!

—Pues bien, es...

Digitized by Google

—Soy yo, dijo tranquilamente una voz.

Era la voz de Alberto. Todos se volvieron á mirar á aquel hombre que se ponía en pie con el pañuelo en la mano, y que acababa de pronunciar tranquilamente aquellas palabras. El asombro fué general.

—Soy yo, señores, se apresuró á repetir Alberto. Yo estaba en casa de una dama, que será un infame y un cobarde quien la nombre, cuando atado á una piedra y después de haber roto un cristal cayó á mis pies un billete. El que firmaba pedía una contestación y una esperanza. Se me ocurrió jugarle una broma de carnaval. Fingí letra de mujer, dí una cita, me apoderé de un pañuelo que ví casualmente sobre un mueble, y envolviendo la carta en el pañuelo, lo arrojé á la hora designada por el balcón.

Una carcajada general acogió estas palabras. Paulo se quedó con la boca abierta. Gualtero se levantó como movido por un resorte.

—¿Conque he sido objeto de una burla de V.? preguntó Gualtero con una voz entrecortada por la ira, dirigiéndose á Alberto.

—Sí, señor, contestó éste tranquilamente.

—Pues entonces, mañana tendré el gusto de ir á hacer á V. una visita, prosiguió Di Stella pálido de cólera.

—Me hallará V. en casa á sus órdenes hasta las nueve de la mañana.

—No le haré á V. esperar.

Alberto saludó entonces cortésmente á toda la concurrencia, y salió del ambigú llevándose el pañuelo.

En la puerta tropezó con una mujer cubierta con un dominó color de rosa, que pasando rápida por delante de él, se perdió entre la confusión de las máscaras.

Digitized by Google

VII

ALBERTO ANUNCIA QUE CONTARÁ LA HISTORIA DE UNA TRENZA DE CABELLOS.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Alberto llegó á su casa. Su criado salió á abrirle la puerta.

—Pepe, dijo Alberto, hoy no debes acostarte; probablemente recibiré muy temprano la visita de un caballero, y será preciso que lo introduzcas acto continuo en mi habitación. Yo no me acostaré tampoco.

—Bien está, señor, contestó Pepe; pero, ¡cuánto ha tardado V.!

De Ródez, que había dado ya algunos pasos, se volvió al oír esta exclamación del criado. Estaba muy poco acostumbrado á oírse reprender por un servidor. Volvióse, pues, y le miró.

—Lo digo, señor, se apresuró á añadir Pepe, porque hace ya dos horas que esa pobre señora le está á V. aguardando.

—¡Esa señora!... ¿qué señora? exclamó Alberto sorprendido.

—La que hay en su gabinete de usted.

—¡Una señora en mi gabinete! explícame...

—Hace ya más de dos horas que llamaron á la puerta; bajé á abrir creyendo que era V., y una señora, cubierto el rostro con una máscara, se precipitó dentro diciéndome: «Tengo que esperar á tu amo en su gabinete.» Quise replicar, pero

Digitized by Google

ella empezó á subir la escalera con la ligereza de un gamo. Entonces...

—Está bien, dijo Alberto interrumpiendo á su criado. ¿Dices que está en mi habitación?

—Sí, señor.

Y sin escuchar más, de Ródez se dirigió á su gabinete y abrió la puerta. Una mujer vestida con un dominó color de rosa estaba sentada en el sofá; una máscara descansaba en la alfombra á sus pies. Los ojos de aquella mujer, enrojecidos por el llanto, se volvieron hacia la puerta que se acababa de abrir. Alberto dió un paso en la habitación, y su huéspeda, al verle, lanzó un grito y ocultó su rostro con el pañuelo.

—¡Adela! exclamó Alberto precipitándose hacia ella; ¡Adela!

La vizcondesa, porque era la misma, sólo contestó con sollozos que por un momento fueron el único ruido que interrumpió el silencio.

A poco, Adela exclamó, sin apartar el pañuelo de su rostro:

—¡Oh, gracias, gracias, Alberto!...

Y los sollozos embargaron su voz, y la emoción le impidió continuar. De Ródez se apresuró á tranquilizarla. Por fin, calmada algún tanto,

—Alberto, dijo, es V. el más noble y más generoso de los hombres. Todo lo sé. Yo estaba allí, en el ambigú, junto á V., mientras ese hombre contaba la historia, mientras los otros la acogían con repetidas carcajadas, mientras el pañuelo daba vuelta á la mesa, mientras, en fin, mi nombre, mi nombre de mujer honrada, iba á brotar de unos labios imprudentes, á no ser por V., Alberto, por usted que, movido de una inspiración divina, ha evitado con una palabra que el nombre de una mujer rodase en la conversación, sirviendo esta noche de mofa y de escándalo á toda una turba de jóvenes, sirviendo mañana de befa y de ludibrio á

Digitized by Google

toda una sociedad implacable. Por eso me he salido del baile, loca, fuera de mí, la palidez de la muerte en el rostro, la emoción de la gratitud en el alma, y por eso he venido para esperarle á V., para decirle con el acento del corazón, que es siempre la voz de la verdad: Alberto, yo no soy más que una desgraciada.., ¡V. ha sido mi salvador! ¡Oh! ¡gracias, Alberto! ¡gracias!

Y la pobre joven, sollozando amargamente, cogió la mano de de Ródez, estrechóla con efusión entre las suyas y dejó caer sobre ella su frente, su frente que ardía. Alberto quiso hablar, pero la emoción ahogó su voz; quiso retirar la mano, pero le faltaron las fuerzas; quiso, en fin, dirigir una palabra de consuelo á aquel pobre corazón herido, y no halló una sola expresión que pudiera traducir su sentimiento. Toda elocuencia era muda ante tanta amargura.

—Y aun no lo sabe V. todo, continuó á poco la pobre Adela; aun no lo sabe V. todo. Ha llegado el momento de la revelación, y es fuerza arrojar la máscara, es preciso no ocultar nada. Sí, aun no lo sabe V. todo. Lo que aquel hombre decía... lo que aquel hombre decía, Alberto, ¡es la verdad, la verdad pura!

—¡Oh! ya yo lo sabía, señora, exclamó Alberto.

—¿Lo sabía V.?

—Como V. en el ambigú, Adela, media hora antes había yo asistido en el salón del baile, invisible puede decirse á los ojos de los interlocutores, á una conversación entre Gualtero y otra mujer, y esta conversación me iluminó. Aquella mujer lo sabía todo.

—¡Una mujer!

—Sí, una pobre cómica que tiene la debilidad de amar con delirio frenético á Gualtero.

—¿Y esa pobre cómica, como V. la llama, dice usted que lo sabía todo?

Digitized by Google

—Todo, señora.

—¿Pero cómo, Dios mío? ¿cómo podía saberlo?

—¿Ha visto V. jamás que se ocultara nada á los ojos de una mujer celosa? El amor es un niño, y un niño imprudente casi siempre. Basta la menor imprudencia para despertar la astucia de unos celos, como basta la chispa más insignificante para provocar la explosión en un barril de pólvora.

—Pero es que yo no amo á ese hombre, Alberto, nunca le he amado tampoco. Sólo sé que ha pasado por mí una cosa inexplicable, tanto, que se me figura dispertar de un sueño, de un largo y penoso sueño. Sólo sé que hace ocho días obedezco á una emoción que me devora, á un malestar que me agita, á una obsesión que me mata; sólo sé que he recibido una carta de ese hombre y que he contestado maquinalmente, sin saber lo que hacía, sin saber tampoco lo que me decía; sólo sé, en fin, que he cometido una imprudencia, una de esas grandes y terribles imprudencias que disponen del honor de una mujer á los ojos de la sociedad, y que á V., Alberto, debo el que haya caído la venda de mis ojos, el que haya visto á tiempo el abismo en que iba á precipitarme...

—¿Quiere V. un consejo, señora? dijo de pronto de Ródez, ¿un consejo como podría dárselo á V. un padre?

—¡Oh! sí, sí, diga V.

—Pues bien, mande V. esta mañana misma por una silla de posta y parta V. para París. Coloque V. unas cuantas docenas de leguas entre V. y él. Dentro dos meses, si acaso se acuerda V. de ese hombre, será como de una sombra, será como de una figura vista en sueños y que confusamente se presenta á nuestra memoria cuando despertamos.

—¡Oh! no, Alberto, yo no puedo partir así, tan

Digitized by Google

precipitadamente. Al salir del ambigú he oído como una cita, como una expresión de amenaza... Usted va á batirse... Ese hombre va á venir.

Un golpe dado en la puerta de la calle y que resonó en aquel momento, hizo estremecer á la vizcondesa.

—¡Ah! tal vez ya esté aquí... él será, dijo Adela.

—¡Tan pronto! exclamó Alberto. ¡Cuando apenas amanece! Mucha prisa tiene si acaso.

Y levantándose salió de la estancia. Su criado no tardó en presentársele.

—Un caballero busca á V., señor, le dijo Pepe.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Me ha dado esta tarjeta.

—¡Gualtero Di Stella! murmuró de Ródez leyendo el nombre escrito en la tarjeta. Dile que tenga la bondad de aguardar un instante.

Y volvió á entrar en su gabinete.

—Tiene V. razón, Adela, dijo; ha venido ya.

—¿Ve V.? exclamó la joven palideciendo; y viene para pedirle á V. una satisfacción, para batirse con usted.

—¡Oh! interrumpió sólo Alberto.

—Sí, sí, para batirse con V.; pero yo no lo permitiré, no puedo permitirlo. Una gota de sangre que se derramara sólo, caería sobre mi cabeza como una maldición de Dios, quedaría sobre mi corazón como un remordimiento eterno. ¡Oh! no, usted no se batirá, Alberto, V. no querrá hacerme tan infeliz que llore toda mi vida una imprudencia.

—Tranquilícese V., Adela; no me batiré.

—¡Ah! exclamó la vizcondesa suspirando.

—No, no me batiré, porque un duelo no es una razón, y yo necesito una razón para ese hombre.

—¡Cómo!

—Me contentaré con relatarle simplemente una historia.

—¿Y esa historia? preguntó Adela.

Digitized by Google

—Es la de una trenza de cabellos. ¿No es usted aficionada á oír contar historias, señora?

La vizcondesa miró á de Ródez con asombro.

—Es que en todo caso, la suplicaría á V. que se sirviera entrar en ese cuarto inmediato. Desde él se puede oír todo lo que aquí se hable, y puede que á V. no le disguste la historia que voy á contar.

—Alberto, dijo la vizcondesa, no le comprendo á V., no acierto á pensar lo que quiere decirme usted; pero me inspira tal confianza su amistad, me interesa tanto su apoyo, es tal la idea que tengo de la caballerosidad y pureza de sus sentimientos, que cederé á todo cuanto me diga, á todo cuanto me pida, á todo cuanto exija de mí.

—Sólo pido á V. que nos escuche, contestó Alberto acompañando á Adela hasta un gabinete contiguo y cerrando la puerta después de haberla saludado respetuosamente.

En seguida de haber desaparecido la vizcondesa, de Ródez se dirigió al velador y agitó la campanilla.

Entró el criado.

—Pepe, dile á ese caballero que me haga el gusto de pasar adelante.

Pepe salió á ejecutar la orden de su amo.

Digitized by Google

VIII

ALBERTO CUENTA LA HISTORIA DE LA TRENZA DE CABELLOS, Y EL AUTOR DA FIN CON ESTE CAPÍTULO Á LA HISTORIA DEL PAÑUELO.

Pocos minutos después, Gualtero aparecía en la puerta del gabinete.

Alberto se adelantó y le ofreció un sillón.

—Vengo... dijo Gualtero inclinándose.

—Sé bien á lo que V. viene, caballero, contestó de Ródez interrumpiéndole. V. se ha indignado al ver que lo que creía una cita de una hermosa dama, es sólo una burla de un desconocido. V. se ha indignado, repito, y le sobra á V. razón. Viene usted pues á pedirme cuenta de mi conducta, y también en este paso le apoya á V. la razón. Sin embargo, debe V. saber que en este mundo nada se hace sin causa. Para obrar de este modo yo he tenido mi causa. Mi causa es una historia, y esta historia se la voy á contar á V.

—Caballero...

—Le pido á V. sólo un cuarto de hora de atención. ¿Le parece á V. que soy demasiado exigente?

—Pero...

—Es una triste historia que no sé si podré contar sin que asomen las lágrimas á mis ojos, sin qué sienta destrozarse mi alma. Óigame V., caballero, se lo suplico. Si después de contada esa historia, que es la mía, su corazón de hombre honrado me pide todavía cuenta de mi conducta

Digitized by Google

entonces tendré el gusto de ponerme á las órdenes de usted.

Había tal firmeza en Alberto al pronunciar estas palabras, había tal expresión en su rostro, había en fin tan melancólico sentimiento en sus ojos, que Gualtero se inclinó, aceptó el sillón que poco antes se le ofreciera y reveló en su silencio que estaba pronto á escuchar. De Ródez empezó. Su voz vibraba de una manera triste y sentimental; la conmoción que le embargaba se abría paso á través de sus palabras.

—Procuraré ser breve; reasumiré todo lo que pueda para no serle á V. molesto. En cierta época de mi vida, caballero, yo he sido lo que da el mundo en llamar un calavera, un calavera completo. Tan serio y grave como me ve hoy, tan aturdido y loco he sido en otro tiempo. Para obrar una revolución tan inmensa, un cambio tan radical en mi carácter y costumbres, fué precisa una circunstancia de esas que dejan marcado el sello en la vida de un hombre y cuyo recuerdo le persigue hasta en el fondo de sus más íntimos goces, como el anatema de un Dios de misericordia al réprobo, como el grito de la conciencia al corazón del criminal.

»Un día encontré en mi camino á una joven. Esa joven se llamaba Carmen. La naturaleza la había enriquecido con todos sus más encantadores dones. Era un tesoro de gracias y de belleza, un conjunto de perfecciones reunidas en una sola mujer, como reune un ramillete el brillo, la hermosura y el aroma de cien flores. Un sultán hubiera dado por ella todo un serrallo. Visión pasajera como la hija del Grecco, Leonardo de Vinci hubiera creído ver á su Mona Lita destacándose viva y animada del inmóvil lienzo.

»Caí á sus pies como tantos otros; pero, en preferencia á todos, su mano se extendió un día

Digitized by Google

para alzarme del suelo, y yo me levanté ebrio, entusiasta, tambaleándome como un insensato á fuerza de tanta felicidad.

»Carmen se cortó una trenza de sus cabellos y me dijo al dármela:

»—Voy á consagrarte todos los momentos de mi vida y todos los sentimientos de mi alma. Voy de aquí en adelante á vivir únicamente por tí y para tí. Como esas plantas equinocciales que se abren sólo á una hora determinada para cerrarse á una hora fija, mi corazón sólo vivirá cuando te tenga presente, cuando te tenga aquí, á mi lado, cuando pueda sumergir mis miradas en tus miradas, y cuando pueda mi pecho estremecerse de felicidad y delirar de amor. Los instantes que tú pasarás lejos de mí, trascurrirán para tu Carmen en la soledad y el vacío. Estos instantes los pasaré yo envuelta en una atmósfera de recuerdos, á la manera que un muerto se envuelve con su sudario. Dejo en tus manos esta trenza de mis cabellos cómo un gaje de amor. Si algún día, no lo permita Dios, si algún día sientes que tu pasión se entibia, que tu amor se desvanece, aquel día, como que yo sería un estorbo á tu dicha, como que yo podría presentarme terrible y justiciera á tus ojos, aquel día será preciso que te deshagas de mí como quien quita un obstáculo de su camino para poder seguir adelante; y para deshacerte de mí, Alberto, sólo tienes que devolverme esta trenza de mis cabellos. Me darás con ello una puñalada en mitad del corazón, y yo te juro que moriré como Tisbe, bendiciendo el hierro que me asesina.

»Así me dijo Carmen. Todo su carácter, toda su vida estaba en estas palabras. Y es que Carmen no era una mujer de este tiempo. Corría sangre árabe por sus venas, despedían sus ojos el fuego del entusiasmo, encerraba su corazón toda

Digitized by Google

la firmeza del varonil sentimiento de otra edad, y estaba pronta á morir de amor como Julieta.

»Hé ahí lo que era Carmen.

»Yo la amé como un insensato. Tres meses duró nuestro amor, tres meses sólo que pasaron fugaces como un día de embriaguez, pero que se llevaron envuelto todo un siglo de felicidad.

»A los tres meses, yo no sé cómo fué, pero conocí que me faltaba aire para respirar, que me moría, que me ahogaba entre aquella atmósfera de amor, así como en una habitación cerrada y llena de flores acaban sus aromas por envenenar al que entre ellas se adormece.

»Entonces fué cuando, precisamente en un teatro, se ofreció á mi vista otra mujer. Esa otra mujer se llamaba Pura. Inocente como su nombre, cándida como un rayo de sol ó como una gota de agua, esa mujer, esa niña mejor, seguía el camino marcado á su existencia, ignorante, ignorada, virgen hasta en sus pensamientos, desconociendo sus propias emociones. Cuando veía el cielo azul se sonreía, cuando se hallaba en una pradera, corría por entre las flores juguetona como una mariposa, murmurando entre los árboles palabras de infantil entusiasmo. Era una idea de amor que cruzaba el mundo, era una Julieta desconocida que esperaba á su Romeo. Al primer rayo de un sol de amor podía brotar de su corazón juvenil todo un manantial de dulcísimas emociones.

»Como Carmen á mí, yo consagré todas mis horas, todos mis instantes, todos mis pensamientos á Pura. Me imaginé toda la vida de felicidad que podía pasar á su lado y pedí su mano. Quise hacerla mi esposa.

»El amor de Carmen me había separado de una vida de disipación y de locura como era la que seguía antes de conocerla. El amor de Pura me brindaba con un porvenir de tranquilidad do-

Digitized by Google

méstica inmensa como una eternidad de amor.

»Un día que yo hablaba á Pura con calor y entusiasmo de nuestra futura felicidad, me dijo:

»—No sé, pero cuando así me hablas, mi corazón late de una manera incomprensible, extraordinaria. Quiero ver si late lo mismo el tuyo.

»Y puso su mano sobre mi corazón, pero tropezó con un objeto.

»—¿Qué es esto? me preguntó.

»Yo balbuceé una respuesta evasiva. Había hallado su mano el medallón en que guardaba la trenza de cabellos que un día me diera Carmen.

»Luego de haber dejado á Pura, aquel mismo día, fuí á mi casa, me quité el medallón, saqué de él la trenza de cabellos, la envolví en un papel, y sin acompañarlo de una sola palabra, de una sola letra, se lo remití á Carmen.

»Cuando el pliego hubo partido, cuando me quedé solo con el recuerdo de lo que había hecho, me pareció que acababa de cometer una infamia... sí, una infamia: sentí como una mano de hierro estrujar mi corazón, me levanté para dar algunos pasos por la estancia, presa de una emoción desconocida, y tuve que abrir el balcón para respirar... me faltaba el aire.

»No volví á ver más á Carmen.

»A los pocos días fijé con la familia de Pura la época de mi enlace, que decidimos efectuar de allí á cuatro meses.

»La víspera del designado, recibí un billete, billete que conservo y que va V. á leer.»

Y Alberto se levantó, abrió una cajita de ébano incrustada de oro que resplandecía sobre un mueble, y sacando un billete, se lo entregó con mano trémula á Gualtero. Este, al recibir el billete, c servó que el rostro de Alberto estaba excesiv mente pálido.

Hé ahí lo que leyó di Stella:

Digitized by Google

«¿No habrá para la mujer que se muere de amor una visita del hombre á quien ha amado tanto?... Esta mujer le espera por última vez á las doce. Si retrasa sólo una hora, quizá sea demasiado tarde.»

—Este billete era de Carmen, continuó Alberto siguiendo el hilo de su historia, pero con voz conmovida; era de ella y me pedía, ya V. lo ve, que fuera á visitarla por última vez.

»Fuí.

»Fuí, y, ¿lo creería V., Gualtero? la hallé tendida en su lecho, pálida, moribunda, agonizando ya. ¡Sí, sí, agonizando! ¡Oh! fué un espectáculo terrible y es un recuerdo horroroso...!!

Y al llegar aquí, Alberto dejó caer su cabeza entre las manos y calló por un instante. Gualtero, visiblemente conmovido, respetó aquel silencio. De Ródez no tardó en levantar la frente y en continuar, vencida ya su emoción, dueño de sí mismo por un supremo esfuerzo de voluntad.

»—La encontré agonizando, se moría de amor, como ella misma dijera. Hacía cuatro meses, desde el día en que recibió la trenza de cabellos, es decir desde el día en que yo le había dado la puñalada en mitad del corazón, desde aquel día Carmen había buscado todas las ocasiones de poderme ver junto á Pura, en el teatro, en el paseo, en las diversiones, y, vaso á vaso, sorbo á sorbo, gota á gota, había ido apurando el veneno de los celos, gozándose en libar la copa toda entera.

»¡Oh! yo no le puedo decir á V., Gualtero, todo lo que sufrí en la entrevista con Carmen, todo lo que le dije á aquella mujer sublime en su amor, sublime en su desesperación, sublime hasta en su muerte. Sólo sé que mi remordimiento halló todas las expresiones posibles para endulzar aquellos sus últimos instantes; sólo sé que mi conciencia me dictó las protestas más sinceras, sí, pero las más tardías; sólo sé que caí de rodillas, despedazada el alma, y

Digitized by Google

que pegué los labios á la mano de aquella mujer que murió sonriendo, que murió, como había dicho, bendiciendo el hierro que la asesinaba.

»Cuando aquella mano se hubo helado en mis labios, cuando aquel cuerpo hubo quedado inmóvil, cuando aquella boca hubo exhalado el último suspiro, cuando, en fin, el torcedor de la angustia hubo penetrado en mi alma, me levanté y entonces... entonces, ¡oh! ¡justicia del cielo...! entonces ví allí, á dos pasos, contemplándolo todo, á Pura, á la misma Pura, á aquella otra pobre mujer cuya existencia yo también había envenenado.

»No sé, no he sabido jamás, no he querido tampoco saberlo, cómo había ido, quién la había acompañado. Sólo sé que estaba allí, allí mismo, mirándome en silencio.

»Fué un momento horroroso. Ignoro cómo mi corazón no reventó en pedazos como estalla y revienta la roca en la que ha penetrado el camino trazado á la pólvora por la experta mano del minero.

»Pura se adelantó y me dijo solamente:

»—Entre los dos media un cadáver, media una tumba, media un abismo. Dios le perdone á usted, Alberto, como le perdono yo, como le ha perdonado esa pobre víctima.»

Alberto volvió á interrumpir su relato por un momento. En seguida continuó:

—¿Qué más puedo decirle á V.? No sé cuánto tiempo estuve luchando entre la vida y la muerte, devorado por una fiebre terrible que me daba peligrosos accesos de locura. Cuando ya estuve restablecido, supe que Pura había partido con su familia para un largo viaje, con objeto de buscar alivio á una enfermedad de languidez que la consum. y que acabó por arrebatarla al mundo al cabo de un año.

»¡Ahí tiene V. mi historia, Gualtero!»

Digitized by Google

Hubo un momento de religioso silencio entre los dos personajes. Gualtero estaba visiblemente afectado, y de Ródez trataba de dominar la emoción que le había producido el relato que acababa de hacer.

—¿Comprende V. ahora, dijo por fin Alberto, comprende V. ahora la escena del ambigú y de la cual ha venido V. á pedirme cuenta?... Yo sé sus relaciones de V. con Carolina, sé todo el amor que hacia V. guarda su noble corazón, soy amigo por otra parte de la vizcondesa de Aurioles, y he visto su situación de V. demasiado parecida á la mía para que pudiera dejar de mezclarme en el principio de un drama que podía tener un trájico fin, un funesto desenlace. Carolina es Carmen; Adela es Pura. Ahora bien, ¿quiere V. aún batirse conmigo? ¿Quiere V. continuar en esa senda para expiar quizá después un momento de obcecación, como yo mismo, por toda una vida de luto, de eterno luto? ¿Quiere V....?

—Quiero ser un amigo de V., interrumpió Gualtero levantándose y tendiendo á Alberto una mano que éste estrechó con efusión.

—¡Oh! dijo de Ródez, no en vano había yo contado con su corazón de V.

Pocos momentos después partía Gualtero, y pocos momentos después de haber partido Gualtero, la vizcondesa entraba, pálida y agitada, en el gabinete, y se dirigía hacia Alberto que, anonadado por la emoción, se dejara caer en el sofá.

Aquellas dos almas escogidas, aquellos dos tiernos corazones no se dirigieron ni una sola palabra sobre lo que acababa de tener lugar. Sólo dijo Adela á de Ródez, viendo que éste le alargaba el pañuelo blanco que había originado las escenas de todos aquellos días:

—No, no debo recibirlo: guárdelo V. en memoria mía.

Digitized by Google

Dos días más tarde, la vizcondesa partía para Londres. El día de su partida, Alberto, halló al entrar en su casa por la noche, un billete concebido en estos términos:

«Gracias, gracias... ¡Oh, sí, gracias!

»CAROLINA.»

—A lo menos, que alguien me deba su felicidad en este mundo, murmuró de Ródez.

Barcelona, 1850.

FIN DE LA «HISTORIA DE UN PAÑUELO»

Y DEL TOMO II Y ÚLTIMO DE LAS NOVELAS.

Digitized by Google

ÍNDICE.

EL DEL CAPUZ COLORADO.

	Págs.
I.—Nuestro héroe.	9
II.—La bella de las bellas.	22
III.—El torneo.	38
IV.—El tercer día.	51
V.—El pacto.	70
VI.—En la calle.	74
VII.—Reto.	80
VIII.—Rompetejas.	81
IX.—El hombre propone y Dios dispone.	86

LA DAMISELA DEL CASTILLO.

I.—Principio quieren las cosas..	107
II.—De como no siempre se quiebra la soga por lo más delgado.	113
III.—Como de donde menos se piensa salta la liebre.	126
IV.—De como el hábito no hace el monje.	139
V.—De como acontece á veces ir por lana y volver trasquilado..	151
VI.—De como Dios los cría y ellos se juntan.	165
VII.—De como nadie puede decir, de esa agua no beberé.	171
VIII.—De como no es cierto lo de que á muertos y á idos no hay amigos.	178
IX.—De como antes de que te cases, has de mirar lo que haces.	188

Digitized by Google

PÁGS.

X.—De como tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se rompe. 197
XI.—De como el hombre propone y Dios dispone . . 207
XII.—De como quien mal anda mal acaba. 219

UN CUENTO DE HADAS.

I.—La estrella de plata. 229
II.—Donde se ve que no siempre la prosa es prosa, pues que, según dice el refrán, no es oro todo lo que reluce. 234
III.—Proyectos. 240
IV.—Doble crimen. 246
V.—La lira de caña. 253

EL ÁNGEL DE LOS CENTELLAS.

I.—La paloma y el gavilán. 261
II.—El trovador. 266
III.—Junto al sepulcro. 272
IV.—El demonio del Prado. 280
V.—El paso de armas. 283
VI.—El hombre propone y Dios dispone. 289
VII.—Castigo de Dios. 294
Epílogo. 299

EL ANCIANO DE FAVENCIA. . . . 301

HISTORIA DE UN PAÑUELO.

I.—Que el autor consagra por entero á sus bellas lectoras. 327
II.—En el que ya es cuestión del pañuelo y de su linda propietaria. 328
III.—En el cual, quien bien lo observe, encontrará una exacta aplicación del refrán: el hombre propone y Dios dispone. 336

Digitized by Google

Págs.

IV.—En el que se perfilan dos personajes. 342
V.—De como también en los bailes de máscara pasan escenas de melodrama. 348
VI.—En que Alberto de Ródez se propone demostrar que es muy fácil ir por lana y volver trasquilado. 355
VII.—Alberto anuncia que contará la historia de una trenza de cabellos. 362
VIII.—Alberto cuenta la historia de la trenza de cabellos, y el autor da fin con este capítulo á la historia del pañuelo. 368

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Este tomo se vende al precio de **5 pesetas**.

Las obras del Sr. Balaguer, que seguirán á ésta, son:

LOS FRAILES Y SUS CONVENTOS, tres tomos.
D. JUAN DE SERRALLONGA, novela, un tomo.
IMPRESIONES DE VIAJE. (Manresa, Cardona, San Miguel del Fay, viaje á París, etc.), dos tomos.
BELLEZAS DE LA HISTORIA DE CATALUÑA. (Lecciones pronunciadas en la antigua sociedad filarmónica-literaria) Dos tomos.
MEMORIAS LITERARIAS, un tomo.
ESTUDIOS POLÍTICOS, un tomo.
DISCURSOS PARLAMENTARIOS, dos tomos.
OBRAS DRAMÁTICAS, un tomo.
POESÍA CASTELLANA, un tomo.

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

POESÍAS CATALANAS (tomo I de la colección), **6** pesetas.
TRAGEDIAS (original en verso catalán y traducción en prosa castellana) (tomo II de la colección), **8** pesetas.
LOS TROVADORES (su historia política y literaria). Cuatro tomos (formando los III, IV, V y VI de la colección). **30** pesetas.
DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS. Un tomo (el VII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.
EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT. Un tomo (VIII de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.
HISTORIA DE CATALUÑA. Once tomos (formando del IX al XIX de la colección, **110** pesetas.
LAS CALLES DE BARCELONA (complemento de la HISTORIA DE CATALUÑA). Tres tomos (XX, XXI y XXII de la colección), **30** pesetas.
EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR. Dos tomos (XXIII y XXIV de la colección), **10** pesetas.
MIS RECUERDOS DE ITALIA. Un tomo (XXV de la colección), **7** pesetas **50** céntimos.
NOVELAS. Dos tomos (XXVI y XXVII de la colección), **10** pesetas.

Estas obras se hallan de venta en la portería de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, en casa D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid, y en las principales librerías de provincias.

Los pedidos pueden hacerse dirigiéndose al autor ó al Bibliotecario de Villanueva y Geltrú.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DUE AUG 13 1925

~~FEB 28 '52 H~~

~~APR - 7 '52 H~~

~~FOR USE IN~~
BUILDING

Digitized by Google

Digitized by Google